

EL LADRÓN DE MAGIA

ALBERTO DÍAZ DEL CASTILLO NADER

Alberto Díaz del Castillo Nader

Título Original: El Ladrón de Magia

© 2024, Alberto Díaz del Castillo Nader

Diseño de la cubierta: Juan José Díaz del Castillo Arango

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con eventos reales o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas en una reseña del libro.

Sitio web del autor: www.albertodiazdelcastillo.com

X (Twitter): <https://x.com/AlbertoDiazdelC>

A Alexandra, Juan José y Nicolás, con todo mi amor.

PRÓLOGO

Muff

Muff avanzó a paso vivo y con expresión satisfecha. Para muchas personas el jueves era un día como cualquier otro, pero no para él, o al menos no lo era desde que la señora había aparecido en su vida hacía ya un mes.

¿Cuál sería su nombre?

Cuando hablaron por primera vez él se lo preguntó y ella le respondió que eso no importaba, pero últimamente a Muff se le había metido en la cabeza que tenía cara de Amelia y se sintió aliviado de poder pensar en ella con un nombre real, aunque él mismo se lo hubiera inventado.

El bar que Amelia había elegido esta vez estaba en la calle más exclusiva de la zona comercial de la isla Noris y Muff nunca había estado allí. Sospechaba que, si ella decidía jugarle una broma y dejarlo con los crespos hechos, ni siquiera le alcanzaría el dinero para regresar en un taxi y le esperaría un regreso a pie bajo el frío invernal de Noris.

Fue directo a la barra para salir de dudas de una vez y se dirigió con timidez al *barman*.

—Buenas noches. Es mi primera vez en este bar y le confieso que no estoy seguro de que mi crédito sea suficiente para un par de copas. ¿Puede verificar, por favor?

El hombre obedeció con amabilidad y revisó el visor ubicado discretamente entre las botellas y grifos que estaban en el mostrador. El sensor de neurocom escaneó a Muff y proyectó la información.

—Más que suficiente para varios pares, señor Pócher —respondió con una sonrisa—. ¿Quiere probar el coctel especial de la casa?

—Nada de cocteles, gracias, pero puede darme un vaso de su mejor ginebra y mantenerlo lleno —dijo Muff alegremente.

El bar era cálido y animado por música suave, lleno de gente que conversaba y reía y con luces indirectas que le daban un aspecto lujoso y acogedor a la vez.

Muff se llevó la bebida a la boca y tomó otro largo trago, saboreándolo mientras pensaba que, hacía solo unas semanas, a duras penas podía costearse un bebedizo sintetizado en máquina que lo único que tenía de ginebra era la etiqueta.

Sí, era otro buen jueves gracias a la señora misteriosa, pero Muff sintió el mismo temor que se repetía en cada ocasión. ¿Qué pasaría si ella decidía desaparecer y él tuviera que regresar a los deprimentes antros que solía frecuentar? Sintió que estaría peor que antes, porque ahora que había visto unas pinceladas de cómo se vive a lo grande, volver a su vida sin esperanzas lo llenaba de angustia.

Terminó de un solo trago lo que quedaba en el vaso. ¿Cuántos iban? No sabía el número exacto, pero su vejiga le dio un aviso; si quería tomar más, tendría que deshacerse de los anteriores.

Ya aliviado, se lavó las manos y quedó listo para una nueva ronda, cuando sonó su terminal de pulsera. Era la dama, puntual como un reloj. Siempre le llamaba después de evacuar la vejiga, le preguntaba si le parecía bien el servicio y luego se despedía y lo dejaba seguir tomando en paz el resto de la noche. Se tambaleó hasta un rincón insonorizado para atender la llamada y trató de despejar la bruma de su cabeza.

—Señor Pócher. Espero que esté disfrutando la noche—dijo la mujer en su tono amable.

—Como siempre, señora; este lugar es fabuloso —balbuceó tratando de vocalizar.

—Me alegra que le guste. Lo escogí porque hoy es un día especial. Debo decidir si esta situación continuará o nos despediremos para siempre. ¿Usted qué desea? —preguntó.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hice mal? Tal vez si usted me dijera lo que quiere... —trató de decir arrastrando la voz.

—*Es una decisión que debo tomar. Si está interesado en continuar disfrutando de sus martes y jueves, y tal vez más, debe salir ahora mismo y subir al auto que lo espera. No se preocupe, sabrá cuál es, pero debe ser ahora mismo* —repitió la mujer y cortó la comunicación.

Muff sacudió la cabeza, como si eso le ayudara a despejarla. Había supuesto desde el principio que Amelia querría algo a cambio de su generosidad, pero aun así le disgustaba que jugara con él en vez de decirle francamente lo que se proponía. No obstante, y pese al licor que nublaba su mente, con temor se dio cuenta de que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Tambaleante, caminó lo más rápido y derecho que pudo y salió a la calle buscando el auto. No tuvo que esforzarse: un sedán grande con llamativa pintura estroboscópica y ventanas oscurecidas esperaba aparcado justo frente al bar y abrió la puerta trasera cuando Muff se acercó, revelando que no había nadie en su interior.

Muff dudó un momento, pero el motor aceleró y eso lo hizo decidirse y subir. El auto partió de inmediato y el visor de la consola frente a él se encendió y mostró la cara familiar y sonriente de Amelia.

—*Aprecio que esté aquí, Muff, y por eso voy a ir al grano. Usted es un hombre inteligente y sabe que no es normal que una mujer aparezca de pronto y le invite a los mejores lugares de la ciudad sin razón alguna* —expuso la mujer, como quien enseña a un niño a no hablar con extraños— . *Así que es obvio que quiero algo de usted. Le he dado una muestra de lo que puede obtener y ahora le quiero hacer una propuesta. Lo primero y más importante, es que entienda que usted no podrá hacer preguntas. Simplemente dirá si acepta o no. No es negociable. ¿Entiende este punto?* —preguntó haciendo una pausa para que asimilara sus palabras— .

—No haré preguntas y diré sí o no, siempre y cuando usted explique exactamente su propuesta —acertó a decir Muff.

—*Por supuesto. Explicaré detalladamente todos los puntos y al terminar usted me informará su decisión. Si no acepta, este auto lo dejaré ante la puerta de su casa y podrá llevarse como despedida la botella de ginebra y quinientos solares que están en el contenedor y nunca volveré a contactarlo. Si acepta, le transferiré a su cuenta treinta mil solares de*

forma inmediata, que se desbloquearán tan pronto se cumpla el objeto de nuestro acuerdo esta misma noche —prosiguió la mujer mirando a Muff, que abrió los ojos sin disimular la impresión que le causaba la suma. El estado actual de su mente le impedía hacer cálculos, pero sabía que era mucho, mucho dinero.

—Por favor, siga —dijo Muff, que no se atrevió a preguntar nada.

—*Le diré ahora las reglas de nuestro acuerdo. Usted habrá cumplido su parte si: primero, no hace preguntas; segundo, accede a conversar conmigo hasta que yo lo diga, plazo que en ningún caso será superior a tres horas a partir del momento en que acepte, si es que acepta; tercero, puede contestar o no a mis preguntas, pero por ningún motivo puede mentir; y cuarto, si acepta deberá desnudarse de la cintura para arriba y usar el suéter que se encuentra bajo su silla, el cual devolverá al terminar. Esta prenda cumple varias funciones y la primera es que le inyectará una droga que le sedará y además le impedirá recordar lo que ocurra desde ese momento hasta que sea llevado nuevamente a salvo a su hogar* —explicó Amelia a un Muff cada vez más escéptico.

—*Por mi parte* —continuó la dama—, *me comprometo a no poner en riesgo su salud, ni infligir dolor, causar daño físico, o exponer su imagen o su nombre ante otras personas. Finalmente, es posible que durante este tiempo usted experimente temor, confusión o incomodidad. En esos momentos, debe recordar que todos los compromisos de nuestro acuerdo siguen vigentes.*

La imagen de la mujer miraba atentamente las reacciones de Muff, que se sobaba las manos con nerviosismo.

—*Señor Pótker, entiendo que puede tener muchas dudas en este momento y solo puedo decirle que no hay engaño alguno. Puede decidir creer en mis palabras y aceptar o desconfiar y marcharse a casa con sus quinientos solares y su botella. ¿Cuál es su respuesta, acepta o no?* —preguntó en tono tajante.

El efecto del alcohol había disminuido un poco y Muff pudo razonar, hasta cierto punto. Irse a casa con ese dinero y una botella no era mal negocio, pero sabía que una semana después estaría otra vez en la oscuridad, sin oportunidad de volver a pisar uno de esos sitios donde había gente bonita, los camareros le decían *señor* y le servían lo que

pidiera sin mirarlo con desconfianza. Era una propuesta extraña, pero Amelia lo había tratado bien y el acuerdo parecía justo.

—¡Acepto! —casi que gritó—, ¡pero si sale con algo muy loco me voy y no me importa perder esos treinta mil! —agregó, mientras se quitaba la ropa y se ponía la prenda que estaba bajo su asiento.

—*En ese caso, señor Pócher, nuestro acuerdo inicia en este momento. Mientras tanto puede relajarse; el sedante tardará unos quince minutos en hacer efecto y llegar al lugar donde hablaremos tomará unos treinta más. Y todo lo que hay en el contenedor es suyo; puede tomarlo* —indicó la voz, al tiempo que la imagen de Amelia desaparecía y el contenedor frente a él se abría revelando una botella de ginebra. Dentro del iluminado compartimiento había además un vaso, paquetes con trozos de limón, hielo, tónica y una placa metálica donde se leía en números brillantes: *quinientos*. Lo tomó expectante con su mano y de inmediato su propio visor se activó. *¿Desea transferir quinientos solares a su cuenta?* Un segundo después cambió el mensaje: *quinientos solares transferidos a su cuenta, nuevo saldo disponible quinientos dos solares, en proceso treinta mil, saldo total treinta mil quinientos dos solares.*

Muff respiró lenta y profundamente y cerró sus ojos; sintió que el suéter estaba activo... posiblemente inyectando la droga para olvidar. Tal vez era lo mejor. Presentía que lo que fuera a pasar no iba a gustarle demasiado, dijera lo que dijera Amelia y sería agradable que lo próximo que recordara fuera entrar a su casa con la botella en la mano y la cuenta bancaria llena.

Cuando despertó, seguía con la cabeza dándole vueltas, pero ya no estaba en el auto. Podría haber sido una nave espacial, a juzgar por la diversidad de equipos de todo tipo que lo rodeaban. Muff seguía en el asiento del auto, que de alguna forma se había trasladado a ese lugar ubicándolo frente a un gran visor donde su mente borrosa alcanzaba a leer los puntos del acuerdo aceptado a la dama y entre ellos parpadeaba «*no hacer preguntas*» como un oportuno recordatorio y en la parte superior un cronómetro en cuenta regresiva marcaba 2:35. La imagen

familiar de ella le habló desde un rincón del visor, al tiempo que el suéter que se había puesto se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel.

—*Señor Pótcher, por favor háblenos de su trabajo en el circo* —pidió la dama en tono neutro

«¿El trabajo en el circo?», pensó Muff.

—Trabajé en un circo hasta hace algunos días. Hice oficios varios —explicó

—*¿Y antes de eso, señor Pótcher? ¿Cuál era su trabajo en el circo antes de realizar oficios varios?* —Preguntó Amelia, mientras el aludido veía cómo el punto de «*No Mentir*» parpadeaba en el visor.

—Antes hacía otras cosas. Salía al escenario y entretenía al público. Para eso están los circos, y yo era un buen empleado —exclamó.

—*¿Exactamente en qué consistía su número, señor Pótcher?*

Muff pensó la respuesta. Decidió ejercer su derecho y calló.

—*¿Su número tenía que ver con hacer figuras con fuego?*

—Así es.

—*¿Por qué dejó de hacer su número, señor Pótcher?*

—Mi número ya no les parecía tan bueno. Encontraron a alguien que hacía todo tipo de maniobras con el fuego. Ni yo había visto algo así en mi vida; era lógico que lo contrataran, y a mí me permitieron seguir trabajando en otros quehaceres.

—*¿Entonces usted reconoce que esa persona era mucho mejor que usted haciendo ese número?* —inquirió la dama.

Muff hizo una sonrisa despectiva.

—Sí, hacía buenos trucos —confirmó Muff.

—*Su reemplazo, ¿cómo podía hacer todos esos trucos?*

—Tenía toda una parafernalia de aparatos detrás del escenario. No entiendo como funcionaban, pero los que hacían el trabajo eran esas cosas; mi reemplazo era un actor.

—*Y usted, señor Pótcher, ¿utilizaba esa clase de equipos?*

Muff guardó silencio.

—*¿Podía usted realizar el número del fuego sin ayuda de equipos tecnológicos?*

Muff había perdido el tono rosa de su cara. Mantuvo silencio y miró el cronómetro: 2:15.

—*Le voy a ahorrar dudas, Muff. No estoy tratando de averiguar si*

usted puede manipular fuego sin usar trucos o máquinas. Eso ya lo sé. También sé que llevaba al circo una maleta llena de aparatos inservibles, a los que atribuía su talento para no despertar sospechas —expuso ella ante la mirada aterrorizada del hombre, que se sentía enfermo. Ni todo el licor que había tomado esta noche había logrado confundirlo tanto.

«¿Cómo puede saberlo?»

Y si ella lo había averiguado otros podrían también y eso era muy peligroso. Amelia sabía demasiado y Muff no quería contribuir a que supiera más. Las próximas dos horas guardaría silencio. No podía obligarlo... si es que cumplía su parte del acuerdo.

—*Muff, como se da cuenta, sé más de lo que usted creía, pero lo que de verdad ignora es, ¿cómo perdió su talento? ¿Fue el alcohol el que lo causó, o decidió beber hasta casi matarse porque lo perdió? Aunque hay otra opción... Es posible que quien verdaderamente tenía talento natural fuera su reemplazo y toda su parafernalia fuera para despistar, como creí que hacía usted con la maleta, ¿es eso?* —preguntó con cara de incredulidad Amelia.

—¡Talento natural ese tipo! Déjeme decirle que el talento natural no se puede apagar con un interruptor, señora —replicó burlón Muff.

—*Entonces, ¿qué es lo que castró su talento natural, señor Pótker, el alcohol en su cerebro?* —preguntó con brusquedad la dama.

—¡Nada! Nada apaga ese talento, como usted le llama —contestó desafiante Muff.

—*Lo que hacía en ese circo era increíble, Muff, hermoso y temible a la vez. También sé lo que hacía su reemplazo; era espectacular, pero concuerdo con usted. Puros trucos dignos de un show del holo. Por eso quiero entender, por eso he invertido tanto en usted; ¿por qué perdió su... don? ¿Prefiere esa palabra?*

Muff miró la imagen con rabia. Sabía que ella le manipulaba para que revelara más, aunque ya sabía casi todo lo importante acerca de él. ¿Castrado le había dicho? Tal vez una muestra, muy pequeña, la conveniencia de que esa línea de razonamiento estaba muy equivocada.

—Como le dije, señora, nada apaga el *Kor*, sí, ese es el nombre, sin eufemismos —repuso Muff en voz muy segura, dirigiendo su mirada y manos hacia al visor, que era a sus ojos el símbolo de la manipulación de

que estaba siendo objeto. Una estrecha onda de calor se hizo visible en forma de fuego estrellándose frente a las imágenes sin causar daños.

Muff fue entonces consciente de que una delgada capa de material, transparente como el aire, cubría todo lo que le rodeaba. Amelia esperaba que usara su poder y él la había complacido, pero sería la última concesión de la noche. Miró despectivamente la imagen en el visor y se cruzó de brazos y piernas recostándose contra el asiento.

—Espero que lo haya disfrutado. A partir de ahora guardaré silencio y esperaré a que me entregue lo que me gané —dijo con tono displaciente, cerrando los ojos y sonriendo a medias.

—*Por supuesto cumpliré mi parte, señor Pótker, pero aún tenemos un poco más de tiempo para hacer algunas pruebas, siempre acordes con el trato, no lo dude. Siéntase en libertad de usar su Kor tanto como desee* —señaló.

Muff dio un respingo. El suéter, antes flexible y suave como seda, se tornó rígido y forzó sus manos y brazos para separarse, sujetándolos con fuerza irresistible a los apoyos del asiento. En un impulso trató de luchar, pero se dio cuenta enseguida de que era inútil. Quedó sentado con los brazos apoyados a los lados, sintiéndose como la escultura de ese antiguo gobernante de los Estados Unidos que había visto en el holo. El suéter parecía formar una única pieza con el asiento e impedía cualquier movimiento de la cintura al cuello. Entonces sintió que algo subía por su nuca. Se sacudió, pero el movimiento continuó, hasta que cubrió por completo la cabeza, dejando libres solo los ojos, oídos, nariz y boca, y Muff sintió con horror que lo mismo estaba pasando de cintura para abajo para cubrirlo e inmovilizarlo hasta la punta de los pies.

—¡Me dijo que no me haría daño, maldita mentirosa! —chilló Muff aterrorizado, esperando que en cualquier momento el traje empezara a ajustarse hasta triturarlo.

—*Está perfectamente a salvo, señor Pótker. Sé que es muy incómodo, pero no corre peligro. No dejaré de cumplir ninguno de mis compromisos y le hago una propuesta adicional. Si me da una muestra honesta de su verdadero poder, podrá irse de inmediato con un dinero bien ganado. Si no lo logra, puede relajarse y esperar a que termine. Falta una hora y veinte minutos* —informó sin cambiar la expresión. *Y siempre tiene la posibilidad de solicitar terminar anticipadamente; es su decisión.*

Muff pensó en sus opciones. La había pasado muy mal como para irse con las manos vacías; esa opción estaba descartada. Era relajarse y esperar, o darle un buen show a Amelia. El traje le permitía respirar con normalidad, así que lo intentó: con los ojos cerrados practicó lo que había visto en el holo sobre rutinas de relajación; respirar, exhalar, otra vez..., pero pronto lo invadió una sensación de claustrofobia y abrió los ojos.

Solo quedaba una opción.

«Contrólate, Muff; recuerda los consejos de tu padre», pensó.

Muff se concentró, con los ojos cerrados. Pensó en un punto de la pantalla, y solo en ese punto. No abrió los ojos. Los efectos del licor aún estaban en su cerebro, pero logró concentrarse y una lanza de fuego, aguda como una aguja, golpeó el protector transparente justo frente a la imagen de la dama, haciéndola vibrar y dispersándose inofensiva, para desilusión de Muff, que esperaba un efecto más convincente.

—*Impresionante Muff, pero puede hacerlo mucho mejor. Creo que su problema es todo ese alcohol en su sangre. Permítame ayudarle* —dijo Amelia ante el temor del hombre, que no sabía lo que haría esta vez.

Sintió que su traje-prisión se movía y un mareo le dio ganas de vomitar. No entendía qué estaba haciendo Amelia, pero empezó a sentirse mejor y a pensar con más claridad. Entendió lo que sucedía al mismo tiempo que ella lo confirmaba.

—*He eliminado todo rastro de alcohol y de otros tóxicos de su organismo Muff. ¿Cree que ahora pueda hacer un intento más serio?*

Muff sabía que era cierto. No se sentía así desde... no recordaba desde cuándo. Ahora su mente estaba despejada y sabía de lo que era capaz.

Una diminuta esfera de fuego tomó forma en el mismo lugar que antes y se movió flotando hasta entrar en contacto con la protección transparente, que pareció resistir sin problema, al igual que en las pasadas ocasiones.

La esfera aumentó su brillo opacando con su luz a todas las demás luces del lugar y una fina columna de vapor azul se levantó desde el punto de contacto, y la esfera penetró de forma lenta e inexorable en la pantalla protectora hasta detenerse en su interior por unos instantes, convirtiéndose en el epicentro de cientos de cicatrices luminosas que se

propagaron en todas direcciones cubriendo por completo la superficie de la pantalla, que perdió su transparencia y empezó a caer por pedazos, hasta desaparecer.

Muff siguió concentrado en la esfera. Ahora flotaba en el lugar donde antes estaba la pantalla, perdiendo brillo a medida que aumentaba su tamaño, alcanzando todo el espacio ocupado por los equipos que Amelia había instalado y que chorrearon derretidos al piso formando una masa humeante cada vez de mayor volumen.

Muff empezó a toser sin control y llorar por los vapores tóxicos. No había pensado en eso y ahora sentía que se estaba ahogando por su propia obra. ¿Amelia lo iba a dejar morir? ..., pero sus pensamientos se interrumpieron cuando el traje cubrió los espacios libres. Ya no podía ver, oír, oler ni hablar, pero tras unos segundos volvió a respirar y el aire era limpio, fresco y húmedo y la necesidad de toser menguó hasta desaparecer, al igual que la irritación de sus ojos. Su respiración y los latidos del corazón regresaron a un ritmo normal. El tejido que lo cubría se retrajo dejando en su lugar solo el suéter original, que abandonó su rigidez y le permitió recuperar la libertad de movimiento.

Con sorpresa, encontró que ya no había rastros de humo ni de la masa derretida en el piso. Toda la estancia parecía renovada y un nuevo proyector mostraba la imagen impasible de Amelia, mirándolo. Muff se había sentido aterrado por la experiencia de ser sometido de esa manera y tenía la tentación de decirle a la mujer algunas cosas que le venían a la cabeza, pero sabía que ella no había violado el acuerdo en ninguna forma... prefirió callar.

—Gracias, Muff, en lo que a mí respecta ha cumplido su parte; el auto en que llegó lo dejaré frente a la puerta de su hogar, pero antes de que se vaya hay algo más que quiero ofrecerle, si está interesado —dijo Amelia.

La rabia y el miedo iban desapareciendo de la mente de Muff, pero no la desconfianza. Aunque estaba convencido de que la mujer no le haría verdadero daño, había aprendido que ella le podría hacer muchas cosas horribles sin desviarse del acuerdo. Además, a medida que se difuminaba la desagradable experiencia reciente, de nuevo se ilusionó con sentarse en su sofá con su fina botella bien ganada. Y su nueva condición financiera le permitiría vivir sin preocupaciones por un buen tiempo.

—No, señora, no creo que esté interesado. Prefiero llegar a mi apartamento cuanto antes, si no le molesta —contestó Muff con una media sonrisa.

—*Lo que quería decirle, es que sus treinta mil solares no durarán mucho por su adicción al alcohol, señor Pócher y...*

—¡Usted sabía de mi gusto por el licor, señora —gritó Muff apuntando con el dedo al visor—; de hecho, ambos sabemos que gracias a eso pudo usarme para su experimento, así que no ponga eso ahora como pretexto para no pagarme!

—*Muff, su talento... perdón, el poder de su Kor, puede ser muy apreciado en industrias más útiles que un circo —comentó Amelia—. Se me ocurren varias opciones que puedo compartirle si usted lo desea..., pero el inconveniente es que no durará mucho en ninguna de ellas si sigue bebiendo como si quisiera morir. Mi propuesta es, que si usted lo desea, puede salir de aquí con mucho más que solo dinero. Puedo revertir de su organismo, ahora mismo, todos los efectos biológicos que lo hacen adicto al licor. Aún tendrá que recorrer un largo camino por su cuenta, Muff, pero tendrá de su lado una buena salud y muchas opciones para utilizar su poder de forma productiva. Además de sus fondos en la cuenta, claro —*concluyó la dama, ante la mirada incrédula de él.

¿Dejar la adicción al alcohol? Podía sonar bonito para ella, pero para Muff era antinatural. Ahora mismo, aun estando tan sobrio como podría estarlo cualquier persona, lo único que quería era tomarse ese primer trago.

—Mire, Amelia. Si de verdad puede hacer eso que ofrece y no implica ahogarme, torturarme o causarme sufrimiento, por mí está bien, pero no quiero demorar más la llegada a mi casa.

—*Ocurrirá mientras duermes en el viaje de regreso. Gracias Muff.*

—*Hemos llegado, señor Pócher* —anunció la voz del auto, despertándolo de un sueño reparador

Estaban frente a su edificio, y entonces Muff recordó la advertencia de la señora: no recordaría nada de lo que ocurriera entre ese momento... y este.

Se miró las manos para comprobar que estaba entero. Así era.

—*Por favor, no olvide devolver la prenda y tomar sus pertenencias* — anunció el auto.

Tan pronto como se cambió de ropa, su visor se activó.

Transferencia de \$30.000 completada. Nuevo saldo disponible: \$30.502.

Muff sonrió. Muff sonrió. La extraña propuesta de Amelia había resultado ser cierta. No sabía qué había pasado y no quería saberlo, pero lo importante era que había funcionado.

Entró en su edificio, con la imagen de su cálida cama esperándolo. Ni siquiera reparó en la botella de ginebra que había olvidado en el auto.

PARTE UNO

Prueba de lectura

CAPÍTULO UNO

Rumbo a las Estrellas

Cabaña del Lago
Isla Noris, diciembre 23 de 2280

Jonás entrecerró los ojos mientras el viento fresco acariciaba su cara y su pecho. No era el ventarrón que quitaba el aliento cuando su padre estaba al mando, sino el suave y cómodo que se producía con el piloto automático.

Saboreó el momento: con las vacaciones de Navidad a punto de terminar, tal vez esta sería la última oportunidad en varios meses de iniciar su día con un viaje en bote antes del desayuno.

—Acelera a fondo—dijo en voz alta.

La embarcación aceleró tanto como lo permitía la limitación establecida por su padre, lo cual era mucho más lento de lo que Jonás habría querido, pero aun así la disfrutó mientras el lago quedaba a sus espaldas y la entrada del embarcadero se agrandaba. Ya antes se había saltado la restricción de velocidad, claro, pero esta vez se lo tomó con calma y le pareció innecesario volver a hackear el catamarán de su padre.

Durante los minutos que quedaban antes de llegar, sus ojos miraron el paisaje en todas direcciones como queriendo grabarse, una vez más,

cada acantilado, cada colina y cada árbol alrededor del gran espejo de agua que era el lago azul de Pacífica.

El firmamento chisporroteaba con brillos semejantes a estrellas que se encendían y se apagaban, producidos por los escudos de interferencia que evitaban que el exceso de rayos ultravioleta alcanzara a Jonás y las demás formas de vida en la zona. Jonás prefería ese modo de protección en lugar de las cúpulas de la ciudadela. Además, los escudos se apagaban en la noche y permitían ver las estrellas sin obstáculos, aunque era cierto que las cúpulas ayudaban a hacer más agradable y cálido el clima de la Isla Noris.

Al llegar al puerto, dio una última mirada atrás, tomó su mochila y saltó al muelle con la nave aún en movimiento, y emprendió el camino a la cabaña a paso rápido, dejando que el piloto automático estacionara la embarcación.

El mensaje que recibió sobre la llegada anticipada de su madre lo alegró y sorprendió al mismo tiempo. Geni no era una mujer dada a improvisar, y estaba seguro de que había alguna razón de peso para que viniera a la cabaña dos días antes de Navidad.

Ella ya venía a su encuentro por el camino de grava y su sonrisa lo tranquilizó. Se estrecharon en un abrazo que se prolongó varios segundos hasta que Geni lo interrumpió tomando sus manos y mirándolo de arriba abajo.

—¿Cómo te pudiste broncear si no sales del laboratorio de tu padre?

—No es así, mamá. Encontramos tiempo para navegar casi todos los días sin descuidar el laboratorio —dijo Jonás, mientras caminaban alegres hacia la cabaña con su madre tomada de su brazo—. ¿Y a qué se debe esta sorpresa?

El gesto de Geni no cambió, pero a Jonás le pareció, por un instante, que ella apretaba con más fuerza su brazo.

—Tenemos cosas de que hablar.

Su padre los esperaba en la puerta trasera y los tres finalmente tomaron asiento en el comedor, donde ya había servidas tres tazas de chocolate caliente. Por un rato, Marius y Geni charlaron de trivialidades, pero Jonás estaba ansioso por saber la razón de la visita.

—¿Entonces?

Geni lo miró y dio un corto suspiro, antes de responder.

—Amor, como tú sabes, gran parte de mi trabajo reciente ha estado enfocado en estudiar el ecosistema de Titán y en la búsqueda de vida en otros cuerpos del sistema solar; a eso he dedicado mi vida profesional —dijo Geni, que ante la mirada de incompreensión de Jonás, continuó—. El programa ha sido muy exitoso y ha abierto la puerta a un nuevo proyecto que requiere una presencia mucho más directa de la Agencia.

Jonás imaginó lo que vendría, mamá tendría aún menos tiempo libre que de costumbre, aunque no entendía por qué esa noticia ameritaba una reunión familiar.

—Entiendo. No te preocupes, sé que es muy importante. Nos arreglaremos con tu nuevo horario —exclamó con una sonrisa para animarla, pero al reparar en que sus padres cruzaban una mirada seria, sus pensamientos se dirigieron hacia posibilidades más preocupantes.

—Hasta ahora hemos logrado bastante, teniendo en cuenta que solo hemos operado estaciones y sondas robóticas desde nuestros centros de control, pero el nuevo proyecto involucra el envío de una misión tripulada al sistema solar exterior y me invitaron a unirme a ella... y acepté.

La mente de Jonás empezó a darle vueltas. Sintió un terror solo comparable con el que había experimentado cuando se enteró del inminente fin del matrimonio de sus padres, años antes.

—¿Viajar al espacio? ¡Esos viajes duran años!, ¿por qué tú? ¡Toda tu investigación la puedes hacer desde aquí, no necesitas viajar!

Geni trató de tomar las manos de Jonás, pero él las alejó. Marius decidió intervenir.

—Jonás, es una oportunidad única para tu madre —dijo Marius—. Es un gran honor que la hayan invitado a formar parte.

—Ahora bien —intervino Geni, animada por las palabras de su expareja—, acepté porque ya no se trata de los largos viajes de antes, Jonás. Seremos los pioneros en usar los nuevos motores de fusión. Tienes razón en que hasta ahora solo ir y volver de Saturno tomaba unos seis años. Ahora haremos ese viaje redondo en solo ocho meses y si le sumamos el tiempo que permaneceremos allá, estamos hablando de catorce meses hasta que regrese.

Jonás se calmó. Poco más de un año no parecía tanto, aunque los riesgos de cualquier viaje espacial le seguían preocupando. Su mente no podía evitar imaginar todo lo que podría salir mal, pero decidió no insis-

tir. Se había comportado como un niño; ya debía ser difícil para ella sin necesidad de que él lo tomara de mala manera.

—¿Cuándo te irás?

—Debo presentarme para iniciar el entrenamiento dentro de una semana. La mayor parte tendrá lugar en tierra, con algunos viajes cortos a la órbita y la misión partirá desde la Estación Espacial Casiopea dentro de dieciocho meses, aunque debemos estar a bordo treinta días antes.

» Durante el entrenamiento nos veremos con frecuencia; te visitaré aquí y hay varias jornadas de visitas de la familia a las oficinas de la ESA para conocer diferentes facetas de la misión. Durante estos diecisiete meses pasaremos mucho tiempo juntos y haremos que sea muy interesante. Luego, espero que me acompañes hasta el puerto espacial de Kourou para el lanzamiento.

A pesar de sí mismo, a Jonás le atrajo la idea. Sin duda habría oportunidades muy interesantes adelante. Ya había ido a la Agencia, pero su visita a las zonas más atractivas, donde había naves, módulos de descenso y trajes especiales, había sido tan superficial como la de cualquier turista. El área de trabajo de su mamá, que sí había conocido más a fondo, consistía en laboratorios donde lo más llamativo era el blanco inmaculado de sus paredes y muebles. Los visores y supercomputadores que dominaban los escritorios no eran muy diferentes a los que Jonás encontraba en los laboratorios de la cabaña y de la universidad, y los espacios designados a experimentos de biología y botánica estaban fuera del área que podía visitar personal no autorizado, aunque fuera el hijo de la ingeniera a cargo.

En cambio, Jonás se imaginaba que ahora podría conocer aspectos muy diferentes debido al nuevo trabajo de su mamá. Además, Jonás también tenía un anuncio que hacer. Había pensado en hacerlo luego de celebrar Navidad, pero dadas las circunstancias...

—De hecho, yo también tengo noticias. Estuve buscando apartamentos en las residencias estudiantiles. Estaría a solo cinco minutos caminando de la universidad. Creo que sería más... práctico, que vivir en la cabaña.

—No es que la cabaña esté muy lejos. Si vives aquí podrías llegar a la universidad en solo quince minutos —dijo Marius, que por un momento pareció prepararse para continuar con su razonamiento, pero

entonces hizo una pausa y cambió su discurso— aunque creo que se me olvida que ya tienes diecinueve años.

—Afortunadamente, son solo quince minutos de viaje porque pienso venir a la cabaña con frecuencia, y también nos veremos cada vez que vayas a la ciudad.

—Entonces, si ya todos estamos de acuerdo, mejor nos tomamos este chocolate antes de que se enfríe —dijo Marius, tomando su taza y ofreciendo un brindis—. Geni, estamos orgullosos de ti. Que disfrutes tu misión y regreses a casa con muchas historias para contar.

—Y por ti, Jonás —dijo Geni sonriendo—, no olvides que todavía faltan diecisiete meses para que me vaya y visitarme en la agencia tal vez sacie parte de tu curiosidad científica, aunque no sea verdadera rival para lo que haces en tus laboratorios.

Jonás levantó su taza y la entrechocó con las de sus padres.

CAPÍTULO DOS

Viento en el Vacío

Cuarto de control - Ferrovac
Seis meses más tarde

Denisse comprobó una vez más las conexiones. Todo parecía estar listo para la prueba e introdujo los parámetros en su terminal. Según las especificaciones del diseño original, las esclusas de los tubos podían soportar hasta cincuenta atmósferas de presión; estableció el llenado en cuarenta y se preparó para iniciar.

Su visor le mostró la presión actual del tubo K-32 en nueve atmósferas y un vagón que llegaría en diez segundos. Bajo condiciones normales, las bombas extraerían el aire para almacenarlo en otro tubo hasta que la presión interior fuera muy cercana al vacío absoluto.

Denisse activó el mando y cerró los ojos, apoyó las manos sobre la terminal y dejó que el poder de su Kor fluyera. Dejó de oír el sonido de los compresores y sintió los sistemas de seguridad a punto de entrar en acción en la siguiente milésima de segundo. Tenía el tiempo justo. Exploró la compleja red diseñada para impedir que intrusos hackearan el sistema, hasta que encontró una brecha. Dirigió su mente a través de

ella, penetrando y modificando el sistema de seguridad del Ferrovac transformándolo en un nuevo programa. Comprendió de inmediato que con el tiempo disponible solo podría controlar uno de los tubos. Si alteraba los otros, como era su plan original, las salvaguardias se activarían. Realizó unos cálculos y estimó que un solo tubo bastaría, aunque no era lo ideal. Lo llenó de aire y la presión interna ascendió hasta alcanzar las cuarenta atmósferas.

Funcionó. Ninguna válvula de alivio se activó ni el sistema de seguridad puso a salvo al vagón que se aproximaba desviándolo hacia un tubo secundario.

Comprobado el éxito de su prueba, dejó que el sistema de presión retomara el control, y el tubo se vació un segundo antes de que el vagón lo atravesara, como si no hubiera estado a un paso de la catástrofe.

De inmediato detectó un problema. El programa de control de presiones que había modificado se depuró y volvió a su estado original. Tras pensarlo un instante, volvió a posar las manos sobre la consola. Sintió cómo se desprendía un fragmento de su Kor y se alojaba en las entrañas del código. En un instante, su modificación volvió a ejecutarse y el sistema quedó de nuevo bajo su control, esperando a que llegara el vagón objetivo.

Cada contenedor, y el motor de fusión en su interior fueron asegurados en sus respectivos vagones de carga, bajo la cuidadosa supervisión de los técnicos de la Agencia Espacial Europea, quienes luego de terminar la tarea se unieron a un selecto grupo de ingenieros, diseñadores y programadores que habían participado en diferentes etapas del proyecto y que habían recibido la invitación para acompañar a su preciosa carga hasta el puerto espacial de Kourou, desde donde sería lanzada para su ensamble en órbita. En el vagón de pasajeros que iba a la vanguardia del convoy, Geni charlaba animadamente con un grupo de ingenieros, incluyendo a Tom Spivack, su amigo, mentor y responsable de haberla convencido de aceptar la misión y quien, inspirado por el momento, estaba terminando un emotivo discurso.

—Los motores que escoltamos y el Ferrovac que nos transporta

comparten varias similitudes. Ambos se desplazan a gran velocidad rodeados de un entorno hostil y peligroso. En el espacio, debido al vacío y la radiación, y en el Ferrovac, bajo kilómetros de agua del océano Atlántico. Sin embargo, su semejanza principal radica en otro aspecto, mucho más relevante para la humanidad. Los fusores harán por el viaje espacial lo mismo que el Ferrovac hizo por el transporte en la Tierra. Les quitará a las distancias el poder de aislarnos y nos dará la posibilidad de visitar cualquier punto del sistema solar tan fácilmente como lo es hoy ir de un lugar a otro de la Tierra.

—¡Bravo, Tom! —exclamó Geni, sonriendo.

El vagón de Geni y los otros tres que transportaban los motores levitaban sobre campos magnéticos a través de los sistemas automatizados del Ferrovac, que mantenía el orden abriendo y cerrando esclusas, presurizando y despresurizando los tubos y gestionando desvíos a lo largo de los miles de kilómetros de vías, cruces y ramificaciones. Las esclusas en forma de diafragma se abrían el tiempo justo para permitir el ingreso del vagón, cerrándose nuevamente tras su paso, en un parpadeo imperceptible. Cuando el vagón de la ESA se aproximó al tubo K-32, nada indicó que este no estuviera vacío. Atravesó la esclusa a 12 000 km/h sumergiéndose en la masa de aire presurizado que no debería haber estado allí, y empezó a arder y desintegrarse como un cometa ingresando a la atmósfera. En su interior, el contenedor con la carga salió disparado hacia el frente, arrancado de sus soportes por la brutal desaceleración. La estructura deformada del vehículo en movimiento aún resistió unos segundos más, los suficientes para comprimir como un pistón el gas sobrecalentado frente a él hasta que la presión fue más de lo que la siguiente esclusa podía soportar, y voló en pedazos. Metal y gases ardientes se dispararon al siguiente tubo destrozando las esclusas como un ariete y cazaron al siguiente vagón; la marea de destrucción continuó hasta que varios tramos de tubo se fracturaron debilitados por las temperaturas de miles de grados centígrados y por las fuerzas mecánicas que los golpeaban, permitiendo que las aguas del Atlántico invadieran las vías.

Cuando la luz del escáner cambió a verde, Jonás extrajo de su interior el tubo de vidrio y vertió el contenido sobre la mesa de trabajo. Su aspecto de tinta negra no reflejaba ninguna luz. Manipuló su terminal y la mancha adquirió primero la forma de un cubo y luego la de una esfera. Jonás continuó cambiando su forma a voluntad.

—¡Excelente, señor Landó! ¡Parece que su experimento ha avanzado mucho desde que solo parecía una babosa palpitante!

Jonás giró la cabeza y sonrió. Estaba tan concentrado que no se había percatado de que su profesor predilecto estaba en el laboratorio y lo observaba. Tenían una excelente relación que había evolucionado desde la obvia, maestro-alumno en primer año, hasta una de casi colegas, ahora que Jonás estaba en su último año. Además del torrente de conocimientos que su maestro le había transmitido en aspectos académicos, le había ayudado a abrir su mente y le había mostrado cómo se podía ser un sacerdote eudista que nunca se quitaba el clériman y al mismo tiempo un investigador renombrado en física.

—Buenos días, padre Hermes. Y tiene razón. Parece que al fin logró que tomara la forma que yo quiera —dijo Jonás, al tiempo que la mancha se transformaba en un pequeño castillo medieval—. ¿Quiere ver alguna figura en particular?

Por supuesto, el padre Hermes sí quería. Ante cada orden del sacerdote, Jonás programó la mancha para que adoptara sucesivamente la forma de figuras geométricas y objetos cotidianos. Parecía que podrían estar así todo el día, pero Jonás tenía guardada una sorpresa.

—¿Qué le parecería un tetraedro, padre? —dijo, ante la mirada un tanto desilusionada de su maestro. Sin esperar respuesta, reconfiguró la mancha como un tetraedro, apoyado en la mesa sobre uno de sus vértices.

—¿Cómo logras que se mantenga en equilibrio? —preguntó interesado, al tiempo que se aproximaba a la mesa para ver la figura de cerca, aunque el color negro sin reflejos impedía ver cualquier detalle sobre su superficie.

Sin responder, Jonás tomó con delicadeza la pirámide y la puso sobre la palma de la mano del sacerdote, que comprobó cómo conservaba la verticalidad.

—¿Nano-giros copios? —preguntó, no muy convencido.

—No exactamente. Giroscopios cuánticos.

No era fácil impresionar a Hermes Russo, pero su expresión no dejó lugar a dudas. Jonás recibió complacido la salva de preguntas, pues había pasado mucho tiempo buscando las respuestas. Tomó la pirámide, la transformó en una esfera y se dispuso a iniciar lo que seguramente sería una larga serie de explicaciones a su maestro, pero su visor se iluminó con un mensaje de urgencia.

Era de su padre.

—*Jonás, debemos partir de inmediato. Tu madre sufrió un accidente camino a Kourou.*

Su padre le contó lo poco que sabía. Sus amigos de la ESA lo llamaron y le dijeron que un convoy de cuatro vagones, que transportaba pasajeros y carga de la Agencia, había sufrido algún tipo de accidente cuando se dirigía a Kourou. Se perdió toda comunicación, pero por la ubicación del convoy en el momento del accidente las operaciones de salvamento se habían centrado en Sao Paulo, Brasil.

Jonás había viajado a Sudamérica en varias ocasiones. La primera, en compañía de sus padres; luego del divorcio, alternaba viajes con alguno de ellos y, más recientemente, viajaba en compañía de Sofí, su novia.

Ninguno de los viajes anteriores le había parecido tan amargo como este. La falta de noticias resultaba incomprensible para Jonás. Solo sabían que el incidente sucedió cuando el vagón iba a velocidad de crucero y eso para su mente racional significaba que nadie podría haber sobrevivido, pero se negaba a aceptar esa posibilidad. El neurocom implantado en el cerebro de Geni habría reportado de inmediato el cese de sus signos vitales y eso no había pasado; por lo tanto, debería estar viva. Por supuesto, el neurocom también habría reportado sin ambigüedades que ella se encontraba bien y tampoco se había recibido comunicación alguna en ese sentido, pero Jonás no ahondó en esos pensamientos.

Su padre lo tomó del brazo.

—Hay noticias —dijo Marius, y proyectó una imagen desde su terminal de pulsera.

Jonás conocía a la persona de la proyección. Era Silvia, una amiga de Geni desde la época universitaria y, según creía, parte del personal en tierra de la ESA. Estaba muy seria.

—Marius, Jonás, me agrada verlos. Creo que querrán saber que hace unos minutos recuperamos contacto con nuestro personal a bordo del vagón accidentado. Lo más importante que deben saber es que Geni está viva —dijo Silvia, y esperó unos segundos para permitir que ambos entendieran lo que estaba diciendo—. En unos minutos llegará a Sao Paulo para recibir atención médica y yo la acompañaré. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero por favor cálmense. Tan pronto como pueda hacerlo les volveré a llamar y si necesitan saber algo llámenme cuantas veces quieran. ¿Les parece bien?

—Sí, claro, pero por favor explícanos, ¿qué sucedió? —preguntó Marius.

—Los investigadores de Ferrovac nos han informado que se produjo una explosión en el tercer vagón del convoy, provocando una reacción en cadena que destruyó los tres vagones de carga. El de pasajeros se salvó de la peor parte, pero aun así hubo docenas de heridos y al menos dos fallecidos. Para cuando ustedes lleguen seguramente sabremos más.

Marius se mostró conforme con la información preliminar y se despidió de Silvia. Miró a Jonás y pasó su brazo sobre sus hombros. El resto del trayecto lo ocuparon en discutir teorías sobre lo que había pasado, pero sus cálculos no explicaban el nivel de destrucción descrito. Diez minutos antes de llegar recibieron una llamada de Silvia. Geni había llegado y la habían trasladado directamente a cirugía, al igual que a varios de sus colegas. Afortunadamente, Sao Paulo tenía suficientes quirófanos robotizados. Silvia les avisaría si se producía alguna novedad. Quince minutos más tarde ya estaban en un taxi rumbo al hospital.

Jonás y Marius se encontraron con Silvia a la entrada de una sala de espera dotada de varias sillas de aspecto cómodo. Sobre una mesa había café y galletas: *Cortesía de Ferrovac*, según decía la pantalla sobre la bandeja.

Un holo con la imagen de una enfermera de aspecto amigable e

imperturbable respondía sus preguntas respecto a la evolución del estado de salud de Geni, aunque por lo pronto se limitaba a informar que continuaba en cirugía. Por su parte, Silvia les compartió lo que sabía sobre el accidente.

—La gente de Ferrovac no tiene ni idea de lo que pudo haber causado el accidente, pero está claro que el vagón de pasajeros no fue afectado por la explosión en sí misma. Las heridas de los pasajeros fueron causadas por los sistemas de emergencia que lo aceleraron para alejarlo y desviarlo del camino de la explosión, aunque a la velocidad a la que se desplazaba las fuerzas G eran extremas y causaron heridas a cuarenta y cinco personas. Dos de ellas murieron. Según me explicaron, si el sistema de emergencia no hubiera aplicado esas medidas de urgencia, el vagón de pasajeros habría sido alcanzado y destruido por la explosión, igual que los demás.

Jonás podía imaginarlo. Un vagón con cien pasajeros viajando a velocidad de crucero, unos doce mil kilómetros por hora, perseguido por una fuerza explosiva que, probablemente, viajaba más rápido aún. Si quieres sacarlo del camino de la destrucción no hay una forma segura de hacerlo, solo hay opciones menos malas que otras, y eso fue lo que el sistema de seguridad aparentemente hizo con el vehículo donde viajaba su madre.

Lo que no podía entender era la explosión en sí misma. ¿Cómo se había iniciado? Los vagones no usan ningún tipo de combustible y los sistemas de seguridad hacían prácticamente imposible ingresar con explosivos o material inflamable.

Los pensamientos de Jonás se vieron interrumpidos por el holo de la enfermera, que empezó a hablar.

—Me complace informarles que la cirugía de la Dra. Geni Landó fue un éxito. Pueden visitarla en la habitación.

«Cosmos, gracias», pensó Jonás, y con un gesto de su mano transfirió las instrucciones de ubicación de la habitación desde el holo hasta su propio terminal de pulsera y lo mismo hicieron Marius y Silvia.

Jonás temía encontrar a su madre en muy malas condiciones, pero sus temores resultaron infundados. La cama de la habitación estaba tendida y vacía mientras Geni reposaba en un sillón, supervisada por una unidad robotizada de cuidado posquirúrgico. Tenía inmovilizado el

brazo derecho y un vendaje azul cubría su cabeza. Pese a que los tres visitantes entraron con mucho cuidado y trataron de no hacer ruido, el movimiento pareció alertar a Geni que abrió los ojos. Parpadeó varias veces, posiblemente tratando de enfocar, y luego su rostro lució una gran sonrisa.

—Jonás —dijo, intentando al principio mover su maltrecho brazo fracturado, y luego estirando su brazo sano.

Jonás se arrodilló a su lado y la tomó de la mano con cuidado, como si fuera a romperse si no se medía, pero Geni lo abrazó con más fuerza de la que él esperaba. Fue muy alegre también el saludo con Silvia y con Marius.

Lo peor vino cuando Geni le preguntó a Silvia sobre cómo estaban los demás. No sabía de la muerte de sus dos colegas y enterarse la llevó a las lágrimas.

Llegaron otras personas. Familiares de colegas heridos en el accidente pasaron a hacer una rápida visita y manifestar alegría porque Geni estuviera bien. En esas cortas reuniones se intercambiaron noticias y especulaciones sobre lo ocurrido y el desfile habría continuado, pero el robot médico de Geni les solicitó a todos abandonar la habitación para que ella descansara.

Jonás y su padre estaban agotados, sobre todo psicológicamente. Comieron en el hotel que Ferrovac había reservado y pagado para todas las familias y después de un sueño de cinco horas, Jonás estaba otra vez en la habitación de su madre. Marius se reuniría con él más tarde.

Cuando Jonás llegó a visitarla, varios funcionarios de la ESA ya estaban allí conversando alrededor de su silla.

—Cuando se inició el proyecto no sabíamos si los motores de fusión estarían listos a tiempo. Por eso La Huygens fue diseñada originalmente para ser impulsada por cualquier sistema de motores, químicos o de fusión. Por supuesto, tendremos que cambiar la configuración, pero seguiremos adelante —dijo un hombre que se notaba que era muy alto, pese a estar sentado en una silla deslizadora con una pierna inmovilizada y suspendida mediante cables. Debía tener unos sesenta y tantos años y su propio brazo izquierdo estaba cubierto por una manga posquirúrgica, además de lucir varios moretones en la cara.

—Doctor Spivack —lo interrumpió Geni, señalando con la mano a Jonás—, ¿recuerda a mi hijo, Jonás?

El hombre dejó de hablar y giró para mirar hacia donde señalaba Geni.

—Jonás, es un gusto volverte a ver. Por supuesto que me acuerdo de ti, aunque eras un pequeño cuando visitabas a tu madre en la Agencia. Y ella me ha dicho que eres muy bueno para la física así que espero que consideres a la ESA cuando busques empleo. Siempre necesitamos mentes brillantes y tienes unos antecedentes familiares impresionantes, pero no es el momento para hablar de eso, claro. Te dejo con tu madre. Ya tendremos oportunidad de seguir esta conversación. Un gusto reencontrarnos Jonás y Geni, piensa en lo que te comenté, ¿quieres?

Spivack accionó su silla deslizadora y se marchó de la habitación, seguido de un pequeño séquito de funcionarios de la ESA, dejando a Geni en compañía de Silvia y Jonás, quien al fin pudo abrazar y saludar a su madre.

—Te ves muy bien, mamá, pero no abuses. ¿Hablando de trabajo tan pronto?

—Díselo a Tom. Tuvo varias fracturas y ya está por allí visitando a todos los heridos, ¡como si él mismo no fuera uno!

—¿Y qué es eso de que seguirán adelante? ¿Acaso la misión no se canceló con la pérdida de los motores de fusión?

—Eso creía yo hasta hace unos minutos, y entonces recibí la visita de Tom. Está decidido a seguir adelante y cuando él se pone en marcha es difícil detenerlo. Y tú oíste lo que dijo al final. La nave tiene la capacidad de reconfigurarse para hacer el viaje con cualquier tipo de motores —explicó Geni, que parecía preocupada con las noticias.

—Entonces estamos hablando de un viaje de, ¿cuánto, unos seis años? —preguntó Jonás con incredulidad.

—Un poco menos, pero sí. Seis años de viaje es bastante aproximado, más el tiempo que estaremos en la órbita de Titán, aunque será más corto que el que se había planeado —intervino Silvia, causando una mirada de extrañeza de Geni.

—¿*Estaremos* en órbita? —preguntó Geni—; ¿Lo dices en sentido figurado o...?

—Te lo íbamos a decir; con Spivack, me refiero. La extensión del

tiempo de misión con motores químicos hace necesario aumentar la producción de alimentos. Me ofrecí a dirigir el hábitat de la granja. No quiero que mi mejor amiga tenga que comer solo conservas durante tanto tiempo —dijo Silvia sonriendo.

Jonás escuchaba la conversación como algo surrealista. Había dado por hecho que, tras el accidente, la misión quedaría cancelada y que Geni regresaría a su trabajo en el laboratorio de la ESA a solo unas horas en Ferrovac de la universidad. Ni por un segundo había considerado que ella seguiría adelante, sobre todo cuando el tiempo de viaje se había prolongado tanto, pero ahora caía en cuenta de que era lo lógico. Geni siempre había combinado de forma brillante el trabajo con su papel de madre. Solo ahora se le presentaba la necesidad de elegir. Jonás creía que si él presionaba, ella desistiría del viaje. Luego, él se graduaría de la universidad y tomaría alguna de las ofertas de trabajo que había recibido, haría la vida que quisiera sin que nadie se opusiera, mientras que Geni habría perdido la oportunidad profesional de su vida. No había nada que pensar, y ver la cara de preocupación de Geni lo confirmó.

—Pues más vale que siempre haya verduras frescas en esa nave. A mí me obligó a comerlas desde que era un bebé —dijo Jonás con su mejor sonrisa.

—Despreocúpate por eso. Nadie puede igualar el talento de Silvia para hacer que las granjas sean verdes y productivas, en tierra o en el espacio. En serio, nadie. Me alegra que vengas —dijo Geni a Silvia sonriendo, mientras tomaba la mano de su hijo.

CAPÍTULO TRES

Cassie y Hugh

Vagón de Ferrovac, Trayecto Noris - Kourou
Diciembre 6 de 2282

El cronograma de la misión solo se había atrasado seis meses y ahora había llegado el momento. En dos días Geni despegaría en el transbordador rumbo a la Estación Espacial Casiopea, donde completaría los preparativos, y un mes más tarde partiría más lejos de lo que ninguna misión de investigación tripulada lo hubiera hecho antes.

Al viaje de Jonás hasta Kourou le quedaban unos veinte minutos. Apagó su lector de libros, sacó del bolsillo el tubo de vidrio y vertió el contenido sobre la mesita de las comidas. De inmediato, la negra tinta que no proyectaba reflejos se irguió y tomó la forma de una pequeña astronauta con traje blanco y la visera negra. Al principio estaba inmóvil como un muñeco, pero enseguida empezó a observar a su alrededor y caminar. Dio un salto sobre el tubo de vidrio y cayó al otro lado balanceando sus brazos para recobrar el equilibrio.

«Eso es nuevo» —pensó Jonás sonriendo—. «A mamá le va a gustar»

—Disculpa, ¿dónde lo compraste? Mi hija se volvería loca si se lo regalo —dijo un hombre sentado en la silla contigua.

—Lo siento, solo es un prototipo —respondió Jonás, que tomó a la astronauta y la vertió en el tubo, nuevamente convertida en la tinta negra.

«El Padre Hermes tiene razón. Tengo que patentarlo» —pensó.

Jonás descendió en la estación de Ferrovac en Kourou y tomó un autobús hasta el centro de visitantes. No había ninguna separación evidente entre la terminal de transportes y el puerto espacial y el vehículo avanzó flanqueado por un bosque de naves espaciales que reflejaban la historia de los lanzamientos de la ESA. A Jonás le encantó ver los memorables Ariane, Vega, Themis, Miura, Horus, Colosse y Leavitt, y los transbordadores pesados, mucho más parecidos a los actuales, como el que llevaría a Geni hasta Casiopea.

Cerca al fin del recorrido destacaba por su imponente estructura. En su interior habría cabido toda una flota de transbordadores como los que acababa de dejar atrás, pero no se trataba de una nave, o al menos no de una completa. Era un motor Kraken y a Jonás le impresionó el tamaño que debía tener la Huygens, si para impulsarse necesitaba seis de esos monstruos.

Del puerto espacial partían varias misiones cada día y cientos de personas entraban y salían del centro de visitantes o tomaban los recorridos a las diferentes áreas para presenciar un lanzamiento, un despegue o reunirse con familiares a quienes no volverían a ver en semanas, meses o, como en el caso de Jonás y de las familias de los otros setenta y nueve tripulantes de la Huygens, años.

La víspera del despegue, Jonás y Geni entraron a un enorme hangar que era la instalación escogida para ofrecer un *cocktail* en honor a la tripulación de la Huygens y sus familias.

El área destinada al evento ocupaba un diminuto espacio en el

extremo más cercano a la puerta. El resto del edificio estaba separado por barreras móviles y era ocupado por una estructura metálica de aspecto caótico con varios pisos de altura comunicados entre sí por escaleras y que sobresalía a través de una abertura en el techo al menos un centenar de metros, y se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista en el fondo del hangar. Jonás no logró adivinar la utilidad de esa masa de metal.

—Ahora te lo explico —dijo Geni ante su pregunta—, pero antes oigamos lo que nos quiere decir Tom —remató Geni señalando a Tom Spivack, que se había parado sobre una pequeña tarima alrededor de la cual se empezó a reunir la gente.

El Director de Vuelos tripulados y, según Geni, alma del proyecto Huygens, vestido de forma casual al igual que el resto de invitados, hizo gala de su reconocida economía de palabras. Reconoció el sacrificio que tanto miembros como familias hacían al separarse por tan largo tiempo en beneficio del conocimiento científico y les recordó que la ESA era su familia y estaba para apoyarlos.

El mensaje de unidad y la brevedad del discurso fueron recompensados por la concurrencia con un sonoro aplauso. Las familias se dispusieron a continuar con sus conversaciones, pero los tripulantes siguieron pendientes de la tarima, a la que ahora había subido un hombre que Jonás no conocía.

—Gracias a todos ustedes, familias de nuestra tripulación. Soy Vik Colombo, comandante de la Huygens II, que es mucho más que una nave espacial. Durante los años que dure la misión será nuestro lugar de trabajo, un laboratorio de investigación, nuestro hogar, nuestro refugio y un puesto de avanzada de la humanidad en el sistema solar exterior. La vida cotidiana de las ochenta personas que conformamos la tripulación transcurrirá a bordo durante varios años, y por tal razón en la ESA queremos que ustedes, nuestras familias y seres queridos, la conozcan tanto como sea posible. Infortunadamente no podemos llevarlos a todos a la Casiopea para que visiten la nave real, pero hemos preparado el mejor sustituto posible.

Las luces se atenuaron y el holograma de una gigantesca nave tomó forma, integrándose con la estructura metálica que ocupaba el hangar. La transparencia inicial desapareció hasta adquirir un aspecto corpóreo que causó exclamaciones de asombro. Solo una parte de la nave holográ-

fica cabía en el hangar y el morro se proyectaban a gran altura por encima y fuera del hangar, como un rascacielos.

—Tripulación, acompañen a sus invitados —dijo Colombo.

Las barreras móviles se apartaron y los miembros de la tripulación desfilaron hacia la estructura con sus sorprendidos acompañantes.

—Vamos! —le dijo su madre, que se veía muy feliz.

Al acercarse a la nave, Jonás comprendió que la estructura metálica permitía caminar por su interior como si tuviera una estructura sólida. La imagen de la nave era tan realista que el piso, barandas y escaleras que conformaban la estructura lucían ahora un intenso delineado naranja, que les permitía caminar con seguridad al distinguirlo de la imagen simulada.

En el interior, la simulación holográfica mostró un gran cilindro en el que habrían cabido parados tal vez tres hombres altos uno sobre los hombros del otro, aunque no se podía ver lo larga que era debido a que tenía techo y Jonás supuso que sobre este había otro nivel, y otro. Sobre las paredes en todos los costados había asas, algunas fijas y otras móviles. Su mamá le explicó.

—La Huygens genera gravedad artificial cuando acelera; en ese caso sientes que abajo queda donde están los motores, tal como lo sientes aquí. En la nave real y cuando la nave tenga los motores Kraken encendidos, las manijas no tendrán mucho uso, salvo tal vez permitirle a algún despistado que se sujete. Cuando estén apagados, en cambio, estas manijas se convierten en una forma rápida de llegar a cualquier parte de la nave sin tener que flotar libremente e impulsarte en lo que encuentres; tomas la primera que esté a tu alcance y te conducirá de forma segura a través de todos los niveles por esos pasos abiertos entre niveles que ves allí. También servirían para moverse mientras funcionan los motores de fusión porque la aceleración que generan es muy baja y las manijas permiten moverse sin dificultad.

Jonás se acercó a uno de esos pasos y la enorme longitud de la Huygens se hizo notoria. Los pasos atravesaban el metal de los niveles e iban de punta a punta de la nave.

—Entonces, ¿para moverte por la nave necesitas una de estas manijas?

—Es una de las formas, ideal como te digo si no hay propulsión o si

es baja. En cambio, si los Kraken están empujando, como ocurrirá muchas veces en nuestro viaje, lo mejor es estar bien atados en algún lugar o, si no tienes más remedio que moverte, puedes utilizar el sistema de cables continuos que corren paralelos al pasadizo central. Son como escaleras sin fin. Para todos los sistemas hay acceso en cada nivel, indispensables en una nave de ese tamaño.

Jonás vio los accesos que señalaba su madre.

—Esencialmente, es como un edificio normal, con pisos, escaleras, ascensores y todo.

—Sí, un edificio con huecos cilíndricos a lado y lado por los cuales puedes subir y bajar aferrado a unas manijas —rio su madre.

—Bueno, sí. Alguna diferencia debía tener. —Dijo la voz de Silvia, que había estado curioseando la conversación. Tenemos de todo, la mayoría del espacio está ocupado por áreas dedicadas obviamente a la investigación o al almacenamiento, pero encontrarás varias zonas dedicadas a encuentros sociales. ¿O creías que tu mamá solo iba a trabajar? Su principal motivación para venir en esta misión es el licor gratis.

Jonás y Geni rieron y Silvia les presentó a un tipo con expresión seria y una mujer muy parecida a ella, pero con algunos años menos a cuestas

—Martha y Genaro, mis hermanos; voy a mostrarles mi *penthouse* y de paso el último medio de transporte que utilizamos en la Huygens II. ¿Vienen?

Geni y Jonás saludaron a los hermanos de Silvia. Martha sonrió amistosa mientras que Genaro apenas hizo un gesto de asentimiento, sin dejar en ningún momento de pasar su brazo sobre los hombros de Silvia.

—Mi hermano es un tris sobreprotector y está preocupado por mi viaje, pero es buena gente. Vamos.

Ante el comentario, Genaro trató de sonreír, pero, en cambio, hizo una especie de mueca.

—Silvia y yo somos más o menos vecinas —le explicó Geni a Jonás, al tiempo que tomaba el mismo camino que su amiga.

El pasillo desembocó en una gran área abierta con forma de dona.

—En la nave real, el hábitat a nuestro alrededor estará girando permanentemente para producir gravedad artificial, aunque no veríamos nada girando desde aquí porque la estructura de la nave lo cubriría. La oficina de la directora de los bio hábitats, es decir, Silvia, estaría justo

aquí, junto a la entrada de los ascensores. Estos llevan desde el cuerpo central hasta los distintos niveles del anillo giratorio número uno. Las habitaciones están a unos cómodos 0.7 g, pero en la zona más alejada del centro llega a 1,2 g. En la nave real tendríamos que entrar en los ascensores de cabeza porque el piso estaría hacia afuera y eso no lo pueden simular en tierra. Subamos las escaleras.

El grupo llegó a la zona de dormitorios. Silvia y sus hermanos fueron a la izquierda y Jonás siguió a Geni hacia la derecha. Puertas iguales se ubicaban a los lados. El nombre de su madre era visible junto a una de ellas.

—Bienvenido a mi guarida —dijo Geni, y abrió la puerta holográfica con su terminal de pulsera.

La habitación de su madre era muy agradable. Lo sería incluso en la tierra. Tenía una cama que lucía cómoda, un escritorio con una clara-boya al frente, una estantería para poner objetos personales y un armario, además de diversos controles sin uso obvio. Al ver por la ventana, Jonás observó la simulación de la nave desde el centro hasta los motores. El giro del anillo le hizo dar la sensación de estar moviéndose de cabeza alrededor del eje central de la nave.

—Ja, a mí también me dio una sensación extraña cuando lo vi la primera vez. Afortunadamente, es un ojo de buey con mejoras. Mira.

Geni manipuló su terminal y la imagen cambió. Ahora parecía que estuvieran moviéndose alrededor del centro de la nave, pero estando de pie, una sensación mucho más natural.

Jonás observó la ilusión óptica, pero negó con la cabeza.

—No estoy seguro de qué sucederá si haces eso en la nave. Aquí es simplemente una simulación y solo invierten la imagen, pero a bordo de la nave real estarás moviéndote de verdad y sentirás la aceleración del giro en forma de gravedad artificial y si inviertes la imagen, lo que percibirán tus ojos no coincidirá con lo que perciba tu oído medio. Creo que terminarás más desorientada que si simplemente ves la imagen real.

—Es probable, pero ya veremos.

Jonás imaginó a su madre en esa habitación, rodeada no de un hangar sino de nada más que el vacío del espacio, a cientos de millones de kilómetros de distancia y alejándose más cada segundo, y no pudo

evitar un escalofrío. Necesitaría mucho a Silvia y a los demás miembros de la tripulación para sobrellevar bien ese aislamiento.

—Aquí estaré cuando te envíe mensajes o cuando los reciba —dijo su madre. Tendremos varios minutos de demora, pero podremos comunicarnos con frecuencia.

El *tour* por la nave les tomó más de una hora y dejó satisfecho a Jonás. Se sintió orgulloso de que su madre fuera parte importante de la misión pese a lo dura que resultaría la separación.

Salieron y se sentaron a una mesa, comiendo pasabocas y bebidas que servían los camareros automáticos y observando cómo las personas entraban y salían de la falsa nave.

—Sabía que la Huygens era enorme pero solo hoy me hice consciente de su verdadera dimensión.

—Sí, es un poquito más grande que la Huygens original —bromeó ella.

A Jonás le sonaba el nombre como una vieja misión espacial, pero no recordaba detalles.

—Fue una misión en los inicios de la exploración espacial, hace más de dos siglos. Se llamó Cassini-Huygens —aclaró Geni—. Visitó Saturno y sus satélites, como haremos nosotros. Al principio, Cassini y Huygens estaban unidas, luego se separaron y la Huygens descendió sobre la superficie de Titán, enviando datos a la tierra principalmente a través de Cassini.

A medida que su madre le recordaba los detalles de ese antiguo viaje espacial, le causó curiosidad que la historia le caía como anillo al dedo para ambientar el regalo que tenía preparado para ella. Sonriendo le contó la historia que acababa de idear.

—Se me ocurre, mamá, que tú y yo nos parecemos a Cassini-Huygens. Despegaron juntas, recorrieron unidas un largo camino, pero para cumplir sus respectivas misiones, debieron separarse. Sin embargo, la separación solo fue física. Seguían en comunicación constante y al hacerlo ambas alcanzaron su propósito —dijo Jonás, que tenía preparadas otras analogías, pero se interrumpió al ver que a su mamá los ojos se le habían llenado de lágrimas, y decidió ir al grano.

—Te traje este regalo. No es un juguete.

Jonás sacó el tubo de nanoglass de su bolsillo y vertió la tinta negra

en la mesa, mientras Geni veía asombrada como se transformaba en la pequeña astronauta de visera negra y empezaba a explorar el terreno.

—Jonás, es hermoso, pero... ¿dices que no es un juguete?

—Puede serlo, claro, pero es mucho más. Mira.

La pequeña astronauta se detuvo y por un momento pareció que se estuviera derritiendo, con tinta que salía de su bota, pero el material que surgió de la figura se consolidó y formó una segunda forma. Era un hombrecito con bata de laboratorio que se saludó de mano con la astronauta y luego, al igual que ella, se dedicó a explorar la mesa y levantar la servilleta para saber que se ocultaba allí.

Jonás, feliz de ver que la había sorprendido, tomó en sus manos las dos figuras y entregó a Geni el hombrecito.

—Cassini —dijo, sosteniendo en sus dedos la figura inmóvil de la astronauta —; y Huygens —esta vez señaló al hombrecito, estático en manos de Geni—. Separados por las distancias del espacio, pero aun así unidos. No importa donde estén estos dos pequeños, seguirán conectados. Te acabo de enviar las instrucciones de uso a tu terminal.

La noche terminó con todo el mundo feliz por la experiencia de la Huygens holográfica. Haber visto de cerca el lugar donde sus seres queridos pasarían los próximos años hacía de alguna forma más llevadera la situación. Se encontraron con Silvia y sus hermanos, que tenían los ojos rojos y húmedos, y Jonás se despidió de ella con un abrazo y de ellos agitando la mano.

Geni siguió caminando junto a Jonás y a cada tanto volvía a mirar al hombrecito en su mano.

—Esta maravilla necesita un nombre —dijo Geni.

—Es Huygens, ¿recuerdas? O puedes decirle polimorfo. Es el nombre que tengo en mi cabeza cuando trabajo en este tipo de estructuras.

Geni lo miró como si lo hubiera visto comer algo sacado de la basura.

—¡Polimorfo! No sé cómo puedes crear algo tan increíble y ponerle un nombre tan espantoso. Y Huygens está un poco trajinado, ¿no crees?, tendría que ponerle Huygens III y nombrarlo conde o algo así —dijo Geni entre risas—, pero creo que no le vendría mal el nombre... Hugh. Y puedes decirle a la tuya Cassie. No suena tan mal.

Jonás se divirtió con la situación tanto como su madre. Darle un nombre bonito a su creación no había sido una necesidad hasta ahora y solo en contadas ocasiones había tenido que usar Polimorfo para referirse a él y no le parecía tan horrible como a ella. Era gracioso y expresaba en parte de qué se trataba, pero la idea de su mamá en todo caso le gustó.

—Hugh y Cassie. Es lo justo.

La mañana del lanzamiento, Jonás fue con Geni a desayunar y luego la acompañó a tomar el autobús que llevaría a la tripulación a la pista de despegue, donde darían una conferencia de prensa antes de partir.

Pese a la inminencia de su partida y de la larga separación, ya habían dicho y expresado todo lo que querían y los últimos momentos los dedicaron a la conversación casual.

Geni miró su terminal, que se había encendido mientras emitía una alerta audible.

—Ya debo irme. Si quieres ver el despegue, ve ahora a la sala VIP —le dijo, y se despidieron con un prolongado abrazo donde ninguno de los dos pudo reprimir las lágrimas.

—Lláname con frecuencia, ¿sí? —dijo Geni desde el autobús.

—Cinco veces al día, como mínimo —respondió Jonás sonriendo.

La sala VIP estaba abarrotada con unas doscientas personas. Tenía vista directa a la pista donde los cuatro transbordadores esperaban a sus pasajeros y varios visores proyectaban holo-videos desde diferentes ángulos.

—Hola guapo, ¿por qué tan solo? —dijo alguien a la espalda de Jonás, provocándole un respingo.

Él la reconoció, pero se suponía que la propietaria de esa voz no debía estar aquí, sino estudiando en la universidad a más de seis mil kilómetros de distancia, en Noris. Sin embargo, allí estaba ella.

—¡Sofí! ¿Qué es esto, cuándo llegaste? Creí que tenías mucho trabajo —le dijo Jonás, que la tomó de las manos emocionado.

—Haces muchas preguntas —rio ella—. Y es obvio que estoy aquí para acompañarte. No quiero que regreses a Noris solo.

—Si hubieras estado aquí anoche, te habría encantado. La ESA nos hizo un recorrido simulado por la Huygens, sobre una nave holográfica.

—¿De verdad? ¿Y por casualidad el holograma se fusionó con una estructura metálica para poderlo recorrer y conociste la habitación de Geni?

—Hablaste con mi madre antes que conmigo, según veo.

—No. Bueno, sí, hablé con ella, pero no fue así como supe del holo de la Huygens. Algo tuve que ver, para serte sincera.

Jonás no podía creerlo. Sofí era experta en holografía, esa era su área de estudio, pero lo que le parecía increíble era que pese a compartir con ella gran parte de su tiempo, él no se hubiera enterado de nada.

Resultó que Sofí y todo el departamento de artes visuales de la universidad estaban involucrados en el proyecto, aunque pocos sabían el alcance completo. Su Sofí era una de esas pocas y para colmo resultó que había llegado solo unos minutos después que él. No le había dicho nada, tanto por mantener la sorpresa como para poder hacer su trabajo de supervisión del recorrido al holograma y además para permitir que Jonás pasara tiempo con Geni sin interferencias de su novia.

La conferencia de prensa había terminado. Solo hablaron Vik Colombo, la Primera Oficial Izaskum Zezenarro y otros dos tripulantes, entre los cuales no estaba Geni.

Los ochenta miembros de la tripulación se dirigieron entonces a los cuatro transbordadores utilizando sus trajes de vuelo livianos y el casco bajo el brazo. Jonás tuvo que buscar la figura de Geni entre el numeroso grupo y al fin la encontró, justo a tiempo para verla subir a la nave más lejana desde su punto de vista, y que resultó ser la primera en enfilarse la pista y despegar, primero horizontalmente, y luego en una trayectoria vertical. Las demás la siguieron a los pocos minutos y la pista quedó vacía. Todos los transbordadores se encontraban rumbo a su encuentro con la Casiopea y la Huygens.

Esta era la tercera vez que Geni ascendía a la órbita.

La primera vez habían permanecido tres semanas a bordo de la Casiopea y en ese momento la Huygens era apenas una larga estructura

sobre la que se habían empezado a montar algunas piezas mayores en la proa. A Geni le recordó vagamente una espina de pescado con su cabeza, aunque nunca se habría atrevido a admitirlo a sus colegas. En esa ocasión, el entrenamiento había consistido en familiarizar a la tripulación con la ingravidez y los muchos cambios que eso implica para las rutinas diarias, tanto en aspectos de tareas de la misión como en lo personal. Pasaron mucho tiempo desarrollando prácticas en el anillo giratorio, donde la sensación inicial fue de mareo, pero Geni pronto aprendió a manejarlo. Sin embargo, tres miembros de la tripulación experimentaron el mareo de forma permanente y con gran frustración para ellos fueron reemplazados.

La segunda vez había tenido lugar solo tres meses antes del despegue y los avances en la construcción la impresionaron. La Huygens ya casi tenía su aspecto definitivo, aunque aún seguía unida a la Estación y pudieron ingresar a ella y hacer un reconocimiento de sus áreas principales.

A corta distancia por adelante de la Casiopea habían completado el armado de lo que se convertiría en el rasgo más sobresaliente de la Huygens. Sus dos enormes hábitats giratorios que, todavía inmóviles, esperaban a la nave con la que se integrarían, aunque Geni no tuvo oportunidad de presenciar ese evento. Su misión fue familiarizarse con los sistemas de emergencia de la Huygens.

Ahora, en su tercer y último ascenso, Geni contempló lo que parecía un sistema doble de estaciones espaciales. Primero sobrevoló el gigantesco complejo de Casiopea. Observó su anillo central fijo, dentro del cual rotaba el hábitat con gravedad artificial y recordó, como en los ascensos anteriores, que pasaría gran parte de los próximos seis años en uno muy similar.

Desde el anillo se proyectaban hacia el exterior los brazos que conectaban con los cinco módulos de servicio en forma de platos, diseñados como fábricas, astilleros, centros de servicio y puerto de naves espaciales.

La Casiopea quedó atrás y la Huygens creció en tamaño hasta ocupar todo el campo de visión. Se acercaron desde la popa, donde estaban los motores Kraken que tanto habían impresionado a Jonás. El transbordador tenía como destino una de las bahías abiertas en el costado izquierdo de la nave, que se veía increíblemente pequeña como

para que el transbordador cupiera, pero el piloto automático que lo guiaba no tuvo ninguna dificultad en ingresar y asegurar la nave a la Huygens. La entrada se cerró y pronto los pasajeros pudieron entrar a su nuevo hogar.

Los recién llegados recibieron la bienvenida de un técnico de la Casiopea, que ingresó a la bahía para inspeccionar visualmente el interior de la nave. Pronto, tareas como esa serían responsabilidad de los tripulantes de la Huygens, Geni incluida. Aunque su responsabilidad principal residía por ahora en apoyar a Silvia en la dirección de las granjas, la ESA había determinado, después de realizar varios estudios, que desempeñar tareas diversas ayudaría a mantener la salud mental en viajes de larga duración. A Geni le parecía una buena idea. Las demás tareas necesarias para reabastecer los transbordadores y dejarlos listos para volar se hacían de forma automatizada.

Geni se aferró de una de las asas de traslado sujetas al techo.

—Mi habitación —dijo Geni, y el asa la arrastró hasta la entrada de uno de los elevadores al que entró con otras ocho personas que, al igual que ella, querían o necesitaban un momento a solas.

Los elevadores comunicaban el eje central de la nave, que se encontraba en gravedad cero, con los diferentes niveles de los anillos giratorios que contaban con gravedad artificial.

El interior del ascensor tenía elementos de sujeción, necesarios para que los pasajeros tuvieran un tránsito seguro entre las áreas de ingravidez del centro de la nave y aquellas en que la gravedad artificial se hacía sentir gradualmente a medida que ascendían.

Al llegar al nivel de las habitaciones se abrió la puerta del elevador y salieron con cierta torpeza. Les iba a tomar un tiempo dominar la transición.

Las habitaciones ya tenían junto a su puerta las dos valijas reglamentarias de objetos personales que cada tripulante podía llevar; contenido más que suficiente para personalizar su único espacio privado en toda la Huygens. Geni las llevó adentro y las empotró en los nichos destinados a ese fin, pero decidió no desempacar todavía. Se duchó y se puso uno de los uniformes limpios que ya estaban en su armario y quedó lista para iniciar su rutina en la nave.

La ceremonia de transmisión de mando tuvo lugar en la sala de

reuniones del nivel 0.6 g. Los miembros de la tripulación se hicieron presentes y recibieron el mando de los técnicos de la Casiopea, que hasta ese momento eran responsables de todas las áreas.

—Tripulación de la Huygens dos, bienvenidos. A todos se les han enviado sus tareas. Por favor, procedan —dijo el comandante Colombo, que había sido el primero en relevar al comandante provisional.

Geni y Silvia, junto con el resto del personal asignado al biohábitat, se dirigieron hacia su estación ubicada en las granjas del anillo 1 g.

El biohábitat tenía instalaciones en diferentes niveles del anillo. Décadas de estudios habían mostrado que algunos cultivos alcanzaban su máxima productividad a 1 g, la gravedad terrestre, mientras que otros respondían maravillosamente a gravedades bajas de 0,1g o a la ingravidez. Desarrollos en genética también habían creado una gama de plantas que sintetizaban componentes vitales para la misión, pero solo a gravedades superiores a la terrestre. Esos cultivos estaban en el anillo dos, ubicado en el tercio trasero de la Huygens, cuya alta gravedad resultaba muy incómoda para la mayoría de los humanos. Por esa razón, su atención estaba a cargo de un equipo robotizado, con inspecciones limitadas que llevarían a cabo los miembros del equipo.

Luego de tres horas de recorrer los cultivos en distintos niveles de gravedad, era hora de volver al eje central y el biohábitat a 0 g. Geni tenía allí su propio laboratorio y su principal trabajo tendría lugar cuando llegaran a la órbita de Titán y empezaran a recibir las muestras de las sondas, pero había toda una serie de experimentos programados que la mantendrían en forma mientras tanto. Era una lástima que Silvia nunca se hubiera interesado en la microbiología, pero la botánica parecía ser la única rama de las ciencias que realmente la apasionaba, y como le había dicho a Jonás en el hospital hace tiempo, nadie podía igualar su talento y entrega en ese campo.

Tras la cena se retiró a su habitación. El sol estaba eclipsado por la tierra y Geni miró por la ventana con vista a la proa. La lenta rotación permitía ver en ese momento el costado derecho de la Huygens y continuó por la panza, el costado izquierdo y el casco superior y de nuevo el costado derecho. Todo lo veía como si estuviera parada de cabeza.

—Invierte imagen —ordenó Geni.

—*Eso te puede causar desorientación. ¿Procedo?* —preguntó la IA.

—Sí —confirmó Geni.

La imagen se invirtió. Geni ya no sentía que estuviera cabeza abajo, pero el movimiento que describía su habitación también se había invertido en la imagen. En apariencia rotaba en sentido opuesto al anterior y el oído medio de Geni percibía algo totalmente distinto. El resultado fue la desorientación más fuerte que hubiera sentido desde que inició el entrenamiento y tuvo que aferrarse de su escritorio. Cerró los ojos, pero la sensación no desapareció del todo.

—Cancela.

—*Inversión de imagen cancelada. ¿Requieres asistencia médica?*

Por unos instantes, Geni lo consideró. Sin embargo, al abrir los ojos y observar la imagen real, su orientación se recuperó en pocos segundos. Ahora, ver las cosas de cabeza no le parecía tan mal.

—No es necesario, estoy bien. Y la próxima vez que sea tan tonta como para ignorar tus buenas recomendaciones, insísteme.

—*La curiosidad de los científicos es así, Geni. Necesitan vivir por sí mismos algunas experiencias para sacar sus propias conclusiones. Tal vez por eso hemos tenido treinta y dos casos similares en las últimas horas.*

Geni rio pensando en sus colegas, mientras se quitaba el uniforme y lo depositaba en la esclusa. Oyó el sonido de succión. Le acarició la cabeza a Hugh, que estaba sentado en el borde de la mesa de noche con sus piernas colgando, y oscureció la habitación.

—Despiértame a las seis —ordenó a la computadora.

—*Por tu nivel de actividad de hoy y el programa de mañana te sugiero dormir hasta las ocho. ¿Estás de acuerdo?*

—Tú mandas —dijo Geni en un susurro.

CAPÍTULO CUATRO

Silvia

Cada día, la Huygens recibía nuevos cargamentos enviados desde la tierra. La ESA no quería correr riesgos y había planeado varios niveles de redundancia, no solo para sistemas y equipos sino también para suministros médicos, alimentos y combustible y además de usar las bodegas y depósitos de la Huygens para almacenarlos, había lanzado con anticipación varias misiones robotizadas. Si durante su viaje la Huygens necesitaba alguno de esos contenedores, siempre podría encontrarlo al alcance de los transbordadores.

Dos semanas después de la entrega del mando, el personal de la Casiopea que colaboraba con las tareas de descargue abandonó la Huygens y casi de inmediato se iniciaron las maniobras de alejamiento. La Huygens utilizó sus motores secundarios para ascender a una órbita más alta, separando así el camino que hasta ese momento las dos estructuras llevaban recorriendo juntas por más de dos años. Dos semanas después, la Casiopea y las demás estaciones espaciales se encontraban fuera del alcance de los gases de escape de la nave y los motores Kraken se encendieron y lanzaron a la Huygens y sus ochenta tripulantes a su encuentro con Saturno y sus lunas.

Cuando al fin se apagaron dejando a la nave viajando a su primera velocidad de crucero, las rutinas pudieron continuar. También se

iniciaron aquellas actividades planeadas para el espacio interplanetario, como el entrenamiento de toda la tripulación en el pilotaje de los transbordadores. La directiva era que cualquier tripulante debía estar en capacidad de operar manualmente los transbordadores

El entrenamiento había iniciado en tierra usando simuladores físicos y luego en órbita con neuro simuladores, pero solo ahora, en camino al sistema solar exterior, pudieron poner las manos en los controles manuales del transbordador y la mayoría lo disfrutaron mucho, pero Geni no. Las maniobras de las pequeñas naves le produjeron mareo espacial como no lo había sentido hasta entonces, y a duras penas logró ocultarlo.

Los grandes contenedores de combustible sembrados en el trayecto no contaban con la precisión para llegar por sí solos a la Huygens. Se aproximaban al alcance de los transbordadores y estos salían en su búsqueda, autopiloteados por la IA, y tripulados por los aprendices. El maestro, solícito, explicaba cada maniobra con gran detalle, mientras la llevaba a cabo con precisión milimétrica. Una vez entregado su contenido, algunos contenedores eran procesados por las máquinas recicladoras mientras que otros se empleaban en el entrenamiento de los nuevos pilotos, que practicaban cómo capturarlos y liberarlos.

Con los depósitos llenos la Huygens encendió nuevamente sus motores sobrepasando por mucho la velocidad más alta alcanzada con anterioridad, y repitió la operación cuatro veces más.

Al quinto mes desde que dejaron atrás la Casiopea, Geni y Silvia habían terminado por acostumbrarse al recorrido por los biohábitats del anillo dos. Antes de tomar el elevador se ponían los exotrajes y de esa forma casi no sentían el aumento de peso en sus piernas y brazos, aunque sí en el resto del cuerpo, pero habían terminado por habituarse.

La visita a los cultivos era más un tema de vocación de Silvia que de verdadera necesidad. Los instrumentos les daban la información necesaria, pero su amiga disfrutaba andando entre plantas de todo tipo, respirar sus aromas y sentir sus texturas, y Geni lo disfrutaba también.

—Es suficiente, podemos irnos —le dijo Silvia.

—Claro, pero antes quiero mostrarte algo. Sígueme —dijo Geni que dio media vuelta y empezó, primero a caminar, y luego a correr.

—¿Qué haces? No me interesa convertirme en una superatleta,

como creo que estás haciendo tú —respondió Silvia disminuyendo su paso.

—Si no corres, no sirve. ¡Vamos!

Silvia decidió seguirle la corriente y echó a correr detrás de su amiga, que aceleró el paso.

—¿Sientes algo?

—Sí, que me falta la respiración —respondió Silvia, aunque no se veía muy agitada.

—Mientes. En serio, ¿no sientes algo?

Silvia pensó unos segundos antes de responder.

—Siento un poco menos de peso, pero es solo una sensación, ¿o no? —preguntó Silvia, que ahora estaba agitada de verdad.

—Estamos contrarrestando el giro del disco, y, por lo tanto, disminuyendo nuestro peso —dijo Geni, que empezó a aminorar el paso hasta detenerse—. Lo he estado practicando en el anillo uno. Es más divertido que el gimnasio.

—Te creo, pero por favor no me vuelvas a invitar. Tengo más que suficiente con el tiempo obligatorio de ejercicio.

Geni se dispuso a responderle cuando se encendieron todos los visores a la vista y apareció la cara de la primera oficial.

—Se convoca a todo el personal que no esté asignado a tareas prioridad uno o dos, a asistir a una reunión especial con el comandante en la sala de reuniones 0.6 g a las 18:15. Para quienes no puedan asistir se transmitirá simultáneamente por el sistema de visores a bordo. Se trata de información de alto interés para todos.

La imagen desapareció y Geni consultó la hora. Las 17:50.

Sintió curiosidad. El comandante hacía muy pocas reuniones informativas presenciales, y cuando ocurría siempre eran programadas con muchas horas o días de anticipación. En los meses que llevaba la misión, nunca había convocado a una con tan poco aviso.

—Extraño, pero pronto averiguaremos de que se trata. Vamos y luego cenamos —dijo Geni, pero Silvia no parecía muy entusiasmada.

—Tengo que supervisar el trasplante de todo un semillero de tomates, y eso es prioridad dos. Veré lo que tenga que decir en el holo.

—Sí, seguro que te morías de ganas de ir. A veces parece que te gusta

más la compañía de los tomates que de otros humanos —le dijo Geni, que ya tomaba el elevador con Silvia.

—Pues los tomates no me critican mis gustos, eso es cierto.

—Tampoco te invitan a cenar —respondió Geni— Y si decides que ellos son la cena, pronto te quedarás sin amigos.

—Eso solo pasará si no trasplantamos ese semillero. Ve con tu comandante y nos encontramos en la cena.

—No es mi comandante —dijo Geni, pero Silvia ya se había quitado el exotraje y se alejó aferrada a un asa.

Geni fue al anillo uno y ascendió a la sala de reuniones. Parecía que nadie tenía asignadas tareas de prioridad uno o dos porque no faltaba ni un alma, excepto Silvia.

A las 18:15 en punto, el comandante tomó la palabra.

—Gracias por asistir con tan poco aviso. Sé que no es usual, pero cuando me explique espero que concuerden en que era necesario.

El comandante Colombo hizo una pausa antes de continuar.

—Ustedes y el público en general tienen información fragmentada y parcialmente incorrecta de lo que ocurrió en el accidente del Ferrovac, así que me permitiré hacerles un resumen completo de los hechos probados.

Los asistentes intercambiaron miradas. Esperaban noticias relacionadas con el curso de su misión actual, pero ahora parecía que solo se trataba de actualizarlos sobre los sucesos previos al inicio de esta.

—Hace casi dos años, este proyecto estuvo a punto de cancelarse tras el desastre del Ferrovac. La única razón por la que pudo continuar fue el apoyo decidido de todos ustedes, que optaron por seguir adelante pese al gran costo personal que implicó el alejarse tanto tiempo de sus familias. Habría sido perfectamente comprensible que prefirieran retirarse de la misión al tener que viajar sin motores de fusión, pero todos permanecieron firmes. Inclusive, la doctora Núñez decidió mostrar su respaldo al proyecto incorporándose tras el accidente, así que aprovecho esta oportunidad para agradecerle Silvia —dijo el comandante, buscándola con la mirada.

Una salva de aplausos siguió a las palabras del comandante y todos miraron a Geni, como si fuera poco natural que no estuviera con ella.

—Está sembrando tomates —dijo Geni en voz alta alzándose de hombros.

El comandante Colombo sonrió y continuó.

—Desde el incidente se expusieron varias hipótesis sobre las causas de lo ocurrido. La versión de la prensa y de varios gobiernos fue que se originó en una reacción espontánea de uno de los motores, y buscaron prohibirlos por peligrosos. Desde la ESA sabíamos que esa explicación era infundada y nuestras sospechas recayeron sobre los propietarios de Ferrovac, es decir, el gobierno de Pacífica. Son muy poderosos y creímos que querían encubrir un fallo en su sistema a costa nuestra, pero luego de diversas investigaciones y del análisis de los restos, llegamos a una conclusión más aterradora que cualquiera de las otras —el comandante Colombo hizo una pausa, asegurándose de que todos prestaran atención a lo que diría—. Estamos seguros de que se trató de un acto intencional.

Los murmullos y las preguntas llenaron la sala. El comandante pidió silencio con sus manos.

—No sabemos quiénes o por qué lo hicieron, pero sabemos que el software de control de Ferrovac, que era teóricamente inviolable, fue manipulado empleando técnicas que aún no comprendemos. Y hay algo muy importante que ustedes deben conocer ahora. Supimos que se trató de un sabotaje hace varios meses. De hecho, desde que llevábamos solo una semana de vuelo.

Los murmullos volvieron a levantarse y nuevamente Colombo continuó.

—Al enterarnos de que había alguien interesado en sabotearnos, decidimos actuar de allí en adelante bajo absoluto secreto. Solo el Dr. Spivack y yo conocíamos todos los detalles y un grupo muy reducido conoce la información que les voy a compartir, y que es el motivo principal de esta reunión. Tal y como reportaron las noticias, en el atentado del Ferrovac resultaron afectados los cuatro vagones. En el que viajaban varios de ustedes, que se salvó de lo peor, pero aun así murieron varias personas. El que los seguía fue alcanzado por los restos del tercero y sufrió daños severos. El tercer vagón, como ustedes saben, resultó totalmente destruido al igual que el motor que transportaba, y el cuarto tuvo daños importantes.

» Lo que ni ustedes ni nadie del público sabe, es que los motores

uno y tres resultaron protegidos en sus contenedores y a los pocos días del accidente logramos recuperarlos del fondo marino, aunque con daños considerables. Iniciamos un programa secreto de reparación. Al principio, el secreto fue necesario por la sorpresiva oposición que estaba enfrentando el proyecto de los motores de fusión y, por lo tanto, quisimos mantener un bajo perfil. Cuando supimos que el incidente era intencional el secreto se hizo vital, y avanzamos con un programa de lanzamiento igualmente secreto.

» Al fin, los dos motores fueron instalados y lanzados en un módulo especial desde Casiopea con el objetivo de acoplarse con la Huygens. Llegarán a nuestra posición mañana a las 11:00 horas —Colombo hizo una pausa para que todos procesaran la información.

Geni no daba crédito a lo que escuchaba. Habían logrado mantener en secreto la reparación y el lanzamiento de los motores durante meses, Pero ¿era posible utilizarlos? La Huygens tenía firmemente instalados sus motores químicos y no creía que fuera posible quitarlos para poner los nuevos en medio del espacio y sin ayuda de un puerto espacial con maquinaria especializada. Los pensamientos de Geni se vieron interrumpidos por la voz del comandante Colombo.

—Creo que no soy el único que se alegra de que retomemos nuestro plan original. Haremos el resto de la misión impulsados por dos motores de fusión en perfecto estado. Pueden informar a sus familias que volverán a verlas mucho antes de lo que pensaban.

Las palabras del comandante fueron seguidas por un instante de completo silencio, que luego se convirtió en un estruendo de vítores y abrazos de alegría.

A Geni le habría encantado celebrar con Silvia, pero no faltaron colegas con quienes intercambiar buenos deseos por las noticias.

Pensó en Jonás. Él se había mostrado muy fuerte, primero cuando supo que Geni viajaría al espacio y estaría lejos varios años, y luego cuando la destrucción de los vagones del Ferrovac obligó a la ESA a extender el plazo de la misión por más de cinco años adicionales. Su hijo no había estado feliz, pero se lo tomó con madurez, así que Geni se alegraba de poderle compartir, al fin, buenas noticias.

Salió del salón saludando al paso a algunos miembros del personal que querían hablar con ella y se dirigió a su habitación, donde le grabó a

Jonás un mensaje de varios minutos con todos los detalles. La señal tardaría unos diez minutos en llegar a la tierra. Suponiendo que su hijo la viera de inmediato y grabara su propio mensaje, Geni calculaba que tomaría como mínimo unos treinta minutos en tener una respuesta. Decidió emplear ese tiempo para contactar a Silvia, pero ella no le respondió y tenía el aviso de no molestar en su comunicador. Decidió regresar al salón de conferencias. El ambiente era festivo y tuvo oportunidad de intercambiar palabras de aliento y felicitación con casi todos los tripulantes y científicos de la Huygens, incluyendo el comandante Colombo, que sonriente salió a su encuentro tan pronto como la vio acercarse.

—Y bien Dra. Landó, ¿qué le parecieron las noticias?

—Comandante, espero que en algún momento libre me cuente todos los detalles de cómo lograron rescatar, reparar y preparar el lanzamiento de los motores en tan corto plazo. Me parece increíble, pero le confieso que lo que más me impresiona es que hayan logrado mantener en secreto un proyecto de esa envergadura.

—Concuerdo con usted. No sufrimos por falta de ingenieros y especialistas en todas las ramas de la ciencia, pero éramos una vergüenza guardando secretos. De hecho, fue gracias a un protocolo creado por su exesposo que logramos cambiar esa situación.

La información sorprendió a Geni. Sabía que él era el principal enlace para la cooperación entre Pacífica y la ESA, pero no conocía con exactitud cuál era su trabajo a nivel técnico; siempre supuso que su enfoque seguía siendo hacia el desarrollo y la investigación científica y tecnológica, y no se lo imaginaba con el interés o la disposición para redactar protocolos de seguridad.

—Veo que no se esperaba esa información. Es cierto que ese tipo de actividades están más en el área de inteligencia que en la de desarrollo, pero el Dr. Casel nos dio una mano. A propósito, Dra. Landó. Si bien esta información no es exactamente secreta, le agradeceré que la maneje con discreción.

—Por supuesto, comandante —dijo Geni, que sintió como el aviso silencioso de su visor le alertaba de la llegada de un mensaje desde tierra—. Y ahora le ofrezco disculpas, debo atender mi comunicador.

—Claro Geni, y si de verdad quiere conocer los detalles del rescate y reparación de los motores, solo debe decírmelo.

—Gracias, comandante. Definitivamente lo haré —dijo Geni antes de retirarse, consciente de que Colombo buscaba, tímidamente y no por primera vez, pasar algún tiempo con ella. Pero no quería pensar más sobre eso, al menos no todavía.

Ya en su camarote activó el holo y vio la imagen de su hijo. Estaba en la cabaña, seguramente visitando a su padre. Tenía puesta la pijama. Geni no había caído en cuenta de que era de madrugada.

—Hola, Mamá. Que noticia, no puedo creerlo. Me hace muy feliz saber que regresarás cinco años antes, aunque no sé cómo van a instalar esos motores. Desperté a papá para contarle y también está muy feliz aunque me pareció que ya sabía algo, pero al igual que a mí, le intriga el método que utilizarán para instalar los motores. Está abajo en el comedor haciendo algunos bocetos y ahora bajaré con él. Te los enviaré y mañana me dices si nos acercamos o no. Te quiero mamá, sigue dándome buenas noticias como esta.

Jonás se despidió con la mano y cortó.

Geni sacudió la cabeza. Decirle que no trasnochara por eso sería inútil. Primero, ya no era un niño, y segundo, sabía que cuando él y Marius decidían adelantar algún proyecto que tuviera aroma a ciencia, nunca se detenían.

Geni se quedó sentada, mirando fijamente el vacío donde antes había estado la imagen de Jonás. La alegría del anticipado retorno a la tierra dio paso a una sensación que creía superada. Imaginaba a Jonás con su padre en la mesa del comedor, tomando una taza de café y compartiendo ideas animadamente y, en cambio, ella estaba a ciento setenta millones de kilómetros de distancia.

La mañana siguiente transcurrió con el mismo ánimo general con que había terminado la noche anterior, hasta que sobre las 10:30 todos los visores se activaron con la alegre y conocida cara de la primera oficial, Izaskum Zezenarro.

—Estamos próximos a nuestro encuentro con la nave Ananké. Los interesados pueden dirigirse a las áreas de observación.

Al llegar al amplio espacio de las zonas de observación, Geni y algunos de los recién llegados instintivamente se dispusieron a tomar posición mirando hacia la zona de los motores de la Huygens por donde esperaban ver aparecer el transporte con su valiosa carga, pero Zezenarro, que estaba hablando con dos miembros de la tripulación, llamó su atención.

—Allá atrás no hay nada que les interese, ¡excepto la tierra, claro! Si quieren ver la Ananké mejor miren adelante —dijo la primera oficial señalando hacia el morro de la Huygens, y ante la cara de confusión de Geni y los demás les explicó—. Los motores de fusión se toman un buen tiempo en acelerar y luego en desacelerar al final del trayecto. Si la nave nos alcanzara desde atrás, como ustedes intuitivamente pensaron, estaría frenando con su motor nuclear en dirección a la Huygens, lo que sería muy peligroso. Por eso nos sobrepasó a suficiente distancia hace varias semanas y ahora está casi estática en relación con nuestra posición, esperando a que la alcancemos.

La Ananké se hizo visible en las secciones telescópicas de la ventana de observación y unos minutos después ya se distinguía a simple vista. Era una nave extraña. Los dos motores de fusión apuntaban en direcciones opuestas, ubicados en los extremos de un grueso y largo cilindro. La Huygens pronto la sobrepasó a unos cien metros por debajo.

La nave recién llegada, que ahora se ubicaba efectivamente sobre los motores de la Huygens, sufrió una metamorfosis. El cilindro central se abrió sobre sí mismo, como si tuviera una bisagra gigante, dejando a los dos motores apuntando hacia atrás, igual que los motores químicos de la Huygens. El cilindro se desplegó y transformó en un anillo partido, similar a las esposas que utilizaban los policías de las películas antiguas, que maniobró acercándose al cuerpo principal de la Huygens y se cerró en torno a él. Al terminar el acoplamiento y desde el punto de vista de Geni, los motores de fusión se encontraban posicionados a las tres y las nueve de un reloj. Finalmente, el anillo proyectó dos nuevos módulos perpendiculares a los motores, en las posiciones de las doce y las seis. Geni no comprendió de que se trataba, pero tuvo una sospecha. Decidió preguntárselo a Zezenarro.

—Felicitaciones Izaskum, Impecable maniobra, aunque no sé muy bien qué son esas cosas sobre los motores —dijo Geni.

La Primer Oficial miró a Geni con su eterna sonrisa.

—La verdad es que todo el acoplamiento fue automatizado. No nos cabe mucho mérito por la maniobra, pero gracias en todo caso. Y sobre *esas cosas* sobre los motores, estoy segura de que se te ocurre alguna idea.

Geni sí tenía una teoría, pero se resistía a aceptar la posibilidad. Sin embargo, tenía que despejar las dudas.

—Tienen cierto parecido con los sistemas de armas de las naves militares, ¿tengo razón? —preguntó expectante Geni.

—Escuchaste al comandante. Alguien trató de destruir estos motores una vez y tú y muchos otros salvaron sus vidas por un pelo, pero no podemos engañarnos. Desconocemos la identidad, los medios y la motivación de los atacantes. La existencia de los motores se hizo pública ayer y probablemente nos convertimos nuevamente en un blanco. Por ahora nuestra mayor protección es la distancia y en las próximas horas esos motores nos permitirán aumentarla.

—No has contestado a mi pregunta —dijo Geni.

—Quiero que conozcas todo el contexto antes de hacerlo. Donde seremos más vulnerables será en la órbita de Titán; seremos un blanco fácil durante los meses que permanezcamos allí, aunque ninguna nave ni arma que conozcamos podría alcanzarnos en ese plazo, salvo que tuviera motores de fusión y según nuestras estimaciones, aun las más pesimistas, eso no es posible, pero el mayor peligro se producirá en el camino de regreso a la tierra. Así que tienes razón, Geni. Esas *cosas* sobre los motores son sistemas de armas defensivas, diseñados para librarnos de cualquier amenaza desde hoy hasta que estemos de regreso a salvo al finalizar la misión.

Armas en una misión científica. A Geni no le complació la idea, pero la lógica de la Primera Oficial era innegable y terminó por tranquilizarse ante la idea de contar con protección. Geni quería seguir hablando con ella, pero su visor le avisó de una llamada urgente. Se despidió de Zezenarro y revisó el mensaje. Era un audio de Silvia, el primero que recibía Geni de ella después de más de quince horas de negarse a hablar con alguien.

—Geni, necesito hablar contigo. Por favor. Estoy en mi camarote.

Conocía muy bien a su amiga, y detectó en su tono una preocupación y urgencia mal disimuladas. Se dirigió a los dormitorios.

Sentada frente a frente con Silvia, Geni sonrió y su amiga le devolvió el gesto, aunque se sintió forzado y en disonancia con el resto de su rostro, que estaba muy pálido y serio.

—Vi la transmisión del acople. Toda una exhibición de ingeniería, ¿no?

El tono amargo de Silvia sí que armonizaba con su lenguaje corporal.

—¿Qué te molesta? ¿Por qué no he podido hablar contigo desde ayer?

Silvia miró fijamente a Geni durante varios segundos, y finalmente su semblante se relajó.

—No me hagas caso Geni. A veces me cuestan los cambios y esta noticia, por más positiva que fuera, me generó preocupación. Quería decirte eso y ofrecerte disculpas por actuar como una loca desde ayer.

Geni se tranquilizó.

—Está bien, y no eres la única. Parece que todos nos volvimos locos. ¿Viste esas protuberancias sobre los nuevos motores? —preguntó Geni, que ante la negativa de Silvia le contó la charla que había tenido con la Primera Oficial—. ¡Armas!, ¿puedes creerlo?, ¡ahora parece que somos una nave de combate!

Silvia activó su visor y reprodujo la grabación de la maniobra de acoplamiento. Ahora que ambas sabían de qué se trataba, era evidente que era algún tipo de sistema de armas.

—Oye, y ya que ahora somos una nave de guerra, ¿qué te parece si mañana vemos el encendido de los motores con una cerveza desde el *Destructor Estelar*? —dijo Geni.

Silvia lo pensó unos segundos y luego sonrió, y esta vez parecía una risa sincera. El *destructor estelar*, como ellas le decían, era uno de los observatorios ventrales de la Huygens. Por su ubicación entre el anillo uno y la proa, la vista desde allí les recordaba la primera escena de una vieja película del espacio que a las dos les encantaba, aunque la Huygens no disparaba rayos mortales. O al menos aún no lo había hecho.

—Buena idea. El *Destructor Estelar* es el mejor lugar para estar durante el encendido, pero eso será mañana y yo ya tengo hambre. Si no nos apuramos nos van a dejar sin almuerzo —dijo Silvia, que alegre se levantó y tomó a su amiga por el brazo.

Geni se alegró del cambio de humor de Silvia. Las cosas volvían a la normalidad.

Desde el acoplamiento de la Ananké el día anterior, se produjo un constante flujo de personal técnico entrando y saliendo de las dos naves, que se habían convertido en una sola.

El personal de la Huygens se encontraba en plena actividad, pero todos prestaron atención a los visores cuando se activaron y apareció el rostro del comandante Colombo en persona.

—*Todas las actividades de acoplamiento han sido concluidas y verificadas. Damos inicio a la cuenta regresiva de tres horas para el encendido. Les avisaremos del momento cero, treinta minutos antes. Les sugiero que aprovechen el tiempo para refrescar su entrenamiento sobre viaje espacial bajo aceleración constante.*

Casi de inmediato le entró un nuevo mensaje, esta vez de Silvia.

—*Geni, sé que planeabas emborracharte en el Destructor Estelar lo más temprano posible, pero ya podrás recuperar el tiempo perdido. Ahora haz el reentrenamiento o la vas a pasar mal cuando se enciendan los motores. Yo lo hice anoche, así que estaré en el observatorio a tiempo para que nadie se nos adelante. Llámame cuando lo termines.*

Silvia cortó sin esperar respuesta y Geni no sabía si ir a buscarla o hacer lo que ordenaba Colombo. No había mucho que pensar. Durante el entrenamiento original habían alcanzado a practicar muy poco las condiciones específicas del viaje bajo la aceleración continua. Después del sabotaje, el entrenamiento se volcó por completo al viaje convencional, así que Geni casi no recordaba todos los detalles de viajar con motores de fusión.

Hizo el reentrenamiento con la interfase de conexión neuronal. Era incómoda al principio, pero tenía la ventaja de que era totalmente realista. Geni sintió lo mismo que sentiría cuando los impulsores

entraran en funcionamiento, y anticipó cómo se reconfigurarían varias secciones de la Huygens para acomodarse a los cambios. También estudió los nuevos procedimientos de seguridad y cuando terminó y se desconectó estaba tan preparada para el nuevo viaje como podía estarlo con ese corto plazo. Habían pasado dos horas de las tres anunciadas y era el momento de encontrarse con Silvia. La llamó y ella le respondió luego de unos segundos: se veía agitada.

—¡Geni! ¿Qué tal el reentrenamiento?

—Bien, y sin duda muy necesario. Y tú, ¿dónde estás? Voy ya al observatorio.

—*Decidí pasar un rato al gimnasio y se me pasó el tiempo. ¿Te diriges ya al Destructor? Tenía la esperanza de que me ayudaras con algunos elementos del laboratorio que debo asegurar en el anillo dos, según los nuevos protocolos.*

—Claro, no hay problema, voy allá entonces.

—*¡Gracias, eres un ángel! Nos vemos allá.*

El laboratorio del disco dos estaba cerca de la popa, en la zona de 2 g. Para subir tuvo que ponerse el exotraje y en el elevador volvió a aparecer la imagen de Colombo.

—*Todos los parámetros normales. Encendido de la propulsión por fusión en treinta minutos.*

La imagen del comandante desapareció y la reemplazó una cuenta regresiva de treinta minutos. En el área de los laboratorios buscó a Silvia, pero aún no había llegado.

Cuando faltaban solamente dieciocho minutos de la cuenta regresiva entró una nueva llamada.

—*No me odies, por favor, pero surgió algo. No podemos encontrarnos.*

—¿Y ahora qué pasa Silvia? —dijo Geni, que había perdido la paciencia. Imaginaba a toda la tripulación reunida en diferentes lugares para compartir ese momento, y se sintió muy ridícula en el anillo dos, exotraje puesto y sin nada que hacer.

—*Algo inesperado. Me encontré con Marcos, de logística. Se detuvo a hablar conmigo y cuando le mencioné donde pensaba ir me informó que el observatorio estaría cerrado durante el encendido, así que adiós a nuestra idea en el Destructor. También me dijo que le gustaría tomar un café conmigo durante el evento. ¡Prometo darte los detalles después!*

—Claro, no hay problema —dijo Geni molesta, y cortó.

Solo quince minutos para el encendido. Si no encontraba un buen lugar, lo pasaría sola, acompañada solamente por las semillas de Silvia. Una vez más recibió una llamada. Era el comandante Colombo.

—*Geni, ¿está ocupada?*

—Hola comandante. No, estoy en los laboratorios y pensando dónde ir. He tenido varios cambios de planes.

—*Entonces venga al puente de mando. No tenemos el mismo ambiente festivo del resto de la nave, pero estará en el corazón de la misión. ¿Le gustaría?*

A Geni le pareció una excelente idea. Afortunadamente, los pasillos estaban libres y llegó en pocos minutos.

Geni no conocía el puente de mando. La mayoría del espacio estaba ocupado por proyecciones holográficas; algunas mostraban gráficas que Geni no comprendía, y otras eran imágenes proyectadas por cámaras ubicadas tanto en el interior como en el exterior de la Huygens, e incluso algunas provenientes de drones que seguían a la nave durante la maniobra.

El comandante Colombo interrumpió su conversación con la Primera Oficial para salir a su encuentro.

—¡Bienvenida al puente Dra. Landó! ¡Solo tuvimos que esperar siete meses para que nos hiciera el honor de visitarnos!

Geni se sonrojó. Era cierto que el comandante la había invitado varias veces, pero ella siempre se encontró con que tenía algo que hacer. Zezenarro acudió en su ayuda.

—Comandante, no sea duro con ella. Las investigaciones de Geni no se hacen solas, a diferencia de llevar esta nave al otro lado del sistema solar.

Geni se sorprendió por la pulla de la Primera Oficial a su superior, pero la gran sonrisa de Colombo y los demás tripulantes en el puente la tranquilizaron. Pese a ello, Izaskum pareció arrepentirse de la broma y se sintió en la obligación de dar una explicación.

—Hace solo unos instantes el Oficial Frager nos deleitó con un monólogo sobre el sinsentido de nuestra presencia a bordo, cuando son las computadoras las que hacen todo el trabajo. Parece que la misión es perfectamente viable sin oficiales al mando, pero no sin científicos.

—No tengo problema en dejar que una computadora me lleve en auto de mi casa al trabajo, pero nunca me subiré a una nave espacial si no está comandada por un equipo humano bien entrenado, y les aseguro que lo mismo opinarían mis colegas —terció Geni—.

—Allí tienes tu respuesta Hans, así que despreocúpate de que un dron te quite el trabajo. Al menos por un tiempo —remató Zezenarro.

Geni lo decía en serio; nunca se subiría a una nave espacial sin tripulación humana, pero era plenamente consciente de que las computadoras eran las que hacían el trabajo pesado. A solo tres minutos de terminar la cuenta regresiva, eso permitía que los miembros de la tripulación solo tuvieran que hacer una labor de supervisión.

Un holograma en su visión periférica llamó su atención.

—Comandante, me parece haber visto el *Destructor Estelar*... perdón, el observatorio ventral número seis desplegado —dijo Geni.

El comandante observó a Geni y proyectó la imagen del *Destructor*. Efectivamente, estaba totalmente desplegado a su extensión máxima de unos treinta metros bajo el vientre de la Huygens.

—Así es. Sin duda es un excelente lugar para observar esta o cualquier maniobra durante el viaje. ¿Quiere saber quién está adentro? —preguntó el comandante Colombo, acercando su mano a uno de los mandos.

—No es necesario, comandante, gracias. Es solo que tenía entendido que estaría fuera de servicio durante el encendido.

Colombo cruzó una mirada con Zezenarro, que negó con la cabeza.

—Ningún área de la Huygens se puso fuera de servicio. Si se tratara del encendido de los motores químicos sería distinto, pero la aceleración de los motores de fusión es casi imperceptible.

«¿Qué diablos pasa con Silvia? ¿Me mintió para ir con el tal Marcos al *Destructor*? Si simplemente me lo hubiera dicho hasta les habría mandado una caja de chocolates», pensó Geni molesta, antes de que la voz automatizada anunciara la cuenta regresiva final.

—*Encendido de fusión en diez segundos...*

—Geni se acercó al holograma que proyectaba la zona del *destructor estelar*.

—*Nueve...*

—Activó el comando de acercamiento.

—*Ocho...*

—Las cámaras internas del observatorio ventral seis proyectaron su interior.

—*Siete...*

—En su interior todos los asientos estaban vacíos, excepto uno.

—*Seis...*

—¡Silvia! —dijo Geni activando el intercomunicador

—*Cinco...*

—¡Geni, perdóname! —respondió Silvia sorprendida.

—*Cuatro...*

—Tendrás que explicarme un par de cosas cuando salgas.

—*Tres*

—Deja de mirar, ¡por favor!

—*Dos...*

—Disfrutaré haciéndote pagar —bromeó Geni con una sonrisa.

—*Uno...*

—No mires el visor —repitió Silvia entre sollozos, y mordió con fuerza algo que introdujo en su boca.

—*¡Fusión!*

Geni no le quitó los ojos de encima a la imagen de su amiga, que parecía haber caído en un sueño instantáneo. Se veía profundamente dormida y en calma. Los sistemas mostraron signos vitales normales.

—*Inductores operativos. Redirección electromagnética activada. Tenemos empuje.*

Cuando varios meses antes y tras una cuenta regresiva similar, la Huygens se había lanzado en pos de Titán impulsada por sus cohetes de combustible químico, la aceleración los había pegado a sus asientos. En comparación, la aceleración de los nuevos motores era insignificante. Era posible caminar o desplazarse con normalidad mientras la nave aumentaba la velocidad. Geni sintió un efecto casi idéntico al simulado en el reentrenamiento neuronal.

Miró de nuevo el visor y al principio no comprendió lo que veía. Silvia no respondió a su llamado; seguía inconsciente, pero su piel y pelo empezaron a brillar.

—¡Comandante! Algo pasa en el observatorio —dijo tratando de mantener la calma.

La Primera Oficial aún estaba verificando en una proyección lo que sucedía cuando se dispararon las alarmas del *Destructor*. Los indicadores de temperatura se elevaron y desde la imagen del holo pudo contemplar como el interior del observatorio brillaba con intensidad. Los extintores se activaron, pero la temperatura interior siguió en ascenso.

—Comandante, hay fuego en el observatorio seis. Todos los sistemas de extinción están operando al máximo, pero continua sin control —dijo Zezenarro tensa.

—Envía los equipos de emergencia a la zona.

—Ya lo hice comandante.

—Inicien apagado seguro de los motores —ordenó Colombo, y luego habló directamente a Geni—. Doctora Landó, si el brazo del observatorio se rompe por la alta temperatura, los restos podrían colisionar con el alguno de los anillos, los motores o las torretas de defensa. Lo siento Geni, pero debemos extinguir ese fuego a como dé lugar.

Geni sabía lo que eso significaba. Agotados los demás medios, el mejor extintor que tenían disponible era el vacío del espacio. Tuvo el impulso de decirle a Colombo que Silvia no tenía traje protector, que intentara otra cosa, pero no era ingenua. Nadie podía sobrevivir a las temperaturas experimentadas en el interior del *Destructor*. No dijo ni hizo nada, solo pudo mirar estupefacta como se abrían las ventilas del observatorio, extrayendo el aire de su interior y expulsándolo al vacío del espacio. La mayor parte del incendio se apagó, pero aun así, algo siguió brillando en su interior.

PARTE DOS

Prueba de lectura

CAPÍTULO CINCO

Susurros ocultos

Geni había perdido la noción del tiempo. Seguía en su habitación sin deseos de ver a nadie, mucho menos de conversar, responder preguntas o recibir expresiones de pesar. Cualquier pensamiento se convertía en una imagen de Silvia dormida en el *Destructor* en llamas.

Una llamada la sacó del trance.

—*Doctora Landó, el comandante necesita hablar con usted en el puente. Confirme por favor.*

«Confirme por favor... una forma educada de decir *inmediatamente*», pensó Geni.

—Voy para allá de inmediato, Primera Oficial.

Aferró un asa sin intercambiar miradas con ninguna persona con quien se cruzó; en el puente de mando el comandante estaba reunido con varias personas. Le ofreció asiento y fue al grano.

—Geni, debe saber, igual que todos los presentes, que lo que se trate en esta reunión deberá ser mantenido bajo absoluta confidencialidad y, por lo tanto, nadie más debe conocer la información. Ahora, díganos por favor todo lo que sepa del comportamiento de la Dra. Núñez en las últimas setenta y dos horas.

Geni reparó en los ojos de todos fijos en ella, como si supiera algo

que ellos no, cuando en realidad estaba tan confundida como cualquiera. Relató sin reservas lo que recordaba de sus interacciones con Silvia en esos tres días.

—Eso es todo lo que recuerdo, comandante —exclamó.

Varios de los presentes, incluido el comandante, hicieron anotaciones en sus terminales. Finalmente, Colombo tomó de nuevo la palabra.

—Izaskum, conclusiones por favor.

La Primera Oficial activó el visor general de la sala, que contenía una línea de tiempo y mostraba los movimientos de Silvia en la última semana. Geni se sintió mal de escarbar en la privacidad de su amiga, pero pudo darse cuenta de que, excepto en los últimos tres días, Silvia mantenía una rutina muy clara.

—Como vemos en la gráfica, la fallecida Dra. Núñez frecuentaba casi siempre los mismos lugares. Su camarote, laboratorios, zonas de cultivos, sala de reuniones, gimnasio, pero ese patrón se rompió hace tres días, precisamente cuando el comandante informó la noticia de los motores de fusión, aunque no podemos decir que el cambio de rutina sea algo extraordinario. Los cambios más notorios fueron en sus hábitos de comunicación y alimentación. En cuanto a alimentación, no ingirió ningún alimento desde el momento de la noticia hasta el día siguiente a la hora del almuerzo. En las comunicaciones, cerró por completo el contacto con otras personas a bordo de la nave, pero, en cambio, envió y recibió múltiples mensajes a la tierra. Lo mencionamos porque se trató de un número inusualmente alto de mensajes en comparación con sus hábitos. También visitó la enfermería y pasó varias horas en los cultivos de los anillos uno y dos.

Zezenarro hizo una pausa, que un hombre a quien Geni solo conocía de vista aprovechó para hablar.

—Entiendo que las conversaciones se suponen privadas, pero dada la urgencia de la situación y la necesidad de obtener respuestas que hagan seguro el resto del viaje, ¿es posible que se revele el contenido de los mensajes?

—No, doctor Huamam, eso es imposible. No desde el punto de vista legal, sino técnico. Los mensajes cifrados solo pueden ser decodificados por el destinatario.

—¿Y una descarga profunda de su Neurocom? ¿Eso sería legal, dadas las circunstancias? —preguntó Huamam.

—El neurocom no funciona de esa manera y, aunque así fuera, no hay Neurocom que analizar. Fue completamente destruido por el calor extremo —dijo Zezenarro.

Huamam refunfuñó y guardó silencio, permitiendo que la Primera Oficial retomara la palabra.

—Como otros hechos que ahora consideramos significativos, está que la Dra. Núñez fue quien primero se apuntó y entrenó para el viaje a Titán. En ese momento la misión se planeó para utilizar motores químicos, pero tres años después se anunció el empleo de motores de fusión. La Dra. Núñez continuó en el programa un mes más, y luego renunció alegando razones familiares, aunque siguió vinculada a la Agencia en otras actividades. Luego del atentado del Ferrovac y la supuesta destrucción de los motores de fusión, la Dra. Núñez solicitó su reincorporación al programa.

—Muy sospechoso, sin duda —intervino Huamam. ¿Alguien investigó sus antecedentes? ¿Podría tener que ver algo con los que volaron el Ferrovac!. ¿Y qué se metió en la boca justo antes del incendio? ¿Sabemos que hay terroristas que ingieren químicos que los convierten en bombas humanas!

—¿Cómo se atreve a afirmar eso de la Dra. Núñez? Yo la conocí en la universidad y siempre fue la mejor profesional que uno se pudiera imaginar. Y claro que alguien investigó sus antecedentes, al igual que los suyos y los de todos a bordo de esta nave. No sé qué fue lo que pasó ni qué se metió en la boca, pero inventar teorías absurdas no ayuda a obtener respuestas —dijo Geni, que tenía la cara roja por la furia.

—Lo que se metió la Dra. Núñez a la boca, fue una cápsula de Delta 0-360 —intervino Zezenarro. Es un potente somnífero instantáneo y lo consiguió legalmente anoche, con nuestro doctor en la enfermería. Y en cuanto a su otro comentario, Dr. Huamam, es posible que aún podamos averiguar algo y tengamos acceso a un mensaje de la Dra. Núñez. Lo envió hoy mismo, unos minutos antes de entrar al *Destructor Estelar*. Se trata de un mensaje programado con tiempo.

Geni se quedó helada. Un mensaje póstumo le causaba una gran impresión, pero al mismo tiempo ansiaba saber más sobre lo que había

ocurrido. Decidió hacer la pregunta que le rondaba la cabeza, pese a que creía saber la respuesta.

—¿Y para quién es ese mensaje, Izaskum?

—Para ti, Geni, y te llegará en unos dos minutos.

—Como lo dije, es muy sospechoso. Envía un mensaje justo antes de que pasara todo, y con entrega programada por tiempo, además. Parecía que sabía muy bien lo que estaba por ocurrir ¡Vamos a ver qué es lo que dice ese mensaje!

—Si el mensaje es para mí, ¿por qué tiene que verlo alguien más? —argumentó Geni, más por llevarle la contraria a Huamam que porque tuviera verdadera intención de conservar el mensaje en privado—. Usted, doctor, mejor guárdese sus especulaciones y atégase a los hechos, o me negaré a revelar el mensaje en su presencia.

Ahora era Huamam quien estaba rojo como una manzana y parecía a punto de responder nuevamente cuando Geni recibió una notificación de que había recibido un mensaje.

—¿Y bien, doctor Huamam? —preguntó Geni, mirando su terminal de pulsera y luego volviendo la mirada hacia él.

Huamam se tomó unos instantes para responder. Miró a Geni con respiración agitada, pero pronto recuperó la compostura.

—La razón por la que soy miembro del comité de emergencias de esta misión es que siempre digo lo que hay que decir, aunque no sea agradable de escuchar, pero a mi pesar debo reconocer que, en efecto, fui más allá de los hechos y emití juicios sin mayor sustento. Prometo en adelante basar mis argumentos solo en evidencias. Dicho esto, doctora Landó, por favor comparta el mensaje de la Dra. Núñez. No hacerlo porque siente antipatía por mí no sería justo con las demás personas a bordo, ellas merecen saber qué fue lo que pasó, y podrían interpretar su silencio como el deseo de ocultar hechos que afectan la seguridad de todos.

Geni no tenía intención de ocultar nada y además sabía que Huamam tenía razón.

—Acepto sus disculpas, Doctor Huamam —dijo Geni, consciente

de que él no las había ofrecido, y proyectó el nuevo mensaje en el visor general.

La imagen de Silvia llenó la estancia. Todos los que la conocían se conmovieron ante su rostro sereno. Lo que Geni sintió en su garganta y ojos anunciaba que estaba a muy poco de echarse a llorar. El holo de alta definición inició su reproducción.

—Querida amiga. Si estás viendo este holo, debes tener un montón de preguntas en tu cabeza. Trataré de aclararte lo que pueda, pero sé que al final persistirán muchas dudas. Lo siento, eso es inevitable. Primero lo primero. Solo verás este mensaje si, tal como creo que sucederá, yo muero mañana durante el encendido de los motores de fusión. Si todo fue una falsa información, simplemente lo borraré y seguiremos adelante con la misión, pero sinceramente no creo que ese vaya a ser el caso. No para mí.

Geni se limpió una lágrima con el puño de su uniforme y observó como varios de los presentes tomaban notas, a medida que Silvia hablaba.

—Te estarás preguntando qué pasó y la respuesta no es sencilla, porque ni yo misma lo sé con seguridad. Solo tengo una idea de lo que va a ocurrir mañana, pero el asunto es este y más te vale que abras tu mente. Pertenezco a una parte de la población que vive con una condición especial, la cual nos hace diferentes en algunos aspectos a otras personas, como tú o el resto de personal de la Huygens. No puede ser diagnosticada o tratada por ningún medio tecnológico o clínico disponible, no nos afecta en el día a día, pero nos hace especialmente sensibles ante circunstancias especiales. En este caso concreto, estar cerca de un motor de fusión en funcionamiento. La información que me dieron al respecto es muy clara. Me decía que, de estar cerca cuando este tipo de motor se encendiese, mi cuerpo sufriría una reacción exotérmica de magnitud suficiente para matarme y afectar a mi entorno inmediato.

Geni miró el holo y también la cara de quienes lo veían. Había rostros impasibles, como el del comandante Colombo y la Primera Oficial Zezenarro, pero otros hacían evidentes gestos de escepticismo, como el de Huamam. Ella misma encontraba las explicaciones de su amiga muy poco esclarecedoras.

—Sabiendo eso, la única previsión es estar muy lejos, tanto como sea posible. Por eso renuncié a la misión la primera vez, cuando se anunció que

se emplearían motores de fusión, y solicité reincorporarme cuando ocurrió el asunto del Ferrovac y el proyecto volvió a ser el de un viaje con motores convencionales. Como si fuera poco, esta nueva misión tenía un bono. La doctora Geni Landó se había apuntado a continuar en el programa pese a lo que eso implicaba a nivel familiar, y me pareció que a las dos nos vendría muy bien contar con la otra en estas circunstancias, pero querida amiga, ya sabes lo que pasó. Nunca me imaginé que pudiera haber un nuevo cambio, y que después de todo sí íbamos a tener motores de fusión en el viaje. No había escapatoria, ni tiempo o argumentos para solicitar que no se utilizaran.»

» Cuando el comandante Colombo dio la noticia, simplemente fui a mi habitación. Quería estar sola para reflexionar sobre qué hacer a continuación. Al principio pensé en contártelo todo, y a los demás, pero llegué a la conclusión de que nadie me creería, y en cambio, sí corría el riesgo de pasar mis últimos momentos amarrada a una camilla o bajo vigilancia y con los movimientos restringidos, y lo peor de todo, sin saber qué ocurriría con las personas a mi alrededor. No, Geni, no podía arriesgarme a que, debido a mi loca historia, perdiera mi libertad de movimiento.»

» No tenía manera de impedir el encendido de los motores, así que me resigné. Hablé con mi familia y los puse al tanto. Hace años saben de mi situación y me creyeron. Los tuve que convencer de que no intentaran contactar a la ESA y organicé algunos asuntos pendientes, pero quedaba el asunto de cómo evitar que otros se lastimaran cuando yo... bueno, cuando pasara lo que fuera que iba a pasar. También tenía que hablar contigo, Geni. Te había evitado, pero tenía que verte. Aún seguí pensando si decirte algo o no, pero decidí hacerlo solo a través de este mensaje. Tú tampoco podrías evitar que sucediera y no podía ponerte en esa situación; el comandante no va a alterar una misión que involucra a ochenta personas por las ideas descabelladas de una de ellas.

» Nos vimos y me diste la idea de ir al Destructor Estelar y así solucionaste el último problema. Por supuesto, es el lugar ideal. Con el brazo extendido es posible alejarse bastante de la Huygens. Espero que sea suficiente. Y para terminar, te pido perdón por la pantomima a la que planeo someterte. Si sale como lo planeo, tendrás que ir de un lado al otro de la nave, pero es necesario para mantenerte lejos del destructor durante el encendido. En el momento adecuado le haré una llamada al comandante

y le sugeriré que te invite al puente. Eso te pondrá a buena distancia de mí.

El comentario de Silvia fue seguido por su sonrisa.

—El *Destructor Estelar* fue una buena opción. Efectivamente, mantuvo las altas temperaturas lejos del casco por el tiempo necesario. Si hubiera ocurrido en el interior, habría sido catastrófico —dijo Zezenarro, que de inmediato fue secundada por Colombo y otros miembros del comité de emergencias.

» Cuando no hay opciones la aceptación es un bálsamo, así que no creas que soy valiente si me ves tan tranquila. Tengo mucho miedo. No quiero sufrir y por eso conseguí esta preciosura —Silvia mostró a la cámara una esfera anaranjada—. Delta 0-360, sueño instantáneo por seis horas, según me informó el médico. Y eso es todo. Tenía que contártelo porque más que mi amiga, eres mi hermana. Sé que debes estar triste, pero aprovecha estos momentos para recordar todos los buenos momentos y todo lo que compartimos y tuvimos en común. Dile a Jonás que deje de crecer, o no va a pasar por la puerta.

Silvia se despidió con la mano y cortó la grabación. Sus ojos se veían húmedos y enrojecidos.

Tras varios segundos de silencio, el Dr. Huamam se dispuso a tomar nuevamente la palabra, pero Zezenarro se anticipó.

—Considerando solo los hechos, podemos afirmar que nada de lo dicho por la Dra. Núñez entra en contradicción con la información de la cual disponemos. Su explicación es coherente, aunque por supuesto se basa en la premisa de que tiene, o tenía, la condición especial a que hizo referencia y eso está más allá de mi conocimiento. Nunca había oído hablar de algo parecido. ¿El doctor Solomon tal vez nos pueda aclarar ese punto?

Antoine Solomon esperaba una oportunidad para hablar.

—Sin duda Primera Oficial. El desarrollo de un motor de fusión eficiente como el nuestro ha tomado décadas. Los desafíos han sido enormes, y no solo desde el punto de vista técnico y de lograr que funcione. Una parte fundamental ha sido el garantizar que pueda operar en condiciones seguras para los seres humanos. Hemos hecho estudios exhaustivos e invertido miles de millones de solares para lograr ese obje-

tivo, y solo cuando tuvimos una certeza absoluta sobre haberlo logrado, decidimos utilizarlos en una misión.»

» Y aun si hubiéramos fallado en algo, nada de lo que conozco o de lo que haya oído alguna vez me dice cómo esa falla podría afectar solo a algunas personas, ni me da pistas de qué posible afección puede desembocar en una reacción como la que mató a la Dra. Núñez. Así que es posible que lo afirmado por la fallecida no entre en contradicción evidente con los hechos conocidos, pero de ninguna manera explica lo que pasó.

—La llamada *condición* de la doctora Núñez es una incógnita que debemos despejar, no descartar por el hecho de carecer de experiencia alguna al respecto —dijo el comandante Colombo—. Somos la Huygens, por favor, la primera misión tripulada en usar motores de fusión para investigar una luna del sistema solar exterior. Se supone que debemos tener mentes abiertas, como lo mencionó Silvia.»

» Por ahora esa incógnita es una caja negra de la que solo sabemos lo dicho por ella, pero que si fuera cierta daría sentido a mucho de lo ocurrido hasta ahora. Además, los análisis efectuados sobre los restos del observatorio arrojaron, entre otras, dos conclusiones relevantes para nuestra presente discusión. Primero, conocemos bien los métodos que usan los terroristas para convertir a personas en bombas y muchos otros que solo existen de forma teórica, y no se detectaron evidencias de que se hubieran usado aquí.»

» Segundo, las grabaciones y el patrón de destrucción en el interior demuestran que la fuente del calor extremo fue el cuerpo de la Dra. Núñez, de la cabeza a los pies. Y tercero. Cuando el aire del interior se ventiló al espacio se extinguió el fuego de todos los elementos inflamables, pero el cuerpo de la Dra. Núñez siguió elevando su temperatura, lo cual solo se detuvo cuando los motores de fusión concluyeron su ciclo de apagado seguro, varios minutos después. Como podemos imaginar, esto tiene varias implicaciones para la continuación del viaje.

—Según el protocolo, una muerte por causas indeterminadas requiere realizar los estudios necesarios para su esclarecimiento —dijo el Dr. Solomon—, pero en este caso estamos en terreno desconocido. Los motores de fusión son un medio de propulsión, no una herramienta de laboratorio, así que sería irresponsable utilizarlos para tratar de despejar

la incógnita de la Dra. Núñez. Tampoco podemos tener el cuerpo a bordo porque eso impediría la utilización de la fusión para completar la misión. Mi recomendación es que lancemos el cuerpo de regreso a la tierra para su estudio bajo condiciones controladas, y nosotros reiniciemos nuestra misión.

El capitán asintió y dirigió su mirada a Geni.

—Geni, una cosa más. Ahora está a cargo de la dirección de los biohábitats. Por favor dígame si necesita algo para facilitarle la tarea.

Geni asintió y al ver que no era requerida para el resto de la reunión salió apresuradamente. No tenía deseos de conocer los detalles de cómo se iba a lanzar la cápsula con el cuerpo de Silvia. Además, una idea nacía en su mente y quería explorarla.

Entró a su camarote y volvió a ver la transmisión de Silvia. Después de verla completa, repasó en su mente el fragmento que había llamado su atención.

«Sé que debes estar triste, pero aprovecha estos momentos para recordar todos los buenos momentos y todo lo que compartimos y tuvimos en común. Dile a Jonás que deje de crecer, o no va a pasar por la puerta.» .

Ahora estaba segura. La frase sonaba inocente para un oyente desprevenido, como una frase final de despedida entre amigas del alma, pero Geni identificó un posible significado oculto para cualquiera, excepto para ella.

Se debatió sobre involucrar o no a Jonás. Decidió que no, pero tal vez Marius podría ayudarle: Grabó y le envió su mensaje.

Marius lo dejó frente a la puerta de su edificio en la ciudad universitaria. Normalmente Jonás habría tomado el Ferrovac y luego un autobús, pero su padre tenía un día lleno de reuniones en Noris y luego regresaría a la cabaña en la noche, por lo cual prefirió usar su auto.

Los últimos días de Jonás habían resultado ser un sube y baja emocional. En solo tres días, se enteró del regreso anticipado de su madre gracias al nuevo sistema de propulsión, y luego recibió la terrible noticia de la muerte de Silvia. Su madre no había dado detalles, más allá de describirlo como un accidente bajo investigación.

Como si fuera poco, ahora su madre hacía un encargo extraño y confidencial. O, para ser preciso, se lo hacía a Marius.

Cuando su padre estaba ocupado desviaba las llamadas que recibía. Las de trabajo las recibían su asistente o algún colega, pero si se trataba de algún mensaje de urgencia de Geni, habían acordado que sería Jonás quien lo recibiera.

Y aquí estaba Jonás, leyendo sobre el encargo que su madre le había hecho a su padre, aunque lo más lógico habría sido que se lo pidiera a él, que estaba más cerca. Podía hacerlo sin problema y llevárselo a su padre a la oficina. No creía que Marius tuviera mucho tiempo para hacerlo él mismo.

Ya decidido, repasó el mensaje que había enviado Geni.

Hola Marius ; espero que todo siga bien. Necesito pedirte algo y por favor, no lo comentes con nadie, ni siquiera personal de tu trabajo, hasta que sepamos de qué se trata. Te estoy enviando el permiso de acceso al viejo casillero que Silvia y yo usábamos en la universidad. En algún viaje que bagas a la ciudad, ¿podrías darle una mirada? Por ahora no puedo darte más información, pero prometo hacerlo si encuentras algo. Por favor, no se lo pidas a Jonás. No quiero que se involucre.

Me alegró ver que pasó el fin de semana contigo. Siento decirte, que de los bocetos de sistemas de acoplamiento que ustedes diseñaron, el más parecido al real fue el de él. ¡Parece que el alumno superó a su maestro!. Te deseo lo mejor. Por favor avísame si averiguas algo.

El mensaje se cortó y Jonás se quedó pensando qué hacer. Su madre no quería que él se involucrara y si se enteraba de que había visto su mensaje aún antes que Marius, podía terminar enfadada con su padre, o con él, o con ambos. Aunque lo más posible es que nada de eso ocurriera y, en cambio, terminara preocupada.

Transfirió a su propio terminal el permiso de acceso enviado por Geni y marcó el mensaje como no visto, de forma que Marius pudiera verlo. El acceso al campus después de las seis de la tarde no estaba permitido a menos que contara con el permiso de un alumno o un profesor que se encontrara en las instalaciones, así que si decidía venir antes lo llamaría y él le entregaría lo que hubiera en el casillero, si es que había algo. Si sus reuniones se prolongaban, como solía ocurrir, Jonás se las

llevaría a su oficina, y tal vez cenaran juntos antes de que Marius regresara a la cabaña.

Tenía tiempo antes de sus dos clases del día. Supuso que si su madre quería conocer el contenido de un casillero él podría necesitar algo en que transportarlo, así que tomó de su armario la mochila de viaje. Se dirigió a la entrada del área de casilleros y bodegas que estaba junto al edificio de la facultad de ciencias exactas, registró el número que buscaba y la transferencia de permiso que le había enviado su madre. Un rostro humano se proyectó y le dio la bienvenida.

—Hola Jonás, soy IAN. La bodega que buscas está en un área bastante antigua que pronto será demolida. Puedes solicitar cambio a una bodega nueva y trasladaremos el contenido por ti, todo sin costo adicional por un año. Deseas proceder?

—No lo creo, gracias —dijo Jonás.

—Lo siento. Una vez que la abras no podrás volverla a cerrar. La universidad necesita ese espacio, pero te asignará a cambio una bodega nueva y trasladaremos el contenido por ti, todo sin costo adicional por un año. La ruta está en tu visor. Feliz tarde! —dijo alegremente antes de desaparecer.

Jonás no contaba con eso, pero no tenía alternativa. Si su madre quería lo que hubiera adentro, tendría que abrirla aunque ya no la pudiera volver a utilizar. Se cruzó con otros estudiantes en los casilleros ubicados a ambos lados, pero la bodega que buscaba aún no estaba a la vista. Llegó al final del pasillo y encontró una entrada a otra sección, que cómo había anunciado IAN, se notaba mucho más antigua. A más de la mitad de los casilleros y bodegas de esta zona se les había retirado la puerta, pero unos cuantos se mantenían completos en su sitio. Jonás sonrió. Al menos su madre y Silvia no eran las únicas tercas que se negaban a cambiar a las nuevas instalaciones. Leyó los números y encontró lo que buscaba a su izquierda.

No era un casillero como el que él había usado en ocasiones. Era en realidad una pequeña bodega.

El seguro de la puerta era muy antiguo y para abrirse requería que acercara el terminal de su muñeca. Jonás lo hizo, pero la luz permaneció en rojo. Al principio le pareció extraño; el código de autorización de Geni había

funcionado en la entrada, pero luego cayó en la cuenta. El sensor exterior simplemente informaba el número del casillero, pero la puerta exigía seguridad extra para abrirse. La autorización estaba a nombre de Marius, no de Jonás. Afortunadamente, el sensor no tenía la capacidad de leer el neurocom, solo podía leer la información de una terminal personal y eso Jonás lo podía solucionar sin problema. Introdujo información en su propio terminal y lo volvió a acercar. Esta vez la luz se puso verde y la pantalla escribió un nombre.

Marius Casel; Autorizado.

La puerta era baja y tuvo que agacharse para entrar. El interior era muy pequeño, apenas más grande que un armario, pero aun así ofrecía espacio de sobra. Solo estaba ocupado por dos objetos.

El primero era un maletín de imitación de cuero, muy usado y voluminoso, repleto a rebosar de lo que parecían documentos.

El segundo llamó más la atención de Jonás. Era una vieja máquina contestadora, sin utilidad práctica desde hacía años. La vieja máquina del tamaño de la palma de su mano parecía funcionar. Su panel estaba iluminado y marcaba un mensaje por entregar. Jonás presionó la pantalla y el interior de la bodega se iluminó con una imagen de Silvia.

—*Como le decías a ese tipo musculoso que dejaste plantado para ir a tomar un café con Marius ?*

¡El mensaje tenía clave! Jonás creía saber la respuesta. Recordaba que su madre se lo había contado alguna vez. Un grandulón la cortejaba, pero a Geni le gustaba el joven tímido de primer año, que siempre parecía estar recién bañado y arreglado. Y al grandulón le decía *Ocho Manos*. Jonás estuvo a punto de responder, pero se contuvo. Su madre consideraba el asunto lo suficientemente importante como para pedirle a su padre que actuara confidencialmente, y si Jonás se equivocaba en la respuesta, el mensaje podría estar programado para borrarse y se perdería para siempre. Decidió dejar que su mamá respondiera. Como pudo, acomodó la contestadora y el maletín en su mochila, que parecía a punto de reventar. Afortunadamente el cierre magnético hizo su trabajo y el contenido quedó asegurado. Tras comprobar que no quedaba nada adentro del casillero, cerró y salió pero el seguro no se pudo activar. La universidad seguramente pronto le quitaría la puerta, como a los demás.

A la salida del recinto, IAN se proyectó, solícito como al principio.

—¡Jonás! Se te ha asignado una nueva bodega con todas las comodi-

dades, preservación avanzada del contenido en su interior, acceso remoto para cargue y descargue por dron y seguridad mejorada por neurocom, todo sin costo adicional por un año. ¡Gracias! —dijo alegremente IAN con los pulgares hacia arriba antes de desaparecer.

Jonás miró la hora y se sobresaltó. Ya casi empezaba su clase. Se ajustó su pesada mochila y corrió al salón.

Como un sabueso que olfatea una prenda de su presa, el algoritmo ubicó el código único de Silvia Núñez y se lanzó en búsqueda de rastros de actividad. Encontró muy pocos. No había ingreso a ningún establecimiento ni sistema de transporte en los últimos meses, como era lógico. El sistema encontró mensajes codificados y movimientos de dinero entre cuentas. Eran movimientos rutinarios y el algoritmo los ignoró. Entonces aparecieron registros no usuales. Transferencias bancarias que no correspondían a la periodicidad habitual y mensajes en número y duración superior a la acostumbrada.

Y varios mensajes a un contacto nuevo.

La mente de Denisse empujó un poco más en esa dirección y encontró que ese contacto, que no había intercambiado mensajes con Silvia en años, no era humano. Era algún tipo de sistema automático de mensajes. Denisse sonrió, pero su sonrisa pronto se desvaneció. Era un equipo antiguo; habría sido pan comido, pero no estaba en línea.

Y encontró algo más. La ubicación de red que había recibido el mensaje había generado otro registro algunas horas después. Solo uno. Era un registro muy básico, de pocos caracteres, enviado por un sistema de seguridad. Era una cerradura y Marius Casel la había abierto hacía pocas horas.

Colocó un centinela. Tan pronto como la contestadora se conectara de nuevo lo sabría.

Y ahora necesitaba hacer una visita con Yara.

CAPÍTULO SEIS

La voz intrusa

Después de terminar su jornada de clases Jonás revisó un mensaje que le había enviado su padre. Le decía que había terminado temprano y estaba por regresar a la cabaña, así que a esa hora seguramente ya habría llegado.

Jonás había tenido la esperanza de poderse ver con él en su oficina y entregarle el maletín de Silvia, pero su clase se había prolongado y las reuniones de Marius, por lo visto, se acortaron.

Sacó la grabadora del maletín y la miró. Parecía un diseño bastante sencillo. Tal vez lo mejor sería descifrar él mismo su contenido y enviárselo a Geni.

La puso sobre su escritorio y trajo un kit de herramientas que podía necesitar.

El problema es que si se lo enviaba a Geni directamente dejaría en evidencia que su papá no había sido quien se ocupara del encargo, y que él suplantara la identidad de Marius podía no gustarle mucho a su madre, sobre todo cuando específicamente había pedido a su padre que lo mantuviera al margen.

Verificó en su terminal las clases que tenía al día siguiente. Eran varias sesiones que igual podría mover para otro día, o utilizar el laboratorio de la cabaña y sincronizarlo con la universidad.

La idea cada vez le gustaba más. Podría incluso ayudar a su padre si necesitaba ayuda con la grabadora, aunque lo dudaba.

Se decidió y le escribió a Sofí, explicándole, y luego pidió un taxi. Le costaría unos cuantos solares más de los que debería permitirse, pero no quería demoras adicionales.

Tomó su mochila, el maletín y salió a la calle a esperar el auto.

Marius terminó temprano sus reuniones y se encerró en su oficina a cerrar los asuntos pendientes. Pensaba trabajar desde la cabaña toda la semana y no quería tener que regresar a la ciudad por algún descuido.

Encontró el mensaje de Geni y lo leyó.

Miró la hora. Tenía el tiempo justo para entrar al campus, o tendría que pedirle el favor a Jonás de permitirle la entrada. No quería molestarlo. Aunque para él seguía siendo su pequeño, era claro que no lo era. Geni lo decía en broma, pero era cierto, el alumno había superado al maestro en muchos aspectos. Y además estaba Sofí. Jonás estaba loco por ella y lo que menos quería Marius era importunarlo. No. Mejor ir antes de las seis.

Llegó poco antes de la hora y se dirigió al área de casilleros. Había cambiado mucho desde sus tiempos de estudiante, pero recordaba muy bien el lugar en que Silvia y Geni tenían su bodega. Por algún tiempo él había tenido uno muy cerca, pero lo devolvió al terminar sus estudios.

Cuando llegó al lugar, encontró el casillero de Silvia vacío y la cerradura ni siquiera funcionaba.

No sabía si eso era bueno o malo. Ojalá Geni se lo aclarara.

Geni. Pensó en ella mientras su auto tomaba la automax. La admiraba por haber sido capaz de viajar al espacio. Sabía lo que significaba para ella separarse de Jonás y lo cerca que había estado de rechazar la invitación, pero a fin de cuentas se había decidido y allá estaba, en la misión tripulada más importante en décadas.

Le grabó un mensaje y le informó el resultado de su infructuosa búsqueda en el casillero así como detalles del fin de semana que pasó con Jonás, y se lo envió. Tal vez ella respondiera algo o tal vez no, pero no se sentía capaz de quedarse a esperar la respuesta.

El auto aparcó y el camino de piedra que conectaba con la puerta principal se iluminó para Marius, que entró en su cabaña. Curiosamente, las luces del interior no se encendieron como deberían y Kira no vino a su encuentro como acostumbraba.

—Luces —dijo en voz alta.

No hubo ningún cambio.

Cuando se disponía a ejecutar un diagnóstico percibió un movimiento a su espalda, pero no tuvo tiempo de girarse. Sintió terror cuando una mano se apoyó sobre su hombro, aunque solo duró un instante. Su mente oyó una voz silenciosa que lo tranquilizó.

—*No pasa nada, solo es cansancio. No pasa nada* —dijo una voz en su cabeza.

«¿Esa es mi voz?»

—*Por supuesto que es tu voz, tu mente racional que viene al rescate cuando te asustas como un niño ante la oscuridad. Las luces pueden fallar, no hay nada de raro en eso aunque sea poco frecuente»*

«¿Y Kira, ¿dónde está?»

—*Es una labrador negra, debe estar jugando. Eso hacen perros como ella. Son muy activos.*

«Esto es extraño. ¿Estoy soñando?»

—*Puede ser, el sueño es bueno, reparador. Y necesitas descansar, con todo lo que hiciste hoy.*

«Sí, se siente bien descansar. Quiero dormir»

—*Si, te lo has ganado. ¿Qué hiciste para estar tan cansado?*

«Trabajar, todo el día. Las reuniones son agotadoras»

Si, agotadoras, pero estás acostumbrado a esas cosas. ¿Tal vez hiciste algo más? ¿Algo que no tiene que ver con tu trabajo?

«Si, el encargo. Tuve que ir a cumplir el encargo.

—*Por supuesto. Por eso estás cansado. Solo querías ir a casa, pero tuviste que hacer ese encargo. ¿Recuerdas lo que tuviste que hacer?*

«Sí, ir al casillero de Silvia, en la universidad.»

—*Y ¿dónde dejaste el contenido? ¿Está en el auto?*

«¿Contenido? No, estaba vacío, pero... ¿sigo soñando?

—*Sí, sigues soñando, pero había algo en ese casillero, ¿recuerdas?*

«Había polvo»

—*Más que polvo, lo olvidaste. Había algo y lo tomaste*

«Nada, no había nada»

—Sí, lo había. Tal vez te dijeron que era confidencial, pero no vas a decírselo a nadie. Solo tienes que pensar en lo que encontraste

«Sí, me dijo que era confidencial, que no se lo comentara a nadie. Ni siquiera a Jonás»

Eso está muy bien. No se lo digas a nadie. Así podrás decirle que guardaste bien el secreto, cuando hables con...

«Geni. Ella lo sabe. ¿O no? Me siento muy confundido»

Unos fuertes ladridos golpearon los sentidos de Marius y su sonido le inspiró terror. Tuvo una inexplicable sensación de peligro. Dejó de oír la voz en su cabeza y en cambio sus ojos abiertos, adaptados a la oscuridad, vieron ante sí tres figuras humanas. Dos eran claramente mujeres: una menuda, con el rostro oculto en la oscuridad, la otra, muy alta y de aspecto atlético, de su cara solo se apreciaba parte de la barbilla y de la nariz.

Y tomando su brazo, un hombre. Tenía el rostro mofletudo y sudoroso. Resaltaba una nariz muy respingada, con los orificios nasales claramente visibles, lo que le daba un aspecto porcino, y lo miraba a través de unos anticuados lentes.

Marius trató de gritar, pero no pudo. La voz que antes escuchaba en su cabeza estaba muda, pero de alguna forma le impedía modular palabra. Fue consciente de que estaba de pie, totalmente inmóvil. Su visión también se oscureció. Miraba sin comprender a las figuras que lo observaban, pese a que sus ojos seguían abiertos. Y Kira seguía ladrando y alertando del peligro que ya no era inexplicable.

—Calla a esa perra, maldita sea, lo estoy perdiendo —dijo la voz masculina.

—Ay! Devries, ¿eres un ambiguo o qué? He acompañado a *Skeppos* que hacen su trabajo en medio de un concierto de rock ¿y tú lo pierdes por una perrita que ladra?

—¡No hables de lo que no sabes, Yara!

—Dejen de decir sus nombres delante de él. Yo me encargo de la perra —dijo la otra mujer.

—No se acordará de ningún nombre, Denisse, tratándose de Devries lo más probable es que este pobre tipo quede babeando y tenga

que usar pañal el resto de su vida. Y no toques a la perra, no tiene la culpa de su ineptitud. Yo la calmaré.

La mujer alta abandonó la estancia y se dirigió a la cocina, desde donde los aullidos de Kira mantenían la mente de Marius en estado de alerta, pero los ladridos se convirtieron en un suave lamento hasta silenciarse por completo. La mujer regresó sin decir palabra.

—¿Alguien viene por el camino! —dijo la mujer pequeña. ¿Se llamaba Daniela? Su nombre se desvanecía de la mente de Marius—. Mi centinela detectó una grabadora automática, pregúntale dónde está y vámonos.

—¿Cuál es tu afán, Denisse? Deja que este haga su trabajo. El visitante no tendrá respuesta y se irá, pero debemos obtener la información.

—No se irá. Es el hijo, Jonás. Está intentando activar la puerta y pronto pedirá ayuda si la sigo bloqueando.

—Entonces déjalo pasar. A ver si Devries se gana su sueldo, ¿dos por el precio de uno!

«¡No! Jonás, no vengas, vete, peligro!»

—Nada le pasará al chico, pero debes decirme, ¿dónde está la grabadora? ¿Acaso se la diste a él?

«No sé de ninguna grabadora, y Jonás nada tiene que ver, nada, el no sabe de esto, por favor...»

—Yara, el chico no sabe nada y en cambio si lo involucramos el riesgo aumentará —dijo el hombre. Y este *Doc* tampoco tiene idea de ninguna grabadora, pero sí me dijo otras cosas de su ex esposa que Sumiko querrá conocer cuanto antes.

—Entonces limpia la mesa y vámonos

—Todo estará bien, tuviste una pesadilla. Horrible, pero solo fue eso. Estarás bien, pero debes olvidar. Llegaste a casa del trabajo y te sentaste, agotado. Te dormiste. Eso es todo, nada más, llegaste y te dormiste en seguida.

Y, Marius. Si te enteras de algo más relacionado con esa grabadora, o con Silvia y su muerte, debes decírmelo. Sabrás como contactarme, a mí y solo a mí. Geni no quiere involucrarse más. ¿Lo recordarás?

Sí, solo te lo diré a ti.

Jonás había sido identificado por el sensor tan pronto como puso un pie en los jardines. Su proximidad a la cabaña junto con la palabra clave modulada con su voz deberían haber completado el perfil necesario, pero la puerta no se abrió.

Jonás nunca había visto que el sistema fallara. Trató de activar la puerta con su terminal, pero obtuvo el mismo resultado. El auto de su padre estaba estacionado, pero él no respondía a su llamado y el computador de la cabaña no enviaba los datos de diagnóstico que Jonás pedía con su terminal.

¿Qué diablos pasaba?

Dio la vuelta a la cabaña. La puerta trasera que daba al bosque y al embarcadero tampoco se abrió.

Regresó a la puerta principal y sacó de su bolsillo la pequeña figura de Cassie y la vertió por la abertura reservada para la policía y los bomberos, pero no pudo activar el mecanismo.

El corazón de Jonás se aceleró. No tenía respuesta a qué tipo de fallo podía ocasionar que ni siquiera los cuerpos de emergencia pudieran abrir una cerradura. Manipuló su terminal y le asignó una nueva misión a Cassie. Tenía que escoger entre dos posibles objetivos. Resetear el terminal de la cabaña para que corrigiera el fallo o buscar a su padre. Si reseteaba el servidor principal y su padre estaba trabajando en algún proyecto le podría hacer perder el trabajo. Se decidió por lo segundo.

En el interior de la cabaña, Cassie buscó el lugar designado por Jonás. El estante del comedor dominaba la mayor parte del primer piso y era un excelente punto de observación. Trepó por la pared de madera y adoptó primero forma esférica, y luego uno de sus hemisferios se hundió hasta adquirir forma parabólica. La concavidad cambiaba de posición a medida que Cassie escaneaba todo el lugar.

Afuera, Jonás observaba la imagen que transmitía el radar. Tenía baja resolución, pero era lo mejor que podía hacer con Cassie, que no había sido diseñada para eso. Aun así, reconoció el mobiliario del comedor, y al fondo, la cocina.

A medida que Cassie continuaba con el paneo, captó algo más. Algo para lo que sí estaba diseñada: señales de audio, y lo que oyó le heló la sangre a Jonás. Una voz que provenía de lo que en el radar se dibujaba

claramente como una figura humana, aunque era difícil distinguir los rasgos reales.

Yara, el chico no sabe nada y en cambio si lo involucramos el riesgo aumentará. Y este Doc tampoco tiene idea de ninguna grabadora, pero sí me dijo otras cosas de su ex esposa que Sumiko querrá conocer cuanto antes.

Y otra voz, de mujer, la más alta de las cuatro figuras que transmitía el detector improvisado en que se había convertido Cassie.

Entonces limpia la mesa y vámonos

Una de las imágenes, que parecía ser su padre se sentó en la mecedora. El otro hombre parecía ayudarlo, tomándolo del hombro

«Cosmos, papá»

Jonás, pálido por el miedo, activó la llamada a emergencias mientras buscaba a su alrededor algo con qué hacer frente a los extraños. No intentó derribar la puerta o una ventana. No existía posibilidad alguna de lograrlo.

¡Vamos ya, el chico sigue afuera!

Era la voz de la mujer baja, que junto con los demás se puso en camino hacia la puerta trasera, la más cercana a donde estaban. Era su única oportunidad de entrar. Si se iban y la puerta volvía a cerrarse no podría hacer nada hasta que llegara la ayuda. Podría tratar de programar a Cassie para impedir que se cerrara, pero entonces dejaría de saber dónde estaban los intrusos.

Corrió hacia el lugar con un ojo puesto en el visor. Los extraños estaban a punto de llegar y no sabía que haría al encontrarlos. Una de las mujeres parecía más alta aún que su padre, y tenía a sus dos compinches, pero tal vez la sorpresa le ayudara. Tenía la grabadora y la maleta de Silvia en su propia mochila. Los oyó, era lo que querían. Se las ofrecería a cambio de poder entrar a ayudar a su padre.

Dobló la esquina de la cabaña con el corazón desbocado. Aún le faltaba una esquina más.

La imagen de Cassie los mostró abriendo la puerta. Si iban hacia el embarcadero dejaría que se marcharan y él se lanzaría hacia adentro de la cabaña. Tal vez lograría entrar, aunque sin duda lo verían. Tal vez dieran la vuelta y fueran por él, pero entonces se jugaría la carta de la grabadora.

La otra posibilidad era que giraran a la izquierda y fueran inconscientemente a su encuentro. En ese caso los embestiría con todas sus

fuerzas. Se imaginaba la escena, no se lo esperaban y sería como una bola de bolos derribando los pines.

Llegó a la esquina y se preparó. La puerta se estaba cerrando y los tres intrusos le daban la espalda, caminando en dirección opuesta tomados de la mano como niños inocentes. Jonás se abalanzó contra la puerta al tiempo que el trío se perdía de vista en un parpadeo. Simplemente los vio allí y el segundo siguiente ya no estaban.

Pero alcanzó a entrar y en ese momento todas las luces de la cabaña se encendieron. Kira comenzó a ladrar con un tono lastimero.

Y al fin Jonás vio a su padre. Estaba en la mecedora, con el cuerpo flácido temblando de arriba a abajo, sin responder a las palabras o a los estímulos de Jonás.

Una voz potente se oyó a través de los altavoces.

—*Cuerpos de seguridad próximos a la cabaña. Recuerden brindar cooperación total.*

El anuncio coincidió con las luces azules y rojas que se veían en el mismo patio por donde se habían marchado los tres extraños. Con su terminal, Jonás marcó a su padre como víctima. Él mismo estaba ya marcado como denunciante.

—Marca a los tres que salieron, como agresores —ordenó Jonás al computador de la cabaña.

—*No tengo registro de tres personas que hayan salido de la cabaña, Jonás —respondió la voz da la IA.*

«¿Cómo así que nadie?» —pensó Jonás

—Las tres personas que estaban con mi padre hace un momento —insistió

—*Marius estaba solo, Jonás. No hay registro de otros visitantes.*

Jonás estaba cada vez más confundido, pero abrió la puerta trasera para permitir la entrada rápida de los equipos de emergencias. El patio trasero era el lugar designado de aterrizaje, y una patrulla y una ambulancia estaban descendiendo en ese mismo momento.

Su mente estaba llena de preguntas, pero lo primero en este momento era su padre.

CAPÍTULO SIETE

Espejismo

Los paramédicos colocaron los contactos del *Exomed* en diferentes puntos del cuerpo de Marius. Tras revisar sus instrumentos durante varios minutos parecieron decidir que no había peligro en moverlo y lo trasladaron a una camilla móvil. También enviaron al cirujano robotizado de regreso a la ambulancia. No había trabajo para él.

El paramédico de mayor edad, Mak, según se leía en la etiqueta de su uniforme, miró a Jonás sonriendo.

—Buenas noticias. Las lecturas demuestran que tu padre tuvo un buen susto, pero no tiene daño cognitivo ni funcional de ningún tipo. Probablemente ya habría despertado si no lo tuviéramos sedado, pero queremos mantenerlo así mientras lo estabilizamos. Nos tomará algunos minutos.

—Gracias —dijo Jonás.

Dos detectives llevaban un rato inspeccionando la propiedad. Primero el patio y el jardín y ahora el interior. Una de ellas se le acercó haciendo un gesto de saludo y se identificó como la Jefe Simone. Jonás sabía que era la hora de hablar sobre lo que había pasado, pero había estado reflexionado sobre todos los sucesos del día y algunos puntos parecían muy preocupantes.

Primero, los atacantes parecían tener rápido acceso a la información. Por lo que había podido oír, sabían de la existencia de la grabadora, aunque creían que era Marius quien la había obtenido.

Eso le hacía pensar en el segundo punto. Si pensaban que Marius era quien la tenía, era porque habían obtenido esa información de la cerradura de la bodega, que fue el único punto donde Jonás se identificó como si fuera su padre. Si hubieran revisado más a fondo habrían averiguado fácilmente que la hora de la visita de Marius a la universidad no coincidía con el momento de apertura de la bodega. Tal vez al principio se les hubiera pasado por alto, pero Jonás estaba seguro de que al no encontrar lo que habían venido a buscar, ahora harían una investigación más concienzuda.

Y eso llevaba al tercer punto. ¿Cómo proceder?

Jonás estaba seguro de que a partir de ahora, él y su padre estarían en la mira de los agresores y cualquier información que quedara en el sistema relacionada con ellos sería interceptada. Miró a la policía que lo había saludado, con sus manos registrando información en su terminal. Tendría que ser cuidadoso con lo que dijera.

Por eso decidió no decirlo todo. La declaración que le dio a la policía fue real, todo se podía verificar, pero de ninguna manera fue completa. Se limitó a aquellas partes que, según creía, los otros ya conocían. No mencionó el mensaje de Geni, la bodega de Silvia, la existencia de Cassie ni la grabadora.

En cambio, la muerte de una tripulante de la Huygens no era secreto; había sido noticia mundial y les explicó que él y su padre se sentían muy preocupados por la noticia, debido a que Geni era su amiga, viajaba en esa misma nave y las causas de la muerte no se conocían. Por esa razón había tomado la decisión de regresar y tomar las clases de esa semana desde la cabaña. De esa forma podrían hacerse mutua compañía en esos momentos difíciles para ambos.

También le narró a Simone como se encontró con que no pudo entrar a la cabaña, que estaba bloqueada y que al dirigirse a la puerta trasera encontró que estaba cerrándose mientras dos mujeres y un hombre salían corriendo. Los describió lo mejor que pudo, pero omitió el detalle de que habían desaparecido ante su vista o que tenía imágenes de radar sobre su aspecto.

—Jonás, ¿hacia dónde se fueron las personas que viste? ¿Crees que te vieron? —preguntó Simone.

—No creo que me hayan visto. Estaban de espaldas a mí y se dirigían hacia el embarcadero; cuando las vi me asusté y entré a la cabaña antes de que se cerrara la puerta. Creí que si se cerraba no podría volverla a abrir, pero a los pocos segundos de entrar se encendieron las luces y todo funcionó nuevamente y vi a mi padre inconsciente.

—¿Y qué te hizo sospechar que no estaba simplemente dormido y te hizo decidir llamar a emergencias?

«No me cree, me está poniendo una trampa» —pensó Jonás.

—Llamé a emergencias antes, Jefe Simone, cuando todavía estaba tratando de abrir la puerta principal.

—¿Y por qué? ¿Una puerta que no funciona te parecía razón suficiente para llamar a la policía y a los paramédicos?

Cuatro pares de ojos estaban fijos en él. No había pensado bien esa parte de la historia, pero no quería revelar la existencia de Cassie y las imágenes de radar. No lo haría a menos que no tuviera otra opción.

—Yo sabía que mi papá estaba aquí y cuando traté de comunicarme con él no hubo respuesta alguna pese a mi insistencia; y no se trataba solamente de que la puerta estuviera cerrada. No respondía en absoluto, Jefe, no me daba señal de rechazo ni de fallo. Llegué a pensar que el desperfecto en el sistema y la falta de respuesta de mi padre debían estar relacionadas y tal vez él estuviera herido y si ese era el caso no tenía esperanzas de abrir la puerta por la fuerza. Todas las cabañas de esta zona se usaron durante los motines como búnkeres. Por eso llamé a emergencias.

Simone parecía de momento satisfecha con la explicación, pero Jonás quería adelantarse a otros temas que, él sabía, iban a parecerle sospechosos.

—Una vez entré a la cabaña traté de despertarlo, pero no respondió. En ese momento recibí el aviso de que ustedes llegaban y traté de marcar a los agresores, pero el sistema no los detectó.

—Tampoco detectamos firmas de neurocoms diferentes a las de ustedes desde la patrulla —dijo Simone—, y nuestros terminales no estaban fallando. ¿Cómo explicas eso, Jonás?

Jonás miró a Simone y sintió una mezcla de preocupación y enojo.

Le preocupaba no poderla convencer de la presencia de los otros sin verse obligado a revelar las imágenes de radar de Cassie y al mismo tiempo le irritaba que la policía parecía haber tomado la decisión de no creerle, pese a que era verdad que esas personas habían estado allí y no habían dejado registro.

—No conozco la explicación Jefe y con todo respeto le digo que no es a mí a quien le corresponde averiguarlo.

Jonás no notó ningún cambio en la expresión de Simone ante el tono de su respuesta, pero en todo caso decidió suavizar las cosas.

—Sin embargo, es evidente que los intrusos tienen conocimientos en tecnología. Entraron, pese a que este lugar cuenta con el sistema más avanzado que se puede conseguir. Bloquearon el terminal de la cabaña impidiendo que yo entrara, y no permitieron que sus neurocoms quedaran registrados en ninguna parte, incluyendo su patrulla.

La voz del paramédico veterano interrumpió la conversación.

—Vamos a despertar al Doctor Casel —dijo Mak a la Jefe Simone, provocando un gesto de impaciencia de la policía.

—Bien, ya es hora de tener algunas respuestas —gruñó Simone.

Simone interrogó a Marius con resultados aún más decepcionantes que con Jonás.

—Recuerdo que llegué de Noris. Estaba muy cansado y me senté. Debo haberme quedado dormido. Luego me vi rodeado de todos ustedes. No sé nada de un ataque.

—¿Eso es todo lo que nos puede decir, Doctor Casel?

—Sí, lo siento, pero no recuerdo nada más. ¿Cómo así que me atacaron?

Jonás le resumió a su padre la versión que le había contado a Simone, pero Marius seguía muy confundido.

—Doctor Casel, tiene idea de alguien con motivos para atacarle?

—Jefe, no conozco a nadie que tenga motivos para atacarme a nivel personal, pero trabajo con el gobierno en investigaciones avanzadas. No me cabe duda de que muchas potencias podrían intentar algo para conocer lo que hacemos en Pacífica. ¿Usaron algún fármaco conmigo?

—le preguntó Marius quien con una mirada derivó la pregunta a Mak, pero fue Lou quien respondió.

—Toda su química estaba muy alterada, Doctor Casel. Sin embargo, no encontramos rastros de sustancias artificiales.

Las preguntas continuaron, pero no arrojaron más luz sobre lo ocurrido. Finalmente, Simone les dijo que estarían en contacto y se retiró junto con su compañera y los paramédicos. A los pocos segundos, los dos vehículos despegaron.

Marius seguía confundido. Volvió a preguntarle a Jonás qué había pasado y él le resumió la versión que le había contado a Simone.

Quería contarle el resto, era la única persona en quien se atrevía a confiar en este momento, pero al verlo le pareció más vulnerable que nunca antes y prefirió dejarlo para el día siguiente. Además, tenía que hacer algo urgente. Lo acompañó a su habitación y Marius se quedó dormido a los pocos minutos. Jonás corrió a su habitación.

Había sacado de su mochila la grabadora y el maletín de cuero y ahora ambos objetos descansaban sobre la mesa de trabajo. No se atrevía a conectarla. Si los intrusos habían podido rastrear a su padre tan pronto luego de que él abrió la bodega de Silvia, no le cabía duda de que disponían de los medios para detectarla cuando se volviera a activar.

Al mismo tiempo, si lo que buscaban era la grabadora y se convencieron de que Marius no la tenía, seguro que iban a ahondar en la investigación y a descubrir que había sido Jonás quien abrió la bodega.

Por eso era vital darles lo que querían. Si encontraban la grabadora dejarían de buscar. Jonás tenía una idea, pero no estaba seguro de poder llevarla a cabo a tiempo.

La tomó en sus manos y la revisó. No había sido diseñada para ser abierta. Toda su operación se hacía desde el exterior a través de la terminal del usuario y el único botón era para encender o apagar. Si llegaba a encenderla se conectaría automáticamente a la red más cercana.

Por un momento pensó en realizar una búsqueda en la red para descargar los planos técnicos, pero no quería que quedara evidencia de que tenía algún interés repentino en grabadoras antiguas.

Tomó a Cassie y dejó que se filtrara al interior de la grabadora por una de las rejillas de ventilación. De inmediato empezó a elaborar un detallado plano de sus componentes. Con su terminal, Jonás la empleó

para cortar las antenas que conectaban el transmisor con el mundo exterior.

¡Listo! Ya había eliminado la posibilidad de una conexión accidental, pero su trabajo principal no había terminado. Buscó los cilindros de memoria y Cassie los cubrió como un glóbulo blanco tragándose una bacteria. Tras varios segundos salió por la rejilla y retomó la forma de astronauta mientras transmitía al terminal en la muñeca de Jonás los datos extraídos.

Jonás ya tenía un clon digital de la grabadora. La siguiente fase era la más importante. Si lo hacía bien podría desviar la atención de los otros, pero si algo salía mal podría tener que vérselas con otra visita antes de lo previsto.

Parecía una falsa alarma. Denisse la llamó para ir de nuevo a la universidad, al mismo lugar donde se suponía que estaba la grabadora la vez anterior, y la bodega seguía vacía, pero a Yara no le cabía duda de que debía tener buenas razones para volver al lugar.

—¿Por qué sonríes?

—Porque creo que ya sé cuál es el truco de Silvia Núñez —respondió Denisse—. Espera.

Yara la dejó trabajar. Estaba acostumbrada a verla manipular su terminal. Nadie salvo la misma Denisse comprendía qué estaba haciendo. Trabajaba en silencio, pero sus efectos eran trascendentales. Una ley cambiada, información alterada, vagones de Ferrovac que se destruían.

Lo del Ferrovac había sido un fiasco que había puesto en alerta a los científicos, quienes en todo caso terminaron enviando los motores. Un fracaso monumental para el Súmmum, pero a Yara le constaba que Sumiko había propuesto otra solución menos directa. Denisse podría haber alterado los sistemas de los motores para que dejaran de funcionar, pero no. Denisse convenció a todos de que podrían hacer pasar el accidente como una muestra de la inseguridad de los propulsores y lograr así el rechazo a esa tecnología de una vez por todas. Las evidencias quedarían destruidas y hundidas a kilómetros de profundidad en el

atlántico. «¡Sí, cómo no!» , pensó Yara, pero se guardó su opinión. Se llevaba muy bien con Denisse y si cometió un error de juicio con respecto al sabotaje del Ferrovac, ya habría aprendido de él.

—Ya está —dijo Denisse, sacando a Yara de sus pensamientos.

—¿Qué hiciste?

—La grabadora existía, pero no era una máquina física, sino virtual. Funcionaba exactamente como una grabadora real, pero solo existía en su versión digital. Si hubiera sabido que ella tenía esas habilidades para la informática seguramente habría encontrado antes la respuesta. Lo importante es que ya la tengo toda aquí —dijo Denisse, señalando su terminal—, pero le di una mirada y tiene varias capas de seguridad. Lo haré luego.

—Entonces vámonos, pero hablaré con Sumiko. Es cierto que deberías haber tenido más información sobre las habilidades de Núñez.

—Dudo que te escuche. Seguramente dirá que si no lo supe antes es por falta de capacidad.

—No hables así. Sumiko es tu Wal —dijo Yara deteniéndose frente a Denisse.

Denisse no dijo nada, pero bajó la cabeza, aunque Yara observó como apretaba la mandíbula con fuerza.

—Ya, relájate. Encontraste lo que estábamos buscando —continuó Yara, que observó a lado y lado y se detuvo—. Aquí hay suficiente espacio—dijo, justo antes de que las dos desaparecieran.

Habían mordido el anzuelo. Lo pudo comprobar porque su grabadora virtual desapareció sin dejar rastro. Y había ocurrido pocos minutos después de que él la introdujera en la red. Había hecho un trabajo bastante decente al ocultar su origen, pero sabía que si sospechaban algo no tardarían en encontrarlo. La única esperanza era que se lo creyeran y al parecer así había sido.

Pero ¿cómo podían haber llegado a la universidad tan pronto?

Había programado la grabadora virtual de manera que solo pudiera ser extraída desde ese lugar. Esperaba que les tomara por lo menos un par de horas, pero no. Les había tomado menos de diez minutos llegar,

tragarse el cebo y salir. Tal vez la idea de su papá era correcta y hubiera un gobierno poderoso detrás. No se le ocurría quién más podía tener esos medios a su disposición.

Repasó todos los acontecimientos del día. El diagnóstico del terminal de la cabaña no le dio información nueva y si el sistema había sido hackeado, no había quedado rastro.

Revisó las imágenes grabadas por Cassie. Las mejoró aunque no al punto de ser utilizables por un sistema de reconocimiento facial, pero sí obtuvo buenos datos sobre la estatura y complexión de los intrusos. Las vio y oyó una y otra vez hasta que su mente captó algo que había pasado por alto al principio.

Las imágenes mostraban las cuatro figuras humanas en tres dimensiones, aunque a una resolución muy baja. Cassie utilizaba colores falsos para dar la sensación de volumen e ilustrar distintos tipos de material.

Había un pequeño punto azul visible en la cabeza de su padre. Era su neurocom. Cassie detectaba claramente infinidad de piezas de tecnología en el lugar, todas coloreadas con azul. Los terminales de su padre y de los otros se distinguían perfectamente, brillando azules en las muñecas y, en el caso de la figura más alta, en el cuello.

Pero solo había un punto azul, el de su padre, donde debería haber cuatro.

Los tres intrusos no tenían un neurocom.

Eso podría explicar muchas cosas, como no ser identificados por el nodo o por la patrulla, pero daba paso a una pregunta más grande.

«¿Quién en su sano juicio andaría por allí sin un neurocom?».

«Alguien que quiere desaparecer del mapa»

Pero las ventajas de desaparecer del sistema eran inferiores a los enormes problemas que tendrían que afrontar si no tenían un neurocom, y Jonás ni siquiera sabía si eso era posible

Para empezar, era ilegal. Hasta los *anti-mods* usaban una versión modificada, pero legal, de neurocom. Toda mujer embarazada que pisara el continente debía solicitar el implante para su bebé desde la quinta semana de gestación. Las personas que provenían de naciones que no lo utilizaban, debían implantarse uno antes de iniciar el viaje o no podrían siquiera adquirir el pasaje. Alguien que careciera de él no podría comprar alimentos, hacer negocios de cualquier clase, viajar en cualquier

sistema de transporte público o privado o traspasar las puertas de supermercados, bancos, puertos, hoteles y hospitales. Sabía muy bien que no usar ese dispositivo implantado desde el vientre materno traería a cualquiera complicaciones inimaginables.

Sin embargo, su ausencia explicaba en parte los datos que tenían y no descartaría esa posibilidad hasta que alguien le demostrara que carecer de neurocom no solo era inconveniente sino que era imposible, pero los intrusos habían llegado y se habían marchado sin ser detectados. Era evidente que tenían una forma de moverse, y rápido.

Aunque esperaba que su padre se sintiera mejor al día siguiente, decidió no involucrarlo más. Su madre, en cambio, ya estaba en la mira de esas personas. La voz del hombre afirmó que Marius la había mencionado.

Tenía que advertirle, pero no sabía cómo hacerlo sin arriesgarse a que lo interceptaran. Las comunicaciones tenían un buen nivel de seguridad, pero no el suficiente para lo que creía era la capacidad de los otros. Por supuesto, podría elevar el nivel de encriptación hasta que fuera virtualmente imposible de descifrar, pero se le ocurría que eso en sí mismo sería sospechoso y no quería a esos tres rodeándolo y haciéndole preguntas sobre qué información sostenida con su madre era tan secreta.

Miró una vez más a Cassie.

Regalarle Hugh a Geni había sido al mismo tiempo un juego y un experimento. Ella había aprendido a usar algunas de sus funciones rudimentarias, pero era hora de que conociera más de su verdadero potencial.

Geni se tumbó en su cama tan pronto como entró a la habitación. Pese a que Silvia y ella habían codirigido los biohábitats, ahora tenía que hacerse cargo sola de varios aspectos administrativos que antes adelantaban las dos. Tenía que entrenar cuanto antes a un subdirector o pronto podría verse desbordada por el trabajo.

Sonrió. Tenía un mensaje de Jonás, pero al escucharlo su alegría se tornó en preocupación. Su hijo le contó del ataque en la cabaña. Apparentemente alguien había tratado de robar información y drogaron

a Marius para obtenerla. Jonás le pidió que no se preocupara, que los paramédicos dijeron que estaría bien.

En todo caso él se iba a quedar en la cabaña todo el tiempo necesario para acompañarlo. Ya había terminado de cursar todas las materias y solo estaba a la espera de su grado. Aún tenía que completar algunas de las investigaciones, pero podría hacerlo desde allí. El laboratorio de la universidad podía ser operado remotamente y para líneas de estudio que requieran su participación directa podía usar el laboratorio de su padre.

Y Sofí se había mostrado muy comprensiva, por supuesto. Se turnaría entre la universidad entre semana y la cabaña el fin de semana, hasta que estuvieran seguros de que Marius estaba bien.

Para tranquilidad de Geni, Jonás pasó a asuntos más cotidianos. Le contó de las ofertas de trabajo que tenía. Pronto tendría que decidirse, pero ninguna le satisfacía del todo.

Después de un buen rato y del mensaje más largo que Jonás le hubiera enviado en mucho tiempo, se despidió y desconectó.

Geni pensó que debía sentirse solo, o triste, para querer hablar de forma tan extensa, o tal vez solo quería tranquilizarla. Normalmente era mucho más concreto en los mensajes que enviaba.

En esos pensamientos estaba cuando recibió un nuevo mensaje. No era de Jonás, ni de ninguna otra persona a bordo de la nave.

«Un mensaje... ¿de Hugh?»

Alzó la mirada y vio la figura sobre la repisa, mirándola y señalando insistentemente con su dedo índice su pequeña muñeca.

«¿Y ahora qué sorpresa me tienes, Jonás?» —pensó.

A diferencia del anterior, el mensaje de Hugh contaba con máxima encriptación. Geni activó la reproducción.

Mamá. Por favor borra este mensaje después de verlo. Si lo necesitas nuevamente, Hugh te lo puede reenviar.

Necesitamos una forma privada de comunicarnos. Hugh y Cassie nos ayudarán con esa tarea. Envié este mensaje a través de Cassie, para que Hugh lo recibiera. Viajó oculto entre el mensaje anterior y solo nuestros dos pequeños amigos pueden enviarlo y descifrarlo. El problema es que necesita más tiempo para transmitirse. Cuando quieras enviarme un mensaje oculto, debes grabarlo primero. Hugh te dirá que tan largo debe ser el mensaje de cobertura.

Debes saber que yo recibí el mensaje que enviaste a papá pidiendo que verificara la bodega de Silvia. Lo hice, y saqué una grabadora y documentos. Por eso atacaron a papá, Mamá, creen que fue él.

Jonás continuó y le dio todos los detalles de lo ocurrido sin guardarse nada. Era una pesadilla para Geni. De alguna forma, el favor que le pidió a Marius había puesto a su familia en peligro.

La clave es actuar en secreto. Debemos suponer que podrán acceder a nuestras comunicaciones, por eso sería extraño que de pronto encriptáramos nuestros mensajes habituales. Les haría suponer que sé más de lo que le dije a la policía. Creo que debemos mantenerlos con seguridad reducida, como hasta ahora, y utilizar los ocultos cuando sea necesario.

Hugh también tiene en su poder el contenido completo de la grabadora de Silvia. Por favor, examínalo lo más pronto posible. Necesitamos averiguar qué pasa, mamá. Esa gente no está jugando. Creen que papá y yo no sabemos nada, así que nosotros estamos a salvo por ahora, pero saben de ti. Nunca creí que iba a decir esto, pero me alegro de que estés tan lejos. Esa es una buena protección, aunque no nos podemos confiar.

En los minutos siguientes Geni leyó las instrucciones y grabó y envió su propio mensaje oculto. Jonás quería estar seguro de que podía hacerlo en cualquier momento.

Armas en su nave de investigación científica, el extraño accidente de Silvia, un ataque a Marius en su propia cabaña y ahora intercambio de mensajes secretos como si fuera la espía de una película del holo. Y todo se había desencadenado en los últimos días.

Ahora debía ver la grabación secreta que envió Silvia y que había causado el ataque a Marius.

La imagen de Silvia se proyectó frente a Geni.

Como le decías a ese tipo musculoso que dejaste plantado para ir a tomar un café con Marius? —repitió la imagen de Silvia.

Manos resbalosas —respondió Geni, que sonrió por primera vez desde la tragedia. Era una sonrisa llena de nostalgia y de recuerdos, pero en todo caso una sonrisa y le daba cierto alivio a su profunda tristeza.

Se sintió nuevamente como en su juventud, cuando ella y Silvia asistían a la universidad y hacían de las suyas. Geni siempre culpaba a Silvia por meterla en líos, pero ambas sabían que lo hacía de buena gana.

Ahora tenía ante sus ojos la proyección del holo póstumo, prove-

niente de esa vieja grabadora que antes habían usado para jugar bromas a compañeros de estudio y profesores. No tenía idea de que todavía existiera, hasta que las palabras de la primera grabación de Silvia se lo hicieron sospechar y luego la información de Jonás se lo corroboró.

El holo de Silvia le hizo más preguntas para las que solo Geni conocía la respuesta. Se había tomado mucho trabajo para asegurarse de que no la vieran ojos equivocados. Ahora al fin parecía haber llegado al mensaje tan protegido y Geni sintió una mezcla de curiosidad y preocupación por lo que iba a encontrar. Era el momento de salir de dudas; Silvia lucía exactamente como en la primera grabación.

Hola mi querida amiga. Me pregunto cuándo estarás viendo esta grabación. ¿Entendiste mi mensaje y te pusiste en acción de inmediato?, ¿o solo se te ocurrió al regresar a la tierra al final de la misión? Apuesto lo que sea a la primera opción.»

» Ahora vamos a lo importante. Lo primero que debes saber es que todo lo que te dije en la primera grabación es cierto, aunque hay cierta información que omití y que necesito que conozcas. De ti depende decidir qué hacer con ella. Y tendrás que tener apertura mental y apagar tu escepticismo, tanto como sea posible»

» Te expliqué que muchas personas, como yo, vivimos con una condición que nos hace diferentes a los demás, pero no debes pensar que es una enfermedad. Es una diferencia y en muchos casos una ventaja aunque al parecer en otros es un problema, como se hace evidente con los motores de fusión, pero lo que me preocupa, Geni, es lo que nos dijo el comandante sobre el Ferrovac y los motores. Si es cierto que fue un atentado, y creo que lo es, estoy segura de que los responsables son personas como yo.»

» No se quiénes, no somos un club o algo así donde todos nos conocemos, pero existe la certeza sobre la existencia de un grupo radical entre nosotros, aunque se protege con mucho secretismo. Tu pudiste ver que junto con los nuevos motores, también instalaron ese sistema de armas. Te confieso que eso me da una ligera tranquilidad porque estoy segura de que van a intentarlo otra vez, aunque dudo que unos cañones sean efectivos contra lo que temo. Asegúrate de que sigan tomándoselo en serio, Geni, que no se relajen ni crean que la amenaza desapareció. Entre los míos hay personas realmente poderosas, más allá de lo que puedes imaginar.»

» Sé que en el pasado algunas personas como yo han muerto por

revelar este tipo de información a personas como tú, pero creo que nada puede evitar eso, así que para mi no hay diferencia, pero para ti, Geni, sí que la hay. Si se enteran de que sabes algo sobre mi gente tendrás un blanco sobre tu espalda, al igual que tu familia. Sin embargo debo decírtelo porque ya estás en riesgo, y también toda la tripulación de la Huygens. La única esperanza es que sepas qué es lo que pasa y, tal vez, encuentres una forma de proteger a todos en esa nave y en tierra.

Silvia se detuvo por un momento. Geni supuso que estaba buscando las palabras adecuadas.

No hay una manera de suavizar esto Geni, así que simplemente te lo diré. ¿Recuerdas lo que te mencioné antes sobre arriba la mente abierta y abajo el escepticismo? Bueno, este es el momento. Cuando te digo “mi gente” o “personas como yo”, hago referencia a millones de seres humanos que, en varios sentidos, tenemos habilidades que ustedes no. ¿Quieres saber cuál es mi habilidad, Geni? ¿A ver?, ¡adivina!, no es tan difícil.

Si pensaste que es entenderme bien con las plantas, estás en lo correcto, pero no se trata simplemente de ser talentosa, ¿sabes?, puedo hacer a voluntad que las plantas crezcan más, que eleven su producción o que se recuperen de una plaga más rápido. Ahora debes estar pensando que hice trampa, y que ya entiendes por qué siempre tuve mejores notas que tú en botánica. Tienes razón.

Y aquí hay una mala noticia. Me di una vuelta por los hábitats. Digamos que les di un último empujón para que sigan con su crecimiento acelerado por un tiempo, pero una vez que yo no esté, la producción decaerá. No puedo evitarlo y tú tampoco, pero no necesitas alcanzar los mismos números que yo. Concéntrate en hacer tu mejor trabajo y será más que suficiente.

Yo tuve suerte de tener el don con las plantas. En nuestro mundo hambriento, alguien con la habilidad de lograr altas producciones de alimentos siempre conseguirá ganarse la vida, pero no todos los Koríes (¿te mencioné que así nos decimos a nosotros mismos?), tienen la misma suerte. Sus habilidades tienen poca utilidad práctica en la economía, y tienen que trabajar en cualquier cosa para ganarse el sustento.

Pero no es de las plantas de quién debes cuidarte. Algunos Koríes tienen habilidades realmente peligrosas, Geni. Se te pueden meter en la cabeza y robarte o implantarte pensamientos, pueden manipular tus senti-

dos, mover objetos a distancia o desplazarse instantáneamente y muchas otras cosas, algunas de ellas terribles.

El maletín de la bodega puede darte más luces.

Silvia señaló su cabeza con sus manos e hizo un gesto a la cámara.

No lo olvides. Mente abierta y la guardia en alto. Te deseo suerte, mi amiga.

La grabación terminó y Geni quedó inmóvil. Podía imaginar que había gente poderosa interesada en hacer fracasar la tecnología de fusión, pero... ¿personas que se meten en tu cabeza o que mueven objetos sin tocarlos?

Eso le sonaba a disparates, excepto que quien los decía era Silvia, y ella no decía disparates. Podía hacer bromas, sí, pero era claro que, para Silvia, todo lo dicho era verdad. Además, se había tomado el tiempo de grabar este mensaje sabiendo que en pocas horas moriría, probablemente de forma horrible.

Repitió la grabación varias veces, pero la sensación de irrealidad no desapareció. Había prometido a Jonás que le enviaría un mensaje con el resumen de lo dicho por Silvia, pero por más que lo pensaba no tenía claro qué decirle. Todavía no.

La ambulancia iba rumbo a la estación en piloto automático utilizando una autopista secundaria.

—Preferir la autopista a un rápido y directo viaje por aire. ¡Parece que no hay nadie interesante esperándote en casa! —bromeó alegre Mak, mientras tomaba un trago de jugo de naranja.

Lou sonrió, y siguió usando los comandos de su terminal.

—A las divas como tú nadie les exige informes, pero a los novatos no nos dejan en paz —se quejó resignado levantando la mirada esperando alguna reacción de Mak ante el comentario, que no se produjo—. Así que, o termino de registrar todo durante el viaje, o trato de hacerlo al llegar a la estación, si es que los estúpidos de turno dejan de interrumpirme con sus fantásticas bromas.

—No te dejes afectar por eso, colega —exclamó comprensivo Mak —, así se comportan siempre con los novatos, pero una vez dejas de

serlo serán tus mejores amigos. ¡Al último no le tomó más de dos o tres años! —rio Mak, provocando que Lou fingiera un gesto de dolor—, pero no todos tienen la oportunidad de brindarle cuidados a una eminencia del calibre de Casel, recuérdales eso la próxima vez que te molesten.

Lou lo miró fijamente, tratando de entender si le estaba tomando el pelo, pero Mak movía su cabeza de arriba abajo en gesto de afirmación.

—Si estabas buscando una diva no me mires a mí; la tuviste conectada a tus equipos hace solo unos minutos, colega —continuó Mak—. El caballero es una verdadera figura, y sus servicios son apetecidos en todo el mundo. ¿En serio no sabes quién es Marius Casel? —preguntó extrañado.

Lou lo recordó. El doctor Casel había hecho varias apariciones en el holo en programas de entrevistas y noticieros, aunque Lou no tenía claro cuál era su área de experiencia.

—Ahora que lo dices me suena conocido, pero no me ando fijando en esos detalles cuando atiendo a un paciente —exclamó Lou con cierta aspereza—. Además, cuando recién llegamos a la cabaña la química de Casel parecía el coctel que toman los desadaptados antes de ir a los conciertos.

Mak entornó los ojos y silbó, con genuino interés.

—¿En serio, nuestra diva consume alucinógenos? —interrogó Mak—. ¡Esa si es una verdadera sorpresa!

—¡No he dicho eso! —aclaró Lou. Al menos, no había opioides, alcaloides ni sintéticos conocidos, pero con el nivel de adrenalina que tenía podría haber ganado los quinientos metros elevados sin necesidad de usar impulsores. Y otros indicadores químicos estaban igualmente alterados. Nunca había visto ese desbarajuste en un paciente vivo. Lo reporté para que se investigue más a fondo.

Mak miró a Lou con mucha intensidad y tomó su brazo con gesto fraternal.

—Bueno colega, tienes razón. Es mejor que envíes ese reporte cuanto antes y que te prepares porque te van a hacer muchas preguntas. No harán nada útil con las respuestas, claro, pero hay que seguir los procedimientos —presagió Mak sin perder el buen humor.

—¿De qué hablas? Tienen que investigar a fondo, ¿no? Esas lecturas

no son usuales en absoluto —insistió preocupado Lou—. ¡No pueden simplemente dejarlo pasar!

—¡Nunca dije que lo dejarían pasar, Lou!, pero... seamos realistas. Casel es un hombre influyente, una diva, ¿recuerdas? Si encuentran que él ha hecho algo indebido, ¿crees de verdad que irán contra él?... No, no lo harán; como bien dices no van a dejarlo pasar, solo que tal vez busquen un blanco menos complicado —replicó Mak con rostro preocupado e intensificando sutilmente la presión sobre su brazo.

Lou se quedó mirando a su amigo. Creía comprender lo que insinuaba pero no lograba aceptarlo. Tenía que estar seguro.

—¿Y crees que ese blanco menos complicado soy yo? No me lo creo, ¡yo solo hago mi trabajo! —afirmó Lou, sin mucha convicción—. ¡No tienen nada contra mí!

—¡Claro, no tienen nada contra ti, compañero! —confirmó—. ¿Cómo podrían si eres inocente? Y la gente inocente nunca paga los platos rotos, ¿cierto? —cuestionó Mak, sin quitarle la mirada de los ojos.

Lou sentía un nudo en el estómago. ¿A qué horas las cosas se torcieron de esa forma?, pero sentía que Mak tenía razón; era un verdadero amigo y se atrevía a hablar con sinceridad de asuntos difíciles.

—Podrían argumentar que eres un novato —prosiguió el veterano— y que te equivocaste al instalar el *Exomed* o al tomar las lecturas, pero yo te apoyaré. Les diré que me siento orgulloso de que seas mi colega y que creo en ti. Incluso puedo convencer a algunos de los muchachos de que digan lo mismo. Por lo menos a Dan, creo que le caes bien.

—Dan me detesta, Mak. Me ha hecho la vida imposible —replicó desanimado Lou.

—Mala cosa, Lou, muy mala. No te mentaré; si tu supervisor tiene esa opinión de ti te hará las cosas más difíciles, pero sabes que puedes contar conmigo —se lamentó.

—¡Maldita sea Mak, no puedo creerlo! —aulló Lou, que parecía a punto de llorar—. ¡Haga lo que haga estoy jodido!

—Eso parece amigo y todo por culpa de ese reporte del demonio, que ya está en el sistema y no es posible eliminar... —susurró Mak, con la mirada fija en los ojos de Lou, su mano apretando sutilmente su brazo.

Lou no podía apartar sus vidriosos ojos de Mak, su mentor; lo veía con enorme agradecimiento. Era el único que se interesaba en él y quería

ayudarlo, para evitar que la burocracia lo aplastara aprovechando que era el eslabón más débil. Y tenía razón, claro. El problema era el reporte. Ya estaba en el sistema. Mañana alguien lo leería y entonces...

—No Mak, el reporte no se puede eliminar: el sistema es muy seguro —explicó Lou—, pero... técnicamente... se podría modificar. No es legal, pero es posible... ¿entiendes? —añadió Lou, mirando suplicante a Mak.

—Pudiste ir a la academia gracias a que tus padres se sacrificaron por ti, ¿recuerdas? —preguntó Mak en un susurro, siempre mirándolo a los ojos, aferrando su brazo—. Fueron a esa colonia minera por ti, Lou, para que fueras el primer graduado de tu familia —seguía susurrando Mak con voz cada vez más suave, que Lou escuchaba con atención—; y desde esa piedra a millones de kilómetros, saben que su hijo se ha convertido en el mejor paramédico de su promoción, pero no pueden venir a abrazarte y ver el fruto de sus esfuerzos Lou; todo ese tiempo en microgravedad debilitó sus huesos y ya no pueden regresar a la tierra, contigo —musitó Mak, mientras miraba los ojos de Lou, brillantes por las lágrimas.

» Eso es lo que quieren arrebatarle, Lou, lo que te ganaste con años de estudio gracias al esfuerzo de tus padres; pero solo quieren mantener sus privilegios, Lou. Nadie podrá ayudarte, nadie más que tú mismo. Tienes todo el derecho a defenderte; ningún cretino sentado en su cómodo despacho va a arruinar tu carrera —señaló Mak, que no dejaba de susurrar, mirar y sujetar a Lou—. Haz lo necesario, ahora, antes de que sea demasiado tarde; ¡de prisa! pronto llegaremos a la estación —ordenó Mak en un susurro.

—Todas las dudas desaparecieron de la mente de Lou quien, con lágrimas en sus ojos, puso manos a la obra de inmediato. Cambió la proyección de su terminal hacia el visor principal de la ambulancia y manipuló los controles durante varios minutos, trabajando frenéticamente. Combinaba las órdenes emitidas directamente por su cerebro a través del neurocom, con la manipulación mecánica de los controles con una concentración absoluta, mientras gotas de sudor resbalaban por su cara.

Mak no perdía el contacto con Lou a través de su brazo, mirándolo y alentándolo con palabras amables, esperando con paciencia.

—¡Ya está! —gruñó exaltado Lou—, ¡ya está, justo a tiempo, desgraciados! —chilló Lou mostrando temblando.

—¡Bien hecho, colega, muy bien hecho!; no saben con quien se metieron —lo animó Mak en tono suave, sin cambiar su expresión, subiendo el volumen de su voz solo un poco, al ver que Lou se calmaba—. Ya te sientes mucho mejor, ¿verdad amigo?, que paz se siente. Tus padres estarían orgullosos, hiciste valer su sacrificio. No necesitas pensar más en este feo asunto nunca más, ni en esos idiotas, Lou, los derrotaste, recibieron su merecido y tú puedes volver a tu vida, ser feliz ... por ejemplo, con esa chica... ¿cómo se llama?... ¡Sandra! —dijo Mak, al tiempo que liberaba gradualmente la presión sobre el brazo de Lou.

—¿Eh? —balbuceó Lou confundido.

—¡Sandra, colega!, la morena que trabaja en despachos nocturnos. Creo que de verdad le gustas. Deberías pasar a saludarla antes de irte a casa. ¡Pero recuerda llevar tu cabeza contigo, porque parece que la dejaste en la ambulancia!.

Lou sonrió. Visitaría despachos, solo por las dudas, aunque Sandra era muy atractiva y dudaba que se hubiera fijado en él, pero a Mak le gustaba subirle el ánimo con ese tipo de comentarios.

Le alegró tener un amigo como él.

CAPÍTULO OCHO

Imposible verdad

Muy pocos sabían qué era el Colegio de Ciencias Aplicadas de Noris. Podría pensarse que ese desconocimiento provenía de su relativa juventud, ya que el colegio estaba próximo a cumplir apenas su primer siglo de existencia.

Pero si alguien le preguntaba a cualquier habitante de Noris qué sabía de la Universidad del Campanario, no dudaría en explicar su historia sin dejar de mencionar cuánto prestigio había traído a la ciudad. Y sin embargo, tanto el CCAN como el Campanario eran la misma cosa.

La entrada en desuso de su nombre formal se había producido desde el día de su inauguración, donde algunos medios de comunicación hicieron referencia a la “Universidad del Campanario” como un nuevo símbolo del desarrollo tecnológico de la ciudad y del interés de las autoridades en convertirla en un centro líder en investigaciones científicas avanzadas.

Lo habían logrado en tiempo récord. Gracias a una combinación bien medida de alto presupuesto y planificación, El Campanario se convirtió en un referente en la educación tecnológica y familias no solo de Pacífica sino de lugares lejanos en todo el mundo decidieron enviar a sus hijos a estudiar allí.

El edificio principal estaba conformado por dos bloques de seis plantas sobre el suelo y el doble de subterráneas, ubicados a noventa grados uno del otro. El vértice donde convergían era el campanario, un edificio de diez plantas con fachada en piedra volcánica negra que le daba un aspecto medieval. La solidez de todo el conjunto fue probada exitosamente durante los motines, aunque en esas semanas fueron tan decisivas para la supervivencia de los ocupantes tanto las estructuras reforzadas como el ingenio de los estudiantes, que se atrincheraron y la defendieron con heroísmo y creatividad.

Durante las primeras décadas de existencia de la Universidad, ambos bloques estaban dedicados a las ciencias y la tecnología. El auge de la institución fue tal que se hizo necesario construir nuevos edificios. Mantuvieron un diseño austero como el edificio original, y se expandieron hacia los extensos campos a espaldas del bloque del campanario manteniendo el mismo concepto original. Sin embargo, la forma del terreno pronto hizo poco práctico continuar con esa tendencia y los arquitectos tuvieron mayor libertad creativa. Así surgió el campus en su forma actual, con el edificio original y los de segunda generación en el centro orientados de sur a norte, y los nuevos edificios como islas por toda el área circundante.

Pese al desarrollo y a que algunos de los nuevos edificios eran más altos y de diseños más llamativos, el campanario seguía siendo el rasgo más distintivo de la universidad.

En la cima del campanario estaban las tres campanas que justificaban su nombre, y su mecanismo de activación funcionaba solo en ocasiones extraordinarias.

El resto del edificio estaba conformado por laboratorios y oficinas reservadas al personal más ilustre de la universidad. Uno de ellos, era el Padre Hermes Russo.

Tras restablecerse, Marius decidió atender algunos asuntos pendientes en su oficina de Noris, y Jonás aprovechó para viajar con él y tratar de retomar su rutina en la universidad.

Había adelantado todo lo relacionado con sus cursos pendientes

desde la cabaña. Desde allí también habría podido esperar el día de su graduación, pero tenía razones para regresar.

Por una parte, necesitaba reunirse con el Padre Hermes y no quería hacerlo a través del holo.

Pero, sobre todo, estaba Sofí.

A ella todavía le quedaba un año completo de estudios, y Jonás no tenía claro cómo iban a cambiar las cosas cuando él ya no viviera en el campus. Por momentos pensaba en que estarían a solo minutos de distancia, si él conseguía un apartamento cerca, pero también sabía que muchas veces la distancia no la determinan los metros de separación. Una cosa era ser estudiantes, con horarios más o menos predecibles y rutinas que siempre los mantenían cerca. Otra era que él empezaría a trabajar en alguna de las empresas que le habían hecho ofertas y donde el ritmo sería muy diferente.

También había recibido la propuesta de ser profesor en la universidad, lo que lo ubicaría cerca a Sofí, pero no lo había encontrado muy interesante en el aspecto profesional. Y su padre había aprovechado el corto viaje para sondearlo sobre la posibilidad de trabajar junto a él en el departamento de investigaciones avanzadas de Pacífica.

Mientras tanto, quien siempre estaba cerca de Sofí era ese tipo; David.

David. Como un buitres que giraba en torno a ella, esperaba alguna oportunidad. Sofí les había dejado claro, a los dos, que era solo un buen amigo, pero Jonás dudaba que el tipo se hubiera dado por enterado.

Pronto tendría que tomar decisiones, pero por ahora Jonás estaba alegre. Dejó sus cosas en la habitación y se dirigió al departamento de artes visuales. Siempre le gustó esa zona del campus y no solo porque Sofí estuviera allí.

Dominaba la zona al este del campanario, así como el departamento de ciencias aplicadas dominaba el oeste. Para ir desde la facultad de Jonás hasta la de Sofí había que caminar solo unos cien pasos pero parecía ser otra ciudad, pese a que ambas alas se construyeron al mismo tiempo y con un mismo concepto arquitectónico. Eran los estudiantes los que las habían convertido en lugares diferentes.

Prados, pasillos y plazas, eran a la vez lugares de paso y zonas de exhibición para infinidad de proyectos de los estudiantes. Los auditorios y

salones de clase albergaban algunos de los más meritorios, que se habían ganado un lugar más o menos permanente.

Las obras exhibidas incluían todo tipo de técnicas, como esculturas en cerámica y piedra (o un material que parecía piedra), y pinturas. Intercalados, en una proporción de tres a uno versus las anteriores, había obras de origen tecnológico.

Muchas empleaban como tema central tres de los cuatro elementos de los antiguos filósofos griegos. De esa forma, eran diversas las exhibiciones basadas en agua, aire y fuego.

Los estudiantes creaban tornados reales en miniatura, contenidos en un área de seis metros cuadrados delimitada solamente por unos postes con luz pulsante que daban una sensación de bombeo.

Una zona tenía barreras físicas y cámaras de seguridad. Allí se concentraban unas diez obras que usaban el plasma como protagonista, contenido entre campos magnéticos. Jonás sabía el terror que había causado el uso bélico del plasma, y le maravilló ver como en las esculturas se mostraba hermoso e inofensivo.

Y aquí y allá, mezclados con las demás esculturas, se paseaban diseños holográficos semitransparentes. Jonás los veía y con una sonrisa en la cara pensaba en Sofí. Seguramente ninguna de esas obras era suya (ya tenía una en exhibición permanente en un salón de clases), pero aun así esa era la rama de artes visuales que ella había escogido y todo lo que veía relacionado lo asociaba con ella.

Sofí le dijo que iba a estar en el taller del tercer piso y luego se encontraría con él en la cafetería del primero, pero Jonás había llegado media hora antes y quería sorprenderla. Se dirigió a las escaleras y allí, junto a una puerta lo vio. David.

Parecía estar hablando animadamente con alguien que se encontraba dentro del salón y fuera de la vista de Jonás. No oía lo que conversaban, pero por sus gestos pudo darse cuenta de que la estaba pasando muy bien.

Una figura femenina salió del salón. Llevaba dos tazas con lo que Jonás supuso que era café. Le entregó una a David, quién la recibió y agradeció acariciándole el brazo.

Sofí rió y no apartó su mano, sino que se acercó más a él.

Jonás sintió que su estómago se encogía.

Se debatió entre la incredulidad y la evidencia que tenía ante sus ojos y no se decidía entre largarse de una vez o ir allá y confrontarlos.

Avanzó. Quería morirse, pero antes quería matar a David. Debía pesar unos quince kilos magros más que Jonás, pero él era más alto. No pretendía ganar una pelea. Se conformaría con romperle las pelotas de una patada o la nariz de un puñetazo. Caminó decidido hacia la pareja, con su tristeza momentáneamente convertida en ira.

David al fin pareció notar su presencia, pero la expresión de su cara no cambió. Más bien, a Jonás le pareció notar una sonrisa burlona.

Ya casi estaba sobre ellos. David seguía tranquilo.

Sofí no se movió de su lado, pero Jonás la oyó gritar.

—Deja las estupideces, David.

Jonás reparó en que, extrañamente, su voz parecía venir de otro sitio, no del lugar hacia donde él estaba mirando. Se giró y la vio. Estaba seria, parada en el descanso de la escalera, observando fijamente a David y a la otra Sofí, que repentinamente se desvaneció junto con las dos tazas de café.

—No me digas que no valió la pena, Sofí. ¿Viste a tu novio? Parecía un *cowboy* a punto de desenfundar en un duelo. ¡Creo que de verdad iba a tratar de pegarme!

Jonás se sintió como un idiota, pero un idiota feliz. Sofí, su Sofí, jamás había hecho algo para hacerle sentir celos, o al menos no voluntariamente, pero la maldita simulación era demasiado realista y lo había cogido con la guardia baja. Fue hacia Sofí, pero ella seguía con la mirada fija en David. Parecía que este al fin había cruzado alguna línea, lo que alegró a Jonás.

—Te advertí que si volvías a usar mi imagen para tus juegos habría consecuencias. No te lamentes después.

Sin esperar una respuesta, Sofí al fin dedicó su atención a Jonás. Lo besó y tomándolo de la mano lo haló hacia la cafetería.

Jonás aún se sentía indispuesto.

—Ignóralo; tú sabes cómo le divierte molestarte. Llamé a Marius a preguntarle cómo seguía y me contó que bien, y que había venido contigo. Le dije que entonces pronto te vería por aquí, y David debe haberme oído. Por eso decidió jugarte esa broma.

—No sé si se puede llamar broma. Creo que estaba tratando de

generar problemas entre los dos, más bien —dijo al fin Jonás, a quien eso se le había metido en la cabeza.

—¿De qué hablas? Lo que te mostró fue una chapuza. ¿Viste el holo de las taza de café? La que tenía en sus manos mi imagen parecía estar llena de lodo. Mi maestro de Holo realismo lo habría reprobado. De hecho, lo reprobó varias veces.

—No me fijé en el café. Para serte sincero me preocupaba más su mano acariciando tu hombro. Y si es tan flojo con los holos, ¿por qué siempre me dices que lo necesitas para ayudarte con un proyecto?

—Su mano realmente no estaba acariciando mi hombro sino en el aire, no lo olvides. Y no he dicho que sea flojo con los holos. Solo con el Holo realismo. Es un genio con los algoritmos de simulación bajo condiciones aleatorias. Por ejemplo, recién te engañó con una simulación que solo tuvo minutos para preparar. Y en la de la Huygens II en Kourou, su trabajo fue muy importante, sobre todo cuando la tripulación estaba en entrenamiento y el diseño de la nave estaba sufriendo modificaciones. Por eso trabajamos juntos. El diseña los algoritmos y yo me encargo de que el café te lo quieras beber, y no usarlo como una mascarilla facial.

Jonás sonrió. Sofí siempre lograba hacerlo reír cuando quería.

—Le dijiste que se lo habías advertido, que no usara tu imagen y que luego no se lamentara. ¿Piensas presentar una queja ante el Consejo de la Universidad?

—Para nada —dijo Sofí con una sonrisa—. Estaba pensando más bien que durante la próxima reunión de maestros un holo de nuestro amigo David haga una entrada triunfal, y baile una conga luciendo como único atuendo una guirnalda de flores.

Ambos soltaron una carcajada que duró varios segundos, pero al final Jonás negó con la cabeza.

—Tú lo dijiste. Te encanta la perfección y tus simulaciones son totalmente realistas. No quiero que utilices ese arte en diseñar cada parte de la anatomía de David.

—No es necesario; pensaba usar un cuerpo genérico y ponerle la cabeza de David, pero tienes razón, no quiero que se aproveche y se invente historias. ¿Tienes alguna idea? ¡Dímelo, Tu cara me hace pensar que así es!

Jonás la miró y sonrió.

—Claro, podrías usar un cuerpo genérico, pero no tiene por qué ser humano. ¿Qué tal un gorila?

—¡Un gorila! Me gusta. Perderá el realismo, claro, pero al menos entenderá que si insiste en usar mi rostro para sus holos yo puedo usar el suyo.

Los dos rieron. Seguramente no le harían la chanza, pero el solo hecho de planearlo e imaginar a David humillado los hizo relajarse.

—Mejor gastemos el tiempo en algo más divertido. ¿Cómo está tu nivel de capuchino? —Preguntó Jonás.

—Peligrosamente bajo. Si sigue así podría transformarme en alguien a quien no quieres enfrentar.

—Entonces no se diga más. Tenemos una hora para reabastecerte antes de mi cita con el Padre Hermes.

—No me has dicho para que te vas a ver con él. ¿Por qué tanto misterio?

—No hay misterio. Espero que él pueda resolver algunos enigmas con respecto a lo que pasó en la cabaña, eso es todo.

—Oh, sí, claro que hay algún misterio. Te conozco, pero no importa. Ya me lo dirás

Jonás sonrió. Era cierto que había un misterio, Sofí lo conocía bien. Esperaba que el padre Hermes le diera luces. No conocía a nadie más que pudiera hacerlo.

La puerta estaba abierta y el Padre Hermes lo estaba esperando sentado ante una mesa de reuniones usando un teclado proyectado por holo. El religioso le hizo un gesto para que entrara y tomara asiento.

—Me dijiste que querías revisar la data del modulador, pero revisé y parece que hiciste un trabajo muy concienzudo. Todo parece en orden. No comprendo con qué necesitas que te ayude.

—Padre Hermes, lamento decirle que le mentí. No era esa la razón de solicitar la reunión. Necesitaba una excusa para verlo.

El padre Hermes dejó de escribir y lo miró. No hizo comentario alguno, pero su mirada fue invitación suficiente para que Jonás se explicara.

—No le conté toda la historia sobre el ataque a mi padre. Hubo dos hechos bastante extraños. Por un lado, *hackearon* el sistema de la cabaña. No es un hecho menor; se supone que es seguridad avanzada, pero igual hicieron lo que quisieron con él. Tenemos razones para pensar en espionaje industrial, y al parecer están interesados en intervenir las comunicaciones de mi padre. Por eso no quise decirle la razón de esta reunión por mensaje.

Jonás no se sentía cómodo diciéndole medias verdades, pero le parecía necesario.

—Jonás, lo siento mucho, no me imaginé..., pero claro, las investigaciones de tu padre deben ser un blanco apetitoso para muchos. ¿Y cómo esperas que te ayude? ¡Tú eres mucho mejor que yo en informática!

—Es en otro asunto. Le decía que hubo dos hechos extraños. Uno fue el hackeo, pero el otro, el más extraño, fue que los atacantes no usaban un neurocom.

El padre Hermes lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres con que no usaban un neurocom?

—No dejaron ningún rastro de su presencia. Es como si nunca hubieran estado allí —explicó Jonás, que imaginó el argumento que daría el padre y se anticipó—, pero no fue por el hackeo. La patrulla de la policía llegó en seguida y tampoco captó a otras personas mientras descendía.

Miró a Jonás durante un rato antes de retomar la palabra.

—Hay hackeos de hackeos, Jonás. Estás pensando en que los extraños atacaron el terminal de tu cabaña, pero si tienen la pericia que mencionas bien habrían podido hacer algún tipo de bloqueo en toda la zona, o llevar un inhibidor para evitar que las señales de sus neurocoms fueran captadas. ¿No lo crees posible?

Los argumentos del padre eran convincentes. En realidad, podrían explicar la situación de forma impecable, pero estaban equivocados y para demostrarlo Jonás tendría que revelarle una pieza de información que hasta ahora solo él conocía. Sacó el tubo de cristal de su bolsillo y vertió el contenido sobre la mesa. Cass tomó su forma de astronauta.

—¡Tu polimorfo!, Pero ¿qué tiene que ver con todo esto?

Jonás no habló, pero repitió la configuración de radar que había

utilizado en la cabaña. Unos segundos después, proyectó la imagen que Cass estaba escaneando.

—Mire padre, aquí estamos. Los puntos en azul son elementos electrónicos. Observe nuestras cabezas.

—Lo veo, nuestros neurocoms y mis implantes auditivos. Por supuesto la imagen no es tan nítida como en un equipo médico, pero es impresionante viniendo de este tipo de dispositivo. Por Dios Jonás, ¿ya lo patentase verdad?

—Aún no padre, y quiero que me ayude también con ese asunto, pero primero lo primero. ¿Si ve cómo los neurocoms son visibles sin importar nuestra posición?

El padre hizo algunas comprobaciones. Movi6 la cabeza para todos lados y cuando estuvo satisfecho asintió.

—Lo que voy a mostrarle no se lo mostré a la policía. No desconfío de ellos, pero no me quise arriesgar a que los atacantes se enteraran de alguna forma —dijo Jonás mientras reproducía, sin audio, lo ocurrido en la cabaña—. ¿Nota algo padre?

El padre pidió retroceder la grabación varias veces.

—No se ven los neurocoms, efectivamente —dijo el padre Hermes acercándose a la mesa—, pero no entiendo cómo puede ser.

—Yo tampoco. Antes de todo esto mi conocimiento sobre los neurocoms era mínimo. Los daba por hecho y ya, pero desde entonces he investigado y aprendido algo, y entre más aprendo más me cuesta comprender cómo alguien puede andar por allí sin tener uno. Por eso quería hablar con usted. Sé que es un experto en la tecnología con que se diseñaron.

—Algo sé del tema, en efecto. Y cómo muy bien dices, eso me confunde más, pero dime, ¿qué sabes hasta ahora de los neurocoms?

—La información que está en línea, que no es mucha. Sé que es un dispositivo que enlaza la tecnología con el ADN del propietario y está definitiva y exclusivamente asociado a esa persona. Tiene la función de actuar como identificador inalterable y como interfase hacia los terminales externos. No se puede apagar, remover ni hackear, supuestamente.

—¿Supuestamente, Jonás?

—Ya no lo doy por seguro, padre. No después de lo de la cabaña.

—Es una situación totalmente diferente. El sistema de seguridad de

tu cabaña se basa por completo en la informática. Yo no sabría hackearlo, pero para una persona con habilidades avanzadas sería otra cosa. Dime Jonás, ¿sabes por qué nuestra sociedad utiliza los neurocoms?

Ese era el tipo de pregunta inesperada típico del padre Hermes.

—No. Me concentré en revisar su funcionamiento y sus aspectos técnicos.

—Por supuesto, pero su funcionamiento y diseño técnico son consecuencia directa de la razón que nos llevó a usarlo. Y la razón principal de que usemos los actuales fue la escalada de motines de hace seis décadas.

—Pero los neurocoms ya existían antes de eso, tienen más de cien años de uso extendido —afirmó Jonás.

—¿Qué tan extendido estaba su uso, según tú?

Jonás dudó. Se dio cuenta de que había hecho una afirmación sin suficiente soporte en datos y el padre Hermes, pese a su trato amable, le haría rendir cuentas por eso. Podía retroceder y reconocer su ligereza o respirar profundo y luchar.

—Era lo suficientemente extendido como para acaparar los titulares de la mayoría de los medios de comunicación y motivar la promulgación de varias leyes —dijo Jonás.

—Menos del diez por ciento de la población de Noris y ni hablar del resto del mundo, Jonás. En total unos cincuenta millones de personas a nivel global tenían un implante hace cien años. Es un número suficientemente alto para despertar el interés periodístico y político, pero lejos de nuestro actual estándar. Hoy el ciento por ciento de la población de Pacífica y de Europa usan un neurocom. Esa diferencia no es solo en el número de personas que lo tienen. El dispositivo en sí mismo es totalmente distinto. El de hoy es en todo sentido un producto que no existía antes de los motines. Lo que me hace volver a mi pregunta. ¿Sabes por qué nuestra sociedad usa el neurocom?

Jonás tenía una personalidad combativa, pero se dio cuenta de que era hora de deponer las armas. Ya conocía cómo educaba su mentor.

—No, padre Hermes. No tengo idea.

—No tienes idea... ¡Gracias a Dios!. Si no sabes di que no sabes. Te habrías ahorrado mucho tiempo. Yo tengo todo el día, pero un joven

como tú seguro que tiene cosas mejores que hacer. El punto es: Los motines sacaron a flote lo peor de nuestra sociedad. Inequidad, pobreza, resentimiento, falta de solidaridad, intolerancia, violencia extrema. Claro que hubo fuerzas extranjeras detrás, pero poco habrían podido hacer sin ese caldo de cultivo. Aunque se les salió de las manos. Los motines en Pacífica pronto alentaron el descontento en Europa y en varios países de América.

» Cuando por fin hubo una tregua no éramos los mismos. Gobiernos y población sabían que era necesario hacer un cambio o los motines volverían, y podría ser que esta vez no terminaran. Nuestros avances tecnológicos ya eran impresionantes, pero a nivel social estábamos peor que un siglo antes.

» La supervivencia de todos en el continente estaba en juego. Reuniones al más alto nivel y por primera vez en mucho tiempo, verdadera voluntad política. Abordaron el problema como un proyecto de emergencia y elaboraron un plan brillante, aunque tenía una debilidad. Requería de un orden y control que no existían, pero había una posibilidad con el potencial de lograr lo imposible. Una investigación puramente teórica, mostró el impacto que un pequeño dispositivo podría tener en remover esa debilidad. Era el diseño del neurocom, casi como lo conocemos hoy. La investigación abordaba no solo el aspecto técnico, sino todo el ecosistema que era necesario desarrollar para que funcionara. Fue un trabajo colaborativo de profesionales en ciencias exactas y en ciencias humanas como psicólogos y sociólogos ¿Me estás siguiendo?

Jonás asintió. Le parecía interesante conocer esos detalles aunque ignoraba como se relacionaban con la afirmación del padre Hermes de que el sistema no se podía hackear. El religioso continuó.

—Pero la gente no estaba dispuesta a aceptarlo así como así. Antes hubo que demostrarle que no se usaría para violar su privacidad. Legislaron en ese sentido y se redactó el reglamento más estricto en la historia relacionado con el derecho a la privacidad, y la regla de oro fue que para garantizarla el dispositivo que se diseñara debería ser imposible de hackear. No solo difícil de hackear, sino imposible, excepto por orden de una autoridad superior, o de otra forma la sociedad no lo aceptaría. Los desafíos para poder diseñar algo así fueron extraordinarios, pero finalmente lo logramos.

Jonás no estaba convencido.

—Padre, ¿cómo podían garantizar que fuera imposible de hackear y al mismo tiempo permitir que las autoridades accedieran a su contenido? ¿No es esa una puerta trasera al sistema?

—Debes entender que el neurocom no es un dispositivo informático. Eso es lo fundamental. No hay puerta trasera alguna, no tiene un botón de apagado, en ninguna forma. Lo que pasa es que seguimos utilizando el mismo lenguaje de los implantes pre-motines. Los neurocoms no son implantes. En realidad se inyectan en el torrente sanguíneo como un líquido, en cierta forma parecido a tu polimorfo o a las máquinas nanoterraformadoras con que se había moldeado Noris siglos atrás. Las nanomáquinas construyen el dispositivo en la corteza prefrontal y su estructura es única en cada individuo. Se han diseñado para ser parte de la persona, se alimentan de energía química como las células del cuerpo.

» Ahora, si una autoridad requiere información que se encuentra allí, lo que conocemos como una descarga profunda, debe contar con la autorización voluntaria de la persona, quien puede acceder para demostrar que dice la verdad. El dispositivo está diseñado a nivel estructural para cerrarse, como una válvula, si se trata de acceder a su contenido bajo coacción. No basta con que el huésped esté de acuerdo con entregar la información, porque si nos apuntan con un cimbrador todos estaríamos dispuestos. Debe hacerlo de forma libre, y en el interior del cerebro el dispositivo tiene acceso a la información necesaria para determinar si una decisión es voluntaria o coaccionada. Hicimos infinidad de experimentos, Jonás, con personas bajo coacción que utilizaron todo tipo de técnicas para engañar a su propio dispositivo y que entregara la información. Desde técnicas de meditación y relajación hasta hipnosis, uso de drogas y otras mucho más complejas, pero el neurocom ganó siempre, en cada ocasión mostró que no podía usarse fuerza o argucia para someterlo a control externo. Solo entonces se aprobó su uso, se popularizó y luego se hizo obligatorio para cualquiera que pisara el territorio de Pacífica y también el europeo en cualquier lugar del mundo y eso incluye el Ferrovac, sobre el que nuestra nación mantiene control territorial esté donde esté.

Jonás lo pensó un momento y no encontró más vacíos. Podía ser

que efectivamente fuera imposible de hackear. También se dio cuenta de que eso no explicaba su ausencia en las cabezas de los tres atacantes.

—Está bien padre, pero aquí hablamos de personas que no tienen neurocom y de cómo eso es posible.

—Recuerda lo que te acabo de decir, Jonás. Nuestra sociedad actual se moldeó alrededor de un nuevo contrato social donde el neurocom es fundamental. La gente aceptó tener el dispositivo a cambio de paz y orden. Carecer de uno sería como vivir en el espacio sin oxígeno. Los portales que los detectan también alertan si una persona carece de él, aunque esta es una característica heredada de los primeros tiempos de su uso y no ha habido un solo caso de ilegales hace décadas. Así que esa es mi respuesta. Puede que no tuvieran uno al entrar a tu cabaña, pero no me cabe duda alguna de que tienen que tener uno una vez afuera. No me preguntes cómo lo hacen: lo siento, no sé cómo eso es posible, pero tiene que ser así. No hay otra manera.

Jonás miró a su profesor sin saber qué decir. Estaba ante un callejón sin salida.

CAPÍTULO NUEVE

Súmmum

Devries caminó a paso vivo. Su destino estaba al fondo de la plaza hacia donde se dirigió junto con otros miles de pasajeros del Ferrovac. El aspecto imponente del arco que dominaba la entrada impresionaba a todos, aun a los que lo usaban con frecuencia, pero su función principal era más que estética. Leía los neurocoms de miles de pasajeros, a la vez que registraba su entrada y salida y permitía al computador de la estación calcular rutas, asignar vagones y finalmente transferir los fondos desde la cuenta bancaria del pasajero hacia la de Ferrovac. Una parte importante de las finanzas de Pacífica dependía de este arco y de miles iguales repartidos en las estaciones de seis continentes.

Los pasajeros frente a él, ya caminaban distraidamente bajo el arco y se dirigían a sus vagones en diferentes direcciones. Devries metió la mano en el bolsillo derecho de su abrigo y sujetó la cápsula, con el pulgar trazó en la superficie el símbolo de alfa y pasó bajo el arco. Su visor de muñeca acababa de activarse, mostrando algunas palabras y un mapa.

Marc Herbert. Estación F Banda 23 Vagón 934-V25. Tiempo restante para abordar 5:46.

Marc Herbert, no debía olvidarlo. Denisse a veces le cambiaba su falsa identidad sin avisarle, seguramente por insinuación de Yara.

Llegó a la estación F a bordo de una de las cabinas que se dirigían a esa dirección y pronto encontró la banda 23, que se movía un poco más lento que los vagones que pasaban a su lado. Miró su visor.

Marc Herbert. Estación F Banda 23 Vagón 934-V25. Tiempo restante para abordar 0:11.

Devries caminó sobre la banda móvil e igualó el paso de su vagón que ya estaba a la vista, y lo abordó por la puerta central; encontró su asiento un par de pasos a la derecha. Las puertas del vagón se cerraron convirtiéndolo en un cilindro hermético. Se apresuró a guardar su valija y abrigó en el compartimiento junto a su asiento y se sentó.

La vía describía una curva a la izquierda en una zona de la plataforma donde ya no había bandas transportadoras. Veía los vagones frente al suyo desaparecer tras una esclusa al fondo. Unos segundos después su propio vagón había superado la curva y era tragado por la compuerta rotatoria, desembocando en un tubo en el que siguió moviéndose cada vez con mayor velocidad. Devries oyó el siseo característico del aire siendo succionado fuera del tubo, y los sonidos exteriores se fueron apagando hasta desaparecer por completo. Las fuerzas electromagnéticas mantenían el vagón suspendido en el centro del tubo de vacío sin tocar nunca ninguna de sus superficies y al mismo tiempo lo aceleraban de forma continua y cómoda para los pasajeros.

Para Devries, este momento del trayecto era placentero: se combinaban la sensación agradable de la aceleración que lo presionaba ligeramente contra su asiento con el ambiente calmado y silencioso dentro y fuera del vagón, sin percepción alguna de movimiento. También le agradaba el hecho de que durante los próximos nueve mil kilómetros no tendría nada que hacer. No necesitaba tomar decisiones ni ir a ningún lado. Ya se enteraría de la razón del llamado de Sumiko, pero mientras tanto nada dependía de él y podía relajarse.

«¿Tendría que ver con lo qué pasó en esa cabaña?»

Le había estado dando vueltas al asunto.

La información que tenían resultó equivocada. La mente del doctor Casel era tan transparente como cualquiera y Devries pudo ver que no sabía nada de la grabación de Silvia, pero al menos había averiguado que

la mujer del doctor tenía información que necesitaban conocer. Sin eso, habría resultado un viaje en vano.

Y Yara insinuó que era por su culpa. Esa mujer resultaba muy útil en ocasiones pero disfrutaba humillándolo cada vez que tenía ocasión y Devries no era proclive a perdonar. Por su mente habían pasado diferentes formas de desquitarse, de humillarla de tal manera que nunca lo olvidara y además dejarla sin posibilidad alguna de vengarse. Pero aunque ella era demasiado poderosa y sus planes eran por ahora solo sueños, aun así eran tan emocionantes que Devries se durmió con una sonrisa.

El autobus lo llevó desde la estación del Ferrovac en Tokio hasta el hotel Komorebi Plaza, en el lago Kawaguchi. Contrario a lo que supuso en un principio, Devries recibió instrucciones de esperar órdenes allí, en lugar de reunirse inmediatamente con Sumiko. No se quejaba: Su habitación era grande y cómoda, casi lujosa; la vista desde la terraza le quitaba el aliento.

El Monte Fuji se alzaba frente al lago, sobre el cual se reflejaba. La mitad superior de la montaña lucía nevada en una ilusión perfecta que recordaba que alguna vez ese había sido su aspecto. Miró la hora. Sabía lo que seguiría y no quitó la vista del volcán. Notó que la capa de nieve disminuía. El manto blanco que antes ocupaba desde la cima hasta casi la mitad de la montaña fue reduciéndose hasta convertirse en un triángulo que a duras penas cubría el extremo superior. Permaneció así por unos segundos hasta que algo cambió; de la cúspide de la montaña brotó una columna de humo y ceniza que se arremolinó y ascendió a gran altura. Gran parte del material fue arrastrado por el viento hacia el oriente, oscureciendo el cielo.

Devries recordó que en esa dirección se encontraba Tokio y por lo que había visto en los documentales de historia, el humo y la ceniza habían puesto a la metrópoli patas arriba comunicándola tanto internamente como con el exterior durante casi tres semanas, en pleno siglo veintidós.

La erupción continuó un minuto más antes de amainar. Cuando el

humo y la ceniza dejaron de salir la montaña quedó gris y desnuda, sin rastros de la capa helada. Su cumbre puntiaguda había desaparecido y ahora estaba rematada por roca achatada.

Más de cien años de historia resumidos en un espectáculo de cuarenta minutos terminaron con el monte en su actual estado, aunque dada la perfección de la ilusión Devries no tenía forma de saber si lo que estaba viendo era el monte tal cual era o no.

Había presenciado eventos semejantes con diferentes monumentos nacionales en varias partes del mundo, pero ninguno era tan realista como este. Suponía que la distancia de dieciséis kilómetros ayudaba, ya que en otras ciudades los espectadores solían estar mucho más cerca y de esa forma cualquier defecto en la proyección holográfica se percibía más fácilmente.

Su visor se activó y mostró un mensaje. Era de Yara.

—*Terraza en diez segundos.*

«¿Aquí?» se preguntó.

Devries había creído que Sumiko lo citaría en algún otro lugar. Que ella viniera a su habitación eran tanto un honor como una preocupación. Corrió a la terraza para recibirla.

Y allí estaba, frente a sus ojos. Como siempre, lo impresionó. Su estilo de vestir era moderno y al mismo tiempo evidentemente japonés. Una cabeza más baja que Devries, le causaba admiración sin esfuerzo. Venía acompañada de una pequeña comitiva a cuyos miembros reconoció sin dirigirles la mirada.

—Buenas tardes, Sumiko —dijo Devries con una ligera inclinación de cabeza—. Por favor siga, sigan todos.

—Buenas tardes Wolfgang —saludó a su vez Sumiko, que entró y tomó asiento, siendo imitada por los demás.

Solo en ese momento, Devries desvió la mirada de Sumiko y se permitió mirar a los demás, a quienes saludó rápidamente. Sumiko fue al grano.

—Gracias a todos por acudir, y a ti especialmente por recibarnos, Wolfgang. Disculpáenos por hacerlo en tu habitación, y además con tan poco tiempo de aviso, pero debemos ser muy discretos al coordinar nuestros esfuerzos a partir de ahora; en Tokio hay muchos ojos. Nuzhat, por favor.

Wolfgang no respondió a Sumiko. Probablemente ella era la dueña del hotel, y no había nada que Devries o cualquier otro de los presentes le pudiera negar a su Wal, pero ella jamás abandonaba su cordialidad y sabía que su ofrecimiento de disculpas no requería respuesta.

Nuzhat tenía rasgos libaneses, igual que su hermana Yara, pero era algo mayor y un tanto más baja. Sus maneras eran una versión un poco más dura de las de Sumiko, probablemente por compartir tanto tiempo a su lado. Tomó la palabra.

—Lo ocurrido con Silvia Nuñez en la Huygens tuvo una consecuencia grave e inesperada. Envié a tierra una transmisión cuyo contenido aún desconocemos, y no sabemos qué pueda haberle dicho a su amiga Geni Landó, quien se encuentra a bordo de la misma nave. También sabemos por la incursión que hicieron Denisse, Yara y Wolfgang, que esa información no se compartió con nadie de la familia de Landó. ¿Qué puedes agregar, Denisse?

La aludida se adelantó un paso.

—Lo que dice Nuzhat es correcto. La transmisión de Silvia fue recibida por una grabadora virtual. Tiene el máximo nivel de encriptación y protección y hasta ahora no he podido acceder a su contenido.

—¿Cómo es posible que las protecciones de Silvia tuvieran ese nivel de sofisticación? No tuviste inconveniente en romper las defensas del sistema del Ferrovac —dijo Nuzhat.

—No son nada sofisticadas. Simplemente utilizó el máximo nivel de encriptación que le permitió su comunicador, y le agregó una orden de destrucción del contenido en caso de error en cualquiera de las contraseñas, que parecen ser palabras y claves que solo sabe la Dra. Landó. En el caso del Ferrovac, la encriptación era aún más avanzada, pero por supuesto no podían agregarle la posibilidad de destrucción del sistema. Hasta ahora he acabado con varios millones de copias de la grabación. Afortunadamente siempre tendré una copia nueva a la mano pero a menos que la Dra. Landó acepte darnos las contraseñas no sé cuánto tarde en acceder al contenido.

—La doctora está fuera de nuestro alcance pero su familia no. Sería muy fácil obligarla a que nos diga las claves —intervino Yara.

—¿Qué es lo peor que podríamos encontrar en esa grabación? —interrumpió Nuzhat—. Que Silvia le cuente todo sobre nosotros a su

amiga Geni. Si esa información se hubiera filtrado sería muy grave, pero no es el caso. Denisse la interceptó y aunque aún no haya podido ver el mensaje, Landó tampoco, y dado que Denisse la extrajo no hay forma de que lo haga en el futuro. Si intentamos presionarla para que revele la clave amenazando a su familia, no sabemos cómo reaccione y qué pueda suceder. Mi sugerencia es que permanezcamos vigilantes y atentos a toda la información que entre o salga de la Huygens.

—Interceptamos todas las comunicaciones de la nave. No hay mención alguna a lo ocurrido con Silvia, más allá de la notificación oficial de la tragedia. El dictamen es que fue un fallo eléctrico ocurrido en el observatorio donde se encontraba en ese momento. Sus restos fueron enviados a la tierra para un estudio completo —dijo Denisse.

—Si consideran que murió por un incendio causado por un fallo eléctrico, ¿es normal que envíen su cuerpo para estudio en la tierra? —preguntó Sumiko a Nuzhat.

—No, Sumiko, no es normal. Si de verdad lo consideraran un accidente eléctrico no tendría sentido enviar el cuerpo de regreso a la tierra. Se habrían limitado a hacer un funeral espacial, o podrían haber conservado el cuerpo en refrigeración hasta el regreso de la misión, que son las opciones que establecen los protocolos.

» Enviar una cápsula de regreso a la tierra para estudio del cadáver es un procedimiento reservado para situaciones donde existen sospechas de la presencia de patógenos o toxinas desconocidas, o de posibles actos criminales.

—Entonces, es evidente que la tripulación de la Huygens sabe más de lo que quiere hacer creer. Y el hecho mismo de que oculten esa información con un reporte de accidente que ellos saben que es falso, nos dice también que sospechan que sus comunicaciones son interceptadas.

—Se han convertido en un riesgo creciente que no podemos permitirnos —dijo Denisse interrumpiendo a Sumiko, ante la mirada sorprendida de todos—. Debemos destruirla antes de que lo que saben llegue a oídos de personas en la tierra.

Devries observó a Sumiko con atención esperando la respuesta a la impertinencia de Denisse, pero su expresión no cambió un ápice.

—No, Denisse. Lo que haremos es eliminar esos motores de fusión,

no a las personas a bordo. ¿Cuento contigo para lograrlo? —dijo con voz suave.

Solo por un segundo, a Devries le pareció que la cara de Denisse se enrojecía, pero se recuperó de inmediato.

—Mi Wal, por supuesto puedes contar siempre conmigo. Perdóname si me preocupé innecesariamente.

—Si algunas personas en esa nave saben cosas que deben olvidar, nos ocuparemos de ello luego de solucionar el asunto principal, y confío en que eso sea muy pronto; Yara, ve con Denisse a Tokio. El Súmmum le dará lo que necesite para la misión.

A Devries le pareció que a Yara no le había gustado la orden. Ir a la sede del Súmmum en Tokio para cumplir los deseos de Sumiko habría sido normalmente motivo de orgullo, pero seguramente no podía dejar de pensar en que su líder se quedaría a solas con Nuzhat y con él.

—De inmediato, Sumiko —respondió Yara sin embargo, y salió a la terraza seguida de cerca por Denisse. Un instante después ya no estaban.

El detalle también fue sorpresivo para Wolfgang. Normalmente él y Yara estaban al mismo nivel ante Sumiko y recibían la misma información. En esta ocasión, sin embargo, parecía que él le llevaría cierta ventaja.

—¿Adivinas por qué tú te quedas y Denisse y Yara se van, Wolfgang? —preguntó Sumiko.

No le gustó la pregunta. Tenía una idea de la razón, pero si se equivocaba Sumiko podría llevarse una mala impresión de él. No obstante, era un momento importante y debería arriesgarse.

—Creo que mi Wal considera que Denisse tiende a actuar de forma impulsiva y dado que a ella y Yara las une un fuerte vínculo, tal vez sea prudente darles solo la información indispensable para cumplir con su deber —dijo Devries sin atreverse a mirar a Sumiko a los ojos.

—Has acertado en parte pero Denisse no solo es impulsiva, es violenta, y eso me preocupa. Ustedes dos son personas de mi entera confianza, y por eso les pido mantenerse muy alerta. Ahora, Wolfgang, te dejo descansar; quiero que permanezcas aquí cuando no estés en misión. Si necesitas salir te llevará Nuzhat, si puede, o usarás medios de transporte, pero no más con Yara.

Wolfgang hizo una nueva reverencia y se despidió. Los dos protecto-

res, Nuzhat, y Sumiko tocaron sus manos y la terraza de Devries estuvo de nuevo vacía.

Dorian Pol caminó a paso vivo a través del parque. Sus pensamientos se alternaban entre la emoción y la angustia.

«Deben ser los chicos de mantenimiento, seguro» pensó.

«Pero ellos no pueden falsificar una identidad. Nadie puede» .

«Entonces es una chica real, amiga de ellos. Estarán juntos cuando llegue y se burlarán de mí» .

«Aunque... los comentarios que hizo sobre mi artículo fueron muy pertinentes. No creo que esos peleles convengan a una verdadera cerebrito solo para gastarme una broma pesada» .

«Oh, sí, claro que lo harían» concluyó.

Tragó saliva y siguió caminando. Las sombrillas del Café de la Primavera se acercaban y bajo ellas muchas personas hablaban animadamente. Disminuyó el paso. No vio a ninguno de los pesados de mantenimiento, pero en un rincón alejado estaba ella. Muy pequeña y con pelo rosado, parecía hacer un esfuerzo por hacerse aún más menuda y pasar desapercibida ante quienes la rodeaban, pero estaba atenta a las personas que entraban al lugar. Dorian pudo observarla unos segundos antes de que sus miradas se encontraran y entonces ella se puso de pie de un salto, derribando la bebida servida en su mesa. Trató de limpiar y dejó a Dorian con la mano estirada en gesto de saludo. No lo podía creer. Esa muchacha parecía más torpe aún que él, y por experiencia propia sabía lo mal que la podía uno pasar en esos momentos.

—No te preocupes, deja que los droides se encarguen —le dijo Dorian.

Obedeció. Pocos segundos después no quedaba rastro del desastre y una nueva bebida le había sido servida, pero ella parecía más nerviosa que antes.

Dorian se sintió relajado. No era muy ducho tratando con mujeres, pero después de ver a su interlocutora se sintió como una persona con mucha suerte. Era una mujer muy joven, de no más de veinte años y

además muy bonita, pese a su aspecto desaliñado. Parecía que había intentado infructuosamente peinarse su pelo rosado.

—Debe creer que soy una loca, ¿verdad? —dijo ella con una sonrisa nerviosa.

—No, Marcia, es que normalmente yo soy el que deja caer las bebidas sobre el mesero y sentí que me quería robar protagonismo.

Ella abrió los ojos con sorpresa y rio. Al fin parecía haberse calmado.

—Gracias por darme ánimo, doctor Pol, pero no me lo imagino en esas circunstancias.

—Por favor, dígame Dorian. Y le aseguro que me ha pasado más veces de las que quisiera recordar.

Al fin se sentaron y la charla fue tranquila. Por un buen rato pareció que habían olvidado la razón de la reunión hasta que notó que Marcia no se atrevía a cambiar el tema, así que él lo puso sobre la mesa.

—Me sorprendiste con tu comentario sobre mi artículo. Además, cómo diste con él? Creo que solo tuvo dos decenas de lectores.

¡Doctor Pol!... perdón, Dorian. Sus artículos son muy valorados por la comunidad científica. Los maestros de pregrado los usan como referencia todo el tiempo, y hasta mi director de tesis doctoral me pidió contrastar mis cálculos astro dinámicos con su artículo sobre la revolución del viaje espacial en tiempos del motor de fusión. ¡Y él no es persona que pierda el tiempo con artículos científicos de poco valor!

Dorian se sintió halagado. Sabía que sus documentos científicos contaban con bases sólidas, aunque ignoraba que llegaran a despertar el interés de profesores de universidades internacionales, pero sintió curiosidad por un aspecto de la historia.

—Marcia, me alegra que mis publicaciones le hayan servido, pero; ¿de qué forma podría contrastar sus cálculos astro dinámicos con lo que escribí sobre el motor de fusión? Pese al avance contundente que implica esta tecnología para el viaje espacial, no aporta mucho desde el punto de vista de mecánica celeste. De hecho, las matemáticas empleadas para calcular la trayectoria son mucho más sencillas que las de las naves con motor químico. Con un motor de fusión no tienes que calcular ventanas de lanzamiento, ni necesitas emplear complejas asistencias gravitacionales. Cualquier computadora de maniobra puede hacer los cálculos con la información que ya posee.

—Eso es cierto, Dorian, en la mayoría de los casos, pero lo mío es la física teórica, y mi tesis es una colección de modelos alternativos de planificación de trayectorias en los viajes espaciales de larga duración, pero debo confesarle que cuando leí su artículo, todo mi enfoque cambió. La llamada anomalía gravitacional de su motor de fusión abre posibilidades muy emocionantes. He hecho algunos cálculos y si se llegase a equipar una nave de investigación con un motor de fusión diseñado para aprovechar la anomalía, podríamos tener capacidades de navegación impensables hasta ahora. Por favor mire esta simulación. Todo se basa en datos reales.

Sin esperar respuesta, Marcia proyectó una imagen tridimensional sobre la mesa. Era una réplica a escala de un campo de asteroides dentro del cual se movía una nave en miniatura. La proyección también mostraba datos de trayectoria, velocidad y fuerzas g. La nave se desplazaba a gran velocidad en dirección a una roca. El instinto de Dorian le dijo que la nave seguiría de largo, pero en lugar de eso pareció entrar en órbita, completó una circunferencia completa y salió nuevamente en la misma dirección por donde había entrado, dejando a la roca tambaleando. Dorian la miró enarcando una ceja.

—Eso no puede basarse en datos reales, Marcia. A esa velocidad no podía entrar en órbita, y además una nave tan pequeña no podía dejar tambaleando una roca tan grande. No comprendo lo que me estás mostrando.

—Dorian, está viendo una nave que utiliza la anomalía, pero no solo durante un femtosegundo sino treinta mil billones de veces más, es decir unos treinta segundos. Y la roca se sacude porque durante la anomalía, la masa relativa de la nave se multiplica miles de veces.

—Es un ejercicio interesante, aunque en la práctica es imposible. La anomalía no puede mantenerse por tanto tiempo porque las condiciones cambian en cada instante...

—Lo sé, Dorian, cambian cada femtosegundo —interrumpió Marcia—. En la simulación, mi código controla el motor y realiza correcciones de potencia que lo mantienen bajo las condiciones que causan la anomalía. Por supuesto, los valores del fusor son estimados. Para hacer cálculos precisos necesitamos las especificaciones reales. ¿Cree que podamos trabajar conjuntamente en el proyecto?

Dorian no contestó. Repitió la simulación una y otra vez verificando datos en su visor, mientras Marcia lo observaba sin hablar.

—No puedo darle esos datos; esa información es reservada —respondió por fin—, pero si sus cálculos son correctos puedo solicitar una autorización especial a mis superiores. Antes, sin embargo, debo comprender cómo funcionan los cálculos de corrección.

—Invertí mucho tiempo escribiendo el código necesario para mantener la anomalía activa. Le propongo un trato, Dorian —dijo Marcia mientras manipulaba su visor de pulsera—. Le acabo de enviar una versión simple del código. No funcionará igual que el código completo, pero sí lo suficiente para que ustedes lo sometan a una amplia gama de pruebas. Si al final consideran que merece la pena una nueva reunión, estaré ansiosa porque trabajemos en colaboración.

Dorian revisó su visor y encontró el mensaje de Marcia. Había venido a la reunión con la expectativa de conocer a una muchacha que había demostrado interés en él, pero se iba con mucho más. Era bonita y más inteligente que la mayoría de las personas que conocía, pero además su investigación sobre la anomalía y su posible uso abrían todo un nuevo mundo de posibilidades para el viaje espacial, y para la carrera profesional de Dorian, si es que fueran correctas.

Desde el piso 93 de la Torre Tenchi, Denisse miraba en dirección al estanque Shinobazu, trescientos metros más abajo. Alrededor del espejo de agua solo había jardines cruzados por caminos que tan pronto como se ocultara el sol se alumbrarían para guiar a los paseantes nocturnos.

La torre Tenchi y otros seis edificios eran las únicas estructuras en la zona que osaban asomarse sobre la tierra y encarar de esa forma la radiación solar. Los demás edificios con centros comerciales, hoteles y restaurantes se habían construido bajo tierra, cortesía de la tecnología de Pacífica.

Denisse no se preocupó. Sabía bien que la familia de Sumiko y otros ricachones valoraban sus propias vidas y que el edificio contaba con el blindaje necesario, cuyo costo resultaba prohibitivo para la mayoría. Sabía también que casi cualquier habitante de Tokio daría lo que fuera

por tener una vista diurna como la que Denisse estaba disfrutando, mirando a través de una ventana real y no de una proyección holográfica, como ocurría en los subterráneos. Sin embargo, no estaba feliz. Aunque varios pisos de la torre estaban al servicio del Súmmum, eran en realidad propiedad de Sumiko, quien tenía su residencia privada en algún lugar desconocido de la torre. Porque nadie, ni siquiera Nuzhat, sabía exactamente dónde vivía su Wal. Cuando la transportaba la dejaba en la terraza o en alguno de los amplios jardines interiores.

Y Denisse estaba perdiendo la paciencia. Su plan para cumplir la orden de Sumiko dependía de que Dorian probara su programa. Ella se había esmerado en darle apariencia de autenticidad, pero él solo lo había instalado en su terminal personal. Denisse necesitaba que lo hiciera en uno de la ESA, y hasta ahora no había ocurrido. Sabía que podría haber distorsiones debido a la distancia a la que estaba la Huygens, pero se había preparado para eso. Solo necesitaba que el tipo instalara el maldito programa.

Decidió enviar el mensaje que había preparado y le dio una última revisión.

Doctor Pol, no he vuelto a saber de usted. ¿Tal vez no le interesó mi investigación? Como sea, no importa, lo entiendo. Hoy es el último día en que podrá usarlo, luego se eliminará. Por supuesto puede contactarme y estaré encantada de compartirlo de nuevo, pero tendrá que ser dentro de dos semanas. Viajaré a Houston, y mi director de tesis me invitó a presentar mi investigación a algunos de sus colegas de la NASA. Espero que a mi regreso nos volvamos a ver y tomemos el té. Saludos, Marcia.

Remató el mensaje con un estúpido holo de una cara sonriente y lo envió. Treinta segundos después el terminal de Dorian le informó que había sido leído y diez segundos después recibió un mensaje de Dorian.

Marcia, que gusto saber de ti. Por supuesto que instalé tu demostración, y la hemos estado observando con mis colegas.

«Estúpido mentiroso», pensó Denisse, y continuó leyendo.

No me dijiste que se borraría hoy y aún tenemos mucho por analizar. ¿Hay forma de extender el plazo?

Denisse le respondió de inmediato.

¡Qué buena noticia! Y no se preocupe, una vez instalado podrá usarlo por dos semanas. Solo se habría borrado si hubiera permanecido sin

instalar luego del mediodía de hoy. Por favor déjeme saber sus impresiones.

Denisse miró el reloj. Faltaban diez minutos para la hora del supuesto borrado cuando su terminal le informó que el programa estaba en línea.

«¡Al fin!»

Cerró los ojos y dejó que su mente fluyera a través del código. Había cientos de proyectos que podrían ser de interés para ella, pero ahora no tenía tiempo. Debía concentrarse en la Huygens.

Encontró la información que buscaba, toda la telemetría de la Huygens. Si Sumiko no se hubiera interpuesto podría actuar ahora y acabar con esa nave de una vez por todas, pero no. Tendría que limitarse a deshabilitar permanentemente los fusores.

El tiempo de ida era de 864,50 segundos. Eso era lo que tardaba una señal de radio emitida en la tierra en alcanzar a la nave, y dado que ella se infiltraría a través de esa señal, suponía que ese mismo tiempo tardaría en llegar al servidor central. No tenía forma de saberlo; que ella supiera, era la primera Korí que intentaba algo así.

Además, estaba el tiempo de regreso. Su mente necesitaba ir y volver, o no sabía que podría pasar, pero sospechaba que la sincronización del tiempo no debería ser un problema. Cuando infiltraba sistemas en tierra sentía que pasaba horas dentro de ellos y luego podía ver que apenas habían sido segundos.

¿Significaba eso que un viaje de ida de más de catorce minutos de tiempo real podían ser un tiempo infinitamente largo para su mente? Si era así, podría enloquecer. Era atemorizante y excitante a la vez.

Se coló en el flujo de datos encriptados que salían disparados hacia el vacío. Tuvo una sensación de náuseas y comprendió que su mente viajaba hacia la Huygens, pero no podía sentir su cuerpo. Este había quedado atrás, cada vez a mayor distancia. A medida que avanzaba la empezó a rodear una sensación de opresión que pronto se convirtió en dolor. Su mente dejó de ver los datos que la rodeaban y solo percibió un brillo que ocultaba todo lo demás, una luz pulsante y amenazadora que empezó a quemarla.

«¡Los motores de fusión!» .

Abandonó el viaje para volver a su cuerpo, pero no ocurrió de inme-

diato. El dolor tampoco remitió enseguida y pese a que solo era mente, sin cuerpo, se sintió arder.

Todavía pasó un tiempo, no supo decir cuánto, hasta que finalmente volvió a sentir sus manos y tocar su rostro, pero lo que sintió no fue alivio. Sintió dolor en cada centímetro de piel; le escocía como si hubiera caminado por horas, sin ropa y a pleno sol, enrojecida de arriba abajo. No pudo ahogar un quejido.

—Denisse, ¿qué pasa?, ¡Denisse!

Era Yara que la miraba preocupada, sin atreverse a tocarla.

—Son los motores de fusión de la Huygens; no me dejaron entrar. Tú, ¿qué viste? —preguntó Denisse con dolor y rabia.

—Estuviste en trance mucho tiempo, como anticipaste que pasaría, y hace un minuto empezaste a brillar y temblar. Fue horrible.

Dos drones médicos ya estaban atendiendo a Denisse que poco a poco se calmó, cuando los analgésicos hicieron efecto.

—Pero ¿cómo es posible que te afecte a esa distancia? —Preguntó Yara.

—Creo que estuve allí, de hecho. Y si solo notaste algo raro hace un minuto, quiere decir que mi cuerpo sufrió tan pronto como volvió mi mente. Es horrible, pero es increíble; el Súmmum debería investigar más sobre eso.

—Eso es Tabú, Denisse, no te atrevas. Los problemas con Sumiko por no lograr infiltrar el servidor no son nada comparados con el castigo por violar el tabú.

—Tal vez, pero por otra parte, creo que esto nos abre nuevas posibilidades, a ti y a mi. ¿No te gustaría de una vez superar a tu hermana?

—¿A qué te refieres?

—Es solo una idea. No; es la semilla de una idea, pero si funciona nos catapultará dentro del Súmmum y entonces decidiremos qué es tabú y qué no lo es.

CAPÍTULO DIEZ

Recuerdos ajenos

Cada módulo de cultivo aeropónico se asemejaba a un barril de dos metros de radio, con plantas organizadas en múltiples hileras sobre su superficie. El dispositivo giraba lentamente para garantizar que todas las plantas recibieran una cantidad uniforme de luz proveniente de reflectores que emitían en las longitudes de onda ideales para la fotosíntesis.

Geni sostuvo en su mano uno de los tomates del cultivo. Su tamaño, forma, color y aspecto general eran perfectos. Igual pasaba con las demás hortalizas.

Caminar entre los barriles era relajante. Ver tantos tonos de verde, rojo, amarillo, violeta y todos los demás colores de los frutos de las plantas era refrescante, en comparación con el ambiente del resto de la Huygens.

Terminó su paseo y se sentó ante su terminal. El comandante Colombo le había hecho una solicitud; en cinco semanas servirían una cena especial y el personal de cocina tenía una lista con las cantidades exactas de cada vegetal fresco que iban a necesitar. La labor de Geni era planificar la cosecha de acuerdo con ese requerimiento.

Como muchas de las tareas a bordo, las computadoras se encargaban

de ajustar los nutrientes, la emisión de luz, la combinación de gases y en ocasiones incluso era necesario transferir algunos de los barriles a zonas con mayor o menor gravedad, de tal modo que se produjera la cosecha según el plan. La misión de Geni era introducir los parámetros y supervisar el resultado.

Así lo hizo, y un cuadro rojo de alerta parpadeó. Al parecer se requería una gran cantidad de piña fresca para los postres y la computadora no lograba calcular una solución para ese nivel de producción en la fecha requerida. Tardaría una semana más.

No era un gran problema. Podían utilizar las reservas o pedirle a la tripulación que cambiara el menú. La Huygens había sido concebida para una tripulación mucho mayor haciendo un viaje más prolongado, de forma que la producción de alimentos superaba de lejos la demanda, y por lo tanto las reservas de la despensa estaban a tope. La mayoría de frutas y verduras terminaban en el reciclador, y regresaban a los invernaderos convertidas nuevamente en agua y nutrientes.

—Marina, mira esta proyección —dijo Geni a su asistente—. ¿Qué opinas?

Marina se sentó ante el terminal e introdujo nuevos datos. Luego de unos segundos, varias gráficas tridimensionales se proyectaron sobre el escritorio.

—Parece que estamos en un punto de inflexión en el nivel de crecimiento —dijo Marina entornando los ojos—. Es más evidente en las plantas de crecimiento lento, como la piña, pero todo el cultivo experimenta lo mismo. Si ves la fecha de origen, coincide con el día en que se encendieron los motores de fusión. Tal vez este es un efecto secundario.

Geni lo vio claramente. El descenso no ponía en riesgo la disponibilidad de alimentos a bordo, pero sin duda era notorio. Marina lo asoció con el encendido de los motores, pero Geni no pudo evitar relacionarlo con otro hecho: La muerte de Silvia, y sus palabras en el segundo mensaje:

Me di una vuelta por los hábitats. Digamos que les di un último empujón para que siguieran con su crecimiento acelerado por un tiempo, pero una vez que yo no esté, la producción decaerá.

Comprobó el historial en la terminal y pudo verificar que Silvia, como la misma Geni, seguía el mismo protocolo estándar.

—No es una disminución alarmante, en todo caso —continuó Marina, ante el semblante preocupado de Geni—. Es solo que te avisaron muy tarde. Tendrán que conformarse con piña en conserva.

Geni sonrió y agradeció a Marina, pero luego sus pensamientos regresaron a Silvia.

«Jonás podría darme una mejor visión de lo que pasa» pensó. Era hora de hablar con él y contarle todo.

Jonás repitió el mensaje de Silvia tantas veces que perdió la cuenta, y solo se detuvo cuando estuvo seguro de que no había pasado nada por alto.

Su primer pensamiento fue para su madre. Comprendió por qué Geni se había demorado tanto en compartirle la información. Seguramente al escucharlo se sintió tan escéptica como él en este momento, pero luego algo la hizo cambiar de idea.

Las plantas.

Según su madre, la productividad de las granjas de la Huygens había declinado de manera inexplicable desde la muerte de Silvia, tal como ella misma había predicho que pasaría. Geni consideró el cambio lo suficientemente significativo como para decidirse a enviar la información a Jonás, con la solicitud adicional de revisar el material del maletín de Silvia y ver si encontraba algo que les ayudara a comprender lo que pasaba.

Jonás ya había dado un vistazo al contenido del maletín hacía tiempo, cuando obtuvo la grabadora, pero en ese momento no encontró nada que llamara su atención. O más precisamente, todo el contenido le resultó igualmente curioso.

Ahora, a la luz del mensaje de Silvia, Jonás esperaba poder encontrar algunas respuestas.

Había guardado el maletín en su mochila de viaje y esta en el laboratorio principal de la universidad. Era un lugar que estaba lo suficientemente cerca para poderlo recuperar en cualquier momento, pero separado de sí mismo y de su padre, en caso de que los extraños decidieran regresar y buscar entre sus pertenencias.

Jonás entró a su habitación en la universidad, sacó el maletín del

interior de la mochila y ordenó su contenido en pilas sobre el escritorio de trabajo.

En el primer montón puso los libros. Algunos se veían muy viejos y gastados acompañados de ediciones recientes y más modernas, con holografías policromadas y un lenguaje adaptado a la vida moderna. También encontró tres títulos nuevos que carecían de su contraparte antigua. Varios de los libros estaban marcados a mano en la primera hoja con el nombre de Silvia Núñez.

La segunda pila estaba formada por libretas de notas en papel con apuntes hechos a mano. Aunque la mayoría de las personas prefería tomar notas por medios digitales, Jonás sabía que algunas personas, como su padre, preferían hacerlo a la antigua. Decía que surgían ideas nuevas y diferentes que no obtendría si solo usara su terminal.

La letra de los apuntes era de Silvia en la mayoría de los casos, pero en algunas hojas sueltas había anotaciones que habían sido escritas por alguien más.

Había hojas enteras llenas de tachones y notas al margen con secciones subrayadas o encerradas en círculos. También había una libreta de hojas azul claro, igualmente escrita de puño y letra de Silvia, donde texto, esquemas y gráficas aparecían cuidadosamente escritos. En contraste con las hojas sueltas, la libreta no mostraba tachones y la letra era pulcra y ordenada. Jonás la puso arriba de la pila para revisarla primero.

El tercer montón era distinto. No contenía libros ni notas, sino unos pocos objetos, uno de los cuales llamó su atención. Una cajita de lo que parecía madera natural. La abrió y en su interior descansaban dos aros concéntricos con un disco en su centro. Jonás extrajo los aros, que eran mucho más pesados de lo que aparentaban.

—Un giroscopio! — exclamó en voz alta sonriendo.

A Jonás le gustaban los juguetes que se basaban en la física y había tenido varios en su niñez, cuando apostaba con sus compañeros de colegio a ver quién lo hacía durar más tiempo girando y hacía los trucos más interesantes.

El del maletín de Silvia era un modelo artesanal de buena manufactura, aunque por lo demás no tenía nada de especial. La caja incluía cordeles de repuesto y una base en forma de cono invertido.

Jonás tomó el juguete por su aro exterior, enrolló el cordel alrededor del eje central y le dio impulso. Luego lo dejó sobre la base cónica, donde rotó emitiendo un suave susurro.

Tomó la libreta azul e hizo pasar las hojas. Solo estaban escritas unas cuantas, tal vez treinta o cuarenta, en las cuales Silvia utilizaba una combinación de lenguaje común y abreviaturas que le impedían a Jonás hacer una lectura fluida. Los significados de algunas abreviaturas eran evidentes, mientras que otras le resultaron incomprensibles.

Pasó las primeras páginas de la libreta que estaban llenas de párrafos de ese último tipo, hasta que llegó a una sección donde prácticamente todo el contenido era legible. Se trataba de una tabla, donde el encabezado de la primera columna estaba escrito con lenguaje natural.

Oficio

Y debajo, en cada fila, aparecía el nombre de una profesión u oficio. Algunos eran muy comunes, pero otros no. Tanto se podía encontrar *Sicólogo* como *Acupunturista*, *Médico* o *Guardia de Seguridad*. En cuanto a las columnas, había trece y sus encabezados eran símbolos con formas familiares para Jonás, aunque no pudo comprender su función en este contexto.

Las mayoría de las casillas que resultaban de la intersección entre filas y columnas estaban vacías. Pudo comprobar además que mientras que algunos de los símbolos tenían anotaciones en varios oficios, otros los tenían en muy pocos, a veces solo en uno o dos. Un oficio en particular tenía relación con todos los símbolos, y le valió a Jonás una mirada de extrañeza.

Artista de circo

¿Qué podrían significar los símbolos? Y, ¿por qué un artista de circo estaba relacionado con todos ellos?

Instintivamente buscó la profesión de su madre, pero Astrobiología no se encontraba en el listado. En cambio, Biología a secas sí que se encontraba, y solo tenía un símbolo asociado. Parecía un reloj de arena, o un boceto del símbolo del ADN. En la casilla de intersección, leyó.

v1-v3

«Un símbolo parecido al ADN está obviamente relacionado con la biología...» pensó, pero luego se detuvo.

No era la norma. El Artista de Circo, por ejemplo, tenía relación con

todos los símbolos y Jonás no pudo imaginar la relación. El símbolo del ADN también intersecaba a este oficio, pero la anotación en la casilla era diferente a la de biología.

v2

«Entonces, v1 y v3 de alguna forma se relacionaban con biología, pero no sirven para artista de circo?» pensó Jonás sacudiendo la cabeza.

Se enfocó en la columna con el símbolo de la doble espiral de ADN y la siguió de arriba abajo buscando otras coincidencias para v1, y entonces la vio. El encabezado de la fila también estaba relacionado con la biología.

Oncóloga.

Lo cierto, es que términos como v1, v2 o v3 no parecían ser exclusivos del símbolo de ADN. Aparecían referencias similares bajo los trece símbolos, llegando hasta v5.

«¿Qué significa que una profesión tenga o no tenga un cruce con uno de los símbolos?

Me falta información», pensó Jonás, quien dejó una señal en la hoja donde se encontraba y continuó revisando la libreta.

La tabla que acababa de revisar no era lo más críptico que contenía, pero encontró referencia a los mismos símbolos en varias páginas, hasta que concluyó que cada símbolo era una categoría de algo, y la letra v representa una subcategoría.

Con ese pensamiento en su cabeza volvió a revisar la libreta y se dio cuenta de que tenía sentido. Los símbolos representaban categorías que cruzaban con algunos oficios y no con otros, pero no tenía idea de qué clase de categorías podía tratarse.

Pensó en diferentes tipos de clasificación que tuvieran sentido.

«¿Impacto social?, ¿Ingresos esperados al graduarse? Entonces, no hay nada que tenga más impacto que ser artista de circo. ¡Todos los símbolos lo cruzan!»

Jonás sonrió ante la idea. Era extraño que una actividad como esa cruzara con todos los signos, aunque desconociendo su significado realmente no podía aventurar ese juicio.

Entonces notó que esa no era la única fila que intersecaba con todos los símbolos. Había otra, pero su encabezado no era el nombre de un

oficio o profesión, sino otra figura. Un triángulo equilátero apoyado sobre una de sus bases, y era la última fila en la última página de la tabla.

△

Entonces Jonás notó algo más. Las trece casillas en la fila contenían texto con la subcategoría, pero no todas estas estaban presentes. En la columna de la doble hélice de ADN pudo encontrar v1-v3, mientras que en la columna precedida del símbolo que parecía una letra griega Fi acostada, un óvalo alargado atravesado por una línea horizontal, encontró v1, v3-v5. La variante dos de ese símbolo no hacía pareja con el triángulo.

⊕

El análisis de la tabla en sí tomaría un buen tiempo. No era tarea para resolver de inmediato.

Jonás volvió a dar una mirada a la libreta y finalmente la cerró y ojeó otras; las que estaban llenas de garabatos.

La tarea de analizar todo ese material escrito a mano parecía abrumadora, pero Jonás reparó en algo. La libreta que tenía en sus manos se veía bastante antigua y sus primeras páginas no tenían relación con el resto del material. Eran en realidad las anotaciones de un diario.

Jonás se sintió incómodo de leer material tan personal, pero luego recordó que fue la misma Silvia quien pidió a Geni que analizara el contenido del portafolio, y consciente de que Geni estaba a millones de kilómetros de los documentos, serían Marius o Jonás quienes los leyeran.

«Y además está muerta», pensó Jonás, sintiendo un nudo en la garganta.

Comparando las fechas de las anotaciones, Jonás calculó que Silvia debía tener unos quince años en ese momento, y una nueva entrada en el diario le dio la confirmación.

Mi cumpleaños dieciséis resultó mucho mejor de lo que esperaba. Mi papá y mis hermanos me prepararon una sorpresa y pasamos el día en el jardín botánico. ¡No me había sentido tan feliz desde que viajamos con mamá al bosque de la laguna!

En buena hora fuimos. Encontré un hábitat donde habían sembrado Espelitia. En mi país le decíamos frailejones, y están casi extintos. Los

técnicos del jardín están haciendo un esfuerzo enorme por lograr su conservación, pero hasta ahora todos los intentos habían sido en vano. Las diez plantas que encontré estaban a punto de morir, pero eso ya no va a pasar. ¡Planeo volver en los próximos días y ver la cara de los cuidadores!

Papá se dio cuenta. Creo que era su plan desde el principio. Conoce al director del lugar y “coincidentalmente” nos encontramos con él, un hombre enorme y muy amable. Me ofreció trabajar allí a tiempo parcial, así podría tener algún dinero mientras estudio en la universidad. No me parece mal. Todos mis amigos estudiantes tienen trabajos de medio tiempo y no tienen que estar relacionados con sus carreras. Héctor está estudiando ingeniería electrónica y trabaja medio tiempo como barman, así que será afortunada en estudiar astrofísica y trabajar medio tiempo entre plantas. Papá sigue un poco desilusionado de que yo no estudie botánica, pero lo que yo quiero es viajar al espacio. Amé a mi madre, pero no soy ella.

Todos me dieron regalos. Papá, una nueva edición del libro verde. Él sabe que me encanta usar el de Mamá, pero me dijo que nada me impide seguirlo usando y actualizarme en lo que pueda con el nuevo.

Martha me regaló una tarjeta pintada por ella. Es una artista, pero sin duda también una Laylaar. Su otro obsequio fue una planta; un cactus, y dice que aunque por las espinas se parece a Genaro cuando está de mal humor, en realidad es como ella y que me acompañará cuando viaje hacia las estrellas.

Y Genaro, claro, me dio un cachivache muy Genariano. Lo valoro mucho; sé que es muy preciado para él, pero dice que no sabe cómo una despistada como yo pretende estudiar astrofísica sin ayuda. En todo caso está bonito. Ya veré si funciona en mí tan bien como lo hace en él.

Jonás buscó entre las libretas buscando entradas del diario más antiguas, pero todas las demás eran más recientes y parecían mantener el tono de la investigación que estaba haciendo Silvia, con sus símbolos y tachones. Los únicos apuntes de la vida personal de Silvia estaban en esa libreta.

Era interesante saber sobre la juventud de Silvia contada por ella misma. Evidentemente, lo que fuera que ella creía poder hacer con las plantas, venía de tiempo atrás, y según sus palabras su padre estaba al tanto.

Había varias entradas más en los días siguientes que no tenían información relevante, hasta dos semanas más tarde.

Hoy regresé al jardín. Fui con la excusa de buscar al director para hablar sobre el trabajo, pero no estaba en su despacho. Había surgido algo y tuve que buscarlo en los terrenos destinados a la vida en el páramo. Me sentí emocionada, porque estaba segura de saber qué era lo que había surgido, y tenía razón. El director y los técnicos estaban exultantes. Los diez frailejones se veían sanos y crecieron más de veinte centímetros. Los pobres se debatían entre la felicidad de “haber salvado las plantas” y la total confusión de no saber cómo había ocurrido. ¿Tal vez exageré?

El director me dio el empleo, aunque me dijo que sería sobre todo administrativo. Por supuesto puedo pasear por los campos, pero ese no será mi trabajo.

Después de la reunión me fui a pasear por allí. Los frailejones no eran los únicos en peligro. Centenares de plantas están en distintos niveles de riesgo. Ayudé, pero solo un poquito por aquí y un poquito por allá. Tuve que obligarme a parar cuando ya estaban por cerrar. Habrá tiempo para hacer el trabajo completo, pero como dijo mi madre, “low profile”

Regresé de nuevo varios días seguidos y el director se mostró curioso. Le gustaba mi entusiasmo, pero me recordó que mi trabajo sería otro, no las plantas. Y me está pasando algo. Me cuesta mucho desprenderme de este lugar. Al estar lejos siento angustia. Conozco esa situación porque mi madre me la describió. Yo no la sentí en el bosque de la laguna y tampoco ella, y me explicó que se debía a que ese lugar no nos pertenecía a nosotras, sino a otra v3. Cuando un lugar sea tuyo, lo sabrás, me dijo.

Entonces, si el jardín botánico es mío, ¿qué se supone que debo hacer?

Jonás se irguió cuando leyó esa entrada. La madre de Silvia se había referido a una persona con el término v3, y por el contexto se entendía que ella y Silvia también lo eran. Entonces, ¿los símbolos en la libreta hacen referencia a personas? O más precisamente, y según las conclusiones a las que había llegado antes, ¿hacían referencia a categorías de personas?

«¿Qué categoría de personas eran tú y tu madre? Personas con

destrezas especiales para cuidar plantas, según lo que escribes.» , pensó Jonás.

Mi tutor cree que me volví loca, pero creo que loca estaba antes. ¿Astrofísica? ¿Vivir a millones de kilómetros de la planta más cercana? Sin duda tiene motivos para creerlo dada la información que tiene, pero en cambio mi padre se puso a llorar de felicidad. No lo había visto derramar ni una lágrima desde lo de mi madre, pero esta vez fue pura alegría. Se que él vivió con ella todo ese proceso, y verme a mi pasar por lo mismo lo emocionó sobremanera. En todo caso ya está hecho. Cancelé la solicitud anterior y me inscribí en la carrera de biología con énfasis en botánica, faltando solo dos días para empezar clases. Necesito ese título universitario. Le informé de mi decisión al director del jardín y está encantado, aunque le causa gracia el cambio abrupto de carrera. Además, aceptó darme un trabajo menos administrativo y más de campo. ¡Gracias cosmos!

Hoy recibí una visita muy desagradable en el trabajo. Un tipo me abordó y sin más me dijo que sabía lo que yo era. Me “ordenó” (¡sí, el muy asno!) que no se me ocurriera hablar con los Nuuls sobre nosotros o dejar que se percataran por mi negligencia. Le dije que no se preocupara, que desde niña sabía cómo funcionaban las cosas. Ok, es verdad que se lo dije en un tono algo más rudo y tal vez usé una o dos palabrotas, pero se ve que el tipo no me conoce. Mi pobre padre, a quien amo con todas mis fuerzas, sabe que no soy muy dada a obedecer ciegamente, y menos aún a un completo desconocido. Y justamente, mi padre, casi sufre un infarto cuando le conté de la visita. Me pidió tomarme en serio a esa gente. Cree que la resurrección de los frailejones de alguna manera llamó su atención. Tengo que buscar un buen lugar para guardar mis diarios. Quiero volverlos a leer cuando sea una viejecita, y no quiero que el asno o sus compinches los encuentren. No lo harán. ¡Laylaar Rules!

Jonás pasó la página y para su desilusión no encontró más entradas del diario. Era agradable leer sobre su historia, y no tener que lidiar

todavía con los misterios del lenguaje críptico del resto de la libreta, aunque el diario mismo tenía partes incomprensibles.

Y también describió a su hermana menor, Martha, como una *Laylaar*.

Pero Silvia le había dado unas buenas pistas. Por un lado, que ella y su madre fallecida pertenecían a la subcategoría v3, aunque no estaba seguro de la categoría principal. Toda la descripción del diario, además de lo que Jonás ya sabía de Silvia, llevaban a que ella y su madre, y posiblemente Martha, se consideraban a si mismas como personas con habilidades para la botánica, por lo tanto era lógico que fueran v3 bajo la columna de la doble hélice del ADN. O expresado según palabras de Silvia, las tres eran Laylaars.

Jonás volvió a revisar la columna para ver todos los casos en que ese símbolo en su variante tres tenía coincidencia con algún oficio. Encontró varias apenas empezando el listado.

Agricultora, agrónoma de cultivos industriales, eco restauradora, florista, guardabosques.

Y el omnipresente triángulo, además de algunas otras.

En todos los casos, v3 cruzaba con un oficio relacionado con las plantas. Para Jonás, era muy probable que v3 en el símbolo del ADN debía significar botánica, y luego de otras verificaciones concluyó que v2 era la variante relacionada con los animales mientras que v1 se relacionaba con los organismos microscópicos y las células. Una mezcla entre microbiología y citología.

Ya tenía claro el significado de la clasificación, pero no su utilidad. La biología tenía muchas más ramas, además de las tres variantes de la tabla de Silvia. Además, Jonás sabía que una persona de cualquiera de las variantes podría conseguir un buen trabajo en muchas más profesiones, además de las señaladas y cayó en cuenta de algo. Un v1 en la casilla que cruzaba con *Oncóloga*.

No oncología, ni el neutral oncólogo. *Oncóloga*. Parecía hacer referencia a una persona en particular, una mujer de la variante 1, y pudo encontrar otros casos similares.

Repasó una vez más la columna de oficios, buscando casos donde pareciera haber una referencia específica a alguien, y reparó en uno que no había visto antes.

El Fabricante de Juguetes.

Esa fila cruzaba con una única columna, precedida por el símbolo que a primera vista parecía el esquema de un átomo de helio con un núcleo grande y las órbitas de dos electrones, pero Jonás dio una segunda mirada y la cabeza le dio un vuelco. Comprendió que no era la figura de un átomo sino de un giroscopio como el que había puesto a girar sobre su escritorio, y al que Jonás lentamente volvió su mirada por primera vez en más de dos horas. El giroscopio, que ante la mirada incrédula de Jonás, continuaba girando con un suave susurro.

CAPÍTULO ONCE

Danza de fuego

Jonás le contó todo lo sucedido y Sofí lo escuchó atentamente. En ningún momento hizo gestos de incredulidad o de burla, y solo intervino de vez en cuando para aclarar algún punto. Finalmente él calló, y la miró esperando su reacción.

—Bueno, ya me dijiste todo lo que has hecho estas dos semanas, pero ¿cuáles son tus conclusiones?

Jonás se tomó un momento para responder. Se puso de pie y volvió a dar impulso al giroscopio, que en cada ocasión en que lo había puesto a girar en el apartamento de Sofí, había funcionado durante unos cinco minutos antes de detenerse. Lo sucedido la primera vez con el juguete no se había repetido, y él mismo dudaba. ¿Tal vez le había dado impulso inconscientemente varias veces ese día mientras revisaba las libretas y no lo recordaba?

Sofí esperó paciente hasta que él retomó la palabra.

—Después de revisar todo el material de las libretas y de volver a ver las grabaciones que envió a mi madre, mi conclusión es que Silvia creía que ella y algunas otras personas dominaban poderes especiales, y a sus dieciséis años decidió lanzarse a la tarea de conocer más sobre esos poderes y las personas que los tenían.

—Con poderes especiales quieres decir... ¿magia? —preguntó Sofí, que por primera vez se permitió hacer una mueca, mientras con sus manos simulaba lanzarle un hechizo a Jonás.

—Ya sabes lo que dijo Clark hace siglos.

—Sí, que si la ciencia es muy avanzada igual puede parecer magia, o algo así.

—Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia. Y antes que él, lo dijeron de diferentes formas otros científicos. O ¿cómo crees que te verían los ejércitos de la antigua Roma si de pronto te presentaras ante ellos, e hicieras aparecer de la nada la holografía de un ejército formidable?

—Me considerarían bruja, sin duda, pero no los romanos, sino mis colegas y científicos contemporáneos, por poder viajar en el tiempo hacia el pasado, pero ya puestos en eso, sí, entiendo bien el punto. Lo que no comprendo es de dónde puede provenir una tecnología tan avanzada que tú mismo no comprendes. ¿O es que crees que Silvia y los otros que mencionas provienen del futuro? —dijo Sofí, volviendo a poner su cara de incredulidad.

—Por supuesto que no. Todavía no entiendo de dónde viene ese poder, si es que es real. Desconozco las respuestas, pero así es la ciencia. Y hay más. Según Silvia, no todas las personas son exactamente como ella. Sus poderes son de distinto tipo. En el mensaje a mi madre se auto-definió como una persona con poder sobre las plantas para que crecieran y produjeran más. Eso también está en el diario que leí. Y mencionó poderes peligrosos como meterse en la cabeza de la gente y robarle o implantarle pensamientos, confundir los sentidos, mover objetos a distancia o desplazarse instantáneamente. esencialmente le habló a mamá de telepatía, telequinesis y tele portación.

—Es decir, contando el poder de Silvia tienes cuatro poderes identificados, pero me hablaste de trece símbolos cada uno con tres variantes en promedio. Es decir que te queda por identificar unos... ¿treinta y cinco?

—Treinta y cuatro. La persona que saboteó el Ferrovac y encontró la grabadora debe tener algún poder especial con las computadoras. Al principio pensé que bastaba con que pudieran usar otro de los poderes

para robar claves o algo así, pero es evidente que los hackeos que han hecho van mucho más allá de lo que los expertos comprenden. Aún hoy no saben cómo pudieron violentar el sistema. Y no olvides el ataque a mi padre. Entraron a la cabaña como si nada y se fueron sin dejar rastro. Sabiendo lo que sé ahora supongo que debe haber estado presente un hacker para entrar y salir sin ser detectados, un télépata para interrogarlo, y una ubicua para llegar y salir. Eso concuerda con lo que vi y oí en la cabaña.

Sofí lo miró fijamente y se le acercó, tomando su cara entre sus manos y dándole un profundo beso.

—Mi novio es un genio. Ya lo sabía, claro, pero prácticamente desenmarañaste todo lo ocurrido. Es hora de ir a la policía con la información.

Jonás estaba muy complacido con el beso y las caricias, pero tenía que explicarle su plan y se apartó, aunque no le soltó las manos.

—Tú tienes una mente abierta, pero si voy a la policía con esta información me tomarán por loco y, lo que es peor, tendremos a este trio del terror visitándonos en un dos por tres. Además no he terminado. Creo que Silvia se consideraba a sí misma algo que llama una *Laylaar*, aunque es solo un sentimiento, por algo que ella escribió. Y de forma general, mencionó que las personas con poderes se autodenominan Koríes, y a nosotros, pobres seres humanos normales, nos dicen Nuuls.

—¿Y que se creen? ¿Por qué no podemos ser nosotros los Koríes? Esos *maguchos* me caen cada vez peor.

Jonás sonrió por la falsa indignación de Sofí y continuó.

—A mí también me caen mal algunos, sobre todos los que hacen pedazos el Ferrovac con mi madre adentro y atacan a mi padre en la cabaña. En la libreta, Silvia los representó con un triángulo. Es decir, no lo dice expresamente, pero estoy seguro de que se refiere a ese grupo radical, que acepta a Koríes con cualquier tipo de poder. Y la última conclusión importante que pude sacar con toda la información disponible, es que dada la dificultad que tienen algunos de ellos para conseguir trabajo y sustento, deciden trabajar al servicio de esa organización, u optan por conseguir empleos donde sus poderes pasen desapercibidos y sean de utilidad. Ese será mi primer punto de investigación.

—¿Y de qué hablas exactamente?

—¿Hace cuánto tiempo fuiste por última vez al circo? —preguntó Jonás.

Jonás no había comprado ni alquilado el atuendo de graduación en el mismo lugar que la mayoría de sus compañeros. Estaba sumido en sus investigaciones y dejó el asunto para última hora pese a los ruegos de Sofí, quien después de aceptar dilaciones por varios días no pudo soportar más y la tarde anterior a la graduación lo sacó a rastras del laboratorio universitario para subirlo a un taxi e ir a buscar un traje apropiado.

Pero la demora pasó factura y solo pudieron alquilar una toga corta que le llegaba apenas unos centímetros por debajo de la rodilla.

A Jonás no parecía molestarle.

—No pasa nada. Si llueve mañana voy a ser el único que no moja la toga en los charcos.

—No te servirá de nada. Si llueve terminarás de espaldas en ese charco —respondió Sofí con cara de pocos amigos.

Jonás sonrió. No dudaba que Sofí podría hacerlo; cuando él estaba en segundo año y ella en primero, lo había utilizado muchas veces para practicar derribos y otras situaciones de defensa personal, aunque nunca sobre charcos. Pronto Jonás dejó de serle útil y Sofí continuó las prácticas con sus condiscípulos en la escuela de Krav-Magá.

—Menos mal que el pronóstico es de sol —dijo Jonás—. Y ya que solucionamos el asunto del traje, ¿alguien me ofreció una cena donde yo puedo escoger el lugar?

— Esa oferta caducó hace dos semanas. Hoy el plan es diferente.

—¿Y ese plan es?...

—Déjese sorprender alguna vez, doctor Landó —le dijo Sofí sonriente.

—Todavía no soy doctor, pero no tengo inconveniente en dejarme sorprender.

— ¿Todavía no eres doctor? Lo de mañana es pura formalidad. Si no

quieres asistir usa tu terminal y tendrás tu título registrado de inmediato.

—¿Y perder la oportunidad de exhibir mis pantorrillas ante toda la facultad? No, gracias.

—Espero que uses pantalones, o tal vez decidan que esas piernas no pueden ser de un doctor. Ahora relájate que pronto verás tu sorpresa.

—¿Por eso oscureciste las ventanas?

—Sí, por eso también —dijo Sofí juguetona, acercándose y pasando sus brazos alrededor del cuello de Jonás.

El resto del trayecto tomó treinta minutos que a Jonás se le hicieron muy cortos. Sofí y él estaban conscientes de los cambios que venían. Aunque ahora ambos pasaban juntos casi todo el tiempo disponible, cuando Jonás se graduara y terminaran las vacaciones Sofí regresaría a su primer año de estudios de especialización mientras Jonás iniciaba su vida laboral. O su año sabático, o de nuevo a estudiar. La verdad es que no tenía claro el siguiente paso en su vida.

Lo que estaba claro era que ya no podrían pasar tanto tiempo juntos.

—Oye, ojos ensoñadores, ya llegamos —dijo Sofí, aclarando las ventanas del auto.

—¡Un Circo! —exclamó Jonás—. ¿Vamos a un Circo a celebrar mi graduación?

Cuando Jonás tuvo la idea de buscar Korís en los circos, se dieron cuenta de que no era tarea fácil. Y no es que escasearan, pero es que era como buscar una aguja en un pajar. Habían visitado tres sin encontrar nada que llamara la atención, pero Sofí lo apoyaba en la búsqueda, aunque ambos estaban hartos de trapecistas, ilusionistas y adivinos del tarot.

—Había dos en las cercanías, pero aunque este está un poco más lejos, encontré comentarios prometedores sobre uno de los números. No te diré cuál es. ¿Algún problema?

—Ninguno, excepto que sigo con hambre —dijo Jonás—. Vamos.

Sofí y Jonás miraron la carpa del Macahan Brothers Circus. Por su construcción parecía venir de otra época, y por sus colores se infería claramente que provenía de los Estados Unidos. Entraron tomados de la

mano y luego de comprar dos *perros calientes con el verdadero sabor americano*, ocuparon sus asientos.

Todo el público parecía animado, incluidos Sofí y Jonás. La música, los artistas que desfilaban con sus trajes multicolores, el olor de las manzanas confitadas y las palomitas de maíz, se unían para crear un ambiente único que Jonás nunca había experimentado en las carpas anteriores. Sofí había acertado al traerlo.

—Te traje tus gafas de detective —susurró Sofí, entregándole los lentes que el mismo Jonás había mejorado, basándose en el modelo sencillo que usaban en la universidad.

Mientras el desfile completaba su saludo y se ocultaba tras bambalinas para prepararse, el maestro de ceremonias se paró en el centro de la pista y habló con un vozarrón que se amplificó en cada rincón.

—¡Bienvenidos a la primera función del Macahan Brothers Circus en Pacífica, directamente desde Portland, en los Estados Unidos de Norteamérica! Y antes de iniciar nuestro espectáculo quiero recordarles algo —continuó con un tono de voz más bajo, que el sistema de amplificación de sonido hizo sonar como si lo susurrara directamente en su oído—. En ninguno de los increíbles actos que van a presenciar en nuestro gran circo, utilizamos Hologramas. Si sus ojos lo ven, es porque está allí.

—Ya veremos —susurró a su vez Jonás, que había oído promesas similares que demostraron ser falsas.

—Y ahora, desde las suaves colinas de Toscana, en Italia, ¡saludemos con un aplauso al Gran Luciano!

Sofí y Jonás reían asombrados, mientras acróbatas, bailarines, equilibristas, payasos, malabaristas, contorsionistas provenientes de cada lugar del mundo llevaban a cabo sus números.

—Desde la Patagonia Argentina en América del Sur, ¡El Increíble Gaucho!

El gaucho era el personaje principal del número, pero toda la coreografía era impresionante. Cinco hombres y cinco mujeres vestidos con trajes bombachos de rojo y negro tocaban grandes instrumentos de percusión, al ritmo de los cuales el protagonista los deslumbró con su habilidad para usar cuerdas y boleadoras, en un baile que ni Sofí ni Jonás habían visto nunca antes.

Fue un gran número, pero no tenía pinta de que hubiera poderes ocultos de por medio, más allá de la habilidad poco común que mostró el gaucho.

El maestro de ceremonias irrumpió con el siguiente anuncio.

—Desde Sebastopol, en las lejanas costas del mar negro, ¡las valientes hermanas Bondarenko!

Las gemelas, hermosas, altas y rubias, lucían trajes de color variable, sincronizados para que en todo momento dieran la sensación de una bandera azul y amarilla ondulando al viento. Eran acróbatas de gran destreza y fuerza, pero a Sofí no se le escapó el interés particular que les prestaba Jonás, quien usaba el terminal de pulsera para hacer algún ajuste en sus lentes.

—Por la forma en que las miras, parece que al fin encontraste lo que buscabas —le dijo Sofí al oído.

El rostro de Jonás se tornó varios tonos más rojo.

—Puro interés profesional —contestó, aunque dejó de utilizar el zoom de los lentes.

Las emociones que causaban las distintas actuaciones pasaron por el miedo, la risa, la incredulidad y el asombro. A Jonás el tiempo se le pasó volando. Al terminar cada número lo comentaba con Sofí, que se veía tan feliz como él.

—Y para terminar nuestro *show* de esta noche y por primera vez en el hemisferio sur, les presento, desde las ardientes faldas del Kilauea en Hawaii, Estados Unidos de Norte América, ¡el Magnífico Muffini!

Sofí y Jonás intercambiaron una mirada. Muffini no tenía una apariencia muy magnífica; era bastante bajo, caminaba con torpeza y el traje que usaba, pese a tener una confección semejante a la de los demás actores, no le sentaba bien. Vieron que muchas otras personas del público sonreían y hablaban en voz baja señalándolo. En ese momento ocupó el centro y habló, mientras las luces se atenuaban.

—Todos valoramos el agua y el alimento; son indispensables para la vida, pero hay algo más sin lo cual nuestros más lejanos antepasados no habrían podido sobrevivir las frías noches: ¡el fuego! —Exclamó dramáticamente, al tiempo que tras un movimiento de sus manos, una diminuta llama aparecía flotando sobre ellas, arrancando algunas risas de la concurrencia.

—Debían protegerlo, pues su extinción significaría la muerte por congelamiento o quedar a merced de los depredadores, que solo se mantenían apartados gracias a esa luz que los lastimaba si osaban acercarse —continuó narrando Muffini, que parecía haber superado su torpeza—. Aunque solo pudieran conservar una pequeña brasa ardiente, sabían cómo hacerla crecer para calentar la cueva —dijo al tiempo que convertía la llama diminuta en una hoguera flotante que flameaba con vigor, arrojando luz y sombras a cada rincón de la carpa y causando, al fin, murmullos de asombro—. Y cuando el fuego crecía, lo compartían con todo el clan —realizó un movimiento giratorio con su cuerpo y brazos, avivando la hoguera y dividiéndola en cientos de fuegos más pequeños que salieron disparados a las graderías cerca del público que, como si fuera una sola persona, lanzó una exclamación de sorpresa al verlas a pocos metros y sentir su calor, pero Muffini aún no había terminado.

—Ellos sabían que el fuego era vida, pero también peligro —continuó sin dejar de mover sus manos, como moldeando arcilla con ellas al tiempo que los fuegos sobre el público palpitaban y crecían en tamaño y temperatura—, que así como no podían permitir que se extinguiera tampoco lo podían dejar libre o tomaría vida propia —otro movimiento de sus manos y cientos de hogueras empezaron a girar alrededor de la pista cada vez a mayor velocidad, estirando su forma hasta que se tocaron unas con otras.

Jonás y Sofí estaban tan impresionados como el resto de la audiencia. Las hogueras se habían fusionado en un anillo de fuego giratorio que crecía en poder. Sentían su calor, su rugido los sobrecogía y aunque confiaban en que el circo nunca haría algo que los pusiera en verdadero peligro, no podían evitar que sus corazones latieran con mayor fuerza y frecuencia que de costumbre. Jonás tomó nota mental de que no había ningún olor a combustible.

La voz de Muffini tronó, imponiéndose sobre el rugido de la tormenta de fuego que se desataba ante la vista de todos.

—Y cuando el fuego cobra vida, devora lo que se ponga a su alcance.

Muffini seguía moviendo sus brazos, y el anillo de fuego cambiando su forma, convirtiéndose en un cilindro flameante que giraba alrededor del ilusionista, a pocos centímetros del área del público.

—Y para terminar mi historia, un consejo. Usen el fuego.

El cilindro era ahora un remolino incandescente en espiral, cuyos brazos empezaron a extenderse amenazadores hacia el público.

—Respeten el fuego

Jonás vio a Muffini moviéndose rodeado del remolino en rotación.

—Pero nunca, nunca...

El remolino rugía y cada persona sentía sobre su cara las olas de aire caliente. Sofí estrechó la mano de Jonás, que sintió alivio al poder ofrecerlo a su vez.

—Nunca, jueguen con fuego —dijo, recibiendo en sus manos todo el poder del remolino que empezó a fluir hacia ellas hasta quedar convertido de nuevo en la diminuta llama, que sostuvo unos segundos entre sus dedos, que luego chasquearon y la extinguieron.

Jonás, Sofí y ochocientas personas más se pusieron de pie y prorrumpieron en aplausos y gritos que El Magnífico agradeció con una reverencia y saludos con las manos, luego de lo cual se retiró y tras él todos los artistas que entraron y se despidieron para desaparecer tras el escenario.

El público abandonó las graderías y se dirigió al área de parqueo. Las parejas y grupos seguían comentando lo que habían visto, sobre todo el final del magnífico Muffini.

—¿Cómo crees que lo hizo, papá? —preguntó un niño que caminaba al lado de Sofí.

—Si te refieres a Muffini, creo que usó hologramas —respondió con seguridad el que debía ser el padre, que ante la protesta que vio venir por parte del niño, continuó—; a veces la explicación más sencilla es la correcta; ya sé que el presentador aseguró que no lo hacían, pero dudo que podamos confiar ciegamente en sus palabras. Los efectos de sonido no serían ningún problema, y el calor lo puedes generar de muchas formas, con reflectores infrarrojos por ejemplo.

—Pero parecía de verdad —insistió el niño.

El padre replicó algo que no pudieron oír, porque sus caminos se separaron. Jonás se quitó los lentes y los guardó en el bolsillo de su camisa; estaba silencioso, con Sofí expectante a su dictamen. En el auto, de regreso a los dormitorios, Jonás le preguntó.

—No me cabe duda que el número que te llamó la atención debió ser este. ¿Qué piensas de lo que dijo el papá del niño?

—Que está equivocado. Usar hologramas para lograr esos efectos no es sencillo. Podemos producir muchos efectos visuales usando *holos*, y sin duda podríamos hacerle creer a tus ojos que tienes un remolino ardiente a tu alrededor, pero no sentirás el calor ni oirás ningún sonido... aunque claro, podrías combinarlo con otras técnicas como las que dijo ese hombre, pero insisto, no me parecieron *holos*. Aunque podemos hacerlos muy realistas aún existen dificultades cuando los tratas de poner en movimiento rápido, y ese remolino giraba como el demonio. Un ojo no entrenado no captaría los fallos, pero he hecho cientos de simulaciones y puedo apostar que lo de hoy no se hizo con hologramas.

—Tienes razón, no son holos —respondió Jonás.

—Y entonces, ¿cómo lo hace?

Jonás no respondió de inmediato. Tomó los lentes casi totalmente transparentes en sus manos y se las mostró a Sofí.

—Según esto, hay un holo encendido, pero esencialmente no tuvo ninguna función. Y no hay espejos, generadores de calor, cañones de sonido ni ninguno de los trucos habituales.

Sofí agrandó los ojos y le preguntó.

—¿En serio, encontraste a uno de ellos?

—Es muy pronto para asegurarlo, pero sin duda es un buen candidato. Tendré que verlo otra vez.

—¿Vas a volver a verlo? ¿Seguro qué es por Muffini o quieres darle una nueva mirada a esas gemelas acróbatas?

—Tengo que volverlo a ver, desde otro ángulo y con equipos adicionales. Lo ideal sería bajo condiciones controladas en el laboratorio.

—¿Y cómo piensas convencerlo para que acceda? Además, recuerda lo que dijo Silvia; si alguien de ese grupo radical se entera de lo que estás haciendo pueden venir por ti.

—Un paso a la vez. Primero tengo que verlo de nuevo, y entonces veremos qué se puede hacer.

Jonás se convirtió en un asiduo asistente al circo de Muff. Fue a cinco funciones más y en cada ocasión llevó nuevos equipos de investigación, incluyendo un modelo mejorado de radar en Cassie, con el cual pudo comprobar que pese a lo extraordinario de su acto, El Magnífico tenía su neurocom igual que todo el resto de los artistas y público presentes en la carpa. Jonás había usado sus instrumentos no solo con Muffini, sino también con el resto del elenco. Fue divertido aunque anticlimático descubrir cómo hacía los trucos El Gran Dandino, el mago del circo.

Para la función de hoy, Jonás había traído varios equipos nuevos. Había actualizado la tecnología de Cassie y creado toda una nueva generación de polimorfos con capacidades extendidas para detección, que distribuyó por distintos lugares de la pista del circo. Por primera vez tenía una capacidad de observación de trescientos sesenta grados.

Los números se siguieron uno tras otro sin que Jonás les dedicara mucha atención, ni siquiera a las gemelas ucranianas. Aprovechó el tiempo para repasar que todo estuviera en orden y que los equipos le mandaran los datos al terminal de pulsera, hasta que llegó el maestro de ceremonias anunciando el momento que Jonás estaba esperando.

—¡Y para terminar nuestro espectáculo de esta noche y por primera vez en este país, les presento, desde las ardientes faldas de Aira karudera en Japón, al Poderoso, Nensho!

Jonás se quedó de piedra. ¿Qué había pasado con Muffini?

Por otra parte, era una oportunidad de oro. Si El Poderoso Nensho era otro posible Korí, sería una doble apuesta para Jonás. Ajustó sus lentes, donde además podía recibir las lecturas de todos los dispositivos que había distribuido por la carpa.

En las seis funciones en que había visto a Muffini, él nunca había cambiado su forma de actuar. Pasaba de la torpeza del inicio a la grandeza del final.

El Poderoso Nensho era distinto. Entró hasta el centro del escenario con paso seguro y sin hablar con el público cerró los ojos. De repente se movió con gran velocidad, apuntando con sus brazos a un lugar de la pista donde una enorme figura de fuego acababa de surgir con gran estruendo e irradiando calor. Pronto hizo lo mismo señalando un lugar opuesto en la pista. Las figuras correspondían a dos hombres a caballo vistiendo atuendos de la antigua Roma.

Los lentes de Jonás brillaron resaltando varias zonas en el escenario con texto explicativo.

Sus lentes mostraron tres proyectores holográficos, dos generadores de plasma de baja intensidad y doce cañones acústicos con infrarrojos incorporados.

El público era ajeno a ello y vitoreaba al Poderoso, que ahora enfrentaba entre sí a dos ejércitos ardientes, uno enorme de tonalidad roja, otro un poco más pequeño brillando en fuego azul, ambos con la infantería en el centro y las caballerías enfrentadas en una de sus alas. El campo de batalla se mostraba libre, a excepción del flanco izquierdo de las azules por donde un río de fuego amarillo cortaba el paso y protegía a ambos bandos. El ejército rojo avanzó sobre el azul, que opuso resistencia durante un breve momento y luego colapsó y emprendió la retirada, cuando más y más figuras azules se apagaron ante el embate de las rojas. La caballería del ala izquierda roja partió en persecución de la azul que huyó de forma desorganizada.

Pese a su desilusión por descubrir que Nensho no era como Muffini, Jonás no pudo evitar estar interesado en el drama que las flamas desarrollaban en el escenario. Era evidente que la caballería roja iba a dar alcance a la azul, y cuando la acabara podría atacar a la infantería por el costado mientras su propia infantería hacía lo propio desde el frente, en un sangriento ataque envolvente como los de la antigüedad.

La batalla estaba ocurriendo como Jonás lo anticipó, solo que cuando la caballería roja trató de cerrarse alrededor de la azul, cientos de diminutos puntos de luz que habían permanecido ocultos tras las líneas azules se desplegaron e hicieron frente a la caballería atacante, que en medio de la sorpresa perdió la formación y fue presa fácil para la reacción azul, que dio vuelta a la maniobra acabando con la caballería roja y luego con su infantería. Jonás tuvo razón en algo. Fue una masacre, aunque los derrotados resultaron ser los rojos..

Nensho terminó su número mostrando como los restos del ejército rojo poco a poco se convertían en figuras azules.

El público enloqueció, mucho más emocionado que con Muffini, lo que era comprensible. Visualmente el show era superior, pero Jonás sabía exactamente cómo lo había logrado Nensho. En el caso de Muffini, la tecnología que empleaba le era desconocida.

Jonás activó el regreso de los polimorfos y los recogió discretamente en un rincón, donde entraron por su manga. No quiso marcharse sin tratar de averiguar algo sobre Muffini, así que decidió darse una vuelta y preguntarle a algún empleado de mantenimiento, pero infortunadamente el aseo estaba a cargo de drones de limpieza automáticos. Jonás caminó sin encontrarse a nadie a quien preguntarle, hasta que se vio fuera de la carpa donde, en lugar de dirigirse al área de parqueaderos y taxis, fue en sentido inverso, al respaldo de la carpa.

Allí estaban aparcados varios auto remolques de brillantes colores y, a diferencia del interior del circo, algunas personas caminaban entre ellos. Jonás se disponía a dirigirse hacia la zona más concurrida y preguntarle por Muffini a la primera persona con quien se cruzara, pero terminó casi chocando con una mujer que venía en sentido opuesto. Era alta, rubia y pese a que se veía mucho más joven, vestía prendas deportivas y no usaba nada de maquillaje, pudo reconocerla. Una de las gemelas acróbatas.

«Sofí jamás creará que fue una coincidencia», pensó.

—Perdón —dijo Jonás.

—Estás perdonado. ¿Quién eres? —contestó con una sonrisa.

—Me llamo Jonás. He visto el espectáculo varias veces y quería probar suerte conociendo a los artistas. Felicitaciones por el número que haces con tu hermana. Es impresionante.

—¡Gracias! Yo soy Halyna, y mi hermana es Yuliya, pero no se siente muy bien. Con gusto me tomaré un registro contigo, si quieres.

—¡Claro que sí, gracias! —dijo Jonás, que juntó su terminal de pulsera con el de Halyna. Ambos aceptaron el registro y se quedaron con un holo de los dos, y su correspondiente huella electrónica de lugar y hora del encuentro.

—Si vas por allá encontrarás a otros artistas, pero date prisa. Casi todos van hoy de compras porque es nuestra última semana de funciones en la ciudad.

—Gracias, eso haré. Y te confieso que tenía muchas ganas de conocer a Muffini. Fue una sorpresa que hoy ya no actuara, aunque el Poderoso también es increíble, pero tenía un encanto especial.

La sonrisa de Halyna no desapareció por completo, pero cambió. Jonás captó tensión en su boca y mandíbula.

—Este mundo es un poco cruel. A mí personalmente me gustaba más su número, pero no se lo digas a nadie. Si lo encuentras, sé empático —dijo Halyna señalando hacia una zona en el extremo de la caravana de remolques. Luego recuperó su sonrisa, dijo adiós y se marchó con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Adiós y gracias —dijo Jonás que se dirigió a la zona señalada.

Era una zona dedicada al almacenaje. Había contenedores de diversos tamaños y dos hombres los organizaban. Uno de ellos era un grandulón que no formaba parte del show. El otro era, sin lugar a dudas, Muffini, quien pasaba dificultades para mover una caja, aún con la ayuda del exotraje. Era claro que no tenía experiencia, y el grandulón se acercó dándole indicaciones. Jonás se acercó, pero no se atrevió a interrumpirlos.

—El exotraje hace el trabajo pesado, pero tienes que usar tu cuerpo para alinearlos bien. Tienes que comprender qué movimientos de tus extremidades hacer para que el exotraje te obedezca como te expliqué, entiendes Pócher?

Muffini fue más cuidadoso esta vez, y pudo mover un contenedor grande con seguridad. Pronto pareció tomarle el truco y el grandulón, satisfecho, lo premió con una palmada en la espalda y se marchó. Muffini esperó a que se perdiera de vista tras una esquina, sacó un recipiente metálico de un bolsillo en su pantalón y bebió un largo trago de su contenido.

Jonás no se había preparado para lidiar con Muffini tan pronto pero debía averiguar más sobre él o de otra forma podría marcharse definitivamente con el circo y perdería la oportunidad.

—Señor Muffini, por favor, ¿podría tomarse un registro conmigo? —preguntó Jonás.

Muffini lo miró y respondió sin acercarse.

—Ya no trabajo en el *show*. Por allá encontrarás otros artistas —dijo, ocupándose de nuevo de las cajas.

—Lo he visto antes, y me encanta su número. Es una lástima que ya no salga, pero para mi novia y para mi será maravilloso si me registro con usted. Por favor.

Muffini lo pensó unos segundos y luego dejó el exotraje sobre su

base, ubicada en un poste del terreno y se acercó a Jonás planchando sus ropas con las manos.

Como había hecho con Halyna, envió su autorización y lo mismo hizo Muffini. En seguida apareció la imagen holográfica de los dos con un registro electrónico de autenticidad, donde pudo leer: Muff Pócher, y el código público de identificación. Era lo que necesitaba.

—Gracias señor, espero que pronto vuelva a participar en el espectáculo —dijo Jonás, despidiéndose.

Muff respondió con una especie de murmullo y también se despidió.

«Necesito al padre Hermes», pensó Jonás.

CAPÍTULO DOCE

Tesoro líquido

Para poner en marcha su plan, Jonás necesitaba dinero, mucho dinero. Más del que había tenido nunca en su vida.

Desde que era un niño, Jonás había vivido bien. Sus padres eran lo que la gente llamaba, acomodados, por lo cual nunca había tenido necesidades insatisfechas, pero una cosa era vivir bien, y otra tener dinero para emprender un proyecto muy loco, para el cual además no podía pedir ayuda a ninguno de sus padres. Debía protegerlos y su intención era aislarlos de sus planes tanto como fuera posible.

El plan en sí mismo recién estaba tomando forma, pero luego de un esbozo se dio cuenta de que carecía de los recursos para llevarlo a cabo, aunque eso no lo desanimó. No había aceptado aún ninguna oferta de trabajo, pese a que ya era un doctor con todas las de la ley, pero no tenía intención de pasar de la universidad directamente a un trabajo de tiempo completo. Por eso, hacía algún tiempo que venía evaluando opciones para ganar dinero sin necesidad de trabajar para otros, aunque ahora sus necesidades se habían disparado hasta el cielo.

El padre Hermes le había insistido hasta el cansancio que patentara sus polimorfos. Su uso potencial abarcaba un espectro tan amplio de industrias que Jonás tendría garantizado su futuro y el de sus herederos por la venta de los derechos al uso de su tecnología. Jonás sabía que su

mentor tenía razón, en parte, pero es que el anciano hombre desconocía el verdadero potencial. Si se patentaba la tecnología tal como estaba, sin duda le esperaba una vida de riqueza, pero a Jonás se le retorció el estómago solo de pensar lo que las industrias de armas podrían hacer con ella. Y sin duda la utilizarían contaran o no con su permiso. No, no podía permitir revelar el funcionamiento de los polimorfos.

Pero tenía una opción con la cual esperaba poder obtener el dinero necesario sin exponer los secretos más peligrosos de su invención. Había dedicado los últimos días a generar una versión simplificada de ellos, despojándolos de cualquier capacidad que pudiera ser mal utilizada. Había resultado más difícil de lo que pensó originalmente, pero lo había logrado. Ahora, mientras caminaba a la oficina del campanario, esperaba no haber removido demasiadas características. Necesitaba impresionar a su cita.

Oyó risas provenientes de la oficina del padre Hermes y llegó hasta la puerta abierta.

—Pasa, Jonás, por favor muchacho. Esta reunión se trata de ti. Ven que te quiero presentar a Gerald Dang, un gran amigo y antiguo alumno.

Jonás saludó de mano al señor Dang. Era un hombre de mediana estatura, unos pocos centímetros más bajo que él mismo, y era el socio principal del mayor fabricante de juguetes tecnológicos a nivel mundial. Tenía cabellera y barba entrecana, bien arregladas, y usaba un impecable traje adecuado tanto para asistir a una reunión de negocios como a un encuentro informal con amigos. Jonás se preguntó en cuál de las dos creería el señor Dang que estaba.

—¡Jonás!, es un verdadero placer conocerte. Hermes no ha hecho más que hablar de ti, y me dice que tienes una interesante propuesta que hacerme.

«Directo al punto, como me lo advirtió el padre.» , pensó Jonás.

—Señor Dang, permítame extenderme un poco y contarle los antecedentes de esta reunión. Acabo de terminar mi doctorado y estoy en ese momento en que no he decidido del todo mi futuro. Quiero tomarme un tiempo para pensarlo para lo cual necesito percibir ingresos. Mi idea original era patentar mi invento y vender las licencias de uso a cualquier interesado. Sin embargo, el padre Hermes me sugirió consi-

derar otra opción. Hacer un contrato de licencia exclusiva por tiempo limitado, donde mi cliente sea el único con derecho a utilizar esta tecnología, y él pensó en usted, señor Dang. Cree que la industria de los juguetes tecnológicos es ideal para aprovechar mi invención. Según el padre, tiene para mí la ventaja de tener un único interlocutor con quien negociar.

—Es un buen consejo, Pero ¿qué es lo que tienes para tentarme?

Jonás tomó de su maletín un tubito de cristal con un líquido violeta en su interior, y lo vertió sobre la mesa. Tras una manipulación del terminal de Jonás, el líquido tomó la forma y colores de un diminuto perro dálmata que movía la cola, mientras miraba al señor Dang.

—Ajá —exclamó Dang—. ¿Y qué puede hacer?

El perrito hizo las gracias acostumbradas de los perros. Se sentó, se hizo el muerto, dio la mano y saltó por la mesa. Jonás observó la colección de monedas antiguas del padre Hermes y solicitó su permiso con la mirada. El padre asintió y Jonás tomó una grande. Con cuidado puso la moneda de canto sobre la mesa, y esperó. Observó que el señor Dang parecía sentir más curiosidad por él que por el perro, pero esperaba que eso cambiara pronto.

El dálmata se acercó lentamente a la moneda, que tenía unas tres cuartas partes de su tamaño. La olfateó por todos sus costados, retrocedió algunos pasos y saltó sobre ella, quien se tambaleó, pero luego recuperó el equilibrio.

—Materia programable con funciones auto equilibrantes. Sin duda es un modelo algo más avanzado que el que tenemos en desarrollo y nos ahorrarás algunos meses de investigación y desarrollo. ¿Cuánto esperas recibir por la licencia? —preguntó Dang.

—Soy hombre de ciencia y no sé mucho de negocios. Esperaba que usted me pudiera hacer una oferta justa.

El señor Dang le pidió a Jonás que le volviera a mostrar lo que podía hacer el perro y Jonás le mostró otros trucos, además de convertirlo en un gato y en una versión del mismo señor Dang de cuatro centímetros de altura, lo que le valió una carcajada del empresario.

El hombre lo pensó unos segundos antes de contestar.

—Te confieso que me gusta, pero aún más me interesa lo que podamos fabricar juntos en el futuro. Nunca he hecho una oferta tan

generosa para un nuevo invento. Cien mil solares por la licencia de explotación total por veinte años.

Jonás no esperaba una suma tan grande, al menos no en esta etapa de la demostración, pero faltaba destapar algunas cartas.

—Señor Dang, entiendo que su oferta es de buena fe dado lo que ha visto aquí, pero piense en el potencial de expansión. Espere, se me ocurre algo para mostrarle.

Jonás se tocó todos los bolsillos y finalmente abrió su maletín, de donde extrajo cuatro tubos con líquido violeta que vertió sobre la mesa. El señor Dang en miniatura había adoptado nuevamente su aspecto de perro, mientras que el contenido de los nuevos tubos adoptó el aspecto de una familia; un hombre, una mujer y una pareja de niños. La niña arrancó un minúsculo pedazo de servilleta del plato del padre Hermes y lo moldeó como una bola que lanzó a la vista del perro, que moviéndola la cola fue tras él y se lo llevó de regreso a la niña, mientras el niño se apresuraba a participar del juego y los padres parecían conversar y reírse viendo a sus pequeños divertirse.

Dang observaba los juguetes, que seguían en sus actividades sin nueva intervención de Jonás.

—Como puede ver señor Dang, el potencial de ventas es muy superior, gracias a que los morfos interactúan entre sí. Un niño no querrá uno solo, sino varios, y ni hablar en un hogar con más de un niño. Eso multiplica varias veces el ticket de cada venta.

—Sé lo que estás haciendo, Jonás, y no te culpo. Tratas de mostrarme el verdadero potencial del juguete a cuentagotas, exprimir mi mejor oferta por cada una y luego usar ese valor como punto de partida antes de mostrarme la siguiente funcionalidad y pedir más dinero, pero no participaré de eso. Estoy dispuesto a mejorar mi oferta inicial, pero deberás mostrarme ahora todo lo que tus morfos pueden hacer, sin más trucos, o me marcharé. ¿Comprendes?

El padre Hermes estaba nervioso. Había advertido a Jonás que Gerald Dang era un viejo zorro que sabía todos los trucos del oficio, y que su mejor chance era hacer una demostración y tal vez regatear un poco, pero veía que Jonás había tratado de jugar con el empresario y eso podría dar al traste con el negocio, y Hermes realmente creía que era una oportunidad única para su pupilo, pero la suerte estaba echada y la

pelota en el campo de Jonás, quien por otra parte no se inmutó ante los comentarios del hombre.

—Entiendo cómo se siente, pero no son trucos. Usted observó las funciones de auto equilibrio y no mostró emoción alguna. De hecho dijo que su propio equipo de investigación estaba a solo meses de lograr algo parecido, cuando ambos sabemos que eso no es cierto. No hay tecnología que esté ni remotamente cerca de donde están mis morfos hoy. Estuve revisando su catálogo de productos y encontré al menos quince casos en donde mi tecnología permitiría actualizar sus modelos y tener un nuevo mercado. Y no me molesta su fingida indiferencia. Creo que es una forma de negociar como cualquier otra. Yo simplemente adopté una estrategia equivalente —dijo Jonás, observando la reacción de Dang, que era tan neutral como siempre.

—Está bien, empecemos de nuevo. Es cierto, no tenemos una investigación avanzada en nada como lo tuyo y me interesa, me interesa mucho, pero te haré solo una oferta más, dependiendo de lo que me muestres ahora, sin nuevas negociaciones. ¿Qué dices?

—Que me parece bien. Ahora, debo decirle que lo que ha visto es la punta del iceberg, y esencialmente es un morfo, capaz de adquirir cualquier forma y color, auto equilibrante, autopropulsada y capaz de interactuar con todo lo que le rodea, incluyendo otros morfos. Tiene capacidades de aprendizaje a través de programación, por observación y por escucha. Puede obedecer órdenes preprogramadas, comandos de voz o controlarse con una terminal de su dueño. Todas las características de seguridad y confidencialidad estándar están incorporadas. También pueden recargar energía en diversas fuentes cercanas y fusionarse en una unidad mayor, sin perder su individualidad. Observe.

Los morfos dejaron su actividad y se fusionaron en una única figura en forma de monolito, blanco y alto, que luego mutó hasta adquirir la forma de una letra D estilizada cruzada con un óvalo en diagonal. El símbolo de las empresas Dang.

—Bonito detalle final. ¿O hay algo más que pueda hacer este juguete y no me lo hayas mostrado todavía? —preguntó Dang, quien ante la negativa de Jonás y luego de tamborilear con los dedos por unos segundos lanzó su oferta—. Veinte millones de solares, exclusividad y acceso total por veinte años.

Los ojos del padre Hermes casi se salen de sus órbitas. Los de Jonás no; sabía que era una buena oferta, le permitiría adelantar su plan cómodamente, pero podía ser mejor, mucho mejor, siempre y cuando el señor Dang no se ofendiera y la retirara.

—Acepto su oferta, si agrega un cinco por ciento adicional sobre las utilidades. Por supuesto, con esta oferta, la licencia se limitará a su propia industria de juguetes y no podrá ser utilizada para proveer cadenas de suministro de otros sectores. ¿Está de acuerdo?

—¿A qué te refieres con otros sectores? ¿No estamos hablando de tus juguetes, los morfos?

—Los morfos no son juguetes, sino bloques de construcción. Pueden ser juguetes, o superficies autosellantes para naves espaciales, edificios que se auto reparan. En mi lista de posibles usos, tengo unos cuatrocientos de alto impacto económico y social. Por supuesto hay muchos más. La licencia para atender a todas las industrias tiene un valor muy superior, como usted puede imaginarse.

—No lo ofrezcas a nadie más, Jonás, pero necesito consultar esto con mis socios. Hermes, no dejes que este joven que dice saber solo de ciencia y no de negocios se vaya con su oferta a otra parte. Búscame en mi oficina mañana a las diez, Jonás.

—No te preocupes, lo ataré a la silla si es necesario —dijo Hermes.

—Mañana a las diez estaré en su oficina —dijo a su vez Jonás.

El trato se cerró con rapidez y su IA legal le mostró que no había posibles engaños. Como lo afirmó el padre Hermes, Gerald Dang era un hombre de negocios íntegro.

Jonás se reunió con un viejo compañero de la primaria quien ahora era asesor financiero, y le ayudó a crear un fideicomiso para gestionar su recién ganada fortuna. Aunque la negociación con el señor Dang involucraba una forma de pago gradual, había solicitado y le habían concedido un pago inicial de ocho dígitos.

Miró a su alrededor sin asimilar del todo su nueva realidad. Era rico, más rico que cualquier persona que conociera, pero eso hacía más evidente un hecho. Aunque no tenía limitaciones económicas para

poner en marcha su plan, el resto de obstáculos seguían allí. Los Koríes seguían siendo un misterio, pese a lo que había averiguado sobre ellos. Su primer objetivo era Muff Pótcher y el camino que debía transitar para motivarlo a colaborar no era claro, y algunas ideas que le llegaron a la cabeza sobre cómo hacerlo no le gustaron mucho. Las dejó en un rincón de su mente por si acaso no encontraba otra forma.

También estaba el triángulo, esa figura que representaba la organización secreta que, Jonás estaba seguro, estaba tras el ataque a su padre en la cabaña y el atentado contra el Ferrovac donde murieron varias personas, y su madre por poco es una de ellas.

Últimamente la llamaba Triferia. A Sofí le pareció un nombre extraño, pero al menos tendrían como decirle, en lugar de El Triángulo. Y la Triferia le preocupaba en serio, por eso había tomado una decisión. Debía ocultar su identidad tanto como fuera posible, para proteger a sus seres queridos y a sí mismo y Sofí podría ayudarle en ese empeño.

Tras diez minutos de conversación, Sofí se enteró de que su novio se había hecho un registro con Muff Pótcher, más conocido como el Fantástico Muffini, y con una chica que se encontró por casualidad y que resultó ser una de las gemelas Bondarenko, de que tenía un plan para avanzar en su investigación, pero para no morir a manos de la triferia necesitaba que Sofí inventara un sistema para ocultar su identidad, y de que a partir de hoy era millonario.

Sofí lo miró unos segundos con incredulidad, y luego le preguntó.

—Entonces, ¿estabas buscando a un Korí bajito que manipula el fuego, y por error fuiste a dar al dormitorio de las gemelas de largas piernas?

—Nunca dije que fuera a su dormitorio, nos encontramos afuera por casualidad, y no me encontré a las dos gemelas, solo a Halyna.

—¡Halyna! ¡No sabía que la conocías!

Jonás no esperaba una reacción así y estaba a punto de replicar cuando percibió un comienzo de risa en la boca de Sofí.

—Ah, me estás tomando el pelo —dijo Jonás más relajado—. Me estaba preocupando.

—Te lo mereces. ¿A quién se le ocurre tomarse un registro con un posible Korí, y luego pretender ocultar tu identidad de otros Koríes? Él quedó con un bonito holo tuyo, con todos tus datos. ¿Te pareció buena idea?

—Necesitaba sus datos. Él ya no tiene su número y el circo estaba a punto de abandonar la ciudad. Podríamos haber perdido su rastro.

—Es cierto, pero no puedes empezar a actuar impulsivamente. Siempre me has hablado de trazar un plan y seguirlo. Si perdemos a Muff buscamos otro circo. Si lo que dijo Silvia es cierto, apuesto a que no será tan difícil encontrar otro, después de todo, a Muff lo encontramos relativamente pronto. Si tenemos que visitar diez circos, o veinte o cincuenta, lo haremos, pero no puedes volver a arriesgarte así. Promé-telo, o no cuentes conmigo.

Esta vez, Jonás no vio ningún atisbo de sonrisa. Conocía a su novia y hablaba en serio, además de que tenía razón.

—Prometido —dijo Jonás, poniendo su mano derecha sobre el corazón. ¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Esa es la parte más fácil. ¿Dijiste que ahora eres millonario?

Jonás imaginó que tendría que contratar a un detective privado para seguir los movimientos de Muff, pero resultó más fácil de lo que había pensado.

El circo se fue, pero Muff se quedó en Pacífica, y alquiló un pequeño apartamento en el distrito obrero. En las dos semanas en que lo siguió, Muff salió de allí, tomó el autobús y se dirigió a su trabajo. Esa fue la parte más difícil, pues no tenía un solo trabajo sino tres. Lavar platos en un restaurante dos veces por semana, operar un montacargas en una fábrica para transportar grandes tanques oxidados de aspecto peligroso otros dos días y los viernes y sábados cargar contenedores de tamaño mediano utilizando un exotraje como el que Jonás le había visto aprender a usar en el exterior del circo.

Lo que no cambió nunca fue la rutina al terminar su jornada laboral. Muff tomaba el autobús rumbo a su apartamento, pero al bajarse se desviaba ligeramente y caminaba hasta alguno de los bares que se encon-

traban a solo unas tres calles de distancia, pedía una botella de licor barato y no dejaba el lugar hasta vaciarla. Y así, cada día. No hablaba con otras personas más que con los cantineros.

Jonás trató de conciliar esa imagen con la de El Gran Muffini. Como artista, pese a su aspecto desgarrado, era una maravilla, pero ahora Jonás lo vio cada vez más pequeño con su mirada fija en el piso, buscando el camino a su hogar. Sintió tristeza por él, pero, al mismo tiempo, supo cómo convencerlo de ayudarlo en su investigación.

CAPÍTULO TRECE

La Conjura

Como habían convenido, Yara dejó a Denisse frente a la Torre Tenchi y se marchó.

Denisse bajó al sótano once, uno de los lugares favoritos del Súmmum para reuniones numerosas, y donde pronto llegarían más de setenta altos miembros invitados por Denisse que habían confirmado su asistencia. Ella se había asegurado de citarlos con urgencia en nombre de Sumiko y solo cuando la mayoría habían aparecido acompañados de sus Ubicuos de confianza y preguntaron por la anfitriona, Denisse le informó a su Wal de la convocatoria.

Segundos después, Nuzhat y uno de los guardias de Sumiko estaban junto a ella y la llevaron de forma discreta, pero decidida a un salón anexo.

—¿Qué es esto Denisse?, ¿cómo te atreves a citar al núcleo del Súmmum en nombre de Sumiko y además mantenerlo en secreto?

—Sumiko me dijo que contaba conmigo para resolver el asunto de la Huygens, y lo que tengo que decirle hoy al Súmmum tiene relación directa con ello.

—Debiste hablarlo con tu Wal primero. Si creíste que porque todo el Súmmum ya está presente Sumiko no tiene más opción que escucharte, es que aún no la conoces.

—No se trata de eso, Nuzhat, sé que Sumiko me despreciaría si no tomara la iniciativa en un asunto tan urgente. Simplemente deseo cumplir su orden.

—Espero que tu ambición personal no te haya traicionado. Dime qué es lo que piensas comunicar hoy.

—Perdóname, Nuzhat, pero si te lo dijera a ti antes que a Sumiko y el resto del Súmmum, sí que estaría actuando en contra de mi Wal.

Denisse sintió la mirada fría de Nuzhat. La hermana mayor de Yara, pese a ser mucho más baja, usaba su porte y actuar decidido para mostrarse igualmente imponente. Sabía que si no la convencía de dejarla hablar, en los próximos segundos podría verse arrastrada y abandonada en cualquier remoto rincón del planeta, donde nadie la encontraría.

—Por favor, Nuzhat, sé que Sumiko confía en ti más que en cualquier otra persona. Si insistes en que debo decírtelo a ti antes que a ella lo haré, pero también te pido que intercedas por mi si eso desagrada a Sumiko.

—Ya veremos si lo que tienes que decir justifica tu comportamiento. Ahora regresa al salón— dijo Nuzhat, que no insistió en obtener la información. Denisse puso la expresión más humilde que pudo y obedeció.

Sumiko había tomado su lugar en la mesa que se había elevado desde el piso en el centro del salón y los invitados desfilaron para saludarla con deferencia, aún cuando varios de ellos eran sus pares, y luego ocuparon alguno de los asientos disponibles mientras Denisse se ubicó al alcance de su vista, pero Sumiko no la miró y entabló conversación con varios de los líderes.

—He sabido que cada vez son más los miembros de tu Walaar, Itorio, un logro notable del que todos podemos aprender.

—Me honras, Sumiko, y más honrado aún estaré de compartir nuestras estrategias, sí así lo deseas.

—Gracias por tu generosa oferta, Itorio. La acepto, si ese conocimiento puede ser compartido con todos los aquí presentes que estén igualmente interesados.

Varias voces se unieron a la de Sumiko y se mostraron igualmente complacidos por la generosidad de Itorio. Lograr aumentar su base de

Walís cuando todos los demás luchaban por conservar los existentes, era una proeza.

Denisse se sintió furiosa. Se había preparado para otros escenarios, pero no para lo que estaba pasando.

Si Sumiko hubiera reaccionado con fuerza contra ella, amenazándola o maltratándola por citar al Súmmum a sus espaldas, tenía lista una réplica para mostrarle a todos que su lealtad estaba con el Súmmum, aún a costa de decepcionar a su Wal. Si en cambio le hubiera permitido hablar en seguida, Denisse habría tomado el control de la reunión y se habría mostrado como alguien a tener en cuenta.

Pero en lugar de cualquiera de esas opciones, Sumiko mantuvo la calma y se apoderó del momento, captando por completo la atención de los presentes. Ese no era el plan de Denisse, pero con dificultad ocultó su frustración y esperó hasta que Sumiko la invitara a hablar.

La conversación del Súmmum y el reclutamiento de nuevas fuerzas continuó por más de una hora hasta que Sumiko, sin dejar de escuchar atentamente a sus interlocutores e intercambiar comentarios con ellos, miró a Denisse. Ella comprendió el gesto y se acercó cautamente.

—Este es un asunto que no hemos de dar por terminado, pero debemos meditar sobre él antes de continuar. Itorio, gracias; todos lo valoramos —dijo Sumiko, mientras el resto de asistentes asentían y confirmaban lo dicho. Ahora sé que deben volver a sus hogares, algunos de ustedes incluso tuvieron que dejarlos a mitad de la noche y sin embargo no dudaron en asistir a este llamado, pero antes de que se marchen debo pedirles un último gesto de paciencia, pues hay algo más que deseo compartirles. Una de mis Walís más jóvenes recibió de mi parte el encargo de inutilizar el motor de fusión a bordo de la Huygens y me ha informado que tiene información importante sobre ello. Le he pedido que la comparta ante todos al mismo tiempo, pues la amenaza de esta tecnología atañe a todos nosotros. Les prometo que será breve y concisa. Denisse, habla al Súmmum —dijo finalmente.

Denisse se puso de pie mientras los ojos de los Koríes más influyentes del Súmmum se enfocaban en ella. Podía ser un momento de inflexión para su vida, para bien o para mal.

—Gracias, mi Wal. Como ella misma se los ha dicho, recibí la orden de inhabilitar por completo los motores de fusión a bordo de la

Huygens. Soy una Skeppo y la misión no debería resultar demasiado difícil. De hecho logré penetrar los sistemas de la ESA pero cuando estuve a punto de ingresar al terminal de la Huygens, no pude, me resultó imposible —dijo Denisse, que esperaba algún tipo de pregunta que no llegó. Tendría que explicarse.

» Es decir, estuve allí, casi en mi destino, y entonces empecé a sentir que me quemaba. No tuve forma de traspasar esa barrera. Regresé a mi cuerpo en medio de grandes dolores, mi pelo estaba quemado y mi piel...

Dejó de hablar y bajó la mirada, se quitó su chaqueta lentamente, dejando que la mirada de todos se fijara en ella. La dejó caer en el piso y reveló la piel desnuda de sus brazos y su cuello, enrojecida y en algunos puntos en carne viva. Una exclamación ahogada acompañó las caras de asombro.

—Esto me ocurrió hace dos semanas y desde entonces he contado con la ayuda de los mejores Sanadores del Súmmum y de la más avanzada tecnología. Me estoy recuperando, pero, por cada tres pasos que avanza mi curación, luego retrocede dos, así que será un proceso muy largo.

—Sumiko, no comprendo. ¿Qué le causó esas heridas? —Preguntó Itorio.

—¿Denisse? —Preguntó a su vez Sumiko.

—Fue el motor de fusión, mi Wal, eso es lo que pienso. Mis heridas son similares a las que recibieron nuestros compañeros cuando descubrieron el desarrollo del motor y no puedo dejar de preguntarme si esta es una amenaza para nuestra propia existencia. Mi cuerpo no viajó a la Huygens, solo mi *Kor*, y aun así sufrí las heridas que han visto —dijo Denisse mirando a Sumiko, pero hablando en voz suficientemente alta para que todos la oyeran—. Destruir los motores no sería suficiente, porque siempre podrían construir otros. Debemos destruir la posibilidad misma de que se vuelvan a construir y eso solo lo lograremos si los No-Koríes le temen al motor de fusión tanto como nosotros.

—¿Y cuál es tu plan para lograrlo? —preguntó Sumiko.

—Debemos asegurarnos de que los fusores fallen, que pongan a los No-Koríes en tal riesgo que ellos mismos decidan proscribir su uso. Yo me encargaré de eso, y de forma coordinada una fuerza de Skeppos imprimirá a personajes clave para que ejerzan presión política en contra

de esa tecnología. Cuando intentamos algo parecido con los motores que iban en el Ferrovac fuimos demasiado cautos y no salió bien, por eso esta vez presionaremos con fuerza y actuaremos simultáneamente en todo el mundo. Ese es mi plan, mi Wal.

Sumiko lo pensó unos instantes y entonces respondió.

—Adelante, Denisse, el Súmmum está contigo —dijo Sumiko.

Dos horas después, la mayor operación que el Súmmum hubiera coordinado en décadas estaba en marcha.

Y Denisse estaba a cargo.

CAPÍTULO CATORCE

Kor revelado

Muff colocó el último contenedor del día sobre la pila, verificó que quedara asegurado y parqueó el montacargas en su superficie de recarga.

—Muff, vamos con los muchachos a oír música y comer algo. ¿Vienes? —preguntó Paulo.

—Gracias, estoy cansado y...

—... cansado y quiero ir a casa a dormir. Sí, ya sabemos, la misma historia de siempre. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió Muff despidiéndose.

Eran buenos tipos, pero a Muff no le llamaba la atención ni un poco ir a escuchar música. Además, no sabía a dónde irían ni qué tan costoso podría ser el lugar.

Unos diez minutos antes de llegar a su destino, su visor vibró. Eso no le gustaba. Una llamada inesperada solía significar que le cortarían un día de trabajo o peor, pero no responder no solucionaría ese problema. Se sorprendió aún más. Era una mujer desconocida y su visor no mostraba identificación. Los que podían darse el lujo de llamadas privadas como esa no eran el tipo de persona a quienes frecuentaba Muff.

—¿Hola? —acertó a decir.

—Señor Pótcher, mucho gusto. Sé que no me conoce, pero por favor concédame un minuto. No he podido evitar notar que ha visitado varios bares de la zona de la plaza menor, pero nunca el Galaxy. ¿Puedo preguntarle la razón?

«¿Y a esta qué le importa?»

—¿Y usted quién es y por qué le interesa, si puedo preguntarle?

—Por supuesto, discúlpeme por favor. Usted sabe que hoy en día se registra todo, y el Galaxy es el mejor bar de la zona, pero aun así usted nunca ha ido. Le propongo un trato. Le daré una entrada de cortesía. Usted va y lo prueba y luego me dice que le pareció. Si no le gusta no volveré a molestarlo. ¿Está bien?

Muff estaba a punto de responder, pero notó que el holo de la señora había desaparecido y en cambio recibió otra notificación en su visor de pulsera.

Bar Galaxy, Barra libre a nombre de Muff Pótcher.

Muff no dejó de mirar la imagen del pase de cortesía, hasta que la alarma le notificó que había llegado a su paradero.

«Al demonio si le voy a hacer caso a una loca», pensó, y se dirigió al Cristales, su bar de los martes, pero unos treinta pasos antes de llegar no pudo dejar de notar la música y ambiente animados de un local cercano.

El Galaxy.

Disminuyó el ritmo de sus pasos. Ese bar estaba fuera del alcance de su billetera, pero muy al alcance de sus pies, que sin darse cuenta lo llevaron a la entrada. El portero era un holo sonriente y semitransparente, gracias al cosmos. Si era un engaño, como lo sospechaba, al menos no haría el ridículo frente a un ser humano de carne y hueso.

—Eh, no sé si este pase de cortesía está bueno —dijo, acercándose al neuroescaner.

—Por supuesto, déjeme revisar, por favor. Sí, señor Pótcher. Barra libre de alimentos y bebidas. ¡Espero que disfrute su primera visita al Galaxy!

—Gracias —dijo, y trató de dirigirse a la barra, pero estaba llena. Una notificación le informó que se le había asignado una mesa, y no cualquiera. Era discreta gracias a que la rodeaban macetas con plantas en flor, atendida por una mesa robot.

—Por favor, lléname una botella de Ginebra Rex Sinth.

—Lo lamento, señor Pótcher, no disponemos de máquinas de licores sintéticos. ¿Puedo sugerirle cambiarla por una botella de Gin Vuur?

Muff no sabía nada de esa bebida, pero si no era sintética debía costar un dineral.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Ciento cincuenta solares y está cubierta por su pase de cortesía, al igual que cualquier otra bebida o alimento que desee, siempre y cuando sean para consumir dentro del establecimiento —respondió la mesa robot.

—Bien, tráeme eso y algo de comer, por favor.

—Con gusto—dijo la mesa, que se deslizó con rapidez hacia la barra para recoger el pedido.

«Preguntar precios aunque tenga barra libre y agradecer y saludar a robots, aunque les importe un bledo. Soy un idiota» , pensó Muff, «pero un idiota con suerte» , reflexionó sonriente, al ver llegar la robomesa con su bebida y lo que prometía ser la cena más suculenta que había probado en meses.

Unas semanas después, Sofí estaba concentrada en su panel de instrumentos. Aunque el holo se administraba sobre todo por inteligencia artificial, quería estar segura de corregir a tiempo cualquier fallo que pudiera presentarse. Hasta ahora, sin embargo, el desempeño había sido impecable.

El remolque que había comprado y adaptado Jonás era una monstruosidad que albergaba un moderno laboratorio en su interior y la más reciente tecnología que pudieran llegar a necesitar, según creía Jonás.

—De nada te va a servir si tienes que estudiar a Korís en otras ciudades. O, ¿es que piensas subirlo en la carga del Ferrovac y llevarlo a todas partes?, porque apuesto a que eso no pasa inadvertido —dijo Sofí.

—Estoy trabajando en la versión portátil, pero ya que tenemos la suerte de tener a Muff en esta ciudad, aprovechémoslo —respondió Jonás.

—Ajá —musitó Sofí.

—¿Ajá?, ¿eso es todo?

—Ya sabes lo que pienso, y en todo caso te estoy ayudando. No sé de qué te quejas.

—No me quejo, pero me preocupa sentirte tan distante.

Al fin, la mirada de Sofí dejó el panel y se fijó en Jonás.

—Siento lo que siento, Jonás, y no estuve ni estaré de acuerdo en aprovecharnos del alcoholismo de un pobre hombre para nuestros fines. Y ahora, tu trailer-lab. Me parece que estamos tratando a Muff como una rata de laboratorio.

—Pero es que no hemos dado con otra solución, Sofí. Tú sabes lo que está en juego, y es mi familia nada menos. Necesitamos comprender a qué nos enfrentamos, y sabes que no le voy a hacer ningún daño. Además, no es que yo lo haya vuelto un alcohólico. De hecho ahora está mejor que antes —dijo Jonás, que no bien hubo terminado de hablar se arrepintió, aunque era demasiado tarde.

—¿Mejor que antes? Tomar alcohol costoso y en lugares más bonitos no es estar mejor, Jonás, ¿no lo entiendes? Se está hundiendo mientras nosotros lo observamos impávidos, recogiendo con una red los restos que quedan flotando. ¿Es eso lo que quieres? ¿Y qué pasa si además así sale mal y sufre algún daño?

Jonás se estremeció. Sabía que Sofí tenía razón en muchos aspectos, pero no había visto otra opción. Se aferró al último argumento de ella.

—El suéter incorpora tanto la tecnología de los polimorfos como una versión mejorada de los Exomeds. Estará protegido ante cualquier contingencia médica. Lo cuidaré bien Sofí.

—Lo cuidaremos, quieres decir. Y ya es hora.

Desde la sala de control del trailer-lab, Jonás y Sofí observaban los acontecimientos en un holograma, transmitido desde el bar por el sistema de cámaras que habían interceptado. Era la hora de la llamada y Jonás presionó un ícono sobre el holo. El visor de Muff se activó.

—Señor Pócher. Espero que esté disfrutando de la noche —dijo Jonás.

El sistema de Sofí transformó la voz, tono e imagen de Jonás en una

representación en tiempo real de quienes ellos llamaban Avatar cuatro, pero a quien Muff identificaba como *la mujer misteriosa*.

—*Como siempre señora; este lugar es fabuloso* —respondió Muff al holo arrastrando las palabras.

—Me alegra que le guste. Quise escoger este lugar porque hoy es un día especial. Debo decidir si esta situación continuará o nos despediremos para siempre. ¿Usted qué desea? —preguntó Jonás.

—*Pero ¿por qué? ¿Qué hice mal? Tal vez si usted me dijera...* —respondió Muff.

—Es una decisión que debo tomar, pero aún no está hecho. Si está interesado en la posibilidad de continuar disfrutando de sus martes y jueves y tal vez más, debe salir ahora mismo y subir a un auto que lo espera. No se preocupe por saber cuál es; le llamará la atención, pero debe ser ya —dijo Jonás, y cortó la comunicación.

Sofí mantuvo la concentración en la imagen de Muff, quien no disimuló su expresión de preocupación. Trastabilló hasta la salida y casi cae al salir rápido al parqueadero.

Jonás activó las luces estroboscópicas y las puertas del auto y Muff se subió con torpeza. Esa parte del plan quedó lista y miró a Sofí con una sonrisa, pero ella no desvió su mirada del holo. En cambio activó el oscurecimiento de las ventanas y puso en marcha el auto.

—Lo pondré en un circuito aleatorio hasta que tome una decisión —dijo Sofí.

—Buena idea —respondió Jonás

A continuación activó el intercomunicador y se preparó para hacer la propuesta a Muff.

—Aprecio que esté aquí Muff y por eso voy a ir al grano. Usted es un hombre inteligente y sabe que no es normal que una mujer aparezca de pronto y le invite a los mejores lugares de la ciudad sin razón alguna, así que es obvio que quiero algo de usted. Le he dado una muestra de lo que puede obtener y ahora le quiero hacer una propuesta. Lo primero y más importante es que entienda que usted no podrá hacer preguntas. Simplemente dirá si acepta o no. No es negociable. ¿Entiende este punto? —preguntó Jonás.

—*No haré preguntas y diré sí o no, siempre y cuando usted explique*

exactamente su propuesta —dijo Muff, causando al fin una sonrisa en Sofí.

—Por supuesto. Explicaré detalladamente todos los puntos y al terminar usted me informará su decisión. Si no acepta, este auto lo dejaré ante la puerta de su casa y podrá llevarse como despedida la botella de ginebra y quinientos solares que están en el contenedor y nunca volveré a contactarlo. Si acepta, le transferiré a su cuenta treinta mil solares de forma inmediata, que se desbloquearán tan pronto se cumpla el objeto de nuestro acuerdo esta misma noche —prosiguió Avatar cuatro mirando a Muff, quien pareció impresionado por ese valor.

—¿Treinta mil? —dijo Sofí enarcando las cejas.

—Después de todo lo que me dijiste, diez mil parecía muy poco.

Ella sonrió, pero no hizo más comentarios. Su sistema filtraba muy bien la charla casual para que Muff no la escuchara o el Avatar cuatro no actuara cuando no correspondía, pero era mejor no tentar a la suerte.

—*Por favor siga* —dijo Muff.

—Le diré ahora las reglas de nuestro acuerdo. Usted habrá cumplido su parte si: primero, no hace preguntas; segundo, permanece en el estudio hasta su culminación, que en ningún caso será superior a tres horas a partir del momento en que acepte, si es que acepta; tercero, puede contestar o no a mis preguntas y comentarios, pero por ningún motivo puede mentir; y cuarto, si acepta deberá desnudarse de la cintura para arriba y usar el suéter que se encuentra bajo su silla, el cual devolverá al terminar. Esta prenda cumple varias funciones y la primera es que le inyectará una droga que le sedará y además le impedirá recordar lo que ocurra desde ese momento hasta que sea llevado nuevamente a salvo a su hogar. Por mi parte, me comprometo a no poner en riesgo su salud, ni infligir dolor, causar daño físico, o exponer su imagen o su nombre ante otras personas. Finalmente, es posible que durante este tiempo usted experimente temor, confusión o incomodidad. En esos momentos, debe recordar que todos los compromisos de nuestro acuerdo siguen vigentes.

Muff movía las manos con nerviosismo y Sofí, que parecía igual de ansiosa, tomó el control del Avatar cuatro.

—Señor Pócher, entiendo que puede tener muchas dudas en este momento y solo puedo decirle que no hay engaño alguno. Puede decidir

creer en mis palabras y aceptar o desconfiar y marcharse a casa con sus quinientos solares y su botella. ¿Cuál es su respuesta, acepta o no? — preguntó.

—*¡Acepto!* —dijo Muff—, *¡pero si sale con algo muy loco me voy y no me importa perder esos treinta mil!* —agregó, mientras se quitaba la ropa y se ponía el suéter.

—En ese caso señor Pótcher, nuestro acuerdo inicia en este momento. Mientras tanto puede relajarse; El sedante tardará unos quince minutos en hacer efecto y llegar hasta el lugar del estudio tomará unos treinta. Y todo lo que hay en el contenedor es suyo; puede tomarlo —indicó Jonás, al tiempo que desactivaba la imagen del Avatar.

Jonás tenía la esperanza de conversar con Sofí durante el trayecto. Lo habían planificado como un recorrido largo ya que treinta minutos en auto significaba, para un eventual perseguidor, un radio de búsqueda de más de setenta kilómetros. Era una precaución tal vez exagerada, pero en este momento Jonás la celebró, ya que las cosas con Sofí no estaban bien. De hecho, nunca habían tenido una relación tan tirante. Sin embargo, sus esperanzas se evaporaron.

—Voy a aprovechar estos veinte minutos para estudiar para mi examen de mañana. Por favor, solo interrúmpeme si es algo urgente —dijo ella.

Jonás simplemente asintió y, resignado, se puso a revisar que todo estuviera en su sitio, esperando la llegada de Muff, quien según todos los sensores se encontraba en perfecto estado aunque inconsciente por los sedantes

Veinticinco minutos después regresó Sofí, que se puso de inmediato a revisar sus propios asuntos. Solo unos segundos después vieron el auto acercándose. Los dos lanzaron una inspiración profunda, casi que al unísono.

El mecanismo de acople del auto y el trailer-lab funcionó como tantas veces había ensayado Jonás. Consistía en un túnel de metal que bajaba desde el remolque hasta el nivel del piso y se acoplaba a la estructura del auto engullendo por completo el espacio de la puerta. De esa manera, lo que ocurriera entre el auto y el remolque estaría oculto a cualquier posible observador, aunque el lote donde se encontraban pertenecía a Jonás y estaba desierto, excepto por Sofí, Jonás y

un posible Korí inconsciente, que fue trasladado del auto al trailer-lab.

Según el plan, Sofí se haría cargo del interrogatorio mientras que Jonás estaría en control de la batería de sensores. Estos incluían detectores ultrasensibles para un enorme espectro de variables. Que él supiera, ningún laboratorio del mundo disponía de sensores tan variados, pero es que a diferencia de los demás, Jonás no tenía ni idea de cuál de todos ellos serviría para su propósito y detectaría algo, si es que lo detectaba.

Jonás activó el suéter para despertar a Muff, quien poco a poco salió de la inconsciencia.

—Señor Pótcher, por favor háganos de su trabajo en el circo —pidió Sofí, mirando en su pantalla las preguntas esenciales que habían preparado.

En el monitor, Jonás observó la aceleración del ritmo cardíaco de Muff.

—*Trabajé en un circo hasta hace algunos días. Hacía oficios varios* —explicó.

—¿Y antes de eso, señor Pótcher? Cuál era su trabajo en el circo antes de realizar oficios varios? —insistió Sofí.

—*Antes hacía otras cosas. Salía al escenario y entretenía al público. Para eso están los circos, y yo era un buen empleado* —exclamó.

—¿Exactamente en qué consistía su número, señor Pótcher?

Muff guardó silencio. Estaba en su derecho según el acuerdo.

—¿Su número tenía que ver con hacer figuras con fuego? —preguntó Sofí.

—*Así es.*

—¿Por qué dejó de hacer su número señor Pótcher?

—*Mi número ya no les parecía tan bueno. Encontraron alguien que hacía todo tipo de maniobras con el fuego. Ni yo había visto algo así en mi vida; era lógico que lo contrataran, y a mi me permitieron seguir trabajando en otros quehaceres.*

—¿Entonces usted reconoce que esa persona era mucho mejor que usted haciendo ese número?

Muff hizo cara de disgusto.

—*Sí, hacía buenos trucos* —confirmó.

—Su reemplazo, ¿cómo podía hacer todos esos trucos?

—Tenía toda una parafernalia de aparatos detrás del escenario. No entiendo como funcionaban, pero los que hacían el trabajo eran esas cosas; mi reemplazo era un actor.

—Y usted, señor Pótcher, ¿utilizaba esa clase de equipos? —volvió a preguntar Sofí.

Muff calló.

—¿Podía usted realizar el número del fuego sin ayuda de equipos tecnológicos?

Muff miró el cronómetro: 2:15.

—Le voy a ahorrar dudas Muff. No estoy tratando de averiguar si usted puede manipular fuego sin usar trucos o máquinas. Eso ya lo sé. También sé que llevaba al circo una maleta llena de aparatos inservibles, a los que atribuía su talento para no despertar sospechas —dijo Sofí.

Los signos vitales de Muff incluían ritmo cardíaco disparado, sudoración y lividez. Estaba aterrorizado.

—Muff, como se da cuenta, sé más de lo que usted creía, pero lo que de verdad ignoro es, ¿cómo perdió su talento? ¿Fue el alcohol el que lo causó, o decidió beber hasta casi matarse porque lo perdió? Aunque hay otra opción... Es posible que quien verdaderamente tenía talento natural fuera su reemplazo y toda su parafernalia fuera para despistar, como creí que hacía usted con la maleta, ¿es eso? —preguntó con cara de incredulidad el Avatar cuatro.

—*¡Talento natural ese tipo!, déjeme decirle que el talento natural no se puede apagar con un interruptor señora* —replicó Muff.

—Entonces qué es lo que castró su talento natural, señor Pótcher, el alcohol en su cerebro? —preguntó con brusquedad Sofí.

—*¡Nada! Nada apaga ese talento, como usted le llama* —respondió desafiante Muff.

—Lo que hacía en ese circo era increíble, Muff, hermoso y temible a la vez. También sé lo que hacía su reemplazo; era espectacular, pero concuerdo con usted. Puros trucos dignos de un *show* del holo. Por eso quiero entender, por eso he invertido tanto en usted; por qué perdió su... don? ¿Prefiere esa palabra?

Muff miraba directamente al Avatar, lo que para Sofí y Jonás significaba que los miraba directamente a ellos. Era la mirada de alguien que parece a punto de lanzarte un golpe o un insulto.

—*Como le dije, señora, nada apaga el Kor, sí, ese es el nombre, sin eufemismos* —repuso Muff con voz firme, mirando de frente a la cámara contra la que lanzó una onda de calor que no causó daños, pero produjo un gran sobresalto en Sofí y Jonás pese a que estaban a varios metros de distancia protegidos detrás de varias pantallas.

—¡Tengo lecturas nuevas! —dijo Jonás emocionado.

Muff se veía decepcionado. Al parecer creía que lograría quemar el proyector que le mostraba la cara de Avatar cuatro y no había reparado en que una delgada capa de material transparente protegía los equipos. Miró despectivamente la imagen en el visor y se cruzó de brazos y piernas recostándose contra el asiento.

—*Espero que lo haya disfrutado. A partir de ahora guardaré silencio y esperaré a que me entregue lo que me gané* —dijo con tono displicente, cerrando los ojos y sonriendo a medias.

—Necesitamos información. Debes presionarlo —dijo Jonás.

—Podemos darle un tiempo para que lo piense. Seguro se aburre y entabla la conversación él mismo.

—No lo hará. Solo está mirando el reloj esperando que pase el tiempo y si simplemente lo dejas allí se irá y nos quedaremos sin mucho —dijo Jonás—. Ya lo habíamos acordado.

Sofí aún se tomó un respiro antes de abrir nuevamente la comunicación.

—Por supuesto cumpliré mi parte, señor Pócher, pero aún tenemos un poco más de tiempo para hacer algunas pruebas, siempre acordes con el trato, no lo dude. Siéntase en libertad de usar su *poder* tanto como desee —señaló.

Jonás puso en marcha la siguiente fase del plan. Era la que más resistencia había generado en Sofí y en él mismo, pero era necesario. Activó el programa del suéter y este, antes flexible y suave como seda, se tornó rígido y forzó las manos y brazos de Muff a separarse sujetándolos con fuerza irresistible a los apoyos del asiento. Muff luchó, pero pronto notó que era inútil. El suéter impedía cualquier movimiento de la cintura al cuello y entonces continuó su expansión, subiendo por la nuca y cubriendo por completo la cabeza, dejando libres solo los ojos, oídos, nariz y boca. Lo mismo ocurrió de la cintura para abajo y cubrió e inmovilizó a Muff hasta la punta de los pies.

—*¡Me dijo que no me haría daño, maldita mentirosa!* —chilló Muff aterrorizado.

—Está perfectamente a salvo, señor Pócher. Se que es muy incómodo, pero no corre peligro. No dejaré de cumplir ninguno de mis compromisos y le hago una propuesta adicional. Si me da una muestra honesta de su verdadero *poder*, podrá irse de inmediato con un dinero bien ganado. Si no lo logra, puede relajarse y esperar a que termine. Faltan una hora y veinte minutos —informó sin cambiar la expresión. Y siempre tiene la posibilidad de solicitar terminar anticipadamente; es su decisión.

Muff pareció meditar sobre la propuesta. Por un momento pareció que lo lograba. Su ritmo cardíaco y respiración disminuyeron hasta un punto casi normal, pero luego se dispararon de nuevo.

—Debe tener un ataque de claustrofobia —dijo Sofí. Debemos detenernos.

—No es claustrofóbico. Solo tiene ansiedad por la restricción de movimiento.

—Da igual, está sufriendo. Libéralo, ¡ahora!

Jonás estaba decepcionado. Se irían sin mucha información, pero era cierto que Muff la estaba pasando muy mal. Jonás estaba por desactivar el suéter cuando la misma Sofí lo interrumpió.

—Espera, está pasando algo.

En efecto, Muff parecía haberse calmado de nuevo. Tenía los ojos cerrados y frente a él un filamento de aire empezó a brillar y luego se disparó contra el lugar de la pantalla que protegía el proyector con la imagen del Avatar cuatro. El impacto hizo vibrar toda la estructura, aunque no causó daños.

—Las lecturas son similares a las anteriores, pero mucho más potentes. El golpe de esa lanza de luz fue más poderoso que el de una arma de fuego.

—Y eso a pesar de que sigue borracho —dijo Sofí, que tomó el intercomunicador de nuevo.

—Impresionante Muff, pero puede hacerlo mucho mejor. Creo que su problema es todo ese alcohol en su sangre. Permítame ayudarle.

A una señal de Sofí, Jonás puso en marcha la rutina básica de limpieza de los componentes médicos del suéter que eliminó las toxinas

producidas por el alcohol y otras por los malos hábitos de alimentación y del tipo de vida de Muff.

—He eliminado todo rastro de alcohol y de otros tóxicos de su organismo Muff. ¿Cree que ahora pueda hacer un intento más serio?

Muff no respondió con palabras, pero casi de inmediato, y en el mismo lugar en que antes tomara forma la lanza de fuego, se hizo visible una diminuta esfera de fuego, que se movió lentamente, flotando hasta entrar en contacto con la pantalla transparente de nanoglass.

—Es mucho más fuerte que antes —dijo Jonás emocionado—. ¡Los sensores se volvieron locos!

—Yo también lo siento. ¿Estamos realmente seguros aquí?

—Tan seguros como las precauciones que tomamos. Sí, creo que estaremos bien dijo Jonás, que no obstante parecía nervioso.

En el laboratorio, la esfera aumentó su brillo opacando con su luz a todas las demás luces del lugar y una fina columna de vapor azul se levantó desde el punto de contacto. Lentamente, como un cuchillo caliente en mantequilla, penetró de forma inexorable en la pantalla protectora hasta detenerse en su interior por unos instantes, convirtiéndose en el epicentro de cientos de cicatrices luminosas que se propagaron en todas direcciones cubriendo por completo la superficie de la pantalla, que perdió su transparencia y empezó a caer por pedazos, hasta desaparecer.

Sin nada que la obstaculizara, la esfera flotó perdiendo brillo a medida que aumentaba su tamaño, alcanzando todo el espacio ocupado por los equipos que Jonás había instalado y que chorrearon derretidos al piso, formando una masa humeante cada vez de mayor volumen.

En el cuarto de control ubicado unos metros detrás de los equipos destruidos, Sofí y Jonás empezaron a sudar. Pese a las protecciones térmicas que había instalado, el aumento de temperatura era notorio. Jonás no apartó el dedo del botón de pánico. Si lo presionaba, una dosis de medicamento sedaría a Muff de forma inmediata y los extintores y enfriadores del trailer-lab se activarían, pero repentinamente la esfera de fuego desapareció y las alarmas de signos vitales empezaron a brillar.

—¡Se está asfixiando con el humo! —gritó Sofí.

En un instante, Jonás puso el suéter en modo supervivencia. De esa manera protegió a Muff del calor y de respirar humo tóxico y lo estabi-

lizó ante posibles sustancias dañinas que hubieran alcanzado sus pulmones o sistema circulatorio.

Jonás había previsto, que al tratar con un Korí capaz de manipular fuego, este pudiera causarlo en cualquier parte del trailer-lab, estuviera o no protegido por pantallas de nanoglass o cualquier otro material. Por eso había dispuesto que si esto sucediera se activaría inmediatamente el protocolo de pánico, pero si el fuego se limitaba al área del laboratorio, bastaba poner en marcha protocolos de extinción de fuegos y limpieza. El sistema automático de supresión de fuego había funcionado bien y el aire viciado se extrajo con prontitud. Para el tema de limpieza la solución de Jonás era gradual. Había contemplado desde drones aseadores hasta una solución más radical, un laboratorio gemelo que reemplazara al destruido. Los dos estaban contruidos sobre una base que combinaba componentes giratorios con plegables. Dado el nivel de destrucción causado por el fuego, fue necesario aplicar esa última opción, pero el resultado fue que cuando Muff finalmente se recuperó por completo, se encontró con todo en perfecto orden.

—No creo que podamos pedirle más dijo Jonás.

—Por supuesto que no, pero sí deberíamos darle algo más. La limpieza profunda, puede funcionar con él? —preguntó Sofí.

Jonás revisó su terminal. La cantidad de información obtenida era increíble. Tardaría muchos días, o semanas, en tener una idea clara de lo que significaba, pero algo que habían podido estudiar con detalle era la fisiología de Muff. Hizo varias simulaciones de la neuro recodificación, lo que Sofí llamaba Limpieza Profunda, hasta que encontró un camino.

—Tiene excelentes chances siempre y cuando lo haga voluntariamente, o su neurocom rechazará el procedimiento.

Sofí retomó el intercomunicador.

—Gracias Muff, en lo que a mí respecta ha cumplido su parte; el auto en que llegó lo dejará frente a la puerta de su hogar, pero antes de que se vaya hay algo más que quiero ofrecerle, si está interesado

—*No señora, no creo que esté interesado. Prefiero llegar a mi apartamento cuanto antes, si no le molesta* —contestó Muff.

—Lo que quería decirle, es que sus treinta mil solares no durarán mucho por su adicción al alcohol, señor Pócher y...

—*¡Usted sabía de mi gusto por el licor, señora* —gritó Muff apun-

tando con el dedo al visor—; *de hecho ambos sabemos que gracias a eso pudo usarme para su experimento, así que no ponga eso ahora como pretexto para no pagarme!*

—Muff, su talento... perdón, su *poder*, puede ser muy apreciado en industrias más útiles que un circo. Se me ocurren varias opciones que puedo compartirle si usted lo desea..., pero el inconveniente es que no durará mucho en ninguna de ellas si sigue bebiendo como si quisiera morir. Mi propuesta, es que si usted lo desea puede salir de aquí con mucho más que solo dinero. Puedo revertir de su organismo, ahora mismo, todos los efectos biológicos que lo hacen adicto al licor. Aún tendrá que recorrer un largo camino por su cuenta, Muff, pero tendrá de su lado una buena salud y muchas opciones para utilizar su *poder* de forma productiva. Además de sus fondos en la cuenta, claro —concluyó Sofí.

Muff guardó silencio por casi veinte segundos antes de responder.

—*Mire, Amelia. Si de verdad puede hacer eso que ofrece y no implica ahogarme, torturarme o causarme sufrimiento, por mi está bien, pero no quiero demorar más la llegada a mi casa.*

—Ocurrirá mientras duerme en el viaje de regreso. Gracias Muff —contestó Sofí.

Jonás inició el protocolo de regreso. Muff viajaría sedado y el suéter se encargaría de hacer la *neuro* recodificación. Al llegar a su edificio obtendría el dinero y en su terminal una lista de vacantes en oficios en los que podría destacar, gracias al listado de Silvia y la investigación de Sofí. Terminó y vio a Sofí, que acompañaba con la mirada a Muff mirando la proyección del auto.

—Amelia es mucho mejor que Avatar cuatro. Se nos debió haber ocurrido a nosotros.

Sofí al fin sonrió. Hacia rato que no lo hacía con naturalidad.

—Sí, también me gusta —respondió ella.

—Y ya que rebautizamos a Avatar cuatro como Amelia también podemos cambiar polimorfo por poliesfera. Mi madre tenía razón, polimorfo es horrible.

Sofí no hizo comentarios y mantuvo la mirada fija en la consola. Pese a que había ayudado y sido determinante en el experimento con Muff, Jonás sintió que seguía lejana a él.

—Muff me cae bien. Espero que la neuro... la limpieza profunda funcione —dijo Jonás, sobre todo para intentar obtener alguna reacción positiva de ella.

—Yo también, por él y por nosotros. Así al menos lo compensamos por el mal que le causamos.

—Pero Sofí, si no le causamos ningún mal. Todo fue de común acuerdo, seguimos las reglas, no lo engañamos nunca y ahora tiene más dinero que en mucho tiempo y la oportunidad de tener un buen trabajo, donde use su poder de forma beneficiosa para él y para la sociedad.

—Eso es verdad solo en parte, Jonás, ¿no lo entiendes? Accedió a lo que le pedimos porque nos aprovechamos de su vulnerabilidad, seguimos las reglas que nosotros mismos diseñamos a nuestra conveniencia, lo torturamos, ¿sabes?, no física, pero sí psicológicamente, para obligarlo a hacer lo que queríamos, ¡y casi se asfixia! Y no me digas que él tenía la posibilidad de renunciar en cualquier momento, porque no se trata de una persona que tuviera muchas opciones en su vida, por eso lo elegimos, ¿recuerdas?

—¿Pero entonces qué quieres que haga? Estoy tratando de lidiar con esto de la mejor forma, pero no voy a obtener nada si simplemente me quedo esperando que la información para comprender la amenaza sobre mi familia me llegue espontáneamente. Necesito seguir adelante, pero te prometo que discutiremos juntos la mejor forma de hacerlo. No volverá a pasar lo de Muff, ¿de acuerdo?

Sofí tenía los ojos brillantes por las lágrimas. Se acercó y tomó la cara de Jonás entre sus manos.

—Sé que estás dispuesto a intentar hacerlo mejor. Hoy te pedí que lo liberaras y estuviste dispuesto a hacerlo, y luego fui yo misma quien te detuvo porque estaba sucediendo algo. Tú te debatirás entre hacer lo que sea por salvar a tu familia y el no llegar a cruzar líneas éticas, y en ese dilema podrías no lograr lo uno o lo otro, pero es tu familia, lo comprendo, solo que ya no quiero ser parte de esto porque lo que ya he hecho casi me destruye, no me reconozco y creo que lo mismo te pasa a ti.

Lo besó en la mejilla y salió apresuradamente del trailer-lab.

—Yo te llevaré. No debí involucrarte tanto, perdóname por favor. Te

amo, y te mantendré alejada de lo que haga, te lo prometo —dijo Jonás que corrió tras ella.

—Yo también te amo, pero eso no cambia nada. Te dije que no quiero ser parte de esto, y no basta con que tú lleves la carga y yo finja que no pasa nada porque si sigo contigo volveré a involucrarme, es inevitable. No, Jonás, es tu cruzada. No puedo acompañarte más. Y no me sigas por favor, el auto taxi me está esperando.

Sofí se giró y corrió hasta desaparecer tras la doble puerta que daba acceso a la propiedad, mientras Jonás observaba mudo como se iba el amor de su vida y ninguna palabra vino en su ayuda para intentar detenerla.

CAPÍTULO QUINCE

Solo

Desde su graduación, Jonás había dejado su antigua habitación del campus y se había pasado a vivir en un hotel de larga estadía cerca de la universidad para poderse encontrar con Sofí con frecuencia.

Sin embargo, no tuvo deseos de dormir allí luego de los sucesos de la noche anterior. Ella había bloqueado su contacto, así que pasó la noche en el tráiler y así pudo dedicar toda su atención y tiempo a estudiar los datos recolectados con Muff.

Aunque aún faltaba mucho análisis, ya había podido sacar algunas conclusiones interesantes.

La primera fue, que al menos en el caso de Muff, la mayor parte de los instrumentos no captaron nada. Por supuesto, él sabía que las probabilidades de que un detector de neutrinos sirviera de algo en esa situación, era mínima, aunque había que intentarlo de todas formas, pero era muy pronto para pensar en donar ese y otros equipos. Necesitaba primero estudiar a un número significativo de Koríes, pero Sofí tenía en su poder una parte del material que habían trabajado juntos y eso incluía la hoja de prospectos, que era un listado con nombres y ubicación de dos docenas de posibles Koríes. Si no lograba contactarla, tendría que iniciar el trabajo de nuevo.

Un reducido grupo de sensores, en cambio, demostró actividad especial desde el momento mismo en que Muff utilizó su poder, y de allí provenía más del 99% de los datos recolectados.

Y otro grupo de instrumentos capturó una información especialmente interesante, pues se activó tan pronto como Muff se acercó, aunque él aún no había utilizado su poder.

Jonás no lo había notado la noche anterior porque la actividad era casi imperceptible, pero el terminal de análisis detectó el patrón en seguida.

El problema era que el detector solo era capaz de operar a muy corta distancia, apenas un par de centímetros. Por sí solo, ese descubrimiento era vital. Si lograba perfeccionarlo, significaría que contaría con un detector de Koríes, pero aún había muchas preguntas por resolver de las cuales Jonás quiso concentrarse en dos: ¿funcionaría con Koríes de todos los símbolos o solo algunos? ¿Había posibilidades de usarlo a distancias más largas?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un aviso de su terminal. Había recibido una entrega por dron.

Era de Sofí.

De inmediato, Jonás ordenó a su propio dron que trajera el paquete desde el punto de entrega ubicado a la entrada. Por seguridad y confidencialidad, Jonás había impuesto una restricción de sobrevuelo sobre su propiedad, así que las compras eran entregadas en una zona de descargue a la entrada de la mina, como eran conocidas su ocho hectáreas de tierra infértil, ocupadas actualmente por una entrada clausurada a la antigua mina que daba nombre a la propiedad y una vieja bodega hasta hace poco abandonada, pero ahora modernizada en parte para albergar al tráiler y algunos equipos de laboratorio instalados por Jonás.

Su dron entró por una compuerta ubicada en lo alto del techo que se abrió para darle paso, y depositó su carga sobre una mesa dispuesta para tal fin a unos cinco metros del tráiler. Luego regresó por donde había venido.

Jonás abrió la caja con cierta esperanza en el corazón, pero esta pronto se esfumó. Sofí simplemente le estaba devolviendo algunas cosas de su propiedad que estaban en su poder. Pudo encontrar la libreta de Silvia con el listado de prospectos en su interior, y una caja que reco-

noció en seguida. Era el giroscopio, y venía acompañado por una nota escrita de puño y letra de su...

«¿Ex novia?» , pensó.

Me pareció un giroscopio normal, hasta ayer. Llegué a mi habitación, lo puse a girar mientras estudiaba para mis exámenes y lo olvidé hasta que terminé, luego de al menos tres horas. Seguía girando como si nada. Lo seguí mirando un buen rato y siguió igual. Me di un baño y al salir ya se había detenido. Espero que encuentres algún significado a esos hechos y te sirvan de algo.

Sofí.

Era su único mensaje.

Había llegado a pensar que el giroscopio rotando incesantemente había sido un error de observación porque no logró replicar lo sucedido bajo condiciones controladas. Tampoco Sofí, hasta ahora, había podido observar el comportamiento anómalo.

«¿Por qué?» , se preguntó Jonás, y una idea empezó a tomar forma en su mente.

Tomó la libreta con la hoja de prospectos y el giroscopio, y los llevó al trailer-lab. Puso a girar el juguete, que ubicó a espaldas de su escritorio, y trató de olvidar que estaba allí concentrándose en el análisis de datos. Al principio tuvo que hacer un esfuerzo por ignorarlo, pero luego estaba tan absorto en su trabajo que realmente olvidó su presencia.

La lista de prospectos incluía veinticinco nombres que Sofí había identificado como posibles candidatos, y que había localizado gracias a una investigación tan concienzuda como solo ella podía hacerlo.

Catorce de dichos nombres eran de artistas de circo y los restantes de otras profesiones. Una de ellas era una médica oncóloga.

Jonás lo recordaba. Cuando empezó a revisar la libreta de Silvia, notó que había referencia a una oncóloga, y por lo visto Sofí había localizado a una posible persona que correspondía con la descripción. Jonás leyó el nombre.

Yasmine Relish M.D, Hôpital d'enfants de N'Djamena.

Jonás no sabía nada de ese hospital. Lo buscó en la red y se sorprendió al encontrar que el hospital de la doctora Relish quedaba en Yamena, capital de Chad en África. Era un centro médico pequeño que

prestaba sus servicios a nivel local y la doctora Relish figuraba como médico general.

Consultando sus estudios universitarios, pudo comprobar que la doctora había estudiado medicina en la universidad de Oklahoma y realizado su especialización en Oncología en la universidad estatal de Pensilvania.

Jonás no identificó lo que le había llamado la atención a Sofí sobre ella. No existían artículos alabando sus grandes resultados o resaltándola en manera alguna y parecía ser bastante inestable en su trabajo, aunque...

Jonás lo comprendió. La doctora se había graduado de su especialización y de inmediato se ubicó en un pequeño hospital en la región de Francisco Pizarro, en Colombia, América del Sur. Allí trabajó solo un año y se enganchó, uno tras otro, en hospitales y centros de salud de pequeños poblados en Suramérica, Centroamérica y Asia, donde nunca duraba más de uno o dos años. A veces solo seis meses. Esa tendencia cambió en África, donde solía permanecer mayor tiempo en cada trabajo. En Yamena completaba ya cinco años.

Jonás se preguntó si era habitual que un médico especialista en oncología trabajara en hospitales tan pequeños.

Descubrió que no. Lo normal era que ese tipo de instituciones proveyeran servicios de medicina general y remitieran a centros de mayor población los casos que requirieran especialidades, como oncología.

Aún si la doctora Relish decidía trabajar en ese tipo de lugares, estos carecían de los equipos necesarios para el diagnóstico y tratamiento de enfermedades oncológicas.

A menos que...

«¿La doctora Relish no necesita equipos especiales?» , se preguntó Jonás, y lo invadió una sensación de certeza.

Ella era probablemente una Korí de categoría biológica variante uno. Debía ir a Chad y hablar con ella, pero antes necesitaba que sus instrumentos principales tuvieran un tamaño portátil. Esa era la prioridad.

Tomada la decisión, se puso de pie para trabajar en el laboratorio de la bodega, que contaba con algunas instalaciones necesarias para la tarea. Y entonces lo vio. El giroscopio seguía girando con su suave susurro. No le quitó la mirada de encima esperando que, como pasó otras veces, se

detuviera, pero no ocurrió. Ese comportamiento era compatible con la idea que había surgido en su mente.

«¿Se mueve cuando hay actividad cerebral cercana?» , pensó Jonás, que recordó como había mantenido su rotación mientras él analizaba la libreta de Silvia la primera vez o cuando Sofí estudiaba para sus exámenes. Y ahora, Jonás había estado concentrado en el asunto de la doctora Relish. En cambio se detuvo a los pocos minutos cuando lo dejó con una batería de instrumentos enfocados en él, pero Jonás sospechaba que estos no eran los causantes de que dejara de girar. En experimentos controlados, Jonás se alejaba del giroscopio y lo observaba a varios metros de distancia a través de una pantalla de nanoglass.

Podía comprobar esa teoría ahora mismo. Enfocó sobre el juguete la lámpara, que contenía en su interior los principales sensores que habían funcionado con Muff. Se esforzó por no mirar los Holo monitores y en cambio abrió el programa de diseño con el cual esperaba encontrar la forma de incorporar toda la tecnología de la lámpara en sus poliesferas.

Al igual que antes, pronto dejó de importarle la presencia del giroscopio y se enfocó por completo en la resolución del problema. Lo hizo ininterrumpidamente por más de cuatro horas y al terminar había proyectado una posible solución, aunque todavía tenía ante sí varias jornadas de trabajo para convertirlo en una herramienta práctica.

Satisfecho se puso en pie para tomarse un descanso y un suave susurro le confirmó lo que ya suponía. El giroscopio seguía girando y los Holo monitores proyectaban gráficas de todos los efectos detectados por la lámpara.

Era evidente que se había producido gran pico de actividad anómala que los monitores representaban con colores de luz visible que ondulaban sobre una imagen de la habitación. Ocupando la mayor parte del espacio en la parte central, mostraba una imagen en tiempo real que en este momento se veía de suaves colores azules y verdes. Y en otras zonas en el marco de la imagen, se apreciaban miniaturas de los momentos de mayor actividad en las últimas cuatro horas, donde predominaban el amarillo, naranja y rojo.

Jonás seleccionó el fragmento de mayor actividad y lo proyectó en la sección central. Claramente visible, el giroscopio desprendía y recibía destellos amarillos y naranja, pero otro punto de la imagen estaba

marcado por un incesante ir y venir de tonos naranja y rojos. Para su consternación, ese punto era el mismo Jonás.

Las últimas dos semanas habían sido muy productivas para Jonás. Logró miniaturizar los componentes de la lámpara y ahora los podía llevar consigo a cualquier lugar, incorporados en una versátil poliesfera y eso le daba una libertad de acción que no había tenido hasta ese momento. Gracias a esto pudo poner en marcha su plan para comprender lo ocurrido con el giroscopio.

«¿Puedo ser un Korí sin saberlo?» , se preguntó.

Comprobar que no lo era fue fácil. Simplemente se sometió a escrutinio del detector de Koríes del trailer-lab. A diferencia de lo ocurrido con Muff, no mostró nada, pero varias posibilidades nuevas se habían abierto y llegó el momento de avanzar en su investigación. Llevó el giroscopio a la universidad y acompañó al padre Hermes mientras vigilaba a los estudiantes que presentaban un examen de termodinámica. Dejó el juguete girando cerca de un joven que parecía muy nervioso, y lo disimuló tras dos libros de física. La poliesfera con los sensores la ubicó estratégicamente en el escritorio del padre que, acostumbrado a verlo con esos dispositivos, no le dijo nada.

El joven nervioso al fin pareció tranquilizarse y se dedicó a responder su examen. Después de media hora Jonás dio una ronda junto a ellos para comprobar el estado del giroscopio. Seguía girando.

Al cabo de otra media hora el muchacho se incorporó.

—Ya terminé, padre —exclamó.

—¿Por qué no aprovechas para revisar tus respuestas, Gio?

—Ya lo hice, padre —confirmó el joven.

—Muy bien, si estás seguro envíalo entonces —concluyó el religioso.

Gio lo hizo y salió del salón sonriente.

—Es típico —le susurró el padre a Jonás—. Desaprovechas la oportunidad de revisar y eso te cuesta el examen.

Jonás sabía por experiencia propia que era cierto. Nunca había reprobado, pero en su primer año había arruinado la oportunidad de

una calificación perfecta por su afán de salir de primero e impresionar a las muchachas de su clase, pero como le pasó a Gio, las muchachas estaban ocupadas resolviendo sus propias pruebas.

Empezó a sentir impaciencia por ver los resultados. Además, ahora que se había marchado su objetivo, Jonás temía que en cualquier momento se detuviera el giroscopio e hiciera ruido al caer de su base, pero cuando se acercó vio que seguía rotando.

La muchacha ubicada detrás de Gio fue la siguiente en salir y Jonás aprovechó que ella estaba hablando con el profesor para tomar el giroscopio y la poliesfera, y se acercó a su mentor para despedirse.

—¿Tè vas Jonás? Tenía la esperanza de que almorzáramos y me contaras qué experimento estás haciendo con mis estudiantes —dijo Hermes como si nada.

Jonás sintió que se le subían los colores al rostro. Creía haber sido muy sigiloso, pero el padre no se había convertido en una eminencia en la academia siendo ingenuo.

—Perdón padre, lo haré, pero no todavía. Tengo varias cosas urgentes que hacer.

—¿Y quién dijo que los ricos no trabajan? Está bien, entonces vete y no peques más —dijo sonriente.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Yasmine

La intención de Jonás era dar una mirada preliminar a la información capturada por la poliesfera en la universidad y luego analizarla más a fondo en la bodega.

En el auto fue testigo de cómo los destellos de colores se intercambiaban con fluidez entre el giroscopio y Gio con tanta fuerza como le había pasado al propio Jonás, pero maravillado, vio que el giroscopio también intercambiaba chispazos con otros estudiantes en las cercanías, aunque con ninguno con la misma intensidad. Sin embargo, cuando Gio terminó y se fue, el turno fue para la chica que estaba en la silla detrás de Gio, y que a la postre fue la segunda en salir.

«¿Coincidencia?» , se preguntó Jonás.

Combinar la información recién obtenida con la disponible en el trailer-lab y la bodega era algo que podía hacer desde cualquier lugar. Sin embargo, disfrutaba estar en su gran laboratorio. Le recordaba los tiempos en que su padre le mostraba diferentes experimentos de física en su laboratorio de la cabaña.

Y hacia la bodega se dirigía cuando la voz del terminal del auto se activó.

—Jonás, tienes una alerta sobre uno de los sujetos que marcaste para seguimiento.

Jonás había trazado un marcador de seguimiento sobre cada una de las personas incluidas en la lista de prospectos. El sistema rastreaba la red en búsqueda de noticias o de registros electrónicos que hicieran referencia al sujeto marcado.

—Informa —ordenó Jonás.

—El sistema del Hospital Infantil de Yamena reporta el ingreso de la doctora Yasmine Relish —respondió el auto.

—La doctora trabaja en ese hospital desde hace varios años —dijo Jonás extrañado

—El registro fue realizado en el departamento de cuidados paliativos del hospital. La doctora Relish ingresó como paciente hace dos días. No hay más información disponible.

Cuidados paliativos. Jonás estaba decepcionado. Había esperado demasiado y ahora podría no conseguir hablar con la doctora.

—Planifica mi viaje a Yamena por el medio más rápido.

Llegar a Yamena fue más lento de lo que Jonás esperaba. La ruta más rápida a esa hora implicaba tomar el Ferrovac al Cairo, a más de cuatro mil kilómetros de distancia de su destino. El resto del trayecto lo hizo en avión, cuya baja frecuencia de salida lo obligó a perder más de dos horas en la terminal aérea. Pese a todo, la experiencia fue emocionante. Le gustaba volar, pero era un medio de transporte poco habitual. El Ferrovac, e incluso los trenes de cercanías de alta velocidad eran una forma mucho más rápida de llegar a cualquier lugar con vagones saliendo permanentemente.

Una vez en la ciudad pensó en alquilar un auto, pero de inmediato rechazó la idea. Todos los autos, tanto particulares como públicos, eran conducidos por personas. El transporte autónomo era inexistente y Jonás nunca en su vida había conducido de forma manual. Por eso se maravilló al ver como infinidad de autos conducidos por personas, sin computadores de ningún tipo gobernando los controles, se movían en todas direcciones sin colisionar.

Se decidió por un taxi. Lo conducía un hombre muy delgado y

moreno que, al verlo, le habló en una lengua desconocida que Jonás supuso era árabe. El traductor en su oído se lo tradujo en tiempo real

—¿Neuro, efectivo o tarjeta? —preguntó el conductor.

Jonás había preparado dinero en efectivo en su maleta de viaje y también una tarjeta bancaria física. Sería muy extraño tener que pagar de esa forma cuando era mucho más sencillo acercar el terminal de su muñeca, pero ese sistema aún no era aceptado en muchos países. Afortunadamente parecía que Yamena contaba con lectores, al menos para los pagos.

—Efectivo —respondió al taxista, que estaba usando su propio traductor, como parecía hacerlo todo el mundo.

Pese a la disponibilidad de pagos a través de su pulsera, quería dejar tan pocos rastros electrónicos como fuera posible. No había olvidado la facilidad con que los extraños habían encontrado el rastro de la grabadora de Silvia.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

Jonás se lo dijo y el taxista arrancó en dirección al hospital.

—Mire, ese es el colegio Tamjara. Tiene más de novecientos estudiantes y es uno de los más modernos de África central —dijo el conductor señalando una construcción de aspecto muy moderno.

Era un hombre agradable y muy conversador, un verdadero guía turístico que se complació en describirle los principales edificios y parques ubicados a lo largo del recorrido. Sin duda, estaba orgulloso del progreso de su ciudad.

Al fin llegaron y Jonás abrió la puerta para bajarse.

—Nuestro hospital infantil. También atiende adultos, y miles de personas de toda África acuden para recibir tratamiento. Ningún otro centro de salud en este lado del mundo tiene tanto éxito —dijo el hombre.

—¡Vaya!, no lo sabía —dijo Jonás quien, pese a su deseo de ir y averiguar por la salud de la doctora Relish, quiso ahondar en esa información.

—Claro, es una de esas cosas a la que no se le hace publicidad, pero que gracias al voz a voz de pacientes y familiares agradecidos, todo el mundo las sabe. Si algún día va a Egipto pregunte a cualquiera dónde es el mejor tratamiento para el cáncer y uno de cada diez le dirán que es su

propio hospital, uno de los más modernos de África, y los otros nueve le van a decir que vaya al modesto Hospital Infantil de Yamena. Y ni hablar de Sudán o de Nigeria. Hacen largos viajes para traer a sus enfermos, y normalmente no se van desilusionados.

—Me alegra saberlo. ¿Y cuál es la razón de ese éxito en los tratamientos?

—Bueno, de medicina no sé nada, pero todos hablan de un personal de médicos de primera, entregados a sus pacientes en cuerpo y alma.

Jonás agradeció al taxista y se bajó. Era sin duda una información importante de la cual no había encontrado evidencias en sus búsquedas en la red, lo cual también concordaba con lo dicho por el hombre con respecto a las cosas a las que no se les hacía publicidad. Y si la doctora realmente era una Korí y tenía algo que ver con el éxito en los tratamientos médicos, las piezas encajaban perfectamente, más aún cuando los registros indicaban que prefería trabajar en lugares apartados y pobres, alejados de la sobreinformación imperante en otras regiones más tecnificadas.

Jonás se dirigió a urgencias, donde dos docenas de personas estaban siendo atendidos por unidades automatizadas de triage que aplicaban tratamientos inmediatos con exomeds en los casos más sencillos, o los remitían a enfermeras y médicos en los casos más serios.

—Disculpe, quiero visitar a una paciente. La doctora Yasmine Relish —preguntó a una mujer sentada ante un holo monitor.

—¿Es usted pariente?

—No, pero una amiga fue su paciente hace años y hace poco se enteró de que estaba enferma y me pidió que la visitara —mintió Jonás, que agregó—. Si pudiera decirle que solo es un momento...

—Se lo pregunto porque la doctora es empleada de este hospital y solo ha recibido visitas de sus colegas, pero en su hoja de vida no tiene registrado a nadie de la familia. Será bueno que reciba visitas de alguien diferente. Siga al cubículo once por favor—respondió con una sonrisa.

Jonás encontró el cubículo y en su interior se encontraba una mujer que aparentaba estar en sus medios sesenta y se veía en buena condición. La gravedad de su mal no se evidenciaba en su aspecto.

Jonás puso una poliesfera en la mesita de noche.

—¿Doctora Ralish? —dijo en voz baja.

La mujer tardó unos segundos y abrió los ojos, mirándolo con curiosidad.

—¿Quién es usted?

—Puede decirme Niko, doctora, aunque no nos conocemos. Una amiga me habló de usted. Se conocieron hace más de veinticinco años. Ella falleció hace poco pero le había hablado de usted a mi madre. Dijo que era una persona muy especial y que, si lograba localizarla, sería muy interesante que la visitara.

Las facciones de la doctora se endurecieron.

—¿Por qué me miente? ¿Me seguirán probando hasta que exhale mi último aliento? Cada vez les he dicho que sé cómo funcionan las cosas y se lo ratifico una vez más. Ahora, lárguese —dijo con voz firme aunque débil.

Las palabras de la doctora evocaron un recuerdo en Jonás. La visita que le habían hecho a Silvia cuando era solo una joven a punto de empezar sus estudios universitarios.

—¿O quiere que llame a la enfermera? Continuó ella.

—Doctora Ralish, creo que sé a qué se refiere, pero se equivoca. No soy parte de ese grupo que va por allí diciéndole a los Koríes lo que pueden o no pueden hacer.

La mirada de la mujer fue de sorpresa.

—Señor, usted dice palabras que no debería mencionar en voz alta en un lugar como este y no lo haría si fuera un Korí, pero no tengo noticias de no-Koríes que tengan la información que al parecer usted sí. ¿Será sincero conmigo?, no tengo mucho tiempo para adivinanzas.

En contra de los consejos que Sofí le habría dado, Jonás decidió confiar en la doctora.

—Esas personas que usted menciona, atacaron a mi padre y tengo razones serias para pensar que mi madre también está en peligro. Soy un no-Korí, como usted dice, lo mío es la ciencia y al verme envuelto en este embrollo me dediqué a investigar, que es lo que mejor sé hacer, para tratar de descubrir a los atacantes y protegernos. Y dije la verdad sobre una amiga mía que tenía noticias tuyas y que llegaron a mis manos, aunque no lo hizo de viva voz sino a través de notas en una libreta que yo obtuve cuando falleció. Me llamo Jonás; ese es mi verdadero nombre.

La doctora no le quitó la vista de encima. Parecía estarlo evaluando.

—Sé muy bien que un Korí no debería hablar de su naturaleza con no-Koríes. La amiga de mi madre se lo dijo pero aún así decidió darle información y lo hizo para tratar de salvarla a ella y a decenas de personas que, sin saberlo, se convirtieron en objetivo de ese grupo. Se lo pido, doctora Ralish, ayúdeme a comprender, no tenemos otra defensa.

Ella lo siguió observando un momento y más y luego dio un gran suspiro.

—Te creo, Jonás. Si me hubieras dicho esas mismas palabras hace solo dos semanas habría entrado en pánico, pero creo que enfrentarse a una muerte inevitable es un hecho tan terrible que te da una perspectiva diferente. Y te confieso que me da una sensación muy agradable, aunque rara, poder hablar con alguien de esto. ¿Qué quieres saber?

—Doctora. Sé que tiene el poder de curar a través de la manipulación de las células o de los microorganismos. ¿No puede curarse a sí misma?

—No es exactamente así como funciona, Jonás —dijo ella con una sonrisa amable—. Ojalá fuera simplemente desear curar y ya, aunque estás bien informado sobre algo. Mi poder se centra en las células y los microorganismos, y quisiera tener tiempo para que me digas como lo supiste, pero no lo tenemos. La forma en que mejor uso mi poder es a través del conocimiento, por eso estudié medicina. Cuando era pequeña podía curar pequeñas heridas y cosas así sin ningún entrenamiento, pero para luchar contra males complejos se necesita saber la mejor forma de usar el Kor.

» Respondiendo a tu pregunta, de hecho sí me curé a mi misma, en parte. Tuve un accidente cerebro vascular grave y trabajé rápido para recuperar mi habla y movimientos antes de que el daño fuera permanente, pero no pude continuar. Me pasó como al bombero que por apagar el fuego de una habitación no se dio cuenta tarde de que el incendio quemaba la manguera. Mientras arreglaba las regiones del habla y motoras el daño alcanzó una región de mi cerebro que supuestamente no era tan vital, pero que de alguna manera afectó mi capacidad para usar el Kor. Y así, me quedé sin herramientas para seguir combatiendo el fuego. Ya no me puedo ayudar a mi misma, ni a nadie más. Lo que pude hacer al principio me dio cierto impulso, pero no el suficiente. El efecto de mi poder se disipa cada instante y ya empecé a sentir el

progreso del daño como si fuera una tormenta distante, de la que solo ves las nubes brillando por los relámpagos, pero que viaja en tu dirección, acelerando; pronto empecé a oír los truenos y ahora... se podría decir que siento el viento húmedo y frío en mi cara.

Jonás pudo imaginarlo. Él mismo percibió el cambio en la cadencia de sus palabras, la vio masajeándose inconscientemente la mano izquierda mientras abría y cerraba el puño.

—Y usted, ¿no sabía que debía proteger esa zona de su cerebro primero? —preguntó Jonás.

—No. Los Koríes aprendemos desde niños a potenciar nuestro poder, a hacerlo más fuerte y a mantenerlo oculto de los no-Koríes, pero apenas sabemos cómo se origina. Tú eres un científico y puede resultarte difícil entenderlo, pero para nosotros investigar sobre nuestro poder es tabú. Por supuesto tenemos inquietudes y nos hacemos preguntas, es inevitable, pero pocos ahondan en el asunto, ni siquiera ellos.

—Ellos —dijo Jonás—, mi amiga los mencionaba. La fueron a visitar en su primer trabajo y le advirtieron que fuera discreta y su respuesta fue similar a la suya. Que sabía cómo funcionaban las cosas, Pero ¿quiénes son?

Yasmine cerró los ojos y Jonás no la apresuró.

Finalmente los abrió y lo miró nuevamente.

—No es fácil deshacerse por completo de los viejos temores, aún en mis circunstancias aunque ya no temo por mí, solo por los demás. Les decimos El Súmmum. No sabemos bien quiénes son, solo que se trata de una cofradía gobernada por Koríes de alto grado y que ejercen cierto control sobre la vida de los demás. Desde que tenemos uso de razón, nuestros padres nos dicen cómo funcionan las cosas. El Súmmum no se meterá en nuestros asuntos, pero, si utilizamos nuestros poderes de forma notoria y atraemos la atención de los no-Koríes, algún miembro nos visitará para recordarnos mantener el bajo perfil, y si te niegas o ignoras las advertencias lo más probable es que desaparezcas, o que te visite un Skeppo y te vuelva papilla el cerebro para que todos te tomen por demente e ignoren cualquier cosa que puedas decir. Entre nosotros, sentimos por ellos lo mismo que se puede sentir por una mafia cualquiera. Temor y deseo de mantenernos lejos de su camino.

—Creo que uno de los que atacó a mi padre puede haber sido un ...

Skeppo. Y mi amiga concluyó que la Tríada, perdón, el Súmmum, eran una opción de trabajo para cualquier Korí. ¿Sabes algo al respecto?

—Claro, si tienes talento te darán la bienvenida, eso te lo dicen también desde niña, y siempre quieren reclutar nuevos miembros. Y lo que dices de tu padre, es posible. Los Skeppos son muy útiles para el Súmmum porque solo necesitan tocarte para meterse en tu cabeza y hacer más o menos lo que les plazca con ella.

—Y los del Súmmum, ¿la visitaron cuando era joven, cómo a mi amiga?

—Sí, tan pronto como empecé a descollar en mis calificaciones. Y después de eso unas cuantas veces a lo largo de mi vida. La última vez fue ayer.

—¿Que ayer la visitaron?!, ¿para qué?

—Para asegurarse de que hubiera hecho los arreglos necesarios. Cuando fallecemos debemos ser cremados, nunca inhumados así que sin duda seguirá viniendo hasta que haya muerto y haya visto mis cenizas. Y no sé por qué, es simplemente la forma en que funcionan las cosas para nosotros.

A Jonás algo no le cuadraba.

—Doctora, ¿quiere decir que supervisan que se cremen todos los Koríes que fallezcan? Es imposible, deben ser millones.

—Ya no me digas más doctora. He hablado contigo de cosas más privadas que con cualquier otra persona, Korí o no. Soy Yasmine. Y respondiendo a tu pregunta, no lo creo. Cuando murieron mis padres nadie nos visitó, sin embargo todo estaba dispuesto para la cremación. Creo que mi caso es diferente porque siempre he estado un poco fuera de su radar y no tengo nadie cercano que se ocupe de esas cosas, pero es solo una suposición.

Lo que ella afirmaba tenía sentido aunque Jonás pensó que en todo caso debían ser muchos los Koríes en situación similar y controlar todos los casos debía ser una labor titánica. Debía haber algún otro factor que filtrara a aquellos Koríes cuya cremación debía ser garantizada.

—¿Y cómo saben ellos de la existencia de otros Koríes? Por lo que he visto, tú no pudiste distinguir si yo era uno o era un no-Korí. ¿O se debe a tu lesión?

En ese momento, la doctora se acariciaba las sienes con su mano derecha, que alternaba entre uno y otro lado.

—No, no podemos saber a priori si una persona es Korí o no, solo los sintientes tienen esa capacidad y hasta donde yo sé todos trabajan para el Súmmum. Trabajan en parejas con un ubicuo, pero cómo detectan Koríes en cualquier lugar del mundo, lo ignoro —dijo Yasmine, arrastraba cada vez más las palabras obligando a Jonás a prestar mucha atención para poderle entender.

Una idea había surgido en la mente de Jonás. Una posibilidad para la que no se había preparado debidamente, sin ningún plan de respaldo y que probablemente fallaría, porque Yasmine estaba muriendo ante sus ojos.

—Yasmine, me gustaría averiguar algo sobre ese sintiente si viene a visitarla otra vez. ¿Le interesa ayudarme?

Ella entornó los ojos. Jonás no supo interpretar si era preocupación o si estaba reflexionando sobre el asunto. O posiblemente un poco de ambos.

—No sé cuánto más voy a mantener el control sobre mi cuerpo. Creo que es cuestión de pocas horas, pero lo intentaré. Qué idea tienes en la cabeza, Jonás?

A cien pasos de lo que llegaría a ser el complejo del Hospital Infantil de Yamena, un terreno que debía convertirse en el nuevo edificio para el cuerpo de bomberos de la ciudad se utilizó provisionalmente como depósito de materiales y maquinaria, indispensables para la construcción del centro de salud así como las vías de acceso, escuelas y otras dependencias que formaban parte del mismo proyecto.

El hospital se concluyó y el cuerpo de bomberos de la ciudad decidió que la ubicación del viejo terreno no era la ideal para sus cuarteles, por lo cual el carácter de depósito provisional pasó a depósito permanente de todo tipo de máquinas y vehículos.

El lugar y las rentas pertenecían a la ciudad, pero el vigilante redondeaba su salario alquilando pequeños espacios para guardar carritos de

comida de algunos vendedores ambulantes, quienes le pagaban diez solares al mes para permitirles estacionarlos allí durante las noches.

A las tres de la mañana, siete horas después de que Jonás concluyera su prolongada visita a la doctora Ralish, los ladridos del perro despertaron al vigilante, quien se levantó de un salto y tomó su escopeta.

«No se van a escapar otra vez» —pensó, amargado por las incursiones que los extraños habían hecho en las últimas noches.

Hasta ahora no habían robado nada, pero suponía que era porque los había ahuyentado. Y no eran niños, como solía pasar. Había visto la sombra de dos hombres adultos caminando en dirección a la salida, pero, sin saber cómo, los perdió de vista.

Esta vez les había puesto una trampa. Había dejado encendida como todas las noches una luz en la caseta de vigilancia que le servía de habitación, pero se ocultó debajo de una manta y se acostó sobre el piso entre un carrito de venta de kebab y uno de postres, que aunque estaba limpio aún olía a baklava. Su escondite estaba justo frente a la puerta, de manera que los ladrones no podrían salir sin toparse con él. A menos que escaparan trepando alguno de los muros, como probablemente entraron, pero entonces no podrían llevar consigo ningún material robado.

Y los vio. Como había supuesto, venían directamente hacia la salida. Estaba muy oscuro para ver detalles, pero eran sin duda dos hombres adultos usando ropa de turista.

Lentamente aferró el arma y se preparó a saltar. Lo hizo, con toda la agilidad que sus sesenta y tantos le permitieron y apuntó a...

—¿Fatime? —dijo el vigilante que otra vez había perdido de vista a los intrusos, y en su lugar se vio apuntando a su esposa, quien tenía puesta la misma túnica amarilla que le había visto usar la última vez. Soltó el arma sobre el piso polvoriento.

—Fatime —repitió en voz más baja y dio un paso hacia ella, que conservaba la expresión triste que recordaba. Habían discutido, él le dijo algo horrible de lo que se arrepintió inmediatamente, pero ella simplemente lo miró con esa misma expresión, entre triste y decepcionada, se marchó y él nunca volvió a verla con vida.

Hasta ahora.

Dio otro paso en dirección a su esposa muerta, pero entonces sintió que alguien le aferraba por la nuca. No tuvo tiempo de reaccionar. En

un momento estaba frente a Fatime y en el siguiente sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies y que iba a caer. La sensación de vértigo duro solo uno o dos segundos, pero fueron suficientes. Perdió el equilibrio y cayó.

Arena.

Estaba en la rivera de un río caudaloso con aguas brillantes gracias a la luna creciente, pero el terreno era traicionero con rocas que sobresalían por todas partes. Caminar en la penumbra por esa zona era una forma fácil de caer y romperse la cabeza.

Decidió esperar hasta el amanecer y se acurrucó mientras trataba de comprender lo que había pasado.

La puerta de hierro del terreno se abrió con un chirrido, pero a esa hora no había nadie más para escucharlo.

El hombre, a quien decían *Iceberg*, salió a la calle desierta y se dirigió al hospital. El guardia no reparó en su presencia. Tampoco lo hicieron los médicos y enfermeras que caminaban por los pasillos.

Entró al cubículo once y observó a Yasmine. Siempre había sido rebelde, primero rechazando la invitación a ser un miembro del Súmmum con gran chance de ascender debido a su nivel, y luego dándoles dificultades con sus constantes traslados, pero ahora él había recibido una orden del Súmmum, que temía que si la enfermedad se prolongaba la doctora pudiera cambiar de idea y solicitar que se la enterrara en lugar de cremarla, como un gesto final de desafío, pero no podían permitirlo; no en una nivel seis.

Tomó la cápsula en su mano y se dispuso a ejecutar la orden. Era transparente, del tamaño y forma de una lenteja y en su centro apenas sobresalía una punta. No parecía gran cosa, pero un ligero toque era suficiente para sus fines. La puso sobre la yema de su dedo índice...

Ella lo estaba mirando fijamente. Sintió el impulso de proyectarla, pero la doctora no pareció intentar algo o poner resistencia, solo se quedó mirándolo y le dijo palabras que no pudo entender. Su enfermedad había avanzado desde la última vez.

¿Valía la pena escucharla?

Iceberg lo dudaba. Las interacciones de esa mujer con el Súmmum siempre fueron todo menos cordiales y supuso que se estaba esforzando por darle un último insulto de despedida.

Sí, sería el último. Tampoco estaría mal saber que tenía que decir. Si se trataba como él creía, de una oportunidad final para demostrar su desprecio, sería más fácil cumplir las órdenes. Y si fuera algo útil, necesitaba escucharlo.

Se inclinó para poder oír la voz vacilante de la doctora, con su dedo listo para aplicar sobre su mano la pequeña dosis que aceleraría lo que ya era inevitable.

Para sorpresa de Iceberg, la mujer usó sus escasas fuerzas para acariciarle el rostro, un gesto de ternura que le hizo sentir una extraña sensación. Le siguió una petición en una voz más clara de lo que habría pensado que era posible.

—Quiero verlo por última vez. Por favor.

Se sorprendió, pero, sin decir ni una palabra, la proyectó. La mente de Yasmine se abrió y dejó escapar solo un recuerdo. Ese hombre que había amado, y su última imagen lo mostraba mirando a Yasmine antes de marcharse en un autobús. Yasmine lo observó sin ver o percibir nada más, solo su mano tomando su rostro igual que como había ocurrido tantos años antes con el verdadero.

Iceberg detuvo la proyección y Yasmine parpadeó, cambió su expresión de tristeza por otra más relajada y habló.

—Conozco las reglas, pero no me gustan y ya es hora de cambiarlas —dijo ella, y dejó caer su mano.

Iceberg no esperó más. Pulsó de forma suave y rápida sobre la mano de Yasmine y se dirigió a la puerta. Oyó el monitor cardíaco que disparó una alarma tras él y varias personas que corrían por el pasillo en sentido contrario. Pasaron a su lado sin tocarlo dividiéndose a cada costado, como un río rompiendo contra una roca invisible.

Se sintió aturdido, pero había resultado bien. Solo sintió curiosidad por el gesto de la mujer acariciando su cara. No era muy propio de ella. Y enseguida sus palabras, diciendo que no le gustaban las reglas y tenían que cambiar. Eso sí que lo era.

Los protocolos de salud de Chad dictaban que en caso de fallecimiento por causas naturales y en ausencia de familiares cercanos se

procedería a la cremación inmediata en el mismo hospital, así que tendría que regresar en una media hora para confirmar que se llevaba a cabo.

Caminó rumbo al terreno donde debía estar Boris. Le había ordenado que le esperara dentro después de deshacerse del vigilante, pero el imbécil estaba afuera. Afortunadamente no había nadie caminando a esa hora, pero ese no era el punto.

A medida que se acercaba al ubicuo empezó a experimentar esa sensación familiar. El poder sintiente de Iceberg dejó de abarcar solo unos metros y se extendió por cientos de kilómetros y entonces percibió algo que estaba muy mal, que no debería estar allí.

La sintió amortiguada, débil, casi imperceptible, pero inconfundible: era la huella de un sintiente cerca al hospital. Estaba en movimiento, venía hacia él. Tardó unos segundos en identificarlo hasta que lo logró, pero la respuesta solo lo confundió más.

Era su propia huella.

Jonás cabeceó otra vez y se incorporó sobre su silla.

No era el único. A su alrededor, casi todas las mesas de la cafetería estaban ocupadas por personas somnolientas que, como él, no querían estar lejos del hospital en caso de recibir noticias sobre el estado de sus parientes o amigos.

Él pensaba en la doctora. Había resultado muy abierta a compartir información, mucho más de lo que él habría esperado y gracias a eso ahora podía entender un poco mejor a los Koríes y su mundo.

«También es mi mundo», pensó.

Por supuesto. Silvia había sido la mejor amiga de su madre y prácticamente parte de la familia, sin que jamás sospecharan el secreto que ocultaba. Los Koríes y los no-Koríes convivían.

Y la doctora Ralish. Dedicó su vida y su poder a ayudar a los que más lo necesitaban y ahora estaba acercándose a la muerte a pasos agigantados mientras estallaba una tormenta en su cerebro.

Ella le aseguró que no iba a llegar a la madrugada, pero que si el sintiente la volvía a visitar y ella estaba consciente, le ayudaría. Jonás

entonces tomó otra poliesfera y la reconfiguró alrededor de la muñeca derecha de Yasmine, donde adoptó la forma de una pulsera de cuerdas trenzadas.

Jonás quiso tranquilizarla diciéndole que el sintiente olvidaría todo lo que ocurriera desde que lo tocara hasta unos segundos después de que volviera a su mano, pero ella respondió que eso a ella ya no la preocupaba.

Luego siguieron hablando hasta que a las ocho se terminó el horario de visitas y tuvo que marcharse. Decidió montar guardia en la cafetería, a la espera de cualquier noticia.

Aprovechó el tiempo disponible para avanzar en su investigación. Algunos de los clientes del lugar también trabajaban en sus terminales empleando proyectores holográficos, pero Jonás prefería utilizar sus lentes, que le permitían mantener la privacidad.

Con lo intempestivo del viaje no había tenido tiempo de observar los resultados de su investigación en la universidad, aunque sí le escribió al padre Hermes y le pidió que le contara cómo había sido el resultado de los exámenes. Su viejo mentor sabía muy bien que él estaba haciendo algún tipo de investigación, pero ignoraba su naturaleza, así que le prometió ponerlo al tanto tan pronto como llegara a alguna conclusión.

Tenía mensajes de sus padres y del padre Hermes y el buzón de Sofí no había acusado recibo de los mensajes que Jonás le había enviado en el trayecto.

Jonás no estaba listo para revertir la situación que había provocado la ruptura. No tenía intención de dejar la investigación en manos de la policía o algo parecido para dejar que otros resolvieran las cosas. Sin embargo, tampoco estaba listo para dejar ir a Sofí sin más. Sus mensajes eran saludos y declaraciones de sentimientos, pero sin acuse de recibo no tenía idea de si habían sido vistos o no.

Geni le contó el estado de las cosas a bordo de la Huygens que poco a poco se acercaba a la mitad de su recorrido rumbo a Titán. Por su parte, su padre le preguntó si estaba en la ciudad para que almorzaran juntos. Jonás envió una respuesta para cada uno y se concentró en el holo que le había enviado el padre Hermes.

Hola Jonás. Te comparto los resultados de las pruebas en las que amablemente me acompañaste. Lo hago porque te conozco, sé que no

harías nada indebido, pero, por favor: dime si tuviste algo que ver con los resultados de Gio o de alguno de sus condiscípulos. Si es así, necesito saberlo. Buena suerte.

Gio, el muchacho nervioso que entregó el examen de primero. Jonás lo recordó claramente, buscó su nombre en el listado y lo encontró en seguida. Su mentor tenía la costumbre de ordenar los listados empezando por las calificaciones más altas. Gio estaba de segundo, con una calificación perfecta. El primer lugar lo ocupaba una muchacha con la misma nota, pero que figuraba antes por orden alfabético.

Jonás tenía un trabajo parcial en la universidad como profesor auxiliar del padre Hermes para los estudiantes de primer año, y su acceso le permitió ver los registros de notas anteriores de los estudiantes que habían presentado el examen.

Gio no era un mal estudiante. Su promedio de notas en la materia oscilaba entre el ochenta y ochenta y cinco por ciento. No estaba mal pero no tenía puntaje perfecto antes del examen de termodinámica. Las valoraciones que había anotado el padre estaban acotadas de forma casi siempre similar.

Eres bueno Gio, puedes hacerlo mucho mejor, o Lo hiciste perfecto en clase, ¿por qué te pones nervioso en los exámenes?, y en la prueba de termodinámica anotó, ¡Excelente!, sigue así.

Eran el tipo de comentarios típicos del padre Hermes, pero si él mismo creía en el potencial del joven, ¿por qué sospechaba que el experimento de Jonás podía tener algo que ver con el desempeño?

Dirigió su atención a la primera persona de la lista. Laid, Marcia.

Su registro era mucho mejor que el de Gio, con el promedio por encima del noventa y cinco por ciento. Marcia era una estudiante destacada, sin embargo...

No tenía otros puntajes perfectos. De hecho, ningún estudiante había obtenido un ciento por ciento en una prueba de termodinámica con Hermes como profesor. Y Jonás recordó. Cuando él era estudiante el dicho popular era *¡Ciento por ciento solo para Dios!*. Por supuesto, era una exageración. Algunos lo habían logrado en uno u otro examen, incluyendo a su propio padre y a él mismo, pero le constaba que eso le había costado noches sin dormir y sacrificar salidas a divertirse con sus amigos o con Sofí. Sí, los exámenes eran una dura prueba para todos los

estudiantes, y de hecho por eso había escogido esa materia para probar el giroscopio.

Era hora de ver si el detector del salón de clase tenía información nueva para él. Reprodujo la grabación y no tuvo que esperar mucho para verlo.

En la grabación solo era visible una parte del giroscopio que sobresalía entre los libros, pero aún así pudo ver el flujo de destellos color amarillo, naranja y rojo que saltaban entre el juguete y la cabeza de Gio como las lámparas de plasma con las que jugaba de niño.

Los colores fueron cambiando a tonos amarillos y verdes por un momento al mismo tiempo que el estudiante entregaba su examen, pero entonces los destellos saltaron hacia la persona que estaba en el asiento de atrás y que continuaba trabajando con su terminal.

«Marcia», pensó Jonás. Cuando él hizo el experimento en el salón de clase ubicó el giroscopio tan cerca como pudo de un estudiante, Gio, pero al parecer cuando este terminó su examen el juguete había cambiado su centro de atención a la estudiante que había tenido la otra nota perfecta y que además entregó su examen de segunda.

La conclusión era clara. De alguna manera, el giroscopio se alimentaba de una mente en pleno proceso de pensamiento, lo que lo mantenía girando. Eso fue lo que llamó su atención al principio, pero el resultado de sus investigaciones le decía algo más. El proceso era de dos vías, pues mientras el giroscopio siguiera rotando, la mente que lo alimentaba gozaba de más claridad para pensar, de más capacidad de concentración. Jonás tendría que hacer muchísimas más pruebas para comprobarlo, pero estaba seguro de que no se equivocaba.

Silvia había incluido como uno de los oficios el de Fabricante de Juguetes, y este tenía un cruce con una de los trece símbolos, ese que Jonás confundió con un átomo, pero que ahora estaba seguro de que era un giroscopio. Escarbó en su mochila y sacó la caja de madera. Ya la había examinado a simple vista y con sus lentes en varias ocasiones, pero no tenía marca alguna que pudiera verse bajo ninguna longitud de onda.

Tenía intención de volver a intentarlo, pero una alarma se proyectó en sus lentes.

Había alguien con la doctora Ralish.

La poliesfera en la muñeca de la doctora estaba programada para

alertar solo en caso de que quien entrara fuera un Korí, o se dispararía cada vez que entrara una enfermera, pero para lograr identificarlo tendría que estar a pocos centímetros. Quien quiera que fuera debía estar casi que en contacto físico con Yasmine.

Jonás dejó un billete sobre la mesa y saltó hacia la puerta mientras cerraba el morral donde había vuelto a guardar la caja. Se dejó los lentes puestos para contar con información adicional y poder grabar lo que ocurriera y corrió hacia la entrada de emergencias. La cafetería estaba ubicada sobre un costado del edificio, cruzando la calle, que a esa hora de la madrugada estaba solitaria.

Al llegar a la puerta donde había estado unas horas antes, encontró al guardia de seguridad, que lo miró con suspicacia y negó con la cabeza.

—Visitas desde las ocho de la mañana —le dijo el guardia.

—Una paciente, la doctora Ralish. Creo que le sucede algo —dijo Jonás.

—¿Por qué lo dice?

—Si no me cree pídale a alguien que vaya a verla —insistió Jonás al guardia que no se movió, pero habló al terminal en su muñeca.

Los lentes de Jonás proyectaron lecturas de la poliesfera. La doctora había logrado transferirla al Korí, posible sintiente, que estaba con ella. El dispositivo le inyectó el amnésico y empezó a recolectar datos.

Dos mini cañones acústicos incorporados en los lentes disparaban directamente a su oído los sonidos de lo que ocurría en la habitación.

Quiero verlo por última vez. Por favor.

Era la voz de Yasmine. No comprendía a que se refería, pero sí sentía que se le estaba acabando el tiempo. Quien estuviera con ella no pronunciaba palabra, pero aún tenía la poliesfera y esta estaba obteniendo datos.

Conozco las reglas, pero no me gustan y ya es hora de cambiarlas.

A estas palabras las señales cambiaron. La poliesfera debía haber vuelto a pasar a ella y enseguida reportaron una anomalía en sus signos vitales. Su corazón se detuvo.

Casi al mismo tiempo, Jonás percibió movimiento en el interior del área de urgencias.

El guardia también recibió algún mensaje que lo convenció de franquear el paso a Jonás.

Caminó a paso rápido uniéndose a un grupo de médicos y enfermeras que corrían hacia la habitación. El extraño aún debería estar allí.

En el trayecto tuvo una ligera desorientación, pero de repente se encontró ante la puerta abierta y vio al médico de guardia tratando de resucitar a Yasmine. No utilizó equipos, solo sus manos para tratar de hacer latir de nuevo el corazón, hasta que tras varios minutos detuvo sus esfuerzos.

Poco a poco la habitación se vació. No había rastros del visitante.

—Vendrán por el cuerpo en unos minutos —dijo el último enfermero, y salió.

Jonás se acercó al cuerpo. Se veía como cualquier otra persona, pero había sido alguien que gracias a su poder salvó incontables vidas. Una de las tres Korís que conocía. Las otras eran Silvia y Muff. Todas ellas, buenas personas. Entonces, ¿por qué algunos de ellos habían atacado a su padre, y por qué estaban tan decididos a conservar en secreto su existencia que estaban dispuestos a matar, como ocurrió en el atentado del Ferrovac?

La mano derecha de la doctora descansaba junto a su cuerpo inmóvil, aún con la pulsera de cuerda trenzada en su muñeca. Los lentes proyectaban los datos de la ausencia de signos vitales y de la temperatura corporal en descenso y la poliesfera en la mesita de noche un panorama general de la habitación.

Un indicador seguía parpadeando. En la esquina superior derecha de sus lentes, tres rápidos destellos verdes indicaron que seguían identificando a la doctora como una Korí.

Aunque ya había muerto.

Jonás se sorprendió. Tocó la pulsera y esta fluyó a través de su mano hasta convertirse en una pequeña esfera que tomó en su puño y alejó del cuerpo inerte. Los destellos cambiaron a dos rápidos de color rojo, identificando al mismo Jonás como no-Korí.

La volvió a acercar y cuando estaba a unos cinco centímetros de la mano de Yasmine se volvieron a activar las luces verdes.

Jonás miró a su alrededor. Aún no había movimiento de camilleros que vinieran por el cuerpo así que aprovechó para dar un rodeo acercando la esfera a diferentes puntos, desde los pies hasta la cabeza y los

resultados fueron siempre iguales. Tres destellos verdes, y el indicador de intensidad no varió en comparación a cuando estaba viva.

Al fin, el enfermero entró en compañía de un auxiliar que empujaba una camilla de acero.

—Gracias Yasmine —dijo Jonás, que tomó la esfera camuflada en la mesita y se dirigió a la salida despidiéndose con un gesto de los dos hombres.

Le parecía increíble que ni siquiera habían pasado veinticuatro horas desde que llegó a la ciudad. Sentía como si hubiera sido mucho más y la conversación con Yasmine le había dado muchas luces para su investigación.

Hizo un inventario mental de sus hallazgos.

Primero, la explicación de viva voz que le dio Yasmine sobre los Korís, el Súmmum y los diferentes tipos de poderes de los que ella tenía conocimiento, además de cómo funcionaban las cosas para personas como ella.

En segundo lugar, la esfera capturó gran cantidad de información, tanto cuando estaba sobre la mesa del hospital como cuando Jonás la dividió y puso una parte como una pulsera alrededor de la muñeca de ella.

Ya en ese momento lo obtenido superaba de lejos sus expectativas, pero vino más.

Aunque la doctora ya no respiraba y todas sus funciones cerebrales habían terminado, el sensor en la esfera identificó sin amagues que era una Korí. Su esencia seguía allí y pese a lo poderoso del descubrimiento, no lo sorprendió. Era coherente con lo que le había pasado a Silvia. Su madre le había explicado que el cuerpo seguía ardiendo pese a que Silvia estaba muerta, y solo se detuvo cuando apagaron los motores de fusión. Además explicaba por qué el Súmmum quería que el cuerpo se incinerara, ya que si solo se enterraba, su esencia permanecería allí quién sabe cuánto tiempo, disponible para que algún investigador curioso, como él mismo, decidiera que merecía una mirada, pero al parecer, el daño que sufrió el cuerpo de Silvia cuando se activó el motor no contaba como cremación.

«¿Por qué?» , se preguntó Jonás. Allí vio una veta de información necesaria para su investigación.

Y finalmente, el sintiente. Jonás no contaba con descubrir a otro Korí en este viaje, pero la suerte estuvo de su lado y pudo además escalearlo. Era un tipo de Korí del cual hasta ahora no había tenido noticia, cuyo símbolo en la clasificación de Silvia aún no conocía. Saber más sobre él era prioritario.

Comprobó en su terminal la ruta de regreso y la más veloz resultó ser vía aérea hasta Rabat, donde podría tomar el Ferrovac a Noris. El siguiente vuelo a la capital de Marruecos estaba programado para las siete de la mañana. Reservó un asiento en el vuelo y tomó uno de los taxis estacionados en un costado del hospital hacia el aeropuerto. Eran tan solo tres kilómetros de viaje, pero quería aprovechar el tiempo. Envío los datos del sintiente hacia su terminal para iniciar el análisis holístico y observó las gráficas en sus lentes. Cinco segundos después, la imagen en su campo de visión se distorsionó y las gráficas variaron segundo a segundo.

Y Jonás oyó una voz grave que provenía de sus mini cañones de sonido.

¿Quién eres? ¡Detente, ahora!

—¿Qué pasa? ¿Por qué te quedas ahí parado?

Iceberg ignoró las palabras del ubicuo. En este momento no importaban. La huella, su huella, se acercaba a él.

No era una huella parecida. Ni siquiera podría ser de un gemelo, si lo tuviera. Era suya, lo sabía con tanta claridad como podía distinguir a un Korí específico entre otros miles, pero no tenía ningún sentido.

Y seguía acercándose. La sensación provenía de un taxi que venía en su dirección. Debía detenerlo y averiguar qué demonios pasaba. Si era un sintiente debería poderlo contactar.

¿Quién eres? ¡Detente, ahora!

No obtuvo ninguna respuesta aunque la huella seguía allí, cada vez más cerca.

—Tengo que hablar con quien esté adentro. Ya sabes qué hacer —le dijo al ubicuo, quien asintió.

Iceberg se paró en la mitad de la calle, pero el taxista no disminuyó la velocidad.

Lo proyectó.

¿Quién eres? ¡Detente, ahora!

Su esfera por supuesto podía captar sonidos, pero el análisis que estaba haciendo era de los datos. No debería haber ningún sonido allí.

—Quieren robarnos, voy a eludirlos —dijo el conductor.

Jonás los vio. Dos hombres, uno en la mitad de la vía y el otro sobre la acera frente a él, que en un parpadeo se perdió de vista.

Y recordó a los intrusos que atacaron a su padre y desaparecieron en un instante. En ese momento lo había atribuido a su imaginación, pero con todo lo que sabía ahora no le cabía duda. Debía ser un ubicuo acompañando a su sintiente, que seguramente era el tipo que trataba de detener el taxi.

Apagó su terminal y guardó sus lentes en la mochila, de donde extrajo un cimbrador personal que había comprado en El Cairo, aunque no había pensado que en realidad iba a necesitar usarlo. No le molestó la idea de darle un buen sacudón a ese sintiente que había molestado a Yasmine durante tantos años.

El estrépito por el grito aterrorizado del conductor se combinó con el frenazo del taxi.

Jonás, sorprendido, dejó caer el cimbrador, que fue a parar bajo el asiento delantero del pasajero. Se deshizo del arnés de seguridad y se puso a buscarlo en cuatro patas.

Oyó que el conductor lloriqueaba, pero ese sonido se amortiguó cuando la puerta de este se abrió y alguien lo arrastró.

Jonás no se detuvo. Siguió buscando a tientas hasta que su mano se cerró en torno al arma. Se giró justo a tiempo cuando su propia puerta se abrió y la apuntó.

Allí estaba Geni. Parecía no haber cambiado desde el día en que la despidió en Kourou, pero a su alrededor pudo ver un brillo y Geni también lo sentía porque empezaba a alcanzar su piel enrojeciéndola, su

pelo castaño empezaba a humear y Jonás lo supo. Iba a arder, su cuerpo se convertiría en una antorcha como le había pasado a Silvia.

—¡Mamá! —gritó, pero ella no cambió su gesto.

Una fuerza irresistible lo sacó del taxi y una vez fuera sintió vértigo y cayó de rodillas. Geni ya no estaba allí. Tampoco estaba su mochila, el taxi, ni la calle. Solo el conductor, quien ya no lloriqueaba, pero mantenía la vista fija en un punto frente a él. Jonás miró al mismo lugar y comprendió la razón del temor. Frente a ellos estaba parado un enorme león que miraba a Jonás fijamente. Su cabeza ocupaba casi todo su campo de visión y su aliento fétido y caliente llegaba claramente a sus fosas nasales.

Una voz habló desde atrás.

—Sabes muy bien lo que quiero. Habla y no trates de correr. Mi mascota corre más rápido.

Ni Jonás ni el conductor dijeron nada.

El león no quitó la vista de Jonás y avanzó unos centímetros..

—No seas tonto. Ambos sabemos por qué estás aquí. Habla si no quieres convertirte en comida.

—No lo sé, señor, en serio. Dígame qué quiere, por favor —suplicó el conductor.

—Y tú, ¿estás mudo? Tienes un traductor automático, sabes muy bien lo que estoy diciendo.

«Si somos el conductor y yo, por qué el león solo me mira a mí» , pensó Jonás.

Bajó la mirada lentamente antes de hablar.

—El león, no para de observarme. Por eso no me atrevo a hablar —dijo Jonás en un susurro, que su traductor convirtió en perfecto árabe.

—¿De qué hablas, si solo me observa a mí? —dijo en otro susurro el conductor.

—Mi león no hará nada a menos que yo se lo ordene, y estoy a punto de hacerlo. Es tu última oportunidad.

El conductor suplicó por su vida. Dijo que no sabía de qué estaba hablando o que quería.

Jonás lo imitó. Estaba convencido de que el león, por aterrador que pareciera, no era real, por eso ambos lo veían como si mantuviera su

mirada fija en cada uno. El sintiente había cometido un error, Pero ¿por qué? La imagen de Geni había sido realista, perfecta, tanto que Jonás no tuvo duda de que era ella pese a que su mente racional sabía que estaba a millones de kilómetros de distancia. Entonces comprendió. El sintiente se estaba marcando un farol. Algo había llamado su atención, pero no sabía si provenía de Jonás o del conductor, así que trataba de obtener una verdad a partir de una mentira. Antes algo atrajo su atención hacia los ocupantes del taxi, pero ahora a corta distancia el sintiente parecía perdido, sin tener idea de cuál de los dos podía ser el origen de lo que fuera que estaba buscando.

Tuvo una idea. Creía saber qué había llamado la atención del sintiente.

Se esforzó por continuar suplicando piedad mientras manipulaba su terminal de pulsera y emitió la orden. La poliesfera en la mochila debía estar enviando ya la información escaneada a un viejo servidor de Arkanet que Jonás conocía muy bien. Este la pondría a rebotar. Si todo salía bien.

La voz a sus espaldas los silenció de un grito.

—¡Ya fue suficiente!, parecen...

¿Había funcionado? Jonás pensó que sí, pero no se atrevió a moverse. Miró hacia adelante girando solo los ojos, sin mover la cabeza. El león no estaba allí, solo un enorme terreno lleno de maquinaria y, a dos metros a su derecha, el conductor, que seguía temblando y se mantenía en cuclillas con sus manos cubriendo sus ojos.

Del sintiente y su ubicuo no había rastro.

Al bajar del vagón del Ferrovac en Noris, Jonás decidió almorzar temprano. Estaba muerto de hambre y la comida en el vuelo fue pésima, y en el Ferrovac no mucho mejor. Tenía que seguir con su investigación y eso implicaba analizar los datos recopilados, pero se había puesto a sí mismo un alto. Lo ocurrido en Yamena le expuso una posibilidad aterradora. Que un sintiente podría percibir a cualquier terminal que estuviera procesando datos de un Korí.

Pero ¿por qué no lo había hecho antes?

Jonás había analizado ampliamente y sin mayor precaución los datos de Muff, y nada ocurrió entonces.

Debía tratarse de la distancia o de los sujetos.

La distancia, querría decir que el sintiente estaba cerca cuando Jonás activó el análisis de los datos, y en cambio no había ninguno cerca cuando lo hizo con Muff. La pregunta era, ¿que tan cerca debía estar el sintiente para descubrir a Jonás?

Y la segunda posibilidad era los sujetos. ¿Había alguna diferencia entre la esencia de Muff y la del sintiente? Probablemente sí. En Yamena, Jonás estaba analizando los datos del mismo sintiente cuando este lo descubrió.

O probablemente fuera una combinación de ambos factores y otros más, no tenía forma de saberlo. Aún no.

Por la información de Silvia y de Yasmine, Jonás sabía que los sintientes detectaban Koríes a gran distancia, de forma que si podían hacer lo mismo con los terminales no había realmente ningún lugar seguro, pero Jonás no detendría su investigación. Lo que si pensaba hacer era no ponérselo fácil.

La Mina tenía ocho hectáreas, de las cuales Jonás apenas empleaba una pequeña porción. Necesitaba convertirla en una fortaleza, una invisible. Suponía que iba a costarle un buen pedazo de su fortuna, pero para eso estaba.

En el trayecto en Ferrovac delineó su nuevo plan.

Necesitaba preguntarle algo a su padre.

CAPÍTULO DIECISIETE

El Concilio

La reunión no transcurrió como Marius había esperado. Supo cuáles eran las intenciones de la junta desde el momento en que lo citaron, pero creyó que podría manejarlos.

Se equivocó por completo.

¿Por qué se habían empeñado en designarlo a él, si no estaba interesado?

Sospechó que esa era justamente la razón. Algunos de los aspirantes habían tejido una maraña de intrigas y movido sus fichas para lograr lo que él, sin proponérselo ni desearlo, había tenido que aceptar a regañadientes. Tal vez la junta decidió elegir a alguien sin tantos intereses personales en conflicto.

Ser el nuevo Jefe Investigador Científico y Político del Concilio era un enorme honor, de eso no cabía duda, pero no le gustaba el secretismo que venía con el cargo. Hasta sus colaboradores, excepto unos pocos también pertenecientes al Concilio, ignoraban la verdadera naturaleza de su cargo y lo creían simplemente el Jefe Científico del Foro, lo que ya era en sí mismo una enorme responsabilidad.

Al nombre de su cargo anterior solo se le había agregado “y Político” y cambiado Foro por Concilio, pero esas tres simples palabras lo convertían en Protector de Pacífica, como se le conocía en las altas

esferas, un solitario cargo de poder donde debía asegurarse de confiar solo en las personas correctas ya que tenía sobre sus hombros el deber no solo de proponer y acatar, sino también hacer cumplir por todos los medios a disposición del Concilio, las políticas de inteligencia y contrainteligencia sobre las investigaciones que se llevaron a cabo en Antelias.

Pero ya estaba hecho y su nueva oficina lo estaba esperando, aunque debía dejar su antiguo despacho tal cual estaba, pues para el resto del mundo seguiría siendo el Jefe Investigador Científico del Foro y gran parte de su trabajo lo realizaría desde allí, pero cuando debiera tomar ciertas decisiones, esas que lo convertían en Protector de Pacífica, debía actuar desde la nueva oficina en Antelias, y hacia allí se dirigía cuando recibió la llamada de Jonás, que tomó desde una sala de reuniones vacía.

—Esta si es una fecha que debo marcar en mi calendario. Mi hijo me llama después de desaparecerse del mapa sin avisar —dijo Marius, bromeando solo en parte.

—Papá, lo siento. Te contaré de mis andanzas cuando nos veamos; quiero visitarte en la cabaña el fin de semana, pero ahora necesito preguntarte algo, aunque no se si es seguro hacerlo por este medio.

—Me siento tentado a decirte que no lo es para verte cara a cara, pero sería una mentira. Después de lo de la cabaña las medidas de seguridad se hicieron extremas, rayando en la paranoia. Alguien podría saber que nos pusimos en contacto, pero no es posible decodificar el contenido. Si eso te deja tranquilo, adelante. Si no, te espero a cenar para que conversemos.

—Te creo, así que se trata de lo siguiente. Tal vez mi pregunta te parezca extraña, Pero ¿sería posible hacer una construcción subterránea sin que se note en la superficie?

—Por supuesto, con nuestra maquinaria excavamos decenas de miles de kilómetros de vías para el Ferrovac y lo hicimos con un impacto mínimo sobre la superficie. ¿Qué es lo que necesitas?

—Vi los holos de la construcción del Ferrovac y sé que para una obra de esa magnitud se ejecutó con muy bajo impacto, pero las zonas de construcción tenían muchísimo movimiento. Yo me refiero a algo distinto, una construcción silenciosa que se lleve a cabo sin despertar sospechas.

—¿Sin despertar sospechas? Pues ya me las has despertado a mí. ¿En qué estás metido?

Jonás sonrió antes de contestar.

—Te dije que mis preguntas te iban a parecer extrañas, pero, por favor, confía en mi criterio y sígueme la idea.

Marius observó a su hijo. Podía decirle que no era posible. Tal vez sería lo más justo con él, pero había otra alternativa, una que abría la puerta a nuevas posibilidades.

—Hijo, la posibilidad de que nuestra tecnología pueda o no hacer lo que dices es información reservada a los miembros del foro. No puedo confirmarlo o negarlo a nadie más, ni siquiera a ti.

Jonás no dijo nada. Solo observó a su padre por lo que pareció una eternidad. Marius no interrumpió el silencio.

—¿Es eso verdad o me estás presionando para que trabaje contigo? —respondió al fin.

—Jonás, el Cosmos sabe que me encantaría que trabajes conmigo. Te lo propuse más veces de las que recuerdo y jamás utilicé argucias ni presiones, y por supuesto no lo estoy haciendo ahora. Es simplemente una exposición de hechos.

—No puedo dedicar todo mi tiempo a un trabajo fijo en este momento, te lo dije, necesito tiempo para mí. ¿No puedes ayudarme?

—Claro que puedo ayudarte, por eso te propongo lo siguiente. Firmas como Investigador Científico del Foro a medio tiempo. Podrás administrar tu agenda siempre y cuando cumplas tu parte con el foro. Si lo haces podré darte la información que quieres sin convertirme en un delincuente. ¿Qué dices?

Para sorpresa de Marius, Jonás accedió y firmó el acuerdo que le envió su padre. Debía necesitar esa información desesperadamente y era cierto que ahora podría dársela.

—Bien, entonces quieres saber si contamos con sistemas de construcción discretos que puedan operar en una zona sin revelar su actividad. La respuesta es sí.

—¿Y eso es todo? ¿Cómo funciona?

—Eso es todo lo que me preguntaste al principio. El funcionamiento es similar al de las tuneladoras de cualquier obra moderna. Las nanomáquinas hacen el trabajo pesado, se filtran en el terreno elegido y

una vez en el lugar procesan y convierten parte del material del suelo en nuevas nanomáquinas, que a su vez convierten más material en más nanomáquinas. Alcanzado el volumen necesario continúan usando el material disponible en combinación con cierta cantidad de material nuevo que reciben desde la superficie para producir arconita y construir lo que sea que se quiere construir. Es una sofisticación del mismo proceso con el que hace unos ciento cincuenta años iniciamos la transformación, mal llamada terraformación, de Pacífica.

—Entiendo, y perdona si utilizo la palabra terraformación, sé que no es la ideal si estamos en la tierra, pero es la que usa todo el mundo desde que tengo memoria, ¿no querrás decir terraformación de Noris? La mayoría de Pacífica sigue siendo tan árida y salvaje como cuando emergió del mar, ¿no? —preguntó Jonás entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza, en un gesto que Marius reconoció como inquisitivo. Su hijo era muy inteligente, tenía que cuidarse de lo que decía.

—En efecto, quise decir Noris —afirmó Marius.

—¿Y qué se requiere para utilizar esta tecnología? No vi que estuviera disponible para contratarla comercialmente.

—No, no lo está. Pacífica ofrece los servicios a naciones amigas, siempre en contratos de gobierno a gobierno, sobre todo en razón a los costos. ¿Por qué?

—Como te dije, tengo un proyecto y para eso necesito construir una edificación subterránea sin que todo el vecindario se entere. Es un laboratorio nivel cinco, pero lo necesito aislado. No quiero que entren o salgan partículas u ondas de ningún tipo.

—Difícil tarea. Algunas partículas y ondas sin duda podrán hacer el viaje, no importa que tanto aísles tu laboratorio.

—Lo sé, solo quiero hacerlo tan hermético como sea posible. Qué dices. ¿Hay forma de que contrate esa nanoexcavadora?

—La hay, pero como te dije es muy costoso. Aunque entiendo que ese no es un problema para ti. Dime exactamente lo que quieres.

Jonás aprobó la solicitud que apareció en su terminal y el autocamión de ocho ejes ingresó a la mina a primera hora de la mañana. En todos sus

costados los hologramas proyectaban imágenes de bosques, lagos y flores, enmarcados por terrenos urbanos y rurales. Un gran letrero se movía por los costados y techo del remolque haciendo publicidad a la compañía.

Jardines y Paisajes de la Isla Noris, pioneros desde 2130.

Parqueó por el costado trasero de la bodega y se desplegó. La suspensión bajó hasta dejar todo el conjunto a pocos centímetros del piso, los paneles que antes eran las paredes del remolque se movieron convirtiéndose en rampas y el interior quedó expuesto.

La terminal de Jonás se encargó de darle las instrucciones minuto a minuto.

Por su seguridad, debe salir de la propiedad ahora o esperar en el interior del edificio hasta que se delimite la zona de trabajo, lo que tomará al menos treinta minutos. Elija su opción.

—Esperaré en el edificio —dijo en voz alta.

Entendido. Si sale antes de terminar el despliegue o traspasa alguna barrera de la zona de trabajo todos los equipos se detendrán y deberá pagar una multa.

—Dije que esperaré en el edificio —repitió Jonás.

Los primeros drones en salir del camión establecieron un área de trabajo y la delimitaron mediante postes luminosos que proyectaban barreras visuales holográficas. Casi toda el área de la mina quedó excluida para cualquier ser humano, incluyendo Jonás, quien entonces solo dispuso para su uso de la bodega y de una vía para entrar y salir de la propiedad.

Ya puede salir del edificio. Recuerde mantenerse dentro de las áreas en verde.

—Entendido. Describe los trabajos por realizar.

Primero se desplegarán drones de exploración y topografía. Una vez analizada la química del suelo podrás escoger el tipo de paisaje que desees dentro de la propiedad.

—Describe los trabajos reservados que se van a realizar.

La información anterior es correcta. Una vez escogido el aspecto del paisaje que se desea se iniciarán los trabajos de superficie así como los reser-

vados. Simultáneamente se explorará el subsuelo para determinar su composición y definir el tipo de estructura subterránea ideal según el resultado. Una vez escojas las especificaciones de la construcción que deseas se te informará el costo y, si lo apruebas, la nanoexcavadora iniciará su labor.

—¿Quién conocerá las especificaciones del diseño?

Los planos quedarán a tu disposición y además serán enviados al departamento regulatorio de obras públicas de Noris bajo encriptación de traspaso. Eso significa que solo serán accesibles en caso de que vendas esta propiedad o pase a tus herederos. Por otra parte, una vez terminada la construcción, toda la información almacenada en los equipos se eliminará.

Eso estaba bien, y Marius había autorizado ese nivel de discreción cuando Jonás solo llevaba unos minutos trabajando para El Foro. Se preguntó a qué otras herramientas alejadas de la vista del público tenía acceso su padre.

Los equipos de exploración, tanto terrestres como voladores, levantaron la información topográfica y analizaron el material del suelo. El programa ofreció varias opciones de diseño del paisaje de la mina. Todas eran muy bonitas y escogió la primera.

Ahora sí, el software quedó listo para que Jonás diera rienda suelta a su imaginación y diseñara cualquier tipo de construcción. El programa impedía que el diseño fuera en violación de las normas ambientales o de construcción aunque, tratándose la mina de un terreno de uso industrial, estas eran bastante generosas.

La interface había sido diseñada para que cualquier persona la pudiera operar y su punto de entrada trataba de facilitarle la tarea aún más, haciéndole preguntas del estilo: ¿Qué quieres construir?

«Una fortaleza a prueba de sintientes y otros Koríes peligrosos», pensó Jonás.

Los diseñadores del software no habían considerado esa posibilidad así que optó por el modo manual asistido.

El Holo proyector ubicó a Jonás en un ambiente inmersivo donde podía mover a voluntad módulos constructivos virtuales y la inteligencia artificial siempre lo estaba escuchando para echarle una mano. Le pareció la mejor opción para empezar. Tenía claro qué equipos e instalaciones iba a necesitar. Los describió y en pocos segundos el programa proyectó tres diseños, simuló su ubicación con relación a la superficie

además del presupuesto y cronograma. Jonás jugó con varias posibilidades y agregó toda una batería de defensas en caso de que algún Korí lograra colarse hasta allí. Ante algunos de sus cambios la imagen mostró zonas rojas donde la construcción iría en contra de alguna norma o se volvería más inestable, pero finalmente todo encajó en su sitio y Jonás dio su aprobación final. Los fondos ocultos de su cuenta bancaria acababan de sufrir una fuerte disminución.

«Mi fortaleza secreta», pensó negando con incredulidad.

Sofí se había alejado porque sintió que ya no se reconocía y temió que a él le estuviera pasando lo mismo. Sin duda tenía razón.

Pero durante las tres semanas que tomaría la construcción, no se atrevía a avanzar en el análisis de la información del sintiente ni de Yasmine. Afortunadamente, tenía una buena idea para aprovechar ese tiempo.

—¿Y es una experta en meditación o algo así? —preguntó la mujer.

—No que yo sepa. Es sicóloga y ayuda a la gente a lidiar con el estrés propio de la vida laboral, y con excelentes resultados, por lo que he leído.

—Jonás, me parece muy bien que te preocupes por el bienestar de los trabajadores de servicios generales, pero ya tenemos todo un programa que se ocupa del bienestar de los empleados.

—Yo lo sé, señora Hadler, y justamente por eso quise hablarle del tema. Solo le pido que le de una mirada a Dima. Yo no soy experto en estos asuntos, pero sé que usted sí y si le parece que vale la pena tal vez decida contratarla y si no es así no perdemos nada.

La señora Hadler le dio una mirada. Jonás contaba con eso; era muy consciente de que siendo hijo de Marius ella se sentiría obligada a acceder a ese pequeño favor. No a contratarla, pero al menos sí a darle el beneficio de la duda.

Pero la contrató, y Jonás también contaba con eso. Las referencias de Dima eran impresionantes.

Era una terapeuta de gran renombre, toda una estrella del holo con un grado en sicología y experta en superación personal a quien contrataban desde empresas que buscaban que sus empleados fueran más

felices hasta padres adinerados que buscaban ayuda para las adicciones de sus hijos. Según la información que Jonás había encontrado, su tasa de éxito no dejaba dudas sobre su eficacia.

Además, Dima era uno de los nombres en su lista de prospectos.

Por eso, Jonás se aseguró de hablar con las personas adecuadas para que la conferencia de la terapeuta se organizara en tiempo récord.

A las siete de la mañana del día de la conferencia, Jonás llegó a las instalaciones del Foro y entró a la pequeña sala donde tendría lugar el evento y dejó que el contenido de dos tubos con esferas nuevas se filtrase en la superficie del escritorio que iba a usar Dima.

El salón tenía unas treinta sillas, más que suficientes para las veinte personas que iban a participar y se usaba tanto para conferencias como para estudios donde se necesitaba observar el comportamiento de un grupo. Para ello contaba con una pequeña sala adjunta desde donde los observadores podían tomar notas de todo lo que pasaba sin distraer a los asistentes, y era desde ese lugar desde donde Jonás tenía intención de presenciar la conferencia, al menos hasta que pudiera confirmar si Dima era una Korí y escanearla, de ser necesario.

En el foro, muchos científicos usaban lentes similares al suyo y deambulaban por los pasillos absortos en sus propios estudios. Jonás comprobó que las esferas estuvieran emitiendo la señal de espera para actuar y salió. Supuso que en cualquier momento llegaría alguien a poner jarras de agua y a verificar que los Holo proyectores y cañones de sonido estuvieran listos en caso de que la conferencista los necesitara.

Como aún tenía tiempo decidió ir a la cafetería a desayunar y de inmediato las manos levantadas de algunos de sus colegas lo llamaron a compartir su mesa.

En los pocos días transcurridos desde que se incorporó al trabajo, tener tanta gente a su alrededor había resultado un cambio agradable, después de la soledad de sus investigaciones sobre los Koríes. En su momento esa soledad no le molestó, ni siquiera se dio cuenta de ella, pero ahora, rodeado de otras personas se dio cuenta de que si seguía a ese paso se iba a convertir en un ermitaño.

—Devoren ese desayuno porque Hadler nos pidió puntualidad, la conferencia empezará a las ocho y treinta —dijo Paulo.

—¿Qué conferencia? —Preguntó Jonás.

—Hadler se guardó los detalles, pero sí fue enfática en que valdría la pena. Es con una sicóloga famosa o algo así. Si no te llegó la invitación debe ser por algún error, todos estamos invitados al auditorio.

Por supuesto Jonás si estaba invitado, aunque ignoraba que sus colegas científicos también. Se suponía que la charla estaba dirigida solamente a los veinte miembros de servicios generales.

—Lo digo en serio, ¡vamos marmotas que ya es tarde!

—Guarden un puesto para mí, los alcanzo allá —dijo Jonás que salió sin esperar respuesta.

La salita pequeña seguía tal como la había dejado. Rozó el escritorio y una señal táctil de su terminal de pulsera le confirmó que las dos esferas estaban de nuevo en su bolsillo. Habría podido recogerlas más tarde, pero solo tenía una más, y para escanear a Dima quería al menos dos, una de contacto y una reserva. Las demás esferas estaban en su casillero varios pisos más abajo.

Lo que más le preocupaba ahora era no tener la oportunidad de ubicar las esferas en el lugar correcto. El cambio de lugar se había actualizado en su terminal y él ni siquiera lo miró y sintió ganas de pegarse en la cabeza por eso, pero tal vez todavía tendría tiempo.

Al menos doscientas cincuenta personas llenaban el auditorio y la señora Hadler se paró en la entrada dando la bienvenida a todos.

—Jonás, justo el promotor de la idea y por un momento creí que no vendrías —dijo sonriendo—. Acompáñame, quiero presentarte a nuestra invitada. Al fin y al cabo tuvimos la fortuna de conocerla gracias a ti!

A Jonás no le gustó la idea. No quería que él o cualquier otro científico que manejara información reservada estuviera en contacto con un prospecto de Korí con posibles facultades para alterar el comportamiento, pero su iniciativa había adquirido su propia inercia y no había mucho que pudiera hacer.

—Gracias señora Hadler, por supuesto —dijo, y la acompañó al pequeño camerino tras el escenario.

Dima no estaba sola. Varios miembros distinguidos del foro la rodeaban a varios pasos de distancia y reían por algo que había dicho y ella reía con ellos. Se encontraba medio sentada sobre su escritorio con las piernas cruzadas y sus manos descansando sobre ellas.

¿Y si era en realidad una Korí? ¿Y además, una Skeppo, como el pensaba que era el tipo que había atacado a Marius?

¿Y si era miembro del Súmmum?

De pronto se dio cuenta de que haberla traído era una pésima idea. Se había valido de su trabajo en el foro (y de la posición de su padre), para llevar a Dima y escanearla, pero verla ahora allí en medio de los científicos que tenían sobre sus hombros los principales proyectos de Pacífica, le hizo caer en cuenta de que estaba haciendo algo muy peligroso, y no solo para él. Aún si Dima no trabajaba para el Súmmum, podría hacerlo para una potencia rival, y tal vez eso sería aún peor. Pacífica carecía de recursos naturales y su poder y bienestar provenían de sus desarrollos tecnológicos de vanguardia y de las industrias que se basaban en ellos, como la del Ferrovac o la de nanoexcavadoras, usadas en minería.

Si por su culpa perdían la ventaja frente a un competidor...

Una gota de sudor se deslizó por su nuca. Tal vez lo mejor sería terminar con el evento. Podía inventar una excusa o hasta hacer un escándalo, lo que fuera, pero debía evitar que ella se llevara información importante. Seguramente le costaría su puesto y, peor aún, decepcionaría a su padre, pero si era necesario lo haría.

Aunque tenía otra opción.

No debía hacer análisis completos sin la protección de la fortaleza, pero sus esferas le permitirían averiguar si Dima era una Korí y también si utilizaba su poder en cercanía a los científicos del Foro. Si eso llegaba a ocurrir haría lo que fuera para evitar que ella abandonara las instalaciones, aunque tuviera que revelarle a su padre lo que había descubierto hasta ahora.

Su plan era sencillo. Filtrar una de las esferas en su chaqueta para observar todo lo que pasara alrededor, la otra la pasaría a Dima a la primera oportunidad y la tercera la dejaría cubriendo sus propias manos, como guantes invisibles que lo separaran del contacto directo con ella en caso de estrecharse las manos, una táctica que estaba en fase de prueba, pero que si se veía en la necesidad, usaría de una vez.

—La tierra llamando a Jonás, responde Jonás —dijo la señora Hadler que lo observaba entre divertida y preocupada—. ¿Te limitarás a verla de lejos?

—Perdón, vamos por favor.

Se acercaron y las miradas del grupo se dirigieron a ellos.

—Este es el joven del que le hablé, Dima. Gracias a Jonás pudimos conocerla y organizar esta conferencia.

Jonás se preparó para estrechar su mano, pero Dima mantuvo sus dos manos entrelazadas apoyadas sobre su muslo y lo saludó apenas con una inclinación de cabeza.

—Es un placer conocerte, Jonás, y te estoy agradecida. Es la primera vez que tengo la suerte de ofrecer una conferencia en Pacífica y me gustaría que luego me cuentes cómo supiste de mí, pero ahora creo que es tiempo de empezar —dijo luciendo una amplia sonrisa y poniéndose de pie.

Todos los presentes le abrieron paso y la señora Hadler susurró al oído de Jonás.

—Nos advirtió que ella no sostiene contacto físico con nadie. ¡Todos tenemos nuestras rarezas!

Jonás asintió y salió junto con los demás mientras Dima los observaba desde su sitio. Al parecer no saldría hasta tener libre el camino.

«Curioso», pensó Jonás.

En ningún momento Jonás pudo acercarse y a esa distancia su detector no mostró nada. Hadler le indicó el puesto que debía ocupar, pero él tenía la vista fija en la tarima que Dima iba a ocupar en unos pocos minutos y aún no había logrado poner cerca ninguna de las esferas. Tendría que liberarlas desde su asiento, dejar que se filtraran en el piso y dirigirlas hacia la tarima. En principio debería funcionar, aunque nunca lo había hecho antes.

Decidido ocupó al fin su lugar y dejó que dos esferas se transfirieran al material de su silla y desde allí al piso. Fijó el destino final observándolo a través de sus lentes y marcó la posición. Una junto a una copa vacía y una jarra de agua, y la otra en el extremo de la mesa más cercano al centro del tablado. Las dos iniciaron su camino hacia adelante y Jonás las siguió en la simulación de sus lentes. Los aplausos a su alrededor acompañaron la salida de la conferencista, quien agradeció con una ligera reverencia y se paró de cara al público sin subir al escenario. Saludó y agradeció la invitación mientras Jonás observaba como las esferas

estaban a medio camino del destino marcado, y ni siquiera sabía si Dima se acercaría a la mesa.

—El mundo entero se ha beneficiado de los desarrollos tecnológicos que ustedes hacen en Pacífica. Su trabajo es enormemente importante, valorado y apreciado, pero, ahora mismo, quiero que lo olviden por las próximas dos horas; regálense ese tiempo para dedicarlo solo a ustedes, quítense sus lentes, apaguen sus terminales de muñeca, después podrán volver a ellos con renovadas energías. ¡Vamos! —dijo Dima aplaudiendo dos veces como una profesora a sus alumnos de jardín, sin dejar de sonreír.

Alrededor de Jonás, todo el personal científico y no científico del foro entró en actividad obedeciendo la solicitud de Dima. Jonás solo tenía unos segundos antes de quedar como el único rebelde con lentes de trabajo. Fijó un nuevo objetivo para una de las esferas: Los zapatos de tacón alto de Dima, y se quitó los lentes como todos los demás. Esperaba que los algoritmos de las esferas fueran suficientes para guiarlas a sus respectivos lugares. No podría ver en tiempo real lo que proyectaran los lentes, pero sí la respuesta táctil de su terminal de pulsera, que había dejado encendida.

O eso creyó.

—Unas cuantas personas están haciendo trampa y les diré a todos quiénes son, a menos que apaguen ahora mismo sus terminales —dijo la señora Hadler, quien había adoptado el papel de asistente de Dima y miraba el visor de un terminal del salón de conferencias.

Sonaron algunas risas y varias personas más obedecieron, incluyendo a Jonás. Su mirada se cruzó con la de Hadler que le hizo un rápido gesto de asentimiento.

Tendría que esperar hasta el fin de la conferencia para ver los resultados y mantenerse alerta.

Dima habló y los hizo hablar, hicieron dinámicas y compartieron lo que pensaban y sentían y antes de darse cuenta todos estaban aplaudiendo. Sin duda ella sabía lo que hacía y, si había utilizado algún poder, lo había hecho con tal discreción que Jonás no lo había notado.

—Se que no pueden esperar para volverse a conectar con todos sus aparatos, pero antes quiero ofrecerles un último regalo. La señora Hadler muy amablemente ha dispuesto de una sala donde durante el día

de hoy atenderé de forma privada a cinco de ustedes, sin ningún costo. Si están interesados por favor usen sus terminales para decírselo. Muchas gracias.

Una nueva salva de aplausos despidió a Dima, que salió acompañada de Hadler.

Jonás conectó su terminal y se puso sus lentes.

Las esferas habían alcanzado sus objetivos. Una sobre la mesa, no utilizada, en todo caso actuó como observador y la otra se había pasado del piso al zapato de Dima, que se estaba alejando del salón de conferencias. Sus lentes le mostraron en tiempo real lo que Jonás ya esperaba.

Tres destellos verdes.

Era una Korí, como Sofí lo había supuesto antes de incluirla en su lista de prospectos.

Los tres destellos verdes se cambiaron a dos destellos rojos y luego de nuevo a verdes.

¿Estaba fallando algo en su sistema de detección?

Era posible, claro. Tendría que buscar acercarse nuevamente e instalar una esfera nueva cerca a Dima.

Con Dima lejos la esfera observadora no servía de mucho. La recuperó y salió de la sala de conferencias en búsqueda de algún lugar privado. Caminó por el pasillo, pero en todas partes parecía haber alguien.

Al fin encontró una sala de reuniones vacía y entró. Sincronizó las dos esferas y buscó el primer signo de actividad.

Tres destellos verdes, justo cuando la esfera entró en contacto con el zapato de Dima, y luego rojos de nuevo.

Verdes, rojos, verdes...

Jonás no sabía si la esfera era defectuosa o no, pero lo cierto era que tampoco captó señal alguna de que Dima usara un poder, y la esfera observadora de la mesa concordaba en eso.

Si pudiera iniciar el análisis holístico sabría con certeza si era un defecto en su dispositivo o había encontrado algo nuevo, pero eso tendría que esperar hasta que su laboratorio bajo tierra estuviera listo.

Ni modo, el análisis tenía que esperar, pero el escaneo no. Necesitaba poner esas esferas cerca de Dima para saber lo que pasara en su reunión privada con los cinco elegidos.

Llegó a la oficina que habían convertido en consultorio provisional y encontró a la señora Hadler de pie junto a la puerta, y cinco empleados del foro esperando en el exterior. Al verlo fue a su encuentro.

—Jonás, creí que pedirías ser uno de los elegidos, pero no fue así y ya los seleccionamos. Puedo hablar con Dima; estoy segura de que en tu caso hará una excepción y te atenderá.

—No se preocupe, señora Hadler, solo quise pasar a ver como estaban las cosas. A mi su conferencia me pareció tan buena como lo decían los comentarios.

—¡Más que buena! Gracias, Jonás, contratarla fue sin duda un acierto. Ahora discúlpame, por favor, Dima quiere una jarra con agua y debo ir a ver que pasa con la encargada.

—No se moleste, yo lo haré con mucho gusto. Usted tiene trabajo aquí, con todos estos pacientes ansiosos. Deme un momento y volveré con el agua.

—Jonás, eres un ángel. Sí, tengo que asignarles los turnos y todo eso. ¡Te espero!

Jonás se dirigió enseguida a la cafetería y casi se chocó con la encargada, que ya venía empujando una mesita con una jarra de agua y varios vasos.

—Perdón, casi la atropello. Por favor, permítame que lleve el agua, quiero aprovechar para saludar a la conferencista.

—Por supuesto, doctor Landó —dijo la encargada, y dio media vuelta dejando la mesa en manos de Jonás.

Él la empujó a paso lento, mientras las esferas se filtraban en la manija de la jarra y luego se apresuró hasta llegar de nuevo al salón. Hadler salió a su encuentro.

—Gracias, se la llevaré —dijo, y sin esperar respuesta entró.

Jonás se alejó solo un poco y entonces sus lentes le revelaron que habían hecho contacto. Tres esferas, al unísono, detectaron a Dima como Korí para luego, al mismo tiempo mostrar las luces rojas de no Korí.

No parecía un error. Esto era algo nuevo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Duo Buki

Ya casi habían transcurrido las tres semanas estimadas originalmente para la construcción de la fortaleza y lo más probable era que el cronograma tuviera que ajustarse una vez más, por lo que podía ver en la proyección de su tráiler, pese a que la nanoexcavadora trabajaba día y noche.

En la superficie, el terreno de la vieja mina se parecía cada vez menos a un pedregal y más a un jardín. Las máquinas encargadas del proceso podrían haber hecho un trabajo mucho más veloz, pero el punto era sincronizar el trabajo visible de paisajismo que tenía lugar sobre la superficie con el invisible que llevaban a cabo millones de nano máquinas en el subsuelo. Gracias a eso, Jonás pudo tener una idea del avance de la construcción de su laboratorio viendo como cien metros cuadrados de arcilla se transformaban en un área verde sembrada de flores, o como se abría paso un camino bordeado de plantas de nombre desconocido. La comparación de la zona árida con la verde le decía mucho más sobre el avance de su construcción que las imágenes holográficas del simulador, y a su pesar este parecía avanzar muy despacio.

El proceso de construcción se parecía mucho más a tallar una escultura que a construir un edificio sobre la superficie; el material compacto

iba siendo reemplazado átomo a átomo creando las moléculas de arcónita que se convertirían en la estructura de su edificio, y todo el proceso se simulaba ante sus ojos de forma hipnotizante.

Pese a la demora, no poder investigar los datos capturados en las poliesferas resultó una bendición. Pudo dedicar tiempo a conocer a sus nuevos colegas del foro y a hacer la inducción obligatoria donde le explicaron el tipo de trabajo que se esperaba de él, que resulto bastante interesante y no muy exigente al menos por ahora. La mayoría del trabajo lo hizo desde el interior de un Vagón de Ferrovac mientras viajaba a diferentes puntos para investigar a los prospectos de la lista.

Hasta ahora, el nivel de acierto de la lista de prospectos de Sofí era del ciento por ciento. Ella había tenido muy buen criterio y él también. Eran sin duda un buen equipo.

«Fuimos», pensó Jonás con amargura.

Cuando aún estaban juntos, los viernes en la noche siempre fueron un momento especial. Una película en el holo o cenar en algún lugar agradable, o trabajar juntos en algún proyecto de la universidad. Desde que terminaron, Jonás la siguió llamando sin falta los viernes en la noche y le dejó mensajes, que no sabía si eran escuchados o no.

Pensó en Muff. Fue el primer Korí a quien escaneó y el método que empleó, visto en retrospectiva, había sido terrible, tal como lo dijo Sofí, aunque le permitió aprender y gracias a eso Jonás pudo aplicar una técnica muy diferente con los siguientes Koríes. La miniaturización de los componentes fue clave. Gracias a eso Jonás dejó esferas al alcance de sus objetivos en alguna cerradura, en una maleta de gimnasio o filtrado a través de una rendija. Todos los casos, confirmados como Koríes. Faltaba verificar si habían utilizado sus poderes cerca de las esferas, pero para comprobar eso tendría que esperar a que su nuevo laboratorio estuviera listo.

Pero era viernes y Jonás tenía trabajo por hacer. Aún tenía tiempo para escanear a un prospecto más, aunque tuviera que viajar a Sur América para lograrlo.

El auto lo llevó hasta la estación del Ferrovac donde abordó un vagón a Santiago, una de las rutas más transitadas y antiguas y que Jonás mismo había recorrido en varias ocasiones, pero que esta vez vio con otros ojos.

El vagón en el que viajaba se hundía a cientos de metros bajo el lecho del pacífico a través de túneles contruidos por máquinas semejantes a la que en este momento contruían de forma autónoma su laboratorio, máquinas que en últimas habían dado a Pacífica la posibilidad de interconectar todo el mundo y así generar un flujo constante de solares para su economía.

Desembarcó a las ocho de la noche, más o menos una hora antes del combate, y tomo un taxi directo a la arena donde hoy combatiría uno de los nombres de la lista de prospectos de Sofí.

Estaba lleno a reventar y al llegar en medio de un combate tuvo que esperar hasta que este terminara antes de buscar su asiento en primera fila. Las peleas de Duo Buki no tenían tiempo de descanso.

Esperar tuvo sus ventajas. Cuando estuviera en primera fila tendría una vista privilegiada de la arena central, pero desde su lugar de espera podía dominar todo lo que ocurriera en el coliseo, y era un *show* lleno de luces amarillas y rosa que en ese momento estaban igualadas, como un reflejo de la preferencia del público por uno u otro equipo. El tablero indicaba que el marcador estaba igualado. Cada equipo tenía dos toques disponibles.

La arena central era una esfera traslúcida de cinco metros de radio y base achatada. En su interior se elevaban dos columnas que sostenían plataformas horizontales a diferentes alturas.

Los dos combatientes rosa habían escogido armas idénticas, varas largas con extremos de un chisporroteante azul brillante, mientras que los guerreros amarillos habían decidido combinar una vara larga similar a la de sus rivales con un escudo, con el mismo color azul en toda su superficie. El cuerpo de cada arma tenía el color del uniforme de su dueño, con excepción de sus áreas aturdidoras.

Los rosa lanzaron un ataque coordinado contra el amarillo del escudo. Utilizaron una de las columnas para protegerse del compañero de la vara, pero el atacado utilizó su escudo no solo para defenderse sino para atacar, esquivó el movimiento veloz de una de las varas rosa y golpeó con el escudo bajo la axila del atacante, que había quedado

desprotegida. Una explosión de chispas surgió al mismo tiempo que el luchador daba un grito de dolor y el público uno de emoción. El marcador mostró que los guerreros rosa tenían un solo toque disponible y muchas de las luces de ese color entre el público se tornaron amarillas.

Animados por el punto obtenido los amarillos se lanzaron en pos del último golpe, pero sus rivales estaban alerta y como gatos cada uno escaló una de las columnas con sus varas preparadas.

Los amarillos se dieron una rápida mirada y el escudero empezó a escalar tras su rival, el mismo a quien acababa de golpear, mientras su compañero impedía al otro rival defender a su coequipero.

Su mano izquierda sostenía en alto el escudo sobre el que se estrellaban los golpes de vara lanzados desde arriba, llenando la arena de chispas inofensivas. Los pies del rosado estaban cada vez más cerca del alcance de su escudo, pero el rosado subió a la plataforma más alta de dos rápidos saltos y lanzó con mucha fuerza un nuevo golpe contra el escudo que se acercaba causando una nueva lluvia de chispas que por un instante encegueció a su contrincante, y de inmediato lanzó su vara, como una jabalina, contra su propio compañero. El rosado de la vara estaba listo, tomó en el aire la nueva vara y mientras se dejaba caer manteniéndose sujeto a la plataforma solo por sus pies, con ambos brazos atacó al rival con ambas varas desde costados opuestos. El amarillo logró defenderse del primer golpe, pero el segundo impactó de lleno en su hombro dejando su brazo derecho adormecido. Tomó la vara con el izquierdo listo para defenderse del ataque que seguramente continuaría, pero el rosado había devuelto la suya a su compañero, quien había saltado de regreso al piso y con un rápido movimiento ascendente de su arma recuperada atacó por la espalda al escudero, que aún se encontraba sobre la columna.

Los gritos de la multitud no se hicieron esperar. Los rosados habían dado vuelta a la pelea y ganado el combate en cinco segundos.

—Debe ocupar su asiento. La siguiente pelea iniciará en quince minutos —dijo el guardia de seguridad.

Jonás obedeció y se acercó a su ubicación, pero no se sentó de inmediato.

Los demás ocupantes de los costosos asientos de primera fila lucían trajes de gala brillantes, seguramente estrellas del *jet set* chileno y de otros

lugares y varias de ellas lo miraban a él disimuladamente. Jonás supo por qué. Estaba usando la misma ropa informal con que había salido de la mina y desentonaba entre esas personas con trajes elegantes, pero no le importó. No estaba allí para socializar.

Continuó caminando hacia una zona llena de guardias de seguridad quienes a los pocos segundos repararon en él y salieron al paso.

—Por favor señor, manténgase en la zona asignada al público —dijo un tipo gigantesco que hacía ver pequeño al grandulón que lo retuvo a la entrada.

—Pero pagué extra para poder ver a los luchadores y tomarme un registro con ellos —respondió Jonás, consciente de que su pase especial no le permitía estar allí, pero ya había logrado transferir el contenido de los dos tubos de poliesferas a uno de los postes que delimitaban el área del público. Desde allí podrían hacer un trayecto más corto hasta la arena.

—Podrá hacerlo al terminar el combate, en los camerinos. Por favor regrese a su asiento porque está a punto de elevarse.

Jonás hizo su mejor cara de desilusión y se dirigió a su asiento que efectivamente tenía activada su señal de elevación, lo cual ocurrió apenas unos segundos después de que se sentara.

Un módulo de primera fila constaba en realidad de cinco filas, cada una con diez personas ubicadas en forma de auditorio para que todos los ocupantes tuvieran una visión sin obstáculos.

Antes de elevarse se cerró la cobertura de nanoglass, diseñada para evitar que alguna celebridad en crisis decidiera poner fin a su vida lanzándose sobre la arena o sobre el público de abajo. Luego se elevó suspendida en una red de finísimos cables que movían las veinte cápsulas en torno a la arena, como satélites alrededor de su planeta.

Se puso sus lentes detectores y todos los sentidos alerta. No tendría manera de analizar de forma segura lo que captaran sus esferas hasta que su laboratorio subterráneo estuviera operativo, pero si podría saber en pocos minutos si su prospecto era o no un Korí.

—Un fanático del Duo Buki —dijo una voz a su izquierda, interrumpiendo sus pensamientos.

La dueña de la voz era una de las mujeres vestidas de fiesta. Era muy hermosa, aunque Jonás no sabía si era realmente así o un efecto del

maquillaje activo. Si hubiera tenido que apostar diría que era realmente tan atractiva como parecía.

—¿Perdón? —Dijo Jonás, que no estaba del todo seguro de si el comentario iba dirigido a él o no.

—Que parece que te gusta mucho este deporte. Primera fila, pase especial para los camerinos, y esos —dijo la muchacha, señalando los lentes de Jonás.

—Ah, sí. La verdad es que solo los he visto por holo, esta es la primera vez en vivo y no me quise perder nada.

—Ya te perdiste buenos combates, pero al menos verás el principal. Los hermanos Davis están invictos y Hugo ha tenido tantas derrotas como triunfos. Tal vez es hora de que lo jubilen.

Hugo. Él era su objetivo, pero si el análisis que había hecho Jonás era correcto, la muchacha bonita se iba a llevar una decepción. Hugo no perdía ninguna pelea donde la bolsa para el ganador fuera tan grande. Perdía alguna de vez en cuando, las suficientes para no volverse predecible o aburrido, le pareció a Jonás.

—Puede ser —dijo en cambio—, pero pelear en solitario contra dos rivales tan fuertes es digno de verse.

—Eso no lo niego —dijo la muchacha.

Jonás no dijo más. Pensó en lo que le diría Sofí si lo viera allí, su sonrisa burlona viendo que no sabía cómo comportarse junto a otras mujeres.

—No me has dicho tu nombre ni a qué te dedicas, y no eres de Santiago, de eso estoy segura, pero no logro dar con tu acento —dijo la muchacha volviendo a la carga.

Jonás había aprovechado el corto silencio y pudo comprobar que las poliesferas ya estaban en posición. Pensó cuál de las preguntas contestar primero, aunque viéndolo bien ella no había hecho ninguna directamente, pero sería muy grosero no responder, aunque al hacerlo sintiera que le estaba fallando a Sofí. Sabía que era ridículo, solo estaban hablando y además Sofí había roto con él, pero no podía evitar sentir lo que sentía.

—Me llamo Jonás, ¿y tú?

Ella lo quedara mirando fijamente en lo que a Jonás le pareció una mirada de curiosidad, y luego le regaló una sonrisa alegre.

—Me llamo Gabriela. Es un gusto conocerte, Jonás, quien aún no me ha dicho a qué se dedica ni de dónde es.

¡Ah! Las otras preguntas, o mejor, las no preguntas que había hecho.

—Tienes buen oído, Gabriela, no soy de Santiago. Soy de Noris, en Pacífica y me dedico a la investigación científica. ¿Y tú?

—¡Eres de Noris! Eso explica tu acento. Dicen que los Norisians pueden hablar en cualquier idioma, pero con acento en todos. No digo que sea cierto porque no me consta, aunque en el caso del español veo que sí lo es. Y gracias por la aclaración de que te dedicas a la investigación científica aunque creo que es equivalente a que un espartano se describiera como soldado. Yo soy Santiagueña... actriz —dijo Gabriela, que siguió mirando a Jonás fijamente en lo que a él le pareció... ¿expectativa? Tal vez ella creía que él debía reconocerla, y de hecho le daba la sensación de que la había visto en alguna parte, pero no acertaba a decir dónde.

Y Jonás estaba acostumbrado a hablar con sus colegas. Era una comunicación clara donde abordaban un tema y lo resolvían antes de ir al siguiente. Era necesario hacerlo así cuando casi todas las conversaciones giraban en torno a proyectos y ciencias exactas, pero cuando Gabriela hablaba era una avalancha y Jonás sentía que cada intervención de ella demandaba múltiples respuestas por su parte, aunque eso no le molestó. Más bien le pareció... divertido.

Las luces del coliseo que hasta ese momento habían sido un coro de todos los colores del arcoíris, se volvieron rojas y azules mientras música en tonos muy bajos y volumen ascendente le hizo sentir que algo estaba a punto de suceder.

—Faltan mínimo cinco minutos para que lleguen los luchadores. Relájate.

Se relajó. Además, no vería nada en sus lentes hasta que Hugo estuviera dentro de la arena. Tenía algo de tiempo para responder a Gabriela.

—No hablamos todos los idiomas, solo los oficiales; inglés, español, alemán, francés y Norisian, que es una terrible mezcla de los demás, difícilmente comprensible para cualquier extranjero que no use traductor. Lo del acento es cierto, hasta donde yo sé, pero no todos los norisians somos científicos. Tenemos toda la gama de profesiones, como cualquier otro lugar —respondió Jonás, aunque luego pensó que la mayoría de las

personas cercanas a él eran, de hecho científicas. Hasta Sofí, quien tenía una carrera en artes, tenía una fuerte formación en ciencias.

La música continuó su crescendo y los reflectores se dirigieron a dos puntos separados del coliseo por donde acababan de aparecer los contrincantes que, vestidos de blanco inmaculado, caminaron en una trayectoria convergente hacia la arena, a la que entraron por compuertas ubicadas en extremos opuestos. Una enorme cabeza holográfica apareció en el interior de la arena ocupando casi todo el espacio, donde ahora los combatientes se veían muy pequeños.

—¡Este es el evento principal de esta noche! —tronó la cabezota—. Duo Buki, dos equipos, dos armas, y estos son los guerreros en contienda.

La imagen holográfica de dos grandes flechas, una azul y otra roja, se alternó a gran velocidad sobre los dos equipos y fue disminuyendo su velocidad hasta estabilizarse, y al hacerlo los trajes de los luchadores tomaron el color señalado.

—Muy bien hermanos Davis, vamos a ganar —dijo Gabriela alegre, y accionó un mando en su silla tornándola roja.

—Creo que yo le daré mi apoyo a Hugo. Da pena verlo pelear sin el respaldo del público —respondió Jonás, que activó el mando volviendo su asiento azul, uno de los pocos de ese color en todo el coliseo.

—Pues que el perdedor, o perdedora, reconozca su falta de visión pagando la cena, y no cualquier cena. La oferta gastronómica de Santiago es la envidia de cualquier otro país, y discúlpame si no estás de acuerdo. Aunque no es barata, pero lo mejor nunca lo es. Claro que si estás pagando ese asiento y tu pase especial por una sola pelea, no creo que te pongas ahora de tacaño.

Jonás asintió sonriendo y movió su cuerpo hacia adelante, como para tratar de ver mejor lo que ocurría en la arena. Fue un gesto involuntario e innecesario, la visión ya era perfecta, pero Gabriela pareció captar bien su lenguaje corporal y dejó que se concentrara en el combate.

Cada equipo escogió sus armas. Los hermanos Davis optaron por dos varas, una larga y recta como la utilizada en el combate anterior y la otra más corta y curva con zonas azules chisporroteantes en diferentes partes de su superficie, además de los extremos. Hugo se tomó un

tiempo adicional y al fin hizo su elección, un látigo de nueve puntas y un escudo redondo.

—Ahora, ¡combatan!, —volvió a decir la cabeza gigante, antes de desvanecerse.

Los lentes de Jonás le mostraron el lugar donde estaban ubicadas sus poliesferas. Había una en la base de cada columna y hacia una de ellas corrió Hugo.

«Acércate», pensó Jonás.

Pero Hugo dio un salto directo hasta la segunda plataforma.

—Míralo, se encerró él solo. De entrada voy a pedir una crema de langostinos. En Chile tenemos los mejores, aunque nuestros vecinos te dirán algo diferente. Y el vino blanco, ¡madre mía!, no lo encontrarás en ningún otro lugar.

Jonás no podía evitar oír a Gabriela, aunque su concentración estaba fija en Hugo, que en ese momento parecía tener dificultades para mantener a raya al guerrero rojo de la vara larga, que lo atacaba insistente desde abajo.

Hugo dio un salto tras otro evitando el contacto de las chispas azules bajo sus pies. El guerrero rojo de la vara curva no tenía el alcance suficiente desde el piso y se limitó a girar en círculos alrededor de la columna esperando que su compañero diera el primer golpe, pero de alguna forma Hugo logró evitarlos y le pasaron a milímetros sin llegar a tocarlo. Vara curva se ubicó detrás de Hugo y tomó su arma por el mango del extremo. Parecía que quería arrojarla, pero entonces Hugo, que hasta ese momento se había limitado a defenderse, extendió su látigo y tras un movimiento fluido sonaron tres chasquidos, seguidos de gritos de dolor de los dos Davis. La peor parte la llevó vara curva, que recibió el primer y tercer golpes en su cuello y en el pecho, mientras que su compañero abría y cerraba la mano derecha tratando de recuperar la sensibilidad.

Jonás se imaginó la información que podían estar recolectando las esferas, si es que Hugo era en realidad un Korí. No sabía si lo visto hasta ahora obedecía a algún poder especial o era simplemente un luchador muy hábil, aunque por la expresión en los rostros de los hermanos Davis, no esperaban esa reacción de su oponente.

El marcador mostró cinco vidas disponibles para Hugo y dos para

los Davis. A Jonás no le extrañó ver que muchas de las luces del coliseo cambiaron de rojo a azul, aunque no la de Gabriela.

—¿Te sostienes en tu pronóstico? —Le preguntó Jonás.

—Claro, de nada sirve cambiar de bando cuando la apuesta está sellada. Además, ya no se volverán a confiar, míralos. Solo necesitan un buen golpe y tu héroe ya no podrá defenderse.

Gabriela tenía razón. Habían aprendido de su exceso de confianza y ahora mantenían la distancia de las puntas del látigo. Los dos se apartaron de la columna de Hugo y se acercaron a la otra, donde parecían estar planeando el próximo paso.

—No entiendo para qué necesitas esos si desde aquí se ve tan bien —dijo Gabriela, que sin que Jonás pudiera evitarlo le quitó sus lentes y se los puso.

Jonás trató de recuperarlos, pero ella se apartó, mirando a todas partes.

—No veo nada especial. Y hay unas luces rojas parpadeando.

¿Luces rojas parpadeando? Eso significaba que la poliesfera estaba muy cerca de un no-Korí. En la arena, los dos hermanos Davis estaban deliberando junto a la base de la columna. Se tranquilizó. Habría sido una decepción que Hugo resultara alguien sin poderes.

—Lo uso para repetir o ver de cerca los momentos más emocionantes —dijo Jonás, y con su terminal rebobinó unos quince segundos.

—Ah, sí, es interesante —dijo ella devolviéndole los lentes, en lo que parecía un gesto de que no le parecía para nada interesante. Jonás tendría que codificar sus lentes a su neurocom, al menos en las funciones especiales relacionadas con su investigación.

Hugo saltó de nuevo al piso ubicándose junto a la base de la columna, de cara a los hermanos. Una luz verde parpadeó tres veces en los lentes de Jonás.

«Hola Hugo», pensó Jonás, ansioso por lo que sus esferas pudieran captar en cercanías a quien ahora confirmaba como un Korí.

Los hermanos parecían haberse puesto de acuerdo y se acercaron describiendo un amplio arco alrededor de Hugo, quien dio un paso atrás y puso la columna entre él y vara curva. Los hermanos no esperaron más y lanzaron un ataque coordinado. Hugo utilizó el escudo para desviar los ataques de vara recta mientras que el otro utilizaba la curvatura de la

suya para atacar alrededor de la columna, y por poco lo logra, pero entonces todo se resolvió rápido. Hugo hizo una finta y el ataque de vara recta pasó de largo golpeando a su propio compañero en el rostro. Un chasquido más del látigo marcó el fin del combate en medio de un público muy emocionado en el coliseo completamente teñido de azul.

—¡Oye!, eso no me lo esperaba, pero se nota que tú sabes de Duo Buki más de lo que aparentas. Hiciste viaje solo para verlo a él, a Hugo me refiero y apostaste por él desde el principio, pero lo justo es justo así que escoge donde quieres cobrar tu apuesta. Claro, después de que uses tu pase especial para ir a saludar a tu héroe.

Las últimas cenas de Jonás habían consistido en comida rápida en su trailer-lab o un sándwich junto a sus colegas del foro y la perspectiva de ir a un buen restaurante con alguien como Gabriela le llamó la atención más de lo que habría pensado. Sus esferas debían estar esperándolo en el lugar de descenso de su tribuna.

—Creo que dejaré la visita al camerino para otra ocasión. Ahora mismo tengo mucha hambre.

El Pewén era un restaurante acogedor, con paredes que simulaban la superficie rugosa de la corteza del árbol al que el lugar le debía su nombre y decoración ambientada en la naturaleza. Tenía cuatro pisos, todos sobre el nivel del suelo, y durante el día contaba con la protección de una cúpula compartida con otros restaurantes y tiendas de la zona, aunque a esta hora había sido plegada permitiendo que las terrazas recibieran el aire fresco de la noche.

Usualmente estaba a diez minutos en auto del coliseo, pero habían tardado mucho más en llegar, aunque no por el tráfico. Desde el mismo final del combate, Gabriela se había visto rodeada por otros asistentes al evento que le pedían tomarse un registro con ellos pese al esfuerzo de quienes la acompañaban, que resultaron ser sus escoltas, pero ella les dijo que se los permitieran y pasó más de media hora sonriendo y tomándose registros con todos los que pudo, mientras caminaba lentamente hacia la salida.

Jonás aprovechó la lenta marcha para indagar por ella en el holo. Se

había auto descrito como actriz, pero realmente era una estrella y modelo no solo local, sino internacional. Él mismo la había visto en avisos publicitarios aunque al verla en el combate no la pudo relacionar.

Finalmente lograron llegar hasta el parqueadero donde los escoltas le abrieron el paso a Gabriela y Jonás la alcanzó unos minutos después. Ella se subió al auto que la esperaba junto con sus acompañantes y Jonás la siguió en un taxi. La entrada al Pewén fue más rápida gracias a que ella modificó su maquillaje y su ropa y no era fácil reconocerla.

Cuando al fin estuvieron cara a cara sentados en la terraza, ella pareció disfrutar el azoramiento de Jonás y el hecho de que no hubiera esperado que fuera una figura tan popular.

—Por supuesto me di cuenta en seguida que eras tú. Solo fingí que no te reconocía para hacerme el interesante —dijo Jonás, que pudo interpretar claramente la cara de escepticismo de Gabriela.

—Claro, no lo dudo ni por un segundo —rio ella.

—Ahora, en serio, sabía que había visto tu imagen en alguna parte, solo que no recordé dónde.

—Eso no me hace sentir mejor, pero soy una mujer de honor y una apuesta es una apuesta y todavía no has dicho lo que vas a ordenar.

Jonás pidió a Gabriela que recomendara y ordenara la cena y ella lo hizo encantada, aunque solo después de explicar uno por uno los platos del menú y por qué no eran la mejor elección para este momento, pero finalmente se decidió por una crema de puerros y langostinos como plato fuerte, seguidos de un postre a base de helado y frutas. La cena resultó deliciosa y también la charla. Jonás no recordaba haberla pasado tan bien con nadie.

Excepto Sofí, claro.

—Aún no está claro por qué hiciste este largo viaje para ver una sola pelea de un tipo al que nunca habías visto antes. El pasaje, el boleto VIP y el pase a camerinos que ni siquiera usaste, todo cuesta un dineral. Aunque me imagino que ahora te volverás todo un fanático de Hugo y el Duo Buki.

Jonás no quería mentirle más. Le parecía que cada vez era más fácil hacerlo y eso no le gustó.

—Créeme, tengo mis razones, aunque infortunadamente no las puedo compartir.

—¡Ah!, entonces eres el señor misterio. Está bien, en serio, no me molesta. Creo sinceramente que las personas tienen derecho a tener algunos secretos, eso no está mal. Mentir, sí, lo odio, pero guardarse cosas para uno mismo tiene todo el sentido del mundo. Aunque, claro, en ocasiones para guardarse cosas que solo nos importan a nosotros es necesario mentir por aquello de la presión social y las preguntas imprudentes. Y el misterio, por otra parte, es interesante, o mira lo que pasó con Hugo, tu luchador favorito, o más bien a su padre.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasó con el padre de Hugo?

—Bueno, también era luchador de Duo Buki, campeón y todo. Al igual que Hugo, peleaba él solo empuñando las dos armas y era imbatible, me refiero a que tenía un récord impresionante, nadie le podía ganar, fuera en combate uno a uno o dos a uno, pero un día se vino abajo. Perdió su primera pelea y luego otra y siguió así casi hasta retirarse. Los rumores decían que las mafias de las apuestas tenían algo que ver en el asunto, pero la realidad permanece en el misterio. Él nunca dio entrevistas sobre ello y tuvo sus últimas peleas luchando en pareja con su hijo, junto a quien empezó a ganar de nuevo, aunque nunca como antes; ganaban algunas y perdían otras y él nunca volvió a ser el mismo hasta que se retiró del todo y Hugo fue quien continuó el legado, pero nunca alcanzó el nivel de su papá. Es un luchador irregular e impredecible y tiene tanto peleas en las que pierde como otras en las que gana, sin llegar a lo más alto jamás.

Jonás no sabía si la mafia tendría o no que ver con la repentina pérdida de nivel del papá de Hugo, pero si era tan dominante como decía Gabriela, no le sorprendería que algún miembro del súmmum lo hubiera visitado y le hubiera insinuado que no se hiciera tan notorio, como se lo habían dicho a Silvia a sus dieciséis años.

—¿Y qué fue de él, murió?

—No que yo sepa, aunque no puedo asegurarlo. Fue el entrenador de su hijo hasta que en algún momento desapareció del mapa.

Jonás tomó nota mental de las noticias de Gabriela. Tal vez en algún momento pudiera necesitar esa información.

También notó que los escoltas de Gabriela se habían puesto de pie y la mujer miraba en dirección a su mesa.

—Bueno, Jonás, parece que mi nana me está mandando a dormir.

Bendita sea, si no fuera por ella llegaría tarde a todas partes y mañana tengo un día completo de grabaciones. Confío en que Santiago te haya gustado lo suficiente para que regreses.

—Me encantaría regresar un día en que tengas tiempo para mostrarme la ciudad.

—Entonces sigamos en contacto —dijo ella, al tiempo que con un gesto de su mano enviaba sus datos al terminal de Jonás y se despedía con un beso en la mejilla.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Fortaleza enterrada

—**P**arece que ahora siempre andas de prisa, pero esos son gajes de la vida adulta. Debes extrañar tu época de estudiante.

—Mi época de estudiante no fue muy relajada que digamos. Tuve que esforzarme bastante para cumplir con lo que me exigían ciertos profesores, más aún que lo que me exige el trabajo hoy, diría yo —dijo Jonás con una sonrisa.

—Entonces en tu trabajo son muy laxos. Y nunca te exigí más de lo que pudieras dar, pero vete ya, o vas a llegar tarde a donde sea que te vas —dijo el padre Hermes

Jonás se despidió y bajó las escaleras del campanario de tres en tres y recorrió la plaza central a paso rápido rumbo a la salida. Su prisa se debía tanto a la notificación que recibió en su terminal como al temor de encontrarse con Sofí. Quería verla, hablar con ella, pero se le hacía un nudo en el estómago al pensar que las noticias que oyó fueran ciertas, noticias que la involucraban con David, su compañero de clase.

No pudo evitar mirar de reojo a su izquierda donde las obras de los estudiantes de la facultad de artes se exhibían sobre los campos verdes y grupos de amigos hablaban y reían sentados en el prado. Ella no estaba a la vista.

Salió del campus y subió a su auto que lo estaba esperando.

Había ido a la universidad a presentar personalmente su renuncia como profesor auxiliar. El padre era una persona demasiado cercana como para renunciar a través de un mensaje. El religioso no fingió decepción, tenía claro que había sido un trabajo provisional y que Jonás tenía que apuntar más alto, por lo cual lo felicitó y le deseó lo mejor.

Mientras estuvo con él recibió un mensaje, unas pocas líneas de texto suficientes para comprender de qué se trataba. Ya solo en su auto reprodujo el mensaje completo.

Trabajo de paisajismo terminado en un ciento por ciento. Por favor preséntese en el lugar de la obra para recibir a conformidad o solicitar correcciones.

El estimado inicial de tres semanas para la construcción se había convertido en cinco, pero al fin había concluido.

Quince minutos después, su auto ingresó a la propiedad. Los postes de advertencia se habían retirado y por primera vez pudo contemplar el resultado final como un todo. Tenía claro que los jardines eran solo una tapadera, una excusa para construir la obra subterránea sin levantar sospechas, pero el resultado era alucinante. La vieja mina era irreconocible, aunque tendría que hacer algo con la bodega que ahora desentonaba con el resto. Por ahora seguía allí, y abrió la puerta de carga para recibir a Jonás, que bajó del auto.

Los dispositivos especiales diseñados por Jonás habían desaparecido y en su lugar se habían instalado terminales ordinarias nuevas, como la que se encontraría en cualquier laboratorio personal de Noris.

Jonás pasó de largo junto a ellas y, emocionado, se dirigió a paso rápido al dormitorio que había construido en el lugar. Tenía un buen tamaño y su único lujo era el Holo visor que había escogido con Sofí. Tenía su propio baño, que estaba muy bien para una bodega. Entró y cerró la puerta que comunicaba con la habitación. Sobre la pared, en el lugar preciso en que esta hacía contacto con la puerta al estar abierta, se distinguía una finísima línea apenas perceptible en forma de círculo. Tocó con suavidad sobre la superficie y esta se abrió como un diafragma, diseño que había copiado del Ferrovac, al igual que otras partes de su fortaleza, utilizaban todo aquello que podía serle de utilidad, pero tendría que hacer algo con esa pared. Por más fina que fuera la línea, era sin duda visible.

La compuerta le dio acceso a un área que parecía diseñada por un mal arquitecto, con las paredes y piso en desnivel y en ángulos extraños y muros tipo laberinto que parecían no tener ningún sentido y que además cambiaban su ubicación aleatoriamente. Era extraño, pero si lo que sabía hasta ahora de los ubicuos era cierto, dejar pocas áreas libres en su laboratorio era un mal necesario, y por eso muchas zonas de su fortaleza tenían el mismo tipo de diseño. Tal vez era una medida exagerada rayando en la paranoia, pero prefería pecar por exceso.

Disimulado entre las formas caóticas de la pared se encontraba un armario, con espacio suficiente para varios objetos. Podría abrirlo con un toque, igual que la compuerta, pero quiso comprobar los demás sistemas de acceso. Manipuló su terminal de muñeca y la puerta del armario se abrió. Estaba vacío, aunque no sería así por mucho tiempo. Tendría que poner allí un cimbrador, uno potente, por si acaso.

Cerró la puerta y probó a abrirla de nuevo con neurocom. En teoría era la forma más sencilla, pues solo necesitaba su pensamiento, pero solo era fácil cuando se tenía que concentrar en un solo dispositivo y resultaba complejo cuando tenía toda una batería de opciones para operar de esta forma. Tendría que seguir practicando.

Caminó tres pasos más y traspasó otra compuerta que se abrió de forma automática al detectar su neurocom dándole acceso a una pequeña cabina dotada de elementos de seguridad como extintores, máscaras de gas y generadores de oxígeno. La cabina se cerró y empezó a descender y acelerar.

Las paredes de la cabina estaban configuradas por defecto en modo traslúcido y Jonás pudo ver las paredes de roca del túnel elevándose a gran velocidad mientras la cabina continuaba su descenso. Un par de minutos después las paredes rocosas dieron paso a un terminado liso y oscuro y la cabina desaceleró hasta detenerse.

Cuando meses antes instaló sus equipos en la bodega, lo hizo improvisando. Quitaba los inservibles y colocaba nuevos, y el resultado final fue un laboratorio digno de un científico loco, lleno de cables e instalaciones desordenadas.

Su nuevo laboratorio era mejor que el de su trabajo. Además de los equipos diseñados por Jonás, los drones de “Jardines y Paisajes de la Isla Noris” habían instalado un terminal nuevo y dispuesto todo el conjunto

en perfecta distribución alrededor de un puesto de mando, desde donde Jonás podría controlar lo que ocurriera en cada zona del interior de la fortaleza y en la superficie. Tal vez podía seguir pareciendo el laboratorio de un científico loco, pero de uno muy organizado.

Se sentó en su puesto de mando y se tomó solo un minuto para familiarizarse con los equipos que tenía delante.

Frente a él, estaba su terminal principal, el mismo con que había analizado la primera información sobre Muff, y Jonás lo configuró como terminal principal, controlando a los otras dos.

A la derecha, un terminal nuevo tenía la función específica de controlar el entorno de la fortaleza y de la superficie, seguridad, soporte vital y las cabinas de los elevadores. Mostraba el estado actual de cada sistema, que en este momento estaba en verde.

Un visor separado mostraba el estado de las señales entrantes y salientes desde y hacia la superficie. Si durante alguno de los estudios de Jonás una señal de la fortaleza llegaba hasta los sensores instalados en los jardines de la superficie, el estudio se detendría y las defensas de emergencia entrarían en funcionamiento. Al fin y al cabo, mantener las señales encubiertas, lejos del alcance de los sintientes, había sido la razón de ser de construir la fortaleza.

A la izquierda estaba su nuevo super terminal, que le permitía maximizar el poder del antiguo y hacer más análisis simultáneos y aun así su capacidad real a duras penas se pondría a prueba. Por eso Jonás lo designó como respaldo para los otros dos.

Era el momento de la verdad y de saber si su fortaleza había valido la pena o era una mole inservible. Tomó de su maletín el tubo con la poli-esfera que contenía la esencia de Yasmine y del sintiente, la misma que había estado en la muñeca de Yasmine y con la que se había percatado de que podía ser detectado, y la vertió sobre el contenedor a su izquierda, dando inicio al análisis holístico.

Tenso, recordó que más o menos en esa fase había sido cuando, en Yamena, escuchó la voz del sintiente preguntándole quién era y ordenando que se detuviera, pero esta vez solo había silencio mientras el holo proyectaba gráficas en tiempo real. La alarma de que se hubiera detectado una señal fugitiva en la superficie también se mantuvo silenciosa.

«Parece funcionar», pensó Jonás.

Si algún sintiente podía captar las señales, lo que estaba a punto de pasar le iba a parecer una fiesta de Koríes a la que no lo invitaron. Jonás tomó once tubos con las poliesferas que esperaban ser analizadas y los vertió sobre el contenedor, donde tomaron su forma esférica sin mezclarse. El terminal inició el análisis holístico simultáneo y desplegó gráficas separadas para cada esencia detectada en su interior.

Ninguna alarma saltó.

El análisis se iba a tomar un rato y decidió ir a conocer el resto de su nuevo laboratorio.

Jonás observó una vez más la escena. Era una superposición de lo captado por sus lentes, las esferas dejadas en la arena y la transmisión comercial del combate en el holo.

El combatiente de rojo lanzó una estocada hacia arriba, donde se encontraba Hugo. La trayectoria era perfecta, pero a pocos milímetros de entrar en contacto con el pie de Hugo la vara se desvió, levantando chispas de la plataforma. Lo mismo ocurrió tras varios ataques de los hermanos Davis y el locutor elogió los buenos reflejos de Hugo, pero Jonás vio en cambio otra cosa. Cada uno de los ataques de los hermanos Davis que parecían imposibles de Eludir y que pese a ello Hugo evitaba, iba acompañado de un destello. Jonás sabía desde el escaneo de Muff que cada destello significaba que el Korí estaba usando su poder. Los destellos partían del cuerpo de Hugo y lo conectaban con el arma del atacante que se desviaba siempre en la última fracción de segundo.

El otro caso en que tenía información de varias fuentes era el de Muff, donde contaba con toda una batería de sensores, y el de Yasmine y el sintiente, donde además de la pulsera contaba con parte de la esfera que había permanecido en la mesa de noche. En el caso de la mayoría de los otros nueve Koríes de la lista de prospectos los datos se basaban solamente en lo captado por una esfera.

En el análisis de Yasmine, la única detección era de su condición de Korí sin que la esfera captara ningún uso de su poder. Jonás lo imaginó, todo ese Kor que había ayudado a sanar a quien sabe cuántas personas, ahora confinado por cuenta del cerebro dañado de la doctora.

Cuando el sintiente llegó a la habitación la situación fue diferente. Jonás vio gráficas combinadas de ambas esferas que le mostraron cómo el hombre recibió la dosis del amnésico, y luego las palabras de Yasmine...

Quiero verlo por última vez. Por favor.

Los destellos se iniciaron casi de inmediato partiendo de la cabeza del hombre hacia la de Yasmine y una fracción de segundo después rebotando hacia él, en un flujo que continuó durante unos diez segundos. Luego, las últimas palabras de la doctora.

Conozco las reglas, pero no me gustan y ya es hora de cambiarlas.

La pulsera de Yasmine, de nuevo en su muñeca, no detectó más del sintiente, pero la esfera de la mesa de noche captó nuevos destellos cuando este se acercó a la puerta. Luego, estuvo fuera de su alcance.

Según los tiempos, Jonás debería haberse cruzado con él en el hospital. Rebobinó la grabación de sus lentes hasta el momento en que el sintiente debía estar saliendo de la habitación de Yasmine. En ese instante el guardia ya había permitido que Jonás entrara y debían estar en el mismo pasillo, caminando en direcciones opuestas. El sintiente saliendo y Jonás entrando.

Jonás no recordaba haberse encontrado con nadie caminando en sentido opuesto; de hecho tenía claro que había corrido hacia la habitación junto con enfermeras y médicos que se dirigían a atender la emergencia de Yasmine.

Pero sus lentes le mostraron claramente que en el pasillo tanto Jonás como las demás personas que caminaban en su dirección esquivaban un obstáculo invisible.

Lo que hubiera hecho el sintiente no solo engañó a las personas en ese momento para que no lo vieran, también impedía que lo grabaran.

Era sorprendente.

Ahora tenía listo el análisis de los doce Koríes a quienes había podido escanear, incluyendo Muff, Yasmine y el sintiente, y pudo sacar ciertas conclusiones.

Aunque según la clasificación de Silvia en su libreta, tanto ella como la doctora Ralish pertenecían a una misma categoría, la de biología, Jonás no quiso tener ningún sesgo y permitió que el análisis se llevara a cabo sin alimentar esa información en el sistema. No tenía la esencia de

Silvia, pero sí de Martha, su hermana, una de las personas en su lista de prospectos, ingeniera botánica de profesión y directora técnica de una importante compañía productora de alimentos.

Lo que para la libreta de Silvia eran anotaciones bajo columnas de categorías con dibujos, para el súper terminal de Jonás se había traducido en números y gráficas tridimensionales, pero aun así la información estaba allí. Yasmine y Martha habían sido colocadas en uno de los cuatro cuadrantes en que el terminal de Jonás había distribuido las esencias capturadas.

No era una distribución uniforme. Mientras que el de Martha y Yasmine solo las tenía a las dos, el cuadrante de Muff tenía cinco, el de Hugo tres y el del sintiente, dos.

Eso le llamó la atención. Es decir, todo era nuevo, pero Jonás había supuesto que el sintiente estaría solo en su cuadrante. Eso sí, el análisis ubicó a los dos sujetos en su cuadrante y los diferenció por pequeñas variaciones.

«Las variantes», pensó Jonás.

Silvia había escrito sobre la existencia de diferentes variantes en cada categoría, las que había descrito con la letra uve y un número. El terminal no sabía nada de la agenda de Silvia, pero aún así su clasificación terminó mostrando un escenario similar aunque no tan completo, por supuesto. Silvia anotó que existían trece categorías y el terminal identificó por sus propios algoritmos cuatro, además de subdivisiones en cada uno que Jonás, estaba seguro, correspondían a las variantes.

Comprobó quién era el otro sujeto del cuadrante del sintiente.

Jonás la recordó muy bien. Dima, el primer prospecto a quien había podido escanear durante su pausa obligada mientras se construía el nuevo laboratorio. Tuvo que utilizar varias esferas para escanearla porque encontró una posible inconsistencia. Por momentos la detectaban como Korí y sus lentes titilaban en verde y a continuación titilaban en rojo. Creyó que era una falla, pero las nuevas esferas mostraron el mismo comportamiento.

Ahora había podido hacer el análisis holístico, ¡por fin!. Dima estaba en el mismo cuadrante del sintiente, era cierto, pero la gráfica le mostró que la intensidad de su esencia era mucho más baja. No, eso no era preciso. La intensidad era igual de potente que la de otros Koríes, pero el

análisis identificó un factor de resistencia que provenía de la misma Dima y la cancelaba por momentos.

Raro.

¿Y la variante?

Era más raro aún. El algoritmo ubicaba la esencia de Dima en un sector y luego en otro, o lo que era lo mismo según lo que Jonás sabía, en unas ocasiones parecía ser de una variante y en otras de una diferente.

Excepto cuando usaba su poder.

Sí, las esferas habían captado destellos, prueba de que sin lugar a dudas durante esas reuniones ella sí había usado su poder y durante esos momentos siempre se mostró de la misma variante.

Notó algo más.

Las esferas detectaron que cuando se producían los destellos, Dima siempre estaba en contacto físico con su paciente.

Yasmine se lo había dicho. Los Skeppos necesitaban contacto físico para usar su poder. Entonces, ¿Dima definitivamente era una Skeppo?

La inestabilidad de la detección como Korí - no Korí de las esferas era extraña; claro que no había escaneado un Skeppo antes y no tenía forma de saber qué era normal y qué no lo era, pero no estaba convencido del resultado.

Y todavía había otra cosa.

Cuando Dima usó su poder estando en contacto con los pacientes la esfera fue capaz de escanearlos.

Lo primero que detectó fue que ninguno de ellos era un Korí.

Bien por ellos.

También detectó que un flujo de destellos de colores viajaba de Dima a su paciente. Era diferente que el que él mismo había tenido con el giroscopio, que era en ambas direcciones. Este viajaba en un haz suave y constante desde Dima hacia el paciente, sin regresar.

Era evidente también que las ondas cerebrales y la química corporal de sus pacientes estaban totalmente alteradas y pese a eso permanecían en calma durante toda la sesión. Jonás pensó en su padre y el ataque en la cabaña. Ni los paramédicos ni la policía reportaron nada parecido. Por supuesto era posible que hubiera sido algo distinto, pero...

Mejor sería darle una llamada a la policía y verificar. Tal vez se aclarara y de paso le ayudara con su investigación porque hasta donde recor-

daba nunca le habían informado que hubiera algo raro con la química sanguínea de su padre.

Jonás volvió la atención al holo.

La proyección tridimensional del terminal tenía razón de ser, pero en comparación con la sencilla distribución de filas y columnas de Silvia, era muy confusa. Jonás cambió el diseño del informe y el terminal proyectó un holograma que se asemejó mucho más al cuaderno de Silvia. Las esferas habían asociado la información de cada esencia con la identidad de su portador extraída de su neurocom, de forma que la proyección mostró doce filas, todas menos una con un nombre. El sintiente no portaba uno y aunque en Yamena su uso era muy raro, Jonás dudaba que el sintiente viviera en esa ciudad de forma permanente.

Había una nueva prueba que Jonás quería hacer.

Tomó una esfera nueva, la configuró como detectora y luego la acercó, una a una, a las esferas que contenían la esencia de sus doce Koríes escaneados.

Nada.

Ese resultado concordaba con lo que esperaba. Cuando el sintiente lo percibió en Yamena lo hizo al iniciar el análisis de la esfera, no cuando esta descansaba de forma pasiva.

Tomó de nuevo la esfera y la acercó al terminal.

Nada.

Eso sí lo sorprendió. La terminal estaba desplegando los resultados del análisis de todas las esferas, pero la detectora no captó nada. Por supuesto Jonás había creído que así como el sintiente lo percibió, su esfera detectora haría lo mismo, pero aparentemente algo no encajaba.

Claro, el análisis ni siquiera había terminado cuando el sintiente lo captó.

Jonás imprimió otras tres esferas detectoras nuevas y ubicó dos sobre la terminal, tomó la esfera que contenía la esencia de Yasmine y del sintiente y reinició el análisis holístico con las dos esferas detectoras ubicadas a pocos centímetros.

Tres luces verdes parpadeantes alumbraron en el proyector.

«Proviene del terminal», pensó Jonás.

Repitió la prueba docenas de veces y ya no tuvo duda.

La esfera detectora identificó como Korí al terminal en un momento muy específico del análisis de cada esencia. Cuando lo entendió, pudo replicarlo sin necesidad de hacer un análisis real, solo como una emulación, y todas las esferas detectoras identificaron la presencia de los doce Koríes, sin distinguirlos de los reales.

Jonás se emocionó con el descubrimiento, aunque no tenía claro lo que podría hacer con esa información.

Lo que sí tenía claro fue un deseo; no, una intención, de añadir tres nuevas esencias a su colección. Tenía que pensar en una forma de echarles mano a los tres atacantes de su padre; sería algo más que un simple escaneo: Tenía que averiguar de una vez si su familia seguía en peligro.

—¡Vete ya! —le dijo Gail impaciente—; deberías haber salido hace media hora. La comisaría no va a dejar de funcionar si no estás aquí.

—Tampoco parece que funcione muy bien cuando sí estoy —bromeó Simone.

—Adiós Jefe, nos veremos el lunes en la mañana. Por hoy deja de pensar en trabajo y pásala bien, por variar.

Simone se despidió y subió a su patrulla.

—Bar Primavera, velocidad mínima y modo civil —ordenó.

El auto cambió sus colores oficiales por un gris oscuro, mezclándose con el resto del tráfico en la vía a ritmo lento. Simone aprovechó para peinarse y ponerse algo de maquillaje.

Gail había intentado convencerla de asistir a esa cita en varias ocasiones y para su sorpresa la sorprendió aceptando.

Simone quería pensar que solo lo hacía por la llamada del muchacho; al fin y al cabo era una buena oportunidad de averiguar más, pero no se engañaba: sabía que ya antes estuvo tentada de aceptar, y la conversación con Jonás solo fue el aliciente final.

Pese a la baja velocidad llegaron más pronto de lo esperado. Tal vez no era tan buena idea venir a un bar, cuando podría ir directamente a su casa a tomarse una cerveza comiendo palomitas de maíz e igual podría

averiguar lo que quería a través de una Holo llamada, pero ya estaba aquí.

Se bajó del auto y sacó un *blazer* del compartimiento trasero, dejando en su lugar su cimbrador y la chamarra de policía.

El bar Primavera le dio la bienvenida con un ambiente animado y una decoración ingeniosa. Los colores, sonidos, olores e imágenes proyectados en diferentes sitios hacían sentir la estación primaveral, sin importar en qué mes del año se encontraran. De los cuatro bares que componían la cadena, Primavera era su favorito, seguido de Invierno. Verano era ideal para adolescentes y a Simone aún le faltaba por conocer Otoño.

Al cruzar la entrada su visor se activó.

Bienvenida Jefe de Policía Simone. Tiene reserva en la mesa 11 y su acompañante ya está allí.

No se sintió avergonzada por llegar tarde. Se lo había advertido desde un principio; un jefe de policía no tiene horario fijo y estaba lista para mandarlo al demonio si le hacía el reclamo por la hora de llegada.

Pero al llegar a la mesa no pudo evitar una sonrisa divertida. Su cita había hecho un esfuerzo parecido al suyo por acicalarse a última hora y eso la relajó. Incluso se había afeitado el bigote como ella se lo había sugerido en varias ocasiones, sin éxito hasta ahora.

—Agradéceme el consejo. Te quitaste unos diez años de encima.

Mak se había puesto de pie para saludarla y alejó la silla para que se sentara.

—No te lo negaré, fui un éxito instantáneo en la oficina. En mi camino hasta aquí tuve que hacer varios giros bruscos para despistar a mis admiradoras.

Se sentaron y ordenaron. La noche se pasó volando y Simone se sentía muy alegre; hacía mucho tiempo que no se reía tanto y antes de darse cuenta ya estaban listos para el postre.

—Debo confesarte Simone que no sabía que esperar de esta noche. Cuando aceptaste la invitación algo me decía que ibas a cancelar en el último minuto. ¡Me alegra haberme equivocado!

—Yo también debo confesarte que no te equivocabas —admitió Simone—. Gail tuvo que ponerme un arma en la cabeza para que viniera, pero me alegra que lo haya hecho; la pasé muy bien.

—Y yo la he pasado aún mejor, ¡créeme! —exclamó Mak—, pero te conozco desde hace tiempo Simone y noto que estás preocupada. Hay algo que pueda hacer por ti?

—No, Mak, preocupada no, pero... perdóname por traer estos temas, sé que no es el momento. ¿Puedo preguntarte algo del trabajo?

—Por supuesto, pregunta lo que sea.

—Gracias. ¿Recuerdas la emergencia que atendimos juntos donde el Dr. Casel el año pasado?

Mak hizo un gesto que le hizo pensar a Simone que la había olvidado.

—Un supuesto ataque. El hijo nos informó que tres personas le hicieron algo a su padre, aunque no encontramos ninguna evidencia —insistió Simone.

—Ah, si, nunca supimos que pasó allí en realidad. ¿Averiguaste algo nuevo?

—De hecho no, absolutamente nada, pero no puedo archivarlo sin más. Si el Dr. Casel fue atacado debo mantener abierta la investigación, aunque hasta ahora me he encontrado con un callejón sin salida. Por otra parte, si estaba bajo el efecto de algún medicamento o droga necesito averiguar quién se la administró, él mismo o alguien más, pero tu informe de la química sanguínea del Dr. Casel reportaba que todo era normal.

—Y, ¿tienes alguna duda al respecto? —preguntó Mak.

—Es un caso extraño; no te voy a decir que le he dedicado mucho tiempo porque no sería cierto, pero sí seguí todas las pistas que en su momento pude obtener, sin ningún resultado. Entonces, sí, tengo muchas dudas. Si hubiera algo que se les hubiera pasado por alto, algo que tal vez no justificara un reporte anormal, pero que sí les llamara la atención...

—Somos muy concienzudos en los reportes. Si hubiera algo que reportar, cualquier cosa que llamara nuestra atención, como tú dices, estaría en ese informe. Si no está, es porque no encontramos nada.

—¿Y confías en tu compañero? Me refiero a que si mal no recuerdo fuiste con un novato, Lou, y estaba bastante nervioso. ¿Podría ser que hubiera cometido un error?

A Simone le pareció que Mak estaba incómodo. Lamentaba ponerlo

en esa situación; sabía que nadie tomaría a bien que se cuestionara su trabajo o el de sus colaboradores, pero la llamada del muchacho Landó la hizo sentir mal. Ese caso no había avanzado ni un centímetro y podría ser que los resultados de la química sanguínea del Dr. Casel fueran una forma de desatascarlo.

Pero Mak reaccionó mejor de lo que esperaba. Ciertamente, mucho mejor de lo que lo habría hecho ella. Se acercó un poco más a Simone y aferró afectuosamente su brazo, mientras ella lo miraba atentamente.

—Lou es un técnico muy responsable y capaz y se toma en serio su trabajo, tanto como tú el tuyo. Mírate, todo el distrito depende de ti, Simone, y por más tranquila que sea en general nuestra ciudad tienes toneladas de trabajo. ¿Tiene sentido que malgastes tu tiempo investigando un caso en el que, afortunadamente, no hubo afectados? De esa cabaña no se robaron ni dañaron nada y el Dr. Casel está en perfectas condiciones de salud, tanto así que ni la misma familia volvió a interesarse en el asunto. Excepto por el testimonio del muchacho, podríamos decir que allí no pasó nada.

—En parte tienes razón, Mak, pero te equivocas en lo de que la familia perdió el interés. Justamente el muchacho me llamó a preguntar sobre avances del caso y tuve que reconocer para mi misma que me di por vencida muy pronto, pero es cierto que tengo un montón de trabajo; No voy a archivar el caso de Casel, pero tampoco voy a gastar más tiempo. Si me llega la inspiración en algún momento tal vez decida darle una nueva mirada.

—Me parece el camino correcto. Ahora, ¿te parece si ordenamos el postre?

Simone estuvo de acuerdo y la noche terminó con una charla liviana y risas.

Casi sobre la media noche se despidieron con la promesa de repetir. Mak la acompañó hasta la salida y la siguió con la mirada hasta que se perdió de vista en el interior de su auto.

Sin volverse a sentar, Mak caminó también hacia la puerta verificando en su visor la cuenta, pero no había nada que pagar; ella lo había hecho.

Típico.

La noche había estado muy bien, casi perfecta.

Casi.

El asunto del Dr. Casel lo había tomado por sorpresa, pero afortunadamente Simone no estaba muy decidida a presionar por información, y Mak pudo reencauzarla dándole solo un ligero empujón, lo que zanjó el asunto, al menos por ahora.

Pero ella lo había dicho; no archivaría el caso y eso la convertía en un cabo suelto. Mak sabía que debía informarlo, no había forma de desobedecer la orden de DeVries.

«Sí que la hay, pero entonces no habría vuelta atrás», pensó Mak.

No era el momento de resistirse a la orden implantada por DeVries. La obedecería, como siempre, y luego lo convencería de que él podía manejar a Simone.

Envío el mensaje.

CAPÍTULO VEINTE

Apagón

Hilda Boro, rodeada por su asistente y dos miembros de seguridad, caminó a paso rápido por el pasillo que conducía al área de pruebas donde aguardaba el habitual piquete de cuatro o cinco periodistas, todos con holo lentes. No había forma de esquivarlos y además las órdenes de arriba decían que necesitaban buena publicidad.

—Señora directora, ¿qué propósito persigue esta prueba?

—Buenas tardes. Toda la información está en el paquete de prensa.

—Claro, lo vi señora directora, pero es lo mismo que ya se había probado antes del envío secreto de los motores de fusión a la Huygens. Entonces, ¿cuál es la necesidad de hacer esta prueba? —insistió el mismo periodista larguirucho de pelo engominado de antes.

«Me pregunto lo mismo», pensó Boro.

—Paquete de prensa, muchachos, paquete de prensa. Allí está respondida esa y otras preguntas —respondió la directora—. Invertimos tiempo en documentar para ustedes toda la información, les sugiero que lo aprovechen.

—¿Es verdad que Nuevos Sistemas de Energía está haciendo publicidad utilizando como excusa esta prueba simultánea a nivel global? —dijo el mismo periodista volviendo a la carga.

—NSE es una compañía privada que podría hacer publicidad de forma mucho más barata que probando motores de fusión. Esta es una tecnología nueva, probada con éxito en el espacio y que también ocupará un papel protagónico en la tierra; lo de hoy es solo el principio y lo hacemos en simultánea con todos los países que han participado del proyecto. Este es un desarrollo a escala mundial. Ahora, debo retirarme. La prueba está por comenzar.

Sus escoltas le abrieron camino y pocos pasos después habían llegado a la sala de control, dominada por multitud de proyecciones a un lado y un amplio ventanal blindado al otro, desde donde se observaba el motor de fusión que sería protagonista de la prueba.

—¿Estamos listos? —Preguntó la directora.

—Sí, solo a la espera de la orden de iniciar —respondió Valeria—. ¿Hablaste con Franco?

—Sí, pero no hay nada que hacer. La mesa directiva ya tomó una decisión y la prueba no se puede detener, lo siento.

—¿Cómo lo notaste?

—¿Perdón?

—A Franco. Yo también hablé con él y estaba... no puedo definirlo con precisión; un poco perdido con varios asuntos que tratamos aunque sobre el tema de la prueba fue tajante. No escuchó ninguna de mis razones.

Hilda sabía a qué se refería Valeria. Franco era un buen líder y amigo, pero desde hacía algunos días lucía distraído sobre varios asuntos y si Hilda le preguntaba algo le decía que lo resolviera ella, excepto sobre las pruebas. Él y sus pares en las demás oficinas a nivel mundial habían tomado la decisión de hacer las pruebas y sobre eso no admitía opiniones adversas, pese al escaso valor científico del estudio.

—Está bajo mucha presión. La oposición a esta tecnología ha disminuido, pero de ninguna manera desaparecido. Creo que quieren dar un golpe de autoridad y demostrar de una vez por todas que la conocemos y controlamos lo suficiente como para empezar a utilizarla en tierra.

—Hacer una prueba apresurada y sin demasiado tiempo de preparación no me parece la mejor forma de demostrarlo, pero en fin...

Boro no contestó. Sabía que Valeria tenía razón, pero al igual que ella era técnica, no política, y carecían de la experiencia para comprender

la situación por la que posiblemente estarían pasando Franco y los demás presidentes en otros países. En todo caso la prueba no era nada que no hubieran hecho antes y si servía para fortalecer la posición de NSE, pues bienvenida.

—Tenemos luz verde para iniciar en simultánea. Den comienzo a la secuencia —dijo Valeria.

La prueba inició como lo habían hecho docenas de veces durante el desarrollo, aunque en esas ocasiones fuera sin periodistas ni público.

—Niveles de energía nominales en todas las estaciones. Inicio de fusión.

El único indicio de que se estaba presentando una fusión nuclear en el motor era la información de los holoproectores que mostraban indicadores en verde.

—Fusión exitosa en todas las sedes. Prepárense para REM.

Antes de que la Redirección Electromagnética se iniciara, las proyecciones cambiaron de verde a rojo.

—Tenemos una falla en el toroide de contención. Inicien apagado de emergencia. Directora, por favor informa a las demás estaciones que interrumpimos la prueba —dijo Valeria.

—¿Falla del toroide? Lo hemos probado un millón de veces —estaba diciendo Hilda, pero se quedó callada cuando consultó su terminal—. ... Valeria, varias estaciones están experimentando el mismo fallo y no funciona el apagado de emergencia.

—A nosotros tampoco nos funciona —dijo gritando por encima del aullido de las alarmas que empezaron a sonar.

A través del gran ventanal con vista al hangar, la única manifestación visual de la emergencia era el enrojecimiento de la zona media del motor, pero esa vista fue bruscamente interrumpida por las cortinas metálicas protectoras que sellaron el recinto de la sala de control y de la de visitantes donde se encontraban el público y la prensa. Las cortinas formaban parte del *Arca*, último sistema de protección para el personal y en la práctica los encapsulaba dentro de compartimientos a prueba de explosiones y radiación.

Boro no dijo nada. Bajo estas circunstancias eran Valeria y los demás técnicos quienes tenían el control y sabían lo que tenían que hacer para tratar de detener la reacción, pero los indicadores le dejaron saber a la

directora que no lo estaban logrando. Imaginó el interior del gran toroide en el cual estaba el plasma a cientos de millones de grados centígrados; su estructura se mantenía intacta solo gracias a fuerzas electromagnéticas que contenían el plasma en su interior sin tocar nunca las paredes. Si no lograban detener la reacción o dar energía de nuevo a las bobinas, el plasma destruiría las paredes del toroide y se liberaría, probablemente junto con tritio radiactivo.

Vio en los proyectores como el motor desaparecía a través de una trampa que se había abierto en el piso y que se cerró de nuevo. Boro sabía que en este momento estaría cayendo por el túnel de aislamiento halado por cables a una velocidad mayor que la de la caída libre y que nuevas compuertas de protección se cerrarían a su paso, cada una creando una nueva barrera de protección y dando una mayor probabilidad de supervivencia a Hilda y a todos los demás presentes en el Arca. Hilda también sabía que no todas las estaciones contaban con la protección adicional del túnel.

Finalmente, se preguntó si el Arca y el túnel realmente eran suficientes para protegerlos de esa fuerza descomunal a punto de desatarse.

Su pregunta pronto fue respondida.

Había sido una noche horrorosa que se fundió con una mañana igual.

En su rol público de Jefe Científico del Foro, el papel de Marius era brindar apoyo a las autoridades que se estaban haciendo cargo de la investigación, ya que Pacífica producía varios de los componentes del motor de fusión.

En su rol secreto de Jefe Investigador Científico y Político del Concilio, era él el responsable de adelantar la investigación. La explosión de la tarde anterior se había sentido en todo Noris pese a que cuando ocurrió, el motor ya estaba a casi un kilómetro de profundidad.

Pacífica no tenía muertes que lamentar. El Arca y el Túnel funcionaron muy bien y todos los presentes salieron apenas con un tremendo susto, aunque aquel periodista había salido en el holo con una venda en la cabeza y el brazo en cabestrillo.

Las estaciones de otros países no tuvieron tanta suerte. Solo Francia,

España, Alemania y Brasil contaban con túnel de aislamiento. En los demás lugares, los técnicos y visitantes solo contaban con el Arca para protegerlos. Había hecho un buen trabajo salvando muchas vidas, pero decenas de personas murieron y cientos más quedaron heridas de gravedad.

Las críticas no se hicieron esperar. El túnel era tecnología de Pacífica y se cuestionaba que ese elemento de seguridad no estuviera presente en todas las sedes, como si fuera decisión de Noris construirlo o no.

Pero desde el mismo momento en que se supo de la explosión, se produjo una avalancha de cuestionamientos a esa tecnología, y no era solo de la prensa. Fuerzas políticas influyentes habían empezado a ejercer presión para proscribir los motores de fusión por su inseguridad.

A Marius le parecía estar reviviendo lo ocurrido tras la explosión del Ferrovac, hacía casi tres años, aunque mucho peor. En esa ocasión, el trabajo concienzudo de la ESA, NSE y, de forma discreta El Concilio de Pacífica, habían logrado demostrar que se trató de un sabotaje, pero pese a las evidencias algunos contradictores parecían poco convencidos y quedaron a la espera de su oportunidad, que llegó con la explosión del día anterior.

Marius no había dormido ni un minuto desde el accidente, sosteniendo reuniones con los cuerpos de socorro, de seguridad y con docenas de otras personas que tenían algo que decir o aportar sobre el suceso.

Luego, cuando se iba a tomar un descanso en su despacho recibió la llamada de Jonás invitándolo a su laboratorio, justo ahora. Tenía muchas ganas de conocerlo, pero le parecía que era el peor momento; sin embargo Jonás insistió, inclusive insinuó que la visita tenía algo que ver con los sucesos. Marius no comprendía cómo podía ser, pero accedió. Jonás se había vuelto muy misterioso desde hacía algún tiempo y que lo dejara entrar al laboratorio donde había invertido una buena parte de su recientemente ganada fortuna, lo hacía sentir muy bien. Además, pudo echarse una cabeceada en el trayecto en el auto que Jonás envió a recogerlo.

Cuando la puerta de la mina se abrió, se encontró en un lugar por completo distinto al entorno en que se encontraba. Era una especie de

oasis con árboles frutales y todo tipo de plantas, en medio de una antigua zona minera que de resto solo tenía cascotes y tierra árida.

El auto lo llevó a una bodega con paredes de pintura variable, que pese a ser visible en medio de los cultivos, no desentonaba demasiado.

Jonás lo estaba esperando en su interior vestido con su eterno pantalón negro y camiseta gris, como cuando era un niño que dependía de él y de Geni.

—Papá, bienvenido —dijo Jonás dando un abrazo a Marius.

—Gracias por la invitación Jonás, pero de verdad espero que haya una buena razón para hacer esto justamente hoy.

—La hay, papá, pero hablaremos en otro lugar. Ven.

Jonás lo siguió a través de la bodega, la habitación y finalmente...

—¿Entras por el baño?

—Sí, me dejé llevar por las películas del holo. Hay otras entradas en el bosque de frutales, pero esta es la única que uso.

Marius sonrió y lo siguió a través de la entrada que se había abierto.

Entró a un área que lo desorientó, como esos cuartos en las ferias donde las proporciones estaban alteradas. Todo el camino lo parecía.

—Esto también tiene una explicación, lo prometo.

Marius notó los sensores que daban acceso a ciertas zonas. Era claro que nadie sin autorización podría acceder allí.

Subieron a la cabina que empezó a descender a través del suelo rocoso.

—¿Cuándo será seguro hablar? —Preguntó Marius.

—Probablemente desde que estábamos en la bodega, pero prefiero esperar hasta que estemos abajo, si te parece bien.

—No hay problema. Y de tu vida personal, ¿qué ha pasado? ¿Has vuelto a hablar con Sofí?

—No, aunque no porque yo no lo haya intentado. Tal vez se acabó. Además, conocí a otra persona hace poco. La pasamos muy bien juntos.

—Me alegra oír eso. Cuando estés listo me gustaría conocerla, y a tu madre seguro que también.

—Mamá ya la conoce, le pedí que la saludara hace unos días.

—Tu madre a bordo de una nave a millones de kilómetros ya conoce a tu nueva novia y yo, que trabajo en el mismo edificio que tú, ¿recién me entero?

—No es mi novia, creo. Nos estamos conociendo. Y no lo planeo, estábamos yendo a teatro en Santiago... es chilena, ¿sabes? Y entró el mensaje de mamá mientras estábamos en el taxi. Gabriela de inmediato quiso contestarle y terminamos por mandarle un mensaje grabado por los dos. Por supuesto, cuando salimos de la función de teatro, tenía cinco mensajes nuevos de mamá.

Marius podía imaginarlo. Geni se llevaba muy bien con Sofí y estaba segura de que su ruptura con Jonás era temporal. Saber que estaba saliendo con otra persona debió resultar una sorpresa, sobre todo si Jonás la tomaba tan en serio como para presentársela en uno de sus mensajes.

La cabina se detuvo y entraron al laboratorio. Jonás le ofreció una silla ante una pequeña mesa ubicada junto a una procesadora de alimentos no tan pequeña. Marius supuso que Jonás tenía pensado pasar períodos largos en ese lugar.

Sin preguntarle lo que quería, Jonás sirvió dos capuchinos con una pizca de dulce. Exactamente lo que Marius habría querido.

—Papá, lo ocurrido anoche con los motores de fusión, dudo que fuera un accidente. Creo que es un sabotaje, tal como el que ocurrió con el Ferrovac.

—También lo pensé, Jonás, pero es muy improbable. Las medidas de seguridad son muy estrictas en Pacífica, y ni hablar de extender el sabotaje a seis diferentes países al mismo tiempo. Dudo que exista un grupo terrorista con esa capacidad de coordinación y de penetración en las fuerzas de seguridad. Si así fuera, podrían haber logrado mucho más, nos tendrían de rodillas. ¿Y te has puesto a pensar por qué el objetivo de esos ataques sería el motor de fusión? No le veo ningún sentido.

—Supongamos que ese grupo existe, que tienen la capacidad de actuar con ese nivel de sincronización que mencionas, y que además su objetivo fuera en efecto el motor de fusión. No, espera, solo como un ejercicio teórico. ¿Destruyen los motores y luego qué? ¿Acaban con su desarrollo o el mundo puede volver al desarrollo de esa tecnología?

—Por supuesto que no. De hecho, los seis motores destruidos eran modelos de prueba. Existen muchos más en diferentes etapas de construcción.

—Ajá. Entonces es un grupo tan inteligente que puede infiltrarse en

las entrañas de las comunidades científicas y de seguridad de seis países y ejecutar una operación para lograr que se lleve a cabo una prueba simultánea de los motores en todos ellos, pero no son lo suficientemente inteligentes para prever que pasado el escándalo inicial todo volverá a la normalidad. ¿Tiene lógica?

—Si existiera ese grupo no necesariamente actuaría de forma lógica, pero supongamos que sí. Si yo fuera su estrategia no tendría como objetivo los motores destruidos. Estos serían solo un medio para atraer la atención sobre la tecnología y armar todo un escándalo, tal vez generar temor sobre ella y ralentizar así su futuro desarrollo. ¿Es eso lo que sospechas? ¿Que quieren generar temor sobre los fusores para que haya oposición a su desarrollo?

—Sí, pero dudo que se limiten a destruirlos con la esperanza de que parezca un accidente y que por inercia haya una oposición natural a futuros avances en la materia. Si montan una operación a gran escala como esta necesitarían garantizar que va a haber presión para eliminar los fusores, garantizar, no suponer, y eso significa que deberíamos ver un esfuerzo coordinado desde diferentes orillas enfocado en acabar con los motores de fusión.

—El primer ministro japonés cuestionó la seguridad de los motores de fusión diez minutos después del accidente, cuando aún no había casi información sobre lo ocurrido, y esta mañana notificó en rueda de prensa que su país detenía indefinidamente todo desarrollo y colaboración. Los gobiernos de los otros cuatro países se encuentran deliberando y varios miembros de la ESA están considerando deshacerse de los fusores de la Huygens. En Pacífica estamos un poco al vaivén de los demás. Somos proveedores de muchos componentes, pero no tenemos un papel proactivo en el desarrollo del motor.

—Entonces, sí está pasando —dijo Jonás.

—Me parece una reacción típica cuando se trata de políticos, pero no puedo decir que parezca orquestada. Como comunidad científica tendremos que descubrir las causas de lo que ocurrió y demostrar si esta tecnología es segura o no.

Jonás desvió su mirada a un proyector y luego amplió la imagen. Era un canal de noticias.

—Manifestaciones convocadas en París, Berlín, Washington. Mira,

inclusive en otros países donde ni siquiera hay desarrollo de motores de fusión.

Marius observó las imágenes. Realmente, el accidente del día anterior estaba ocasionando un movimiento social más fuerte del que habrían podido pensar.

—¿Pero cómo, Jonás, cómo podría alguien, sin importar su capacidad financiera o poder político, influir de esa forma a nivel mundial? En nuestro país, por ejemplo, la decisión de llevar a cabo la prueba la tomó Franco Herz, un buen amigo. Tú mismo lo has visto varias veces en la cabaña cuando ha ido a cenar. ¿Crees que él formaría parte de una conspiración de esa clase? Lo siento, para mí tiene más sentido pensar que los motores de fusión despiertan un temor real en las personas, temor que ante hechos como los sucedidos ayer, se desatan.

—Pero estamos en un ejercicio teórico, ¿recuerdas?, por favor sígueme la corriente. Supongamos entonces que ese grupo sí existe, que tiene las capacidades que mencionamos y además pueden lograr de alguna manera que personas decentes como Franco Herz tomen decisiones propicias para los objetivos de ese grupo. Si pudieran lograr todo eso y su objetivo fuera acabar con las investigaciones sobre motores de fusión, ¿estarían en el camino correcto?

—Si pudieran lograr todo eso, por supuesto estarían en el camino correcto. Si logran mantener el rechazo del público y la presión política podrían acabar con cualquier proyecto, pero Jonás. ¿No son suficientes especulaciones?

—Papá, ¿y si te dijera que ese grupo existe, y que tengo pruebas de eso?

—Te diría que es hora de dejar el misterio y decirme lo que sepas. Respondió Marius.

Y Jonás se lo dijo.

Le habló del circo y de los experimentos controlados en laboratorio con Muff, de Yasmine y el sintiente, Dima y Hugo; le mostró una de las esferas y los resultados de los análisis de todas.

Marius lo miró sin interrumpir. Conocía a su hijo muy bien y sabía que era muy inteligente, más que él mismo, más que cualquier otra persona que conociera, pero lo que le estaba diciendo... faltaban cosas, había algo que su hijo no le había revelado.

—¿Y por qué fuiste al circo, en primer lugar? Que yo supiera nunca tuviste un interés especial en ese tipo de entretenimiento, y cuando viste a este Muff, ¿fue de verdad tan impresionaste que dijiste: oye, esto no es normal, no pueden ser trucos o algo así, tengo que investigarlo más a fondo?

Jonás no pareció molesto por el comentario. Al contrario, lo miró con una sonrisa.

—Tienes razón. Perdóname si me guardé algo para el final, pero es la cereza del pastel, por decirlo así. No, no estuve en ese circo por casualidad sino que lo hice siguiendo algunas pistas que tienen que ver con lo que te ocurrió en la cabaña, el ataque misterioso del que la policía no averiguó nada.

—¿El ataque en la cabaña? Y pistas, ¿pistas de quién? Dijo Marius que no disimuló su confusión. No entendía que tenía que ver una cosa con otra.

—Lo que te voy a mostrar no se lo mostré a la policía. Capturé esta información improvisando una configuración de radar para esta esfera —dijo Jonás mostrándole a Cassie.

Y proyectó la imagen de las cuatro figuras de la cabaña, una de ellas el propio Marius y le hizo énfasis en el factor de que las tres figuras de pie no tenían un neurocom.

—Sobre ese aspecto del neurocom no he podido averiguar mucho, pese a que me reuní con el padre Hermes que es un experto. Y papá, siento decírtelo hasta ahora, pero el ataque en la cabaña es mi culpa. Cuando mamá te envió el mensaje pidiendo que fueras al depósito de la universidad, tú estabas en reuniones y yo lo vi antes. Quise ayudar y fui al depósito, saqué su contenido. Después supe que habías salido temprano y fui a la cabaña a entregarte lo que encontré y llegué en medio del ataque de esos tres.

Marius quedó más sorprendido por esa información que por todo lo dicho antes sobre los supuestos Koríes que mencionaba Jonás. Aunque visto en retrospectiva tenía mucho sentido. Además, sintió que en el fondo de su mente algo se agitaba, una alerta sobre algo que estaba a punto de suceder, aunque no sabía decir qué. Sentía que su mente era un volcán a punto de entrar en erupción y solo una delgada capa de roca lo evitaba.

—¿Y que había en ese lugar? —Preguntó Marius y cuando formuló la pregunta la sensación de alerta creció casi al punto de emerger a la superficie.

—Una grabadora, con un mensaje grabado por Silvia en la Huygens poco antes de morir. Logré enviárselo a mamá y engañar a los atacantes...

El cerebro de Marius dejó de escuchar. La roca que evitaba la erupción había volado en pedazos y la lava que emergía cubrió todos sus demás pensamientos y de ella se liberó uno solo, una necesidad acuciante, imposible de aplazar o evitar.

—Necesito un lugar a solas, Jonás, necesito un lugar a solas.

Jonás se calló y miró a su padre cerrando el entrecejo.

—¿Papá, te sientes bien?

—Necesito un lugar a solas, Jonás, ahora, por favor.

—Claro, ven —dijo Jonás con cara preocupada y lo condujo al pequeño dormitorio.

Marius entró y cerró la puerta tras él dejando afuera a Jonás. El pensamiento en su mente, el único que quedaba allí había aumentado de volumen, sentía como presionaba contra su cráneo amenazando con reventarlo desde adentro.

Si te enteras de algo más relacionado con esa grabadora, o con Silvia y su muerte, debes decírmelo. Sabrás como contactarme, a mí y solo a mí.

La presión en su cabeza aumentó. Tomó el terminal y marcó el código que había surgido de su mente. Escribió.

Mi hijo Jonás tomó la grabadora del depósito de Silvia y envió la información a su madre a bordo de la Huygens. Con esa información inició una investigación sobre personas que él cree que tienen poderes especiales, a quienes llama Koríes...

El mensaje fue extenso. Explicó todo lo que Jonás le había contado sobre sus esferas y el escaneo a Muff y a los demás y sus sospechas de que era el Súmmum quien estaba detrás.

Tan pronto como le dio la orden de enviar el mensaje la presión que estaba a punto de reventar su cabeza se disipó, su mente volvió a la calma y el pensamiento que había ocupado todo el espacio de su cerebro se encogió y se disolvió en la lava que volvió al interior del volcán llevándose consigo todo rastro de recuerdo de lo ocurrido en los últimos minutos.

Marius miró a su alrededor sin comprender muy bien qué estaba haciendo allí. Se limpió una lágrima con el puño de la camisa y salió de nuevo al laboratorio.

Jonás estaba parado frente a la puerta, mirándolo fijamente.

—Sabes lo que acabas de hacer, papá?

—¿De qué hablas hijo?

—Lo que acaba de pasar en esa habitación. ¿Sabes que hiciste?

—Todo lo que me has contado, creo que es demasiado extraño. Tal vez quería estar solo un momento para pensar.

—¿Y en qué pensaste, papá, sacaste algo en claro?

Marius vio en Jonás una mirada que no le conocía. No lo hacía de la forma cariñosa de cuando era niño ni la de cómplices en experimentos, ni siquiera la reciente de líder y subalterno.

Marius sentía que lo miraba con curiosidad, igual que a un objeto de estudio. Que así fuera.

—No, Jonás, la verdad es que no sé que estaba haciendo allí, pero parece que tú sí y me gustaría saberlo. Me siento muy confundido.

—Ven, te lo mostraré —dijo Jonás, acompañando a su padre de nuevo hasta la mesita del café.

Proyectó la imagen del holo donde varias cámaras captaban todo lo que ocurría en el laboratorio. Marius se vio poniéndose de pie deprisa, entrando a la habitación y cerrando con un portazo, luego proyectó el teclado de su terminal y empezó a escribir a toda velocidad.

Marius instintivamente miró su terminal.

—No tengo ningún mensaje que haya enviado, no lo comprendo. Y, ¿por qué tienes cámaras por todo el laboratorio? ¡Mira, hasta en el baño!

—Probablemente eliminaste el mensaje y por los protocolos de seguridad del foro seguramente no hay forma de recuperarlo. Y las cámaras, bueno...puedes llamar a este lugar el templo de la paranoia, tengo cámaras y sensores cubriendo toda el área. ¿Y recuerdas que mi intención al tomarme tantas molestias era impedir que cualquier señal escapa por accidente? Eso incluye las conexiones de red de los terminales como el tuyo, que deben pasar por un repetidor antes de salir al exterior. Ahora te voy a mostrar lo que enviaste.

Jonás reprodujo el mensaje enviado donde Marius informaba a un destinatario desconocido todo los secretos que su hijo le había contado.

Marius había perdido todo color de su rostro.

—No puede ser, nunca te pondría en peligro, por el cosmos Jonás, eres mi hijo.

—Sé muy bien que no, papá, no creo que dependa de tu voluntad.

—Da igual, te puse en peligro; Te pondré bajo protección inmediata de las autoridades.

—No debes preocuparte. Como te dije, las señales deben pasar por un repetidor en este laboratorio antes de salir. En el caso de tu transmisión quedó retenida y por supuesto no dejaré que salga.

—Gracias al cosmos, Jonás, pero por qué lo hice? ¿Sabes algo, no?

—Tal vez. Varios sensores captaron algo en ti. Mira.

La imagen era la misma que Marius ya había visto antes mostrándolo desde su llegada al recinto, pero Jonás activó un comando y a la imagen normal de Marius se le superpuso otra de los sensores del laboratorio en el cual se percibía un punto azul en su cabeza, similar al que había visto en la grabación de Cass-Radar. Era su neurocom, pero era diferente al de Jonás. En su hijo se veía de constante color azul, mientras que el suyo cambiaba a otros colores como el rojo.

—¿Qué estoy viendo? —Preguntó. No quería aventurar teorías.

—Ese tipo de señal en tu neurocom lo he visto antes, pero solo en Koríes y en cierto giroscopio que encontré.

Marius estaba a punto de preguntar qué estaba haciendo una señal como esa en su cabeza, pero se contuvo. Por difícil que pudiera parecer debía manejar el asunto con tanta objetividad como fuera posible.

—¿Tienes una explicación para eso? —Preguntó.

—Una teoría, aunque bien fundamentada. Yasmine me habló de la existencia de los Skeppos, Koríes con capacidad para meterse en la cabeza de las personas, Koríes o no. Creo que uno de los que te atacó en la cabaña era uno de ellos y no solo se te metió en la cabeza sino que te dejó algo, y ese algo te impulsó a enviar un mensaje poniendo en riesgo a tu hijo, algo que los sensores captan como una huella de Korí.

Marius estaba aterrado, con sus manos cubriendo parte de su nariz y boca, tratando de comprender las implicaciones de lo que revelaba Jonás.

—Soy un peligro para ti, para todo Pacífica, de hecho. Si estás en lo

cierto no sabemos que otras instrucciones me puede haber dejado latentes.

—Tienes razón y no puedes ir por allí si no sabemos qué te puso en la cabeza.

—Te veo tranquilo, Jonás. Parece que tienes alguna otra teoría sobre cómo averiguar de qué se trata.

—Sí, papá, aunque este es terreno aún más desconocido. La señal parásita en tu cabeza fluye a través de tu neurocom así que quiero intentar una descarga profunda.

Jonás miró a su hijo, ya no con sorpresa, sino con mayor admiración.

—No sabía que conocías la forma de hacerlo, pero supongo que si me lo propones es porque sabes cómo. Adelante, confío en ti.

—Ya lo hice en mi mismo una vez ; es incómodo. Puede ser que revivas los momentos de la cabaña, y en esa ocasión quedaste inconsciente, pero para que esto funcione debes comprender que si tienes cualquier reserva o solo accedes a la descarga porque te sientes presionado, no funcionará. Debes hacerlo de forma libre y continuar así todo el proceso.

—Quiero hacerlo. De hecho, siento curiosidad por el resultado.

Jonás trajo un sensor de neurocom similar al que se usaba en cualquier equipo activado con ese mecanismo y lo puso a treinta centímetros detrás de la cabeza de su padre y junto a él, el juguete.

—Me habías mencionado ese giroscopio. ¿Cuál es su propósito en la descarga?

—Te lo diré luego, es que tengo una...

—No me digas, una teoría. Está bien, apuesto a que resulta acertada.

—Eso espero —dijo Jonás—. Ahora te voy a hacer unas preguntas. Cierra tus ojos (es para que tengas menos distracciones), y escúchame. La descarga ya está en operación y abrirá el flujo a través del neurocom, podrás acceder a recuerdos que no sabías que estaban allí, pero que tu cerebro captó. Recuerda esa tarde, en la cabaña, cuando regresaste luego de encontrar vacío el depósito de Silvia. Piensa en ese momento y si quieres compartirlo, hazlo.

Marius ya lo había intentado antes, cuando la policía lo interrogó y no recordó nada una vez que entró a la cabaña y se recostó en el sofá, antes de quedarse dormido.

Antes, al tratar de recordar esos momentos, más que una imagen real de lo acontecido tenía en su mente una certeza sobre lo ocurrido: llegó en el auto, se bajó, entró a la cabaña, se sentó y quedó dormido hasta que se despertó rodeado de los cuerpos de emergencia y con Jonás a su lado.

Pero esta vez fue distinto.

Sintió el cambio en la temperatura al salir del hermético ambiente del auto y caminar en el aire frío sobre el césped que se colaba entre las piedras del camino a la cabaña. Ante él las luces se encendieron dándole la bienvenida a su hogar. Oía los ruidos de las primeras aves nocturnas y de algunos insectos. En el firmamento, los escudos de interferencia se apagaron, dándole la oportunidad de ver el cielo nocturno donde a esa hora dominaba a medio camino entre el horizonte y el cenit, la cruz del sur.

Sabía que esa tarde solo había observado el firmamento un instante, pero la descarga profunda le permitió detenerse en él y disfrutarlo.

Siguió su camino, oyó sus pisadas y la puerta de entrada destrabarse ante su cercanía. Entró a la cabaña y vio...

Nada. Las luces no se encendieron aunque dio la orden. Era raro.

Iba a dar la orden de diagnóstico, pero se llenó de terror cuando sintió el sonido de una respiración a su espalda y una mano que se apoyó en su hombro.

La sensación de terror no desapareció, pero cuando trató de apoderarse de Marius algo la aferró y encerró en un lugar muy profundo de su mente, y Marius la pudo observar desde lejos.

Una voz suave llenó todo el espacio.

No pasa nada, solo estoy cansado.

Era...¿su propia voz?

Sí, lo era, pero a la vez no. Entonces se dio cuenta, era una voz ajena que cambiaba su forma para usurpar a su propia conciencia. Tan pronto como lo entendió pudo cambiar de perspectiva. Como un curioso que se mete tras bambalinas pudo ver a los actores sobre el escenario. Uno era él mismo, y el otro la voz, su falsa conciencia que lo engañaba.

Y la voz buscaba algo, quería que revelase el contenido del casillero de Silvia, insistió, pero el actor de Marius no le dijo más, no sabía más, aunque sí habló de Geni, le dijo que ella lo había mandado a buscar algo, pero no lo había encontrado.

«Maldito estúpido, no confíes en esa voz, ¿no ves que es una impostora?»

Pero ¿cómo podría saberlo? Su otro yo era un actor interpretando su papel, el papel que la voz le había asignado.

Sonó un ladrido y lo oyen todos, lo oye el actor, lo oye Marius y lo oye la voz, que se asusta, se distrae y descuida al terror que el actor había sentido y él había encerrado, ahora escapa y el actor lo ve. Un terror sin forma, pero aun así amenazador, la certeza de que su familia y él mismo estaban en peligro.

La voz está asustada, el actor ya no la escucha y en cambio si oye otras voces que entran por sus oídos, pero pronto la voz maldita, la voz que engaña ha retomado el control, el actor olvida.

El verdadero Marius ve y oye, fuerte y claro, aunque el actor es ciego y sordo a lo que sus ojos captan y sus oídos oyen.

Devries, así llaman las otras voces a la voz embustera, tiene en realidad un aspecto porcino, un rostro que Marius jamás olvidará, y Yara, alta y de aspecto fuerte y Denisse, menuda.

Buscan una grabadora, mencionaron Skeppos, ambiguos, Sumiko...

Y la voz se vuelve al actor, y lo ata de nuevo bajo su dominio.

Si te enteras de algo más relacionado con esa grabadora, o con Silvia y su muerte, debes decírmelo. Sabrás como contactarme, a mí y solo a mí.

La orden de la voz brilla y rodea al actor, luego es absorbida y desaparece de la vista aunque Marius sabe que sigue allí, esperando.

Sabe que Jonás sabrá qué hacer con esa información, pero Marius teme olvidar algún detalle importante antes de poderle decir a su hijo lo que ha visto y oído.

—No te preocupes papá, lo dijiste todo fuerte y claro.

—¿Qué?

Jonás no contestó, en cambio reprodujo una grabación en holo, con Marius describiendo con detalle cada palabra y sonido que había oído, cada sensación que tuvo.

—Creí que solo pasaba en mi cabeza —dijo Marius.

—Y eso no es todo, mira.

Proyectó una imagen en tiempo real del laboratorio. Las imágenes de Jonás y Marius en el centro y la superposición de sus neurocoms brillando en azul, sin rastro de otros colores.

—¿Por qué no veo la señal parásita en mi cabeza? —Preguntó Marius.

—Puede que aún esté allí; tendremos que comprobarlo. Tengo una transcripción completa de todo el contenido de la grabadora de Silvia; me lo envió mi madre —dijo Jonás.

Marius quedó un poco confundido con la información hasta que entendió lo que estaba haciendo su hijo.

—Y sobre la muerte de Silvia, tengo la transcripción de lo que ella pensó que iba a pasarle, varias páginas y un diario de su juventud donde hablaba de los Koríes. Y el mensaje que trataste de enviar antes, en realidad no cumpliste con la orden porque el mensaje nunca alcanzó su objetivo.

Jonás siguió observando a su padre que miraba a su alrededor como esperando que algo pasara.

—Entonces, ¿no actué raro? ¿No envié otro mensaje sin saberlo o algo así?

—No, ¿sientes algún impulso en ese sentido?

—El único impulso que tengo es tener un encuentro bajo mis condiciones con esa gente, sobre todo con Devries, Pero ¿cómo pudo la descarga profunda hacer desaparecer la orden implantada, o lo que fuera?

—No fue la descarga profunda, o al menos no por sí misma. Fue el giroscopio. Ya había observado que cuando lo usaba en condiciones que requirieran concentración el giroscopio ayudaba a eliminar las distracciones, todos esos pensamientos que no tenían nada que ver con el objetivo. Lo de hoy fue una prueba, pero pareció funcionar. De alguna manera el giroscopio filtró ese pensamiento de Devries y lo separó de los tuyos propios.

—Tu investigación es prioritaria, Jonás, es más importante que casi cualquier otra cosa. Sé que la has hecho como una cruzada personal para protegernos, pero ese Súmmum supone un riesgo a nivel mundial y ahora que sabemos que existe debemos tomar medidas. Seguiremos haciéndolo con la mayor discreción, pero contaremos el uno con el otro, ¿de acuerdo?

Con un apretón de manos su padre y Jonás sellaron el acuerdo.

Contarle todo a su padre había sido un alivio. Durante mucho tiempo pensó en mantener en secreto las cosas, tanto como fuera posible. Sofí había sabido mucho de su plan, hasta que se marchó, y Geni solo sabía que estaba tratando de descifrar la información en los documentos, pero no mucho más. También la había puesto sobre aviso con respecto a lo sucedido con los fusores y su supuesta falla simultánea para que estuviera alerta a bordo de la Huygens.

Pero solo Marius conocía la información completa, y había activado los protocolos que pudo sin revelarle toda la información al resto del foro.

Y del Concilio.

Su padre le reveló su verdadero rol como protector de Pacífica y Jonás se sintió orgulloso de él, como siempre, pero sorprendido. Marius tenía todos los méritos para alcanzar los cargos y responsabilidades más altos en lo científico, pero Jonás nunca habría imaginado que también en lo político. El hecho era que al compartirle esa información, Jonás debía convertirse en parte del Concilio.

Afortunadamente, eso había permitido planificar que en todas las instalaciones sensibles de pacífica se instalaran en tiempo récord detectores de órdenes implantadas. Para eso sería necesario producir grandes cantidades de material de poliesfera y luego programarla y distribuirla. Marius también dio inicio a un programa de actualización de los portales de neurocom en el Ferrovac y en todas las instalaciones con gran afluencia de público controladas por Pacífica a nivel mundial. El programa de escaneo de Koríes de Jonás acababa de escalar a un nivel que no había previsto, y toda la información recolectada se transmitiría a su fortaleza para ser analizada, pero hacerlo sin levantar sospechas tomaría tiempo. Infortunadamente no podrían eliminar cualquier orden implantada que encontraran si no contaban con la colaboración absoluta y voluntaria de los involucrados, o la descarga profunda no funcionaría, pero al menos sabrían quiénes eran las personas que las tenían.

Sus esferas contaban ya con capacidad para detectar si una persona tenía órdenes implantadas, si eran Koríes y en caso afirmativo esca-

nearlos así como las otras capacidades normales de esos dispositivos. Le dio uno a su padre y él tomó otro, incorporando ambos a sus terminales de muñeca. Si detectaban algo, se los harían saber a sus portadores mediante una sutil sensación táctil o enviando la información a cualquier visor.

Ahora que su investigación personal y su trabajo en el concilio eran una misma cosa, Jonás sintió en parte alivio, y en parte una enorme opresión nueva por la gran responsabilidad; utilizó a Cassie para enviarle a su madre un resumen de lo ocurrido y le pidió estar alerta en caso de que alguien quisiera atentar contra los fusores de la nave, luego bebió su cuarta taza de café y tomó el maletín de Silvia para revisar minuciosamente su contenido otra vez.

Nuevamente había organizado todo en pilas, pero, a excepción de la libreta azul donde todo era pulcro y organizado, las demás no parecían tener sentido, o no era fácil encontrarlo.

Los objetos restantes estaban en otra pila. Jonás solo prestó atención al principio al giroscopio, que ahora siempre llevaba en su propio maletín, pero nunca se le había ocurrido tratar de averiguar si los demás tenían algo interesante.

Eran un vaso de cuero con siete dados en su interior, un portaplumas y un anillo de metal, grueso y de aspecto macizo con una inscripción que estaba tan desgastada que resistió los esfuerzos de Jonás por comprenderla o si quiera poderla dibujar.

Llevó los objetos a la mesa de pruebas y encendió los detectores, que no tardaron en proyectar sus resultados. Destellos de colores provenían de todos ellos, aunque a Jonás le pareció que eran distintos de los del giroscopio. Para comprobarlo lo sacó de su maletín y volvió a escanearlos. El giroscopio proyectaba destellos similares a los otros objetos, pero mucho más intensos.

Tomó cada uno e hizo pruebas.

Lanzó los dados unas cien veces y los datos le mostraron que los resultados eran los que cabía esperar según la teoría de la probabilidad.

El portaplumas y el anillo tampoco mostraron ningún efecto visible y en ningún caso los destellos aumentaron.

Los dejó sobre la mesa de estudio y pasó de nuevo a la mesa del café.

Recordaba perfectamente que el giroscopio había manifestado su poder cuando él no lo observaba.

Volvió a las libretas. Su objetivo era tener alguna pista sobre el fabricante de juguetes. Necesitaba tener más información de cómo ese objeto podía filtrar los pensamientos, eliminar distracciones o acabar con una orden implantada por un Skeppo. Con gran paciencia buscó referencias o gráficos que hicieran mención al objeto o a su fabricante, sin encontrar nada.

También sintió que había algo que pasaba por alto, pero no estaba entre lo que había leído hoy.

Y entonces recordó algo que había leído hacía meses. Buscó la libreta azul y pasó las páginas hasta que lo encontró.

“Y Genaro, claro, me dio un cachivache muy Genariano. Lo valoro mucho; sé que es muypreciado para él, pero dice que no sabe cómo una despistada como yo pretende estudiar astrofísica sin ayuda. En todo caso está bonito. Ya veré si funciona en mí tan bien como lo hace en él.”

Un cachivache para ayudar a estudiar a una despistada. Jonás giró su cabeza y vio el giroscopio, que estaba rotando. Al parecer ese podía ser un regalo de su hermano Genaro y la única pista disponible para llegar al fabricante de juguetes.

Aunque por lo que le había contado su madre, Genaro no era precisamente el miembro más agradable de la familia Núñez. Sus palabras habían sido más bien, “es un tipo raro”

Pero no tenía opción. Necesitaba hablar con él.

El comandante Colombo leyó una vez más el mensaje y luego volvió a consultar el tablero de mandos de los motores.

Todo se veía normal.

El doctor Solomon guardaba silencio esperando que su comandante le explicara la razón del llamado, pero este se dirigió antes a su primera oficial.

—Izaskum, ¿encontraste una solución de trayectoria?

—No, comandante, ninguna maniobra nos permitiría apagar los motores de fusión y regresar a salvo a la tierra solo con los motores

químicos, aún si capturamos todos los contenedores de combustible de la ruta.

—Doctor Solomon. El control de vuelo en tierra nos ha ordenado apagar los fusores. Argumentan que las fallas de contención del plasma ocurridas recientemente podrían suceder también a bordo de la Huygens. ¿Qué opina? —Preguntó Colombo.

Solomon se puso de pie antes de responder.

—No tenemos ninguna razón para pensar que eso puede ocurrir aquí. Los motores han funcionado sin falla alguna durante cuatro meses ininterrumpidos y no hemos visto la más mínima variación en su funcionamiento. Por otra parte y si realmente existe un problema no detectado con el sistema de contención de plasma, sería más probable que se manifestara si se produjeran cambios en el uso del motor, por ejemplo detenerlos tal como piden en tierra. Antes de tomar decisiones creo que necesitamos conocer los resultados de la investigación sobre el accidente.

—Sobre eso, doctor Solomon, no debemos tener muchas esperanzas. Las explosiones fueron tan destructivas que no hay ningún material para examinar, según los primeros informes. Por otra parte, estoy de acuerdo con usted: no apagaremos los motores hasta que contemos con mayor información. Izaskum, por favor informe de nuestra decisión a la tierra —dijo Colombo, quien se despidió de los presentes con un movimiento de cabeza y salió del centro de mando.

No deseaba perder tiempo y tomó una de las asas del techo y ordenó.

—Con la doctora Landó.

El asa aumentó la velocidad, venciendo sin dificultad la débil gravedad artificial generada por la aceleración constante de los motores de fusión y llevó al capitán hasta los ascensores del anillo uno, cerca al centro de la nave. Afortunadamente Geni no estaba en el anillo dos. Odiaba la gravedad aumentada de ese hábitat y si además tenía que usar un exotraje sería aún peor.

Pero Colombo no necesitó usar siquiera el ascensor. La oficina de Geni estaba en el eje de la nave en la denominada zona de gravedad cero, aunque desde que se habían puesto en funcionamiento los motores de

fusión toda la nave contaba con gravedad artificial, así fuera mínima, fuera de los anillos.

Ella estaba sujeta a su silla escribiendo algo en su terminal y cuando lo vio entrar se detuvo, mirándolo sin decir nada.

—Pasó —dijo Colombo.

—¿A qué se refiere Capitán?

—Sobre lo que me previno hoy. Nos ordenaron detener los motores de fusión, pero no lo vamos a hacer hasta que sepamos más.

—Y desobedecer esa orden, ¿le traerá problemas? —preguntó Geni, al tiempo que invitaba al capitán a sentarse.

—No, por ahora. Como capitán tengo la prerrogativa de hacerlo si tengo motivos y los tengo, pero, Geni, ¿cómo lo supo? Y lo qué es más importante, ¿hay algo más que debería saber como capitán? —Preguntó Colombo, aunque sospechó que tal vez ella lo había sabido por su exesposo. Al fin y al cabo tenía un alto cargo en el foro de Pacífica y seguramente compartiría información de esa clase con su ex esposa.

—No puedo decirle quién me lo dijo, Capitán, pero no hay más que deba saber. Algunas personas sospechan que lo ocurrido con los motores en la tierra es un evento provocado y no un accidente verdadero, todo con el fin de boicotear por completo el desarrollo de motores de fusión, y al parecer está funcionando en la tierra. Se han detenido todas las actividades relacionadas con su desarrollo y operación y, al parecer, los únicos que siguen en funcionamiento ahora están en esta nave.

—En todo caso tendremos que apagarlos en unos tres meses para rotar la nave y empezar a frenar. Esperemos que sigan funcionando como hasta ahora durante ese tiempo y tal vez la gente entienda que son seguros —dijo el capitán—. ¿Supongo que me mantendrá al tanto de cualquier otra cosa que le diga su fuente y que tenga que ver con esta nave?

—Por supuesto, por favor cuente con eso.

—Gracias Geni. Y también quiero que sepa algo más —dijo el capitán, que no obstante no dijo nada hasta que Geni enarcó una ceja y él continuó—. La cápsula de Silvia, llegará a la órbita de la tierra en una semana.

Geni se quedó inmóvil. No había pensado mucho en la cápsula

mortuoria llevando el cuerpo refrigerado de regreso a la tierra. Lo había hecho los primeros días, luego de que la Huygens usó sus catapultas de escape para lanzarla y poder encender sus fusores de nuevo, pero luego solo tuvo pensamientos esporádicos sobre ello.

—¿Cómo puede ser tan pronto? Se supone que esas cápsulas no son muy rápidas, ¿no? —preguntó.

—Gracias a nuestros ingenieros, Pero ¿de verdad quiere que se lo explique? Cuando quise hacerlo me pidió que me detuviera —dijo Colombo dubitativo.

—La muerte de Silvia estaba muy reciente y lo que menos me interesaba eran los detalles técnicos del lanzamiento de su cápsula, pero ahora, ¿cómo es posible que llegue a la tierra en un tiempo tan corto?

Colombo manipuló su terminal y proyectó la imagen de la cápsula mientras le hacían los preparativos para el lanzamiento, cuatro meses atrás. Tenía casi cinco metros de largo desde el morro hasta la boquilla de la tobera aunque la mayor parte de su fuselaje estaba oculta por otras estructuras que se le habían agregado alrededor, como en un racimo.

—Para el momento de lanzar la cápsula habíamos recuperado varios contenedores de repostaje durante el trayecto, que gracias a los motores de fusión ya no necesitaríamos. Nuestros ingenieros configuraron la cápsula con cuatro de ellos y usamos sus motores para que hiciera un viaje mucho más rápido del habitual. Si solo hubiéramos usado el combustible y motor de la cápsula, el tiempo de viaje habría sido de unos dieciocho meses, pero ahora va tan rápido que, de hecho, la Casiopea puso en marcha hace varias semanas una misión para salir a su encuentro y frenarla, y así poderla recuperar. Tal vez todavía logremos averiguar más sobre lo que le pasó. Creí que debía saberlo.

Geni se lo agradeció y Colombo salió de su oficina. No había logrado conectar con ella tanto como quería, pero algo que sí había aprendido era a reconocer cuando quería estar sola.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El Regreso de Silvia

Jonás estaba absorto en su trabajo en la fortaleza y tardó un rato en darse cuenta de que la luz que anunciaba la recepción de un mensaje estaba titilando. Tanta concentración era una gran bendición para sus investigaciones, cortesía del giroscopio, pero tenía el problema de que fácilmente dejaba de ser consciente de su entorno.

La noticia de su madre lo tomó por sorpresa. En su momento supo que la cápsula se había lanzado a la tierra para que los expertos examinaran el cadáver de Silvia, pero en ese entonces no tenía relevancia para él y lo olvidó por completo. Ahora las cosas eran diferentes y se abría una nueva oportunidad de la cual quería hablar en persona con su padre.

Su auto ingresó a las instalaciones del Foro y el sistema de seguridad tomó el control de su autopiloto. Cruzó dos puntos de control automáticos con grandes sensores antes de llegar a uno custodiado por personal armado, portando equipos con apariencia de detectores de explosivos, pero que Jonás sabía que además contenían poliesferas. Si algún No Korí con una orden implantada o un Korí se acercaban serían detectados y los detectores darían a los guardas instrucciones de informarlo directamente a Marius y conducirlos a un área de visitas aislada sin detenerlos.

El camino estaba interrumpido en diferentes lugares por barreras

móviles que cambiaban su configuración de forma aparentemente desordenada, aunque Jonás sabía que un algoritmo hecho por él mismo se encargaba de la tarea. Podrían evitar la incursión por la fuerza de un vehículo hostil y con esa consigna se justificó su instalación, pero era el mismo principio de laberinto utilizado en la fortaleza y esperaba que fueran suficientes para evitar que un ubicuo simplemente apareciera más allá de los puntos de control.

Se bajó frente a la puerta de entrada de personal y se dirigió a las oficinas de su padre por las escaleras. Era más incómodo, pero se aseguraba de no cruzarse con nadie. Le anunció que ya estaba allí y recibió una respuesta inmediata.

Apenas llegues, entra.

Así lo hizo y le contó sobre el mensaje de su madre.

—No tenía conocimiento de eso —le respondió Marius mientras digitaba algo en su terminal—, pero sé quién nos puede ayudar.

Unos segundos después, se proyectó el holograma de un hombre mayor a quien Jonás ya había visto antes. Era Tom Spivack, jefe de vuelos tripulados de la ESA, buen amigo de su madre y, por lo visto, también de su padre.

—Marius, que gusto me da verte, y a ti Jonás, me parece maravilloso saber que trabajas con tu padre en El foro. Y dices Marius que hay algo que quieres pedirme. Adelante, por favor. Si está en mi mano sabes que lo haré.

—Gracias Tom, sé que es así. Sabemos que pronto recuperarán la cápsula con el cuerpo de Silvia Núñez y quiero pedirte que nos permitas asistir a la necropsia y estar cerca para los demás estudios que le practiquen. Es un pedido inusual, pero como tal vez recuerdas, ella fue una amiga cercana a nuestra familia y nos interesa mucho saber qué fue lo que pasó.

—Soy consciente de su cercanía y comprendo el interés. No creo que haya problema, además contar con un par de científicos de alto nivel de Pacífica nos vendrá bien, pero creo que no estás al tanto de un detalle. No solamente la recuperación de la cápsula está a cargo del personal de la Casiopea. El estudio mismo del cuerpo también tendrá lugar allí.

Jonás y Marius se miraron. Ninguno de los dos había considerado esa posibilidad. Jonás y Sofí habían comprado boleto en dos vuelos

suborbitales, que resultaron divertidos y emocionantes, aunque muy cortos y caros, pero nunca había viajado a la órbita y ni se diga a la estación Casiopea.

—Pero si eso no es un obstáculo, tenemos transbordadores diarios que hacen la ruta —continuó Spivack, que los miraba sonriente—. Para llegar a tiempo tendrían que partir en cinco días.

—Yo voy, sin duda —dijo entusiasmado Jonás.

—Gracias Tom, ya lo oíste, y yo por supuesto también. ¿Qué tenemos que hacer entonces?

—Preparen viaje para Kourou. En un momento les envío los detalles, no soy yo quien está a cargo de esa misión y debo informarme mejor —dijo Spivack, antes de cortar.

—Vas a conocer la Casiopea. Hay que estar muy agradecidos con Tom; lo hace ver como si nada, pero es la joya de la corona de la ESA, fuera del alcance de turistas espaciales y de cualquier otro que no tenga un verdadero papel científico allí. El diseño de la Huygens le debe mucho a lo que han aprendido en ese lugar.

—No creí que fueras a ir conmigo, dijo Jonás alegre.

—No hay muchas oportunidades como esta en la vida para compartir con tu hijo y colega, aunque ambos sabemos que para el tipo de investigación que vas a hacer, yo sobro.

—Lo dudo, ahora estamos juntos en esto y por la seguridad reforzada para ingresar veo que pusiste manos a la obra de inmediato.

—Sí, aunque hasta ahora no hemos detectado a nadie sospechoso. Mira, está llamando Tom —se interrumpió Marius, que activó el proyector—. ¡Eso es eficiencia querido amigo!

—Lo siento, Marius, pero no tengo buenas noticias. Se han suspendido las maniobras de recuperación de la cápsula.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—Al parecer la familia se opuso, y además están furiosos con nosotros porque dicen que actuamos a sus espaldas. Tenemos la ley de nuestro lado porque es una muerte sin esclarecer, pero en todo caso nos dieron la orden de mantener bajo perfil y no apelaremos la decisión. Lo siento.

Jonás sintió deseos de preguntar quién había ordenado no apelar,

pero se abstuvo. Eso sencillamente no era asunto suyo, pero si Spivack debía obedecer significaba que venía de lo más alto de la ESA.

—¿Y qué pasará entonces con la cápsula? —Preguntó Jonás.

—Las maniobras de recuperación ya realizadas la ralentizaron lo suficiente para que su reingreso a la atmósfera sea seguro así que eso es lo que haremos, y la familia estuvo de acuerdo. Nuevamente, lo siento. Transmitiremos el acontecimiento para la familia cercana a manera de funeral. Arreglaré que ustedes puedan presenciarlo también, si quieren.

Marius y Jonás lo agradecieron y la imagen de Spivack desapareció.

—La doctora que conociste en Yamena, ¿recuerdo bien que me dijiste que habló sobre la cremación de los cuerpos en los Koríes?

Jonás creía saber por dónde iba el comentario de su padre. A él también le había surgido esa idea tan pronto como Spivack informó sobre lo que pasaría con la cápsula.

—Sí, papá. Ella pensaba que la cultura de los Koríes es que los cremen al morir aunque yo tengo mis reservas. Me parece imposible que lo hagan con todos, pero en esencia es como tú dices. Ella sabía que debía ser cremada como lo fueron sus padres.

—El reingreso a la atmósfera hará prácticamente eso, como bien sabes... —dijo Marius.

—Estaba pensando lo mismo y en esta ocasión ocurrirá por petición de los hermanos de Silvia. O bien tienen miedo o ellos mismos pueden ser del Súmmum.

—O podrían tener una orden implantada, o hasta podrían estar actuando inocentemente. No descartemos ninguna posibilidad —dijo Marius.

—Es cierto, pero la consecuencia es la misma. Perdimos la única oportunidad que teníamos de saber qué pasó con Silvia en la Huygens.

Sentado a la mesa del café en su fortaleza, Jonás se sintió impotente ante la pérdida de la cápsula de Silvia. Sabía que el Súmmum se mantenía un paso adelante de él y debían estar detrás de la queja de los hermanos de Silvia.

En todo caso, no se dio por vencido. Tenía intención de visitar a Genaro y a Martha y tratar de convencerlos de permitir la recuperación de la cápsula. También podría escanearlos y saber de una vez si tenían alguna orden implantada. El problema era que no le habían respondido sus mensajes.

Recibió una llamada de Gabriela. Se veía hermosa; debía estar grabando o a punto de grabar porque su imagen era perfectamente nítida y los tonos vivos, contrario al aspecto algo descolorido de los holos normales en que las personas no usaban maquillaje especial.

—*A ver Jonás, esa cara me dice que mejor te llamo en otro momento* —dijo ella.

—No, por favor no cuelgues. Son preocupaciones normales de mi trabajo. ¿Cómo estás?

—*Muy bien, terminando una grabación y feliz por una noticia. Parece que haremos una gira relámpago y empezaremos nada menos que en Pacífica. ¡Al fin voy a conocer la tierra que te vio nacer!*

—¿Vienes a Noris? ¿Cuándo?

—*Hoy. Tendré una agenda movida, pero te la comparto para que tú mismo decidas en qué momento nos veremos. Ahora me despido, debo volver a grabar. Va un beso.*

—Aquí va otro —dijo Jonás, que sonrió mientras la imagen se desvanecía.

Gabriela era divertida, bella y Jonás disfrutaba de su compañía; la expectativa de su visita sorpresiva lo alegró y al mismo tiempo sintió brotar esa conocida sensación de culpa, como si estuviera engañando a Sofí.

Sacudió la cabeza y desechó el pensamiento. Tal vez había llegado el momento de mirar adelante, de entender que su relación con ella quizás había quedado realmente en el pasado.

Vio la agenda compartida por Gabriela y no encontró muchas opciones disponibles, pero la hora de la cena sí lo estaba; reservó una mesa para los dos en Primavera, un restaurante que aún no conocía, pero que tenía muy buenas críticas.

Entonces su terminal volvió a sonar. Era Martha, la hermana menor de Silvia. Solo la había visto en persona una vez antes, la víspera del lanzamiento de Silvia y Geni, y en el holo cuando le dio sus condescendencias.

—Jonás, hola. Sé que estuviste tratando de localizarme, pero acabo de terminar clases. ¿En qué te puedo servir?

—Martha, gracias por responder. Quisiera hablar contigo y con Genaro. ¿Puedo visitarlos hoy?

—Jonás, ¿estás en Noris? Porque Genaro vive allá, yo vivo en Francia. Por supuesto podemos vernos cuando quieras. Si lo contactaste y no te responde no te preocupes, mi hermano es así, pero es una buena persona. Te envío la dirección de su casa, en el trabajo nunca está disponible. ¿Y qué necesitas? Tal vez puedas decírmelo ahora.

—Sí Martha. Me enteré del retorno de la cápsula de Silvia y que ustedes se opusieron a la recuperación. ¿Crees que sea posible que cambien de opinión y así puedan darle servicio funerario adecuado?

Martha ladeó la cabeza y se alejó un poco de la cámara.

—Me sorprende que estés enterado de eso, pero sí, es cierto, nos oponemos. Y la cremación es la forma que habría preferido Silvia, en todo caso. Perdóname Jonás, Pero ¿qué tiene que ver eso contigo?

—Me lo dijo mi madre. Tú sabes que eran muy amigas —dijo Jonás Martha pareció relajarse un poco.

—Por supuesto, lo sé Jonás. Ahora, si de lo que deseas hablar con Genaro es de lo mismo, debo cambiar de opinión. No lo visites. Él está muy decidido y más molesto con la ESA que yo por ocultarnos el plan de recuperar el cuerpo y practicarle una necropsia y se tomará a mal que siquiera menciones el tema, ni se diga hablar de cambiar de idea. Ni yo lo logré.

Entonces lo de permitir que la cápsula con el cuerpo de Silvia se quemara en la atmósfera había sido idea de Genaro, no de Martha. Además, Silvia en su diario mencionó que fue su hermano quien le dio el regalo que, Jonás suponía, era el giroscopio. Debía hablar con él, o al menos intentarlo.

—Martha, gracias. Tal vez intente en todo caso hablar con él.

—Pues avísame cómo te va. Lo digo en serio, estoy muy preocupada por él. Creo que esta situación lo ha afectado mucho.

Jonás lo prometió y llamó al auto.

Jonás tomó dos poliesferas y las fusionó. Adquirieron el aspecto de una caja ordinaria de plástico. Guardó en su interior el giroscopio y entonces una fina capa de material de poliesfera lo ocultó. En el espacio vacío de la caja Jonás guardó sus lentes.

Hizo una prueba más. Había hecho decenas, siempre con buenos resultados, pero esta era la primera vez que iba a usar la caja para lo que la había diseñado.

Funcionó.

Pudo detectar por la suave señal táctil de su pulsera que el giroscopio se ponía en movimiento. Tocó la caja sin sentir ninguna vibración. La cambió de posición y el giro continuó.

Perfecto.

Detuvo la rotación con un toque en su terminal y todo el conjunto fue a parar al bolsillo de su chaqueta.

El giroscopio se había convertido en una pieza central de su investigación y en la mente de Jonás hacía tiempo que había dejado de ser un simple juguete. Ya había comprobado su capacidad para ayudar a concentrarse en una tarea sin que nada lo distrajera y luego actuando como un filtro para separar los pensamientos de su padre de las órdenes implantadas.

Los estudios de Jonás le mostraron además que en presencia de Koríes que hicieran uso de su poder, el giroscopio hacía aún más. No había logrado todavía interpretar los resultados, pero era claro que en su interior se desataba una tormenta de señales que no estaban allí en otras situaciones. Por eso, había decidido construir su caja protectora de doble fondo en material de poliesfera, la mejor manera que se le ocurrió para poderlo usar fuera de la vista de cualquiera y sin ponerlo en riesgo. La visita a Genaro sería la primera ocasión de probarla en condiciones reales.

La dirección que le había dado Martha correspondía al Bosque, un barrio habitado sobre todo por ingenieros y personal encargados de cuidar y mantener la vida vegetal y animal del área, un tema importante para Pacífica que, aunque no le daba autonomía alimentaria, sí le daba cierto margen de maniobra en caso de escasez o problemas de abastecimiento.

Todos los empleados del reservorio trabajaban para la ciudad y Jonás

debería haber encontrado a Genaro de inmediato, pero no figuraba en los listados. Lo que fuera que hiciera en El Bosque no era oficial. Yasmine había mantenido un perfil muy bajo para alguien de su capacidad y antes de vincularse con la ESA Silvia había sido ayudante en un jardín botánico. Tal vez Genaro siguiera la misma línea de mantener un bajo perfil.

Así era como funcionaban las cosas, habían dicho ambas.

Al igual que en el resto de Noris, las calles eran limpias y ordenadas y el material de construcción principal era la arconita que simulaba piedra en algunos muros, asfalto en las calles y concreto en los edificios, que eran en su mayoría de una sola planta sobre la superficie.

El auto abandonó la calzada de tránsito y tomó una rampa que lo condujo a la vía subterránea en la cuál se movían muy pocos autos en ese momento. En el interior, la iluminación provenía de grandes proyectores que mostraban parcialmente el exterior aunque sin intención de simular que era real. Las autoridades de Pacífica no querían que la gente se resignara a vivir bajo tierra por toda la eternidad.

Se detuvieron frente al número 173 y Jonás bajó, tocó la puerta y esperó. Si Genaro estaba adentro ya lo estaría viendo por la holó cámara y sabría su identidad.

Dos minutos después no había pasado nada y volvió a tocar. Creyó que no estaba en casa, pero entonces la puerta se abrió. Era Genaro.

Estaba descalzo, tenía el pelo revuelto y de aspecto grasoso. Su atuendo consistía de una camiseta manchada y un pantalón deportivo igual de sucio. Miró a Jonás con ojos vidriosos aunque no olía a alcohol.

«Tal vez, ¿llorando?», se preguntó Jonás.

Y era un Korí, sin duda. La señal táctil de su pulsera se lo hizo saber de inmediato. Aún debía averiguar si tenía un neurocom, pero para eso necesitaba poner la caja en una posición adecuada.

—Genaro, soy Jonás Landó. Mi madre es Geni Landó.

—Sé quién eres —dijo Genaro, que no lo invitó a seguir ni dijo nada más. Solo se quedó allí, con la puerta entreabierta y fijando la mirada en él.

—Geni y tu hermana Silvia, eran muy amigas —dijo Jonás que no sabía cómo romper la barrera que había puesto Genaro—. Me gustaría que hablemos de ella.

—¿Y por qué quieres hablar de mi hermana?

—Porque ella... tú sabes que la cápsula con su cuerpo se aproxima a la tierra. De eso quiero hablar.

Genaro abrió los ojos y su respiración se agitó; parecía que en cualquier momento fuera a gritarle o inclusive a golpearlo. La boca le tembló, pero poco a poco pareció recuperar el control hasta que finalmente dio un paso atrás y Jonás entró.

Se sentó a la mesa del comedor que estaba limpia y libre de objetos, a diferencia de un diván ubicado en la sala frente a un proyector de holo, y donde había docenas de botellas de agua y restos de comida esparcidos por el piso. En la pared del fondo, el muro mostraba una mancha anaranjada justo sobre el punto donde estaba un robot de aseo del mismo color hecho pedazos.

—¿Por qué quieres hablar de eso? —Preguntó Genaro con tono seco.

Jonás se debatió entre suavizar su petición o ser directo. Se decidió por lo segundo.

—Me preguntaba, Genaro, ¿por qué prefieren dejar que la cápsula se queme en la atmósfera en lugar de recuperarla y darle un funeral? Creo que ustedes y todos los amigos de Silvia podríamos...

No pudo terminar la frase. En un movimiento rápido, Genaro tomó su mano y Jonás se dio cuenta con alarma de que no podía mover ni un músculo.

Todavía podía respirar y sin duda su corazón latía, pero había perdido la capacidad de realizar cualquier movimiento voluntario.

Genaro lo soltó y se puso de pie. Trató de seguirlo con la mirada, pero ni siquiera pudo mover los ojos y solo lo oyó removiendo algo a su espalda. El ruido se detuvo y los pasos se acercaron nuevamente. No podía verlo, pero sintió que estaba a sus espaldas haciendo algo. Se movió otra vez y lo volvió a tocar suavemente en la nuca. Los ojos de Jonás se cerraron.

Sintió que Genaro estaba al frente moviéndose, pero no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, aunque sí se dio cuenta que se movía de arriba abajo, inclusive debajo del asiento de Jonás.

Al fin dejó de hacer lo que fuera que estaba haciendo y se oyó el ruido de algo que golpeaba la mesa. Luego un nuevo toque y el cuerpo

de Jonás decidió ponerse de pie. Fue una sensación muy desagradable, totalmente involuntaria. Genaro lo sostenía con una mano porque su equilibrio era el de un borracho. Con la otra mano, lo cacheó y le sacó algo del bolsillo. Un nuevo ruido en la mesa.

«La caja», se dio cuenta Jonás.

Su mano se movió involuntariamente y tocó la superficie pulida. Genaro le había hecho abrirla.

—Te voy a hacer unas preguntas. Podrás responderlas si hablas con calma.

De nuevo el contacto de un dedo, esta vez sobre su frente, y recuperó el control sobre sus ojos y habla.

—¿Qué diablos me estás!...

Jonás no pudo terminar. Tan pronto como había empezado a alzar la voz, dejó de poder emitir cualquier sonido.

—Te lo dije, habla en calma. ¿Lo entiendes?

Jonás creyó que iba a volver a tocarlo, pero no fue así. Respiró despacio y habló en el tono suave que emplearía para explicarle a un niño que la dulcería estaba en la otra calle.

—Lo entiendo, pero no por qué lo estás haciendo.

—¿Qué tienes tú que ver con la recuperación del cuerpo de mi hermana? —Preguntó, y esta vez volvió a tomar su mano.

—No tengo nada que ver con eso.

La cara de Genaro se frunció. Lo miró como quien mira algo sucio en la calle.

—Mentiroso.

A sus palabras le siguió un dolor punzante, tan fuerte como breve que lo recorrió de la cabeza hasta la ingle.

—No me mientas otra vez. ¿Qué tienes tú que ver con la recuperación del cuerpo de mi hermana?

Jonás estaba empezando a sentir verdadero temor. Lo que menos habría esperado de un hermano de Silvia era un ataque como este. Además, había supuesto que Genaro tenía poderes sobre las plantas, igual que Silvia y Marta, pero ahora se daba cuenta que probablemente era sobre las células, como Yasmine. Así debía ser como paralizaba sus músculos, supuso.

—No tuve ninguna relación con el lanzamiento de la cápsula y sus planes de recuperación. Recién supe de eso hace unos días.

Jonás no sabía si le iba a creer. ¿Tenía Genaro alguna forma de saber si decía la verdad o simplemente se iba a limitar a desconfiar de todo lo que dijera?

—Dices la verdad, pero te guardas algo.

—Cuando lo supe quise asistir a la necropsia para tratar de averiguar por qué murió. Ese es un misterio que aún no hemos desvelado.

Genaro lo miró un rato y su rostro cambió su expresión dura por lo que era definitivamente el inicio de un llanto. Sus ojos se encharcaron y se cubrió la cara con las manos mientras lanzaba sonoros sollozos y su cuerpo temblaba.

—Era mi hermanita, mi hermanita, y se murió allá, tan lejos de nosotros —dijo Genaro sin dejar de llorar.

Aún tardó un minuto en esa situación hasta que se puso de pie y se fue presumiblemente al baño, porque se oyó como se sonaba.

Jonás aprovechó para ver la mesa. Sobre ella estaba lo que parecía ser un detector portátil de neurocom, como el que se utilizaría en la puerta de un local comercial.

«¿Genaro había estado verificando si Jonás tenía un neurocom?»

Junto al detector estaba la caja del giroscopio.

Jonás sintió que Genaro caminaba a algunos metros por detrás sin pronunciar palabra.

—Genaro, por favor ven. Sigamos hablando.

No le hizo caso.

—Genaro, libérame. ¿Por qué haces esto?

Al fin se sentó nuevamente frente a él.

—Lo siento, Jonás —dijo Genaro, y tras un toque los ojos se le cerraron otra vez—. Me equivoqué, no debería haber hecho esto contigo. Pierde cuidado, no estás en peligro, pero todavía debes quedarte un poco más. Voy a llamar a un amigo. Me dijo que conoce a alguien que puede hablar contigo un segundo y entonces podrás irte y no volveremos a hablar de esto.

«¿El conocido de un amigo? Debía ser un Skeppo para hacerle olvidar lo ocurrido», pensó Jonás, y luego se dio cuenta de que Genaro

no lo había dejado sin habla, solamente le había cerrado los ojos. Tenía que escoger muy bien sus próximas palabras.

—Silvia valoró mucho el regalo que le diste para la universidad, ¿sabes?

—¿De qué hablas? —Respondió con voz agitada—, y no me mientas.

Los ojos de Jonás se abrieron y Genaro nuevamente tenía la mano sobre la suya.

—Con gusto te lo diré, pero no como tu prisionero. Libérame y te diré muchas cosas sobre Silvia que probablemente ignoras.

—No puedo liberarte, lo siento.

—Entonces no puedo decirte más.

—Tengo otras formas de averiguarlo.

—¿Me volverás a torturar?

—¡No! Creí que eras del... que eras otra persona.

—¿Entonces confías en que un Skeppo que ni siquiera conoces podrá simplemente arrebatarle la información que quieres y luego hacerme olvidar lo que me hiciste?

Genaro lo soltó y retrocedió haciendo rechinar el asiento y casi cayendo de él. Tenía los ojos muy abiertos y la boca abierta. Jonás oyó como respiraba con fuerza y pareció contener el aire. Aprovechó para hablar nuevamente.

—Sabemos eso y mucho más, Genaro, no temas. Si me liberas haré lo que vine a hacer, hablar contigo sobre Silvia, y todos podremos seguir con nuestras vidas. Si tratas de forzar mi mente con un Skeppo, las cosas empeorarán mucho. Para mí, claro, pero también para ti, para tu amigo y para el Skeppo, sin duda. Libérame Genaro.

Genaro se limitó a mirarlo. Posiblemente estaba evaluando sus opciones, pero se tomó un tiempo y Jonás no lo interrumpió; simplemente mantuvo la vista sobre sus ojos, pero él parecía atrapado por su indecisión. Debía presionarlo.

—Me escaneaste buscando un neurocom. ¿Creíste que podía ser del Súmmum?

La contracción de algunos músculos de la cara delataron que la información nuevamente lo había sorprendido, pero lo tomó con mucha mayor calma que la primera vez.

—Si te suelto vas a salir corriendo y le dirás a las autoridades lo que pasó. Eso sería pésima idea.

—¿Por qué iba a hacer eso? Sabía que eras un Korí antes de venir aquí y sé lo que pueden hacer. Me sorprendiste, pero eso no cambia nada más. Y me estoy cansando de esta situación. Ya verificaste que tengo neurocom y que puedo utilizarlo para pedir ayuda, sin necesidad de mover ni un músculo y estoy a punto de hacerlo. Libérame, Genaro. Ahora.

—Creo que muy pocas personas pueden dominar el uso del neurocom para cosas como esa. ¿Eres de los pocos que lo logran? Tal vez, o tal vez no. Tiendo a creer que no, pero igual te liberaré, porque tú me dirás lo que me prometiste sobre mi hermana. ¿Estamos de acuerdo?

Jonás asintió y Genaro apenas lo rozó con un dedo. De inmediato supo que volvía a tener control sobre su cuerpo. Aprovechó su capacidad readquirida para ponerse de pie y retroceder unos pasos, poniendo la mesa de madera entre los dos. No quería más sorpresas.

Mientras tanto, Genaro había dejado a un lado la caja abierta de la que había sacado los lentes. Se los puso y se los quitó nuevamente dejándolos descuidadamente a un lado.

—Entonces, íbamos en que mi hermana había valorado mucho un regalo que le hice.

Jonás dio una nueva mirada a la caja. Estaba ladeada y desde esa posición no podía poner a funcionar el giroscopio. La próxima versión que hiciera debía corregir eso, pero por ahora necesitaba recuperar esta sin despertar más sospechas de Genaro.

—Así es. Cuando iba a estudiar en la universidad y tú se lo diste, pese a que era muy preciado para ti. Ella valoró que lo hicieras para ayudarle porque creías que era muy despistada para poder aprobar una carrera como astrofísica sin algo de ayuda. Claro que después cambió a Biología.

Genaro fue esbozando una sonrisa mientras lo escuchaba. Tomó una jarra de café y sirvió dos tazas, pasándole una a Jonás.

—Cierto, cambió a biología y allí conoció a Geni. Yo sentía un poco de celos de tu madre, ¿sabes? Eran compañeras de habitación en la universidad y en cambio nosotros nos mudamos de Noris a Antelias, mi padre y yo, quiero decir, mientras que Martha se fue a Francia

a vivir con una tía. Fue un momento horrible, con muchas separaciones.

—¿Y por qué se separaron de esa forma? Martha era una niña todavía, ¿no?

—Porque eso era lo que teníamos que hacer. Dime más bien qué otra cosa sabes de Silvia. ¿Tienes alguna información de su... de lo que le pasó?

Jonás no tenía intención de entregarle a Genaro el maletín de Silvia o los objetos que aún estaba estudiando. Tal vez después, pero por ahora los necesitaba; sí le habló en cambio de las revelaciones hechas por Silvia, y de que era así cómo había averiguado tanto sobre su mundo.

Genaro lo escuchó atentamente y cuando terminó la explicación movió la cabeza asintiendo.

—No sé si tengas idea de lo grave que es, si el Súmmum averigua lo que me has dicho sería catastrófico, harán lo que sea para hacer desaparecer esa información. Mi hermana lo sabía y si reveló tanto no lo hizo por el simple afán de quitarse un peso de encima, sino con la esperanza de que alguien, Geni o tú, supongo, investigaran más. La Huygens está en riesgo, quiero que lo tengas claro, y tal vez otras personas más corran peligro

—Lo sé, y trato de evitar que sigan actuando sin que alguien pueda oponerse. Por eso tenía la intención de conocer más sobre sus propósitos y al participar del examen al cuerpo de Silvia esperaba obtener más información, que es lo único que tenemos como arma.

—No voy a cambiar de idea, Jonás. No voy a permitir que traten a mi hermana como una rata de laboratorio.

—¿Y has pensado que, tal vez, esa decisión no sea realmente tuya? Podría ser una orden implantada —dijo Jonás, a quien su terminal de pulsera hacía rato le había hecho saber que el Korí parado frente a él tenía, en efecto, una orden implantada.

—Estoy bastante seguro de que este pensamiento me pertenece.

—¿Y no sería así si fuera una orden implantada?

—No importa, si lo fuera no tendría manera de luchar contra ella.

—Tal vez sí exista una forma.

Jonás explicó lo que podrían hacer, aunque omitió mencionar el giroscopio.

—Solo funcionará si estás íntegramente de acuerdo con dejar que se haga la descarga profunda. Recuerda que dejará intactos tus propios pensamientos y solamente eliminará aquello que un Skeppo haya puesto allí.

Genaro envolvió su taza de café entre las manos y puso su mirada en algún punto del infinito. Al fin volvió a mirar a Jonás.

—Acepto.

Jonás tomó sus gafas y las entregó a Genaro, cuidándose de permanecer fuera de su alcance.

—Póntelas.

El Korí lo hizo y Jonás puso a girar el giroscopio con su terminal. Repitió el mismo proceso que había realizado con su padre cuando purgó la orden de Devries y unos segundos después Genaro empezó a hablar con esa voz un poco escalofriante que había escuchado antes, como si interpretara diferentes personajes que Jonás identificó como el Genaro Narrador, la mente de Genaro y el Skeppo. Sabía que esa era la forma que los diseñadores del neurocom y de la descarga profunda habían ideado para poder comprender lo que narraban los sujetos que se exponían al procedimiento.

—Era una mujer que no conocía, pero fue muy amable. Hablamos un buen rato y tomamos café. Después me tomó la mano y sentí que hablaba a mi mente y mi mente le respondió, y yo solo pude observar. *Van a sacar el cuerpo de tu hermana de la cápsula y lo van a poner en una mesa de disecciones, van a hacerlo pedazos. ¿Como te sientes con eso?* Mi mente le dijo que no quería que eso pasara, que era horrible, pero que no había nada que pudiera hacer. Yo estaba de acuerdo, no había nada que hacer contra la ESA, esos poderosos que pusieron el maldito motor en la nave cuando mi hermana no tenía cómo escapar. Si lo hubieran dicho antes de partir, ella no habría abordado. Amaba la aventura del espacio, pero más amaba la vida. Mi mente pensaba lo mismo, y también la Skeppo. Le dijo que sí que podía hacer algo, que podía llamar a la ESA y advertirles que si lo intentaban llamaría a la prensa e informaría de todo. Le dijo que podía hacerlo y después le dijo que lo hiciera. *Hazlo hoy mismo y si se niegan vuelve a llamar, pero seguramente no será necesario. Habrá gente buena que te va a escuchar y en lugar de destrozar el cuerpo de Silvia permitirían que ingrese a la atmósfera con la cápsula, eso*

será igual que cremarlo, como a tu madre o a tu padre. Eso era cierto, la costumbre de mi familia. A mi mente le gustó, y a mí también. Después ella le volvió a hablar a mi mente. Le dijo que *si vienen otros Koríes desconfía, son transgresores y te querrán convencer de que cambies de idea sobre la cápsula; incapacítalos, examina si traen un exocom y si es así quítaselo y escóndelo. Avisanos de cualquiera de esos casos e iremos en la noche.*

Luego ella se fue y mi mente y yo otra vez quedamos solos, llamamos a la ESA y nos escucharon y suspendieron la recuperación del cuerpo, y ayer después del trabajo vinieron a buscarme dos Koríes, uno era como yo y el otro era un Skeppo, estoy seguro. Querían hablar conmigo sobre Silvia. Los inmovilicé antes de que pudieran hacer algo y no tenían exocoms, y por la noche vinieron por ellos. Dos Ubicuos grandotes, hombre y mujer. Y ahora tú, creí que eras otro, pero te toqué y vi que no eras un Korí. No me dijeron qué hacer en este caso, no dijeron nada de que me visitara un No Korí para hablar de Silvia, pero ya había llamado. Llegarán cuando baje el sol.

Jonás dio un salto y vio la hora. Según su terminal la puesta de sol se produciría en unos veinte minutos.

Sacó a Genaro de su descarga profunda y le gritó.

—Vámonos Genaro, tenemos que irnos los dos.

Él se rascó los pocos cabellos que le quedaban y tras unos segundos pareció comprender todo lo que había pasado.

—Pero ¿a dónde?

—Solo se me ocurre un sitio seguro para esconderte.

—No funcionará, Jonás. Mis células descompondrán tu sedante y hasta lo utilizarán como fuente de energía.

—Imposible llevarte al refugio si estás consciente. Debe haber algo que pueda hacer.

—Tápame los ojos, ponme una capucha, lo que quieras, pero te lo digo de buena fe, el sedante no tendrá ningún efecto en mí.

Después de pensarlo un rato, Jonás separó una porción de poliesfera que luego dividió en dos.

—Vas a hacer lo siguiente. Te dejarás los lentes puestos y pondrás esto en tus oídos, será como tener un par de audífonos —dijo Jonás, lanzándole los trozos cortados de poliesfera a Genaro en el asiento de atrás—. Y trata de dormirte.

—Como tú digas —respondió Genaro, y las esferas cubrieron sus oídos por completo.

Por primera vez, Jonás utilizó una de las entradas auxiliares ubicadas en el jardín para acceder a la fortaleza mientras Genaro se equilibraba poniendo las dos manos sobre el asiento a sus costados.

Cuando diseñó la entrada del jardín, lo había hecho bajo el modo de paranoia total. Imaginó que los Koríes seguían su auto con un dron y pensó en engañarlos haciendo que el vehículo entrara por el jardín, perdiéndose de la vista del dron imaginario bajo los árboles.

—Te llevaré de la mano —le dijo Jonás a través de las esferas en los oídos, que sólo dejaban pasar los sonidos que Jonás permitía.

—¿En dónde estamos? Aquí hay plantas y flores, puedo olerlas —dijo Genaro casi gritando.

Jonás lo tomó del brazo y lo introdujo a través de la entrada del ascensor. Entonces le quitó las gafas y le hizo una señal para que se quitara las esferas de los oídos.

La entrada del jardín desembocaba en lo que podría llamarse el sótano de la fortaleza, una planta ubicada debajo de los laboratorios y consistente sobre todo de espacio libre aunque tenía dos habitaciones y dos baños y el área vacía estaba llena de paredes móviles anti Ubicuos.

Genaro miró asombrado el lugar, y se mostró a gusto en la espantana habitación.

—Ya no tienes la orden implantada en tu cabeza y la gente del Súmmum te va a empezar a buscar. Puedo cuidarte aquí un corto tiempo, pero debemos buscar una solución permanente.

—No creo que haya ningún lugar donde nos podamos poner a salvo del Súmmum, pero sí, agradezco tu intención.

Tras una hora de conversación y de prometerle que se ocuparía también de Martha, Jonás subió al laboratorio para reunirse con Marius que había llegado atendiendo su llamado. Lo puso al tanto de lo ocurrido en su casa y mientras avanzaba en su relato su padre se mostró más y más preocupado.

—Es hora de que te apartes de la acción directa. Esa visita podría haber salido muy mal, y eso que Genaro ni siquiera es una mala persona.

—Es cierto que debo tomar mayores cuidados aunque, si hubiera ido otro en mi lugar, no habría podido lograr gran cosa, pero no te preocupes, ya estoy pensando en varias opciones para protegerme.

—Hazlo, las discutiremos juntos. Y debes informarme de cada visita como esa que planees aunque creas que es inocua. No debemos dar por sentado nada con los Koríes —dijo Marius, en un tono que no había usado con Jonás desde hacía muchos años y que despojaba a las palabras de su habitual calidez dejando solamente la desnuda realidad de que hablaba en serio, ante lo que Jonás asintió.

—Y la orden implantada, ¿la eliminaste, como en mi caso? —Continuó Marius.

—Creo que sí, hasta donde llega mi conocimiento.

—Entonces pídele que autorice la recuperación de la cápsula, si lo acepta sabremos que funcionó.

—No papá, él ya rechazaba desde antes la posibilidad de que alguien estudiara el cuerpo de Silvia. Aborrecía la idea, pero no sabía qué hacer. La orden implantada simplemente le dio el empujón que faltaba para que llamara a la ESA y se opusiera con todas sus fuerzas de manera que, en lo que tiene que ver con la recuperación de la cápsula, no ganamos nada.

—Cierto, pero la orden también mencionó esos... transgresores. ¿Tienes idea de quiénes pueden ser?

—Sí, Genaro tiene una idea. Dice que entre los Koríes se habla de personas que no respetan sus tradiciones ni los tabúes. Se refieren a ellos con términos como apóstatas, renegados o transgresores, pero según él, a casi nadie le importa. El conflicto con ellos debe venir del Súmmum. Es algo a tener en cuenta, aunque ahora mismo me preocupa más lo que dijo sobre los exocoms. ¿Sabes lo que son?

—No mucho, eran la tecnología precursora a los neurocoms modernos, ¿no?

—Sí, según el padre Hermes, previa a los motines. Funcionaba en cierta forma como lo hacen los neurocoms, aunque por supuesto el padre me mataría por la comparación, pero te permitían identificarte en cualquier parte donde fueras, usarlo como medio de ingreso y pago a

eventos especiales o lugares públicos, etc. La gran diferencia con los neurocoms era la seguridad. Al principio se podían llevar en el bolsillo, o en los lentes o en el sombrero, donde quisieran, pero eran fáciles de perder, fuera por robo o por descuido. Entonces la tendencia fue implantarlos bajo la piel aunque no hacían ninguna comprobación del ADN o algo parecido para que solo funcionaran con su propietario legítimo. El padre me habló de casos horribles donde los delincuentes les extraían los exocoms a la fuerza a otras personas, fuera para robarles o para usarlos para cometer delitos sin ser identificados.

—Dudo que esa tecnología funcione hoy en día, los neurocoms son totalmente distintos, como bien dice el padre.

—Cierto, pero no hay que olvidar que los que te atacaron en la cabaña no tenían neurocoms, y el sintiente en Yamena tampoco y no creo que sea coincidencia. Si fuera posible usar un neurocom moderno por fuera de tu cuerpo... no, espera, yo sé que es imposible, pero no olvides que todo lo que esas personas hacen lo es igualmente así que si, como dije, hubieran logrado de alguna manera usar su neurocom fuera de su cuerpo, el misterio de los atacantes sin neurocom quedaría explicado.

Marius tamborileó con sus dedos sobre la mesa varios segundos antes de responder.

—Que aún ignoremos cómo hacen lo que hacen no significa que tengan poderes sobrenaturales o algo así. En mi opinión es más probable que hayan encontrado una forma de bloquear la señal de sus neurocoms y tu radar improvisado no es infalible, lo configuraste para hacer esto sobre el terreno, pero coincidido contigo en que si mencionan los exocoms pueden tener alguna relación. Necesitaremos darle una mirada a uno de esos Koríes sin neurocom, para entender más.

—Estoy en eso, pero aún no tengo listos todos los detalles. Lo que más me preocupa ahora es Genaro. La fortaleza no es precisamente un sitio de recreo ni una prisión y no puedo dejarlo indefinidamente allí.

—Creo que puedo ayudarte con eso y también con el asunto de la cápsula de Silvia.

—¿De qué hablas? ¿Puedes lograr que la capturen para estudiarla, pese a la oposición de Genaro? —Preguntó Jonás.

—No, ya es demasiado tarde y eso está descartado, pero tengo un

plan alternativo. Prepara un equipaje mínimo, solo objetos personales y ropa interior para una semana. Irás a la órbita, pero no debes decírselo a nadie, ni siquiera a Gabriela.

Jonás sintió como si un viento helado golpeará su cara, y no era temor a viajar a la órbita.

Había olvidado por completo su cita a cenar con Gabriela.

El Primavera estaba lleno a reventar. Al parecer, alguien había dejado escapar el dato de que Gabriela estaría allí esa noche y todas las mesas y la barra estaban ocupadas.

—Debe haber sido Óscar. Seguro que la prensa le dio unos solares por soplarles que venías.

—Sólo lo dices porque te cae mal. Óscar es un buen asistente.

—¡Lo defiendes mucho! Tal vez sus músculos te nublan la razón.

—Ya que estamos en eso, tampoco está mal de estatura, ni de cara...

—Ya veo. Y no te quita el ojo de encima.

—Por supuesto, si me mancho el vestido o algo luce mal, es su trabajo hacérmelo saber antes que otros se den cuenta, pero cuando no es por trabajo, me parece que te mira más a ti que a mi.

Ella siguió tomando su cóctel con el sorbete mientras Jonás trataba de adivinar si le estaba tomando el pelo.

—Pero ya que quieres saberlo —continuó Gabriela—, los que suelen echar el chisme son los dueños del restaurante. Es bueno para el negocio.

Jonás miró a su alrededor y comprendió que esa teoría era muy posible. Había oído que el Primavera tenía buena afluencia de público, pero verlo tan lleno en medio de la semana bien podía ser la consecuencia directa de infidencia intencional del propietario.

Muchas de las personas sentadas alrededor de ellos lanzaban miradas en su dirección cada pocos segundos.

Entonces sus ojos se encontraron con los de alguien que lo miraba, y Jonás quedó paralizado.

Era Sofí, y al verla, comprendió que los sentimientos por ella que creía superados todavía estaban allí.

Ella sostuvo la mirada solo unos segundos y la volvió hacia su compañero de mesa.

David.

Los viejos celos regresaron con fuerzas renovadas y fue una voz desconocida la que lo sacó de sus pensamientos. Una pareja con dos niños pequeños se armó de valor y se puso de pie, acercándose a su mesa.

—Buenas noches. Disculpen, sé que están cenando, Pero ¿Gabriela se tomaría un registro con nosotros?

Ella lo miró. Jonás estuvo a punto de decirle a la familia que volvieran más tarde, pero conocía a Gabriela. Disfrutaba complaciendo a su público y además, aún no les habían servido el plato fuerte.

—Hazlo y aprovecharé para saludar a alguien —le dijo al oído.

Ella sonrió a la familia y se tomó el registro. En seguida, los clientes de otras mesas se pusieron de pie y organizaron una fila para hacer lo mismo. Mientras tanto Jonás se acercó a la mesa donde cenaban Sofí y David.

Cosmos, era raro saber que habían estado tan unidos y ahora eran prácticamente extraños.

Entonces notó que sobre la mesa había una rosa roja y un pequeño cofre, del que sobresalía un anillo de oro con un diamante incrustado. David observaba a Jonás con gesto serio. Seguramente lo había copiado de alguna película antigua.

—Disculpa, pero estamos en una conversación privada —dijo David.

Sofí lo miró con cara de extrañeza y entonces Jonás repuso.

—A Sofí nunca le ha gustado el oro amarillo sino el blanco, y preferiblemente del metal verdadero, no del proyectado.

Sofí se percató de la rosa y del anillo y tomó un proyector piramidal en miniatura que estaba junto a la mano de David y lo soltó en su bebida, que se iluminó con extraños reflejos.

—Oye, este diseño de copa puede venderse bien —dijo David, pero el holograma había desaparecido.

—Sí, pero tendrías que hacerlo a prueba de líquidos. Hola Jonás —dijo Sofí.

—Sofí, David. Solamente quería saludarlos y saber cómo estaban.

—No te apresures. Parece que tu amiga tardará un rato en tomarse todos esos registros —dijo David.

Jonás la miró y, en efecto, la fila de clientes parecía tan larga como al principio, pero Gabriela mantenía su sonrisa y hablaba con varios de quienes la rodeaban.

—Al menos desarrollaste buen ojo y ya no confundes la realidad con un holograma mediocre —dijo Sofí.

—¿Mediocre? A ver si puedes improvisar algo mejor con tan poca anticipación —respondió David.

—No quiero seguir interrumpiendo su cena. Fue un gusto haberlos visto —dijo Jonás, y con una ligera inclinación de cabeza se despidió y regresó a su mesa junto a Gabriela—. Lo siento, pero creo que Gabriela tal vez quiera tener su cena —dijo Jonás a la multitud, que se retiró de mala gana.

—Oye, tienes talento como guardaespaldas. Creí que eras muy tímido para espantar a mis seguidores —dijo ella.

—Estaba bien que se tomaran unos cuantos registros, pero ya no te quiero compartir con nadie más hoy.

Gabriela lo miró fijamente sonriendo y, por primera vez desde que empezaron a salir, no respondió nada.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Esferas y fusores

El Auto aceleró por la autopista y se dirigió a las instalaciones del Foro.
—¿Ya puedo quitarme esto? —Gritó.

Jonás se acercó y le quitó la manta que había usado como capucha para salir del refugio. Genaro se quitó los tapones supresores de ruido, unos nuevos que Jonás le había traído y se los extendió, pero él negó con la cabeza.

—Guárdalos, puede que te vuelvan a hacer falta.

Genaro los guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿No me vas a decir dónde vamos?

—¡Pero si ya te lo dije!

—Decir que a un sitio seguro no es respuesta. ¿Y qué pasa con Martha?

—Está en camino al igual que nosotros. Nos encontraremos en el destino. De hecho ella llegará antes, por lo que pude saber.

Genaro sacudió la cabeza y no insistió. Ese muchacho era simpático por momentos, pero bastante cauto en sus palabras y en sus acciones. Desde el incidente en su casa había mantenido la distancia. Lo entendía, claro, a nadie le gustaría que le hicieran lo que Genaro le había hecho. Entonces notó que Jonás estaba muy cerca, tanto que habría podido

tocarlo con un movimiento.

—¿Ya no temes que te ataque? Me sentía como si tuviera alguna enfermedad infecciosa.

—Sé que no lo habrías hecho sin la orden implantada, pero no fue fácil sentirme confiado. Ahora necesito que lo hagas.

—¿Que haga qué?

—Algo inofensivo. Un parpadeo involuntario, que se me mueva una oreja, lo que tú quieras. Vamos, es un experimento.

—Ay Jonás, estás un poco loco creo yo, pero si es lo que quieres... —dijo, y rozó la mano de Jonás.

Nada.

—¿Qué diablos...?

Esta vez posó su mano sobre el cuello desnudo de Jonás y la retiró casi de inmediato con repulsión. Normalmente sentía una conexión inmediata, un impacto casi físico que lo ponía al mando de la maquinaria celular, pero ahora no sentía nada, era como tocar un muñeco de plástico. Una sensación perturbadora y desagradable.

—¿Qué me hiciste? —Preguntó, temeroso de la respuesta.

—A ti, nada. Lo que hice lo hice conmigo mismo. ¿Puedes intentarlo nuevamente esforzándote más? —dijo Jonás extendiendo su mano — Vamos, inténtalo.

Genaro la tomó entre las suyas. No sintió la textura antinatural que había percibido antes. Empujó y... allí estaba de nuevo, como un muñeco. Esta vez no retiró su mano. Se concentró lo mejor que pudo. Nunca había tenido que intentar nada más que un ligero toque. Sintió que su corazón latía más rápido y que una gota de sudor se deslizaba por su nuca. La textura de la mano de Jonás seguía siendo extraña, pero parecía haber cambiado, sentía que era... permeable. Dio un nuevo empujón y lo sintió, allí estaba el contacto.

—¡Já!

—¡Ay! —Gritó Jonás agarrándose la oreja, que se le había doblado con fuerza.

—Perdón, tuve que hacer más fuerza de la normal.

—No te preocupes, yo te lo pedí —respondió sin dejar de sobarse la oreja enrojecida.

Genaro sintió que el auto cambiaba la recta autopista por una vía

secundaria con más curvas y percibió que estaban bajando por una pendiente pronunciada.

—¿Cuándo me dirás a dónde vamos?

—Ahora mismo. Vamos a tomar un vagón de Ferrovac, uno especial donde no quedará registro de nuestro ingreso. Algunos de tus amigos del Súmmum son muy hábiles con los computadores y podrían estar buscándote. Viajaremos con rumbo a Kourou.

—¡Kourou! ¿Por qué?

—No hay muchos sitios en la tierra donde podamos protegerlos a ti y a Martha, a menos que quieran permanecer en el refugio, y no me parece muy buena opción porque no sabemos cuánto tiempo deberán permanecer escondidos. Hay un lugar en el espacio donde pueden pasar inadvertidos y estarán mucho más cómodos y tan pronto como pase el peligro pueden volver.

Ir al espacio, como su hermana. Ella había amado el espacio y la aventura, pero a Genaro no le llamaba la atención; tampoco le preocupaba mucho, era algo común, pero en esta ocasión le pareció una forma inesperada de ver lo que su hermana tanto amaba.

—Tan pronto como pase el peligro, dices. ¿Y eso cuándo va a ser? No me respondas, es una pregunta retórica.

Jonás no dijo nada y un minuto después el auto al fin se detuvo. Se abrieron las puertas y bajaron al andén de un pequeño hangar, una estación de Ferrovac en miniatura con cuatro vagones estacionados y uno listo sobre las vías. Tenía el aspecto normal de los vagones de pasajeros, pero si Jonás decía que era especial y no dejaría rastro de su presencia, le creía. En lugar del ajetreo permanente de público, solo había tres guardias armados y dos técnicos, que los condujeron al vagón donde tomaron sus asientos y de inmediato se pusieron en movimiento.

—Quiero preguntarte algo sobre el regalo que le diste a Silvia. ¿Dónde lo conseguiste?

—¿Por qué te interesa tanto? Era un regalo, un buen regalo sí, pero un obsequio normal entre Koríes.

—Me interesa cualquier información que me ayude a comprender lo que pasa y proteger a mi familia y a mis amigos.

—Es que tú no entiendes algo. Desde niños se nos enseña que no debemos hablar de nuestro poder con ningún Nuul... perdón, No Korí.

En tu caso es diferente porque ya sabes mucho, pero no dejo de sentir que al hablarte estoy traicionando a todo mi Walaar, pienso que van a venir a apuntarme con el dedo.

—¿Walaar?

—Es un grupo de Koríes, ni siquiera tenemos que conocernos entre nosotros, pero están allí, nos une un vínculo en nuestro poder, y las acciones de cualquier miembro pueden afectar a otros, aunque no comprendo cómo.

—Nadie te va a venir a apuntar con el dedo si lo haces por el bien de todos. No fue un Nuul el que te implantó una orden para que inmovilizaras a otros Koríes y se los entregaras a unos desconocidos. ¿O crees que tengo malas intenciones?

—Solo un Skeppo poderoso podría saber las intenciones últimas de alguien, pero te creo. Y el regalo, era mío. Mi papá me compró el giroscopio cuando era niño y me costaba concentrarme en mis tareas, y me funcionó muy bien.

—¿Y sabes dónde lo consiguió tu padre?

—Claro, él me lo dijo. Una pequeña juguetería en un pueblito de Estados Unidos que había visitado cuando era niño, pero yo no podía viajar allí y no había forma de contactarlo así que decidí darle a Silvia el mío. Ya casi no lo usaba, en todo caso, y pensé en comprarme otro si algún día viajaba a ese sitio. Nunca lo hice, y la verdad es que lo eché de menos. ¿Supongo que quieres esa dirección? —Dijo Genaro que sin esperar respuesta le envió el contacto desde su terminal.

—Gracias, sí, me gustaría visitarlo en algún momento.

—Bien, estoy seguro de que conseguirás bonitos juegos de mesa y tal vez un kit completo de holo espadas laser, pero no esperes que te venda lo que solo está destinado a Koríes.

—¿Y él cómo puede saber si soy un Korí o no?

—Lo sabrá, créeme, mucho antes de que entres. Mi padre me lo dijo, cuando entró a su tienda el viejo le dijo que tenía algunos artículos fantásticos para un Maulaar. Es lo que era mi padre, como yo, Mi madre y hermanas eran Laylaar, como ya sabes.

—Entonces puede saber no solo que eres un Korí sino también de qué clase. Creí que eso no era posible.

—No es común, pero no significa que sea imposible. Dicen que la

mayoría de los que tienen esa habilidad trabajan para el Súmmum. Es una habilidad que muchos envidian porque es el único caso en que un Korí tiene más de un poder a la vez.

—¿Y qué otro poder tiene el fabricante de juguetes?

—El poder de Ungir. Puede tomar un objeto normal y ungirlo con el poder de un Korí, o de varios. Los ungidores son Koríes poderosos, grado cinco o mayor, con dotes artísticas; toman el poder de uno o más Koríes y elaboran algo nuevo que usan para ungir un objeto, que resulta único como una obra de arte.

—Sin duda quiero hablar con él. Creo que ya me topé con uno antes, me refiero a alguien que podía detectar a otros Koríes. Le denominé Sintiente. ¿Qué crees que haga si un Nuul como yo entra preguntando por objetos ungidos?

—No tengo ni idea de cómo reaccionará, pero no quiero estar cerca. Y sintiente me parece un nombre adecuado.

El resto del trayecto fue una combinación de charlas intrascendentes, recuerdos de Silvia compartidos por Genaro y preguntas sobre los Koríes lanzadas por Jonás, y una que otra cabeceada.

Finalmente llegaron a Kourou.

Jonás dejó solos a Martha y Genaro y se reunió con su anfitriona; tenía cabello rojo y crespo sujeto en una moña y era una mujer de toda la confianza de Spivack, aunque según él mismo no se le podría hacer un monumento a la simpatía. Al parecer, a la directora de lanzamientos no le agradaban las misiones con aroma a operaciones secretas, y con mayor razón cuando para ello tenía que dedicar una de sus valiosas naves orbitales.

—El transbordador hará todo de forma automatizada. Solo debes informarnos cuál de las dos trayectorias seguirán, antes de completar la primera órbita. Si no tenemos noticias irán directo a la Pomona. Si se atrasan en abordar y se pierde la ventana de lanzamiento, también irán a Pomona. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Y qué pasa con la carga?

—Como te acabo de decir, el transbordador hará todo de forma automática y eso incluye el lanzamiento de tu carga. ¿Tienes alguna duda adicional?

—No, señora —respondió Jonás, ansioso por abordar.

Entonces, ve por tus acompañantes y a la nave.

Genaro y Martha ya se habían puesto sus trajes de vuelo y estaban listos. Se unieron a Jonás y caminaron rumbo al vehículo de transporte sin techo que los esperaba afuera.

—Debemos ir con los cascos puestos para ocultarnos. Podremos quitárnoslos en órbita.

Los tres se los pusieron y subieron al auto que de inmediato se puso en movimiento.

El transbordador parecía idéntico al que había llevado a Geni y sus compañeros a la Huygens casi un año antes. El vehículo de transporte hizo un rodeo antes de llegar al transbordador, dándole a Jonás y sus acompañantes la oportunidad de apreciar en toda su magnitud el tamaño de la nave, que iba creciendo a medida que se acercaban.

—Es muy grande para solo tres personas, ¿no? —comentó Martha.

—Cierto, pero nuestra trayectoria lo hace necesario. Las naves más pequeñas no tienen potencia en los motores para hacer este tipo de viaje.

Ascendieron por las escaleras y se encontraron con un espacio con las ventanas tapadas, enorme y vacío en su mayor parte, con la excepción de tres asientos ubicados adelante. Los dos hermanos se sentaron juntos a la derecha y Jonás en el asiento solitario a la izquierda. Cuatro técnicos los estaban esperando y los ayudaron a asegurarse y ponerse el casco de forma correcta, lo que les tomó unos cinco minutos.

La siguiente voz que oyeron llegó a través del casco. Provenía de uno de los técnicos que estaba haciendo una comprobación.

—Buen viaje. El control en sus manos les permite comunicarse solo entre ustedes o con el control de tierra. Prueben.

Un holograma se proyectó por todo el interior de la nave, dándoles a los tres la ilusión de estar viendo directamente hacia afuera, como si la nave fuera transparente.

—*Alistense para despegue* —dijo una voz en los cascos.

La nave aceleró y Jonás quedó pegado a su asiento mientras la velo-

cidad aumentaba. La nave cambió de vuelo horizontal a ascender verticalmente y así permaneció por varios minutos hasta que se inclinó nuevamente a una posición casi horizontal.

—*Tres minutos para ingravidez.*

La tierra apareció visible ocupando tres cuartas partes del campo de visión; el resto lo ocupaba el vacío del espacio aunque la fuerte luz reflejada por la tierra le impedía ver estrellas en esa dirección. Tal vez cuando sus ojos se acostumbraran.

Sin duda, nada que ver con la vista que tuvo en el viaje sub espacial para turistas que él y Sofí habían comprado con esfuerzo.

Un aviso enviado solamente a su casco anunció algo más.

—*Tu carga ha sido lanzada.*

En ese momento, el pequeño contenedor que llevaba sus poliesferas debía estar acelerando para interceptar la cápsula de Silvia.

—Estamos en órbita. Pueden quitarse los cascos, pero permanezcan asegurados.

Los tres se los quitaron y pocos segundos después los paneles que cubrían las ventanas se corrieron, permitiéndoles ver al exterior con sus propios ojos, además de las proyecciones holográficas.

—Es hora de tomar una decisión —les dijo Jonás—. La primera opción es ir ahora mismo a la Estación Espacial Pomona, que es su destino final. O podemos, si ustedes así lo desean, fijar una trayectoria en la cual acompañaremos por un tiempo, unos minutos solamente, a la cápsula de Silvia. Ustedes deciden.

Martha se tapó la boca con las manos y Genaro miró a Jonás con ojos desorbitados.

Jonás había preguntado a Spivack si los hermanos podrían acompañar a su hermana en el reingreso a la atmósfera. Era lo más cerca que podrían estar de ella, pero ahora no estaba seguro de que hubiera sido una buena idea.

—¿Es hoy, Jonás, hoy?

—Sí. Pueden verlo desde la Pomona por el holo, como se los ofreció la ESA, o podemos poner esta nave en curso para interceptarla. Podrán acompañarla de cerca durante unos tres minutos.

Los dos hermanos se miraron y murmuraron. Al fin se secaron las lágrimas y le hablaron.

—Acompañemos a Silvia —dijo Martha.

Jonás presionó el botón que comunicaba con el control en tierra.

—Queremos acompañar a la cápsula en su reingreso, por favor.

—*Entendido. Trayectoria fijada.*

Pocos minutos después la nave volvió a acelerar y lo siguió haciendo. Encendía el motor por algunos minutos pegándolos a sus asientos y luego lo apagaba, dejándolos ingravidos en una aproximación que tomó casi dos horas, hasta que el parlante chasqueó de nuevo.

—*La cápsula ya está a la vista. Pueden seguirla por las ventanas de la derecha.*

Genaro y Martha observaron por la ventana, donde una tenue flecha parpadeante de color rojo señalaba lo que parecía ser una estrella muy débil, casi en el cenit. Pronto fue evidente que no era una estrella. Su tamaño aumentaba cada momento así como su brillo. Poco a poco dejó de ser una simple luz y fue clara su forma estilizada que desprendía brillos plateados. Y se veía muy cerca, a no más de trescientos metros, doscientos, cien. La distancia empezó a aumentar nuevamente cuando la cápsula cruzó el punto de mayor aproximación y continuó su descenso hacia la atmósfera. Cada vez más pequeña, fue imposible seguirla viendo a simple vista por la ventana, pero las cámaras a bordo la seguían enfocando con claridad.

—*Tu carga se ha adosado a la cápsula* —dijo un mensaje en su terminal en lo que Jonás supo sería el último aviso de esa clase en un buen rato. Le habían advertido que no habría forma de saber si había funcionado hasta algún tiempo después.

En este instante sus poliesferas debían estarse abriendo paso a través de la pared de la cápsula. Era un proceso lento en el que buscarían un camino entre las moléculas del casco de la cápsula sin romperlas. Luego debían llegar al cuerpo de Silvia para escanearla y salir de nuevo, abordar su contenedor en el exterior y desprenderse para la posterior recuperación de Jonás. Todo esto en los pocos segundos que faltaban antes de que la cápsula ingresara a la atmósfera y se convirtiera en cenizas.

Un sollozo de Martha le hizo saber que justamente eso estaba pasando. El holo mostraba la cápsula brillando hasta que el tímido brillo anterior fue reemplazado por una luz deslumbrante que nuevamente hizo visible la cápsula a ojo desnudo hasta que esa luz única se convirtió

en decenas de chispas que siguieron juntas en la trayectoria y luego se fueron apagando hasta desaparecer a muchos kilómetros de altura sobre el océano atlántico.

Con un nudo en la garganta, Jonás observó como Genaro abrazaba a Martha y con sus cabezas unidas siguieron llorando todo el camino hasta la Pomona.

Martha se enamoró de la Pomona pocos segundos después de entrar. La estación espacial era un laboratorio destinado íntegramente al cultivo de distintas variedades de plantas, desde alimenticias hasta purificadoras de aire, bajo diversos niveles de gravedad. Constaba de un cilindro central y dos anillos giratorios, y la información que se había obtenido allí había sido clave en el diseño y construcción de los anillos y cultivos de la Huygens.

Por su parte, Genaro se puso a disposición de la enfermera que estaba de turno. Le dijo que no estaba titulado, pero que tenía experiencia en primeros auxilios y ella lo aceptó encantada.

—No te preocupes, es realmente bueno con los primeros auxilios y por supuesto tiene una ventaja, ya sabes... —dijo Martha a Jonás.

—Si no te molesta la pregunta, por qué no estudió una carrera universitaria? Tal vez habría podido aprovechar mucho más su... ya sabes; si hubiera estudiado medicina o enfermería.

—Sin duda —dijo Martha, y habló en voz baja al oído de Jonás—, su habilidad es fuerte, mucho. Mayor que la de todos los demás en casa, pero mi hermano siempre tuvo un carácter difícil y no lograba mantener mucho tiempo el interés en un mismo proyecto. Empezó medicina y la abandonó, lo mismo pasó con enfermería. Finalmente hizo algunos cursos cortos de primeros auxilios y consiguió algunos contratos, pero por su falta de profesión no se le hizo fácil. Sin embargo es tan hábil que algunos médicos lo contrataban y le pagaban de su propio bolsillo.

—Por lo que vi, la enfermera está feliz de tener ayuda. Espero que ambos se sientan a gusto aquí, no sé cuánto tiempo será necesario, pero cuando no haya peligro podrán volver.

—No hay prisa, me gusta mucho este lugar, gracias, por esto y por lo

de Silvia... no me imagino todas las influencias que tuviste que mover para lograrlo.

Jonás sonrió. Por supuesto así había sido, y obtuvieron el doble beneficio de permitirles a los hermanos asistir al funeral de su hermana y a Jonás intentar el escaneo del cuerpo de Silvia antes de su destrucción en la atmósfera.

De regreso en el transbordador recibió la noticia de que el contenedor con su carga había sido recuperado y lo estaba esperando en Casiopea. Aprovechó el trayecto para poner a su padre al tanto de lo que había ocurrido y le envió a su madre un saludo contándole sobre el funeral improvisado con Genaro y Martha y casi de inmediato recibió respuesta de Marius.

—Jonás, sé que tenías intención de regresar a la tierra de inmediato, pero hay algo más en Casiopea que quiero que veas, y tal vez sea la última oportunidad hasta nuevo aviso. Tómate el tiempo que necesites y cuando estés listo para regresar solo dilo.

Su padre no dio más detalles y Jonás no insistió. El cronómetro del transbordador decía que llegarían en cincuenta y tres minutos así que esperó con paciencia y por primera vez en días descansó sin tener mucho que hacer, más que pensar. Las conversaciones con Genaro y Martha habían llenado muchos vacíos en su investigación y el escaneo que les había realizado ayudaría a cruzar más y más datos y, si todo salía bien, sus poliesferas habrían averiguado algo de los restos de Silvia, el primer caso de que tuvieran noticia en que una Korí moría por los efectos de un motor de fusión.

Treinta segundos para atracar en Casiopea.

El aviso lo puso alerta justo a tiempo para contemplar la enorme estación espacial.

Era imponente. Su madre había entrenado en ese lugar antes del lanzamiento definitivo y Jonás se preguntó lo que habría pensado ella la primera vez que la vio.

¿Habría sentido, como él, que su corazón palpitaba rápido por la emoción y admiración que le producía una obra tan colosal?

El transbordador ingresó a la Casiopea por un hangar de mantenimiento y maniobró hasta que unos brazos robóticos capturaron la nave y la ubicaron en su atracadero definitivo. No le pareció un sistema muy

diferente al de la marina donde su padre guardaba el catamarán, guardadas las proporciones.

—Doctor Landó, bienvenido a la Casiopea. Soy Mabel Spinner, y seré su enlace mientras esté a bordo. Por favor traiga su casco con usted y camine conmigo.

Mabel caminó con gracia y Jonás trató de hacerlo de la misma forma, pero la gravedad artificial en esa zona era apenas una fracción de la terrestre y Jonás caminaba con torpeza, casi a punto de caer.

—Se acostumbrará. O tal vez no, si se queda pocos días, pero será más fácil con la práctica. En todo caso, el área que le han designado está en 1g, así que tampoco le hará mucha falta. Venga, tomaremos este ascensor.

Jonás sintió como su sensación de peso aumentaba a medida que el ascensor se alejaba del centro de la nave en dirección a la zona exterior del disco giratorio.

—Llegamos. Se siente mejor?

—Sí, mucho, gracias —dijo Jonás que la siguió más cómodo a través de pasillos de unos cuatro metros de ancho, flanqueados por puertas y divisiones en nanoglass a lado y lado. A diferencia del nivel de 0.3 g por donde había llegado, en el nivel 1g no era tan perceptible la curvatura del disco por el cual caminaban, lo cual era lógico por la dimensión del disco en esa zona.

—Es aquí, doctor Landó. Si necesita algo por favor hágamelo saber.

—Dígame Jonás, por favor. Gracias, lo haré.

—Bien, Jonás. —dijo, y salió por la puerta que se abrió a su paso y se cerró nuevamente.

El lugar donde lo había dejado Mabel era una habitación grande, de unos treinta metros cuadrados. Una de las paredes tenían proyectores que en ese momento mostraban una vista de la tierra y una parte de la misma Casiopea. En el otro extremo había una cama que se había desplegado desde la pared con una mesita de noche y una lámpara. Le daba un toque ligeramente acogedor a ese espacio utilitario cuya pared restante, sin contar aquella donde estaba la puerta por donde había entrado, tenía un escritorio de lado a lado, sobre el cual se apoyaba un terminal y un contenedor plástico de un metro de largo por sesenta centímetros de ancho y alto. Y sobre el contenedor, una caja que recono-

ció. Eran sus poliesferas y un rápido chequeo le hizo saber que habían obtenido información. Buena noticia, aunque no podría analizarla hasta estar en la fortaleza.

El terminal del escritorio titilaba mostrando que había un mensaje grabado. Lo reprodujo y la figura de su padre se agrandó ante él.

Jonás, espero que la estés pasando bien en la Casiopea. Tendrás tiempo de hacer un recorrido por ella, pero primero lo primero. Lo que tienes en tu habitación es el que, tal vez, sea el único motor de fusión que no ha sido sellado, fuera de los de la Huygens. No te dejes engañar por su tamaño. No es muy potente, pero para todos los efectos prácticos, es un motor de fusión. Lo tenían listo en la Casiopea para realizar las pruebas con Silvia y gracias al secreto con que se llevó a cabo esa misión muy pocas personas tenían noticia de su existencia, pero eso ya cambió y hay una orden para desactivarlo y enviarlo a tierra. Si crees que tus investigaciones pueden beneficiarse de usar ese motor, adelante, pero hazlo rápido. Si no es así, perdóname por hacerte viajar en vano y regresa cuanto antes.

Un motor de fusión. Tenía la forma de un cilindro negro con una base maciza triangular, un mando a distancia y un mando manual. Este último era una prominencia sobre el cilindro con forma de cuña, y tenía los mismos mandos que el remoto.

Era un regalo inesperado para su investigación, pero implicaba dos problemas. Primero, para aprovechar su potencial tendría que usar la esencia capturada a otros Koríes, lo que podría ser captado por un sintiente. La Casiopea estaba a cientos de kilómetros de distancia de la tierra, pero la mayor parte de ese espacio era solo vacío. ¿Actuaría este como un aislante o, por el contrario, resultaría transparente a la mente de ese ser? Y si no lo captaba uno sino varios? ¿Podría un Ubicuo saltar hasta la Casiopea? Jonás no lo sabía y no se quería enterar de la peor manera.

Segundo, si había algún Korí dentro de la estación espacial ¿se iba a ver afectado por el fusor, así este fuera de baja potencia? Tampoco tenía esta respuesta, pero por nada del mundo se iba arriesgar a herir a alguien.

Solo su padre podría darle una mano en este asunto, pero la respuesta no fue la que esperaba.

Es imposible, Jonás. Entiendo tus motivos y tienes razón, es peligroso utilizar el fusor en la Casiopea, pero no hay forma de que autoricen

traerlo a tierra, salvo para llevarlo a las bodegas de la ESA con los demás modelos sellados.

—Debe haber algo que podamos hacer, o podríamos no volver a tener una oportunidad. Si queremos saber cómo afectan los fusores a los Koríes debemos aprovecharla. Podemos cargarlo en un transbordador, solo el fusor y yo, y que programen una trayectoria que nos mantenga lejos de todo durante algunas horas mientras hago las pruebas necesarias. Al terminar regresamos y que la ESA tome su motor.

—Suena bien, es lógico, pero está descartado. Debes entender que la proscripción de los motores de fusión es, por ahora, total. Spivack ya se metió en un lío por ocultar la existencia del que tienes a tu lado y por mi solicitud les está dando largas, pero lo recogerán en tres días. Si te asomas a la puerta de tu habitación verás que hay personal que pese a ser muy amable, no te permitirá por nada del mundo que saques ese motor de allí.

Jonás pensó qué hacer y vio una posibilidad.

—No lo puedo encender, papá, y solo podemos hacer un análisis pasivo. Infortunadamente no tengo aquí los equipos necesarios, pero se los puedo hacer llegar a Spivack, si él accede a enviarlos.

De eso sí creo que lo puedo convencer. Te avisaré.

Su padre cortó y Jonás se puso de inmediato en la tarea.

Los equipos que necesitaba no existían; tenía que construirlos.

Usó las tres poliesferas que le quedaban para escanear el motor de prueba y las enlazó con su laboratorio en la fortaleza, programó el impresor de poliesferas con los parámetros que buscaba y lo puso en marcha. Nunca había impreso tal cantidad y esperó que Spivack accediera, o todo sería en vano.

La confirmación de su padre llegó una hora después. Debía hacer llegar el material a Kourou a más tardar a las 07:00 del día siguiente para poderlas cargar en un transbordador de abastecimiento que debía dejar refacciones y víveres en varias estaciones espaciales de la ESA y de la NASA. Casiopea sería su destino final y su caja estaría llegando a sus manos aproximadamente a las 09:30 hora del martes.

—El mismo martes a las 11:30, una nave tripulada de la ESA atracará también en Casiopea y recogerá el motor. ¿Crees que podrás lograr algo en ese tiempo? —Preguntó Marius.

—No hay alternativa. Haré lo mejor que pueda.

Revisó el cronograma.

Producción de material de poliesfera, construcción de la máquina (era lo más rápido), programar el dron de recogida, transporte hasta el Ferrovac, viaje a Kourou, transporte hasta la oficina de la señora directora de lanzamientos a las 8:45.

Llegaría casi dos horas tarde.

Revisó opciones que le ayudaran a disminuir tiempos, pero las rutas de transporte de mercancías estaban optimizadas al máximo y no había forma de mejorarlo.

El problema eran sus propios procesos. La producción de poliesfera, la construcción de la máquina, el embalaje y transporte desde la fortaleza hasta el punto de recogida en la puerta de su propiedad. A partir de allí, todo quedaba en manos de la transportadora.

Si él hubiera estado allí, todo sería más rápido, habría podido guardar cantidades mayores en cajas más grandes.

Pensamientos inútiles, ahora tenía que confiar en los pequeños drones que podían transportar cargas más pequeñas y si ensamblaba todo en la fortaleza no había ningún dron con la capacidad de transportarla a la superficie.

Tenía una idea.

El material se produciría en la fortaleza, no había opción. Los drones lo transportarían a la bodega en la superficie a medida que se fuera produciendo, y allí se haría el embalaje. No tenía por qué perder tiempo en la construcción. Aunque era un proceso rápido, podía obviar ese paso; eran poliesferas y podrían tomar su forma final durante el transporte.

Volvió a simular los tiempos.

Entrega a la directora de lanzamientos: 07:25.

Había sido un buen ahorro de tiempo, pero faltaba, y eso sin tomar en cuenta eventuales demoras.

El único aspecto que quedaba por modificar era la producción. Era lento y no había forma de acelerarlo.

A menos que...

Simuló una nueva situación. ¿Cuánto material de poliesfera podría fabricar de tal manera que la caja llegara a su destino a las 06.30?

La respuesta llegó de inmediato:

82%

Eso significaba que tendría 18% menos poliesfera de la necesaria.

No, realmente significaba que tendría menos poliesfera que la ideal, pero era eso o nada.

Introdujo la nueva programación y soltó un suspiro.

Ahora, a esperar.

A las 09:27 del martes la caja de Jonás fue desembarcada en la Casiopea, pero dado que la directora de lanzamientos se había negado a ponerle una etiqueta de prioridad si no sabía de qué se trataba, quedó relegada al final de la línea de entregas.

Jonás trató de recogerla por sus propios medios, pero no le permitieron el ingreso.

—Es urgente, ¡por favor, Mabel!

—Lo entiendo Dr. Landó... perdón, Jonás, pero hay un procedimiento establecido y tu caja no figura como urgente.

Jonás rogó y Mabel tal vez lo vio tan desesperado, o más posiblemente se desesperó ella, que entró al hangar a hablar con alguien. Él tuvo que esperar allí, tratando de sostenerse en ese ambiente de 0 g, que era ideal para recibir y descargar cargas pesadas, pero fatal para científicos sin entrenamiento en el espacio.

Al fin ella apareció y trajo consigo una carretilla con ruedas magnéticas que se fijaban al piso y, sobre esta, su preciada caja.

—Llévela con cuidado, estos son el elevador, freno y la tracción por si las necesita. Recuerde que en esta área la carga no tiene peso, pero conserva su masa y su inercia. En su zona de 1g sentirá ambas.

Jonás agradeció pese a lo obvio del comentario y la empujó en dirección a los ascensores. Era un alivio, la carretilla se aferraba al piso maravillosamente bien y encontró un ritmo para impulsarse en el piso con sus piernas dándole velocidad y manteniendo el control con las manos firmemente apoyadas en las manijas de la carretilla. Su movimiento se parecía un poco al salto de un conejo y Jonás fue consciente de las miradas que le lanzaban los técnicos que flotaban por el área. Debía verse ridículo, pero necesitaba llegar rápido al ascensor y a su habitación.

Tenía menos de una hora antes de que vinieran a llevarse el último motor de fusión disponible en la tierra.

Cuando trató de dar el siguiente salto de conejo con sus piernas apenas pudo tocar el piso y quedó flotando, aferrado de la carretilla. Iba demasiado rápido.

El consejo de Mabel ya no le pareció tan obvio. Una cosa era conocer el concepto de la inercia en 0g y otra distinta vivir en carne propia sus consecuencias. Si no hacía algo, iba a terminar estrellándose contra alguien o algo con su carretilla desbocada.

El freno, Mabel se lo había mostrado.

Lo presionó con todas las fuerzas de su mano izquierda y la carretilla disminuyó su veloz carrera de inmediato, pero Jonás no tenía freno. Su cuerpo continuó adelante y pivotando sobre las agarraderas de la carretilla salió disparado flotando hacia adelante. Creyó que iba a romperse un hueso contra la mampara que estaba al final del pasillo, pero unas manos, varias, lo aferraron de las piernas y del tronco y lo frenaron en su vuelo, hasta hacerle poner los pies en el piso nuevamente, donde se pudo aferrar de una de las asas de sujeción de la pared.

Dos hombres y una mujer con trajes de mantenimiento lo habían salvado y lo miraban con una cara que no pudo determinar si eran de lástima o de risa contenida. Posiblemente un poco de ambas.

—Está bien, Jonás?

—Si Mabel, gracias a estas tres buenas personas. Ya sé, inercia. Esta vez no lo olvidaré.

Se despidió de sus salvadores y de Mabel con un gesto de la cabeza y flotó nuevamente hacia la carretilla, que empujó suavemente los pocos metros que lo separaban del ascensor.

Su corazón seguía latiendo a gran velocidad, con angustia, combinación de lo que acababa de sucederle y de lo que posiblemente pasaría en los siguientes minutos.

Llegar al nivel de 1g fue un alivio. Empujó la carretilla y a duras penas se movió. Presionó el botón de tracción con suavidad, y la carretilla volvió a moverse.

Al fin llegó hasta su habitación y se encontró con tres hombres de seguridad ante su puerta.

—Dr. Landó, buenas tardes. Hemos venido a llevarnos el dispositivo

que tiene en su habitación —dijo un guardia calvo con los ojos azul aguado.

Jonás miró su reloj. Eran las 10:50.

—¿De qué habla? Faltan cuarenta minutos y recién recibí los equipos que necesito. Por favor pase a las 11:30, se la entregaré entonces.

—Hay congestión en la zona de carga, si la llevamos ahora ahorraremos un buen tiempo luego. —Dijo un guardia que parecía muy joven, tal vez incluso menor que Jonás.

Entonces querían llevársela antes e impedirle hacer su experimento para poder almorzar temprano o para tener tiempo de echarse una siesta.

—Lo siento, no puedo. A las 11:30 los espero, ahora disculpen.

Pero el guardia de los ojos aguados no se tomó a bien su negativa.

—Doctor Landó, por favor déjenos ver el contenido de este contenedor.

Jonás mismo no lo había revisado, pero hasta ahora las esferas habían resultado siempre confiables. Haló una palanca y las cuatro paredes del contenedor se abrieron, revelando su contenido, dos grandes esferas unidas por un cilindro muy grueso, casi tan alto como las esferas mismas, repleto de botones de diferentes colores y montado sobre una base plana.

—¿Qué es eso? —Preguntó nuevamente el calvo.

—Un resonador de campo, debidamente autorizado por el Dr. Spivack de la ESA. Si tiene más preguntas puede hacérselas a él directamente: ¿Quiere que le comunique? —Dijo Jonás, proyectando el comunicador de su terminal.

El guardia todavía lo miró un rato antes de responder.

—En treinta minutos nos vemos, Dr. Landó —dijo, y se marchó con sus compañeros siguiéndole el paso.

Entró rápidamente a su habitación, aseguró la puerta y puso la carretilla junto a su escritorio. Presionó el botón del elevador y su...¿Resonador de Campo? Sí, ese es el nombre que le había dado y con el que había registrado la carga, significara lo que significara. Su resonador de campo quedó a la misma altura del motor de fusión. Puso en marcha el programa que había diseñado y el resonador empezó a deshacerse, sin perder su propia forma. El material fluyó por sus costados y rodeó al motor de fusión que poco a poco cambió su aspecto cilíndrico, del cual

solo se mantuvo una porción en el centro. A sus costados se formaron dos grandes esferas y su base triangular quedó oculta en una base plana que cubría toda la parte inferior. Las poliesferas cambiaron de aspecto adquiriendo el de botones multicolores y cuando la transformación terminó, el motor de fusión se había convertido en una réplica casi exacta de su resonador.

Casi.

Ya no se parecía al fusor original, pero el prominente control manual en forma de cuña de su parte superior no había podido ocultarse. La disminución en la cantidad de poliesfera producida había pasado factura.

El material que constituía el verdadero resonador se movió por sus propios medios a la mesa y empezó a adquirir la forma cilíndrica del motor. Jonás movió la carretilla junto al falso resonador y el contenedor que había enviado desde su fortaleza fluyó por debajo, capa por capa, para levantarlo y moverlo hacia la carretilla. La diferencia de altura entre la mesa y la carretilla era de unos cinco centímetros, pero las poliesferas eran insuficientes para transportarlo de forma segura.

El terminal de Jonás sonó. Era Mabel.

—Jonás, me enteré del mal entendido con el personal de seguridad, pero pese a eso no podemos darle más tiempo. Estarán allí en cinco minutos para recoger el Fusor. Le ruego que colabore con ellos.

Jonás respondió que sí, claro, y cortó, pero si tenía que demorarlos para poder terminar su trabajo lo haría, aún si eso lo ponía en malos términos con Spivack. Lo que no podía permitirles era entrar tal como estaban las cosas. El resonador se había desecho por completo y sus poliesferas se habían unido a la misión de transportar el pesado motor a la carretilla. Por su parte, el fusor oculto por el falso resonador dejaba ver por partes el motor que se escondía en su interior, pues parte de su material de camuflaje estaba dedicado también al transporte que se realizaba a un ritmo desesperantemente lento. Le dio la impresión de un ejército de hormigas transportando un insecto demasiado grande.

Si lograba terminar a tiempo, sabía que se encontraría con otro problema. El motor de fusión falso iba a resultar demasiado liviano. Después de todo, era una carcasa casi vacía.

Había solicitado a Mabel varios elementos que se le ocurrieron para

esa tarea, pero ella le pidió que hablaran después de que despacharan el transbordador.

Dejó que sus poliesferas hicieran su trabajo y dio una mirada a su habitación.

La mesa era de acero, pero sería sospechoso que los guardias la encontraran carcomida o con trozos faltantes.

En el fondo había una maceta con una planta de tronco grueso frente a su cama. Le preocupó que fuera artificial, pero se acercó y comprobó que era natural y muy pesada.

Puso una toalla en el piso y con esfuerzo hizo rodar la maceta sobre ella, luego haló todo el conjunto hasta su mesa.

Comprobó con gusto que el motor de fusión ya estaba sobre la carretilla y que estaba adquiriendo de nuevo su aspecto de resonador mientras que las poliesferas sobre la mesa se estaban organizando adquiriendo otra vez el aspecto de fusor.

—Necesito que coman —dijo Jonás, y con esfuerzo puso la maceta junto a la masa de poliesferas en plena transformación, pero al soltarla su rugoso material le abrió un feo tajo en la muñeca, como vengándose por lo que le había ordenado hacer a sus máquinas en miniatura, que ya habían rodeado la maceta y su contenido y la empezaron a digerir a gran velocidad.

Oyó pasos en el corredor. Debía ser el calvo y sus amigos que venían por el motor.

—Doctor landó, es hora —dijo la voz del calvo golpeando la puerta.

Si los dejaba entrar en este momento verían la imagen del supuesto motor de fusión de cuyo centro sobresalía extrañamente un largo y verde tallo coronado de grandes hojas doradas, sacudiéndose a medida que perdía altura, como si estuviera siendo consumido por un molino.

—Doctor Landó, abra o tendré que abrir yo.

Quedaban unos treinta centímetros de planta, veinte, diez...

Oyó el sonido de la cerradura al introducirse un código.

La planta había desaparecido y el aspecto del fusor se estaba consolidando a medida que las poliesferas ocupaban su lugar definitivo.

Tomó la carretilla con el falso resonador y la movió hacia un costado, alejándola de la mesa. El bulto del control manual del motor seguía siendo visible en el cilindro central aunque suavizado por una

delgada capa de poliesfera. Jonás miró a su alrededor y tomó el casco de vuelo que había puesto en un asiento y lo colocó encima, rezando para que no se cayera.

La puerta se abrió y entraron los tres guardias seguidos de cerca por Mabel.

—Doctor Landó, puede explicar por qué no abrió la puerta? —Dijo el guardia de los ojos azules que en ese momento parecían aún más brillantes por la intensidad con que lo miraba.

Jonás tenía el brazo envuelto en la toalla. Se la quitó y les mostró que estaba empapada en sangre y su brazo seguía perdiendo más.

—Lo siento, por la prisa me corté tratando de bajar el resonador y estaba tratando de contener la sangre —respondió.

—Por el cosmos, Jonás, esa es una herida muy fea, debemos ir a enfermería ahora mismo —dijo Mabel.

—Enseguida. Por favor, ¿pueden retirar el motor ahora? Mi resonador es un equipo delicado y no puedo dejarlos solos con él.

El guardia le lanzó una mirada que no disimulaba su rabia, pero hizo un gesto a los otros guardias y se dispusieron a cargarlo en la carretilla que habían traído. De pronto se detuvo y observó el motor por todos lados, hasta que habló nuevamente a Jonás.

—Esto tenía un mando remoto. ¿Por casualidad lo tiene en su poder?

Jonás apretó la toalla sobre su brazo y se acercó. El comando remoto estaba sobre la mesa, lo recordaba bien, lo había visto allí cuando ordenó a sus poliesferas digerir la materia y la planta.

Si sus esferas también habían hecho lo mismo con el comando remoto sería un problema.

—Aquí está, en el piso —dijo el guardia joven, dando un respiro a Jonás.

El calvo lo tomó en sus manos y se puso a jugar con él.

—Con cuidado, no debe encenderlo por nada del mundo, es una directiva mundial, ¿lo sabe, no? —dijo Jonás, que calculó que nunca se había enemistado con alguien tan rápidamente como con este guardia.

—Claro que lo sé, estoy verificando el doble seguro —respondió, y lo guardó en el contenedor con el falso motor, haló una palanca que hizo subir las paredes y dejó su contenido firmemente sujeto en su inte-

rior. Lo movieron entre los tres sobre la carretilla y lo sacaron de la habitación.

—Ahora a la enfermería Jonás —dijo Mabel, que antes de salir dio una mirada atrás hacia la habitación—. ¿Nadie te puso una planta decorativa?

—No. Tal vez saben que soy pésimo cuidándolas.

PARTE TRES

Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.

Arthur C. Clarke, 1917 - 2009

Quinn y sus apóstatas reniegan del origen inefable del Kor y banalizan sus misterios reduciéndolos a simples objetos de estudio, cual insecto bajo una lupa. Olvidan estos renegados que sus supuestos hallazgos apenas rascan la más superficial de las capas y bajo ella, insondable, subyace la luz del Wym, inmune a cualquier intento de comprensión.

Sumiko Kuroda, 1921 - actualidad

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Convergencia

Jonás tomó su escaso equipaje, lo puso sobre el falso resonador, y abordó el transbordador que lo llevó de regreso a la tierra.

Ya en el vagón de Ferrovac camino a Noris concilió un sueño intranquilo. Soñó que Sofí se acercaba y que él salía a su encuentro, pero ella retrocedía diciendo: «No tardaste en encontrarme un reemplazo», y se marchaba de nuevo. Luego regresaba y Jonás quería decirle que no la había olvidado, pero ya no era Sofí; era Geni y venía acompañada de Tom Spívack vistiendo el uniforme de guardia de seguridad de la Casiopea, quien lo señalaba y le gritaba: «¡No tienes vergüenza, ladrón!».

Jonás despertó sobresaltado y no pudo volver a dormir durante el resto del viaje, en parte debido al ardor de su herida, y en parte porque no quería más sueños como ese.

Tiempo después, la suave sensación de su cabina en franca desaceleración anunció la fase final del recorrido que concluyó en la misma terminal privada de la que había partido con Genaro. Dos guardias le ayudaron a descargar el resonador y montarlo en montacargas plegable que subieron al portaequipajes de su auto y Jonás partió de regreso a la fortaleza.

Una vez allí al fin podría sentir que su carga estaba a salvo y darse un

buen sueño. Iba a madrugar, claro, tenía mucho que hacer, pero la lógica dictaba que durmiera después de semejante jornada. Sin embargo al verse al fin allí, el lugar donde podría hacer con seguridad las pruebas que tenía en su mente, descartó el descanso.

En lugar de eso fue a su alcoba y se dio un baño largo y caliente, sin ninguna prisa, mientras el altavoz reproducía la selección de música que Gabriela le había compartido. Fue un buen baño y un aceptable sustituto temporal para el descanso, se puso ropa limpia y finalmente salió listo para averiguar si todo lo que había hecho serviría para algo.

Uso el pequeño elevador de carga para bajar el motor al sótano y lo instaló en la habitación que había servido como refugio temporal para Genaro. Lo quería tan lejos como pudiera de su terminal principal donde había almacenado la información que había conseguido en su investigación, pero por las dudas elaboró dos copias de seguridad. La primera la transmitió al computador en su oficina en El Foro. Para la segunda, utilizó parte del material de poliesfera que había empleado en convertir el motor en el supuesto resonador, lo guardó en el auto y lo envió a pasear al otro lado de la ciudad.

Para sus pruebas preparó dos tipos de poliesferas, unas activas y otras pasivas.

Las activas contenían esencia de Korí y ejecutaban comandos como los que Jonás, según había descubierto, podían ser detectados por un sintiente.

Las pasivas en cambio contenían esencia de Korí almacenada, pero no ejecutaban comando alguno.

Inició ciclos de encendido y apagado tan breves como lo permitía el motor y luego midió su impacto en las poliesferas que había distribuido por toda la fortaleza. También había dejado cuatro de cada una en la superficie.

Enseguida comprobó que todas las esferas activas repartidas por la fortaleza habían resultado afectadas por el encendido produciéndose en su interior una creciente actividad que solo cesó al completarse el ciclo de apagado. Para su tranquilidad, las esferas y el sensor de señales del exterior no habían captado nada en absoluto, como tampoco lo hicieron las pasivas del interior.

Muy interesante todo, pero era más o menos lo que esperaba.

Puso las esferas en diversas ubicaciones, encendió el motor, lo apagó, recuperó las esferas y analizó los resultados una y otra vez durante seis horas seguidas interrumpidas deteniéndose solo el tiempo necesario para ir al baño.

Al final estaba cansado por la continua subida y bajada de escaleras de un lado al otro de la fortaleza, pero había completado todas las pruebas que había previsto. Se sentó en su escritorio, dio impulso al giroscopio y reinició la revisión de los datos.

El proyector desplegó la imagen de lo que parecían varias cuerdas que flotaban en el laboratorio. Cada una era la interpretación digital de los datos escaneados por Jonás en los Koríes. A cada una de esas cuerdas intactas la acompañaba otra casi idéntica, que era la versión que se había expuesto al motor de pruebas.

Las cinco esferas que había utilizado para escanear a Silvia unieron sus datos para formar una de las cuerdas, pero esta era diferente a todas las demás. Lo que en las otras parecía ser una única cuerda, en la de Silvia se evidenció que era más de una. Jonás amplió la imagen y notó que eran en realidad tres filamentos diferentes que se entrelazaban haciéndolos parecer una sola unidad y uno de esos lazos estaba desgarrado; de él habían desaparecido trozos completos, los suficientes para dejar en evidencia la estructura ternaria del conjunto.

Sabiendo qué buscar fue fácil encontrar que todas las cuerdas tenían la misma estructura de tres filamentos, al menos en las cuerdas intactas. Las demás, que habían sido expuestas a las pruebas del motor, tenían daños similares en la tercera fibra, aunque eran leves en comparación con la de Silvia.

Y había otro caso extraño: La cuerda de Dima.

Su cuerda original lucía más compacta que las demás y solo eran visibles dos de sus filamentos, mientras que la expuesta al motor se parecía mucho más a las cuerdas originales de los demás.

¿Por qué era diferente Dima? Recordó que cuando la escaneó sus esferas actuaron de manera errática, y ahora esto. Tendría que buscar las respuestas, pero primero lo primero.

Nuevas comparaciones con las cuerdas y líneas de tiempo, cuando los Koríes usaban o no usaban el poder o cuando incrementaban su esfuerzo, como cuando Genaro tuvo que hacerlo para romper la defensa

que Jonás estaba probando, le dieron un panorama tan claro que Jonás pudo clasificar cada uno de los filamentos por lo que hacía.

El primero era similar en aspecto en todos los individuos, aunque variaba en intensidad. Jonás pudo ver que cuando los Koríes usaban su poder, este filamento se hacía más y más tenue y luego recuperaba su brillo rápidamente cuando el Korí dejaba de usarlo. Este primer filamento era la fuente de energía del poder.

«Una batería que se recarga sola», pensó.

—Ímpetu —dijo Jonás en voz alta, al tiempo que introdujo ese nuevo término en su programa de análisis. Era consciente de que desde el punto de vista de la física el nombre no era preciso, pero no tenía intenciones de compartir ese conocimiento en el corto plazo.

El segundo filamento era muy diferente entre un Korí y otro Korí, aunque en casos como el de Silvia y Martha o Genaro y Yasmine, se asemejaban. Jonás observó que era de este segundo filamento de donde provenía la clase y la variante de un Korí, un filamento que tomaba la energía del Ímpetu y la transformaba en algo distinto, inclusive cuando eran Koríes del mismo tipo como Genaro y Yasmine; el resultado era diferente y el segundo filamento parecía ser único en cada individuo.

—Crisol —dijo Jonás, repitiendo el proceso anterior.

Y el tercer filamento, el que le había permitido comprenderlo todo, era como un grifo que se abría y se cerraba permitiendo que el crisol liberará el poder de forma controlada.

Excepto en Silvia. Los motores de fusión de la Huygens debilitaron el tercer filamento a tal punto que dejó de actuar como una barrera y el poder contenido en el crisol fluyó sin control, una liberación de energía que su cuerpo no pudo resistir.

«Pero se detuvo», pensó.

Cuando la Huygens detuvo sus motores el cuerpo de Silvia dejó de arder solo unos pocos segundos después; ¿por qué se detuvo si el tercer filamento estaba destruido? Debería haber ardido indefinidamente hasta que la energía se agotara, pero la realidad ante los ojos de Jonás era que los tres filamentos estaban presentes, si bien el tercero había sido duramente dañado. Debía estar recuperándose, por eso logró contener el flujo de energía, aunque ya fuera muy tarde para el cuerpo de Silvia. ¿Era acaso indestructible?

—¡Fuego!

Posiblemente, solo el fuego podría destruir los filamentos y eliminar cualquier rastro del poder, de allí el interés por quemar el cuerpo de Yasmine, y luego el de Silvia. Era solo una teoría, pero tenía toda la lógica.

—Barrera —dijo Jonás, y escribió en su programa el nombre con el que había bautizado al último filamento.

Ímpetu, Crisol y Barrera, los tres componentes de la esencia de un Korí. Más el extraño comportamiento de la esencia de Dima. No era poco lo que había logrado. Y algo más. En las horas invertidas en su investigación había aprendido sobre motores de fusión y una posibilidad había ido tomando fuerza. No era el fusor en sí mismo el que causaba la barrera, o al menos no todo el fusor, sino uno de sus componentes. Tendría que profundizar más sobre ese descubrimiento y sus implicaciones, pero ya eran las nueve y treinta, dormiría el resto de la mañana y luego pensaba invitar a su padre para ponerle al tanto de sus nuevos descubrimientos.

También le diría que tenía un plan para capturar e interrogar a los tres Koríes que lo habían atacado en la cabaña. Sabía que trabajando juntos lo lograrían.

Ya era hora de encontrar una forma de que dejaran en paz a su familia.

Con un gesto, Marius separó una vez más los tres filamentos de Silvia fijando su atención en el tercero, desgarrado e incompleto.

—Barrera, ¿correcto? —Preguntó, aunque estaba bastante seguro de recordar el nombre que Jonás le había dado, y su hijo se lo confirmó asintiendo.

—Si el motor de la Huygens no se hubiera detenido, es difícil saber lo que habría pasado. La barrera de Silvia está en su mayor parte completa, pero aún el ligero daño producido fue suficiente para matarla e incendiar el observatorio de la Huygens. Un daño mayor podría haber sido un desastre para la nave entera, una liberación explosiva de toda la energía almacenada en el... ímpetu —continuó Marius.

—Sí, creo que podría haberse producido una explosión, pero no me parece que el Ímpetu simplemente almacene energía. Creo que la produce y se retroalimenta de la Barrera; entre más poder permite la Barrera que pase, más energía produce el Ímpetu. No sé de dónde proviene esa energía, es cierto, pero me parece que así es como funciona.

—¿Y por qué sacaste esa conclusión? Lo que estoy viendo no lleva en esa dirección.

—No es la única prueba que he hecho. Ven por favor, debo mostrarte algo.

Marius siguió a su hijo, bajó por la escalera y se detuvo frente a la puerta de una habitación. No había bajado antes al sótano, como le llamaba Jonás, y no tenía claro cuál era el propósito de esa área casi vacía, con excepción de los obstáculos que se levantaban y lo hacían parecer un laberinto, o una oficina muy mal diseñada.

—Entra, papá. Velo tú mismo.

Marius no preguntó, simplemente obedeció y entró a la habitación en la que Jonás había improvisado mesas de trabajo y sobre una de ellas...

—Jonás, ¿clonaste el motor de fusión? ¿Tus esferas pueden hacer también eso?

—No, papá. Es decir, pude clonar su aspecto y algunos componentes electrónicos, pero no el fusor en sí mismo. Lo que estás viendo es el motor de prueba real.

—Entonces, ¿le enviaste a Spivack una copia? Jonás, ¿cómo pudiste hacer eso?

—¿De qué hablas, papá? Tú mismo dijiste que no hay nada más importante que esta investigación. Y mi madre, está en la Huygens que es, para el Súmmum, el último lugar donde hay un motor de fusión. ¿Crees que está fuera de peligro?

—Lo sé, pero robarte el motor. Spivack arriesgó su trabajo por nosotros, y podrías haberme preguntado mi opinión.

—No te entiendo, papá, en serio. ¿Crees que si hubiera tenido otras opciones lo hubiera hecho? Si dejaba que ese motor se perdiera, ahora no sabríamos lo que sabemos sobre los tres filamentos de la esencia. O tal vez te parezca que ese conocimiento no vale la pena.

Marius miró a su hijo. Hacía tiempo que se había dado cuenta de

que iba por su propio camino. Podían parecerse mucho en sus estudios; ambos estudiantes destacados, pero más allá de eso, eran muy distintos.

—Tienes razón, Jonás. Eres muy audaz, ¿sabes? No te das cuenta porque es algo natural para ti, pero lo que haces no es algo que esté al alcance de la mayoría de las personas, yo incluido. Y me preocupa dónde te pueda llevar esa audacia. Estamos lidiando con algo que no comprendemos del todo; sí, confiamos en que la ciencia terminará por explicarlo todo, pero comprenderlo no te servirá si te metes en un lío del que no puedes salir. Robar un motor de fusión de una estación espacial y que los dueños ni siquiera se enteren de que lo robaron...

—Comprender la naturaleza de los Koríes solo es un medio; el propósito final es encontrar una manera de que el Súmmum deje de ser un peligro para nuestra familia, y para otros. Recuerda que varias personas murieron en el atentado del Ferrovac y mi madre casi es una de ellas, y después, te atacaron en tu propia cabaña, que considerábamos tan segura, y entonces muere toda esa gente en el supuesto accidente de las pruebas simultáneas de fusores. Ahora, no sabemos lo que están tramando, pero sí sabemos que no desisten fácilmente si no han cumplido sus propósitos, y es claro que eso incluye acabar con los motores de fusión y borrar sus rastros, y mamá está en el centro de ambas cosas gracias a la información que le dio Silvia. Haré lo que sea necesario para protegerla, y para protegerte a ti y a mí.

—Bien, lo entiendo, pero recuerda algo que tú mismo mencionaste. Nos sentíamos muy seguros en la cabaña. ¡Claro!, si fue un excelente refugio para sus antiguos dueños durante los motines y luego la mejoramos aún más, pero mira lo que pasó. Tan pronto como el Súmmum creyó que yo estaba metido en sus asuntos entraron a nuestra cabaña sin complicaciones. Te está pasando algo parecido; crees que toda la tecnología y tu inteligencia te mantienen a salvo, pero lo que realmente nos ha salvado a ti y a mí es que ellos no creen que sepamos nada relevante. ¿Cuánto tiempo crees que durará eso si deciden venir contra nosotros? ¿O piensas que esta fortaleza, como tú le dices, realmente será rival para ese poder que hasta ahora solo empezamos a conocer?

—Sí, creo que es rival. Hace unos días solo contaba con un sistema defensivo, pero hoy, gracias al motor, puedo hacer que este lugar sea inaccesible para cualquier Korí y gracias a Genaro estoy mejorando una

segunda piel que nos aísla del contacto con los Koríes, pero no es en eso en lo que confío; ya te dije que mi objetivo es protegernos y para eso necesito saber más, entre más averigüemos sobre ellos antes de que ellos averigüen sobre nosotros, más opciones tendremos, o de lo contrario estaremos ciegos y a su merced. Y te necesito para lo que tengo que hacer ahora. Lo haré de cualquier forma, pero las probabilidades de éxito subirán si participamos los dos.

Marius lo miró y suspiró.

—Sabes que cuentas conmigo, Jonás. ¿Que piensas hacer?

—Voy... vamos a capturar a los tres que te atacaron en la cabaña.

Denisse miró la hora: Las 10:20.

Su cita con Dorian era a las 10:30.

El científico de la ESA la había decepcionado. Pese al interés inicial que había mostrado en su algoritmo luego había dejado de comunicarse y eso demoró sus planes para acceder al computador de vuelo de la Huygens. Cuando finalmente él activó el programa liberando su troiano, Denisse pudo acercarse al computador de la Huygens, casi muriendo en el intento por culpa del motor de fusión. Era un punto muerto.

Ahora la había vuelto a llamar y la citó en la misma cafetería que la primera vez, la Kosmische Freuden, a solo cinco minutos a pie de la ESOC, donde el tipo tenía su oficina.

Lo vio. Venía al paso rápido que le permitían sus piernas cortas y seguramente ya había visto su pelo rosado, porque se dirigió directamente a ella.

—Doctor Pol, buenos días.

—Marcia, gracias por venir con tan poco tiempo de aviso, y discúlpeme por favor si no hemos estado en contacto. Han sido unos días de locos.

—Sí, yo también tengo muchísimo que hacer. Dígame por favor, ¿para qué me citó?

—Creo que está molesta conmigo, pero, créame. Quería mostrarle a mis colegas su simulación y tratar de extenderle una invitación para

trabajar en colaboración, pero pasó algo. Hubo un accidente con las pruebas de motores de fusión y todos se pusieron como locos. Ahora están prohibidos indefinidamente y tenemos que encontrar una forma de devolver la Huygens a la tierra sin usarlos. Esta es una buena oportunidad para usted si demuestra que hay una forma viable de lograrlo.

—Doctor Pol, entiendo lo que dice, pero discúlpeme si me niego. Usted no tiene idea del tiempo que tardé en elaborar la simulación que le entregué, sin contar con que luego esperé inútilmente que me respondiera. No puedo permitírmelo, doctor, debo terminar mi tesis.

—Ahora es diferente, Marcia. Le diré algo confidencialmente porque creo en usted y en que trabajaremos juntos en este proyecto. El capitán de la Huygens se negó a obedecer la orden de apagado de los fusores hasta que tengamos un plan para que la nave regrese a salvo solo con motores químicos. La simulación anterior era increíble, digna de tenerse en cuenta para futuros desarrollos, pero demasiado radical y compleja para que Colombo... el capitán, me refiero, la acepte. Si usted logra encontrar una solución más simple y práctica que me permita convencer al comandante de que es un plan viable, le prometo que tendrá las puertas de la ESA abiertas.

Denisse tenía que pensarlo. Era cierto que su simulación anterior era demasiado compleja. Tenía el objetivo de despertar interés y dejarle inyectar su código en el servidor de la ESA, pero nada más. Tendría que idear un plan factible para el capitán desobediente que, mientras tuviera encendidos sus fusores, ponía en jaque su plan.

—Con una condición, doctor Pol. Trabajaré en ello, pero yo misma lo presentaré a sus colegas y estaré allí cuando se lo informen al capitán. ¿Está de acuerdo?

Dorian no se veía muy feliz con la propuesta, pero tampoco parecía tener opción.

—Cuenta con eso, Marcia. ¿Cuándo tendrá lista su nueva simulación?

—Pasado mañana, Dorian.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La fuga

Jonás imprimió un escuadrón de seis maniqués con diferencias aleatorias en su forma, estatura y corpulencia, y lo situó en el sótano. No tenía tiempo de hacer modelos funcionales que caminaran sobre sus dos piernas, así que se conformó con dotarlos con bases propulsadas por ruedas.

Luego, revisó por última vez los depósitos de poliesferas en su cinturón y en sus muñecas, se ubicó en el centro y dijo.

—Iniciar.

Las figuras empezaron a moverse. Algunas iban juntas, como conversando entre sí. Otras se movían solas, sin interferir con Jonás o con los demás maniqués. Después de un rato pudo percibir diferencias sutiles entre ellos y su mente los clasificó. Uno parecía un ama de casa, otro, un luchador. Dos eran gemelos, altos y muy delgados. Al grupo lo completaban dos modelos pequeños que parecían ser un niño y una niña.

Jonás caminó entre las figuras durante varios minutos, observándolas. De pronto, sintió un movimiento a su derecha. Se giró, pero la niña ya estaba sobre él y lo tocó, sin darle tiempo a intentar defenderse.

—Reiniciar.

La segunda vez estuvo más alerta y logró lanzarle la esfera al ama de

casa que venía sobre él, pero falló y alcanzó a la niña, que esta vez paseaba inocente. La poliesfera la rodeó y en pocos segundos cubrió toda su superficie, incluyendo las ruedas de la base. Por un momento se tambaleó y pareció a punto de caer, pero el mecanismo estabilizador de la poliesfera lo evitó. La niña quedó en su sitio, paralizada como una estatua de piedra. A una señal de Jonás, la liberó y se deslizó hacia el piso en forma líquida, hasta llegar al zapato de Jonás y empezar a escalarlo. Tomó su forma de bola y quedó en el cinturón.

Su dispositivo funcionaba bien, pero aún necesitaba mejorar su reacción y puntería.

Tras dos horas de práctica, logró capturar a los gemelos y al luchador que se lanzaron sobre él, sin tocar al niño, que nada tenía que ver. Repitió secuencias una y otra vez, capturando a los seis maniqués sin demasiados problemas.

No tenía intenciones de enfrentar a sus adversarios directamente al día siguiente, pero si ese fuera el caso, estaba tan preparado como era posible en el corto tiempo del que disponía.

Cuando, años atrás, Jonás estaba en primer año de universidad, su profesor de teoría informática les habló sobre los albores de los terminales modernos. Hacía unos dos siglos el mundo ya dependía en gran medida de estos equipos, aunque su poder de procesamiento era inferior al terminal de pulsera de Jonás. Sin embargo, eran máquinas ingeniosas y bellas, o así te lo parecían si eras un *friki* de la tecnología.

La mayoría de los viejos servidores que no estaban en museos se habían deteriorado hasta desaparecer, pero había unos pocos realmente interesantes regados por el mundo. No podrían encontrar ninguno en Pacífica porque cuando el continente emergió del mar los computadores antiguos ya llevaban varias décadas en desuso. Su profesor les sugirió que si algún viaje los llevaba a las cercanías de alguno de ellos, le dieran una mirada. La tecnología antigua era incompatible con las redes de comunicaciones modernas, por lo tanto la única forma de conocer de lo que eran capaces estas máquinas era sentándose frente a ellas.

La mayoría (si no todos) los compañeros de clase de Jonás descar-

taron la información, pero no él. Él registró las ubicaciones con la instrucción de avisarle si llegaba a estar cerca de cualquiera de esas instalaciones, y luego dejó de pensar en ello.

Un año y medio después lo había olvidado por completo, estaba saliendo con Sofí y aprovecharon sus vacaciones de verano para viajar juntos a lugares que no conocían. Uno de ellos fue Madrid, España, y en ese lugar, en medio de visitas de turismo y paseos románticos, recibió la alerta de su terminal. Uno de los servidores mencionados por su profesor estaba cerca, a menos de treinta kilómetros. Se lo explicó a Sofí y le propuso que fueran juntos a ver ese ancestro misterioso de los terminales, pero ella no se dejó convencer.

—Te propongo otra cosa. En lugar de reclamarte por desperdiciar tiempo de nuestras vacaciones para conocer terminales viejos, me voy a ir de compras y demorarme todo lo que quiera. Tú ganas y yo gano. ¿De acuerdo?

Jonás estuvo de acuerdo. Solicitó un auto taxi y le dijo el lugar al que iba. La voz automática del sistema de guía le habló.

—*La policía advierte que es una zona peligrosa. ¿Está consciente de los riesgos?*

No lo estaba. En pacífica no existían ese tipo de lugares y en sus viajes al extranjero se mantenía en las rutas demarcadas para el turismo.

—¿Por qué es peligrosa?

—*Es un área marginal de la ciudad. No hay establecimientos comerciales ni presencia policial en diez manzanas a la redonda. Se informa que hay riñas y uso de sustancias ilícitas.*

Jonás quería conocer el computador antiguo, pero no al costo de meterse en problemas. Tal vez lo mejor sería regresar al hotel y acompañar a Sofí a sus compras, aunque sospechó que eso no necesariamente la haría muy feliz.

—Se supone que allí hay un antiguo computador de cierta importancia. ¿Está en el sitio peligroso?

—*En la dirección especificada se encuentra un nodo del taller del antiguo metro de Madrid. Está a veinticinco metros de profundidad. A nivel de la calle se puede ingresar por una puerta de servicio, si cuenta con la autorización necesaria.*

—¿Hay otra entrada? Y, ¿cómo se obtiene una autorización?

—*Sí hay otra entrada a cinco kilómetros de distancia de la dirección original. La ciudad no tiene establecido un sistema de autorizaciones porque las instalaciones están abandonadas. ¿Qué desea hacer?*

—Llévame a esa entrada —dijo Jonás.

Si no podía entrar, ni modo, pero al menos iba a intentarlo.

El viaje tomó unos quince minutos. El taxi se desvió hacia la derecha y tomó una rampa que bajaba siguiendo la inclinación del terreno hasta adentrarse en un área donde la carretera iba perdiendo poco a poco la carrera con la tierra y plantas que la rodeaban y que se atrevían cada vez con mayor decisión a cubrir el poco pavimento que aún no había desaparecido.

Jonás estaba pensando seriamente en devolverse. Si el taxi le hacía alguna nueva advertencia sobre la seguridad pensaba hacerle caso y regresar.

Pero no lo hizo. Avanzó a menor velocidad, pero sin detenerse hasta que llegaron a un obstáculo, media docena de canecas metálicas con fuego ardiendo en sus partes superiores que impedían ir más allá. Las canecas estaban dispuestas aleatoriamente y aunque Jonás no se dio cuenta de eso al principio debido al resplandor, unas quince o veinte personas conversaban sentadas en el piso al pie del fuego, con botellas en sus manos y cigarrillos colgando de sus bocas. Una de ellas se acercó al taxi, que mantuvo las ventanas bloqueadas.

El hombre se acercó y trató de ver hacia adentro. Desde afuera los vidrios eran totalmente opacos.

—¿Quién está allí? —dijo el tipo, su voz reproducida por el sistema de altavoces.

El corazón de Jonás estaba bombeando más rápido de lo acostumbrado. El hombre no se mostró agresivo y lo imaginó en medio de sus amigos tomándose un trago y ver de pronto aparecer un auto por primera vez en quién sabe cuánto tiempo. Era natural mostrarse suspicaz.

Jonás desbloqueó la puerta y salió. El hombre dio dos pasos hacia atrás y miró hacia adentro. Él y todos sus compañeros vestían ropas gruesas para la tarde muy fría. A Jonás como habitante de Pacífica, en

cambio, le pareció que la temperatura era agradable y ni siquiera se puso la chaqueta.

—Disculpe, ¿hay algún problema? Quisiéramos seguir adelante —dijo Jonás.

—¿Ir dónde? El camino termina aquí —contestó el hombre, pese a que a unos cincuenta metros detrás de las canecas y del grupo se veía claramente la entrada a lo que parecía un túnel.

—Allá, detrás del camino que están bloqueando estas canecas —dijo Jonás señalando la entrada.

El hombre miró en dirección hacia donde apuntaba el dedo y se volvió a Jonás, mirándolo de medio lado. Parecía estar evaluando si hablaba en serio.

—¿Y qué espera encontrar allí?

—Un terminal antiguo —dijo Jonás, que decidió contarle la historia de su profesor y los servidores antiguos.

—Mira tú, y creí que Esteban era el único bicho raro por aquí. ¡Esteban!, ven acá —dijo mirando a un tipo que, como los demás, miraba con curiosidad qué era lo que estaba pasando —. Esteban también conoce ese terminal antiguo que mencionas. Cuéntale, para que no pierda el tiempo.

Esteban miró a su amigo y miró a Jonás. No pareció para nada molesto porque lo hubiera hecho parar.

—No es un terminal, es un computador. Un servidor, para ser más exactos, que es como un computador muy potente. Yo soy un arqueólogo tecnológico. Me gusta encontrar piezas de tecnología antigua y tratar de ponerlas a funcionar otra vez.

—No es arqueólogo de nada, le gusta coleccionar basura vieja, eso es todo.

—Manuel, claro que soy un arqueólogo tecnológico —respondió Esteban. Mi abuela me mencionó este lugar porque aquí había trabajado su tatarabuelo o algo así y a ella le pareció una desgracia cómo el barrio se vino a menos sin que nadie hiciera nada. Yo quise conocer este sitio ligado a mi familia y di con esta entrada, encontré el servidor y traté de ponerlo en marcha, pero está muerto. Reconecté la electricidad y todo, pero no funcionó. Finalmente desistí, pero al menos encontré este lugar.

Me pareció un buen sitio para nuestras reuniones porque nunca viene nadie y desde entonces lo usamos para calentarnos y echarnos una conversada con los amigos y de vez en cuando regreso a darle una mirada al servidor.

El olor que emanaban le hizo pensar a Jonás que hacían algo más que echarse una conversada, pero eso no era asunto suyo. En cambio sí lo era el computador. Su curiosidad siempre había activado en su cerebro un motor que solo se apagaba cuando la satisfacía.

Jonás había aprovechado el tiempo en el taxi para descargar toda la información que estaba disponible sobre ese computador en particular.

—En todo caso me gustaría conocerlo. Yo les ayudaré a mover las canecas dijo Jonás.

Manuel se vio desilusionado. Al parecer creía que la historia de Esteban sería suficiente para persuadir a Jonás.

—No es necesario. No pesan nada, pero tú mejor acompáñalo, Esteban, o se va a perder. No quiero a la policía y la compañía de taxis buscándolo por aquí.

A Jonás no le molestó la idea de tener compañía aunque cuando Esteban estaba a punto de subirse con un cigarrillo humeante que había aparecido en su mano la voz del auto lo detuvo.

No está permitido fumar en este vehículo.

Esteban lo apagó con cuidado y lo metió a su bolsillo mientras Manuel y otros dos movían algunos de los tanques para darles paso.

Se internaron en el túnel, que era de grandes dimensiones. Jonás supuso que en su época lo debían utilizar para mover piezas grandes y a diferencia del pavimento del exterior, el de adentro se mantenía en excelente forma gracias a que la oscuridad no era muy favorable para el crecimiento de plantas ni árboles.

Unos cinco minutos después llegaron al límite. Las luces del auto rebotaron en unas barreras de concreto y se detuvo.

—Deja encendidas las luces hasta que regresemos —dijo Jonás al auto.

—Vamos —dijo Esteban entusiasmado dirigiéndose sin vacilar hacia el interior.

El camino por el que iban estaba interrumpido por barreras de

concreto, pero al otro lado de este aún continuaba por unos diez metros más antes de desembocar en una enorme galería que estaba casi en total oscuridad y solo reflejaba algo de la luz proyectada por el auto. A la derecha se vislumbraba la forma de locomotoras antiguas. Cables de acero negros colgaban de grúas en el techo.

—Está por acá —dijo Esteban.

Jonás lo siguió hacia la izquierda con lentitud para no tropezar. Las luces del auto estaban encerradas en el camino que habían dejado atrás y solo iluminaban lo que estaba directamente al frente. Oyó un ruido y la zona se iluminó.

Esteban había presionado un interruptor que seguramente no era parte de la construcción original. Era bastante tosco y conectaba un largo cable que venía desde el exterior (seguramente instalado por Esteban) con una hilera de bombillos que iluminaba el camino por donde habían venido hasta internarse en la galería. Aunque parte de los bombillos iban a la derecha a la zona de las locomotoras, la mayoría se concentraba a la izquierda, y hacia allí se dirigió Esteban que tomó una mochila colgada de la pared. Jonás lo siguió de cerca.

A unos treinta metros desde la esquina había una puerta cerrada sin seguro y entraron. El servidor estaba en un panel a la izquierda de la habitación.

—Míralo, ¿no es hermoso?, pero observa lo que pasa si lo conecto a la batería.

Esteban tomó un cable que salía de la pared y lo conectó a otro que provenía de la batería. La pared se encendió con luces de colores.

—No te emociones. Cuando logré encenderlo estaba feliz, pero no hace nada más.

Jonás ya estaba revisando los planos que había descargado. Miró los esquemas y los comparó con lo que tenía ante sus ojos mirándolo desde todos los ángulos. Después de un rato habló.

—¡Ajá!

—¿Ajá? —Preguntó Esteban.

—Sí. El servidor es solo esta parte —dijo señalando una caja plástica empotrada en la mesa—, y también estas pantallas, que tenían una función parecida a los holo proyectores modernos. Si querías que hiciera algo se lo escribías con este teclado; el reconocimiento de voz tenía un

uso bastante limitado, y también se podía conectar con otros dispositivos, aunque no los veo por aquí. Lo que tu encendiste es un panel de tráfico análogo, más viejo aún que el servidor, aunque aparentemente estaba conectado a él. No creo que el servidor tenga un cable visible para conectarse, debe estar oculto en este panel.

Esteban miró a Jonás con incredulidad mezclada con esperanza y lo ayudó a buscar el cable prometido. Se pusieron en cuatro patas y miraron dentro de cada puerta del panel. Terminaron con las manos sucias y magulladas, pero no encontraron nada.

—¿Que hay acá atrás? —Preguntó Jonás, pero ya se dirigía hacia allí a averiguarlo por sus propios medios.

Era una habitación adosada a la del servidor. Estaba llena de estanterías metálicas empolvadas, pero por lo demás vacías. Jonás buscó en lo que debía ser la pared posterior al panel del servidor. Se puso otra vez en cuatro patas y buscó debajo de un escritorio, saliendo casi de inmediato.

—Ven, ayúdame a mover este escritorio.

Esteban lo hizo y allí estaba una tapa metálica. Tiraron de la argolla y encontraron un tablero de circuitos.

—Soy un idiota, tanto tiempo y no lo vi, pero sí sé qué debo hacer ahora.

La luz de los bombillos no era muy potente en ese punto. Sacó una linterna de su mochila e iluminó el tablero, cambió la posición de los interruptores con cuidado, uno por uno, devolviéndolos a su posición original. Algunos estaban atascados y tuvo que quitarlos y buscar uno en su mochila. Los reemplazos estaban organizados en bolsas acolchadas. Parecía que sí se tomaba en serio su papel de arqueólogo tecnológico.

—Ahora voy a encenderlos. Si se dañan será cada vez más difícil encontrar un repuesto.

Volvió a mover los fusibles. El primero fue el maestro y luego los demás uno a uno y así vieron volver a la vida el taller que se llenó de luces en la galería (aunque algunas se fundieron de inmediato) y en la habitación, y el carraspeo de motores del sistema de ventilación que tosió más polvo que aire fresco.

El servidor había vuelto a la vida

Las pantallas desplegaban la solicitud de un usuario y contraseña, pero Jonás no intentó averiguarla. Tenía otra idea.

El sistema de conexión inalámbrica del servidor era muy antiguo, pero el terminal de pulsera de Jonás no tuvo problema en conectarse con él, se demoró unos dos segundos en romper los viejos protocolos de seguridad y le dio a Jonás acceso completo al sistema.

—¿Cómo diablos hiciste eso? —preguntó Esteban, que miraba como las pantallas antes negras mostraban texto e imágenes en 2D a color.

—Era una máquina muy capaz para su tiempo, pero no tiene nada que hacer con las terminales actuales. Podría ser divertido conectarla a la red moderna, pero para eso tendrás que conseguir algunos aditamentos.

Esteban se mostró complacido. Aceptó hacerse un registro junto con el servidor para enviársela al profesor de Jonás e intercambiaron datos de contacto. También se negó a salir del lugar con Jonás; ahora que el servidor había vuelto a la vida el arqueólogo tecnológico no pensaba irse sin más. Eso sí, le envió un mensaje por su terminal a Manuel para que no creyera que Jonás lo había matado y enterrado en el fondo del túnel, o algo así.

Después de curiosear durante un rato el servidor, Jonás se despidió y se marchó de nuevo en el taxi. Afuera el sol ya estaba muy bajo sobre el horizonte y Manuel y sus compañeros habían encendido más fuegos. El taxi aceleró y se incorporó al tráfico. Cuando llegó al hotel vio la tarifa y tragó saliva. El viaje para conocer el servidor le había salido bastante más caro de lo que tenía presupuestado, pero no le molestaba. Siempre le había encantado aprender algo nuevo, aunque no le reportara ningún otro beneficio.

Cuando regresaron a Noris, su ex profesor de teoría informática estuvo feliz al recibir el registro de Jonás con el servidor de Madrid. Durante el tiempo transcurrido no había podido visitarlo, pero en cambio sí visitó otros en distintos lugares y se mostró especialmente interesado en las capacidades de conectividad, al igual que había hecho Jonás.

—Creo que es posible conectarlo a una red normal si logramos diseñar ciertos componentes para que el sistema antiguo sea compatible, pero no sé si vale la pena. Sería invertir mucho solo por la nostalgia de ver un armatoste obsoleto funcionando —dijo Jonás.

—Depende del uso que quieras darle. Si lo que necesitas es capa-

cidad de procesamiento usa tu terminal personal, pero si lo que quieres es un sistema de transmisión de datos oculto, nada es mejor que *Arkanet* —dijo el profesor con una sonrisa pícaro.

—¿Arkanet? —Preguntó Jonás.

—Es un proyecto de varios de mis colegas y mío. Y tuyo, si te interesa. Estamos interconectando los viejos servidores mimetizando sus canales de comunicación en las redes nuevas, pero sus protocolos son tan arcaicos que combinados con una encriptación moderna se vuelven prácticamente invisibles para cualquier sistema de rastreo. Imagina nuestras modernas autopistas diseñadas para autos que avanzan a cientos de kilómetros por hora, que se coordinan entre sí para hacer giros, entrar y salir de tráfico y todo sin chocar nunca, todo coordinado por los computadores modernos. Y ahora imagina que usamos esos mismos computadores para hacerle creer a todo el resto del tráfico que no existe una estrecha franja de esa autopista, y por ella enviamos viejos autos, de esos manejados por pilotos humanos. Los autos modernos podrán seguir transitando y lo harán mucho más rápida y eficientemente que los antiguos, pero en cambio esos viejos carros viajarán sin que nadie los moleste ni sepa que están allí. Si dieran una mirada no los reconocerían como autos. Eso es *Arkanet*, una red oculta que ocupa una ínfima fracción del ancho de banda para interconectar nuestros fósiles informáticos. Y tu servidor de Madrid no está enlazado. Como te imaginarás, es un proyecto en el que trabajamos solo por diversión y no amerita gastar solares en un viaje con el propósito expreso de enlazarlo. ¿Tienes planeado regresar? Si es así me gustaría que lo unamos a la red.

Jonás vio la imagen holográfica de su profesor, que era nítida, aunque las frecuentes distorsiones no dejaban duda de que era una proyección.

—No tengo planes de regresar, pero tengo un amigo que estaría encantado de unirse al club —dijo Jonás.

Casi de inmediato unieron a Esteban a la conversación y, tal como Jonás pensaba, mostró inmediato interés en *Arkanet*.

Por supuesto, en ese tiempo no tenía forma de saber que tres años después le serviría para engañar a un sintiente y tender una trampa a los tres atacantes de su padre.

Desde que el Súmmum la reclutó, Denisse no había vuelto a su ciudad natal. Sí había estado en París varias veces, pero Annecy se mantuvo intencionalmente fuera de sus planes.

Al morir su padre, hizo todas las diligencias de la herencia de forma remota. La firma de abogados a cargo vendió todos los activos en un año y estaba lista para liquidar el fideicomiso; habría podido hacerlo sin la presencia física de Denisse, pero Madeleine y Pascal se opusieron. Si Denisse quería terminar con el asunto tendría que ir en persona.

No tuvo opción. Aún con el generoso pago que recibía por sus servicios al Súmmum estaba lejos de poder comprar ese lugar propio que deseaba y su parte del fondo creado por la venta de los activos de su padre podría ser lo que necesitaba, aun si implicaba tener que verse cara a cara con sus hermanos.

Al llegar a la oficina del abogado, allí estaban ellos, y tan pronto como la vieron fueron a su encuentro. Denisse estaba lista para la confrontación.

—¡Denisse! Estás hermosa hermana —dijo Pascal.

—Sí, ¡tienes que darme el secreto! —dijo Madeleine, estrechando a Denisse en un abrazo al cual se agregó Pascal.

Por un momento, Denisse pensó en ceder a sus impulsos y apartarse, pero entonces recordó que el objetivo de todo el viaje era finiquitar de una vez por todas el asunto de la herencia. Luego, no necesitaría volver a saber del meloso trato que los mellizos acostumbraban desde niños.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Así es, no sé por qué te alejaste de nosotros si estamos aquí para ti —dijo su hermana.

Denisse vio a los mellizos, y recordó que no siempre habían estado en su vida.

Por trece años solo fueron ella y sus padres, y fue una época feliz para los tres. Ellos le dieron un futuro que hasta ese momento se veía incierto en la casa de adopción, y a cambio ella los llenó de la felicidad por tener al fin una hija, pero entonces ocurrió lo impensable. Su madre quedó embarazada de mellizos, y siete meses después nacieron en un parto difícil. Por unos días pareció que la madre y los recién nacidos morirían,

pero al final los esfuerzos médicos salvaron a los bebés y de paso pusieron la vida de Denisse patas arriba.

Pese a lo terrible del acontecimiento, Denisse creyó que el rechazo que ella sentía hacia esos intrusos que habían matado a su madre la uniría con su padre, pero se equivocó. Él no les endilgaba culpa alguna y en cambio se volcó en ellos.

Al crecer y pese a su frialdad, Madeleine y Pascal crecieron viéndola como su figura a imitar. Pronto, fue consciente de que lograba percibir algunos de los pensamientos de los mellizos. La adoraban y a ella eso le molestaba aún más.

También percibió los sentimientos de su padre. Los amaba, a los tres, como si fueran iguales. No lo eran y Denisse lo sabía, pero lo que más dolió fue percibir que su padre y los mellizos tenían más en común entre sí que con ella. Las diferencias no se plasmaban en hechos, solo en sensaciones que los distanciaban sin remedio, hasta que a los diecisiete años Denisse se fue a la universidad y nunca volvió a pisar su ciudad natal, hasta ahora.

—Lo siento, mi vida no ha resultado fácil, pero les prometo que a partir de ahora estaremos en contacto. Podemos almorzar juntos luego de firmar, nos ponemos al tanto de lo que hemos hecho en nuestras vidas y planeamos lo que viene. ¿Qué tal les parece?

—Sí, por favor. Aún recuerdo la última vez que nos sentamos juntos a desayunar y como papá nos hacía esos concursos de adivinanzas que tú siempre ganabas.

—Yo también lo recuerdo. ¿Cómo es posible que hayan pasado tantos años desde esa vez?

—Cierto, el tiempo vuela y si no quiero que me despidan de mi trabajo tengo que estar de regreso hoy mismo. Si no vamos a ese almuerzo temprano, tendremos que dejarlo para otra ocasión —dijo Denisse.

—¡No! Vamos a firmar ahora mismo. No te enojés, pero la única razón por la que quisimos hacer esto en persona fue para poderte ver.

—Sí, Fue idea mía. A veces soy un poco maquiavélica —rio Madeleine.

Denisse hizo la sonrisa lo mejor que pudo y su esfuerzo no fue en vano. Los gemelos y ella misma firmaron los documentos electrónicos

que el abogado puso ante sus ojos y el hombre les anunció que a partir de ese momento se liquidaba el fideicomiso y cada uno había recibido lo que le correspondía en su propia cuenta.

—Bien, hora de ir a almorzar —dijo Pascal.

—Conozco un restaurante nuevo, o al menos uno que no conoces. ¡Te va a encantar!

—Sí, pero antes debo pasar por el baño un momento. ¿Nos vemos afuera?

Los gemelos sonrieron y enfilaron hacia la salida. Denisse en cambio salió por la puerta lateral y tomó un auto taxi a la terminal, donde se subió en el primer tren a París.

Al día siguiente tenía que mostrar su plan a Dorian.

El trayecto en tren entre Annecy y París fue un suplicio. No se explicaba por qué a algunas personas les parecía encantador viajar en un medio de transporte de siglos de antigüedad, pero a Denisse le parecía estúpido perder tiempo de esa manera; infortunadamente no había otro medio de transporte disponible.

Había pedido ayuda a Yara para sacarla de allí, pero estaba con Sumiko. Por fortuna, al menos pudo trabajar con privacidad desde su litera. Si lograba convencer al capitán de la Huygens, el apagado de los motores tendría lugar en pocos días. Hecho eso, entrar al servidor de a bordo no sería ningún problema, pero el plan no debía salir mal. Si le volvía a fallar a Sumiko...

Apartó la idea de la cabeza. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, y había ideado un plan de respaldo de la mano de Yara. Ahora tenía que enviar un mensaje.

Terminé el plan de reprogramación de vuelo para la Huygens. Estamos de suerte y será un éxito, pero el tiempo es crucial; deben ponerlo en marcha dentro de tres días o se perderá la oportunidad definitivamente. Espero sus instrucciones para vernos en la ESOC mañana. Saludos, Marcia.

Denisse sonrió. Dorian respondió casi de inmediato.

Marcia, puedo darle acceso hoy mismo. ¿Puede venir?

¡Hoy mismo! Si lograba convencer al comandante de la nave tendría solucionado el problema de la Huygens antes de irse a acostar. Se imaginó acudir a Sumiko y hacerle saber que su gran dolor de cabeza había desaparecido.

Se dispuso a responder que sí a Dorian cuando surgió una alerta. El centinela que había dejado en la red detectó información que Denisse revisó sorprendida.

Era de Silvia Núñez.

Rastreó los datos y pudo comprobar que no provenían de la Huygens; al menos, no de una nueva transmisión. Al parecer, la comunicación original de Silvia, cuando generó la grabadora virtual que detectó Denisse, dejó latente una nueva grabación y pudo notar que era una transmisión en holo plano, no podía tener ningún tipo de encriptación. Estaba ubicada en algún lugar de América del Sur. Cuando estaba a punto de ubicar el lugar exacto la señal desapareció, y apareció simultáneamente en... Groenlandia.

La secuencia continuó. Desaparecía de un lugar y aparecía en otro donde se quedaba tan poco tiempo que no alcanzaba a rastrearlo. Aún si Denisse hubiera estado en cualquiera de esos lugares no habría alcanzado a descargarlo. Cada segundo hacía diez saltos. Cientos de nombres de lugares desfilaban en su visor.

Sídney, Vancouver, Casablanca, Buenos Aires, Oslo, Seúl, Ciudad del Cabo, Estocolmo, Nueva Orleans, Dubái, Praga, Chiang Mai, Auckland, Copenhague, Cartagena, Nairobi, Zúrich, Fez, Christchurch, Siem Reap, Madrid...

El nombre de la ciudad española permaneció en su visor un tiempo inusualmente largo, casi el cuádruple que las demás ciudades, pero luego la lista continuó con centenares de nombres a la misma velocidad de antes.

Nueva York, París, Tokio, Sydney, Roma, Moscú, Bangkok, Río de Janeiro, Toronto, Barcelona, Estambul, Ámsterdam, Mumbai, Seúl, Viena, Dubái, San Francisco, Buenos Aires, Londres, Berlín, Madrid...

La primera vez, hubo cuatrocientos cincuenta saltos antes de llegar a Madrid, la segunda trescientos y la tercera mil seiscientos. Parecía aleatorio, pero no lo era. Denisse elaboró un detector de patrones y en seguida

estimó las próximas apariciones de la grabación en Madrid. Si era correcto, ocurriría en 2,3 segundos.

Valencia, Kingston, Kigali, Wellington, Ushuaia.

Madrid apareció en el momento preciso en que su contador llegaba a cero.

«¿Por qué tomarse tanto trabajo, Doctora Núñez?»

Denisse envió un mensaje a Yara. Se encontrarían tan pronto como Sumiko ya no la necesitara, y seguramente la esperaría en la terminal de París. Podrían llegar a la dirección especificada de Madrid unos dos minutos antes de que apareciera la señal nuevamente. También envió una respuesta al doctor Pol. Terminar con el asunto hoy habría estado más que bien, pero hacerle creer que no estaba ansiosa por el encuentro podría ser a la larga más beneficioso y seguro.

Imposible, Dorian. Dedicué las últimas horas a elaborar la corrección de trayectoria que les mostraré mañana y dejé de lado mis deberes en la universidad. Debo hacerlo ahora o me meteré en problemas, pero si mañana todo está dispuesto lo haremos en poco tiempo. Es una maniobra elegante y relativamente simple, si el capitán tiene la mente abierta. ¡Hasta mañana entonces! Marcia.

Resolver hoy el tema de la grabadora y mañana la Huygens, los últimos cabos sueltos de todo este desastre.

Durmió profundamente el resto del viaje.

El acceso a la antigua estación de Santa Cruz estaba bloqueado por una puerta metálica oxidada con cerrojo por neurocom, que Denisse analizó por un momento antes de abrir.

—Nadie lo ha abierto en dieciséis meses —dijo Denisse, que distraídamente miró su visor. Faltaban menos de cuatro minutos para la siguiente iteración del sorpresivo mensaje de Silvia en Madrid.

Yara miró a su alrededor. A ambos lados de la calle los edificios tenían las puertas clausuradas y por ellas solo deambulaban unas pocas personas con ropas sucias.

—Extraño lugar para recibir un mensaje desde el espacio —dijo.

—Sí, pero según los registros hay una superterminal, aunque anti-

gua. Tenemos tres minutos —respondió Denisse, traspasando la puerta a paso rápido seguida por Yara.

Se encontraron con un pasillo sin ninguna iluminación artificial. Mientras la puerta de entrada estuvo abierta pudieron distinguir que terminaba en una escalera que descendía varios niveles y conectaba con una maraña de bocas negras, seguramente corredores, siempre en descenso. Cuando cerraron la puerta quedaron sumidas en la más profunda oscuridad que Yara rompió con la suave luz proveniente del terminal de su pulsera.

—Nos quedan menos de dos minutos. No vamos a lograrlo —dijo Denisse.

—Si lo perdemos, ¿cuánto tiempo tardará en volver?

Denisse consultó su terminal.

—Treinta y nueve minutos —respondió.

—Entonces cálmate y sigamos buscando. Si no es en esta lo pescamos en la próxima.

Denisse miró a Yara y trató de seguir su consejo. Ni loca habría venido sola a este lugar que parecía olvidado por el mundo, pero estar en su compañía la hacía sentir segura. Y no es que fuera el lugar más extraño que hubiera visitado. La Caverna de Shin'en era por mucho más extraña y peligrosa, pero también más cercana a su propia naturaleza.

Tan pronto como tuvo ese pensamiento, sintió un dolor punzante en la cabeza y su visión se nubló.

—¿Qué te pasa? —preguntó Yara.

—Nada, este aire húmedo no me hace bien. Faltan cinco segundos. Perdimos esta ronda —dijo Denisse.

«No debo volver a pensar en ese lugar en cercanía de otros Koríes, ni siquiera de Yara» recordó.

Al pasar los cinco segundos el contador del visor se puso en cero y se escuchó un fuerte pitido que reverberó durante varios segundos, proveniente de uno de los pasadizos ante ellas. El contador se reinició en treinta y ocho minutos y cuarenta segundos.

—¿Qué fue eso?

—Veamos —respondió Yara, que ya estaba corriendo hacia el lugar desde donde parecía provenir el ruido.

—Sonó exactamente cuando el contador se puso en cero —dijo Denisse.

Yara no contestó y continuó, ahora a un paso lento. El corredor parecía desembocar en un espacio que se veía más grande, pero las pocas luces que funcionaban no permitieron ver detalles.

Al traspasar el arco se encontraron frente a seis locomotoras estacionadas. Se alcanzaba a ver que habían sido blancas con azul, aunque ahora la mayor parte de la pintura había cedido ante el óxido y el polvo.

—Una estación de trenes antigua —exclamó Yara.

—Más bien, parece algún tipo de zona de mantenimiento o de talleres —dijo Denisse.

Yara asintió. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo distinguir entre penumbras la forma de cables de acero colgantes, grúas y otros equipos que no pudo identificar.

La poca iluminación de la zona provenía de tubos fluorescentes que seguían funcionando, y de la luz artificial que se colaba por la ventana de una sala ubicada tras los trenes, hacia donde se dirigieron las dos.

Sus pasos resonaron con ecos y, al entrar en la sala, chapoteos, al pisar los charcos que abundaban en esa zona.

—Allí está —señaló Denisse.

En comparación con el hangar de los trenes, la sala estaba bien iluminada, aunque en realidad la luz se limitaba a una lámpara en la entrada e infinidad de luces provenientes de leds que se encendían y se apagaban en la pared del fondo, hacia donde había señalado Denisse.

—¿Esto es una terminal? —preguntó Yara.

—Una muy antigua, según parece —respondió Denisse, que ya había puesto sus manos sobre el tablero de instrumentos. Bajo sus pies, el charco de agua pareció volverse más oscuro.

—La superterminal solo es esta pequeña parte. El resto es un tablero para mostrar el tráfico de los trenes en diferentes rutas y ahora solo encienden y apagan porque debe haber cortos circuitos en todo el sistema, pero ya ubiqué la red por donde llegará el mensaje de Silvia en... veinticinco minutos —concluyó Denisse—. Tan pronto como llegue lo tendremos.

—Maravilloso. Este sitio es una porquería y necesitamos resolver el

asunto de la Huygens —dijo Yara, cruzándose de brazos mientras se apoyaba en la consola.

Los zapatos deportivos de Denisse se tornaron cada vez más negros. El agua de los charcos parecía acumularse en estas zonas de forma muy suave y continua hasta formar una capa de cierto grosor, que al fin se estabilizó.

Denisse fue la primera en sentir que algo estaba mal, pero no alcanzó a advertir a Yara. La masa negra se expandió bajo sus ropas en una rápida escalada cubriendo las piernas, tronco y brazos de las dos, inmovilizando cada parte que cubrían.

—¡Denisse cuid!...

Yara no terminó su grito. Como una segunda piel, la masa terminó por cubrir su cabeza, y lo mismo ocurrió con Denisse, dejándolas rígidas y en silencio.

Oculto en la habitación contigua, Jonás observó los acontecimientos por el nuevo visor conectado a Cassie, que había camuflado sobre el panel de la superterminal. Era la primera vez que veía el verdadero aspecto y oía de cerca las voces de las mujeres, pero concordaban perfectamente con dos de las personas que habían atacado a su padre en la cabaña. El tercero, el hombre, infortunadamente no había venido. Era una lástima.

Por un momento pensó que las mujeres harían una revisión completa del área. No les habría resultado sencillo encontrar la puerta mimetizada, pero en todo caso sintió que le sudaban las manos, en cada una de las cuales sostenía una poliesfera. Sus temores estaban infundados. Ellas no vieron razón para temer y se dirigieron directamente al cebo.

Las poliesferas, camufladas en los charcos de agua, completaron su trabajo rápidamente y empezaron a inyectar el sedante. No quería provocarles un infarto o algo así y fijó una dosis segura. Cuando las dos figuras quedaron quietas se dirigió hacia ellas preocupado. ¿Qué querían decir con lo de resolver el asunto de la Huygens?

No vio la señal de alerta que acababa de activarse en su visor.

Tras una sensación de cosquilleo, Yara fue consciente de que una fuerza descomunal le impedía realizar cualquier movimiento en sus piernas y luego en el resto del cuerpo. Trató de gritar a Denisse, pero lo último que vio de ella fue que una sombra la cubría, y entonces no vio nada más. Tuvo un amago de pánico, pero al poder respirar con normalidad logró tranquilizarse un poco.

«¿Es real o solo una ilusión?

«Maldito Devries » pensó.

Pero algo no cuadraba con una situación de manipulación mental, o con algún *telequino* que se hubiera ensañado con ellas.

Sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas.

«¡Me drogaron, si pierdo el conocimiento estoy jodida!»

Tratar de *teleportarse* desde esa habitación llena de obstáculos era un suicidio.

«No necesito saltar muy lejos. Solo afuera de esta cosa que me capturó, luego fuera de la habitación y desde el hangar de los trenes a cualquier lugar» .

Si tenía suerte, tendría el tiempo justo antes de quedar inconsciente.

Denisse supo lo que era el terror. Trató de gritar pero su mandíbula no se movió. La había cubierto esa especie de armadura inmovilizándola por completo.

No, no era cierto. La armadura le inmovilizó todas las articulaciones, pero su diafragma se dilataba sin problema al respirar. Lo que fuera, no parecía estar tratando de matarla.

«¿Qué es esta cosa?»

Le parecía tanto una tela como un metal.

Sintió que el ritmo de su corazón disminuía al igual que su respiración, pero no era porque se estuviera calmando. Era algo externo, algún tipo de sedante.

Y algo más. La armadura no era un simple material que la envolvía;

sintió que en su interior se escondía algo. Algún tipo de inteligencia aunque no humana.

Comprenderlo la calmó de verdad. Era un dispositivo tecnológico y ella era buena con esas cosas, pero debía darse prisa: se dio cuenta de que su mente se embotaba más a cada instante así que, o la hacía fluir ahora o sería demasiado tarde.

La armadura no tenía una inteligencia muy compleja. A duras penas podía tomar algunas decisiones basadas en una programación externa. Claro como el aire vio el canal hacia el exterior, hacia quien quiera que fuera la persona que la controlaba, podría pasar a través de él y...

La cabeza empezó a darle vueltas. Su cerebro estaba a menos de un segundo de la inconsciencia y solo le quedaba una opción. Bloqueó el control de órdenes de la armadura e introdujo un nuevo programa. Luego cayó en la inconsciencia.

Junto al panel de instrumentos, sobre lo que antes parecía una sección de pared sólida, se demarcaron las líneas de una puerta que se abrió dando paso a Jonás, quien tomó la poliesfera que antes la había ocultado.

Las dos figuras ante él parecían extraños maniqués femeninos cubiertos de ropa, que combinaban partes metálicas con orgánicas. El pelo estaba libre, mientras que la mayor parte del cuerpo estaba atrapada por la coraza.

Aun en su estado de indefensión la mujer alta lucía imponente, como una amazona. Más musculosa y casi tan alta como él, Jonás no querría encontrársela en otras circunstancias. Debía ser Yara. Recordaba ese nombre del ataque a su padre en la cabaña.

Y la pequeña... Denisse, según había alcanzado a gritar la otra, debía ser la experta en informática.

Músculo y cerebro. «¿Y qué papel jugaba el otro? El tipo que no había venido».

Entonces, Jonás observó incrédulo como la coraza de Yara se sacudía, y ella apareció libre a mitad de camino de la puerta de salida. Por un

segundo, conservó la misma posición erguida de la coraza y luego cayó al piso.

Solo vestía su ropa interior y una pulsera con una gran esmeralda reluciente. El resto de sus ropas habían quedado en el interior de la coraza vacía.

Pese a la droga que circulaba por sus venas, la mujer movió su cabeza mirando hacia afuera.

Jonás vaciló por unos segundos, pero al fin le lanzó una de las poliesferas.

Falló.

La bola cayó exactamente donde Jonás había apuntado, pero Yara ya no estaba allí. Con el rabillo del ojo se dio cuenta de que estaba afuera, arrastrándose. Corrió tras ella, que giraba lentamente su cabeza tratando de orientarse. No comprendía cómo saltaba de un lugar a otro, pero estaba claro que no iba a durar mucho más en el andén de los trenes.

Desde unos ocho metros de distancia, le lanzó dos bolas en rápida sucesión.

La primera cayó a más de dos metros por detrás de Yara, quien ahora parecía haber fijado la vista en algún punto al otro lado de la galería.

La segunda la golpeó justo detrás de la cabeza. No fue un golpe fuerte. La naturaleza de la poliesfera no era contundente, pero fue suficiente para distraerla. De inmediato una nueva coraza la rodeó e inyectó una nueva dosis de sedante. Mientras que las que Jonás había ocultado en los charcos basaban su éxito en el sigilo y la sorpresa, había programado las poliesferas de su cinturón para un eventual combate y eso implicaba una inmovilización inmediata del oponente.

Yara se quedó inmóvil y Jonás pudo comprobar en su visor que estaba inconsciente. Programó una administración constante de sedante al mismo nivel actual.

Se giró para entrar de nuevo al cuarto de control y se quedó paralizado. Denisse lo miraba con su cara sin ojos y se estaba moviendo, dando pasos inseguros como un bebé.

Comprobó el visor. Vio que la persona en la coraza estaba inconsciente y el movimiento era parte de un nuevo programa.

—Cancelar ejecución del programa —ordenó Jonás

Denegado

«¿Qué diablos?»

Denisse siguió caminando hacia la salida con pasos más seguros. La coraza estaba en contacto directo con su piel en casi todo su cuerpo, y el efecto final era el de un ser metálico vestido con ropa humana.

Jonás transmitió una nueva orden.

—Desactivar y transformar.

Denegado

Denisse le había cerrado el acceso. En tan solo unos segundos había logrado hackear su esfera.

Tomó dos nuevas y las combinó en una sola que tenía el doble de densidad, pero el mismo tamaño. Le cambió todos los códigos de acceso y activó la rutina de encriptación más complicada que pudo idear en ese corto tiempo. Denisse ganaba seguridad y ritmo con cada paso y estaba a solo tres metros de la puerta, donde Jonás se paró como un guardián.

Acertarle con la doble esfera fue fácil a esa distancia. La expansión fue casi inmediata y Denisse se detuvo. Por un momento pareció que había retomado el control.

Entonces, ella empezó a vibrar.

Jonás no sabía a qué se debía. Había practicado con esferas dobles y triples para capturar objetivos más grandes, pero nunca se le ocurrió que podría perder el control de una.

El material de la doble esfera se desprendió y Denisse continuó su camino hacia la puerta con el rostro ciego fijo en Jonás, o más probablemente en la puerta misma. Él se movió hacia un lado, rodeándola. El robot-Denisse lo ignoró y mantuvo su rumbo hacia el frente, a la salida. Jonás se ubicó detrás y se lanzó contra ella con su hombro, tratando de derribarla. No lo logró: fue como chocar contra un muro y en cambio sintió un dolor palpitante allí, donde habían hecho contacto mientras que ella no perdió el equilibrio gracias a las esferas.

El caminado torpe de Denisse dio paso a uno más fluido. Ya estaba afuera y caminó sin problema sobre Yara. Aceleró y saltó al foso de las vías abandonadas subiendo con agilidad al otro lado y corriendo se perdió de vista en la puerta por donde habían llegado hacia solo media hora.

Jonás dejó de correr tras ella. No tenía claro qué podría hacer para

capturarla, y en cambio supuso que iba a llamar mucho la atención una vez que estuviera en la calle.

Se enfocó en Yara. No sabía cómo impedir que escapara y tendría que mantenerla sedada mientras tanto.

Pero había perdido a Denisse, y con ella tres esferas.

Jonás observó a Yara, que continuaba inconsciente. Había configurado la armadura para mantener el suministro del sedante hasta que tomara una decisión sobre qué hacer con ella, pero temía por su salud. Las funciones de exomed que había incorporado en las esferas le mostraron que todo estaba bien, pero el plan nunca había sido mantenerla indefinidamente en ese estado.

La armadura solo cubría las zonas del cuerpo necesarias para restringir el movimiento y los ojos, en caso de que llegara a abrirlos.

Lo que alcanzaba a ver le mostró que Yara tenía rasgos árabes y cuerpo atlético. Además de su ropa interior, solo usaba una pulsera con una gran esmeralda en la muñeca izquierda.

Jonás examinó el resto de las prendas que habían quedado en la coraza abandonada. Botas, pantalones y chaqueta de cuero, y una blusa de tela. Todas las prendas eran de color variable y en este momento eran negras.

Y nada más. Ningún documento u objeto que revelara algo sobre la mujer.

Las investigaciones previas de Jonás le habían dado a conocer personas con capacidad de crear fuego de la nada, manipular el crecimiento de las plantas y mover objetos sin tocarlos. Eran situaciones impresionantes por sí solas para las cuales aún no encontraba una explicación, pero lo que había hecho Yara le parecía, de lejos, lo más increíble. Estaba en un lugar y un instante después, en otro. Se había movido fuera de la primera armadura y luego hasta el andén de los trenes. Jonás supuso que habría ido más lejos si el sedante no hubiera empezado a hacer efecto.

Recordó cuando dejó la falsa grabadora en la universidad. En ese

momento se sorprendió por lo rápido que los Koríes habían llegado al lugar. Tal vez, Yara era mucho más que músculo.

«¿Se transporta instantáneamente?, ¿puede llevar con ella a otros?»

Eso explicaría mucho de lo que había pasado, pero sumaba interrogantes a su creciente colección de misterios.

La escaneó y, tal como había pasado en la cabaña, su cabeza no tenía un neurocom.

¿Qué diría el padre Hermes si la viera?

Continuó el escaneo y por un momento el indicador se puso en verde. Pasó el escáner por cada parte del cuerpo y esta vez sí encontró la señal del neurocom, pero no provenía de la cabeza de Yara.

«¿La pulsera?» , se preguntó Jonás, que repitió el análisis con los mismos resultados. Ningún neurocom en la cabeza, pero sí en la esmeralda de su pulsera.

¿Qué había mencionado Genaro en su descarga profunda? ¿Exocom?

Según su padre era imposible utilizar un neurocom fuera del cuerpo y en eso concordaba con el padre Hermes, pero aquí estaba Yara demostrando que estaban equivocados.

Jonás tomó nota del nombre que identificaba al exocom de Yara.

Farah Hasseni.

Tenía un nombre, luego podría hacer un seguimiento a sus movimientos con la ayuda de su padre y de los medios del Concilio.

Y Denisse tampoco tenía neurocom, según los datos que transmitieron las poliesferas perdidas. Todos los demás sujetos a quienes había escaneado con las esferas sí tenían un neurocom, pese a sus habilidades increíbles, así que las dos mujeres eran aún más especiales.

El análisis de datos de la poliesfera de la que Yara había huido lo decepcionó. La gráfica mostró completa normalidad hasta el momento en que Yara escapó. En ese instante los datos fluctuaron. Era claro que iban a producirse cambios, pero entonces todos los indicadores quedaron en cero cuando la mujer abandonó la coraza. La velocidad con que ocurrió fue superior a la que la esfera necesitaba para recolectar información, y Jonás se quedó sin nada.

Aunque por supuesto, aún tenía a Yara, pero ella implicaba un dilema.

Si permitía que despertara para interrogarla y estudiarla cuando usara su poder, sin duda escaparía. Eso, si tenía suerte, porque lo más posible era que lo atacara. No, por nada del mundo se iba a quedar cara a cara con ella.

Y si la mantenía sedada, de poco le serviría, además de potenciales problemas médicos que pudieran surgir.

También estaba el problema de Denisse. Aunque la droga inyectada tenía un efecto amnésico, no podía correr el riesgo de permanecer más tiempo en el taller de los trenes. Si regresaba con apoyo extra, sería un desastre.

No podía quedarse más tiempo en este lugar y no quería correr el riesgo de llevar a Yara al laboratorio.

Quedaba una opción.

Cuando al fin pudo abrir los ojos, la cabeza le daba vueltas y su visión estaba borrosa. Trató de ponerse en pie, pero el mareo la obligó a permanecer en cuclillas. Respiró profundo una, dos veces. A la tercera sintió una mejoría y se paró lentamente.

El vértigo seguía allí, pero al ponerse de pie fue remitiendo rápidamente. Todo estaba tal como lo había visto hacía solo... no, no tenía claro cuánto tiempo había pasado, pero allí estaba la consola donde se encendían sin sentido todas esas luces y la bombilla solitaria que colgaba de un cable, pero faltaba algo muy importante desde la última vez.

—¡Denisse!

No hubo respuesta. Estaba sola en la habitación.

Lo último que recordaba era a Denisse y a ella misma en este lugar y de pronto... nada; no lograba recordar qué había pasado entre ese momento y cuando despertó en el andén de las locomotoras.

Tocó su pulsera y esperó alguna respuesta, pero no la obtuvo.

Examinó el lugar con gran cuidado buscando alguna pista de lo que había pasado.

No encontró nada.

Buscó bajo los escritorios y salió al hall de las locomotoras.

—Denisse —gritó, sin obtener respuesta.

Dejó de estar frente a la puerta y apareció cerca de las locomotoras y

luego en el andén del otro lado y de la misma forma recorrió de punta a punta toda la galería sin averiguar nada.

Entró nuevamente a la habitación y dio un último vistazo. Calmada y observadora, no mostró signos de agitación por la actividad y todo signo de desorientación había desaparecido. Se mantuvo de pie, quieta como una de esas estatuas humanas que se paran en los parques. Movía lentamente la cabeza, atenta al cualquier ruido, a cualquier movimiento o detalle que le explicara lo que había pasado. Su mirada se paseó por el servidor y sobre él, Cassie, y por la pared con la puerta camuflada, pero no se detuvo en ninguno de esos lugares.

Después de diez minutos, caminó una vez más hacia la puerta y desapareció.

Jonás solo se atrevió a salir del cuarto oculto después de media hora. Tenía que encargarse del servidor. Lo lamentaba por Esteban, pero ya se lo había advertido. Con Denisse por allí quién sabe lo que habría podido hacer con él si tuviera acceso. Podría ser el fin de Arkanet, podría encontrar rastros de lo ocurrido con el sintiente y quién sabía qué más.

La poliesfera que había filtrado en la pulsera de Yara funcionaba y su esencia ahora reposaba en una esfera de su cinturón. No eran poca cosa, pero que las otras esferas estuvieran en manos de Denisse le hizo sentir que a fin de cuentas había salido perdiendo.

Y que tendría que actuar muy de prisa.

En el pasillo de entrada que comunicaba con el exterior, reinaba la oscuridad. Ninguna luz se filtraba desde afuera ni del interior de la galería y allí, mimetizada contra una pared, una figura que parecía mitad humana y mitad robot empezó a moverse.

Denisse entró en pánico, creyó estar inmovilizada, pero al intentar moverse la coraza que la rodeaba le obedeció dócilmente. Le daba completa libertad de movimiento, y solo actuaba allí donde sus articulaciones, antes flácidas, no podían hacerlo por sí mismas.

Recordó estar con Yara frente al servidor, lista para interceptar el sorpresivo mensaje de Silvia, y luego, nada. Estaba por llamarla, pero primero lo primero.

Esa coraza era algún tipo de tecnología. Tenía inteligencia artificial muy básica que comprendió en seguida.

«¿Quién me la dio?»

Ya lo averiguaría, pero por ahora se conformó con tenerlo. Era un regalo soberbio.

Al principio pensó en quitárselo para tratar de descifrar lo que hacía, pero se dio cuenta de su capacidad para potenciar sus habilidades físicas y se lo dejó. Era como el mejor exotraje que uno pudiera conseguir.

Aprovechó sus recién adquiridas habilidades para correr de regreso a la sala del servidor y, a diferencia de su llegada anterior, no había ninguna luz que la guiara. Su super exotraje le ayudó. Cada instante que pasaba era más consciente de todo lo que podía hacer por ella y dos características le fueron especialmente útiles.

Luminiscencia, ordenó, y su traje brilló con una luz tenue que en la completa oscuridad del lugar permitió ver los contornos de las paredes y de las escaleras.

Le ordenó al traje que deshiciera el camino por ella, y lo hizo. Caminó con seguridad y después de unos segundos aprendió a convertirlo en una extensión de su propio cuerpo.

El cuarto del servidor también estaba a oscuras y los paneles que constituían las unidades de procesamiento del servidor en sí mismo estaban muertas. No es que estuvieran desconectadas o algo así, estaban total y definitivamente destruidas, como si unas termitas con mandíbulas de acero se hubieran dado un festín y hubieran escupido solo metal y plástico triturados. Indagó y de inmediato supo que su traje tenía la capacidad de hacer eso, pero nada en su historial mostró que lo hubiera hecho.

Interesante, debía haber más de ese material por allí.

El resto de la galería estaba a oscuras y, como no lo había recorrido previamente, intentar ir de un sitio a otro bajo esas condiciones habría sido una invitación a caerse y romperse una extremidad. Desistió de intentarlo y en su lugar se dirigió trotando a la salida. Abrió la puerta y se encontró con que la oscuridad en las calles solo era rota aquí y allá por luces trémulas, como si su energía proviniera de baterías a punto de agotarse y no de la red eléctrica y cerca de ellas, sombras que se movían en grupos. No habían reparado en ella, pero por si acaso dispuso su

armadura para una eventual confrontación. Lentamente retrocedió otra vez cruzando la puerta y usó la terminal de su pulsera.

Yara la había llamado, ¡varias veces!

—¡Yara! Te necesito

—¡Denisse! ¿Dónde estás? Te he buscado.

—En la puerta de entrada a la galería de los trenes. Este sitio es horrible, por favor.

Solo unos segundos después, Denisse reconoció al otro lado de la puerta un familiar siseo. Abrió y encontró a Yara, que miraba en dirección al otro lado de la calle donde varias siluetas habían oído lo mismo y se dirigían hacia ella.

—Mejor nos vamos ya, o tendré que hacer un desastre aquí —dijo Yara, que sin esperar respuesta la sujetó del brazo y desapareció.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Secretos Rotos

El baño tibio la reconfortó, pero una vez afuera regresó el dolor. Al mirarse al espejo vio una Denisse distinta. Su pecho y cuello aún tenían las marcas visibles de la quemaduras que obtuvo al tratar de hackear la Huygens con sus fusores funcionando, y ahora varios moretones se agregaron al cuadro. Su armadura se las había causado al forzar el movimiento de sus piernas y brazos cuando estuvo inconsciente.

Y lo que vio, le gustó. No era el cuerpo de la Denisse obediente que permitía que las cosas simplemente pasaran sino el de Denisse que hacía que las cosas pasaran y sus quemaduras y moretones no eran otra cosa que heridas de guerra.

«Porque estamos en guerra», pensó.

Su enemigo era esquivo, pero no por eso menos real. Y se estaba acercando a él.

Miró las tres esferas en que se había convertido su traje al dejar su forma de armadura. Tenían una tendencia natural a adquirir esa forma.

Se vistió con las ropas que habían recogido en su apartamento y luego dejó que las esferas subieran por su brazo. Salió del baño y allí estaban sus dos compañeros. Yara, de pie, miraba ferozmente a Devries, que seguía sentado sin atreverse a moverse. Usaba la manga de

su chaqueta para limpiarse la sangre que chorreaba por la nariz y la boca.

—No vas a salir de aquí si no hablas. ¿Con quién te aliaste para tendernos la trampa? —Preguntó Yara.

—No sé de lo que estás hablando, ya te lo dije. Pregunta a Sumiko, pídele que llame a cualquier Skeppo en quien confíes. Sería inútil mentirle a ella.

—¿Y por qué Sumiko? ¿Acaso está involucrada? —Insistió.

Desde que Yara y Denisse aparecieron en su balcón, Devries adoptó una actitud sumisa, aún después de que Yara lo golpeará. Ahora, sin embargo, ante las palabras de Yara, su expresión fue de desprecio y sorpresa.

—¿Cómo te atreves a hablar así de tu Wal, ¡traidora!

Un nuevo bofetón de Yara lo hizo caer de su asiento y Yara pareció dispuesta a continuar, hasta que Denisse habló.

—Sabes cual es mi misión, Wolfgang, encomendada por Sumiko en persona. Debemos detener la Huygens y justo cuando estamos cerca de lograrlo alguien nos pone una trampa; y si sabe tanto de nosotros es que tiene que ser un Korí, pero también sabe de tecnología. Si Yara te dijo lo que dijo es porque quiere comprobar tu lealtad.

—Lo que dices suena más a un renegado, ¿y yo qué sé de tecnología? —dijo Devries, que al ver que Yara se había detenido se puso lentamente de pie—. Y soy leal a Sumiko y leal al Summum, no sé si se puede decir lo mismo de ustedes.

A Denisse le sorprendió la resolución de Devries. Siempre le había parecido un Skeppo poderoso, pero chapucero, y sobre todo, cobarde.

—Creo que dice la verdad, Yara. Wolfgang, perdona si dudamos de ti. Nadie puede fallar en esta instancia y hay que actuar con decisión por el bien del Summum y de nuestra Wal. Espero que lo comprendas.

Denisse tuvo que esperar un rato hasta que Devries hizo un gesto afirmativo poco convincente.

—Entonces estamos de acuerdo. Y tómatelo en serio, revisa si entre todos esos miembros de la ESA o cualquier otro al que has *impactado* hay algún cabo suelto, y arréglalo.

Esta vez no esperó respuesta. Con un gesto llamó a Yara y salió a la terraza.

—Tenemos que ir a algún lugar seguro.

Yara no preguntó nada y un segundo después estaban en una amplia terraza excavada en la roca y golpeada por el viento frío del desierto, solo iluminada ligeramente por la pulsera de Yara. Denisse sintió vértigo. Si perdía pie no había parapeto ni protección que impidiera caer al abismo que se adivinaba en la oscuridad.

—¿Qué sitio es este?

—Nuzhat le decía *Eish Albijara*, El nido de las Piedras, porque parecía el nido de algún ave gigante, pero jamás encontró cascarones o restos de comida ni huesos, nada que mostrara que algún animal había vivido aquí, solamente piedras. Sígueme.

Se internaron en la montaña a través de una apertura en el fondo de la terraza y recorrieron agachadas un tunel hasta llegar a una cueva del tamaño de una habitación grande. Yara encendió las luces que colgaban de cables por todo el techo, como los que algunos niños usaban para decorar sus habitaciones.

El piso estaba cubierto por alfombras de varios colores y cojines, con asientos de madera y gruesas mantas sobre ellos. De las paredes colgaban tapices con motivos árabes, japoneses y europeos.

—Nada mal para una cueva en una montaña.

Yara rio y abrió una contraventana que Denisse no había advertido en el muro de roca. El aire fresco del exterior invadió la estancia a través de una gran abertura en forma de tronera.

—Nuzhat lo descubrió cuando tenía catorce años y aprovechaba cualquier ocasión para traer algún objeto que nuestros padres desecharan, pero que ella creyera que quedarían bien aquí. Cuando no pudo sola con esa batería de hidrógeno decidió revelarme su escondite secreto a cambio de mi ayuda para traerla, y desde ese momento se convirtió en nuestro escondite.

—Entonces deberían cambiarle el nombre. ¿Cómo se dice Nido de las hermanas en árabe?

Yara la miró y sonrió.

—Eish al'akhawat, pero a ella ya no le importa. Desde que se unió al Súmmum y se convirtió en la mano derecha de Sumiko nunca regresó aquí y rara vez nos visitó a nosotros, pese a que éramos su única familia. Creí que al unirme al Súmmum ella sería mi mentora y la realidad fue

que ni siquiera le importó y fue Sumiko quien me acogió. Pero ¿por qué querías venir, Denisse, a un lugar tan remoto como el nido de las hermanas?

—Necesito un lugar seguro donde pensar en lo que está pasando sin preocuparme de que alguien irrumpa por la puerta. Mañana debo reunirme con Dorian y convencer al capitán de la Huygens de que es seguro apagar los motores, pero hay otros asuntos urgentes, y más ahora que nos tendieron una emboscada.

—Y caímos como unas idiotas y, peor aún, no sabemos quién fue ni qué pasó. Tiene que haber un Skeppo involucrado, nos hizo olvidar y quién sabe qué información nos sacó. No sé por qué exculpaste a Devries tan pronto.

—No tiene que ver con ningún Skeppo. Nos drogaron, o al menos lo hicieron conmigo y no hay razón para que fuera diferente contigo —dijo Denisse, que ante la cara de duda de su amiga dejó que las poliesferas fluyeran hasta la mesa de madera junto a ellas—. Lo hicieron con esto, yo la tenía cuando desperté y he estado trabajando con ellas todo el tiempo desde entonces. Descubrí que en algún momento la modifiqué para que me sacaran de ese sitio. También pude comprobar que me inyectaron dos tipos diferentes de sustancias. Supongo que un sedante y un amnésico. En tu caso, el enemigo debe haberlo recuperado antes de que despertaras.

—Entonces esos enemigos pueden atacarnos y luego huir sin dejar rastro.

—La trampa que nos pusieron dejó muchos rastros de lo que pasó y quien puede estar detrás, por más que intenten ocultar sus pistas. Para empezar, quienes fuera que lo hicieran sabían del mensaje de Silvia y lo usaron como carnada, tienen grandes conocimientos en informática, seguro, y dominan la nano tecnología. Eso apunta a gente de Pacífica; no son los únicos expertos en ello, pero sí los líderes y no podemos olvidar que la primera grabación de Silvia la obtuvimos allá.

—Es cierto, no puede ser una casualidad. ¿Tienes algún plan?

—Deberíamos volver a hablar con ese doctor Casel ; tal vez a Wolfgang se le pasó algo.

—¿Casel? Está bien. ¿Vamos a su cabaña o a su oficina en Noris?

—No lo sé. Debí averiguar de su paradero cuando estábamos en

Tokio, pero aquí no hay ninguna señal. En todo caso no debemos desviarnos del objetivo. Primero, lograr que la Huygens apague sus fusores. Si mi charla con el capitán es exitosa tendremos treinta y seis horas. Usaré ese tiempo para revisar todo el episodio de la primera grabadora, e iremos por Casel, si es necesario. Y tú, debes prepararte. Si ese comandante es tan desconfiado como parece, aún si apagan los motores podría ser imposible para mí filtrarme en su servidor. En ese caso tú serás la única opción.

—Estuve pensando en ese plan alternativo, y entre más lo pienso más irreal me parece. ¿Como es que tú estás tan confiada?

—Porque estuve allí, ¿lo recuerdas? Casi ardo, pero lo comprendí. No te diría que lo hagas si pensara que no lo vas a lograr. Pasarás a la historia como Nuzhat nunca lo hizo, y lo harás sin su ayuda.

—Sí tú lo dices, te creo, pero hay más de una forma de pasar a la historia.

Yara llevó a Denisse directamente desde el nido de las hermanas hasta la terminal de autobuses de Darmstadt para que tomara un transporte al Centro Europeo de Operaciones Espaciales, un trayecto de diez minutos.

Descartó revisar su plan nuevamente. Lo había hecho a conciencia, una simulación que aparentaría funcionar bajo cualquier circunstancia. Excepto bajo condiciones reales, claro.

Todo se basaba en alterar los sistemas de información de la ESA para que creyeran que varios contenedores de combustible que daban por perdidos en realidad seguían allí.

Cuando la misión Huygens II se planeó para usar motores químicos, fue necesario enviar con anticipación miles de contenedores de combustible que la nave tendría que capturar en su camino a Titán y así reabastecer los Kraken, que eran tan potentes como insaciables. Infortunadamente ese tipo de operación no era sencillo, y más del 15% de los contenedores se perdieron, condenando a la nave a un viaje más lento.

Sin embargo, el programa de Denisse había elaborado una teoría intrincada que explicaba por sí sola lo que había ocurrido con los conte-

nedores perdidos y, más importante aún, dónde estaban en cada momento.

Para comprobar que su teoría era verdadera, los científicos de la ESA tuvieron que enfocar sus telescopios laser de detección de asteroides TELADA a las coordenadas que Denisse había calculado. Y por supuesto, los encontraron. Hackear el sistema TELADA había sido muy fácil y mostraba lo que Denisse quiso que vieran en la ESA.

Gracias a los miles de contenedores de combustible reales más los cientos de contenedores inexistentes, continuar con la misión sólo con los motores Kraken parecería perfectamente viable y cuando se dieran cuenta de que no existían, ya sería irrelevante.

El autobús llegó a la parada del ESOC, que era poco más que una recepción fuertemente custodiada por guardias y protegida de los rayos solares por una cúpula. Dorian ya estaba esperándola allí.

—Marcia, me alegro de verla, venga por favor.

Le colgó en el cuello un pase con la palabra VIP y la escoltó al verdadero acceso al edificio, una batería de ascensores y escaleras eléctricas ubicadas detrás de la recepción. Al pasar por el arco de seguridad, un guardia se interpuso.

—Disculpe, señora. No está permitido ingresar con exotrajés totales o parciales. Debe dejarlo en la cajilla de seguridad.

Dorian se mostró confuso, pero Denisse comprendió. No se había quitado la coraza. Se sintió estúpida; debería haber supuesto que lo iban a detectar.

—Es una invitada especial en una misión urgente, yo asumo la responsabilidad —dijo Dorian al guardia.

—Lo siento, doctor Pol. Son órdenes directas de la directora, ninguna excepción a las reglas de seguridad.

Denisse transformó su coraza en lo que parecía ser una funda elástica para su brazo y se la quitó. Mostrar su aspecto de esferas habría sido demasiado llamativo.

—Gracias. ¿Tiene algún componente informático? —preguntó el guardia.

—Es una ayuda electromecánica para mi codo, eso es todo.

El guardia asintió, puso la funda en una cajilla de seguridad operada por neurocom y la cerró.

Dorian y Denisse tomaron un ascensor que no tenía números de piso sino nombres de departamentos. Un rápido movimiento de Dorian iluminó el piso marcado *Operaciones de Vuelo*.

—Todo está dispuesto, Marcia. Nuestros ingenieros revisaron su plan y están de acuerdo con que es viable, ya lo enviamos a la Huygens para revisión interna y el capitán envió un holo con preguntas para usted. Es aquí.

Denisse entró a una sala pequeña con un proyector y un terminal. Cuatro personas aguardaban en la mesa y se levantaron a saludarla.

Denisse sonrió y tomó asiento mientras Dorian ponía en marcha el holo proyector. El rostro del capitán Colombo dominó el lugar.

Hemos revisado los cálculos y no encontramos errores, pero tenemos varias preguntas para ustedes, en especial para... Marcia, la brillante ingeniera que, según me informan, ha diseñado este plan.

Primero, y espero que no le moleste, quisiera saber un poco más de usted, de su universidad y de sus profesores. ¿Tal vez algún amigo común con alguno de los ingenieros de la ESA o a bordo de la Huygens?

Segundo, ¿a qué atribuye, Marcia, que una estudiante como usted haya sido capaz de encontrar los contenedores basándose sólo en una solución de astrodinámica teórica que no pudo elaborar ninguna otra persona de la ESA ni de ninguna otra agencia, aunque me consta que pidieron la colaboración de todas ellas?

Y tercero. ¿Cree usted, como parecen creerlo mis colegas en tierra, que el motor de fusión es un peligro real para esta misión y que solo es cuestión de tiempo para que falle?

Espero su respuesta para poder tomar una decisión final.

—El Capitán Colombo solo quiere estar seguro, no pretende ofenderla, Marcia.

—Lo sé, doctor Pol, el capitán tiene una responsabilidad tremenda. Me gustaría enviarle mi respuesta, si le parece.

Enfocaron la cámara en ella y empezó a hablar.

—Capitán Colombo, por supuesto le compartiré toda la información que usted solicita. Si le parece bien, se la envió como datos porque la lista de profesores y compañeros de curso es extensa, además si la tiene en un archivo le resultará mucho más fácil realizar las comprobaciones del caso.

» Sobre el segundo punto, creo que a veces puede resultar mucho más difícil poder encontrar una solución cuando el problema viene de algo que manejas todos los días, que te es tan familiar que, sin darte cuenta, te resulta imposible verlo más allá de los diseños que has estudiado y las pruebas que hayas realizado.

» Creo que eso ocurrió con el personal de la ESA, y de la NASA y de la ALAE y de todas las demás que hayan intentado resolverlo. Están limitadas por una serie de creencias tan firmemente arraigadas como profundos son sus conocimientos, y eso nubla la vista ante cualquier otra opción. Yo, en cambio, vengo de afuera. Mi conocimiento de astrodinámica, del motor de fusión y de la mecánica orbital tiene un enfoque totalmente diferente y eso me permitió aportar otro punto de vista. En mi papel de investigadora constantemente tengo que hacerme preguntas del tipo: ¿Que pasaría si...? Y de esa forma me planteé la pregunta adecuada para encontrar la solución sobre el paradero de los contenedores. No tengo más explicación que esa.

» Y sobre el tercer punto. ¿Son seguros los motores de fusión?... Sinceramente, no lo sé. Mi deseo por verlos funcionar tal vez me enseguece, quisiera decir que sí son seguros, pero no tengo explicación alguna para los accidentes recientes así que, como dije antes, no sé si son seguros o no. Es todo lo que puedo decirle por ahora, pero estaré atenta a responder nuevas preguntas.

El tiempo mínimo que tomaría recibir una respuesta era de cincuenta y cinco minutos y al cabo de ese lapso se recibió un corto mensaje.

Hemos iniciado la cuenta regresiva para apagado de los fusores según los cálculos de Marcia. Por razones de seguridad, nuestro computador de a bordo estará físicamente desconectado de los sistemas de comunicaciones y no podrá ser operado de forma remota. Cualquier ajuste a los parámetros nos debe ser enviado con anticipación para analizarlo e incluirlo manualmente. Los mantendremos al tanto.

Y cortó.

Era precavido, sin duda. Desconectar su servidor de los canales de comunicación impedía a cualquiera fuera de la nave, Denisse incluida, colarse en el sistema. Era una precaución más allá de la prudencia normal.

«¿Quién te motiva para tanta prudencia, capitán?»

Porque a Denisse ya no le cabía duda. Alguien hacía dudar al buen capitán, al punto de desacatar la orden inicial de apagar los fusores. Tenía que ser alguien en quien confiara, claro, pero cuya influencia no era tan contundente aún, o tampoco habría aceptado el cambio de plan de vuelo de Marcia, su alter ego.

Todo dependería ahora de Yara. Era un plan osado, pero por eso mismo impensable para quien fuera que diera información a Colombo.

—¡Marcia!

Denisse se volvió a Dorian, quien al parecer llevaba un rato hablándole.

—Perdón, doctor Pol, tenía la cabeza en otra parte.

—No se preocupe. Le decía que lo logró, ¡gracias!, y que estaremos encantados de tenerla como huésped en el ESOC hasta que todo termine, y posiblemente más tiempo si hablamos de su futuro.

—Gracias doctor Pol, pero es imposible. Tengo un montón de cosas por hacer, pero cuente conmigo cuando llegue la hora cero.

Dorian trató de argumentar, pero Marcia ya se estaba despidiendo y caminando rumbo a la salida, así que a él no le quedó más remedio que correr tras ella hasta el ascensor y acompañarla hasta la recepción.

Denisse se despidió, no sin antes prometer que estaría de regreso una hora antes del apagado, y se acercó a la cajilla de seguridad donde había dejado su armadura. Cuando la abrió, en su interior no estaba el soporte elástico para su codo. En su lugar estaban las tres esferas.

«¿Por qué se transformaron solas?» , pensó, pero en seguida reparó en que sobre las cajillas de esta sección había un símbolo que no había advertido. Un cartel amarillo con el dibujo de un círculo negro, atravesado por tres rayos provenientes de imanes en forma de herradura. Peligro de daño electromagnético.

—¿Tiene algún problema, señora? —Preguntó acercándose el guardia, el mismo que a la entrada le preguntó si su apoyo del codo tenía algún componente informático.

—No, todo está bien —respondió Denisse, tomando apresuradamente las esferas y guardándolas en su bolso. Apenas las tocó supo que habían perdido el código que Denisse les había escrito. Un segundo más tarde las había programado nuevamente.

Le envió el mensaje a Devries. Debía asegurarse de que los personajes clave de la ESA se mantenían firmes con el plan. Si tenía que implantarles órdenes a todos, que lo hiciera, y en cada país estaba pasando lo mismo; debían cerrar herméticamente la ESA a cualquier influencia externa durante las siguientes horas.

Salió y tomó el taxi que había llamado y se puso en camino para verse con Yara y aprovechó el poco tiempo del trayecto. Necesitaba comprobar algo que le daba vueltas en la cabeza. Activó su terminal y cerró los ojos. Revisó de nuevo los registros del día en que el programa centinela que había dejado en la red detectó el mensaje de Silvia en la universidad del Campanario.

La cerradura había sido abierta por Marius Casel y por eso lo habían visitado, sin que Wolfgang descubriera nada. Ahora hizo algo que en su momento no consideró necesario. Buscó el registro de entrada de Casel a la universidad y al área de casilleros.

Lo encontró, pero la hora no coincidía. Había entrado más de dos horas después de que supuestamente hubiera vaciado el casillero.

Denisse sintió que su corazón golpeaba con tanta fuerza en su pecho que también lo sintió en la garganta y cabeza. Estaba a punto de descubrir algo nuevo, lo presentía.

Revisó el registro de los minutos previos a la apertura del casillero y entre las docenas de entradas se destacó un nombre.

Jonás Landó.

Jonás, ese muchacho apenas un poco menor que ella misma, hijo del doctor Casel y de la doctora Geni Landó.

Jonás, que esa misma noche había ido a la cabaña y por poco los descubre.

«¿Por qué fuiste a la cabaña si apenas esa mañana habías regresado a la universidad?»

Jonás, a quien habían ignorado por completo.

«Pero ya no más», pensó.

Se sumergió en una búsqueda profunda y lo que encontró la hizo palidecer.

Los registros públicos de Jonás le mostraron sus movimientos. Había coincidido al menos con ocho Koríes que Denisse tenía en su

propia base de datos, un número que estadísticamente lo alejaba del azar.

Y había más.

Recientemente su neurocom había cesado de reportar toda actividad durante tres días y esa fecha coincidía aproximadamente con el contacto con otro Korí, Genaro Núñez.

¡Núñez !

Un hermano de Silvia, nada menos, y de él no había más registros desde entonces y, según pudo comprobar, tampoco de su hermana, Martha.

¡Cosmos!, el tipo había estado ocupado, y en sus narices.

¡Ah! Y era millonario desde hace poco vendiendo... nanotecnología, claro!

Lo había tratado de ocultar, pero sus artimañas no eran suficiente defensa contra Denisse. Tendría que hacer una indagación cuidadosa para encontrar todas las ramificaciones, pero ahora mismo podía despojarlo de la mayor parte de su fortuna.

Denisse se permitió una sonrisa y sacudió la cabeza. No podía dejar de admirarlo, en cierta forma. No tenía el poder de la luz de Wym y aun así les había causado complicaciones increíbles con su simple ingenio y el dinero que había obtenido con él, aunque ahora todos sus trucos se vendrían abajo.

Pero, si le quitaba ahora su dinero, ¿lo pondría sobre aviso?

Probablemente, sí; el tipo no era precisamente un tonto y ahora lo que menos necesitaban era que huyera. No, despojarlo de su fortuna podía esperar. Lo haría cuando estuvieran cara a cara.

Seguro que Wolfgang esta vez si encontraría información valiosa en esa cabeza.

El nido de las hermanas le parecía un buen refugio alejado de ojos curiosos, pero para Denisse su falta de conexión con el mundo exterior no era una opción aceptable en estos momentos.

Encendió el repetidor que había instalado en la tronera que hacía las veces de ventana y ajustó la conexión de la antena que sobresalía un par

de centímetros en el exterior de la pared de roca. Pensó en conectarla a la electricidad de la pila de hidrógeno, pero en el corto tiempo que esperaba pasar allí la batería del repetidor debería bastar.

La señal satelital no era perfecta, pero sí lo suficiente para la tarea que tenía por delante.

Yara la observó desde uno de los sillones con una cerveza en la mano. No era un día especialmente cálido, pero el ventilador de pie instalado en una esquina funcionaba a máxima potencia.

—¿Nerviosa? —Preguntó Denisse sonriendo.

—Un poco, la verdad. ¿No has pensado que, tal vez, deberíamos compartir esta información con Sumiko? Podríamos tener ideas frescas.

Denisse dejó de sonreír y se acercó a su amiga. No era muy propio de ella dudar, aunque por supuesto eran circunstancias especiales y lo que tendría que hacer no era poca cosa.

—Porque si compartimos la información también compartiremos el mérito, y adiós nuestros planes. ¿Ya no confías en mí?

—Ya deja de preguntar eso; sabes que sí —respondió, poniéndose de pie y dándole una cerveza helada de la nevera.

Denisse se sentó con la espalda apoyada contra uno de los tapices del muro y tomó un trago largo, luego cerró los ojos, apretó su terminal de pulsera contra su muñeca y proyectó su mente a través de la red, buscando. Al fin abrió los ojos.

—Ya sé dónde están Jonás y su antigua novia, vamos por ellos.

—¿Su ex novia? ¿Y para qué la necesitamos?

—La necesitas tú. Es vital para tu misión

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Diablo

Mamá, los Kories hablan de “Resolver el asunto de la Huygens”. No sé qué intentan hacer, pero debes estar alerta. Cuéntale todo al capitán si es necesario. Estar lejos y aislados es su mejor protección, actúen a la defensiva.

Contarle todo al comandante... no era una opción. Geni lo conocía bien y sabía que por más confianza que tuviera en ella no estaría tan dispuesto a aceptar ideas tan extrañas. No: debía lograr que estuviera alerta sin revelar aún más de lo necesario.

—Comandante, ¿podemos vernos un momento? Preguntó por su intercomunicador.

—Estoy en el gimnasio. Venga.

El gimnasio estaba ubicado en el mismo anillo giratorio que el despacho de Geni, aunque un poco más hacia el exterior, en el nivel de 1 g. Solo tuvo que tomar el ascensor a unos pasos de su puerta.

El comandante estaba corriendo en una de las trotadoras mientras Izaskum le hablaba con una tableta en sus manos. La vio salir del ascensor y le hizo gesto para que se acercara.

Le alegró ver que estaban los dos. Izaskum era la mano derecha del comandante y no tomaría una decisión sin consultarle. Hablarle a los dos a la vez permitiría que tomaran decisiones más rápidamente.

—Comandante, primera oficial. Tengo noticias.

—¿De su informante secreto? —Preguntó Colombo.

Geni no respondió. Solo esbozó una sonrisa fugaz y continuó.

—Las mismas personas que atentaron contra el Ferrovac, su próxima acción directa parece enfocarse en la Huygens.

Los dos oficiales cruzaron una mirada y Colombo hizo un gesto afirmativo a Izaskum, quien le habló a Geni.

—Múltiples informes que nos envían desde tierra sugieren que sí es verdad que hay un problema en los motores de fusión y que cada día que los mantenemos encendidos aumenta la probabilidad de falla. Hasta el doctor Solomon reconoce que los informes están firmados por personas de su entera confianza y que por lo tanto podría ser cierto. Además, nos enviaron un plan de trayectoria para completar la misión sin fusores que aparentemente funciona.

—Entonces, ¿vamos a apagarlos?

—Depende, Geni. Dije al ESOC que quiero hablar directamente con Marcia, la ingeniera que diseñó ese plan. Quiero conocerla antes de tomar una decisión.

—Disculpe que insista, comandante, pero si es cierto lo que me dijeron y el próximo objetivo de los saboteadores es la Huygens, cabe esperar que hagan algo como esto: un cambio radical en nuestro plan de vuelo puede ser lo que están buscando.

Quien respondió fue la primera oficial.

—¿Y qué lograrían con eso?... Geni, apagar los fusores es un cambio drástico desde el punto de vista de navegación, pero no cambia en absoluto la seguridad de la nave. Como evaluamos en su momento, la fortaleza de los saboteadores parece radicar en su capacidad para infiltrar sistemas informáticos y estamos preparados para eso.

» Espera, sé que estás pensando en lo que pasó con el Ferrovac, pero aquí es diferente. Desconectamos nuestro computador central de todos los canales externos de comunicación y solo puede ser operado desde el interior del centro de comando de la nave. Es más trabajo para nosotros, pero nos aísla de cualquier intento externo de manipulación.

—A mi me parece que solo desean conversar con esa Marcia para ratificar una decisión que ya tomaron. Gracias comandante, primera

oficial. Debo proseguir con mis deberes —dijo Geni molesta, pero el capitán la detuvo antes de que saliera.

—Hablando de deberes, ¿cómo van sus prácticas de vuelo?

Geni regresó. Había tenido la esperanza de que el comandante lo olvidara.

Las clases eran interesantes y divertidas, pero una cosa era viajar en una nave de gran tamaño como la Huygens y otra en un autobús volador como el transbordador. En la Huygens difícilmente sentía el molesto mareo espacial, en cambio en el transbordador...

—Los invernaderos requieren mucha atención, comandante. Tengo planificado completar las prácticas restantes durante las próximas tres semanas.

—Estoy seguro de que tiene personas que pueden hacerse cargo de sus labores unas cuantas horas al día. Solo le faltan...

—Ocho horas, comandante —complementó Izaskum—. Una sola jornada intensiva, o dos máximo, si prefiere tomarlo con calma.

—Una sola intensiva entonces, Geni. Ya lo ha tomado con demasiada calma y no le queda bien ser la única tripulante a bordo que no sabe pilotear un transbordador manualmente.

—Por supuesto, comandante. Coordinaré con operaciones de vuelo de inmediato.

—La están esperando; creo que tienen un espacio disponible para usted mañana a primera hora.

—Gracias comandante, es muy amable por tomarse tantas molestias. Se despidió y bajó hasta su laboratorio, luego fue al anillo dos.

Varias plantas de la zona de 2 g estaban sintetizando los nuevos fitoquímicos con que toda la tripulación contaba para fortalecer su sistema inmunológico, pero que también producía algo más, algo que solo Geni conocía, pues la había descubierto ella.

Había bautizado a este derivado inesperado *Diablo*; una sustancia natural de la cual se había valido en secreto para pasar sus pruebas de ingreso al vuelo espacial y que era el equivalente químico a hacer un pacto con el diablo. No evitaba el mareo espacial, pero tenía el efecto de aplazarlo. Aspirar sus esporas causaba desorientación instantánea, pero después de un par de minutos desaparecía y permitía a Geni operar la nave y vencer la desorientación temporalmente; claro que luego sentía

los efectos en toda su plenitud un minuto, o una hora o, a veces, un día después, cuando ya creía que se había librado, pero no, siempre la golpeaba y comprimía en unos pocos minutos de agonía todo el mareo que hubiera acumulado.

La Huygens, con su gran tamaño, aceleración constante y anillos de gravedad artificial, brindaba pocas ocasiones para sentir mareo, con la excepción de las maniobras de rotación de frenado; cuando llegara el momento de tales maniobras, Geni tenía planeado estar en su laboratorio, que estaba casi en el centro de gravedad y donde el efecto sería mínimo. Cosa diferente ocurriría en los extremos de proa y popa de la nave y sobre todo en los niveles altos de los anillos donde la combinación de fuerzas durante el giro los convertirían en lugares muy incómodos; en cambio una nave del tamaño de un autobús, como lo era el transbordador, con aceleración y desaceleración y cambios de dirección repentinos, era la fuente de todas las formas de mareo espacial durante la mayor parte del tiempo.

Y Geni se enfrentaba ahora a un entrenamiento intensivo de ocho horas en una de esas pequeñas naves.

Cuando se abrió la puerta del vagón, su padre lo estaba esperando en la estación privada del Ferrovac en Noris. Ya le había contado lo ocurrido con Denisse y Yara desde que abordó en la estación privada de Madrid, pero le dijo que los detalles se los daría en persona.

Se saludaron con un abrazo y entraron al auto que los estaba esperando.

—Esta noche deberías quedarte en la cabaña. Podemos dormir hasta tarde e iremos a tu laboratorio después de desayunar. ¿Cómo te suena la idea?

—Suena muy bien, papá, pero no puedo. Programé la esfera en la joya de Yara para que solo se reporte cuando ella esté sola o que si está con alguien solo se reporte cuando duerman. No sé aún hasta donde llegan las habilidades de Denisse y quiero evitar que la detecte, así que cada envío de información es precioso y necesito estudiarlo.

—Pero eso puedes hacerlo desde la cabaña.

—La poliesfera hizo un buen registro de la actividad de Yara desde que abandonó el taller de locomotoras, pero lo más importante es que obtuvo y me envió su esencia. Sabes que solo puedo analizarla en mi laboratorio y no quiero esperar hasta mañana para eso.

Marius gruñó.

—Entonces voy contigo.

La ayuda de Marius había sido incondicional para disponer todo en Madrid, desde el transporte sin registro, la logística y la preparación del lugar, incluyendo el laboratorio portátil donde habían planeado estudiar a lo que en ese momento creían eran tres Koríes. Devries no se mostró y Denisse se había librado también, así que Yara era la única baza que podían considerar como ganada.

Al llegar hasta la fortaleza, Jonás pasó el paquete de datos que contenía la esencia de Yara desde su terminal de pulsera hasta su super terminal, que dio inicio al análisis y lo incorporó a las demás esencias de su base de datos.

Las tres cuerdas de la esencia de Yara ondulaban proyectadas por el holo, en una danza a la que se unían las demás esencias encerrando a padre e hijo en una jaula de luz en movimiento.

«Mi primer Ubicuo», pensó.

—¿Este es el Ímpetu? —Preguntó Marius.

—Es el crisol; déjame marcarlos.

El terminal agregó texto a las imágenes identificando cada elemento y asignando tablas de valores y gráficas. Jonás comprendió que tanto había estudiado las cuerdas de la esencia que ya las conocía y podía comprenderlas y valorarlas sin necesidad de ver los datos.

—Ajá. El ímpetu no es muy diferente al de cualquier otro Korí.

—Exacto, son casi idénticos entre sí, podríamos decir que son genéricos. Caso diferente es la barrera.

Marius leyó los datos y asintió.

—Su valor está en la zona superior del tercer cuartil. Solo hay una esencia con un valor mayor.

—Así es, papá, solo la esencia del sintiente es superior. Creo que hemos descubierto que algunos Koríes son más poderosos, o al menos más capaces que otros.

—Como todo en la vida... ¿Y qué mide exactamente el valor de la barrera?

—Le llamo factor de permeabilidad. Mi teoría es que entre más permeable es la barrera más poderoso es el Korí, porque más de la energía extraída del ímpetu y transformada por el crisol puede ser liberada y el proceso se retroalimenta, entre más energía sea liberada más energía nueva se produce en el crisol.

Marius enarcó una ceja.

—Lo que yo veo en tus datos es que la energía del ímpetu se reduce.

—Cierto, cada prueba que hago con una esencia cualquiera disminuye el valor del ímpetu, y oye esto. Tengo múltiples copias de cada esencia, por seguridad, y cuando el ímpetu disminuye por la prueba que hago, lo mismo ocurre con todas las copias de la misma esencia. No puedo decirte aún cómo todas las copias se sincronizan entre sí, no es lo que yo esperaba, pero así ocurre.

—Vale, supongo que lo resolverás y vas a entender cómo sucede, pero el hecho es que la energía disponible en el ímpetu baja. ¿Por qué dices entonces que la liberación de energía se retro alimenta y que entre más energía fluya más energía se genera en el ímpetu?

—Porque la pérdida de energía solo ocurre con las esencias capturadas, no con los Koríes reales. Cuando escaneo a un Korí, mis esferas hacen varias cosas.

» Lo más simple, es observar al Korí. La esfera registra sus aspectos fisiológicos y también, por supuesto, la esencia, pero solo desde la observación, y es aquí donde pude evidenciar que cuando un Korí usa su poder, el nivel del ímpetu se restablece, aunque no he descubierto cuál es la fuente de esa energía.

» Otro objetivo del escaneo es capturar la esencia. El resultado es como una imagen estática de cómo estaba la esencia en el instante en que fue capturada, incluyendo el nivel de energía del ímpetu. Cuando analizo esa esencia este se va gastando, como hemos visto y habrá un momento en que se agote y no sé qué sucederá entonces con el crisol y la barrera. Cuando lo supe hice algunas pruebas e intenté capturar la esencia del Korí en diferentes momentos, mi intención era tener varias muestras por si se me agotaba una. ¿Qué crees que pasó?

—Sospecho que no funcionó.

—¡Exacto! Solo pude conservar la última muestra de esencia que capturara, las demás simplemente se sincronizaron, se volvieron copias de la última como si las versiones anteriores no hubieran existido así que ya lo tengo como un código con dos leyes. ¿Te atreves a mencionarlas?

Marius sonrió. Hacían ese juego desde que Jonás era un niño, aunque en esa época era él quien le lanzaba desafíos a su hijo.

—Ley uno, solo se puede tener la esencia capturada en un determinado instante de tiempo.

—Correcto, pero agrégale: Cualquier esencia capturada con posterioridad reemplazará todas las copias de la anterior.

—Vale, ley uno: Solo se puede tener la esencia capturada en un determinado instante de tiempo. Cualquier esencia capturada con posterioridad reemplazara todas las copias previas. Ley dos. Cualquier cambio en la copia de una esencia afectará las demás copias de la misma esencia, sin importar dónde estén.

—Lo siento, papá, equivocado. Ley dos: Cualquier prueba en una esencia disminuirá el nivel del ímpetu en todas las copias de la misma. ¿Ves la diferencia? Lo comprobé con el motor de fusión de prueba; afectó la barrera, la desgarró en parte, pero solo en la copia expuesta mientras que las demás no se afectaron, pero el ímpetu sí disminuyó en todas.

Marius asintió.

—El padre Hermes me habría puesto un 5%, decía que eso regalaba por escribir bien el nombre en un examen. Estoy empeorando.

Jonás rio.

—Preguntas injustas con información incompleta. Ahora vamos a averiguar algo juntos. Yasmine me dijo que los sintientes trabajaban en pareja con un Ubicuo. Una razón podía ser, obviamente, para transportarse rápidamente, pero los sintientes parecen tener la capacidad de detectar Koríes en cualquier lugar del mundo, así como un Ubicuo podía llegar a cualquier lugar en un instante. Vamos a ver cómo interactúan sus esencias.

Quitó las proyecciones de todas las esencias, excepto las de Yara y del sintiente. Al principio no pasó nada, pero al acercarla un poco más la

cuerda del crisol de la Ubicua se unió con la del sintiente, formando una nueva mucho más gruesa.

—¡Unen sus crisoles!, o más bien debo decir, el crisol del sintiente absorbe al de la Ubicua —dijo Marius—. Cosmos, eso explica que trabajen siempre en dupla, aunque me parece que es una colaboración ventajosa únicamente para el sintiente.

—Cierto. ¿Te imaginas qué otro tipo de uniones entre esencia de Koríes podrían darse?

—Las posibilidades son interesantes, pero debemos separar los dos crisoles. Mira el ímpetu de la Ubicua.

Jonás siguió la mirada de su padre y comprendió lo que quería decir. El nivel del ímpetu de Yara caía en picada, pese a que estaba repleto al empezar la prueba.

Sin embargo, los dos crisoles parecían uno solo y se resistieron a separarse. Finalmente Jonás no tuvo otra opción más que apagar la esencia de sintiente; el crisol absorbido regresó a su posición original con la misma energía que la cuerda de un arco liberada de su tensión al disparar la flecha, mientras que la barrera se oscureció hasta ponerse negra y rígida. Poco a poco empezó a recuperar su aspecto normal mientras el ímpetu disminuyó la velocidad de su caída, pero sin detenerse.

—Desactívala o se va a agotar el ímpetu.

Jonás miró con curiosidad la caída del ímpetu. No cabía duda de que se estaba desacelerando, pero no parecía que fuera a detenerse a tiempo. Jonás dio un comando y la imagen desapareció. En seguida cargó en el sistema una copia fresca y la proyectó.

El ímpetu siguió en su descenso, exactamente en el mismo punto en que había quedado la copia anterior.

—La ley dos es una desgraciada —dijo Marius.

Jonás sonrió por la broma y asintió. Sin proponérselo, iba a averiguar qué sucedía cuando se agotaba el ímpetu. El indicador llegó a cero.

La barrera, que estaba recuperándose, volvió a ponerse negra y dejó de ondular, y lo mismo ocurrió con el crisol y el ímpetu que adquirieron el aspecto pétreo y quedaron inmóviles.

Jonás trató de manipularlos y se destrozaron hasta hacerse polvo.

—Cosmos, matamos la esencia de Yara —dijo Marius.

—Pero los verdaderos Koríes no mueren al unirse a un sintiente, lo vi en Yamena.

—Tal vez queden debilitados, entonces. Parece que tu investigación solo está empezando.

—Sí, y vamos a descubrir ahora cómo interactúa con la esencia de otros... Ah. Ya no tenemos la esencia de Yara.

—Exacto, pero estás tan cansado que parece que lo olvidaste. Fue suficiente investigación por hoy. A dormir y mañana continuaremos. La primera ley dice que deberías poder volver a coleccionar esencia de Yara. Yo voy a estrenar esa cama que compraste para mí, al fin y al cabo, ¿quién quiere dormir en una cabaña con vista al lago y un bosque, cuando puede dormir entre cuatro paredes con vista a los mejores terminales de la nación?

—Pero son cuatro paredes que mantienen lejos a ciertos seres desagradables. Hasta mañana papá.

—Que duermas bien —respondió.

Jonás entró a su habitación y no se molestó en ponerse pijama. Necesitaba dormir. Últimamente parecía que siempre tenía un horario desquiciado y solo dormía una o dos horas al día, pero debía aprovechar para descansar cuando pudiera. Nunca se sabía cuándo tendría la siguiente oportunidad. Se acostó encima de la cama quitándose los zapatos y quedó dormido de inmediato.

Algo más de una hora después, una señal de alerta se activó en su computadora. Era emitida por las esferas perdidas que se había llevado Denisse, pero Jonás estaba demasiado agotado para escucharla.

Su reloj biológico no le permitió dormir hasta tarde, como era su deseo, pero en todo caso había dormido bien, como hacía tiempo no se lo permitía; aparentemente su padre también lo necesitaba porque seguía durmiendo.

Ni siquiera cuando su vida era otra y desconocía la existencia de los Koríes, Jonás había dormido hasta tarde. Los sábados en la cabaña solían levantarse a las siete u ocho de la mañana e ir a navegar por el lago con su padre, luego regresaban a la cabaña y tomaban un buen desayuno.

Ahora no tenían el mismo paisaje, pero al menos el desayuno sería bueno. Estaba a punto de configurar el procesador de alimentos para preparar huevos fritos cuando vio que una luz intermitente le llamaba la atención desde su superterminal. Se acercó para ver lo que era y se sobresaltó.

—¡Papá! —Dijo, y tuvo que repetirlo hasta que Marius se levantó somnoliento y se puso a su lado.

—¿Qué pasa?

—Mis tres poliesferas perdidas, las que se llevó Denisse, se reportaron.

—Me dijiste que Denisse las había hackeado y bloqueado sus comunicaciones. ¿Puede ser una trampa?

Jonás verificó su terminal antes de responder y finalmente negó con la cabeza.

—No lo creo. Solo transmitieron un ping básico para reportar su ubicación, pero no tenían ninguna programación, como si fueran recién fabricadas. Mi terminal trató de programarlas automáticamente tan pronto como las captó, pero no fue posible. Rechazaron todos los intentos.

—¿Desde dónde se reportaron?

—Desde Alemania, en la ciudad de Darmstadt. Algún tipo de interferencia impidió a las esferas conocer su ubicación exacta

—¡El ESOC!, el Centro Europeo de Operaciones Espaciales está en Darmstadt y a los visitantes les advierten que si llevan equipos informáticos deben dejarlos en casilleros exteriores. Los casilleros interiores tienen contramedidas para evitar espionaje o equipos peligrosos —dijo Marius.

—Eso borraría cualquier programación de las esferas, excepto la de bajo nivel, porque está integrada con el hardware. Por eso se reportó; perdió la programación de Denisse y cuando mi terminal trató de reprogramarla, tampoco fue posible por las contramedidas. Y Denisse no se dio cuenta, las esferas transmitieron su posición durante casi una hora y luego volvieron a desaparecer. Y más o menos a la misma hora... maldita sea, la esfera de la joya de Yara también transmitió, desde la misma ciudad, aunque su ubicación sí es precisa, a unas veinte cuadradas del ESOC.

—Entonces Yara y Denisse fueron a Darmstadt. Denisse va al ESOC y permanece una hora mientras Yara... ¿La esperó o fue a algún lado?

—La esperó. Estuvo en una cafetería todo el tiempo y unos minutos después de que las tres esferas dejaron de reportarse, la joya de Yara hizo lo mismo. Eso significa que estaba junto a Denisse, porque la programé para que no transmitiera si tenía cerca a otro Korí, pero tenemos horas de audio por analizar, grabó todo desde que Yara salió del taller de locomotoras. No tengo tiempo de oírlo todo, debo confiar en que mi algoritmo de búsqueda encuentre conversaciones sospechosas.

—Bien, hazlo, pero primero advierte a tu madre. Si fueron al ESOC es que podrían intentar afectar la navegación de la Huygens. Yo llamaré a Spivack e intentaré averiguar por mi lado lo que pueda.

Jonás grabó presuroso el mensaje.

Mamá. Dos de las personas que atacaron a mi padre en la cabaña y a quienes hemos estado investigando estuvieron ayer en el ESOC. Ignoramos lo que hicieron, pero debes advertir al comandante Colombo. Sea lo que sea, debemos suponer que su plan debe tener una apariencia de autenticidad, de órdenes o planes del ESOC. Si es necesario revelar como obtuviste esta información, hazlo. Acusa recibo tan pronto oigas el mensaje y mantenlos al tanto de las decisiones del comandante, por favor. Te quiero, cuídate y mantente alerta.

Cassie codificó el mensaje y le dijo la duración que debería tener el mensaje que lo cubriría. Jonás lo grabó y lo envió, pero una imagen en la pantalla lo sorprendió.

Los mensajes hacia y desde la nave Huygens dos se almacenarán para transmisión una vez que se completen procesos operativos en marcha. Si quieres grabar otros mensajes te animamos a hacerlo. Tu familiar lo recibirá muy pronto.

Todo con bonitos logos de la ESA y caras sonrientes.

—Papá, dile a Spivack que no permiten enviar ni recibir mensajes de la Huygens.

—Spivack no me responde, ni ninguno de mis contactos y nadie da información. Jonás, algo está pasando, algo muy peligroso.

—Sofí —dijo Jonás.

—¿Sofí?

—Tuvo mucho que ver en el diseño de los planos de la Huygens. Tal vez conozca una manera de comunicarse saltándose a la ESA.

—Ella no participó en el diseño de los planos, solo en su interpretación holográfica para entrenamiento, pero tienes razón, debe conocer con todo detalle cada parte de esa nave.

—Sí, pero no me responde. Hace tiempo que no lo hace. Prueba si te responde a ti.

Marius lo hizo, pero movió negativamente la cabeza.

—Tampoco me responde. En todo caso, acabo de citar una reunión del Concilio y dije que iré contigo. Podemos estar ad portas de un suceso muy grave si no intervenimos. Vamos al auto.

Jonás agradeció mentalmente que su padre no dijera “Estamos ad portas de perder a la Huygens y todos a bordo”, que era lo que estaba temiendo.

—Papá, sabes tanto como yo. Dile al concilio lo que consideres necesario, yo trataré de encontrar a Sofí y pedirle su ayuda. Te mantendré al tanto de lo que pase.

—Está bien, avisaré a mi asistente que no vas, pero le pediré que deje abierto tu acceso por si cambias de idea. Suerte con Sofí.

Subieron el ascensor y ultimaron algunos detalles sobre lo que podían hacer, pero no había muchas opciones a la vista. Finalmente Jonás subió a su auto y su padre al suyo, partiendo en diferentes direcciones.

No era un recorrido muy largo, tardaría solo unos quince minutos en llegar hasta la universidad, pero a Jonás le pareció insoportablemente largo. No sabía qué estaba tramando el Súmmum, aunque sus intenciones eran muy claras en líneas generales.

Y Sofí seguía sin contestarle.

Al principio la había comprendido, ella tenía unos principios muy sólidos que tras lo ocurrido con Muff se habían puesto a prueba. Entendía que quisiera mantenerse al margen, pero; ¿cortar toda comunicación y ni siquiera responderle sus llamadas? A Jonás eso le parecía no solo exagerado, sino injusto. Tampoco es que él fuera un sicópata al que hubiera que evitar a toda costa. Y cuando se encontraron en el restaurante, ella con David y él con Gabriela, era de esperar que fuera incómodo, pero hasta cierto punto creyó que serviría como catarsis y que

podrían retomar una relación al menos amistosa, pero ni siquiera le contestaba a Marius.

Claro, podría estar estudiando. No era raro que lo hiciera los sábados, pero Jonás no pudo evitar sentir cierto rencor hacia ella y su voluntaria desconexión total, más aún ahora que podría ser la clave para poderse comunicar con su madre.

La universidad estaba ya a solo cinco minutos cuando la joya de Yara volvió a transmitir y su algoritmo le advirtió que había identificado más de cuarenta puntos donde las grabaciones de audio eran potencialmente relevantes para su investigación. Estaban ordenadas por importancia y colores, según si en la conversación se había mencionado lugares conocidos, nuevos lugares, personas conocidas o nuevas personas de interés y otros parámetros que debían encontrar información relevante.

Jonás reprodujo el primer punto en la lista, marcado con color rojo y escuchó la voz de las dos mujeres.

Ya sé dónde están Jonás y su antigua novia, vamos por ellos.

¿Su ex novia? ¿Y para qué la necesitamos?

La necesitas tú. Es vital para tu misión

Jonás sintió que la sangre abandonaba su rostro, y la cabeza le empezó a dar vueltas. Lo habían descubierto. Sabía que podría pasar, pero eso no lo hacía menos grave. Además, la ubicación de la joya lo hizo estremecer.

Estaba en Noris, en un parque a unos dos kilómetros al occidente de la universidad.

¿Cómo podían saber dónde estaba él?

Hacía rato que cubría sus pasos y no pasaba por terminales de detección públicos como el Ferrovac.

¿Los sistemas de ingreso al Foro?

Podía ser, pero Jonás no había ido a su oficina en varios días.

Sofí, por otra parte, era fácil de ubicar para alguien como Denisse. Cada vez que entraba o salía de la universidad o usaba cualquier servicio de transporte o pedía comida dejaba una huella.

Sintió sudor frío por lo que pudiera pasarle. Acababa de tener pensamientos de rencor hacia ella y entonces se da cuenta de que su vida está en peligro. Tal vez había hecho muy bien en alejarse de él, aunque por lo visto fue muy tarde.

Los arcos de la entrada a la universidad se hicieron visibles al fin. Envió a su padre un resumen de lo que había pasado y se bajó corriendo a buscar a Sofí.

Marius trató de hablar con Spivack una y otra vez, pero no lo logró.

A quien sí pudo contactar fue a Lorna, una chica muy joven, tal vez tenía la edad de Jonás, quien había sido pasante en el Foro de Noris hacía unos tres años y ahora trabajaba en las oficinas centrales de la ESA en París.

—*Nosotros tampoco sabemos muy bien lo que está pasando, pero todos los jefes están acuartelados y no hablan con nadie. Tenemos instrucciones de continuar con nuestro trabajo, con la promesa de que mañana todo volverá a la normalidad* —dijo encogiéndose de hombros en el holo.

Marius agradeció y colgó. No le había servido de mucho, salvo para ratificar que estaba por pasar algo de gran importancia.

Estaba a unos dos minutos de su oficina cuando las ventanas del auto se oscurecieron por completo impidiendo ver al exterior.

—Aclarar ventanas —dijo extrañado, pero siguieron igual.

Trató de bajar el vidrio sin ningún resultado, y entonces sintió que el auto hacía un giro a la derecha que Marius, que había hecho ese mismo recorrido miles de veces, sabía que no debía hacerse.

—Parquea de inmediato y llama a emergencias.

El auto siguió sordo a sus palabras, realizó varios giros más hasta que poco a poco Marius no tuvo idea visual de dónde estaba, aunque el localizador de su terminal le mostró que estaban llegando a una gran zona abierta en el parque central de Isla Noris. Activó el modo de emergencia y trató de calmarse. Las autoridades llegarían en pocos minutos.

Le llegó un mensaje de Jonás, pero no tuvo tiempo de oírlo.

El auto se detuvo y cuando la puerta se abrió, dos mujeres lo estaban mirando. Las reconoció. Jonás le había mostrado el holo grabado en el taller de las locomotoras.

—El muchacho no está —dijo Yara, causando un gesto de disgusto en la cara de Denise.

—Segunda vez que venimos por Jonás y nos encontramos con usted,

doctor Casel. Se suponía que iban juntos a la reunión. Tráelo con nosotras.

Yara no le pidió que bajara. Su cinturón de seguridad se desactivó solo, ella lo tomó de la pechera de su camisa y lo sacó de un tirón. Marius la golpeó con todas sus fuerzas en el pómulo, pero la mujer no aflojó. Un segundo después sintió vértigo y la sensación de que se despegaba del suelo; un instante después cayó de nuevo al piso y se tambaleó para recuperar el equilibrio. A su lado aún estaban ellas, pero el resto del mundo había cambiado.

No había auto, ni calles, ni cualquier vestigio de Noris. En lugar de eso, estaba parado en un pequeña planicie de rocas de unos veinte metros cuadrados excavada en la superficie casi vertical de una montaña y al pie solo había desierto y más montañas. Hacia el sur y muy lejos, tal vez a unos cincuenta kilómetros, una sombra en el horizonte dibujaba lo que podía ser una ciudad, u otra montaña, no estaba seguro. En cualquier caso debía estar lejos de Pacífica porque el sol estaba bajo sobre el horizonte y en Noris apenas había amanecido.

—Siga el camino Casel y no dañe nada —dijo Yara, a quien se le había formado un pequeño hematoma en el lugar donde la había golpeado.

Un instante después las dos mujeres desaparecieron llevándose su terminal de pulsera.

Se asomó al abismo y el vértigo lo hizo retroceder de nuevo.

Sintió que era la presa que un ave deja en su guarida, a sabiendas de que aún estará allí cuando decida devorarla.

—A tu mismo paso y sin quejarme, ¿lo ves?

—Eso es porque voy a paso de tortuga —respondió Sofí.

—Si tú lo dices. Además, no veo tu afán. ¿Sabes que en ningún otro lugar del mundo se puede salir a correr durante el día a campo abierto como en Noris? Al menos si no quieres ganarte una buena quemadura por radiación o cáncer de la piel —respondió David con voz entrecortada.

—Eso no es muy preciso. Puede que tengamos las mayores áreas

protegidas por escudos de interferencia, pero no las únicas. Además no estamos corriendo; como mucho podemos llamarle trote ligero. Vamos, acelera tortuga —dijo Sofí, y apretó el paso hasta que la distancia que le sacó los puso en los extremos opuestos de la pista de atletismo ovalada. Entonces lo mantuvo así.

David no era mal tipo, si uno hacía caso omiso de sus frecuentes alardes, pero en este momento quería mantenerlo lejos. El terminal de pulsera de Sofí no había parado de sonar una y otra vez con llamadas de Jonás y más de una vez había estado tentada a contestar, pero sabía lo que eso le haría. Romper con él había sido una decisión dura, pero no impulsiva. Sentía que los caminos de los dos divergían, y no podría estar con él a medias. Aún le dolía la separación y más aún cuando lo vio tomado de la mano con otra mujer. Gabriela, toda una estrella del holo, para más señas.

Apagó su terminal y miró a David, que al otro lado del campo parecía concentrarse exclusivamente en respirar a cada paso. En eso no era muy diferente de Jonás, quien tampoco era precisamente un atleta.

Sofí decidió alcanzarlo por atrás y sacarle una vuelta. Ese sería un buen punto de partida para su próxima conversación. Aceleró, tomó un trago de agua de su termo y siguió por el carril interior y al salir de la curva para enfrentar la recta principal se encontró con dos figuras femeninas que no había visto y que miraban a su alrededor paradas en el círculo del césped central.

No vestían prendas muy deportivas. La mujer alta tenía un porte imponente, vestida con chaqueta, pantalones y botas de cuero negro, y la mujer que la acompañaba unos pantalones negros con una chaqueta rosada con capucha, y ambas estaban caminando en dirección a la pista. Seguramente pasaría junto a ellas en unos segundos.

Entonces cayó en cuenta de que David miraba en su dirección y le hacía gestos, señalando a las mujeres.

Y recordó a Jonás, cuando le describió a las personas que habían atacado a su padre en la cabaña y que habían sido grabadas por la poliesfera de Jonás.

Un hombre y dos mujeres, una muy alta y otra muy baja.

Sofí frenó en seco su carrera y empezó a desandar sus pasos pensando que en cualquier momento correrían tras ella, pero no fue así.

Antes de que Sofí diera vuelta las mujeres simplemente la miraron, estáticas.

Echó a correr en sentido contrario, pero después de solo unos pasos la vio. La mujer alta estaba frente a ella, y esta vez sí caminó en su dirección.

—Cálmate, Sofí. No te va a pasar nada. No lo compliques —dijo la grandulona.

Sofí miró atrás. La chica baja venía en su dirección a paso rápido, aunque todavía estaba lejos. David estaba cortando camino por el césped y venía en su ayuda.

Con un movimiento activó el llamado de emergencia de su terminal, que se encendió de inmediato, y puso cara nuevamente a la amazona, que ya estaba solo a dos metros.

—Te lo digo en serio, cálmate y todo estará bien.

Sofí aprovechó que estaba hablando, para atacarla. Había practicado Krav Magá desde hacía años y se suponía que era justamente para un momento como este, cuando su vida estuviera en peligro. Nunca había asestado un golpe con verdadera intención de lastimar, pero esta vez lo hizo y lanzó una patada lateral directamente a la rodilla, con toda la velocidad y fuerza de que fue capaz.

La mujer reaccionó rápido y logró esquivar la peor parte del golpe, que en lugar de la rodilla alcanzó la parte trasera del muslo; un quejido y una mueca de dolor le hicieron saber a Sofí que la había lastimado.

Pero no pudo disfrutar la pequeña victoria. La mujer había vuelto a desaparecer y un golpe violento en la cavidad poplítea derecha de Sofí la hizo caer al piso mientras sentía que su pierna entera se adormecía en medio de un horrible hormigueo. Desde allí vio que David había tacleado desde atrás a Denisse, que tuvo que poner las manos para no golpearse de cabeza contra el piso, pero un instante después David también estaba en el piso sangrando por nariz y boca mientras Yara ayudaba a su compañera a ponerse de pie. Sofí trató de pararse, pero su pierna derecha, entumecida, no le respondió.

David estaba caminando en su dirección por órdenes de la mujer grande hasta que llegó junto a Sofí.

—Innecesario, Sofí. Ahora los cuatro estamos lastimados y ¿para qué? El resultado es el mismo.

Sofí pensó en unas cuantas ideas para responderle, pero antes de hacerlo sintió un vértigo como el que había experimentado cuando ella y Jonás habían hecho ese viaje suborbital, aunque esta vez fue más corto, por mucho. Entonces sintió un vértigo diferente. Ante sí tenía un abismo que terminaba en desierto cientos de metros más abajo. Trastabilló y un brazo le dio apoyo. La grandulona.

—Mal sitio para caerse. Caminen.

La marcha al interior de la montaña era precedida por las dos mujeres mientras que David, con los ojos desorbitados, ayudaba a caminar a Sofí.

—Nos drogaron, debe ser eso. Mi papá me dijo que los próximos motines iban a darse con drogas sicológicas, Pero ¿por qué nosotros?

Sofí lo miró con pena. ¿Qué sería más fácil de creer para él, que existían seres con poderes de origen desconocido o que los estaban drogando? Prefirió no hacer comentarios.

Caminando por el túnel excavado en la roca había esperado llegar a una caverna polvorienta y oscura con antorchas y grilletes clavados en las paredes. En cambio, entraron a una habitación decorada y que habría sido muy agradable en otras circunstancias y en ella una persona salía a su encuentro.

—¿Sofí?

—¡Marius!

Se dio un abrazo con su antiguo suegro

—¿Que te hicieron? —Preguntó él al notar su cojera.

Sofí respondió señalando con la cabeza a la grandulona.

—¿Te pegó Yara? Sí, parece que esa es su especialidad.

—Pero ustedes pegaron primero, ¿lo olvidaron? Tu novio casi le rompe la cabeza a Denisse con ese tacleo.

—No reaccionamos bien a los secuestros, y no es mi novio —contestó Sofí.

—Ya dejen la cháchara —intervino Denisse. Usted, doctor Casel, no creo que la haya pasado tan mal desde que lo dejamos aquí, y nadie la va a pasar mal si hacen lo que les digamos sin rechistar. Sofí, despliega los planos de la Huygens.

—¿La Huygens? Los planos son públicos, ¿para qué me necesitas?

—Porque los planos públicos son una porquería, poco más que ilus-

traciones publicitarias para emocionar a los niños que quieren viajar al espacio. Yo quiero los planos detallados.

Sofí no hizo nada. Solo las miró, tratando de decidir qué hacer.

—Te la pondré muy fácil. Si no lo haces ahora y por las buenas vamos a tener que traer a un amigo que te obligará a hacerlo, perderás la voluntad y serás en la práctica su títere y al final tendré el plano que quiero, la diferencia es que por la molestia, tu amigo que no es tu novio va a ir a dar un paseo con Yara a algún remoto lugar donde nadie lo va a encontrar, al menos en los siglos próximos. ¿Qué decides?

David solo la miró. Él también tenía acceso a esos planos, pero había decidido callar y dejar que ella tomara la decisión.

Activó su terminal y proyectó la imagen holográfica de la nave.

—Está en baja resolución, muestra los detalles completos.

—No puedo, aquí no hay acceso a la red y si no me conecto esa imagen es lo único que puedo mostrarte.

—Dame tu terminal, y tú también —dijo Denisse a Sofí y a David. Las tomó en sus manos y tras cerrar sus ojos durante unos segundos devolvió la de Sofí.

—Sólo podrás acceder a ese archivo; adelante —dijo Denisse, que se sacó del bolsillo el pequeño repetidor y lo conectó en los cables de la antena que estaban en la tronera.

En seguida Sofí accedió a la red y, como había dicho Denisse, solo pudo acceder a los planos holográficos de la Huygens; todos las demás opciones habían desaparecido, le había hackeado su terminal en un parpadeo sin que la viera introducir ni siquiera un comando.

La imagen de la Huygens se veía esta vez con absoluta nitidez y Denisse dio instrucciones sobre qué áreas ver con mayor detalle, haciendo gestos a Yara, que observó atenta. De vez en cuando Denisse enviaba algunas de las imágenes a su propio terminal y se retiraba a hablar a solas con Yara.

En una de esas oportunidades, Sofí habló en voz baja a Marius.

—¿Por qué nos tratan tan bien? Digo, para ser unas secuestradoras.

—Saben que no podemos escapar de aquí. Recorrí el lugar antes de que llegaras y no hay manera. Podemos asomarnos a la terraza y gritar hasta quedar afónicos y no hay nadie que nos oiga y si intentáramos bajar o subir escalando, cosa que yo no sabría cómo hacer, caeríamos y

moriríamos, pero sí de milagro logramos escapar estaríamos a merced del sol del desierto, sin escudos de interferencia ni cúpulas para protegernos. Supongo que es mejor dejarnos en este sitio donde podemos cuidarnos a nosotros mismos que tener que quedarse de guardia como carceleros, pero no lo olvides, seguramente esa Denisse o una como ella fue la que sabotó el Ferrovac matando a varias personas y en los supuestos accidentes de los fusores hace algunas semanas murieron docenas más.

Sofí asintió y Denisse volvió.

—Detalles de estas zonas —dijo, y Sofí obedeció, ampliando la imagen de dos secciones del anillo giratorio uno, que Denisse transfirió a su terminal antes de marcharse de nuevo.

—Sofí, si necesitaras comunicarte con la Huygens, pero no pudieras hacerlo a través del canal de la ESA, ¿sería posible? —Susurró Marius.

Sofí lo pensó y miró en dirección a Yara y Denisse, y de nuevo a Marius.

—No puedes enviar grandes paquetes de datos, holos ni voz, excepto por el canal oficial de la ESA, pero los motores químicos, los Kraken, intercambian información básica periódicamente directamente con el fabricante. Es una forma de monitorear su estado.

—Pero están apagados desde que instalaron los fusores y solo volverán a encenderse al terminar la maniobra. Sospecho que para entonces podría ser tarde.

—Si planean encenderlos no pueden esperar a última hora para probarlos. En las simulaciones que hicimos debían iniciar su ciclo de verificación con no menos de tres horas de anticipación. Aún así, por lo que recuerdo los datos intercambiados son simples cadenas de texto sobre temperatura, presión y cosas así.

—Jonás tal vez podría hacer algo con esa información, pero ¿cómo hacérsela llegar?

Su charla se vio interrumpida por Denisse.

—Como lo dijo Yara, pórtense bien y no dañen nada. Y tú, dame tu terminal.

—Ya te di lo querías. ¿Por qué no nos liberas?

—Todavía tendremos que pasar algún tiempo juntos, además creo que tu ex se mostrará más colaborador con ustedes aquí —respondió Denisse guardándose en su bolsillo el terminal de Sofí y el repetidor de

señal y saliendo por la apertura hacia el túnel seguida por Yara, que les dio una última mirada.

—Lo digo en serio, no hagan daños en este lugar o me enojaré, mucho —dijo, y salió tras Denisse.

Marius espero un minuto y siguió el mismo camino por el túnel, y regresó al momento.

—Se fueron. Debemos contactar a Jonás.

—¿Y cómo?

Marius miró a su alrededor, arriba y abajo y al final respondió.

—Con algo que va a hacer enojar muchísimo a Yara.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Salto al vacío

Yara se sintió mareada y no tenía nada que ver con el golpecito que le dio el doctor o la patada de la muchacha, aunque esa sí que le había dolido.

No, el malestar de Yara era miedo puro.

Creía en Denisse, era brillante, pero su plan sonaba a locura, dijeran lo que dijeran sus cálculos.

—¡Yara! Sé que tienes miedo, pero mírame. Guarda el cristal. Cuando estés a bordo acércalo al lector de cada terminal que encuentres, eso te dará el control de los sectores cercanos, pero para cumplir nuestra misión debes llegar a la sala de control porque su servidor está físicamente desconectado del resto. Cuando tengamos control del servidor principal sal de ese lugar inmediatamente y salta de regreso aquí.

—¿Exactamente que ocurrirá con la nave una vez que controles el servidor?

Denisse titubeó un momento antes de responder.

—Lo mismo que les ocurrió a los fusores que participaron de la prueba en tierra.

—¿Y es necesario? Esa nave tiene casi ochenta tripulantes que no cuentan con ninguna defensa. Podrías simplemente dejar inservibles los fusores para siempre y entonces avisamos a Sumiko que has cumplido

con la misión. Ella puede organizar una expedición a bordo con ubicuos y skeppos, los suficientes para que todos los tripulantes olviden lo que no deben saber y mantengan los recuerdos que necesitamos. Si yo tengo éxito al saltar a bordo les puedo enseñar cómo hacerlo.

—¿Olvidaste todo lo que te he contado tantas veces? Yo lamento que tengan que morir tantas personas y haría lo que tú propones si creyera que va a servir de algo, pero la realidad es que si esa nave sigue existiendo, tarde o temprano regresará a la tierra y puedes apostar a que los apóstatas lograrán echarle mano a algunos tripulantes, y por lo que sé podrían revertir el trabajo de los skeppos.

Yara la miró. Tan pequeña y aparentemente tan frágil, había aprendido a quererla como a una hermana menor, una hermana con mente privilegiada que cambia su rol por el de líder en virtud de su inteligencia y de su arrojo. Habría querido tener un argumento para hacer las cosas de forma diferente, pero era cierto que los apóstatas tenían reputación de interponerse en los planes del Súmmum.

—Y el cristal, cuídalo. Está investido por el Kor del Artífice y por el mío, pero no es indestructible. Ya sabes qué hacer, y yo te diré cuando sea el momento. Pasarás a la historia, harás lo que Nuzhat jamás...

—En este momento me importa un comino Nuzhat o pasar a la historia de los Koríes...

—Tienes razón, por supuesto. Si no quieres hacerlo no lo hagas, pero piensa en las consecuencias de todo lo que hemos hecho a espaldas de Sumiko. ¿Cuál crees que sea nuestro destino con las cosas como están?

—No he dicho que no lo vaya a hacer, pero igual estoy asustada. Vete ya —dijo Yara, y salió de la estación de autobuses.

El mejor sitio para saltar era una calle a una cuadra de la estación de buses. Era poco transitada como la mayoría de las calles de Darmstadt, que carecían de escudos de interferencia. Fijó en su mente la imagen aún etérea de su destino. Al principio era solo una idea, casi que un deseo, pero en un instante se transformó en una sensación nítida, las líneas de los edificios y de los objetos sobre el piso se dibujaron en su mente y en seguida la sensación fue reemplazada por la visión real del lugar que se presentó ante ella. Una oleada de calor la golpeó mientras sus ropas, hasta hacía unos segundos ajustadas para el frío de Darmstadt, corri-

gieron la temperatura y la hicieron sentir fresca nuevamente en medio del calor tropical.

Caminó directamente a la puerta frente a ella y esta se abrió. Denisse había hecho bien su trabajo, aunque no era el paso por la seguridad lo que le preocupaba a Yara. Pasó otro punto de seguridad y una mujer de pelo rojo salió a su encuentro con cara agria extendiendo hacia ella su mano. No era un saludo; Yara acercó su propia pulsera y la directora de lanzamientos comprobó algo en su holo.

—Farah Hasseni. Sígueme.

Entraron en una habitación con armarios metálicos. La pelirroja tomó un aparato en forma de pistola y lo apuntó a Yara, recorriéndola de arriba abajo.

—Casillero 78C.

Yara buscó el número y lo encontró. En su interior había un traje de vuelo completo y empezó a vestirse.

—Llevo veintisiete años trabajando con la ESA y ahora debo hacer trabajo de asistente. ¿Y sabe lo que cuesta destinar un transbordador para una sola persona?

Yara continuó vistiéndose mientras la pelirroja la miraba con la espalda apoyada en una columna y los brazos cruzados. Parecía que quería una respuesta.

—Yo preferiría estar en mi casa descansando, pero en cambio tengo que cumplir con mi deber. ¿Qué le vamos a hacer?

—Quejarnos con el doctor Spivack, eso es lo que vamos a hacer —respondió la pelirroja—. Esa no es forma de tratarme, como si fuera una novata.

La directora parecía querer cazar pelea con Yara, pero ella seguía muy nerviosa para morder el cebo. En vez de eso terminó de vestirse y se paró de frente esperando instrucciones.

—Si, mujer de pocas palabras, pero no me engañas. Estás nerviosa. Lo he visto montones de veces. Astronautas veteranos y hasta pilotos de combate que han hecho esto una y otra vez, de repente se asustan, se dan cuenta de que ir al espacio no es un juego, ¿cierto?

Yara se mantuvo silenciosa. Solo quería subirse al maldito transbordador y seguir el plan, un paso a la vez. Si hacía lo que habían planeado no tendría tiempo de pensar. Funcionaría o no, así de sencillo.

Siguió a la mujer hasta un auto sin puertas, solo ruedas y asientos, que se puso de inmediato en marcha hacia una de las pistas.

—Oye, está bien, no me hagas caso. En realidad te vas a subir en un transbordador de última generación. No tienes que hacer nada, todo es automático. Salvo, bueno, lo que sea que vayas a hacer en la órbita, pero de resto es tan fácil como subirte a un vagón de Ferrovac. Te vas a divertir, ni siquiera tienes que ir muy lejos. La órbita está a solo diez minutos de vuelo. Imagínate, diez minutos y tendrás la mejor vista que puede tener un ser humano. ¡Relájate! Y ponte ese casco —Dijo la directora, que ahora hasta le sonreía.

Ese cambio de actitud le hizo saber a Yara que su cara seguramente translucía todo el temor que sentía, tanto como para desatar la empatía de la pelirroja.

Se detuvieron junto a la nave.

—Gracias —dijo Yara, y subió las escaleras de prisa.

—Buena suerte —respondió la directora.

Se sentó y aseguró a la silla. Todo el proceso de despegue le tuvo sin cuidado; eso no era lo que temía y hasta lo disfrutaba, pero no hoy. Al llegar a la órbita, la imagen holográfica de Denisse inundó la nave.

—Bien hecho, Yara, todo va como debe. La cuenta atrás está en marcha y la Huygens apagará motores dentro de poco más de dos horas, es decir que harás una órbita y algo más.

—¡Mi cronómetro dice que debo saltar en una hora y cuarenta minutos, cuando aún estén encendidos los motores de fusión!

—Saltarás cuando aún estén encendidos, pero cuando llegues llevarán apagados unos siete minutos, aunque a ti te parecerá que todo ocurre en un instante. Debemos hacerlo así porque la maniobra de girar la nave ciento ochenta grados tarda treinta y cuatro minutos, y entonces se volverán a encender para el frenado. Tu llegarás pasados siete minutos del apagado, es decir que tendrás veinticinco minutos para completar la primera parte de la misión.

—¿Y si salto y ellos no apagan los motores? ¿Si cambian de idea a la mitad?

—No ocurrirá. El comandante es un profesional, no improvisa. Tardó en aceptar el plan, pero una vez que lo hizo lo ejecutará, créeme —respondió Denisse.

—Vale. Voy a salir, necesito mirar.

—Adelante, puedes controlar la nave.

Yara despresurizó la cabina y salió al exterior anclada al casco de la nave por una cuerda de rueda magnética, que le permitía dirigirse en cualquier dirección manteniéndose en todo momento sujeta al transbordador. Se paró en la proa. Según la proyección de Denisse, la Huygens iba a estar justo frente a ella en unos quince minutos, aunque a cuatrocientos ochenta millones de kilómetros de distancia.

La alarma táctil de su pulsera aceleró el ritmo dándole una indicación del momento en que la nave estaría al alcance de su mente. Cerró los ojos y la imaginó. Una forma muy vaga sin detalles reconocibles, el fondo de un horizonte increíblemente lejano, pero no desistió. Mantuvo su mente firme y poco a poco el horizonte vino a ella y las líneas se hicieron más definidas. Una gran nave con dos anillos giratorios dominó su campo de visión. Se concentró en el primero, el más grande y dentro de él vio muchos obstáculos mortales. Imposible saltar allí. Se concentró en un punto más lejano al eje central, un corredor rodeado de plantas y con un área libre para circular y hacer ejercicio, libre de obstáculos. No era difícil, era más grande que la terraza del nido de piedras... el nido de las hermanas. Podía hacerlo, se preparó y cuando las formas dibujadas empezaron a adquirir sustancia sintió un calor insoportable que casi la quema.

¡Todavía no es hora, maldita sea!

Abandonó y el calor remitió. Había estado a punto de hacerlo, de saltar, aunque no era el momento.

Sonrió. Todo el temor había desaparecido. ¡Cosmos, era increíble!

Contactó a Denisse.

—Ya lo hice, o casi. No hay problema.

—Yara, no sabes lo feliz que me hace escucharte. La cuenta atrás sigue en marcha. Tú saltarás en...

—En noventa y dos minutos, ya estoy lista.

El sol había desaparecido tras las montañas, pero su luz aún iluminaba el desierto, que poco a poco se llenaba de sombras.

—¿Cómo van? —Gritó Marius.

—¿Qué dices?

—Que cómo van —insistió Marius.

No tuvo respuesta, o no la oyó. Pocos segundos después entró David con cara de disgusto haciendo gestos que Marius no entendió. Le bajó el volumen a la música y le preguntó.

—¿Qué son esos gestos? No te entiendo.

—Te estaba diciendo que bajaras el volumen, pero, bueno, ya lo hiciste.

—Sí, necesitaba hacer una prueba, pero ya quedó. ¿Cómo van ustedes?

—Bien, pero aún falta sacar la estructura por el borde.

—Bravo. Ayúdame con la batería de hidrógeno.

Caminaron por la estancia vacía y cada uno tomó la batería por una de las asas laterales. El único cable que se mantenía unido a ella era el del equipo de sonido que acababa de usar. Lo desconectó y salieron.

La terraza había dejado de ser la pequeña planicie vacía de roca y ahora parecía un bazar de venta de segunda mano con muebles viejos y tapices enrollados.

Sofí tenía las manos en jarras junto a una extraña estructura apoyada en el piso. En la parte más cercana al abismo estaba, con todo y su marco, la antigua puerta metálica que separaba el túnel con la antes acogedora recámara. La puerta se unía a cuatro listones de madera que Marius reconoció como los sillones en que se había sentado al llegar. Para unir el metal y la madera, Sofí y David habían cortado las mantas más delgadas en largas tiras que usaron para amarrar cada listón con el marco metálico en varios puntos.

—Agua jabonosa, ¿la pusieron?

—Sumergimos por completo cada retazo antes de amarrarlo, y le dimos un repaso después, pero, no sé. Se seca rápido.

—Está bien. Ya casi está oscuro. Saquémoslo.

Entre los tres empujaron el artilugio que habían construido. No fue fácil, era más pesado de lo que habían calculado y el rozamiento con la roca lo dificultaba más, pero al fin quedó en su sitio. La puerta metálica sobresalía unos dos metros de la pared de roca y, aún sin poner peso encima, los listones de madera empezaron a crujiir y doblarse.

—¡Hálenla! —Dijo Marius, y los tres volvieron a meter el armatoste en la terraza—. Ahora, empujémosla hacia afuera otra vez, despacio.

Lo hicieron. Un metro, metro y medio, dos... un ligero crujido los detuvo y la halaron de nuevo. Había quedado un metro y medio de puerta metálica como voladizo desde la terraza; sobre los cincuenta centímetros de puerta y el metro ochenta de listones de madera que habían quedado sobre el piso firme pusieron un pesado diván al que habían despojado de su tela, así como los objetos más pesados que encontraron, incluyendo la batería de hidrógeno.

—En pocos minutos estará totalmente oscuro, pongan la madera, voy por el resto —dijo Marius, desapareciendo por el túnel.

—A tu suegro le gusta ser mandón. Ya sé de dónde lo heredó Jonás —dijo David, mientras recibía de Sofí varios tablones rotos y los empujaba con cuidado sobre la puerta en voladizo.

—Es mi ex suegro y no me parece mandón, está concentrado en el objetivo ¿no ves?

Marius volvió cargando el equipo de sonido de Yara y una caja llena de botellas de licor, a algunas de las cuales les había quitado la tapa e introducido un trozo de tela.

Conectó el equipo a la batería y puso la misma música que habían estado oyendo desde hacía dos horas.

—David, apúntalo hacia el pueblo y ponlo en modo direccional completo o quedaremos sordos.

David lo instaló en el extremo derecho de la terraza sobre el piso y lo apuntó hacia lo que pensaban que era un pueblo; movió el dial para estrechar el haz direccional; poco a poco, el sonido retumbante se convirtió apenas en un murmullo. David se acostó para confirmar que el cañón de sonido y el pueblo estuvieran alineados y señaló con sus pulgares arriba.

—Bien, entonces ahora sí subamos el volumen. Necesitamos llamar su atención.

David presionó el mando hasta que la música se oyó de nuevo bastante fuerte, aún con el cañón apuntando hacia la mancha que esperaban fuera el pueblo.

—¿Cuánto tiempo la mantendremos así? —Preguntó Sofí.

—La posición del sonido es difícil de localizar. Si es que es un

pueblo y el sonido de nuestro cañón logra llegar e imponerse sobre los sonidos locales, y suponiendo que les interesa averiguar de qué se trata, supongamos que giran su cabeza de uno a otro lado y luego salen a algún lugar con vista despejada, tal vez entonces entiendan la zona aproximada desde donde les llega la obertura 1812 de Tchaikovski y lancen una mirada. Calculemos unos... quince minutos. No queremos iniciar el espectáculo y que se acabe antes de tener público.

—¡Sí es un pueblo! —Dijo entusiasmado David—. Hay luces.

Y así era. La mancha ya casi no era visible bajo la noche, pero en su lugar resplandecían docenas de luces.

—Primera parte confirmada. Sofí, dame la botella de brandy, por favor.

Sofí se la pasó, Marius le quitó la tapa y empezó a lanzar el contenido sobre los tablones.

—Otra.

Tres botellas después las tablas se veían bastante húmedas.

—¿Con qué lo encendemos? —Preguntó Sofí.

—Tendremos que hacer un pequeño corto circuito —respondió, tomando en sus manos dos cables que había conectado a la batería. Tocó rápidamente sus puntas y saltó una chispa. Volvió a hacerlo, esta vez junto a la tela empapada en vodka que sobresalía de una botella.

Nada.

Tuvo que intentarlo tres veces hasta que, al fin, la mecha se encendió y Marius lanzó la botella contra el arrume de tablones mojados en licor.

La pila de madera se encendió lanzando una ola de calor a la que siguió el olor de pelo chamuscado.

—Hay que mantener el fuego vivo tanto tiempo como podamos —dijo Marius, frotando su brazo derecho en el que se habían quemado todos los vellos—. Lancen trozos de madera pequeños.

Los tres tomaron los restos de madera que encontraron, los pusieron entre dos tablones y los quebraron a patadas, luego los echaron poco a poco al fuego tratando de mantener la intensidad.

Un cambio en la dirección del viento lanzó calor y humo inundando la terraza. Marius no pudo mantener los ojos abiertos por el ardor y las lágrimas mientras que Sofí y David tuvieron un acceso de tos, pese a que se habían cubierto la cabeza con telas húmedas.

—Entremos al túnel —dijo Marius, pero tuvo que ir hasta ellos y traerlos por el brazo.

Tuvieron que esperar un rato hasta que al fin recuperaron la respiración normal. Humedecieron de nuevo las telas de su cabeza, se secaron las lágrimas salieron de nuevo cubriendo nariz y boca con la tela, y dejando apenas una pequeña línea de visión.

Afortunadamente el viento había cambiado de nuevo y llevaba el humo hacia afuera avivando el fuego de la pira, en la que ardieron todos los muebles que pudieron romper o lanzar completos, pero luego de cuarenta minutos fue evidente que el fuego estaba disminuyendo en intensidad y varias de las telas enjabonadas se habían quemado, cayendo al vacío como una ligera llovizna de fuego.

—Se va a romper en cualquier momento. Usemos lo que queda —dijo Sofí.

Y lo que quedaba era los tapices de colores que habían adornado la estancia. Empapados en licor se quemaron rápido y dieron un buen fulgor final y cuando el peso de la puerta metálica y su pira fueron demasiado para los amarres restantes y cayó al vacío en medio de un crujido, los tapices incendiados bajaron lentamente, danzando en remolinos ardientes.

—Hora de quemar los últimos cartuchos. Vamos.

Uno a uno encendieron las mechas de las botellas restantes de licor y, asomándose al precipicio sujetos de las manos con sus compañeros, las estrellaron contra la propia montaña. Algunas caían a unos diez metros por debajo encendiéndose sobre la pared de roca, otras fallaban y hacían el recorrido directo hasta abajo, estallando sobre el suelo, y después uno a uno los fuegos que quedaban se fueron apagando.

—El cañón de sonido está carraspeando. Creo que está a punto de morir.

—Sí, David. Puedes bajarle el volumen a un nivel aceptable. Yo pondré la alfombra roja por si algún invitado quiere conocernos —dijo Marius, y colgó de los restos humeantes la malla de luces que antes estaba en el techo de la habitación. Tenía un brillo tenue, pero la vería alguien si estuviera buscándolos.

Si tenían suerte.

La facultad de artes estaba casi desierta excepto por algunos estudiantes que tenían clase en sábado, y ninguno de ellos había visto a Sofí.

Buscarla sin un plan no tenía sentido y Jonás subió a grandes zancadas las escaleras del campanario. El padre Hermes lo estaba mirando y venía a su encuentro.

—Jonás, la localicé. Programó la telemetría de la pista de atletismo para medir su rendimiento, pero hace diez minutos que no hay nuevos datos. Tal vez se fue sin apagar el sistema.

—Gracias padre —dijo Jonás, que ya corría rumbo al área deportiva.

Respiró con agitación; no estaba precisamente en su mejor estado físico, pero logró llegar al trote hasta la pista, que estaba desierta. Se acercó para ver algo que estaba caído en el piso en la recta principal. A unos tres metros de distancia distinguió lo que era. El termo de Sofí, que ella misma había decorado con hologramas en su primer año.

Lo recogió y miró alrededor, aunque no esperaba ver a nadie. Tenía una buena idea de dónde podía estar. Activar la joya de Yara mientras ella estuviera cerca a Denisse era un riesgo, esa mujer podría detectarla, pero tenía que hacerlo. Cuando estaba a punto de activarla la joya se reportó por sí misma.

«Yara debe estar sola».

Su algoritmo de búsqueda detectó quince puntos de alerta desde la última comunicación y al leerlo Jonás tuvo una idea de lo que pasaba.

Sofí y su padre habían sido secuestrados por Yara y Denisse, y estaban juntos, con David como añadido. Las mujeres creían que su padre estaría con él para ir a la junta de emergencia convocada por Marius, lo que significaba que Denisse tenía acceso a información privada del Concilio.

Y mencionaron el anillo uno como la mejor opción. Es la zona más amplia, había dicho Yara, quien tenía mucho miedo, se la notaba por sus signos vitales y por sus palabras.

Una idea tomó fuerza en la mente de Jonás, pero le resultaba imposible de creer.

¿Yara y Denisse planeaban saltar a la Huygens? Sus palabras hacían pensar en eso, aunque no lo habían dicho explícitamente.

Sonaba demasiado loco, pero también lo era pensar que podía ir de un punto de la tierra a otro en un instante. Más allá del asunto del aumento en la escala, eran igual de inexplicables.

Revisó la ruta de Yara. Había estado en Noris y luego saltó a un área de veinte mil kilómetros cuadrados que podía estar en el sur de Jordania o norte de Arabia Saudita. El reporte era impreciso y eso podía deberse a que no había buena vista del cielo. Debían estar a cubierto, lo cual era lógico en una zona con tanta radiación solar sin protección de ningún tipo.

Después regresaron a Noris y de nuevo al desierto, Darmstadt y...

La estación espacial de Kourou.

¿Qué hacía Yara allí?

Sí, que Yara saltara a la Huygens le parecía cada vez más posible. Los había secuestrado con pocos minutos de diferencia viajando medio mundo cada vez.

Y la joya estaba ahora transmitiendo en vivo.

El GPS en Kourou tenía una señal perfecta y Jonás siguió en tiempo real sus pasos. Estaba exactamente sobre la pista de transbordadores ganando velocidad y pronto, altura hasta que a unos veinte kilómetros sobre la superficie la señal GPS falló.

«Tiene que ir a la órbita, Pero ¿y mi padre y Sofí? Darmstadt era la sede del ESOC y era poco probable que los hubiera llevado allí.

Tenían que estar en ese lugar en el desierto, pero era un área enorme.

Se sentó en una banca al borde de la pista y trató de enviar un mensaje a su madre sin mejores resultados que en sus intentos anteriores. Lo mismo ocurrió con las personas que conocía en la ESA. Supuso que los Skeppos del Súmmum habían estado ocupados con los altos directivos.

Por primera vez se sintió sin opciones. Si Denisse lo buscaba, ¿por qué no lo llamaba y ya? Iría sin pensarlo a donde le dijera.

Pero ella debía estar ocupada con lo que estuvieran haciendo en el ESOC.

Sólo había una cosa útil que aún podía hacer. Tenía horas de grabaciones recopiladas por la esfera en la joya de Yara y su algoritmo de búsqueda seguro que había omitido algo.

Fue a su auto y reprodujo las grabaciones desde el principio mientras

introducía modificaciones a la búsqueda. Al llegar a su fortaleza había obtenido un montón de información adicional de las conversaciones sostenidas por Yara o cerca de ella.

Para empezar, confirmó que en el lugar donde estaban no tenía conexión permanente a la red y que a su padre, Sofí y David les habían quitado sus terminales, y Denisse iba a contactar a Jonás en algún momento usando los rehenes como medio de presión, pero primero terminaría su tarea en el ESOC.

Finalmente, Spivack había arreglado en persona con la directora de vuelo que Yara pudiera tomar un transbordador, como había hecho con él cuando fue con Genaro y Martha. A Jonás no le cabía duda que Devries u otro Skeppo le había implantado una orden en ese sentido, lo cual concordaba con el hermetismo en que se habían sumido los altos mandos de la ESA.

Y si antes Jonás guardaba alguna reserva sobre la posibilidad de que el plan de Yara fuera saltar a bordo de la Huygens, ahora tenía la certeza de que eso era justamente lo que intentaba hacer. Las conversaciones de las dos mujeres no dejaban duda y además quedaba claro que el momento de llegada planeado era unos siete minutos después de que se apagaran los motores de fusión, y su punto de llegada era el anillo uno. Si pudiera pasar esa información a su madre podrían prepararse, tal vez ponerle una trampa, pero no había manera de contactarla.

Y lo peor era el tiempo. Yara había dicho que haría el salto en noventa minutos y Denisse afirmó que llegar le tomaría otros veintisiete minutos.

«Están sujetos al límite de la velocidad de la luz», pensó, pero luego rechazó el pensamiento. Aunque cuando empezó sus investigaciones sobre los Koríes estaba seguro de encontrar explicaciones basadas en la ciencia, la realidad era que pese a su nueva comprensión de la estructura de la esencia, las grandes preguntas se mantenían tan lejos de una explicación como al principio. Jonás no estaba más cerca de comprender ahora cómo sucedía el salto espacial de Yara que antes de empezar a estudiarlo así que, sí, la velocidad de la luz era un límite aún para los Ubicuos, pero saberlo no le dio mayor satisfacción, aunque por supuesto era un factor para agregar a la biblioteca de conocimientos que Jonás intuía se iba a quedar incompleta.

El auto se acercó a su bodega y Jonás bajó de prisa. Si no lograba comunicarse con su madre sus opciones eran pocas y malas, pero no se iba a quedar cruzado de brazos esperando a que Yara la matara y tal vez a todos a bordo de la Huygens.

Por las conversaciones era evidente que Yara y Denisse estaban actuando a espaldas de Sumiko en lo que tenía que ver con abordar la Huygens. Ese nombre ya lo había oído antes y debía ser la jefa de ellas y de Devries, así que trataría de localizarla y ponerla al tanto de lo que ocurría. Era como sacudir un nido de avispa para ver qué pasaba, pero eso era mejor que quedarse esperando.

Para llegar a Sumiko tenía una idea. Yara y Denisse habían hablado con Devries. Bueno, habían golpeado a Devries, y eso había pasado en el hotel Komorebi Plaza, en el lago Kawaguchi, a menos de ciento cincuenta kilómetros de Tokio. Tal vez esa Sumiko viviera allí, y Devries, resentido con Yara por haberlo golpeado, le dijera cómo hablar con ella.

Sí, cómo no. Era pan comido, solo tendría que pedirselo amablemente y él accedería de inmediato, porque tenía que ser de inmediato o sería demasiado tarde.

Aunque también era probable que Jonás ni siquiera pudiera pasar de la recepción del edificio o que no supiera dónde buscar al tipo o ya se hubiera ido o que, si lo encontraba, Devries lo dominara y le implantara una orden o estuviera acompañado por un par de ubucos...

Sí, definitivamente eso era más probable que obtener su colaboración plena y desinteresada.

Lo dicho: sus opciones eran pocas y malas.

En todo caso pensaba llevar una herramienta que le ayudara a equilibrar las cosas. Bajó las escaleras y se acercó al motor de fusión que había robado.

Estaba parcialmente desmontado, con toda una sección de cubierta retirada y puesta sobre otra mesa y cables que salían y se conectaban con una consola externa de manufactura reciente sobre la que descansaban varios racimos de piezas en forma de tubos hexagonales de unos quince centímetros de largo, con un extremo en forma de prisma y el otro chato. Desconectó los cables, tomó uno de los tubos y lo insertó en una base que estaba junto al motor. Tan pronto como lo hizo, de la base

surgieron poliesferas que lo envolvieron y una alerta se proyectó desde su terminal.

Inductor en línea

Y debajo de esas palabras se desplegó un menú con tres opciones.

En verde apareció la palabra *Listo* que era la opción activada en ese momento, en amarillo *Incapacitar*, y en rojo no había nada escrito, pero para accionarlo debería presionar tres puntos separados al mismo tiempo, para no accionarlo por accidente.

Además, en la parte superior tenía dos modos de operación; manual y HM. Había pensado en ese segundo modo al recordar el botón de hombre muerto de los viejos trenes y de algunas maquinarias pesadas modernas. La idea original era que si este modo estaba activado, el tren o la excavadora o lo que fuera solo funcionaría si el operario presionaba constantemente un botón. Si llegaba a fallecer o quedar incapacitado, el modo Hombre Muerto se activaba y el tren se detenía, evitando un desastre.

Cuando lo fabricó tenía la esperanza de no tener que usarlo nunca y aún esperaba lo mismo, pero haría lo que fuera necesario para recuperar a su familia y a Sofí.

Sí, al pesado de David también.

Tomó varias esferas más, pero no las guardó en una bolsa. Dejó que se filtraran en sus ropas, en los zapatos y en el cinturón. Había calculado que inclusive podría llevar una pequeña cantidad dentro de su propio cuerpo, pero no era momento de probar.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando recibió una llamada en su terminal.

Provenía de Wayarfae Alsama, un pequeño poblado en la mitad del desierto.

¡En el sur de Jordania!

—¡Hola!, gritó.

Le respondió el traductor automático utilizando la misma voz que tenía su interlocutor real. No era Sofí, su padre ni David. Era un desconocido.

—¿Jonás Landó?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Omar, Jonás. Escucha.

Pero Jonás solo oyó ruidos de voces lejanas.

—Omar, no oigo nada. ¿Sabes algo de mi padre?

—Jonás Landó, no sé si es tu padre. Cállate y escucha, con atención. Solo escucha.

Volvieron los ruidos de voces. Era un pésimo sonido, pero al fin oyó palabras sueltas que le hicieron erizar los vellos de la nuca.

Peligro... Geni.

—¡Graba todo, amplía y limpia la voz en español, sólo la voz en español! —Ordenó.

Su terminal de pulsera obedeció y la voz antes ininteligible se oyó con la suficiente claridad para comprenderla, aunque se notaba que la fuente original de sonido era de pésima calidad. El mensaje final se repetía una y otra vez, aunque sonaba como una lista de palabras dichas una tras otra y no un discurso fluido.

La voz inconfundible de Sofí decía.

Comunicación Huygens posible Kraken Rockets solo texto. Yara peligro Geni anillo uno.

Sobre lo de Yara y el peligro que representaba para su madre, así como la referencia al anillo uno, Jonás ya lo tenía claro.

Lo de la posibilidad de comunicarse gracias a los motores Kraken era nuevo y marcaba toda la diferencia. Su plan desesperado de irrumpir en el hotel de Devries podía esperar.

—Omar, mensaje entendido. Por favor diles que he comprendido el mensaje y que voy a proceder. ¿Puedes decírselo?

El traductor reprodujo la voz de Omar algo más lejana, como hablando con otra persona.

—¡Que entendió el mensaje y va a proceder!

A las palabras le siguió una algarabía de voces y el ruido de... ¿bocinas?

—Omar, Omar, ¿se lo dijiste? ¿Puedo hablar con mi padre?

—No, no lo veo. Solo a dos jóvenes y están muy lejos, no puedo subir tan alto. Pedimos ayuda, pero vendrá mañana. No pueden trabajar de noche y tienen que conseguir escudos o el sol puede lastimar mucho a los rescatistas. Mañana antes de que caiga la noche creo que es lo más probable.

—Omar, diles que pediré ayuda.

—No me oyen, sólo yo a ellos y ya ni siquiera eso, pero consigue la ayuda, te mando coordenadas.

Jonás agradeció a Omar y le pidió que lo mantuviera al tanto.

Tenía que pedir ayuda para rescatar a su padre y lograr enviar un mensaje a Geni.

Mucho por hacer y poco tiempo.

La adrenalina y el tiempo transcurridos en la nave de práctica aceleraron su metabolismo a tal punto que la resaca empezó apenas cinco minutos después de volver. Supo lo que se venía y caminó de prisa a su habitación mientras el vértigo y náuseas empezaban a invadirla.

El comandante la llamó mientras subía en el ascensor. Por un momento pensó en no contestar, pero cambió de idea. Era preferible hacerlo ahora que todavía tenía algo de control, pero lo hizo con la cámara desactivada.

—Comandante —saludó.

—*Geni, vi que la práctica fue todo un éxito. ¿Puede venir un momento por favor?*

«Por nada del mundo.»

—Claro que sí, Comandante. Estaba en camino a mi habitación para darme un baño y cambiarme. ¿Lo busco luego en el centro de mando?

—*Claro, perdón, fueron ocho horas de práctica y debe estar molida. Descanse y búsqieme mañana.*

—Gracias, Comandante.

No pudo decir más. Salió del ascensor y caminó lo más rápido que pudo tomando consciencia de cada paso que daba para no caer. Entró y se sentó con la bolsa para mareo que había preparado en sus manos. Era la peor resaca que había tenido por la flor del diablo y, si el cosmos lo permitía, la última. Había terminado sus ocho horas faltantes de instrucción de vuelo manual.

Toda una noche para recuperarse era un lujo inesperado. Creía que el comandante le daría una hora o dos como máximo.

Una hora para recuperarse parecía poco, pero la planta del diablo

hacía su trabajo rápido y con eficiencia. En una hora debería haber pasado lo peor.

Y justamente lo peor duró unos treinta minutos. Su cerebro racional le dijo que estaba sentada sin moverse, pero sus sentidos se negaban a creerlo. Para ellos estaba girando descontroladamente sobre todos sus ejes. Solo su vista actuaba como ancla, dándole cierta sensación de no estarse moviendo.

Tuvo que usar la bolsa dos veces, aunque su estómago estaba vacío.

Bien por ser previsiva.

Treinta minutos después de iniciarse, la agonía pasó de un sentimiento de querer morir a una sensación de profundo malestar y luego empezó a remitir hasta que pudo ponerse de pie. Se desnudó y tomó una ducha con agua apenas ligeramente entibiada, hasta que sintió que el último vestigio de malestar desapareció.

Geni se secó con una toalla antes de verse en el espejo. No había desaparecido del todo el color amarillento de su rostro, pero al menos no daba la impresión de estar a punto de morir. Se vistió con un mono de dormir limpio y sacó del anterior el paquetito con los restos de esporas del diablo, que dejó sobre la mesita. La mejor forma de deshacerse de ellos era usándolos como abono en la misma planta, pero no iba a ir al invernadero en 2g ahora sintiéndose como se sentía.

—Hasta mañana —dijo a Hugh, que estaba parado sobre una repisa. Hugh respondió con dos pulgares hacia arriba.

Diez horas después despertó sin rastros de la pesadilla del día anterior. Se volvió a bañar y un nuevo vistazo al espejo la dejó más tranquila.

—Comandante, ¿dónde lo busco? —Dijo por su comunicador.

—*Geni, ahora mismo estamos ocupados, pero hicimos anuncios importantes en su ausencia. Póngase al tanto y hablemos luego.*

—Como diga comandante. Voy a revisarlos.

¿Anuncios en su ausencia?

En la Huygens solía haber pocas novedades y aparentemente lo que fuera necesario anunciar había ocurrido en las dieciocho horas en que Geni había estado entrenando o durmiendo.

Revisó en su terminal los anuncios y encontró solo dos. Los puso para reproducción sucesiva.

Tripulación. Debido a los accidentes sufridos por los motores de fusión en tierra, hemos recibido la recomendación de programar un apagado anticipado de los fusores de la Huygens. Para lograrlo nos enviaron un nuevo plan de vuelo que nos permitiría continuar con nuestra misión de forma completa y regresar a casa casi en el tiempo planeado.

Hemos revisado con detenimiento el plan y lo encontramos viable.

Lo que haremos es adelantar el frenado un mes, lo cual es posible gracias a que los fusores han completado prácticamente todo el trayecto de ida y los motores Kraken tienen reservas de combustible completas.

Eso nos permitirá usar tanto los fusores como los Kraken para frenar y luego los fusores se apagarán definitivamente, completando la maniobra solo con los Kraken.

Para lograrlo el plan también contempla poner al alcance de la Huygens todos los contenedores de combustible que se habían lanzado con anticipación cuando, al principio de nuestra misión, se pensó en hacer el viaje de ida y regreso usando los motores químicos. Los contenedores ya están en camino para que los encontremos en las localizaciones ideales.

El frenado con los Kraken será brusco y cuando llegue el momento deberán estar asegurados. Debido al giro y a la desaceleración pueden llegar a sentir algo de mareo espacial.

Toda la información de seguridad está disponible. Por favor asegúrense de leerla.

El segundo anuncio era más reciente.

Todos los sistemas están listos y la cuenta regresiva se ha iniciado. Lamento decirles que por decisión de la ESA, no será posible enviar ni recibir mensajes de la tierra hasta que concluya la maniobra. Tal vez nos parezca innecesario, pero debemos aceptarlo.

Una vez se apaguen los motores de fusión se iniciará la rotación de la nave que tomará veintiocho minutos. Terminada la rotación se encenderán los Kraken y sentiremos una desaceleración brusca. Treinta segundos después se encenderán los fusores para aportar cierto impulso adicional, y se apagarán una hora después de forma definitiva. A partir de ese momento tendremos períodos intermitentes de frenado con los

Kraken, a medida que recuperemos los contenedores con combustible. Todos sabemos lo que hay que hacer. Buena suerte.

Geni sintió un *Déjà vu*. La cuenta regresiva y los anuncios de maniobra le recordaron los momentos previos a la muerte de Silvia y eso la puso en estado de alerta, que se agravó por la decisión de cortar comunicaciones. Le parecía una tontería, pero vaya uno a saber las razones. Como dijo el comandante, habría que aceptarlo.

Los procedimientos establecidos para la maniobra eran sencillos y ya los habían estudiado cuando se entrenaron para la misión así que solo tuvo que hacer un repaso y luego se dirigió a su oficina. Había decidido permanecer allí durante la maniobra para recuperar el tiempo perdido entre el entrenamiento y su sueño prolongado. Además, tan pronto como terminara, podría subir al anillo dos y verter el endemoniado polvo del diablo en su planta madre.

Al menos estaba contenta de retomar sus actividades normales y se puso al día en muchas tareas cuando recibió una llamada. Provenía de la sala de máquinas.

—Doctora Landó, soy Linus, de ingeniería. ¿Podría venir un momento a la sala de motores, por favor?

Geni sabía bien quien era Linus, habían coincidido varias veces a la hora del desayuno, pero no eran cercanos. A Geni le había causado gracia que tenía el cabello negro brillante e inmaculadamente peinado todo el tiempo, como engominado.

—Disculpa Linus, ¿cuál es la razón? La verdad es que estoy con mucho trabajo.

—Entiendo, pero recibí un mensaje para usted y la verdad es que estoy muy confundido.

—¿Qué mensaje? Y quién lo envía? —Dijo Geni.

—Dice: Geni Landó, ven y trae a Hugh. SPTO. Y lo firma alguien de nombre Cassie. El resto del mensaje son dibujos que no entiendo.

¡Cassie!

Jonás había mandado un mensaje y... ¿al cuarto de máquinas?

—Voy de inmediato Linus.

Tomó a Hugh de su repisa y lo guardó en su bolsillo, corrió al pasillo y tomó una de las asas que colgaban del techo.

—Sala de Motores —dijo, y el asa la haló.

El trayecto fue rápido y Geni se encontró con Linus que la esperaba.

—Es muy raro, en esta pantalla solo aparecen parámetros de potencia, presión, temperatura y otros datos del motor o instrucciones transmitidas por el fabricante desde la tierra. ¿De qué se trata y quién es Hugh? —Preguntó Linus.

—Tampoco lo sé, pero es un mensaje privado. Podría dejarme un momento a solas por favor?

—De ninguna manera; No puedo dejar el motor desatendido en medio de una maniobra.

—Lo siento, me refiero a que si me permite ver el resto del mensaje a solas. Mire, donde dice SPTO, solo para tus ojos, significa que sólo debo verlo yo.

—Está bien, es solo una consola de intercambio de mensajes, no hay forma de hacer nada peligroso desde allí, pero me mantendré en la sala.

—Por supuesto Linus —dijo Geni, que estaba tan extrañada como el ingeniero.

Tocó el botón de siguiente mensaje y no pasó nada. ¿Qué tendría que hacer?

«Hugh» .

Dio una mirada para asegurarse que nadie estaba observando, sacó la pequeña figura de su bolsillo y la puso en la consola frente al mensaje proyectado.

Al principio no pasó nada, pero entonces Hugh fijó su atención en la pantalla y el terminal de Geni se iluminó.

Un botón verde tenía el texto *Presiona para continuar*.

Lo hizo y el texto de la pantalla cambió a una colección de caracteres incomprensibles que desaparecieron y fueron reemplazados por otros, una y otra vez, cada vez a mayor velocidad hasta que para Geni fue imposible distinguir nada de lo que se proyectaba, pero Hugh siguió con su mirada fija. Geni no tenía forma de saber si estaba haciendo algo o no, pero su terminal mostró unas palabras titilantes.

Lectura OK

En un momento cambió el mensaje.

Error de Lectura

Simultáneamente, la pantalla de la consola detuvo su movimiento vertiginoso y se devolvió a la pantalla anterior.

Lectura OK de nuevo y los pantallazos volvieron a sucederse a la velocidad anterior.

Unos dos minutos después de empezar apareció un nuevo mensaje en su pulsera.

Mamá, URGENTE. Cuidate de un abordaje hostil muy peligroso. Cuando Hugh termine la lectura Filtralo lo más cerca posible del fusor y lee el resto del mensaje en un lugar seguro. Alerta al comandante.

¿Un abordaje hostil en pleno vuelo?

Por un momento dudó que el mensaje fuera realmente de Jonás, pero nadie más sabía de Hugh. Los sistemas de comunicación normales estaban interrumpidos, para gran molestia de todos a bordo, pero Jonás había encontrado una manera de saltarse los protocolos de la ESA y contactarla, lo cual era muy típico de él, que no era ni muy paciente ni muy respetuoso de las normas, si no les veía sentido. Y sin duda Hugh estaba haciendo algo con esos caracteres extraños que pasaban a toda velocidad por la pantalla de la sala de motores, pero su terminal no mostraba ningún indicador que le diera una idea de cuánto le faltaba.

Geni vio a Linus acercarse. ¿Qué iba a decir el engominado si veía a un hombrecito diminuto con bata de laboratorio mirando en posición de firmes la pantalla que mostraba caracteres a una velocidad que los hacía incomprensibles?

Haría muchas preguntas, y con razón. Era el ingeniero a cargo de unos motores que iban a entrar en funcionamiento en pocos minutos, y Geni estaba haciendo cosas muy raras, pero por lo que decía el mensaje de urgencia de Jonás no tenía tiempo de responder a interrogatorios.

Caminó a su encuentro, haciendo lo posible por bloquear con su cuerpo la visión de la pantalla.

—Doctora Landó, en serio esto es...

—Linus, ¿cuántas veces hemos compartido mesa en el desayuno? Lo pregunto en serio. ¿Cuántas?

—Eh, doctora Landó, no sé, varias, pero usted...

—A eso me refiero, Linus. Hemos desayunado muchas veces juntos. Yo diría que fácilmente diez o veinte, tal vez más, y todavía me dices doctora Landó? ¿Sabes siquiera cómo me llamo? —Dijo Geni, mientras de reojo miraba a Hugh, que mantenía su posición al frente de la pantalla.

—Por supuesto sé su nombre. Geni Landó. Y si lo olvidara lo podría volver a leer en la etiqueta de su uniforme.

—¡Exacto! Y entonces, ¿me dirá Geni a partir de ahora? ¡Ah! Es por mi edad. Muchos hombres se niegan a tutear a sus colegas si las consideran muy mayores —dijo Geni a quien se le estaban acabando las excusas para demorar a Linus... ¿Hugh se había movido? Parecía que sí.

—¿Muy mayor? Por favor, doctora Landó... Geni; de ninguna manera, pero si usted es muy joven. Sólo quería decirle que es muy extraño recibir mensajes por el sistema de monitoreo de los Kraken.

Geni aprovechó que Linus hablaba para darle una mejor mirada a Hugh que sí, se había movido y la miraba apuntando sus dos pulgares hacia arriba. Hizo un movimiento poniéndose de espaldas a él de forma que pudiera trepar por su brazo.

—No te parecería tan raro si conocieras a mi hijo. Parece que no le gustó que nos impidieran establecer comunicaciones y se las ingenió para usar este medio y enviarme sus saludos.

—Oh! Ingenioso. ¿Y usted... tú crees que sea posible hacer llegar un mensaje a mi esposa? No lo envié a tiempo y luego cerraron las comunicaciones.

—Linus, no sé cómo hacerlo, ni siquiera sé cómo contestarle a mi hijo, lo siento.

—No, está bien. En todo caso en menos de una hora deberían abrir los canales nuevamente.

—Así es. Linus, gracias.

Geni salió y se topó con otro ingeniero que venía por el pasillo. Su cabello era todo lo contrario del de Linus y se habría beneficiado mucho de un poco de su gominá, y Geni se lo había dicho en broma en alguna ocasión. Encontrárselo le podría facilitar o complicar las cosas. No estaba segura.

—Geni.

—Pierre, ¿día de mucho trabajo?

—No tanto. Es a mi amigo Linus a quien le va a tocar lo fuerte a partir de ahora.

—Entonces, realmente estamos viendo los últimos minutos de nuestro viaje con fusores? —Preguntó Geni.

—Por ahora. Los apagaremos, damos vuelta a la nave, encendemos

los Kraken y los fusores en simultánea, se apagan los fusores, los Kraken siguen funcionando hasta que se les acabe el combustible y se vuelven a encender cada vez que capturemos unos cuantos contenedores para reabastecerlos. Al menos ese es el plan.

—¿Por qué lo dices? ¿Tienes dudas?

—Tal vez un contenedor falle o esté roto y haya perdido su combustible en el espacio, o tal vez en la tierra se den cuenta de que los fusores son seguros y podamos encenderlos de nuevo, pero por hoy, sí, es el último día de viaje con fusores.

—Me gustaría verlos ahora. ¿Cree que sea posible?

—Claro, ¿por qué no? Hasta cierto punto al menos. Sé que desde los hábitats en el anillo uno hay buena vista de los fusores, pero es apenas un resplandor. Donde la voy a llevar es un poquitín más interesante. —dijo con una sonrisa.

Geni sonrió a su vez y lo siguió, pensando en lo que había visto en el primer mensaje de su hijo.

Jonás seleccionaba sus palabras con cuidado. Si en su mensaje estaba primero *Cuídate de un abordaje hostil muy peligroso*, es porque eso era lo más importante, aunque Geni no tenía mucho que hacer al respecto salvo estar vigilante. En todo caso no comprendía cómo podía ocurrir un abordaje y seguramente no tendría detalles hasta que pudiera leer el mensaje entero, y eso sólo podría hacerlo después de que completara la segunda instrucción de Jonás. *Cuando Hugh termine la lectura Filtralo lo más cerca posible del fusor* y por ahora Pierre la estaba ayudando en esa tarea.

Los motores de fusión se habían acoplado alrededor de los motores químicos, junto con un sistema de armas de dudosa utilidad. Fusores y armas estaban instalados en un anillo casi tan grande como el anillo uno, aunque era fijo, no giratorio, y para llegar a cualquiera de los dos fusores era necesario tomar un ascensor al que se estaban acercando en ese momento. La puerta identificó al ingeniero, pero no se abrió.

—Visitante autorizada —dijo, y pudieron entrar. —Aférrese bien, no es como los ascensores del hábitat.

Y tenía razón. El ascensor aceleró a gran velocidad haciendo que las piernas de Geni se flexionaran por el aumento de peso repentino.

—En nuestras habitaciones todo es calma, aquí se necesita llegar lo más rápido posible. —Explicó Pierre.

Geni lo siguió un poco mareada. En esta zona no había decoración de ningún tipo, era pura construcción funcional matizada en diferentes tonalidades de negro, blanco y gris. De pronto se detuvo; sobre una de las paredes leyó en letras rojas.

ANANKÉ

—¿Ananké? Estamos en la nave que trajo los motores de fusión?

—Exacto, toda una obra de arte. Una nave diseñada para viajar con dos motores de fusión y un sistema de armas, y luego convertirse en parte de otra nave. De verdad que con esto se pasaron en la ESA.

Era cierto. Pese a las diferencias notorias entre el interior de la Ananké y de la Huygens, las dos formaban una unidad perfecta, tanto que Geni no fue consciente al principio de pasar de una a otra.

—Vamos, el motor uno está en el extremo.

Geni caminó por el anillo que se veía mucho más grande que el anillo uno, pero solo porque carecía de plantas y depósitos de alimentos que cortaran la línea de visión. La Ananké era pura estructura. Estar allí la hizo consciente de la inmensidad de la nave en que viajaba.

—Mire por la claraboya —la invitó Pierre, y Geni lo hizo.

La claraboya permitía ver hacia el exterior en noventa grados, hacia atrás y hacia arriba. Atrás pudo ver los motores Kraken, aún apagados, y hacia arriba...

—¿Son las armas?

—Sí, cañones de plasma y otras maravillas que añaden un peso descomunal, pero, qué le vamos a hacer. Lo más interesante está por acá.

Siguieron caminando un buen trecho hasta que llegaron a una nueva claraboya por la que Geni miró sin esperar invitación. Encima estaba la tobera del motor de fusión abarcando todo el espacio de visión. Su anillo exterior refulgía de un azul brillante mientras que el centro lo hacía en diferentes tonos violeta, que no eran visibles desde ninguna otra parte de la nave.

—Es hermoso —dijo Geni—. ¿Hay forma de verlo más de cerca?

—Sin un traje EVA, no mucho, pero sí un poco. Venga.

Geni fue hacia donde Pierre le indicó e ingresó en una pequeña habitación donde había trajes EVA en sus soportes, listos para ser usados en pocos minutos.

—¿Voy a hacer una salida extra vehicular? —Preguntó entre alarmada y algo, un poco, emocionada.

Pierre rio con ganas.

—No, Geni, pero le prometí que podía acercarse un poco más. Suba —dijo, mostrando una escalera con escalones anchos, de fácil uso para personas con trajes incómodos.

Geni subió y se encontró en lo que debía ser la esclusa de salida. Tenía un tablero de mandos y claraboyas. Desde allí el escape del fusor se veía mucho mejor, no tanto por la distancia, que era apenas unos metros menor que desde abajo, sino porque estaba oscuro y ningún reflejo molestaba. Sí, era una luz hermosa, y peligrosa. No lo había olvidado, sabía lo que, de alguna forma, le había hecho a su mejor amiga, y de cómo Silvia misma había muerto en medio de una explosión de luz tan hermosa como mortal.

Pero era el punto más cercano al fusor. Miró por el vidrio tratando de decidir el mejor lugar. Aunque se había acercado algo, el motor se veía lejos, a treinta o cuarenta metros de distancia. ¿Como podría lograr Hugh filtrarse hasta allí?

Lo sacó de su bolsillo y lo asomó a la claraboya para que viera su destino, aunque no tenía ni idea si eso le serviría de algo. Luego lo acercó a la pared metálica. Hugh puso las manos sobre la pared y se filtró en la aleación como si fuera agua en una esponja, hasta que desapareció de la vista.

Geni agradeció a Pierre y tomó un asa de transporte a su habitación, para poder ver el mensaje completo sin interrupciones. Se sentó en su cama y reprodujo el mensaje.

Mamá, solo puedo enviarte audio porque este medio tiene muy poco ancho de banda para un holo y necesitaba la mayor parte para las instrucciones nuevas de Hugh. Hemos descubierto que al menos uno de los atacantes de mi padre en la cabaña intentará abordar la Huygens, por

imposible que parezca. Es una mujer Kori, Yara, muy fuerte y quien puede viajar instantáneamente de un sitio a otro. Aún no sé cómo lo hace, pero es así. Tampoco sé si realmente puede hacerlo, creo que es la primera vez que intentarán algo así, pero debemos suponer que lo logrará.

Creo que tiene un punto débil. No le resulta fácil saltar desde o hacia un lugar cerrado o con muchos obstáculos, necesita cierta área libre. Secuestró a Sofi para sacarle información del mejor punto en la nave para saltar y aparentemente es alguna sección del anillo uno. Ya hay un equipo de rescate en camino por Sofi y mi papá, no te preocupes por ellos.

Yara intentará abordarlos unos minutos después de que apaguen los fusores. No trates de detenerla sola, el comandante debe tener personal de seguridad. Deja que lo hagan ellos. Lo más contundente sería volver a encender los fusores, pero eso, por supuesto, la mataría.

No sé cuál es la misión exacta de Yara, pero debemos suponer las peores intenciones, como lo han demostrado con el Ferrovac y hace poco con las pruebas de fusores en tierra. A ellos no les importa matar, eso es seguro.

Si Hugh logra llegar a alguno de los fusores lo sabrás por tu terminal de pulsera y podrás activar un arma contra ella. Eso no encenderá los motores propiamente dichos ni afectará el impulso de la Huygens, pero si activará una parte del motor que según he descubierto es la causante de lo ocurrido a Silvia. Tiene dos niveles de potencia, pero nunca los he probado en un sujeto real y tan solo puedo estimar que el primero la aturdiría, mientras que el segundo resultaría mortal. No dudes en usarlo, tu vida y la de todos tus camaradas a bordo puede depender de eso. Avísale al comandante y cuídate.

Nuevamente, Jonás ratificaba que el peligro inminente era un abordaje, pues el apagado de los motores ocurriría en pocos minutos. Geni tomó el ascensor para ir hasta el cuerpo de la nave y un asa de transporte.

—Centro de mando —ordenó, pero el asa no se movió y una voz se dejó oír por alguno de los cañones de sonido del techo.

El centro de mando estará restringido durante la maniobra

Buena medida de seguridad, aunque inoportuna; necesitaba hablar con el comandante. Lo llamó por su pulsera, pero quien apareció en la llamada fue Izaskum.

Doctora Landó, no es un buen momento. Y usted también debería estar en alguna de las posiciones designadas durante la maniobra.

—Iza, necesito hablar con usted y el comandante; es urgente, y debe ser antes de la maniobra.

La primera oficial volteó la mirada, presumiblemente mientras hablaba con su superior, y luego volvió a Geni.

Dos minutos, Geni, sala de oficiales de vuelo.

—Sala de oficiales de vuelo —ordenó Geni, y esta vez el asa la haló hacia adelante, venciendo con facilidad la sensación de gravedad generada por el impulso de los motores.

La sala de oficiales de vuelo estaba unos cinco metros antes de la puerta del centro de control y no había guardias custodiando ni nada parecido. Era obvio que el comandante no esperaba ningún ataque.

El comandante Colombo y la primera oficial ya estaban allí, hablando junto a la puerta del salón. La observaron mientras se acercaba.

—Geni, hay trabajo que hacer. ¿Qué es lo urgente que necesita decirnos?

—Comandante, ¿recuerda que cuando Silvia murió usted nos invitó a tener la mente abierta? Ahora se lo pido yo, por favor. El mensaje de Jonás que va a oír está relacionado. Él ha investigado qué es lo sucedido y han dado con algunos descubrimientos increíbles, y ahora mismo considera que estamos en peligro mortal. Escuche.

Geni reprodujo el audio de Jonás que había preparado, al que había editado todo lo referente a Hugh. A Geni le parecía que al comandante no le haría gracia que se metieran con uno de sus motores; hasta le podría parecer muy muy sospechoso, y con razón.

Los dos minutos se convirtieron en cinco y el comandante repitió la grabación varias veces. Al fin dijo.

—Geni, recibir mensajes por el sistema de monitoreo... es ingenioso, pero extraño y a todas luces debió solicitar permiso para hacerlo. Y en cuanto al mensaje mismo, no sé qué decir. Perdóneme, pero ser abordados de pronto por una persona que puede ir de un sitio a otro como si nada, está más allá de mis posibilidades de mente abierta. No digo que me mientan usted ni su hijo, pero creo que han mal interpretado algo. Por favor, permanezca en su laboratorio, hablaremos después de la maniobra —dijo el comandante, que se dio media vuelta y se encaminó hacia el centro de control.

—Comandante, tal vez sea mejor si acompaño a la doctora Landó hasta su lugar —dijo Izaskum.

El comandante no habló, pero hizo un gesto de asentimiento y fue rumbo al centro de control.

—Cree que estoy loca —dijo Geni.

—¿Lo puedes culpar? ¿Eres consciente de lo que Jonás y tú han dicho?

—Muy consciente, pero es más importante proteger esta nave que mi imagen o la de Jonás.

—Puedo acompañarte y pasaremos juntas la maniobra, mantendremos los ojos abiertos y estaremos atentas a cualquier movimiento extraño. ¿Satisfecha?

—¿Tienes algún arma, aunque sea un cimbrador?

Izaskum la miró. Por un momento Geni pensó que perdería la paciencia, pero en cambio entró al salón de oficiales de vuelo y acercó su pulsera a uno de los nichos de la pared, de donde sacó un pequeño cimbrador que se puso en el bolsillo. A Geni le pareció muy pequeño, casi un juguete, pero no estaban las cosas como para exigir más.

Tomaron un asa y se dejaron caer lentamente hasta llegar al nivel del anillo uno; entraron al desierto laboratorio de Geni y se sentaron ante la consola.

—Creí que alguno de tus pupilos quedaría de turno aquí —dijo Izaskum.

—En botánica no se presentan muchas emergencias que digamos; a las plantas les gusta mucho crecer aunque no les prestemos atención, afortunadamente, así que no hace falta personal permanente.

—Eso y que cualquier excusa es buena para tomarse unos tragos con los amigos. Allí deberías ir tú también luego de la maniobra.

Geni no respondió e Iza retomó la palabra.

—En una escala de uno a diez, ¿qué tan probable consideras que una persona aborde la Huygens en pleno vuelo, a la velocidad a la que vamos y a la distancia que estamos de cualquier otra presencia humana?

—Un nueve, mínimo.

—¿Nueve?, Pero ¿cómo puedes pensar que es posible? No te parece más factible que tal vez Jonás haya cometido algún error, o que está jugando contigo y tú te lo tomaste en serio? Sé que es bastante bromista

y tal vez no captaste su juego por esa cosa que tomas para evitar el mareo espacial.

Geni dio un respingo, pero Iza le hizo un gesto tranquilizador.

—Mi trabajo, entre otras obligaciones, ha sido hacer un seguimiento del entrenamiento de todo el personal. Pude verificar que sufriste de mareo espacial desde tus primeros días, luego mejoraste de repente, pero desaparecías después de cada entrenamiento. Hace poco te vi recolectando algo de tus plantas justo antes del entrenamiento faltante, y al terminarlo volviste a desaparecer. No es difícil suponer lo que haces. Si fueras personal de vuelo te habría reportado, pero no es el caso; sin embargo queda la cuestión principal. Lo que sea que usaste, ¿podría afectar tu capacidad de discernimiento?

Geni pensó en negar lo dicho, pero no tenía ningún sentido. Iza estaba al tanto y además la había cubierto. Mal haría en pagarle con mentiras. Además, Jonás prefería dejar el secreto atrás con tal de ganar credibilidad.

—No, Iza, no la afectaría. Tienes razón en algo; usé esporas que me evitaron padecer los efectos del mareo espacial durante el entrenamiento, pero lo que hace la planta es un sándwich. Desorientación instantánea de rápida desaparición, postergación de la sensación de mareo y rebote; por eso me encierro luego de las misiones hasta que pase el efecto. La última vez me sentí morir, pero una vez que pasó volví a la normalidad, como siempre. Mira, esta es la espora del diablo. —Dijo Geni, entregándole la caja de muestra con un polvo anaranjado.

—Te creo, porque te he seguido los pasos y he verificado que no actúas de forma errática luego del encierro, pero entonces, ¿cómo puedes aceptar tan fácilmente algo tan inverosímil como que alguien aborde la Huygens? Estás hablando de magia, por si no te habías dado cuenta. —Comentó Izaskum, observando distraídamente el objeto y guardándolo en su bolsillo.

—Silvia le llamaba Kor. ¿Recuerda el mensaje que me envió y escuchamos tras su muerte? En él me dejó pistas privadas que me llevaron a un mensaje oculto. Jonás lo recuperó en tierra y me lo envió. Allí ella me reveló que iba a morir porque era diferente a nosotros de una forma que no era fácil de comprender. Me dijo que tenía poderes especiales, como super poderes, ¿comprendes? Y le decía Kor, aunque por supuesto para

nosotros es magia. No, espera, no pongas esa cara. Dijo que su poder era sobre las plantas, podía lograr que crecieran más rápido, que fueran más productivas y vaticinó que poco después de su muerte la producción decaería. Yo no me lo creí, quedé tan escéptica como tú ahora y ni siquiera se lo dije a Jonás, pero ocurrió. La producción disminuyó aunque los datos comprobaron que seguían recibiendo exactamente la misma energía, cuidados y nutrientes que antes. Mis colegas lo atribuyeron a algún efecto secundario desconocido por la puesta en marcha del motor de fusión.

—Pero tú piensas que la causa real es la muerte de Silvia.

—En ese momento no supe qué pensar, pero ahora, no me cabe duda. Sí, creo que la ausencia de Silvia es la única explicación. Y no lo creo porque sí. Jonás ha estado investigando y se ha encontrado cosas realmente extrañas que escapan a nuestra comprensión. Él está seguro de que lidiamos con personas que, con o sin su conocimiento, están en posesión de algún tipo de tecnología avanzada que no comprendemos, modificaciones genéticas o algo así, pero de lo que no duda es de que existen realmente y que sus posibilidades están más allá de lo que podemos imaginar.

Iza iba a contestar, pero el anuncio de inicio de maniobra las obligó a ponerse su cinturón de seguridad.

—Afirmaciones tan radicales demandan demostraciones contundentes. Afortunadamente en unos minutos saldremos de dudas.

—Por mí que se quede sin demostración. Me aterra lo que pueda hacer una persona que sea capaz de, de...

—De hacer magia —dijo Izaskum.

—Sí. Sería una pelea muy injusta, ¿no crees? Simples mortales contra magos y brujas.

—Entonces emparejemos un poco las cosas —dijo Izaskum, que acercó su brazalete al terminal de Geni. En seguida dejó de proyectar las gráficas de crecimiento de las plantas y en su lugar vieron imágenes en vivo de todos los niveles del anillo uno—. Por lo menos, si llega no nos cogerá desprevenidas.

Secuencia de apagado seguro de los fusores iniciada, crepitó el parlante.

—Bien, allí vamos —dijo Geni.

Iza sonrió mientras sus ojos recorrían rápidamente las imágenes de los niveles.

Un minuto después y sin que se produjera ningún sonido, la suave sensación de peso desapareció y Geni supo que los motores se habían detenido. Iza se lo confirmó un momento después.

—Estamos en gravedad cero y pronto comenzaremos a rotar la nave. Si fueras una mujer con poderes mágicos y necesitaras una buena área de aterrizaje en el anillo uno, ¿qué lugar escogerías?

Geni sonrió a Iza y pensó en un lugar.

—El nivel 1.1g. La pista para trotar es un área libre grande, las plantas están ubicadas solo en los bordes. Sí, ese sería mi sitio de aterrizaje.

—Seríamos buenas brujas. Había pensado en el mismo lugar. Por si acaso deshabilite el ascensor en este nivel y cerré las escotillas de acceso.

—Entonces, ¿empiezas a creer que puede ser cierto?

—No, pero no podrán acusarme de no intentar todo por...

Iza se calló de repente y su rostro sonriente dio paso a una mirada seria y alerta. No dijo nada más y señaló una de las imágenes del holo.

En la pista de ejercicio una mujer alta acababa de aparecer y se estaba quitando un casco de vuelo.

Antes de que el cronómetro lo confirmara, su mente supo que ya había llegado el momento. La imagen de la pista de ejercicio en el anillo uno de la Huygens se dibujó clara en su mente, más nítida aún que en el holo que les había mostrado la ex novia del muchacho Landó.

Saltó y, tal como Denisse había dicho que pasaría, en un instante estaba en la verdadera nave. En comparación con la ingravidez que había experimentado hasta hacía un instante se sintió pesada, aunque sabía que en este sitio pesaría solo un diez por ciento más que en la tierra, pero le pareció mucho más.

Se dio prisa, pues no tenía forma de saber cuánto tiempo duraría desierto el lugar. Se quitó el casco y lo ocultó entre unas plantas tupidas. Este sería el mejor lugar para saltar de regreso.

Se encaminó al ascensor, que estaba apagado y acercó el cristal de

Dennise a la terminal de control, que se encendió. La cabina estaba en el nivel 0g y empezó a subir hasta la posición de Yara.

Aprovechó la espera para practicar el salto a corta distancia. Estaba acostumbrada a dar saltos a grandes distancias, pero desde que fue capturada por Jonás, por pura necesidad tuvo que practicar los brincos a pocos metros y desde entonces lo había tomado como un desafío en el que cada vez se volvía mejor. Tal vez le serviría para llegar rápidamente al centro de control.

Una campana anunció la llegada de la cabina y la abordó. Debía prepararse para gravedad cero.

Llegó al centro de la nave y salió, encaminándose hacia la proa.

Una figura femenina estaba flotando frente a ella y le apuntaba al pecho con algún tipo de arma.

—Manos a la vista, no te muevas un...

Yara no esperó el resto del discurso. Dio un salto corto y apareció a espaldas de la mujer a la que noqueó con un puñetazo en la mandíbula pero, al hacerlo, la misma Yara salió despedida en sentido contrario.

Tendría que aprender a combatir en gravedad cero.

El arma salió dando tumbos y otra mujer que Yara no había visto salió de alguna parte y la recogió al vuelo, disparándola de inmediato en su dirección.

La onda de choque la golpeó en el pecho y el hombro derecho, lanzándola contra una de las paredes del fuselaje y causándole un dolor insoportable con una sensación de quemadura en todo su brazo. Durante un minuto o algo así no pudo reaccionar, pero al fin trató de tomar una mejor posición y saltar hacia donde había visto a la segunda mujer, pero el lugar se había llenado de sillas y elementos de oficina que flotaban. Todos estaban diseñados para no desprenderse del piso bajo condiciones de ingravidez, por lo tanto que estuvieran allí tenía que ser un acto intencional.

Esa mujer debía saber de sus dificultades en espacios cerrados y solo se le ocurría una persona que pudiera estar informada de eso.

—Doctora Landó, me imagino. Tengo otras tareas más importantes, pero ya volveré por usted —dijo Yara, y se encaminó al cable.

Durante un momento la aludida no dijo nada. Tomó a la mujer inconsciente y la metió en el ascensor, luego entró ella y gritó.

—Oye, Yara, tal vez te haga falta esto.

Yara giró la cabeza y lo vio. El cristal de Dennise, lo había perdido cuando Landó le disparó y sin él no tenía sentido ir al centro de control.

—Dormitorios —ordenó Geni al elevador.

No se le ocurrió otro sitio mejor. Si iba a uno de los pisos bajos Yara llegaría muy pronto por las escaleras y si iba a uno muy alto sería muy difícil mover el cuerpo de Iza con el peso extra.

Cuánto pesaba la primera oficial, ¿tal vez cincuenta y cinco kilos?

Tampoco sería fácil moverla en el nivel 0.7g, pero al menos allí, y cerca del ascensor, tenía su habitación, donde esperaba parapetarse y dispararle a Yara si trataba de entrar.

—Geni...

—Iza, bendito cosmos. No sabía cómo cargarte. ¿Puedes caminar?

—Sí, pero esa desgraciada casi me rompe la quijada.

—Vamos —dijo Geni que rezó para que la puerta de su habitación se abriera. Lo hizo: al parecer el cristal de Yara no había bloqueado ese acceso.

Iza seguía aturdida y se sentó en la cama. Geni se hizo ligeramente a un lado, apuntando directamente a la puerta.

—Perdió el cristal y lo tengo yo. Por eso viene por nosotras —dijo Geni.

—Bien hecho, pero deberías destruirlo ya. No sabemos lo que pueda hacer con eso.

—Me preocupa que si lo hago se torne más violenta y haga alguna locura con los tripulantes del puesto de control. Quiero atraer su atención todo el tiempo posible.

—Está bien, pero llegado el momento tienes que destruirlo.

Geni seguía apuntando a la puerta, casi esperaba que Yara la abriera de una patada y que ella la pudiera abatir de un disparo

—¡Geni, detrás tuyo! —chilló Iza, pero cuando trató de girarse sintió un golpe que le arrancó un grito y el cimbrador salió volando de sus manos. Le había roto el brazo, sin duda.

Entre lágrimas de dolor Geni vio una imagen extraña. Yara se giró

hacia Iza y esta abrió la caja con las esporas del diablo y se las sopló en la cara.

Eso les daba una oportunidad, aunque muy pequeña. Verificó que el cristal siguiera en su bolsillo y le gritó.

—Iza, salgamos.

—No encuentro el cimbrador.

Yara empezó a moverse por todas partes, chocando contra la silla. No coordinaba sus movimiento, pero aun así era difícil mantenerse fuera de los azotes de sus brazos.

—El efecto ya casi termina, vamos —dijo Geni que luego miró el ojo de buey e invirtió la imagen que proyectaba. Recordó que eso la había desorientado el primer día y esperó que, tal vez, sirviera para retrasar algunos segundos más a Yara.

Subieron al elevador.

—¿Al centro de la nave o a dónde?

—Lo más lejos posible del centro de control.

Presionó el nivel 1.2g y llegaron en seguida. Tácticamente parecía un buen sitio, lleno de obstáculos, pero Geni recordó que Yara había saltado dentro de su propia habitación. O Jonás estaba equivocado o Yara era especial y podía moverse en sitios estrechos. Tendría que decírselo, siempre que se librara de esta.

Corrieron buscando un lugar donde esconderse y con buena visibilidad al elevador y las escaleras, pero tal sitio no existía; o tenían buena vista pero estaban expuestas, o se escondían sin saber qué pasaba a su alrededor.

—Sin cimbrador de poco nos sirve tener buena línea visual. Escondámonos, pero si nos encuentra ya sabes qué hacer con el cristal —dijo Iza.

Lograron trepar a duras penas a la base de un tambor de plantas de zanahoria, que las cubrían de casi todos los ángulos. Iza la sostuvo con esfuerzo porque Geni no podía aferrarse con su brazo lastimado, pero todo fue en vano. La mujer apareció ante ellas apuntándoles.

—Entréguenme el cristal—dijo Yara extendiendo su mano sin dejarles de apuntar con la otra.

Geni lo pensó unos segundos y entonces sacó del bolsillo el pequeño cristal y se lo acercó a Yara.

—No lo hagas, Geni, la nave es más importante —dijo Izaskum.

Geni acercó su mano hasta la de Yara, luego apretó con todas sus fuerzas y destrozó el cristal, dejando que los trozos cayeran en la mano abierta.

—Espero que esto no dañe tus planes, Korí —dijo desafiante.

Esperaba una reacción de furia, pero Yara no se inmutó. Observó los restos del cristal y luego sonrió, mirándola a los ojos.

—No los daña en absoluto, Nuul —respondió, y los fragmentos se fusionaron de nuevo.

—¡No! —Gritaron Geni e Iza.

Geni no lo podía creer. Por su estupidez de retarla, le había entregado el cristal, pero, ¿es que no tenía idea que pudiera repararlo así! Se suponía que debería haber quedado inservible.

En ese momento, la terminal de pulsera de Geni se activó.

Hugh en Posición - Inductor en línea

Debajo de esas palabras había tres opciones.

La palabra *Listo* en color verde, *Incapacitar* en amarillo, y tres puntos en rojo tenían debajo el texto *Vida o Muerte*.

—Cuando me encuentre con su hijo le diré que su madre hizo todo lo posible por salvar la nave. Después tendrá que olvidarlo, claro, pero por un momento lo sabrá —dijo Yara, sin dejar de apuntarles con el cimbrador.

«¿Salvar la nave?», pensó Geni.

Antes, no estaba segura de qué pasaría si el cristal llegaba a la sala de control, pero las palabras de Yara no le dejaban dudas: iba a destruirla.

Con esa revelación en mente Geni no vaciló más y presionó el botón de *Incapacitar* en su pulsera.

Para su horror, Yara se puso rígida y su expresión fría dio paso a una mueca de dolor en tanto que dejaba escapar lo que al principio era un lamento grave que enseguida se convirtió en un alarido, mientras su cuerpo empezaba a brillar y humear y aunque el cimbrador seguía en su mano ya no les apuntaba a ellas sino a algún lugar del piso. Yara siguió de pie un momento más y luego cayó boca arriba, retorciéndose.

Geni e Izaskum no se habían movido, paralizadas por la espantosa escena que tenían ante sí, pero el calor que irradiaba Yara las sacó de su trance y se alejaron poniéndose a salvo.

Cuando Silvia murió, Geni no había podido hacer nada. Ahora, viendo a Yara retorcerse en el piso y consciente de que ella era la causante de su sufrimiento y la única capaz de ponerle fin, presionó el botón verde.

El fulgor de Yara se atenuó lentamente, mientras su llanto persistía hasta que, segundos después, cayó inconsciente.

—Iza, pide ayuda, sobre todo médica. Cuando lleguen díles que es imperativo mantenerla sedada, o puede teletransportarse Dame el cimbrador.

Izaskum se acercó con cuidado a Yara y trató de tomar el cimbrador pero enseguida retiró la mano. Debía estar demasiado caliente. Entonces estiró la manga de su uniforme a modo de guante y manipuló el cimbrador hasta que sacó de él una pequeña pieza.

—Está demasiado caliente y parece que se le pegó a la mano pero le quité la unidad de energía. ¡Y mira esto!

Del bolsillo de la chaqueta quemada de Yara asomaba el cristal deformado, que parecía inutilizable. Lo tomó y lo guardó en su bolsillo.

—Puede estar mal herida pero no te puedes quedar sola con ella y sin cimbrador para defenderte. Ve por ayuda y yo la vigilo.

Geni asintió y se marchó. Aunque el cristal parecía dañado su efecto perduraba, pues el ascensor seguía sin funcionar. Tomó las escaleras y sintió como el peso disminuía a medida que se acercaba a la zona sin gravedad en el centro de la nave.

Pese a todo lo que había ocurrido con Yara no había ninguna alarma sonando ni personal de seguridad que las buscara, y los pasillos vacíos significaban que la tripulación debía continuar en sus puntos de seguridad mientras se completaba la rotación de la nave. El cristal realmente había aislado por completo todas las zonas que tocaba.

En 0 g Geni flotó pero el dolor pulsante de su brazo empeoró, y siguió empeorando. En esa área las asas estaban apagadas y tuvo que impulsarse hasta la siguiente antes de encontrar una que funcionara. Al fin la aferró y ordenó.

—Centro de comando.

El asa la haló y a medida que se acercaba a la proa se hizo más evidente para Geni que la nave estaba rotando. Empezó a sentir el mareo.

El asa se detuvo antes del centro de control y dos guardias la miraron con curiosidad.

—Doctora Landó, durante la maniobra el centro de comando está cerrado. Debería estar en su punto asignado.

—La primera oficial está en el anillo uno nivel 1.2 g, requiere de inmediato atención médica, técnicos y guardias armados. Yo también estoy herida.

El dolor no había dejado de aumentar y aún peor era el mareo, el maldito mareo espacial. Antes de perder el control sobre su cuerpo vio que los guardias venían por ella y dejó que se ocuparan. Esperaban que les hubiera quedado claro el mensaje.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Saludo remoto

El vino no servía para avivar las llamas así que se había salvado de la hoguera, pero no de los tres compañeros que estaban terminando la segunda botella.

—Yo me pongo en cuatro patas detrás de ella y Marius, que es de su tamaño, la empuja. Tú Sofí, que sabes Karate, le das el golpe de gracia.

—Claro, seguro que ella cae con tu zancadilla de primaria. Y yo no sé karate, lo mío es Krav Magá, y no me sirvió de mucho la última vez.

—Si Yara regresa tendremos que ir todos contra ella; puede que no la venzamos, pero si desaparece otra vez al menos nos llevará a todos juntos —dijo Marius, rellenando las copas.

—Eso, nos aferraremos a ella como luchadores. Imposible que entre los tres no logremos dominarla.

—Mas que luchadores creo que pareceríamos garrapatas, pero capto el punto —dijo Sofí.

La música clásica que sonaba antes había dado paso a cantos con voces femeninas. El cañón de sonido se había arruinado por completo para los sonidos graves y solo un poco para los agudos, aunque parecía estar deteriorándose rápidamente.

—Mala calidad. Cuando estemos agarrados a Yara podemos decirle

que la próxima vez invierta un poco más cuando compre equipos de audio.

—Creo eso es mi culpa, David. Para tratar de aumentar la potencia eliminé varios limitadores —dijo Marius.

David iba a responder algo, pero Sofí se adelantó.

—¿Hay unas luces moviéndose hacia acá o es mi imaginación?

David y Marius miraron en la dirección que señalaba Sofí, pero no vieron nada

—Maldita sea, creo que desaparecieron tras la montaña. Para verlo tendríamos que asomarnos sobre el abismo —dijo Sofí.

—Yo lo haré, ustedes dos no dejen que me caiga.

David y Sofí trataron de convencerlo de lo contrario, pero ya estaba en marcha y tuvieron que contentarse con tomarlo como pudieron del cinturón y de la camisa mientras él sacaba medio cuerpo sobre el abismo.

—Sí, hay luces, pero no estoy seguro de que nos vean. Hay muchas montañas además de esta y si vieron las luces puede que no estén seguros de dónde se originaron. La malla de luces, tenemos que ponerla en la punta de un palo y moverla como una bandera, que sobresalga lo suficiente para...

El discurso de Marius se interrumpió cuando resbaló en el suelo polvoriento y con un grito cayó. Sofí y David reaccionaron al mismo tiempo y alcanzaron a meterlo de nuevo en la terraza, pero no pudieron evitar que cayera de costado sobre el piso de piedra lanzando un grito de dolor.

—Marius, cosmos, creo que se rompió las costillas, como mínimo. David ayúdame a moverlo lejos del borde, con muchísimo cuidado.

Sofí quería moverlo tan lejos del borde como fuera posible, pero hasta el más pequeño movimiento le arrancaba gritos de dolor.

—David, al menos pongámoslo perpendicular al filo, así no rodará.

Movieron a Marius con el máximo cuidado posible pero la prioridad era evitar que cayera, lo que los obligó a ignorar sus gritos de dolor. Cuando Sofí quedó conforme con la posición lo apuntaló con algo del relleno de cojín para que no se moviera.

—Sofí... Sofí, las luces, no hay más oportunidades —dijo Marius con voz ahogada, y Sofí no necesitó nada más.

Tomó el palo de bambú que había servido como marco superior a

un tapíz y David empezó a enredar en él la malla de luces, asegurándose de que colgara la mayor parte.

De la punta del palo ataron una cuerda hecha con retazos de tela para sostener parte del peso y, mientras David sacaba la bandera improvisada por el borde de la terraza hacia el precipicio, Sofí jalaba de la cuerda hasta dejar el mástil en un ángulo de unos treinta grados. Sofí la movía un poco para hacerla más llamativa.

De pronto, la roca que hacía de techo de la terraza se iluminó con una luz potente, como si fuera de día. Se asomaron tanto como se atrevieron y pudieron distinguir en la base de la montaña dos poderosos reflectores apuntando en su dirección y varias más tenues entre ellas.

—¡Son autos! —Dijo David, al tiempo que saltaba moviendo los brazos, y lo mismo hizo Sofí—. ¡Y nos están saludando!

—La pancarta y la grabación—dijo Marius.

Sofí y David se apresuraron a tomar la pancarta que habían preparado con un tapete de esterilla sobre el cual habían escrito los doce caracteres con un trozo de madera a medio quemar. David apuntó el trajinado cañón de sonido hacia los autos de abajo e inició la reproducción en bucle que habían preparado, luego volvió a ayudar a Sofí sosteniendo la pancarta.

—Y si no tienen binóculos, ¿qué? —Preguntó David.

—Claro que los tienen, no seas tonto.

—Y por qué estás tan segura?

—¿Sales a investigar la fuente de un ruido extraño y un incendio en las montañas y no llevas binóculos? Por favor.

Movieron la pancarta de arriba a abajo, lentamente, para que sí había alguien con binóculos tuviera un buen chance de verlos.

Entonces sonaron tres bocinazos, una pausa y cinco bocinazos más. La secuencia siguió doce veces.

—Están repitiendo el número, nos vieron dijo David.

—Pero está mal. El cuarto número es siete, y solo tocaron una vez. Mira, tu siete parece un uno, —dijo Sofí, y con el madero carbonizado repintó el siete hasta que no cupo duda. Entonces volvieron a exhibir la pancarta y un minuto después volvió la salva de bocinazos. Esta vez toda la secuencia estaba bien y Sofí y David confirmaron, con más saltos y

movimientos de brazos, que sus rescatadores (si es que eso eran) habían comprendido el número.

Los reflectores disminuyeron la intensidad a un nivel más cómodo. Seguían iluminando la terraza, pero sin deslumbrar.

—Bien, Marius. Parece que entendieron el mensaje.

—Solo el número. ¿Como está el audio?

—Todavía se entiende, pero creo que el cañon está en las últimas. La calidad es cada vez peor.

Sofí miró a Marius que a duras penas se movía, y cada vez que lo hacía le costaba un nuevo gruñido de dolor. Le había puesto nuevos apoyos y un cojín bajo la cabeza. A ella el cuerpo le dolía como nunca antes debido al esfuerzo de desbaratar los muebles y armar la base para la hoguera, pero viéndolo a su ex suegro tirado en el piso con dolores que debían ser horribles, no se atrevió a quejarse de su propio dolor.

Unos minutos después, tal vez diez o quince, la luz del reflector que iluminaba la terraza se intensificó, y una algarabía de bocinas y gritos se oyó abajo.

—¿Qué pasa? —Preguntó Marius.

—A mí me parece una celebración. Están saludando con las manos y dos camionetas dan vueltas en círculos.

—Sí, Sofí. ¿Será posible que Jonás haya recibido el mensaje?

—Si no es así, no entiendo por qué están tan felices —respondió ella.

Las personas abajo habían abandonado sus vehículos y montaron tiendas en el exterior. Mantuvieron sus reflectores sobre la montaña con una intensidad baja.

—Viene otro vehículo —anunció David.

Los dos jóvenes le siguieron la pista a la luz que se acercaba. El camino desde el pueblo era recto, sin desviarse nunca. Eso significaba que cuando las primeras camionetas se perdieron de vista y Marius les instruyó para que llamaran la atención con la malla de luces, iban hacia otro lado. Las costillas rotas del pobre no habían sido en vano.

La camioneta recién llegada se acercó a las otras y a los pocos segundos se elevó de su platón un objeto que cargaba su propia potente luz e iba en dirección a ellos.

—Un dron —dijo David.

En efecto, una nave, silenciosa y negra del tamaño de una bola de playa, llegó hasta su altura y de ella emergió una voz en un idioma desconocido, probablemente árabe.

—No tenemos nuestros traductores —gritó Sofí.

El sonido del altavoz del dron se detuvo y luego una nueva voz salió de él.

Era de Jonás hablando con alguien a quien llamaba Omar y sus rescatistas habían tenido la amabilidad de enviar todo el audio traducido al español.

—Omar, mensaje entendido. Por favor diles que he comprendido el mensaje y que voy a proceder. ¿Puedes decírselo?

—¿Que entendió el mensaje y va a proceder! (Ruidos de bocinas)

—Omar, Omar, ¿se lo dijiste? ¿Puedo hablar con mi padre?

—No, no lo veo. Solo a dos jóvenes y están muy lejos, no puedo subir tan alto. Pedimos ayuda, pero vendrá mañana. No pueden trabajar de noche y tienen que conseguir escudos o el sol puede lastimar mucho a los rescatistas. Mañana antes de que caiga la noche creo que es lo más probable.

—Omar, diles que pediré ayuda.

—No me oyen, sólo yo a ellos y ya ni siquiera eso, pero consigue la ayuda, te mando coordenadas.

—Gracias Omar

Sofí sintió alivio y preocupación. Jonás había logrado oírlos y pediría ayuda y de eso había pasado tal vez una hora y media o dos. ¿Cuánto tardaría en llegar?

—Gracias —gritó Sofí al dron—. Necesitamos ayuda pronto, tenemos un herido.

Tan pronto como lo dijo, el dron dio una vuelta, como viendo la terraza desde todos los ángulos, y pareció fijar su mirada en Marius, que tiritaba. Del vientre de la nave se abrió una compuerta, dejando a la vista un pequeño maletín sintético con la imagen de una media luna roja.

—Es un kit Exomed. Coloca uno en la frente, otro en el costado izquierdo del pecho y el otro en un brazo o pierna. Pronto. —Dijo el altavoz en un español probablemente traducido desde el origen.

Sofí corrió y le puso a Marius las tres unidades, que parecían vendas gruesas y rugosas. Tiritaba y parecía estar semi inconsciente. Una luz se

encendió en cada una a medida que se activaba. Dos minutos después la voz regresó.

—*Estaba por entrar en choque. El Exomed lo sedó y está tratando de estabilizarlo, pero parece tener una hemorragia interna. Estamos pensando en algún plan de emergencia. Les avisaremos, hay que... esperen, llegaron equipos de rescate. Retrocedan un poco.*

Tan pronto como lo dijo, el dron salió de la terraza y se estabilizó a unos cinco metros de distancia y desde abajo los reflectores apuntaron a algún lugar por encima de sus cabezas y fuera de su vista.

—¿Qué estarán mirando? —Preguntó David, pero la respuesta llegó minutos después.

Cuatro hombres con trajes anaranjados sin ninguna marca acababan de entrar a la terraza, suspendidos de cuerdas. Dos más les siguieron, trayendo consigo maletines con la cruz roja.

Uno de ellos se quedó con Sofí y David atendiéndoles los rasguños que se habían hecho durante la jornada y los demás se concentraron en Marius, a quien revisaron con un escáner.

—Fractura de tres costillas, pero no hay neumotorax. Tiene hemorragia por tejidos blandos. Tranquilo, jefe. Lo curaremos rumbo a casa.

Marius no contestó. Seguía inconsciente.

Le habían dicho jefe. ¿Era literal o solo una forma de hablar? Seguramente Sofí lo sabría pronto.

Y hablaban español, allí en la mitad del desierto. Sofí no sabía muy bien cómo habían hecho para llegar tan pronto.

Dos naves pasaron sobre la cima de la montaña y descendieron rumbo al valle. La más grande tenía una gran cruz roja.

Dos paramédicos se pusieron a lado y lado de Marius. Tomaron unos cilindros cortos de aspecto metálico del maletín y los extendieron hasta varias veces su tamaño original. De los cilindros salió un material que parecía un líquido gris oscuro que se deslizó por debajo de Marius sin moverlo, luego lo rodeó e inmovilizó su cuerpo en diferentes zonas. Al terminar el despliegue, se había convertido en una camilla de aspecto robusto y Marius se veía firmemente asegurado a ella.

A Sofí le pareció reconocer esa tecnología, aunque antes la hubiera visto mientras sujetaba al pobre Muff cuando lo interrogaban. Estaba a punto de preguntar, pero David le ahorró el trabajo.

—¿Y esa camilla? Nunca había visto algo así.

—Ni tú ni nadie, pero pronto serán la norma de los cuerpos de socorro. Exomed, inmovilizador, plataforma de rescate, todo a la vez. Una maravilla, ya lo vas a ver. Vamos a enviar al doctor Casel primero y luego irán ustedes.

Sofí iba a volver a preguntar qué cómo iban a bajar, pero frente a la terraza se acercó una nave que creció en tamaño ante sus ojos hasta que estuvo a unos cinco metros de distancia. Desplegó un puente que parecía ser de nanoglass y que se movía ligeramente por el viento que daba sobre la nave. Dos de los rescatistas lo atravesaron llevando a Marius en su camilla.

—Vamos, ustedes siguen —dijo otro, que los puso en el medio, escoltados a lado y lado por él y un compañero.

—Piso transparente, podemos ver el abismo en toda su magnificencia —dijo David, que caminó con pasitos cortos.

—Es más resistente que el acero, tranquilos y vista al frente.

Sofí no dijo nada, pero entendió a David. El piso transparente permitía ver el abismo iluminado a medias por las luces de las camionetas y los reflectores. Afortunadamente solo fueron unos pasos y ya estaban adentro.

—Harán trasbordo a la otra nave que está equipada con lo necesario para el largo viaje a Noris, aunque no sea tan rápida ni cómoda como el Ferrovac —dijo el paramédico, que sacó dos terminales de pulsera genéricos y se los entregó—. El doctor Landó les solicita que no los usen para pasar por ningún portal público de transporte o para comprar nada hasta que hablen con él. Mientras tanto, lo que necesiten nos lo piden a nosotros, ¿está bien?

—Parece que no tenemos mucha opción —dijo David.

—Claro que la tienen, podríamos llevarlos a Amán para que hagan conexión terrestre hasta el siguiente terminal de Ferrovac, pero el doctor Landó piensa que quien los trajo aquí podría encontrarlos nuevamente si usan servicios públicos.

—Lo entendemos, está bien. ¿Podría comunicarnos con él, por favor? Parece que este nuevo terminal no funciona bien, no me contesta, y seguramente querrá saber qué pasó con el doctor Casel.

—No es su terminal. Hemos intentado contactar al doctor Landó, pero tampoco nos responde y nadie puede ubicarlo.

Prueba de lectura

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Retaliación

En el ESOC, ya estaba en marcha la maniobra que permitiría a la Huygens apagar sus fusores y completar el recorrido utilizando los motores químicos Kraken.

El plan era recoger los miles de depósitos de combustible que se habían enviado para la misión original y, gracias a que los fusores ya habían hecho gran parte del trabajo hasta llevar la nave a ese punto, se podría terminar la misión exitosamente.

Los fusores ya se habían apagado y la rotación de la nave para frenar estaba a punto de completarse. Lo que seguiría era un corto encendido final de los fusores junto con los Kraken, luego los fusores se apagarían definitivamente y la propulsión de la Huygens correría por cuenta de los Kraken exclusivamente.

Claro que solo Dennise sabía que no había suficientes contenedores. Había hackeado el sistema para mostrar como disponibles cientos de contenedores que en realidad estaban perdidos, e inclusive entregó al ESCOC las supuestas coordenadas.

Se lo habían tragado, claro. Los Nuuls confiaban en su tecnología y si un telescopio laser decía que un contenedor estaba allí, lo creerían.

A estas alturas, Yara ya debería estar por regresar y su llegada seguramente coincidiría con noticias de la nave, telemetría que pondría de

cabeza a todos los que la rodeaban en la sala llena de holo proyectores y pantallas 2D. Pronto se enterarían de la sobrecarga del fusor y su violenta explosión. Para Denisse, significaría el fin del último fusor en servicio, así como eliminar de un golpe a varios Nuuls que habían interactuado con Silvia y presenciado su muerte, enterándose de cosas que no deberían saber.

El transbordador estaba listo para recibir a Yara y transmitía constantemente datos de posición. En cualquier momento, su amiga aparecería.

Las voces frente a un sector de pantallas se elevaron; algo estaba sucediendo. Dorian y otros técnicos fueron corriendo hacia esa zona mientras Denisse solo observaba, expectante, pero atenta a su terminal. No había señales de Yara.

Buscó a Dorian y sus miradas se cruzaron. El técnico dudó un momento, pero luego se acercó.

—Marcia, tal vez es mejor que espere afuera. Esta sucediendo algo que no entendemos.

—¿De qué habla, doctor Pol, pasó algo en la maniobra?

Dorian miró a todos lados y luego habló en voz baja.

—El motor de fusión se encendió antes de tiempo, lo demás es muy confuso, hasta hablan de un intruso en la nave que se prendió fuego y causó un incendio a bordo, pero no entendemos nada. Por favor, Marcia, espere en el área de invitados. Habrá una investigación y nadie puede salir del edificio.

Dorian se fue y dejó a Denisse sola. No lo podía creer, Yara no podía estar muerta.

Todo el personal no esencial fue conducido fuera de la sala. Denisse entró a un baño y activó su terminal. Yara no había aparecido y su cristal no se había reportado, por lo tanto nunca llegó al centro de control. Entró al sistema del ESOC y comprobó que la telemetría confirmaba el encendido anticipado de un motor de fusión y la declaración de un incendio a bordo.

Y un atacante dado de baja.

La habían matado. Denisse no podía creer que un motor se encendiera espontáneamente, tenía que ser deliberado.

Yara muerta y la misión fallida, el motor de fusión intacto, listo para volver a operar cuando el comandante lo decidiera.

La muerte de Yara le pesaría por siempre pero no iba a permitir que, además, los Nuuls la diseccionaran como a un bicho, porque si algo estaba claro era que no iban a quedarse cruzados de brazos después de que una persona apareciera en su nave en pleno vuelo. Iban a investigar su cadáver como trataron de hacer con Silvia, pero podrían estar mejor preparados. Sería un nuevo desastre para el Súmmum, y para ella.

Debía limitar los daños. La única prueba de lo que había pasado estaba a bordo de la nave, y sin nave todo serían meras especulaciones. Ya lidiaría ella con Sumiko, pero primero lo primero.

Tomó el control de los contenedores de combustible en cercanía a la trayectoria de la Huygens. Eran ciento setenta y cuatro. Les impartió sus nuevas instrucciones y salió del baño. El ascensor, bloqueado para los demás, la llevó a la superficie. Atravesó la recepción y recuperó las esferas robadas a Jonás en uno de los casilleros exteriores y caminó hasta la estación de autobuses, donde se subió a uno que la dejó en la cafetería donde ella y Yara habían estado hacía poco.

Luego, llamó a Nuzhat.

Geni despertó y se vio rodeada de varias personas. Debían estar en la enfermería del nivel 0.2g porque aunque se sintió liviana aún así había una clara sensación de peso.

Izaskum esperaba detrás del operario del robomed.

—Ya está operada, doctora Landó. Era una fractura bastante fea y aún tardará en sanar por completo. Use su brazo con moderación.

El hombre se fue y Geni probó a flexionar su brazo que ya no le dolía, pero se sentía entumecido. Tenía una especie de guante desde la muñeca hasta abajo del hombro, que supuso le ayudaría con su recuperación.

Otras dos personas eran tripulantes que normalmente Geni veía transportando cajas y herramientas, pero que ahora tenían sendos cimbradores, más grandes y, en opinión de Geni, temibles, que el usado por Izaskum.

Y la otra persona en la habitación estaba en una camilla, cubierta por

completo de vendajes bioactivos y exomeds y con un robomed a cada lado.

—Permanecerá en coma inducido hasta que se recupere lo suficiente. Vamos, el comandante quiere hablar contigo —dijo Izaskum.

Geni obedeció. Caminó hasta el ascensor y descendieron hasta el centro, donde tomaron un asa hacia el salón de oficiales de vuelo.

—¿Qué le dijiste?

—Lo que pasó. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Y? ¿Cómo reaccionó?

—Júzgalo tú misma —dijo Izaskum.

Llegaron al destino. A unos pasos, en la entrada del centro de control, otros dos tripulantes armados montaban guardia y al verlas llamaron al comandante, que salió y se reunió con ellas.

—¿Cómo se siente, doctora Landó?

—Mejor comandante, gracias.

—Bien, me alegro. Geni. El doctor Huamam citó a una reunión del comité de emergencias y sé que uno de los puntos que pondrá sobre la mesa es que usted sabotó el motor de fusión y lo activó antes de tiempo causando esta situación, pues es evidente que hizo algo con el motor que generó una falsa alarma de encendido espontáneo.

Había sido Hugh, claro. Se había filtrado exitosamente hasta el motor y gracias a eso Geni pudo utilizarlo como arma contra Yara, pero ahora iban a echarle la culpa de lo ocurrido.

—La verdad es, comandante, que mi historia era tan difícil de creer que era poco probable que usted o alguien más la tomara en serio, pero al mismo tiempo las posibles consecuencias de que esa mujer nos abordara eran tan graves que hicieron necesario que tomara medidas para proteger a la nave, aun si tenía que hacerlo por mi cuenta.

Colombo la miró detenidamente antes de contestarle.

—Izaskum me lo contó todo, pero debemos ser muy estratégicos al decidir qué contar y qué no al resto de...

Una alarma que Geni nunca había oído ahogó las palabras de Colombo, que salió corriendo hacia el centro de mando, seguido de Izashum y Geni.

Los holo proyectores mostraban la imagen de la Huygens y docenas de puntos que se le acercaban.

—El sistema de prevención ha detectado más de ciento setenta amenazas que vienen de diversas direcciones en trayectoria de colisión con la nave.

—¿Qué son, restos de asteroides?

—No señor, están usando motores... son los contenedores de combustible, pero nadie dio la orden de acercarlos aún. El más cercano está a treinta minutos de distancia y el más lejano a cincuenta y cinco.

—Izaskún, sáquenlos de la trayectoria de colisión.

—Sí señor. Cuando ocurrió la... emergencia en las escaleras estábamos a mitad de la rotación y ahora la posición de la nave es perpendicular a la dirección del movimiento. Si hacemos un encendido rápido de los Kraken deberíamos desviarnos lo suficiente para evitar cualquier impacto, aunque los contenedores seguirán de largo y ya no podrán alcanzarnos, además tendremos que hacer varias maniobras posteriores de corrección de rumbo.

—Un problema a la vez. Evite ese impacto.

Izaskum obedeció y la tripulación a lo largo y ancho de la nave se puso alerta para el empuje de los motores Kraken. Cuando se produjo, todos quedaron pegados a sus sillas durante los cuarenta segundos en que se mantuvieron encendidos. Las proyecciones holográficas mostraron la desviación de la nave de su curso anterior mientras los puntos rojos que representaban los contenedores seguían en sus trayectorias anteriores.

—Informe.

—Calculando, comandante.

Geni pudo ver la expresión de Iza. No iban a ser buenas noticias y la actualización de la imagen del holo lo dejó saber al mismo tiempo que ella presentaba su informe.

—Los contenedores cambiaron su trayectoria y nuevamente están en curso de colisión.

—¿Como pueden saber los contenedores dónde está la Huygens? Creí que obedecían a comandos remotos —Preguntó Geni a Izaskum.

—Tienen diferentes sistemas para acercarse a la nave y facilitar su captura, bien sea siguiendo el transpondedor de la Huygens o siguiendo su huella de radar —explicó la primera oficial.

—Si es una falla en los sistemas de aproximación estos se basan

exclusivamente en el transpondedor. Apáguelo y haga un nuevo encendido de los Kraken, y esta vez utilice también los propulsores de maniobra superiores.

Un nuevo empujón, esta vez de casi minuto y medio, cambió notoriamente la línea que seguía la Huygens en el espacio, que se desvió más a la derecha y abajo que en la primera ocasión.

Ni el comandante ni nadie más preguntaron los resultados, todos estaban pendientes de las gráficas del holo.

La mayoría de los contenedores mantuvieron su curso, pero un número importante, tal vez treinta o cuarenta, según le pareció a Geni, cambiaron su trayectoria. Iza lo confirmó.

—Los contenedores más lejanos mantuvieron el rumbo anterior, pero sesenta y dos cambiaron y de nuevo están en rumbo de colisión. El primero hará contacto en veintisiete minutos.

—Entonces es un ataque. Izaskum, despliegue las armas de la Ananké y dispare a discreción. Veremos si ese armatoste sirve para algo. Navegación, están utilizando el radar para ubicarnos. Analice el ataque y establezca nuestros puntos más vulnerables, luego decida la posición ideal de la Huygens. ¿Alguna otra idea?

—El sistema de armas ya está desplegado y en automático, podrá empezar a disparar cuando los objetos estén a cuatro minutos o menos del impacto —dijo Izaskum que estaba parada junto al ingeniero de navegación, con quien conversó varios minutos. El análisis del ataque muestra que las armas por sí solas podrían detener a un setenta por ciento de los contenedores.

—¿Setenta por ciento? Es muy poco, eso significa casi veinte contenedores golpeando a la Huygens, eso en el mejor de los casos.

—Así es, comandante. El problema es que la mayoría de los contenedores entrarán a la zona de fuego casi al mismo tiempo, además son pequeños y están muy dispersos, pero con el ingeniero tenemos una propuesta. Muéstrale.

El ingeniero desplegó una nueva imagen, donde la Huygens hacía un giro apuntando su cola hacia un punto del espacio adelante, casi como habría quedado si se hubiera completado la maniobra de rotación interrumpida por la llegada de Yara y la emergencia que causó, aunque un poco inclinado a un lado.

—Con este ángulo, el mayor perfil de radar que deberían captar los contenedores entrantes es el de los motores Kraken. Esto debería causar que se concentren en atacar ese punto, en una línea menos dispersa y que las armas puedan concentrar el fuego en un área menor. Con esta opción los cañones deberían destruir el noventa y cinco por ciento de los contenedores, siempre y cuando actúen como esperamos.

—Entonces, en el mejor de los casos, un cinco por ciento de los contenedores restantes, unos 4, no podrían ser detenidos por las armas. ¿Alguna idea de dónde tienen mayor probabilidad de impactar?

—Sí, comandante. El anillo dos es el punto más probable para impacto directo, pero el anillo uno también podría ser alcanzado. Los demás puntos de la nave tienen una probabilidad similar de ser alcanzados por azar.

—Inicien la maniobra de reposicionamiento; detengan el giro de los anillos y preparen los centros de comando alternativos. Todo el personal no esencial debe dirigirse ya a los transbordadores para evacuación de emergencia. Cuando hayan verificado la evacuación cierren todas las esclusas. Geni, por favor, vaya a su nave.

Geni salió y se unió a la tripulación que se dirigía a las naves de escape.

Los tripulantes lucían confundidos ante las luces y alertas de evacuación, pero aun así todos flotaban ordenadamente hasta las asas, que los llevaron automáticamente hasta el transbordador más cercano haciendo una distribución óptima. Mientras su propia asa la llevaba a su transporte, pudo ver el despegue de las primeras naves, que se alejaron de la Huygens.

Finalmente entró al transbordador asignado que se llenó en pocos segundos y despegó casi de inmediato. Geni sintió los primeros síntomas del mareo espacial.

No había piloto, aunque en teoría todos estaban entrenados para esa labor, pero el piloto automático actuaba mucho más rápido en coordinación con lo que la cabina de mando de la Huygens determinara, y era el rostro de la primera oficial el que acababa de aparecer en el holo.

A todas las naves salvavidas. Estamos afrontando un ataque de origen desconocido. Están usando contra nosotros los mismos contenedores de combustible que esperábamos recolectar para nuestro viaje. Hemos puesto sus transbordadores en trayectorias seguras que podríamos necesitar ajustar a medida que evolucione la situación. Los mantendremos informados.

La Huygens había concluido la maniobra de reposicionamiento y, desde la posición de Geni, estaba inclinada con el morro apuntando en diagonal hacia abajo a la derecha y la cola con sus motores kraken hacia arriba a la izquierda.

Unos minutos después, desde un punto en la cola de la nave se vio una serie de seis o siete destellos. Varios segundos después se produjo una explosión de fuego rojo y amarillo en un punto del espacio que parecía muy lejano.

Una nueva salva de destellos iluminó la popa y esta vez parecieron muchos más, tantos que Geni perdió la cuenta. Paró por unos segundos y antes de ver cualquier explosión lejana los disparos desde la Ananké se reiniciaron, y esta vez no se detuvieron. Varias explosiones de luz amarilla y roja iluminaron el cielo en distintas direcciones alrededor de la Huygens. A Geni le pareció que se necesitaban muchos disparos para derribar un solo contenedor y no sabía si eso era normal o los cálculos hechos por Izaskum iban a ser terriblemente inexactos.

Poco a poco disminuyeron el ritmo de los disparos y las explosiones hasta adquirir una cadencia. De pronto se reiniciaron los disparos a un ritmo endiablado y algunas explosiones a varios kilómetros en dirección al morro mostraron que habían encontrado al objetivo, pero los disparos no cesaron aún después de dos explosiones más, y entonces Geni los vio, iluminados por momentos por el fuego de los cañones y las explosiones, tres contenedores se movían en fila india contra la Huygens. Un disparo alcanzó al que cerraba la fila, pero los otros dos pasaron como un cometa junto al morro y se estrellaron con unos segundos de diferencia contra el anillo dos. El área impactada estalló lanzando grandes secciones al espacio y al menos un escombros de tamaño de un auto golpeó los dos niveles superiores del anillo uno.

—Cosmos, si hubieran estado girando habría sido aún peor. Desestabilizarían a la Huygens y se habrían destruido por completo debido al

desbalance —dijo uno de sus compañeros de asiento que miraba al exterior tan absorto como todos los demás.

—¡Le dieron al centro de comando! —Gritó alguien.

El asombro ante la destrucción del anillo dos y los daños al uno la habían distraído y nunca vio qué le pegó al morro de la Huygens, pero allí estaba, un enorme boquete por el que escapaba al espacio todo tipo de objetos.

—Mataron a los oficiales de vuelo, Cosmos.

—Hay centros de comando alternativos. Pueden haber escapado a alguno de ellos —dijo Geni.

—¿Viste la velocidad a la que venían esas cosas? Nadie alcanzaría a reaccionar.

—Pero no las vieron de repente, las estaban monitoreando desde hace rato. Tienen que haber escapado.

Geni tenía la esperanza de que así fuera, no era imposible, pero allí seguían las pantallas mudas sin ningún mensaje desde la nave.

Los transbordadores siguieron orbitando a la Huygens pero ningún mensaje llegó desde la nave madre.

Las armas habían dejado de disparar y los depósitos autopropulsados no volvieron a lanzarse contra la nave herida, nadie sabía si se habían acabado o si simplemente aún no se habían acercado lo suficiente.

Luego de la explosión inicial en el centro de comando principal, todo lo que se encontraba adentro había sido expulsado al espacio y el fuego se extinguió por si solo en pocos segundos. Las luces de la nave se habían apagado y la luz del sol que se reflejaba desde el casco era muy débil, lo cual hacía muy difícil ver el daño real que había sufrido y no tardaron en oírse voces con sus propias teorías.

—La explosión arrancó por completo el anillo dos, no está allí —dijo alguien.

—¿De dónde sacas esa idea? Que no podamos ver nada no significa que no esté allí, simplemente está muy oscuro —respondió otra voz.

—Apaguen todas las luces interiores, se reflejan en los ojos de buey y no permiten ver nada —dijo Geni.

Alguien obedeció y el interior del transbordador quedó en total oscuridad. Los tripulantes se apretujaron contra los cristales tratando de ver algo y a medida que sus ojos se acostumbraron, la silueta de la Huygens se fue haciendo más visible.

Estaba mucho más lejos que cuando ocurrió la explosión. Seguramente el piloto automático había decidido alejarlos lo más posible de la Huygens para proteger a los tripulantes, pero el hecho es que estaban a una distancia considerable.

Al lograr ver la nave también lograron comprender la magnitud de los daños. El anillo dos tenía un boquete que abarcaba al menos cinco niveles, y Geni sospechó que por el fuego y la despresurización se habrían perdido la mayoría de las plantas de ese hábitat.

El anillo uno parecía estar en mejor estado. Se notaba una deformación en la zona externa, pero de resto parecía estar entero.

Entonces, Geni sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Una línea de luces se acababa de encender iluminando el casco desde el morro hasta la cola, aunque con ciertas áreas oscuras interrumpiéndola. Un minuto después la pantalla se iluminó y apareció el familiar rostro de la primera oficial.

«Cosmos, gracias», pensó Geni, feliz de ver que Izaskum hubiera sobrevivido.

—Este mensaje es para todos los transbordadores en espera. Varios de los puntos de atraque sufrieron daños y están fuera de servicio por lo cual tendremos que traerlos por turnos para desembarcar. Los primeros serán los que transportan personal técnico indispensable para las tareas más urgentes de reparación, porque la Huygens ha sufrido grandes daños. Tengan paciencia, los traeremos a todos a salvo y los pondremos al tanto de nuestra situación exacta. Finalmente, se les ordena conservar las raciones de emergencia a bordo de sus transbordadores. Empleen solamente lo estrictamente necesario —dijo la imagen de Izaskum, antes de desvanecerse y dejar la pantalla en blanco.

—¿Quién de los aquí presentes es personal técnico de mantenimiento o reparaciones? —preguntó alguien, pero hacia donde Geni

pudo observar, todos hacían negativas con la cabeza—. ¿Nadie? Entonces paciencia que tendremos que esperar un buen rato.

Tan pronto como lo dijo la pantalla volvió a la vida y la primera oficial volvió a hablar.

—*Ustedes están en turno prioritario para iniciar la aproximación y desembarque. Por favor, doctora Landó, descienda de primera y diríjase de inmediato a su laboratorio; nos encontraremos allí. Los demás, sigan las instrucciones del personal de asistencia que los espera.*

La pantalla de nuevo quedó a oscuras y unos segundos después sintieron el impulso de los motores del transbordador que se ponían en marcha.

—Geni, ¿por qué cree que nos dieron prioridad? —preguntó un hombre a quien ella había visto dando mantenimiento a drones de limpieza y de servicios generales.

—No sé. Me sorprende tanto como a usted.

—No debería sorprendernos tanto. Si el anillo dos quedó tan dañado y el uno también sufrió averías, con seguridad necesitan a la directora de los biohábitats para hacerse cargo.

Geni reconoció la voz. Era Pierre, el ingeniero de los motores de fusión, y sus palabras concordaban con lo que Geni había pensado, pero si le daban prioridad para desembarcar el problema de los cultivos podía ser muy grave.

No tardaron en acercarse a la Huygens lo suficiente como para poder ver los daños. La corta distancia y las luces apagadas en el interior dejaban ver con mucha claridad los puertos de amarre dañados y señales de impacto en diferentes puntos por toda la nave.

Y el centro de comando era un gran agujero negro con los bordes metálicos desgarrados y retorcidos.

Geni desvió la mirada y se preparó para desembarcar. El amarre fue tan preciso como siempre y Geni ya estaba de pie junto a la puerta cuando esta empezó a abrirse. Cuatro personas con chalecos de brigadas de asistencia los esperaban y uno de ellos se le acercó.

—Directo a su laboratorio por favor, doctora Landó. Los transportes no están funcionando.

En efecto, no había asas ni cables en funcionamiento y Geni tuvo que

avanzar hacia su laboratorio flotando e impulsándose en las paredes. En el interior de la Huygens no había evidencias de la batalla que se acababa de librar, pero Geni notó que las puertas que comunicaban con áreas sociales o de observación y que normalmente estaban abiertas, ahora estaban cerradas.

Cuando llegó Izaskum la estaba esperando, acompañada de dos técnicos de mantenimiento de quienes se despidió ante su llegada.

—Me alegra verte bien, Geni.

—Y a mí, Iza. Pero vi el centro de comando...

La primera oficial esperó un momento antes de responder la pregunta velada de Geni.

—Perdimos al comandante y a Hans Frager. Ellos se quedaron en el centro de comando principal y los demás oficiales de vuelo nos distribuimos en los centros alternativos.

Geni sintió que se le revolvía el estómago. El comandante y Hans muertos, no podía creerlo.

—Son pérdidas terribles, pero te necesito enfocada. Hicimos una evaluación preliminar y creo que tendremos problemas serios con los alimentos. Hubo niveles enteros que se despresurizaron por completo y otros que sufrieron filtraciones, por eso necesito que vayas con un equipo de técnicos y asistentes a inspeccionar y poner a salvo todo lo que puedas. Infórmame cuando tengas clara la situación. Espera a tu equipo aquí, ya vienen.

Izaskum le dio un ligero apretón a modo de despedida y se marchó flotando hacia la popa de la nave.

Unos minutos más tarde llegaron varios técnicos con equipos especiales de mantenimiento, y una persona en quien había estado pensando. Su asistente se acercó y le dio un abrazo.

—Marina, que felicidad verte.

—Lo mismo digo, Geni. ¿Cuál es tu plan? Parece que la situación es mala.

—Antes necesitamos saber cómo estamos. ¡Vamos!

No funcionaba el ascensor y tampoco hacía falta ya que el anillo estaba estático y no generaba gravedad artificial. Geni tomó la delantera y ascendió al primer nivel, que normalmente era de 0.5 g.

No se veía mal. Los tambores de cultivo tenían buen aspecto y no

había alarmas en ningún sistema. Las plantas que se daban bien en ese nivel de gravedad no eran muchas y no habían sufrido daño.

Geni subió al siguiente nivel y la situación cambió. Múltiples alarmas mostraban que los tambores de esa sección tenían problemas.

—Un trozo del anillo dos golpeó esta zona y provocó una despresurización parcial y lo mismo ocurrió en la mayoría de los niveles que vamos a visitar —dijo uno de los técnicos.

—Marina, haz un inventario de cultivos y equipos. Iré a inspeccionar los otros niveles.

A medida que ascendía descubrió que los daños iban en aumento. La lluvia de esquiras del anillo dos se había concentrado en la zona exterior del anillo uno en un amplio arco provocando despresurización en múltiples niveles, tal como se lo había anunciado el técnico.

Llegaron al nivel 0,7 g, donde estaban las habitaciones, y el técnico tomó la palabra.

—En este nivel sufrimos una despresurización parcial en la zona de las habitaciones del personal, que ya está solucionada y no hubo mayores inconvenientes. Toda esta sección estaba en el lado opuesto y el cuerpo de la nave la protegió en gran parte. En cambio, la zona de cultivos y almacenamiento estaba justo de frente y tuvimos una despresurización total hasta el nivel 1.2 g y solo hemos podido sellar algunas secciones.

Geni trató de asimilar la información.

Eran pésimas noticias y un rápido cálculo mental sobre las reservas de alimentos le puso la piel de gallina.

CAPÍTULO TREINTA

El trato

El viento helado le golpeaba la cara mientras el sol brillaba tenue, tras gruesas nubes, sin aportar ni un poco de calor.

Estaban en lo que parecía un valle, aunque no era fácil saberlo. Mirase a donde mirase, el hielo tenía el mismo blanco deslumbrante que hería los ojos e impedía distinguir el cielo del terreno.

Nuzhat no se veía afectada por el frío ni deslumbrada por la blancura omnipresente, y en cambio sus ojos brillaban con una furia que, Denisse sospechó, solo esperaba un motivo para desatarse. Sería fácil, bastaba con que Nuzhat se fuera y Denisse estaría perdida.

—Sumiko cree que tu impulsividad es fruto de la juventud y que cambiarás, pero yo sé la verdad. Eres engañosa y egoísta y ahora dices que Yara está muerta. ¿Qué buscas con esa mentira? No me mientas o me iré y no volverás a verme, y nadie te volverá a ver a ti.

—No te miento, Nuzhat, la mataron. Encendieron los fusores de la Huygens para acabar con ella.

—¿Y cómo se les ocurrió semejante locura? Y a espaldas de su Wal. Cruzaste todas las líneas, Denisse, la única razón por la que no te abandono aquí es porque quiero que Wolfgang te saque la verdad porque no te creo, y no creo que Yara confiara en ti tanto como para intentar lo que

dices. Si en verdad está muerta tal vez eres tú la responsable de su muerte.

Denisse sintió que su cuerpo empezaba a fallarle. Nunca había sentido tal frío en su vida, pero si Nuzhat la llevaba ahora ante Sumiko y Devries la imprimaba, todos sus planes se vendrían abajo. No, aún no era hora de verse con Sumiko.

—Tal vez haya parecido una locura intentar saltar a la Huygens, pero Yara lo logró, y lo hizo porque sí confiaba en mí y yo en ella, fuimos las mejores amigas y creímos que juntas podríamos lograr lo que fuera, pero aún no ha terminado; tienen el cuerpo de Yara en la nave, Nuzhat, y aunque es nuestra responsabilidad debemos hacer algo o la estudiarán y no sabemos qué puedan averiguar sobre nosotros. Descubrimos que cuando le seguimos la pista a ese doctor Casel no estábamos tan equivocados, solo que es su hijo quien ha estado tras nosotros y lo que ha averiguado pondrá al Súmmum de cabeza. Si descubre a los apóstatas, si une fuerzas con Quinn...

—Ya cállate, aunque lo que dices fuera cierto tu aventura en solitario, como si nadie más en el Súmmum pudiera hacer algo, llevó a mi hermana a la muerte.

—Asumo mi responsabilidad, pero te digo, no ha terminado. El hijo de Casel ha estado detrás de nosotros y sabe mucho.

—Pero ya tuviste tu oportunidad, en su momento tú dijiste que era su padre quien había descargado el mensaje de Silvia y terminaron en su cabaña, pero salieron con las manos vacías. Ahora dices que es el hijo. Tal vez sea así, pero no eres la persona adecuada para averiguarlo.

¿Cómo hacía Nuzhat para permanecer tan campante?

Denisse hacía un esfuerzo descomunal para que se entendiera su voz, temblando cada vez con más intensidad. Había creído que Yara, imponente en presencia, era excepcional, pero ahora veía que Nuzhat, pese a su aparente fragilidad, poseía la misma fuerza. Tal vez los Ubicuos sí eran tan poderosos como contaban las historias.

—Nuzhat, por f... por favor, podemos atraerlo, t... tengo al padre del chico, en el nido de las p... piedras.

Denisse no pudo decir más, ni su voz, ni extremidades, nada en su cuerpo le obedeció y el cansancio que había venido ganando terreno al fin la dominó y cayó al piso. No le dolió, ni siquiera le molestó, y dejó

que lo que tuviera que pasar, pasara. Entonces sintió que se elevaba del piso y caía en otro lugar, muy cálido. Había pasado del frío extremo a un calor que la envolvía. Empezó a temblar otra vez, pero pronto pasó. Abrió y cerró las manos y sintió que recuperaban su movimiento, se paró y sus piernas respondieron con lentitud.

Estaba en el nido, pero Nuzhat no estaba con ella.

¿La habría dejado sola allí? Era preferible a la nieve, eso seguro, y entonces se percató del estado de la terraza. Había algunos tapices tirados que antes estaban en la recámara y los muebles se habían convertido en leña, muchos de ellos a medio quemar y el olor... humo, todo estaba impregnado de eso.

«¿Qué diablos pasó aquí?» , se preguntó.

Nuzhat apareció proveniente del interior. No supo si su mirada seguía siendo de furia, pero ya no brillaba como antes. Se veía en cambio... ¿triste?

—Parece que por donde pasas dejas un desastre. El nido está destruido y en cambio tu doctor no está. Es obvio que usó lo que encontró para hacer fuego y pedir ayuda. ¿Sabes lo que mi hermana y yo tardamos para hacer de esta roca un lugar acogedor en medio de la nada? Años, y solo bastó que ella decidiera compartir contigo su existencia para que desapareciera en un santiamén.

—Me hablas como si yo lo hubiera hecho. Los trajimos porque era el mejor lugar, no les pasaría nada y... bueno, creímos que no lograrían escapar.

—¿Por qué hablas en plural? ¿A quién más trajiste?

Denisse le contó su idea de capturar a Jonás y a Sofí para acceder a los planos de la Huygens y cómo terminaron con Marius, Sofí y el otro tipo.

—¿Por qué crees que no hay límites, Denisse? Sumiko no es partidaria de prácticas violentas, pero tú no pareces conocer otra forma. Si vas por allí secuestrando gente van a tratar de librarse a como dé lugar y va a haber heridos y muertos, y no hablo solo de no-Koríes.

Ahora, Nuzhat la reprendía como una maestra a una niña muy necia que no entendiera cómo hacer las tareas. Denisse prefería la furia a ser tratada con condescendencia.

—He actuado con decisión, y si me equivoqué en algo fue por tratar

de dar lo mejor de mí por el bien del Súmmum, pero a Jonás debemos localizarlo y llevarlo a la presencia de Sumiko.

—Sí, Sumiko debe decidir lo que pase con el muchacho. Y contigo.

—Que así sea. Vamos por él.

—¿Dónde?

—Es escurridizo, pero tengo una idea para hacerlo salir a la luz. Debo conectarme —dijo Denisse, y sacó de su mochila el repetidor, que conectó a la gran pila que ahora estaba en la terraza.

No tuvo que buscarlo porque tan pronto como se conectó, su terminal destelló. El centinela que hacía tiempo había usado para ubicar la grabadora de Silvia y que Jonás había usado para atraerlas a ella y Yara había encontrado algo, y esta vez era un mensaje sin ninguna encriptación que se desplegó tan pronto como Denisse así lo quiso.

El holo proyectó la imagen de Jonás y los parlantes su voz.

Este mensaje, Denisse, es para ti y tus compinches, que se han ensañado con mi familia y que han causado muerte y sufrimiento a tantas personas. Quiero verme cara a cara contigo y con Sumiko, tu líder. Si están dispuestas, solo elimina tu código de lo que me robaste y yo sabré cómo contactarte.

Y eso fue todo.

—No me dijiste que supiera de Sumiko.

—No tenía ni idea. Te lo dije, ha averiguado mucho.

—Yo diría que demasiado. Vamos, ella sabrá cómo proceder.

Jonás estacionó en el parqueadero de la cabaña y esperó hasta que se cerró la puerta automática, entonces abrió el baúl del auto y abrió la larga bolsa de viaje que había preparado.

Extrajo la primera varilla hexagonal y la dejó sobre el alfeizar de una de las ventanas que flanqueaban la puerta. Por sus experimentos sabía que su efecto abarcaría toda la cabaña y tal vez unos veinte metros alrededor.

La segunda varilla la guardó en el bolsillo interno de su chaqueta. Era un poco incómoda, pero no tenía un sitio mejor si quería tener una siempre consigo.

Tomó la tercera en su mano y se dirigió al embarcadero.

A esa hora, los escudos de interferencia funcionaban a pleno rendimiento produciendo un chisporroteo que se veía con claridad, aunque desde esa distancia no se escuchaba el sonido que seguramente produciría. Los dañinos rayos solares los ponían a prueba, pero el efecto neto era, curiosamente, muy hermoso. El firmamento no se veía de un azul monótono sino que parecía un campo estrellado del espacio con un telón de fondo azul, en lugar de negro, y con estrellas efímeras que se encendían y apagaban en diferentes lugares.

Entró al embarcadero y bajó el catamarán con la grúa, guardó la varilla en la cajilla interior que solía usar para guardar la comida cuando salía a navegar y volvió a activar la polea para subirlo.

Estaba hecho; las tres varillas estaban enlazadas con su terminal y en modo HM, hombre muerto. Si Devries u otro como él trataban de meterse en su cabeza, las varillas se activarían simultáneamente en modo aturdir, sin que tuviera que activarlas manualmente. Lo mismo ocurriría si Jonás experimentaba un dolor intenso, como le había ocurrido con Genaro.

Y, por supuesto, también se activarían si el corazón de Jonás dejaba de latir.

Frotó la piel de sus manos y sintió el tacto normal; no percibía su *nanodermis*, cuya primera versión Genaro, justamente, le había ayudado a probar. Por lo que había visto, los Skeppos necesitaban un contacto físico para entrar en la mente de su objetivo y los ubicuos también debían tocar a alguien para llevárselo consigo. La idea de la *nanodermis* era crear una separación infinitesimalmente delgada entre Jonás y cualquiera que tratara de tocarlo, imperceptible, pero real. En teoría, porque la única prueba con un Korí real había sido con Genaro y esa primera versión solo había aguantado un poco el embate mental, pero mucho la había mejorado desde entonces.

Su protección la completaban múltiples esferas filtradas en sus ropas, en caso de que tuviera que combatir de otra manera. Esperaba que fuera suficiente, pero, si no lo era, ya no había mucho que pudiera hacer al respecto. Además, Denisse había hecho un trabajo exhaustivo e hizo desaparecer casi todo el dinero de sus cuentas, hasta el que creía mejor escondido, así que tendría que cuidar el dinero de aquí en adelante.

Se sentó en el banco mirando al lago y repasó lo que estaba pendiente por hacer.

La señora Lemí, asistente de su padre en el Concilio, había resultado todo un ángel de la guarda, tal como él se lo había dicho.

La mujer puso en marcha de inmediato un plan para rescatarlos en Jordania y cuando Jonás preguntó sobre cómo lo harían ella sonrió.

—No te preocupes, déjalo de mi cuenta. Ya te dará detalles el doctor Casel cuando regrese —había dicho ella.

Después, ella misma buscó en su terminal y encontró un contacto que trabajaba en la compañía fabricante de los Kraken. Lo llamaron y el hombre les permitió establecer un canal que le permitió enviar a Geni el mensaje y la nueva programación para Hugh. Por lo que pudo comprobar Jonás, el mensaje había sido recibido y Hugh recibió todo el código que le permitiría convertirse en un arma, siempre que su madre lograra filtrarlo en el motor de fusión. Sería una versión gigante de las varillas que había dispuesto como defensa a su alrededor.

Y luego, Geni tendría que convencer al comandante de que los iban a abordar en pleno viaje interplanetario. Esa le parecía la tarea más difícil de lograr, pero, si el plan de Hugh funcionaba, Geni tendría un as bajo la manga, aun sin colaboración oficial.

Sí; su madre tenía mucho por hacer y, aún si todo salía bien, Jonás tendría que esperar para enterarse.

Y su mensaje a Denisse, había sido leído, pero aún no se había producido ninguna reacción. Si Denisse eliminaba la programación de sus esferas estas se reportarían de inmediato y Jonás sabría que aceptaban reunirse, o al menos que querían comunicarse de nuevo, pero no había sucedido.

Si eso sucedía, había preparado un truco para que el terminal de su fortaleza reprogramara las esferas inmediatamente y así recuperar el control sobre ellas.

Su idea era reprogramarlas con el algoritmo más complejo que pudiera imaginar. Jonás sabía que ella podría romperlo, pero debía ser tan complicado que pareciera real, aunque no fuera más que un señuelo. Una vez que ella lograra destruir su encriptación la esfera volvería a tener una apariencia de estar limpia a la espera de lo que Denisse quisiera

hacer con ella, pero en realidad el código más importante de Jonás estaría bajo la superficie.

Denisse podría descubrirla y borrarla, claro, pero parecía ser una persona que tendía a subestimar a los demás.

Esperar por noticias de Denisse, esperar por noticias de su madre, esperar los resultados del rescate en el desierto... Jonás empezó a impacientarse.

Se puso de pie y caminó alrededor del embarcadero. Tal vez, la idea de visitar a Devries en ese hotel de Japón fuera la única opción, por mala que pareciera. O qué iba a hacer, aún si su madre y su padre, y Sofí y él mismo, y David y Genaro y Martha... aún si todos salían bien librados en esta ocasión, ¿hasta cuándo duraría?

No; tenía que encontrar una forma de que dejaran en paz a su familia, necesitaba solucionar el problema de forma definitiva, o al menos intentarlo, o estarían a merced del Súmmum para siempre.

Chequeó su terminal. La señora Lemí le había informado que la misión de rescate ya estaba en el aire y que estuviera tranquilo.

Así que quienes fueran por su padre, viajaban por aire. Eso era... exótico. El Ferrovac era el medio más rápido en casi todas las situaciones y tenía conexiones aéreas para llegar a los puntos remotos que carecían de estaciones. Un viaje hecho por completo en aeroplano no era común, era algo reservado para situaciones extraordinarias y para lo cual se debía contar con contactos de alto nivel en varios países para que facilitaran los permisos de sobrevuelo. Claro que esta situación encajaba muy bien como algo fuera de lo común.

En fin; si la señora Lemí consideraba que era la forma más rápida de llegar, por algo sería.

Su terminal le dio dos avisos táctiles y Jonás revisó. Una de sus esferas perdidas se estaba reportando.

Astuta Denisse. No había eliminado la programación de las tres esferas en su poder, sólo de una. Una medida de seguridad prudente, si se tenía en cuenta que el servidor de Jonás la reprogramó tan pronto como se reportó, para evitar que Denisse la controlara nuevamente. Si ella lograba romper la nueva protección era algo que Jonás quería saber.

Pero lo importante era que Denisse estaba lista para contactarlo de nuevo.

Jonás envió un nuevo mensaje para que el software centinela de Denisse lo captase, y esta vez sería una comunicación abierta en tiempo real. Seguro que a Denisse le costaría como medio segundo rastrearlo, pero para algo había puesto las varillas protegiendo toda la propiedad.

El mensaje de respuesta apareció en su holo, pero no fue el rostro de Denisse el que vio, tampoco lo esperaba, y en cambio solo se le permitió ver una imagen distorsionada que podría ser cualquier persona, o hasta un avatar.

Jonás Landó, has pedido ver a nuestra líder en persona. ¿Por qué?

—Todos sabemos por qué. Quiero hablar, quiero saber qué debo hacer para que dejen a mi familia en paz.

Eres un arrogante, ¿cómo crees que eres digno de reunirse...?

El regaño de su interlocutora misteriosa se interrumpió y unos segundos después la imagen distorsionada dio paso a la imagen tridimensional de una mujer de aspecto claramente oriental. No pudo calcular su edad, tal vez terminando los cincuenta o empezando los sesenta y, aunque Jonás sabía que un rostro no dice nada de la personalidad, la mujer no tenía nada que ver con la imagen que se había hecho de la máxima líder de los enemigos de su familia.

Me reuniré contigo, Jonás. Dime el lugar.

—El mismo lugar donde Denisse, Devries y Yara entraron por la fuerza y atacaron a mi padre. La cabaña del lago en la isla Noris. Estoy en el embarcadero.

Iremos ahora mismo —dijo Sumiko, y se cortó la comunicación.

El corazón de Jonás empezó a golpear su pecho con fuerza. Reunirse con Sumiko era justamente lo que buscaba, pero ahora que parecía ser un hecho, dudaba del resultado. Sí, había tomado las precauciones que pudo, Pero ¿qué serían capaces de hacer esos Koríes? No se creía verdadero rival para ellos.

Verificó que el disparador automático de las varillas estuviera armado y entonces vio algo por el rabillo del ojo.

El primer hombre al que vio tenía la piel de color marrón e iba vestido con pantalones bombachos y una camisa holgada, todas sus ropas de un blanco inmaculado. Jonás no era experto, pero se le asemejó al aspecto que lucían algunos hombres que había visto en un viaje a Marruecos.

Venía acompañado de un tipo mucho más alto y fornido que no se movió de su lugar, mientras el marroquí fue directamente hacia Jonás, sin quitarle los ojos de encima. Jonás era media cabeza más alto y tuvo que mirar hacia abajo cuando el hombre se detuvo a pocos centímetros de él.

—¿Tienes intención de hacerle daño a Sumiko, o a cualquiera de los que la acompañamos?

—Solo si tratan de hacerme daño primero —respondió Jonás.

El marroquí siguió mirándolo directamente a los ojos sin parpadear, y además a Jonás le pareció oír que respiraba más seguido, como si lo estuviera olfateando.

El hombre no dijo nada más e hizo un gesto a su compañero, que desapareció en un parpadeo. Pocos segundos después, reapareció junto con varias personas más.

—Buenas tardes, Jonás —dijo a sus espaldas Sumiko.

Jonás se dio vuelta y la vio. Estaba acompañada de una mujer más alta que ella parecida a Yara y detrás de ella, Denisse, más bajita, que lo miraba intensamente. A corta distancia, otro hombre vestido con la ropa holgada blanca, a primera vista parecía ser hermano gemelo del otro, pero entonces el marroquí se acercó y pudo ver que, si bien eran muy parecidos, el primero en llegar aparentaba unos años más de edad.

—Buenas tardes, Sumiko.

Ninguno extendió sus manos para saludar, y simplemente se mantuvieron frente a frente bajo el cielo chisporroteante durante varios segundos. Finalmente, fue la mujer parecida a Yara quien rompió el silencio.

—Pediste esta reunión y Sumiko te la ha concedido. ¿Qué tienes que decir?

—Como lo dije en mi mensaje, mi familia ha sido blanco de sus ataques. Primero, destruyeron un convoy del Ferrovac donde viajaba mi madre, que se salvó de milagro, pese a que dos de sus colegas murieron. Luego, entraron sin permiso a este mismo lugar y atacaron a mi padre cuando llegaba del trabajo, ella —dijo Jonás apuntando con el dedo a Denisse—, y dos más que no están aquí. Y ahora, Yara y Denisse secuestraron a mi padre y a mi ex novia y después Yara saltó a bordo de la nave donde viaja mi madre quién sabe con qué intenciones. Por eso pedí esta reunión, quiero que termine este ensañamiento contra mi familia.

La actitud de Sumiko se mantuvo impasible. Si algo de lo que Jonás le había dicho la tomaba por sorpresa, no dio muestra alguna de ello.

—Es cierto que tu familia ha sufrido y lo lamento. Los ataques se detendrán de inmediato, te lo prometo.

¿Así como así, simplemente Jonás pide que los dejen tranquilos y el Súmmum accede? Además, ¿qué tanto valor tendría una promesa de Sumiko, la líder de ese grupo que había causado todo?

—¿Y Yara? Ahora mismo debe estar a bordo de la nave de mi madre, eso si es que no ha hecho algo irremediable ya.

A Jonás le pareció que la mujer alta y Denisse habían estado a punto de decir algo ante el último comentario, pero se contuvieron.

—Yara ha fallecido en lo que parece ser un ataque deliberado contra ella, pero, aun así, mantengo mi palabra. No habrá nuevos ataques contra ti ni tus seres queridos.

¿Yara fallecida? Si eso era cierto, podía significar que su madre había activado el inductor o que los fusores se pusieron en funcionamiento por otra razón, no tenía forma de saberlo.

—¿Cómo saben que murió? Y ¿qué pasó con la tripulación de la Huygens?

—Lo sabemos, es lo que importa. Y en cuanto a la tripulación de la nave, pronto sabremos más. Ahora que conocemos que es posible saltar a esas distancias terminaremos el trabajo que iba a hacer Yara. Ella fue la pionera de un salto como este y, si tenía éxito, luego podría transportar a nuestros Skeppos a bordo, y eso es lo que haremos. Todos a bordo olvidarán lo ocurrido y continuarán con sus vidas. Lo mismo pasará contigo, tu padre y tu ex novia y cualquier otro involucrado. Entonces podremos dejar atrás lo ocurrido, pese a las pérdidas.

Pensaban borrarle la memoria, claro. Por eso le hablaba con tanta apertura, Pero ¿pasaban tan pronto de tácticas violentas a acciones sutiles? A Jonás le dio la sensación de que sonaba demasiado fácil. Tal vez el poder de Sumiko era ese, engañar mientras se mostraba totalmente confiable.

A menos que, ¿ella fuera la engañada?

—Yo di a la Huygens el arma para combatir a los Koríes. Si Yara está muerta, seguramente es debido a esa arma, y probablemente fue mi madre quien la activó.

Esta vez, Denisse no se contuvo. Se acercó a Jonás y le apuntó con el dedo.

—Tú y toda tu familia son unos malditos y las van a pagar —dijo, pero no llegó a tocarlo. La mujer alta se acercó a ella y la alejó, aunque estaba mirando a Jonás con odio. Él tragó saliva y continuó.

—Sí, no le entregué el mando del arma a un militar, ni a un oficial de vuelo; se lo di a mi madre porque es una científica, bióloga como Silvia, su mejor amiga en todo el mundo. Mi madre la vio morir y luego supo que era una Korí, por eso nunca, jamás habría usado el arma a menos que se viera a sí misma y la tripulación en peligro mortal.

Por primera vez, Jonás vio un gesto de duda en la cara de Sumiko.

—¿Y qué es lo que insinúas?

—Que Yara no estaba allí simplemente explorando, tenía que estar haciendo algo peligroso, algo que obligó a mi madre a defenderse. La conozco bien y sé que así es como actuaría. ¿Conoces tú igual de bien a quien fuera que te dijera el propósito del salto a bordo?

Hubo silencio por un momento, pero Sumiko se recompuso.

—Comprendo lo que dices y lo investigaremos, pero en cuanto a ti, debes olvidar. Es la única forma de que vivas en paz, y nosotros también.

—No me someteré —dijo Jonás—. No después de ver que aun entre ustedes parece haber engaños.

—Lo dices como si tuvieras opción —gritó Denisse.

—¿Y crees que no la tengo? Busqué esta reunión para que solucionemos nuestros problemas hoy. Llegando a acuerdos, si es posible, pero no es mi única opción.

—Tus amenazas no hacen bien a nadie, Jonás. Sabemos que puedes hacernos daño y tú sabes que nosotros podemos hacértelo a ti, pero entonces, ¿dónde quedamos? Quieres vivir en paz con tu familia o no?

Era un lio.

Para los Koríes él era un cabo suelto que tenían que cortar, fuera a través de la manipulación de su mente o de medios más drásticos, pero no podía confiar en que protegieran a su familia cuando, al parecer la misma Sumiko, estaba siendo engañada.

—Si quiero, y me someteré con una condición.

—¿Y esa condición es?

—Trae a Devries, o a algún Skeppo de tu confianza, y que te diga si

ella dice la verdad sobre su plan con Yara, que sepamos todos si la intención de saltar a bordo era exploratoria, como dicen, o tenía un fin más letal.

—Muy bien, acepto tu condición, y espero que cumplas tu palabra. Nuzhat, trae a Wolfgangf.

—¡No! —Gritó Denisse, que se encaró a Sumiko—. ¿Cómo puedes darle crédito a ese Nuul por encima de una de tus Walís?

Devries acababa de aparecer acompañado de Nuzhat, saludó con una venia a Sumiko y se dirigió directamente a Denisse.

—Ya sabes cómo es esto. No te resistas —le dijo a Denisse.

—No me toques, que nadie se atreva —dijo, y se agachó ligeramente de cara a Devries, como si se dispusiera a combatir con él, pero desde atrás llegó uno de los marroquíes y la aferró por los hombros.

Devries aprovechó el momento y tomó la cabeza de Denisse entre sus manos, pero entonces una explosión de luz lo separó de su presa y salió volando hacia atrás, y en sentido opuesto salieron volando Denisse y el marroquí que la tenía sujeta. Ella se puso de pie de un salto mientras varias personas venían por ella, pero entonces gritó.

—¡Reclamo un Cisma!

Jonás no sabía lo que estaba pasando. Todos los que iban por Denisse se detuvieron en seco y empezaron a formar un semicírculo al cual Jonás quedó integrado mientras Sumiko y Denisse quedaban solitarias en el centro, mirándose a pocos pasos de distancia. Entonces, el marroquí que había hablado con Jonás entró al círculo y se dirigió a Denisse. La miró a los ojos y le preguntó.

—¿Sabes lo que es un Cisma y las consecuencias de reclamarlo?

—Sé lo que es un Cisma y las consecuencias de reclamarlo —respondió Denisse.

El marroquí la miró y la olfateó.

—¿Y es verdad que reclamas un Cisma sobre el Walaar de Sumiko Kuroda?

—Sí, reclamo un Cisma sobre el Walaar de Sumiko Kuroda.

El marroquí nuevamente la olfateó y luego se dirigió a Sumiko, quien lo esperaba.

—Sumiko Kuroda, Denisse Moreau ha reclamado un Cisma sobre

tu Walaar con pleno conocimiento y comprensión de la consecuencias de sus actos. Procede.

—Convoquen al cónclave. Nuzhat, Wolfgang, quédense conmigo.

Los asistentes se separaron en grupos pequeños, todos con presencia de uno de los hombres y mujeres altos que Jonás supuso eran ubicuos, y desaparecieron. Denisse quedó en uno de los grupos con los dos marroquíes y otro ubicuo y antes de desaparecer tuvo una última mirada asesina para Jonás.

Él no sabía muy bien que hacer. Las cosas habían salido de forma muy diferente a como las había planeado aunque, siendo sinceros, al citar a Sumiko no tenía muy claro a dónde llevaría eso.

Sumiko caminó hacia él, seguida de cerca por Nuzhat.

—De pronto, todos tenemos menos opciones, Jonás. Has presenciado un reclamo de Cisma, y eso significa que debes asistir al cónclave, aunque no seas un Korí, o que tu mente debe ser alterada ahora mismo; no hay otra opción.

—¿Y qué es un reclamo de Cisma? —Preguntó Jonás.

—Has demostrado ser bastante inteligente y creo que lo puedes deducir por ti mismo.

—Supongo que es un desafío a tu autoridad.

—Así es, pero eso no es lo que debe preocuparte por ahora. Conoces tus opciones.

—No dejaré que toquen mi mente.

—Entonces debes asistir al cónclave y dejar atrás todo aquello que crees que te protege.

¿Dejar lo que lo protegía? Ir a una reunión de Koríes, todos del Súmmum, por lo que podía suponer, sin las varillas o su nanodermis para protegerlo?

—Decide, puedes venir conmigo al cónclave o puedes quedarte aquí, con tu mente limpia de cualquier recuerdo sobre nosotros. ¿Cuál es tu elección? —Insistió Sumiko.

Se imaginó a sí mismo sin recordar nada, mientras Denisse ganaba en esa lucha de poder y tal vez volviera por él y por sus seres queridos, todos ignorantes de lo que sucedía. Jonás dudaba que una mente sin recuerdos lo protegiera de ella. Y activar ahora las varillas le serviría

únicamente a Denisse, le dejaría el camino limpio sin la oposición de Sumiko.

Si, la opción era clara. La principal protección para él y todos sus seres queridos no eran las varillas, ni sus esferas. Era su cabeza, y debía mantenerla intacta. Mientras pudiera pensar podría ayudar.

Se quitó su chaqueta y dejó que todas las esferas ocultas en sus ropas y su nanodermis fluyeran hacia ella, hasta que quedó sin ninguna. Se sintió desprotegido, pero no se amilanó. Solo se dejó puesta su terminal de pulsera porque Sumiko y Nuzhat también tenían las suyas, así que supuso que estaba bien.

—Está bien, iré contigo.

Jonás sintió que sus pies se separaban del suelo y un instante después creyó que se había quedado ciego. Pasó la mano ante sus ojos, pero la negrura era total y lo empezó a invadir una sensación de pánico. Sentía que estaba en una estancia amplia, oyó ecos que no pudo identificar y el aire era frío, más que en Noris.

—¿Todavía no ves nada? —preguntó Nuzhat.

—No, ¿qué me hicieron?

—Nada, solo está oscuro. Los no-Koríes parecen tener pupilas lentas.

Pupilas lentas. Entonces solo era cuestión de tiempo para que se acostumbrara a la oscuridad. De hecho, le pareció que ya no todo era negro; algunos tonos de gris ligeramente más claros se reflejaban en las paredes.

—Tú y Sumiko, me llaman No Korí. Denisse me dice Nuul. ¿Por qué?

—No estoy aquí para hablar contigo. Necesito que empieces a caminar, por allí. Sumiko ya debe estar en el lugar.

El camino se hizo más evidente, pero seguía siendo malditamente oscuro. ¿Por qué no ponían antorchas, o algo?

Y, claro, Nuzhat era la hermana de Yara. No iba a querer hablar con quien había causado la muerte de su hermana. Continuó por el camino que ella señalaba.

—Yara, ¿cómo sabes que está muerta? El arma no necesariamente causa la muerte, ¿sabes?

Nuzhat no habló, aunque a Jonás le pareció que por un momento había cambiado el paso.

—Porque no volvió, ¿o crees que decidió quedarse a vivir a bordo con los malditos fusores funcionando?

—Y quién dice que los motores están funcionando, ¿Denisse? Y seguramente ella es también quien asegura que Yara está muerta, y sobre la misión de salto a la Huygens, sólo le faltó decir que era una misión humanitaria. ¿En verdad te lo tragas, después de que desafió a Sumiko?

—Tú no entiendes nada, crees que sabes sobre los Koríes, pero no es así. Un reclamo de Cisma es una medida radical, pero no es una violación a nuestras reglas. Y sí, Denisse tiene ambiciones de poder, pero está en su derecho.

—A mi me pareció que hizo el reclamo en el momento justo para que Devries no le mirara en la cabeza y descubriera que es una mentirosa. Apenas hizo el reclamo todo se detuvo. A mi me suena a estratagema.

—Tal vez, pero eso ahora carece de importancia. Lo que de verdad vale es lo que decida el cónclave.

—Y si tu hermana está viva y sigue a bordo de la Huygens, ¿eso tiene importancia?

—Si ella está viva lo sabremos y buscaremos la forma de traerla de vuelta.

Jonás dobló un recodo del camino y desembocó en una galería enorme que estaba iluminada por numerosas antorchas. Era raro, con tanta luz debería haber visto su reflejo mientras caminaba. Entonces notó algo más. La galería estaba dividida en cuatro o cinco niveles circulares y en cada uno se sentaban infinidad de personas, como en un estadio con asientos de piedra, pero desde la poca distancia a que se encontraba no podía escuchar ningún sonido, como si todos los presentes estuvieran en silencio absoluto; solo que no era así, estaban hablando, Jonás lo vio, pero nada se oía.

—¿Por qué no los oímos?

—Deja de querer saberlo todo. Ven por aquí.

Nuzhat lo llevó por un camino lateral y luego a una escalera donde

subieron hasta el piso más alto y de allí caminaron hacia la galería, atravesaron una entrada en forma de arco y, allí sí, el ruido de miles de voces lo asaltó; instintivamente dio un paso atrás pero se chocó con la roca; de la entrada por donde había llegado no había rastro. Miró a Nuzhat, pero sabía que no contestaría a sus preguntas, así que guardó silencio.

—Siéntate. Estaremos aquí hasta que el cóncave decida.

En el lugar que le correspondió ya estaba sentado Devries. Tenía que cuidarse de él, no quería que se le metiera en la cabeza, como parecía ser el deseo de Sumiko, aunque había que reconocer que hasta ahora ella no había intentado hacerlo a la fuerza. A lado del Skeppo se sentó Nuzhat y una mirada significativa le hizo saber que esperaba que se sentara a su lado. En varias zonas de las gradas estaban esparcidos hombres parecidos a los marroquíes. ¡Cosmos!, eran muy parecidos entre sí, demasiado para que fuera solo una similitud étnica.

Los murmullos descendieron de volumen y Jonás vio al marroquí de los pantalones bombachos parado en el centro de la tarima circular de piedra. Su voz se elevó como si hubiera micrófonos y altavoces, aunque no se veía ninguno.

—Este cóncave se ha reunido para decidir si la pretensión de Cisma de la reclamante, Denisse Moreau sobre el Walaar de Sumiko Kuroda, tiene o no lugar. Todos los presentes deberán escuchar los argumentos y deliberar, según su mejor criterio.

» Por designios del Wym, un No-Korí estaba presente durante el reclamo y él, como no podía ser de otra forma, está sentado entre nosotros y...

Un bullicio de voces se elevó desde las gradas, pero la voz del Marroquí se impuso nuevamente.

—Es un hecho poco frecuente, sí, pero las leyes son claras. Quien sea testigo de un reclamo de Cisma debe deliberar en él junto con todos los convocados, sin distingos. Lo que pase con él después de este cóncave se decidirá luego. Ahora, reclamante, presenta tu caso.

Denisse caminó por el suelo de piedra y su voz retumbó como lo había hecho la del hombre.

—He sido Walí de Sumiko Kuroda desde que me acogió el Súmmum hace casi once años, y durante ese tiempo me ha tratado como lo hace una madre. Aprendí de ella a dominar mi Kor. En ese tiempo

creía que mi servicio al Súmmum sería como aprendiz y luego colega de nuestro querido Wolfgang Devries, pero Sumiko supo que mi Kor se inclinaba más hacia otras inteligencias, no solo la humana, y por esa claridad también le estoy agradecida.

» Vi a Sumiko afrontar grandes retos y salir airosa, llevándonos a todos los miembros de su Walaar con ella. Como Wal de Libra, su deber supremo de encontrar la armonía y el equilibrio entre los No-Koríes y nosotros fue siempre admirable, hasta ahora.

Un murmullo se levantó de las gradas. Sumiko esperó sentada en el borde del círculo empedrado con sus manos apoyadas sobre sus piernas, la espalda recta y su rostro impassible. Denisse espero hasta que las voces terminaron para continuar.

—Los desafíos de hoy no son los mismos de hace veinte, cincuenta o cien años, las herramientas No-Koríes evolucionan y ya es común ver Koríes sin posibilidad de un medio de sustento, pues las maravillosas destrezas de su Kor no son rivales para los artificios de las máquinas y la tecnología.

Otro murmullo se elevó de las graderías y Jonás recordó a Muff, quien siendo dueño de un poder increíble había perdido su trabajo en el circo por un artista que usaba efectos especiales.

Denisse nuevamente esperó que las voces remitieran y siguió.

—Entonces, los Koríes perdemos nuestro trabajo por la tecnología. Que así sea, les pasa lo mismo a los No-Koríes, pero nuestro problema actual va más allá y ese problema se personifica, más no se limita, en los motores de fusión; esa tecnología no nos quita nuestro trabajo, no. Nos abrasa, nos convierte en teas ardientes y sí, al final nos quita también la vida. Pero ¿saben qué más nos arrebató? Nuestro Kor mismo, porque un área con un fusor en funcionamiento impide el uso de nuestro poder, aun desde la distancia. Imaginen entonces un mundo con la anunciada energía de los fusores, omnipresentes en cada ciudad.

» Ese, camaradas Koríes, no es un mundo armónico, no es un mundo balanceado. Es un mundo donde nosotros no existimos, o tal vez sí, si nos escondemos en cuevas como ratas o en lo profundo del desierto. Tal vez así podríamos sobrevivir, al menos un tiempo. ¿Y qué estamos haciendo ante esa amenaza? Se deben preguntar ustedes con razón y yo debo decirles: muy poco, casi nada. Hemos detenido el

desarrollo de los fusores, por ahora, con gran esfuerzo, pero eso no durará y nuestro Wal de Libra, Sumiko Kuroda, lo sabe bien, pero su estrategia es la misma de hace cien años y como ya vimos, las amenazas actuales hicieron obsoletas esas estrategias hace tiempo. ¿El resultado? Los No-Koríes esperan el momento para volver a sus motores de fusión, que nos erradicarán de este mundo.

» Por eso, camaradas, demando un Cisma del Walaar de Libra conmigo como Wal. Mi estrategia es clara y se basa en dos puntos. Primero, y con relación al motor de fusión, además de destruir cualquier tecnología relacionada, debemos erradicar a todos aquellos No-Koríes involucrados en el desarrollo y operación del motor de fusión y con quienes han escrito, enseñado o aprendido sobre sus bases teóricas, mientras nuestros deshacedores se encargan de borrar lo que se haya escrito sobre esa tecnología maldita. Segundo, estableceremos un sistema de proscripción de tecnologías hostiles que eliminen desde la semilla cualquier nuevo desarrollo que nos amenace de nuevo. Esa, camaradas, es la razón de mi reclamo.

El auditorio guardó silencio, apenas roto por algunos murmullos. Denisse retrocedió y se sentó en una silla al borde del círculo de piedra.

Jonás antes no había sabido qué esperar del cónclave, pero ahora, siendo testigo presencial, no le pareció que se diferenciara mucho de las campañas políticas que se llevaban a cabo en cualquier lugar.

El marroquí volvió al centro.

—La reclamante ha hablado. Quien quiera apoyar sus argumentos con nuevas luces, que lo haga ahora.

Para tranquilidad de Jonás, el silencio continuó. Nadie parecía dispuesto a apoyar a Denisse.

Entonces una voz surgió desde las gradas.

—Yo hablaré.

Esta vez, el vocerío llegó de todas partes y Jonás vio la expresión preocupada de Nuzhat.

—¿Quién es?

—Baja la voz... es Itorio, el Wal más influyente después de Sumiko.

—¿Y por qué sólo pueden hablar para apoyar a Denisse? ¿Qué pasa si alguien quiere defender a Sumiko?

—Aquí nadie apoya ni ataca a Denisse ni a Sumiko, solo a sus argu-

mentos. Y dado que Sumiko es la actual Wal, ya todos conocen su trabajo y resultados mientras que a la reclamante no la conocen. Por eso la reclamante puede hablar y además tener alguien que la apoye, mientras que en el caso de Sumiko solo puede haber una persona que defienda su posición; de esa forma hay equilibrio.

A Jonás no lo convencía ese método, pero seguramente Sumiko podría defender su postura con argumentos.

En la grada, la voz de Itorio se impuso.

—Camaradas, no los aburriré con un largo discurso pues la joven Denisse ha expuesto casi todos los argumentos con claridad. Tal vez piensen ustedes que es una persona arrogante e impulsiva; ¡yo por lo menos así lo creo! —dijo Itorio, arrancando algunas risas de los asistentes—, pero eso no resta verdad a la cuestión de fondo. El futuro luce oscuro para los Koríes y las estrategias actuales del Wal de Libra no nos han brindado una solución efectiva. Por eso y como Wal de la Fuerza del Kor, apoyo el reclamo de Denisse Moreau. Y a ti, respetada Sumiko te digo, lo hemos dado todo por nuestros Walaares durante estos siglos, pero tal vez sea momento de ceder el paso a nuevos Kors, más sintonizados con los tiempos actuales.

Itorio hizo una ligera reverencia a Sumiko y se sentó. El murmullo se convirtió en conversaciones a gritos por toda la caverna. Jonás vio que Sumiko cruzaba una mirada con Itorio y percibió un ligero gesto de asentimiento.

—¡Va a aceptar, Sumiko va a aceptar los argumentos de Itorio! —Dijo Jonás desesperado.

—Itorio y ella son los más sabios Wals de los últimos siglos. Si consideran que es lo mejor para los Koríes es porque así es —dijo Nuzhat.

—¿Y nosotros, los No-Koríes? ¿Qué nos espera con Denisse como Wal?

Nuzhat no respondió. Abajo, el marroquí había vuelto al centro del círculo de piedra.

—Itorio, Wal de la fuerza del Kor ha hablado y respaldado el reclamo. Antes de deliberar, ¿hay alguna nueva luz en defensa de la permanencia de Sumiko Kuroda?

Sumiko se puso de pie y se dirigió al centro del círculo mientras los asistentes bajaban su voz, expectantes ante sus palabras. Dio una mirada

a las graderías y su mirada se cruzó brevemente con la de Jonás y a él no le quedó duda. Iba a claudicar, aunque a los No-Koríes les significara una nueva vida de represión, sometimiento y manipulación.

No podía permitirlo, cosmos, no sabía qué iba a pasar, pero no se iba a quedar allí viendo como Sumiko sellaba el destino de la humanidad.

—Yo hablaré —gritó Jonás, y los gritos no se hicieron esperar cuando los demás vieron de quien provenía la voz.

—¡Cállate, estás loco, no puedes hacer eso! —Dijo Nuzhat.

—¿Por qué no puedo hablar yo? —Dijo Jonás, y su voz se escuchó hasta en el último rincón, pues la extraña acústica de la cueva le había concedido la palabra.

La respuesta vino del círculo de piedra.

—Si puedes, Jonás Landó, pero recuerda que cuando hables debes hacerlo solo con la verdad. Adelante.

Jonás creyó que Sumiko le iba a lanzar una mirada furiosa o que, como mínimo, iba a seguir con su habitual cara inexpresiva, pero en cambio le pareció ver una sincera expresión de asombro.

Bien, eso le pasaba por rendirse antes de dar pelea.

La situación era demasiado extraña. Estaba hablando a un público formado íntegramente por quienes había considerado sus enemigos y sin embargo allí estaban todos, escuchando lo que tuviera que decir, y Jonás era consciente de que lo que iba a decirles los iba a impresionar, y no era fácil adivinar cómo reaccionarían. Antes, había planeado compartir esa información a solas con Sumiko en la cabaña, pero entonces pasó lo que pasó.

Dos marroquíes se habían parado a corta distancia y lo miraron con su extraña expresión, olfateando.

Trató de no prestarles atención y habló.

—Soy un No-Korí, como saben, y terminé aquí por circunstancias inesperadas. He escuchado los argumentos de la reclamante y del Wal del Poder del Kor y entiendo perfectamente el temor que puedan sentir ante una tecnología que les causa tanto daño y como científico les digo, no están desencaminados sobre el terrible impacto que tendría para sus vidas.

Jonás sintió la mirada de Nuzhat sobre él mientras los hermanos marroquíes lo seguían olfateando.

—Pero se queda muy corta la reclamante cuando dice que tal vez se puedan esconder en el desierto o en una cueva porque allí tampoco estarían seguros, pues su problema es mucho, mucho más grande del que ustedes imaginan y el peligro no está solo en los motores de fusión. De hecho, el peligro no son los motores de fusión en sí mismos.

Hubo más murmullos y en la gradería alguien gritó.

—¡Charlatán!

Jonás volvió a tragar saliva y continuó.

—¿Charlatán? ¿Acaso estos caballeros permitirían que diga mentiras o que los engañe? —Dijo Jonás mostrando con sus manos a los Marroquíes, que no paraban de olfatearlo—. No sé quién entre ustedes descubrió el peligro de los motores de fusión para los Koríes, pero cometió un error, muy lógico en mi opinión. Al ser tan peligroso para los Koríes no podían estudiarlo en profundidad y de cerca y por eso solo vieron lo que parecía obvio, el motor de fusión los mataba, pero no es el motor de fusión el que lo hace sino uno de sus componentes llamado inductor de campo. Ese elemento y no otro es el que los hiere.

» Un problema, y no el mayor, es que el motor de fusión no puede funcionar sin inductores de campo...

El vocerío creció y oyó claramente gritos de cállate e incluso insultos.

—Si vas a decir algo de interés para el Súmmum mejor dilo ya. No estás dictando una conferencia —dijo Nuzhat.

Tenía razón, claro, pero necesitaba explicarlo, necesitaba que comprendieran que el peligro sí era real y mayor a lo que podían pensar.

Retomó la palabra y de inmediato su voz creció sobre las demás.

—En un minuto entenderán de lo que hablo, lo prometo. Les decía que un problema, y no el mayor, es que el motor de fusión no puede funcionar sin Inductores de campo, por eso resulta mortal, pero el verdadero problema para los Koríes, y es gigantesco, es que los inductores de campo sí que pueden funcionar sin motores de fusión y de hecho ya hay miles, millones de ellos en operación en todo el mundo y cada día solo aumenta su número.

El auditorio se había silenciado y Jonás sintió todas las miradas puestas en él.

—Los inductores de los que les hablo no son enormes, como los de los motores de fusión, sino que son diminutos y están a kilómetros de

altura, en cada escudo de interferencia que ustedes ven protegiendo algunos campos y ciudades. Su bajo poder y el estar tan dispersos los hace inocuos para los Koríes. »

» Pero los edificios en tierra no están dispersos ni lejos de la gente. Aún no emplean escudos en tierra por su alto costo, pero el aumento en la radiación solar hará que muy pronto sea indispensable instalarlos y aumentar su potencia lo cual significa más inductores y de mayor tamaño, porque no hay otra tecnología que pueda hacer lo mismo. Y los escudos no son la única tecnología que requiere inductores, porque tiene múltiples aplicaciones prácticas más. Entonces lo que pasará pronto es que cualquiera de ustedes pueda estar cerca de cientos de inductores sin saberlo y ya no haya sitio seguro en el mundo para los Koríes.

» Por eso, desapruebo el reclamo de Denisse, pues es insuficiente, no resuelve el problema y si lleva a cabo sus dos estrategias lo que hará es acabar con todas aquellas mentes científicas que podrían encontrar una solución, eso sin contar con que es un plan perverso que llevará a una guerra entre Koríes y No-Koríes. Y si cree que, así como puede acabar con los fusores puede acabar con los inductores, sepan que tendría que acabar prácticamente con todas las ramas de la física aplicada actuales y, si lo lograra, prepárense para vivir en la cueva que mencionó la reclamante, pues en ningún otro lugar estarán a salvo de la radiación mortal del sol.

Jonás se calló y se sentó, mientras la caverna se convertía en una cacofonía de voces a los que Jonás dejó de prestar atención.

—¿Eso es todo? ¿Nos anuncias el Armagedón y te quedas tan tranquilo? —Dijo Nuzhat.

—No estoy tranquilo, solo digo los hechos. Lo que se haga para evitar el Armagedón no depende de mí.

—Entonces, ¿te lavas las manos?

—¿Y a ti te parece que lo que acabo de hacer es lavarme las manos?

—¿Qué deberíamos hacer?

—Yo sé lo que haría, pero ahora ni siquiera sé si saldré de este lugar con mi mente y recuerdos intactos.

Una voz se elevó sobre todos. Era Itorio que había bajado al círculo de piedras y estaba junto a Sumiko y el marroquí.

El vozarrón de Itorio acalló todos los murmullos.

—Jonás Landó. Según tus palabras, todos los Koríes del mundo estamos en peligro mortal y solo los mismos científicos que crearon la tecnología que nos mata pueden revertir el problema. ¿Cómo esperas que lo hagan?

Jonás se puso de pie.

—Los inductores son la tecnología reinante porque funcionan muy bien para su propósito. Hay que diseñar un sistema alternativo y que sea inocuo para Koríes y No-Koríes.

—¿Así de sencillo? ¿Vas a ir y desarrollar de la noche a la mañana un sustituto para esa tecnología tan exitosa y extendida?

—De la noche a la mañana, no. Será un esfuerzo descomunal que podría tomar años, y tendríamos que trabajar coordinados.

—¿Y estás dispuesto a adquirir ese compromiso?

—Sí, con las condiciones que Sumiko ya conoce.

Sumiko e Itorio hablaron entre ellos y luego ella tomó la palabra.

—Debido a la nueva información sobre el gran peligro que se cierne sobre nosotros, este cónclave se declara en suspenso por dos ciclos lunares, período máximo que determina la ley, mientras meditamos sobre lo que debe hacerse. Sé que deben estar preocupados por las revelaciones de Jonás Landó, pero recuerden que conocer el verdadero peligro es el primer gran paso para evitarlo. Ahora, que la luz de Wym ilumine el camino de retorno a sus hogares.

—¡No!, hay que deliberar, debemos actuar ahora o... —dijo Denisse, pero Itorio la interrumpió.

—¡Silencio, reclamante! ¿O es que desconoces la ley? Serás mi Walí hasta que el cónclave vuelva a reunirse —dijo Itorio.

Nadie más discutió. El consenso que habían alcanzado los dos líderes más importantes del súmmum parecía tener demasiado peso como para que alguien se opusiera.

La galería se vació con rapidez, pero con no pocos cuchicheos. Abajo, en el círculo de piedra, los marroquíes montaban guardia cerca a Sumiko e Itorio que seguían hablando. Jonás notó que ella lanzaba algunas miradas en su dirección. Denisse estaba de pie a un lado del círculo con sus brazos cruzados y la mandíbula tensa.

Uno de los marroquíes de las gradas se acercó a Nuzhat.

—Llévalo ante tu Wal.

—Vamos —dijo secamente Nuzhat, y Jonás la siguió. ¿Qué más podía hacer? Ya se había metido de cabeza en el juego.

El muro por el que antes habían entrado otra vez se había convertido en una puerta. Jonás desistió de preguntarle a Nuzhat cómo funcionaba. ¿Era la cueva misma la que abría los pasadizos o era alguno de los Koríes quien lo hacía?

Le habría gustado tener una de sus esferas detectoras con él, seguramente habría obtenido mucha información. Tal vez, si lograba recuperar la esfera reprogramada de Denisse...

En lugar de continuar por el pasadizo por el que habían llegado, bajaron por unas amplias escaleras de caracol talladas en la piedra negra. Llegaron al nivel del piso y encontraron que Itorio, Sumiko y Denisse se habían trasladado hasta un costado, con un marroquí cerca a cada uno de ellos.

Itorio miró a Jonás y se le acercó. Era tan alto como él, pero mucho más robusto y de cerca parecía entrado a sus sesenta. Cuando en su discurso habló de haber servido durante siglos, ¿hablaba de forma literal? Ya no podía descartar nada sobre los Koríes, pero ciertamente no parecía un anciano y su bigote y barba bien cuidados apenas tenían algunas canas.

—Eres el portador de terribles noticias y aunque no seas el causante del peligro, muchos no sabrán distinguir al mensajero del mensaje. Sumiko te trajo a este cónclave y ella decidirá lo que debe hacerse contigo —dijo Itorio, que se despidió con una inclinación de cabeza a Sumiko y se dirigió a los pasillos de salida, seguido por Denisse que lanzó a Jonás una mirada antes de continuar.

Cuando estaba por pasar a su lado Jonás le bloqueó el camino.

—Eso que llevas es mío —le dijo, y con su terminal envió una orden.

La esfera que Denisse había tenido que desprogramar para que lo contactara y se organizara la reunión con Sumiko fluyó por el brazo de ella y se dejó caer en el suelo, incorporándose con el zapato de Jonás.

—Va una, quedan dos —dijo Jonás.

Ella lanzó una mirada de desprecio.

—Sí, quedan dos; dos ciclos lunares y entonces el cónclave volverá a reunirse —dijo ella, y salió detrás de Itorio.

—Lo que está ocurriendo es demasiado grave. Olvida tus rencillas personales con Denisse —dijo Sumiko.

—Lo nuestro es mucho más que una rencilla personal. Sus acciones han provocado muertes y sus planes producirán aún más entre los No-Koríes. Lo que dije es cierto, eso podría desembocar en una guerra.

—Si el reclamo de Denisse es aceptado y es investida como Wal de Libra, recibirá el don del discernimiento y no actuará por simple impulso, pero eso vendrá después. Tenemos solo dos ciclos lunares para comprender mejor el peligro que revelaste y presentar un plan. Comprende que al Súmmum no le importa si el Wal soy yo o es Denisse, el cóncave elegirá a quien garantice su existencia y tranquilidad y para eso debes enfocarte solo en el objetivo que nos importa. Te daré la tranquilidad de la seguridad de tu familia y la tuya propia. Wolfgang se encargará de quitar todo lo demás, aquello que te genera rencor y que te apartaría del camino.

Jonás tardó un segundo en comprender, pero entonces lo vio. Devries venía hacia él y de reojo pudo ver que desde atrás se le acercaba uno de los marroquíes. Se sintió estúpido. Había dejado todas sus defensas en la cabaña y aquí estaba a merced de Sumiko que, pese a no aparentar ser una mujer violenta, como Denisse, tampoco le parecía que tuviera escrúpulos a la hora de dejar a alguien sin sus recuerdos, aun si eso era tan grave como herirlo.

—¡No! Prometí ayudar a encontrar una solución, pero no podré proteger a mi familia si me tocan la mente, y aún no sé de la suerte de mi madre luego de que Yara abordara la Huygens, no lo hagan, por favor.

Jonás esperaba la réplica de Sumiko, pero fue Devries quien habló.

—Sumiko, por favor, una palabra.

Ella pareció confundida por un momento, pero entonces asintió y retrocedió unos pasos junto con Devries. Él le habló muy de cerca, sin tocarla. A Jonás le pareció que, por un momento, Sumiko fijaba su mirada en él. Entonces se aproximaron.

—Jonás, Wolfgang te dirá algo y luego deberás tomar una decisión. Podrás irte de este lugar, solo si permites que Wolfgang te imprima, aunque hay otra posibilidad, pero tú decidirás si eso es lo que quieres. Wolfgang, adelante.

Devries hizo una ligera reverencia a Sumiko y luego se giró a Jonás.

—Sí, Sumiko. Cuando estuvimos en el embarcadero y traté de tocar a Denisse para encontrar la verdad, ella se resistió e impidió que hiciera mi trabajo. Mi Kor y el suyo se enfrentaron y todos vieron lo que sucedió. Sin embargo, estuvimos en contacto el tiempo suficiente y pude ver su mente. Había planeado que Yara saboteara la Huygens para que se destruyera, y al enterarse de su muerte montó en cólera y dispuso un plan... no comprendí su naturaleza, pero vi pequeñas naves que se abalanzarían sobre la Huygens para destruirla. Eso es todo lo que vi.

—Hay tiempo, Jonás. No pueden llegar naves a esa distancia en poco tiempo. Podrán planear una defensa —dijo Sumiko.

—Si ya saben que Denisse hizo esos planes sin consultarle a nadie, ¿por qué no la obligan a revelar su plan y detenerlo? Debemos saber cómo planea hacer ese ataque.

—Porque fue astuta y reclamó el Cisma cuando se vio atrapada; posiblemente lo había planeado y simplemente anticipó el momento, pero una vez que lo hizo quedó protegida por nuestra ley. Se le conceda o no el reclamo, tendrá que responder por sus acciones sólo cuando el Cónclave delibere, no antes.

—¿Cómo eran las naves atacantes? ¿Las has visto alguna vez, o en el holo? —Preguntó Jonás a Devries.

—No, nunca he visto naves como esas en ningún holo. Eran enjambres de ellas, poco agraciadas, sin ningún detalle aerodinámico. Solo enormes cilindros negros con motores refulgiendo en azul.

—¡Contenedores de combustible! Va a utilizar contenedores de combustible. Tienen en su interior el combustible y el comburente necesarios para mantener en funcionamiento los motores químicos de la Huygens. Hay miles de esos contenedores a lo largo de la ruta de la nave así que no, Sumiko, no hay tiempo. Debe haber hackeado todos los contenedores cercanos con posibilidad de alcanzar la nave para que la ataquen. Debo salir, tratar de ayudarla.

—Jonás, estuvimos en tu embarcadero hace casi dos horas y para ese momento Denisse ya debía haber ordenado ese ataque. No hay nada que puedas hacer ahora mismo.

—Pero no voy a quedarme cruzado de brazos esperando que el plan de Denisse destruya a la nave y todos sus tripulantes.

—Por supuesto que no, pero te dije que para salir de aquí debes

tomar una decisión. Puedes dejar que Wolfgang elimine de ti, ahora mismo, cualquier recuerdo que pueda llevarte a la venganza. Tu único objetivo debe ser salvar a los Koríes, y salvando a los Koríes salvas también a los No-Koríes, evitando el plan de Denisse.

¿Dejar que Devries se metiera en su cabeza y que se enterara de la existencia de su fortaleza y de lo que había averiguado sobre los tres lazos de la esencia? Hasta debía haber información en su cabeza que ni él mismo recordaba y que podría ser peligrosa para él y para el mundo.

No, esa opción estaba descartada, aunque viéndose rodeado de los marroquíes y de Nuzhat y Sumiko, cuyos poderes Jonás ni siquiera sabía cuáles eran, no creía que tuviera posibilidades de resistencia.

—Dijiste que había otro modo —dijo Jonás.

—Sí, lo hay. Puedes unirme a mi Walaar.

Nuzhat y Devries dejaron traslucir su sorpresa, aunque solo por sutiles gestos en el ceño y los ojos.

—¿Unirme al Súmmum? ¿Un No-Korí puede hacer eso?

—Nada lo prohíbe y hasta hubo casos anteriores, aunque hace mucho tiempo. Serías un miembro valioso y como mi Walí harás lo que te pido sin necesidad de cambiar tu mente.

Las dos opciones eran malas. Si Devries se metía con su cabeza nadie sabía lo que podía encontrar allí. Si aceptaba ser Walí de Sumiko... bueno, no sabía que pasaría en ese caso pero era claro que el interés principal de la mujer era su propia gente, los Koríes. Aunque, por otra parte, era Wal de Libra y debía buscar el balance entre los dos mundos y hasta ahora no la había visto tomar decisiones arbitrarias; más bien lo contrario; si había algo en Sumiko que molestaba a Jonás era que se mostraba demasiado parsimoniosa en situaciones que demandaban una actuación más decidida.

—Si acepto, ¿tendría que obedecerte sin cuestionamientos?

—En caso de que aceptes, deberás prestar y cumplir tres juramentos.

—¿Tres, mi Wal? —preguntó Nuzhat, que entonces pareció consciente de haber interrumpido a su Wal y retrocedió un paso bajando la mirada.

—Él es un no-Korí, Nuzhat, solo puede prestar tres de los juramentos —dijo Sumiko sin alterarse.

Jonás observó a Nuzhat pero ella no hizo ningún comentario, ni tampoco lo hicieron Devries o los Marroquíes.

—Y, ¿cuáles son? —preguntó Jonás.

—Lo sabrás en su momento y entonces decidirás.

El reloj seguía corriendo y tenía que salir de allí. Permitir la manipulación mental de Devries estaba fuera de discusión. Quedaba la opción de lanzar la esfera recuperada de Denisse, Pero ¿qué lograría con eso? Tal vez atrapar a uno de esos Koríes, y si lo hacía no saldría de allí tranquilamente, además de que Sumiko no volvería a confiar en él.

—Confío en que no me arrebatarás mi libre albedrío por la fuerza. Acepto ser tu Walí.

Sintió que alguien aferraba su brazo y sus pies se despegaron del piso.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Shin'en

Se hallaba en una caverna, pero no parecía ser la misma de piedra oscura donde se había celebrado el suspendido cónclave, sino en una playa subterránea con las brillantes aguas azules de un lago moviéndose suavemente sobre la arena de la orilla. Las paredes de roca frente a él reflejaban la luz del lago en diferentes tonos azules y de ellas sobresalían multitud de pequeños cristales, algunos parecidos al cuarzo y otros a piedras preciosas como zafiros, esmeraldas y rubíes.

Al fondo, la pared de piedra se abría en un enorme arco que daba paso a una caverna más profunda que terminaba en otro arco y en una sucesión de cavernas que abarcaban hasta donde llegaba la vista, todas iluminadas en tonos azules.

El lago era el centro de múltiples túneles que partían en todas direcciones, y cada túnel reflejaba la luz del lago en un color que variaba ligeramente de los que le rodeaban. El túnel junto al azul que vio al principio tenía una tonalidad un poco más verde y los cambios sutiles iban dando paso gradual a otros hasta llegar al amarillo, al rojo, al naranja y, a espaldas de Jonás, el negro.

Era tan oscuro que no era posible notar ningún detalle en él; ni rocas, ni salientes ni arcos u otros túneles en su interior, nada era visible allí. La absoluta ausencia de luz, reflejos y sombras no era extraña para

Jonás; sus propias poliesferas tenían esa característica cuando estaban en estado puro, pero ver ese efecto en la enorme escala de la caverna, era inquietante.

Sumiko se paró frente a él, con el túnel rojo a su espalda. Devries y Nuzhat permanecieron unos pasos detrás y los marroquíes habían desaparecido; al parecer, no era necesario que los hermanos lo olfatearan para saber si su juramento era o no sincero y no era difícil comprender el motivo.

El lago.

Jonás sentía que era imposible intentar mentir o engañar junto a ese espejo de agua que brillaba con una luz que no parecía provenir de ningún lugar del fondo o de sus paredes subacuáticas, sino del agua misma.

—Jonás, estás en el corazón de la Caverna de Shin'en, fuente de la Luz de Wym y fortín de la verdad que se extiende por cada rincón del mundo, para que declares de corazón a corazón si aceptas unirme al Walaar de Libra y buscar el equilibrio entre el mundo de los Koríes y de los No-Koríes, y para ello deberás prestar tres juramentos. Ya diste el primer paso expresando tu aceptación por ser mi Walí, y los tres juramentos harán de esa decisión un compromiso inquebrantable. Piénsalo bien pues, si tu juramento no es sincero o lo rompes, te alcanzará el karma.

Jonás tragó saliva y esperó.

Sumiko desprendió un pequeño trozo del gran rubí de su pulsera, que siguió tan intacto como antes, y lo extendió a Jonás. Tan pronto como lo aferró en su mano supo cuál era el primer juramento y las palabras que debería pronunciar. Lo pensó por unos segundos con su mente incisiva alerta al engaño, pero no lo encontró. Era un juramento justo.

—Juro lealtad al Walaar de libra, y dar todo de mí para proteger la armonía y el equilibrio entre Koríes y No-Koríes —dijo Jonás, y tan pronto como pronunció la última sílaba, el trozo de piedra de su mano se disolvió como absorbido por la piel y un calor repentino lo invadió, mientras el eco de sus palabras reverberaba por toda la caverna y más allá, a través de cada uno de los túneles que partían del lago, en cuya superficie se formaron ondas que duraron tanto como el sonido.

Sumiko le entregó un nuevo trozo de rubí y Jonás lo tomó con la

punta de sus dedos, como si así evitara un contacto pleno, sin embargo, el segundo juramento brilló de inmediato en su mente como si fuera propio.

Pero ¿cómo podría hacer ese juramento?

Juro no revelar jamás los misterios del Kor...

¿Y qué pasaba con lo que ya le había revelado a su padre, y a su madre? No podía cambiar lo que ya había hecho.

Mientras pensaba en ello, las palabras del juramento se transformaron en otras que sí se podía pronunciar sin mentir.

—Juro solemnemente que a nadie revelaré la existencia o secretos de los Koríes.

El cristal se disolvió y desapareció entre sus dedos y de nuevo el calor lo envolvió y las palabras resonaron en la caverna y los túneles.

Sumiko ya había sacado un nuevo trozo de rubí y Jonás lo recibió, revelándose en su mente el tercer juramento. Tampoco encontró nada qué objetar: con la vida de su familia y de tantas otras personas en juego, era un precio justo que estaba dispuesto a pagar.

—Juro sacrificar mi bienestar, y mi vida, si fuera necesario, para cumplir la suprema misión del Walaar de libra.

Todo ocurrió igual que con los juramentos anteriores, y cuando los ecos de su voz se apagaron Sumiko le habló.

—Cada roca del mundo ha oído tus promesas y exigirá que las cumplas. Ahora, Jonás, escoge tu cristal —dijo ella, haciendo con su mano un movimiento en arco señalando los túneles.

—¿Cualquiera?

—Debes decir, ¿cualquiera, Mi Wal? —Gritó Nuzhat.

Mi Wal. Más le valía meterse eso en la cabeza, por más raro que le pareciera, aunque también había oído que Nuzhat a veces le decía simplemente Sumiko. Tendría que aprender las sutilezas del trato formal.

—¿Puedo tomar cualquier cristal, mi Wal? —Preguntó Jonás.

—Cualquiera. Escógelo y sácalo de la roca, luego tráelo ante mí.

Eran hermosos. El de Yara, que él había infiltrado con una esfera, era una esmeralda verde, el de Sumiko un gran rubí rojo y no había visto los de Denisse, Devries, o los marroquíes. Cualquiera de ellos sería hermoso, pero...

Caminó hacia la caverna escogida sin mirar las reacciones de los demás y acercó la mano a la pared. Seguía sin ver ningún detalle de la gigantesca entrada negra, pero sus manos palparon la superficie y allí estaban, incontables cristales de formas singulares, algunos como piedras preciosas cortadas mientras que otros carecían de forma reconocible.

Palpó con sus manos y encontró uno que llamó su atención. Se sentía más chato que los demás y, de alguna forma, sintió que era el correcto. Lo tomó con sus dedos y haló, desprendiéndolo de la roca con cierta dificultad y lo puso en su mano. Parecía que se hubiera abierto un hueco de cinco centímetros en ella con la forma del cristal, que seguía sin revelar sus detalles, pero que al tacto era hexagonal, una réplica en miniatura muy parecida a los inductores que había preparado como defensa hacía algunas horas.

—Acércate, Jonás —dijo Sumiko, y cuando él lo hizo ella tomó en una mano el cristal mientras ponía la otra en la cabeza de Jonás—. Tus intenciones son transparentes para mi y veo que son puras. Tus juramentos te acompañarán donde quiera que estés, te llames Jonás, o de cualquier otra forma que escojas, tu Wal siempre sabrá quién eres y lo que has prometido.

Los oídos de Jonás empezaron a zumbarle y la cabeza le dolió tanto que parecía que le fuera a estallar. Creyó que no lo soportaría y se la aferró en un intento de aliviar el dolor, pero entonces súbitamente este se desvaneció. Sumiko tomó una cadena que colgaba de su cuello y sin esfuerzo le quitó un eslabón con el cual atravesó el cristal que se dejó perforar como si fuera líquido. La cadena siguió intacta como si nada hubiera pasado, igual que había ocurrido con el rubí.

—Ahora eres un miembro del Walaar de Libra y sabes lo que hay en este cristal. Cuídalo, y nunca pienses en la caverna de Shin'en cuando estés en cercanía de un Korí ni hables de ella con no-koríes, o el dolor que acabas de experimentar regresará. Ve y haz lo que puedas por tu madre, luego Nuzhat te guiará en tus primeros pasos en el Súmmum y empezaremos nuestra misión.

Jonás miró a Sumiko sin comprender. ¿Cómo así que él conocía el contenido del cristal? No tenía ni idea de a qué se refería, a menos que...

Como un velo que se descorre Jonás comprendió el significado de las palabras de Sumiko: ya no tenía un neurocom en su cabeza y la reve-

lación le causó un escalofrío, causado en parte por temor y en parte por la fascinación de experimentar en carne propia algo que hasta hacía no mucho tiempo había considerado imposible.

Entonces, Jonás pensó en las otras palabras que había dicho su Wal y la fascinación se atenuó hasta desaparecer, mientras que el temor ganó terreno haciendo sentir los latidos de su corazón en su pecho y sus sienes.

«Soy un estúpido», pensó, pero se obligó a calmarse. Debía actuar con inteligencia si quería salir de la cueva y ayudar a su madre.

—Mi Wal, he prestado los tres juramentos y ahora soy tu Walí. Me prometiste que si lo hacía, ningún Skeppo tocaría mi mente y que podría salir en libertad sano y salvo y hacer todo lo posible para ayudar a mi madre y a la tripulación de la Huygens y restablecer la comunicación.

—Así es, Jonás, ningún Skeppo tocará tu mente y daré las instrucciones necesarias para que puedas ayudar a todos en la nave. Después, la misma Nuzhat te enseñará lo que necesites saber para cumplir tu compromiso con el Súmmum.

Tan pronto como Sumiko lo dijo, Jonás oyó los ecos de las palabras de su Wal reverberando por la caverna y vio las ondas en la superficie del lago, mucho más débiles que las producidas por sus propios juramentos, pero aun así, evidentes para Jonás, que estaba atento a ellas.

—Mi Wal, agradezco al Cosmos que hayas podido ver que mi intención de cumplir los juramentos era sincera —dijo Jonás.

—Siempre puedo ver si las intenciones de los juramentados son puras, Jonás —dijo Sumiko respondiendo a su vez con una ligera sonrisa.

Él respiró profundamente y tragó saliva. ¿Cómo iba a reaccionar Sumiko cuando le hiciera la siguiente pregunta? ¿Iba a mantenerse imperturbable, como siempre?

—¿También eran puras las intenciones de Denisse cuando juró, o ya desde entonces notaste lo que ella era capaz de hacer, mi Wal?

No, Sumiko no se mantuvo imperturbable. Su sonrisa desapareció y parecía a punto de responder, pero fue Nuzhat quien, con expresión descompuesta, habló primero.

—¡Impertinente! ¿Cómo te atreves a cuestionar a tu Wal, y además en este lugar sagrado!

—Me atrevo, Nuzhat, porque a ello me obliga mi juramento de lealtad hacia el Walaar de Libra; debo proteger la armonía y el equilibrio entre Koríes y No-Koríes y por eso necesito saber si nuestra mismísima Wal lo pone en riesgo.

Nuzhat estaba a punto de hablar otra vez, pero Sumiko había recuperado la compostura y tomó la palabra.

—Tu devoción a los juramentos es encomiable y no espero menos de ti, Jonás, pero ¿cómo puedes creer que yo, como Wal de Libra, puedo poner en riesgo mi propio Walaar?

—Porque en el poco tiempo que ha pasado desde que me percaté de la existencia del Súmmum he sido testigo de cómo usa la violencia para lograr sus fines. Murieron algunos científicos en el Ferrovac que sabotearon y muchos más cuando las pruebas de fusores en tierra terminaron en desastre, y ahora la Huygens, atacada en pleno vuelo. Yo le puse a esa violencia extrema el rostro de Denisse, pero ¿cómo podría hacer ella lo que hace sin tu complacencia?

—Siempre le dije a Denisse que nuestros ataques debían dirigirse a acabar con los fusores, no con la gente.

—Oh, sí, estoy seguro de que se lo dijiste, pero ¿te importaba si ella te obedecía o no?

Nuzhat seguía el intercambio de palabras entre Sumiko y Jonás con el rostro pálido de asombro, mientras Devries lo hacía dedicándole a Jonás su expresión más hostil. Sumiko en cambio se mantuvo en silencio y tranquila.

—Tú, mi Wal, solo respondes a mis preguntas con frases vacías para mantener las apariencias, pero tus acciones te delatan cuando encomiendas misiones a Denisse, una y otra vez, pese a que sabes que siempre actúa con violencia contra los No-Koríes y que desde el mismo momento en que prestó su juramento, debías conocer lo que se escondía en su corazón. ¿Qué armonía y equilibrio proteges entonces?

—Y ¿tú qué sabes de armonía y equilibrio, Jonás? Hay valles y hay montañas, y aún entre las montañas hay colinas y hay volcanes, y el equilibrio y la armonía no significan que el valle se deba elevar a las alturas o que el volcán se derrumbe y pierda su imponentia, sino que cada uno siga siendo lo que es.

Cosmos, eso aclaraba las cosas. Por un momento había pensado que

Sumiko estaba dispuesta a utilizar como instrumento a Denisse para lograr a toda costa los propósitos del Walaar de Libra sin ensuciarse las manos, pero la realidad era aún peor. Había torcido esos propósitos y quería la supremacía para los Koríes, costase lo que costase a los No-Koríes, y más le valía a Jonás salir de ese lugar mientras pudiera jugar la baza que había preparado.

—Entonces no hay nada más que decir. Ahora, Sumiko Kuroda, te exijo que cumplas tu palabra y dispongas que salga de aquí para ayudar a mi madre —dijo Jonás con rabia.

—¿Cómo crees que puedes irte sin más...? Mi Wal, por favor, déjame encargarme de este traidor —dijo Devries, que ya caminaba en dirección a Jonás ante la mirada de Sumiko que había perdido su habitual tranquilidad.

—¡Hazlo! —dijo Sumiko, pero no bien habló, su rostro se contorsionó en un gesto de dolor y cayó de rodillas al piso.

—¡Mi Wal! ¿Qué te ocurre? dijo Nuzhat que corrió a su lado y junto con Devries la ayudó a ponerse de pie.

—¿No lo entiendes? Sumiko me prometió dejarme ir sano y salvo y no tocar mi mente, lo hizo ante la Luz de Wym y sus palabras fueron escuchadas por las piedras y la superficie del lago ondeó, pero pese a ello trató de romper su promesa y el Karma se hizo cargo —dijo Jonás, que sentía furioso, y no solo con Sumiko. Sí, ella lo había engañado con su piel de cordero, pero él había sido un ingenuo, contra toda evidencia.

Sumiko ya se había puesto de pie, pero no era la misma Sumiko que le había sonreído y hablado con la serenidad de la sabiduría.

No, esta Sumiko había dejado atrás su imagen perfecta. Su boca apretada temblaba y parecía irradiar ese movimiento al resto del cuerpo, y sus ojos, fijos en Jonás, estaban enrojecidos y brillaban de humedad y furia, sus brazos rígidos a los costados terminaban en unas manos que parecían garras y de su garganta salían los gruñidos de gritos a duras penas contenidos.

Jonás la miraba impresionado y atemorizado y la expresión de Nuzhat y Devries le dejaron claro que nunca habían visto así a su líder, aunque permanecían atentos a ayudarla si daba muestras de volver a caer.

Sumiko cerró los ojos: los temblores disminuyeron y su aspecto se

suavizó, y parecía que lo peor había pasado, pero entonces los abrió de nuevo, fijos en Jonás. Aferró el rubí que pendía de su cuello y al hacerlo Jonás sintió como si la mano de Sumiko hubiera entrado en su pecho impidiéndole respirar. Sintió el terror de la asfixia y trató de moverse, pero no pudo. ¿Había sobrestimado el poder de la promesa que le había incitado a pronunciar a Sumiko?

Al fin y al cabo, no la había hecho usando cristales que se filtraban en la piel, como lo había hecho él, y ella era una Korí muy respetada y muy, muy vieja, y debía saberlo todo sobre juramentos y karma, mientras que él era apenas un recién llegado que ahora estaba pagando el precio de desenmascararla.

Sumiko volvió a temblar, esta vez más violentamente, y cada espasmo de su cuerpo coincidía con una onda en el lago mientras sus manos seguían aferrando el rubí y Jonás sentía esa mano invisible que le impedía respirar.

Entonces, la superficie del agua brilló con una luz roja de tal intensidad que resultaba imposible mirarla, acompañada de un murmullo que salía de las paredes de roca. Sumiko salió despedida hacia atrás en medio de un grito y abriendo al fin sus manos. Jonás sintió que la presión cedía y pudo por fin aspirar una gran bocanada de aire.

Devries ayudó a su Wal a ponerse de pie mientras Nuzhat se mantuvo cerca. Sumiko respiró agitada y se tomó un largo minuto antes de hablar.

—Cumpliré mi palabra, Jonás, y tú deberías cumplir las tuyas—dijo Sumiko al fin—. Nuzhat, dale lo que prometí, pero nada más y regresa a mí de inmediato.

—Sí, mi Wal —dijo ella.

—Y, Jonás —dijo Sumiko con la voz suave que casi todos conocían, pero que en ese instante desentonaba por completo con su aspecto demacrado—, tal vez pienses que ya sabes lo que es capaz de hacer el Súmmum, pero créeme. Aún no has visto nada.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Hugh

El sol ya estaba muy bajo sobre el horizonte cuando Jonás y Nuzhat aparecieron en el embarcadero.

—Dispuse que el bloqueo de información con la Huygens termine así que tienes dos semanas para encargarte de tus asuntos, luego tendrás que cumplir la promesa que hiciste en el cónclave. Ya sabes cómo contactarme si me necesitas antes —dijo Nuzhat, que se dio media vuelta para marcharse.

—¡Espera no te vayas! La promesa de Sumiko también dice que debes ser mi guía, y te necesito para comprender algunas cosas, ¿o de qué otra forma puedo cumplir mi juramento?

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Te vi allí, no parecías estar al tanto de que Sumiko utilizara a Denisse como un arma mientras ella mantenía sus manos limpias. ¿No te molesta?

—No me corresponde juzgar las acciones de Sumiko, ella es mi Wal y le prometí lealtad, igual que tú, aunque lo olvidaras rápidamente. No sé por qué el Karma aún no te alcanza, pero lo hará.

—No hice promesas de lealtad a Sumiko sino al Walaar de Libra y pienso cumplirlas.

—Te aferras a las palabras más que al espíritu del juramento. Hablaré con Sumiko y ella aclarará mis inquietudes.

—Nuzhat, Sumiko se ha tomado muchas molestias para proyectar una falsa imagen de sí misma, mientras que bajo cuerda no es mejor que Denisse y manipula a las personas como si fueran marionetas. ¿Crees que te permitirá seguir a su lado como si nada sabiendo que fuiste testigo de su momento de debilidad?

—La juzgas mal, apenas la conoces. Ella me acogió desde que llegué al Súmmum y siempre me ha protegido, nunca me haría daño.

—Creo que eres tú quien no la conoce en absoluto. No tiene que hacerte daño, le bastaría con que Devries te imprimara y tendría de nuevo a la Nuzhat de siempre, devota e inocente. Tal vez ya lo haya hecho antes y ni siquiera lo sepas. Ahora que aún puedes, recuerda lo que viste, porque esa era Sumiko luchando por romper una promesa.

Nuzhat retrocedió unos pasos.

—Ojalá te equivoques porque Sumiko te dijo la verdad. No has visto nada de lo que el Súmmum puede hacer —dijo, y desapareció en un parpadeo.

Durante unos segundos, Jonás se quedó viendo el espacio vacío como si Nuzhat todavía estuviera allí. Luego palpó su chaqueta y sintió una buena cantidad de esferas que esperaba hubieran escaneado automáticamente a todos los Koríes que se habían acercado al embarcadero con Sumiko, obteniendo más datos para complementar los que había conseguido antes.

Jonás sabía que todo el conocimiento que había obtenido era apenas la punta del iceberg del poder del Kor pero, por limitado que fuera, era su única herramienta para ayudar a su madre.

¿Qué tanto podría contarle sin violar el juramento de secreto?

Geni ya estaba enterada de la existencia de los Koríes así que hablar acerca de ellos no era ninguna revelación y debería poder hacerlo sin problemas.

Y, ¿qué pasaría si le daba información nueva? Por ejemplo, si le hablaba sobre la caverna de Shi...

Antes de terminar el pensamiento sintió como si le hubieran clavado un cuchillo en la cabeza, tan fuerte que cayó de rodillas sobre el césped húmedo del embarcadero.

«No lo haré, era solo una prueba, a nadie hablaré de ese lugar» , pensó, y el dolor desapareció tan rápido como había llegado.

Se puso de pie, con lágrimas en los ojos y aturdido aún por la violencia del karma, y emprendió el camino de regreso a la cabaña.

Pese a lo ocurrido era necesario que ella supiera ciertas cosas. ¿Implicaría eso un nuevo quebrantamiento de su juramento?

Jonás creía que no, pero no podría estar seguro hasta intentarlo. También había hecho un juramento de sacrificio y si tenía que arriesgarse a sufrir ese dolor espantoso para intentar ayudar a equilibrar la balanza y evitar que su madre y docenas de tripulantes de la Huygens murieran de inanición, pues que así fuera.

Su juramento le impedía revelar secretos de los koríes, pero la idea que tenía en su cabeza dependía de un conocimiento nuevo que era desconocido hasta para ellos, y eso no encajaba en la definición de secreto.

«Sí, se lo diré a mi madre» , pensó, listo a lo que pudiera venir, pero no sintió ninguna molestia.

Sonrió y cubrió corriendo el trayecto final a la cabaña.

Geni ayudó a manipular el enorme barril giratorio que contenía varias decenas de plantas de remolacha, hasta que lo bajaron lentamente y fijaron al piso.

El nivel 0.5g del anillo había sido elegido por Geni para albergar la totalidad de las plantas sobrevivientes de las demás secciones, ya que no solo había sufrido la vegetación, sino también los equipos que se utilizaban para nutrirlas y darles radiación, y era necesario acopiar los restos de otras secciones para habilitar en su totalidad al menos una.

Ya se habían trasladado casi todas las plantas a su nuevo hábitat y, aun así, el nivel 0.5g se veía preocupantemente vacío, con docenas de barriles de cultivo desprovistos de plantas en su interior.

—Esta fue la última, doctora Landó —le dijo un técnico que acababa de fijar un barril de plántulas de manzana.

—Si ya no hay más estructuras pesadas por mover, por favor solicita al centro de control que inicie la rotación del disco.

A los pocos minutos, las alarmas avisaron del inminente reinicio del giro del disco uno y el correspondiente regreso de la gravedad artificial y cada uno se dirigió al lugar que prefirió para asegurarse durante la operación, que se produciría en pocos minutos. Geni decidió ir a su habitación y consultar varios mensajes que había recibido desde tierra. Salió por el foso de la escalera y flotó hacia arriba, hacia la zona 0.7 g, que en estos momentos aún estaba ingravida, como el resto del anillo.

En su alcoba se sentó en la silla y utilizó el cinturón de seguridad, para mantenerse en el sitio hasta que la gravedad regresara.

Tenía mensajes de Tom Spivack, de Marius y de Jonás. Como siempre, el de Jonás era el más largo y lo dejó para el final y el de Tom era muy corto, y decidió verlo de primero.

Geni. Me faltan palabras para expresarte mi pena ante el horror de lo ocurrido. Y Vik, y Hans... aún no me cabe en la cabeza. No aborramos esfuerzos para enviar ayuda y descubriremos qué fue lo que falló en el software de esos contenedores de combustible. Cuenta conmigo para lo que necesites.

La grabación terminó con Tom despidiéndose con la mano ante la cámara.

¿Geni había comprendido mal o Tom pensaba que lo ocurrido se debía a una falla del *software*? ¿No se daba cuenta de que había sido un ataque premeditado?

Sacudió la cabeza y puso la siguiente grabación, que era de Marius, mientras sentía que el anillo uno empezaba a rotar de nuevo y la gravedad regresaba poco a poco. Marius tenía buen aspecto pese a que había sido secuestrado por los Koríes y había sufrido sus propias fracturas. Como había hecho desde hacía algún tiempo, empleó el mismo sistema de Jonás y Geni para ocultar sus mensajes privados.

Geni. Estoy al tanto de lo ocurrido, tanto por la información de la ESA como por lo que me ha contado Jonás. Lamento muchísimo lo ocurrido con la tripulación. Parece que una y otra vez perdemos amigos por cuenta de los Koríes. Perdón, sé que eso no es del todo cierto, al menos no lo fue para Silvia, pero estas tragedias están relacionadas con ellos.

Sé que los alimentos son un problema crítico y me preocupa mucho, pero Jonás dice que tiene una idea que puede funcionar y, bueno... cuando

él cree que algo puede funcionar normalmente así es, así que mis esperanzas de que se solucionen tus problemas se dispararon.

¿Sabes que nadie menciona que la Huygens hubiera sido abordada o atacada? Los familiares de la tripulación están recibiendo mensajes incompletos o sencillamente no los están recibiendo, y la ESA lo atribuye a problemas informáticos y de comunicaciones. Creo que el único canal por donde la información fluye sin ser censurada es este, el que nos dio Jonás a través de las esferas.

Y el personal de la ESA sigue comportándose raro. Tom Spivack no es la excepción, pero no me da la impresión de estar mintiendo. Creo, y Jonás también, que deben haberle implantado una orden y él por supuesto ni siquiera sabe por qué hace lo que hace. Lo más extraño es que cuando le propuse a Jonás que le elimináramos esa orden, como hizo conmigo, me dijo que no todavía, que nos concentráramos en lo principal que era restablecer la seguridad de la Huygens.

Envíame un mensaje, si puedes. Estaré pendiente de ti.

¿Jonás tenía una idea para ayudar con el problema de los alimentos? Ojalá, porque era realmente una situación desesperada, mucho más de lo que había querido revelar. Entre reservas recuperadas y cosechas por venir, su autonomía de alimentos no era mayor a tres semanas, bajo un estricto racionamiento.

Ansiosa, Geni reprodujo al fin el mensaje de Jonás.

Mamá. Espero que puedas enviarme pronto un nuevo mensaje y que las comunicaciones se arreglen, para que me des detalles sobre lo ocurrido y cómo te encuentras. ¿Ese brazo está bien? Vi que tenías una manga de fracturas. Mi papá también tuvo las suyas, tres costillas, pero lo están cuidando bien.

Entiendo que el problema más urgente en la Huygens es la falta de alimentos y sospecho que debe ser muy, muy grave, si te conozco bien. Se me ocurre una forma de ayudar. Es un experimento y no hay garantías, pero, si mis observaciones hasta la fecha son correctas, podría funcionar y eso sería algo realmente espectacular. El asunto es que mientras Hugh recibía este mensaje, también recibió una actualización muy especial. Básicamente lo que tienes que hacer es tomarlo y seguir sus instrucciones; él te dirá qué hacer.

Y así terminaba el mensaje. Era mucho más corto de lo que había

supuesto por el tamaño del archivo, así que la mayoría tenía que ser la programación nueva para Hugh.

Ansiosa por saber sus nuevas capacidades, hizo lo que el científico en miniatura le ordenó.

Asombrarse por las ideas de Jonás se había vuelto natural, pero Geni ponía toda su fe en él. Tal vez era cargarlo con demasiada responsabilidad, esperar que siempre arreglara las cosas o que al menos supiera cómo actuar, sin paralizarse nunca.

Obedeciendo las instrucciones de Hugh fue a la enfermería, donde dos guardias armados con cimbradores la saludaron en la puerta. Se acercó a la camilla donde Yara seguía en coma inducido mientras sus quemaduras sanaban y decidían qué hacer con ella y sacó a Hugh del bolsillo, poniéndolo sobre su mano.

El pequeño le hizo gestos para que se acercara más a Yara, como un asistente de vuelo que ayudara a un piloto novato a aterrizar en modo manual. Cuando estuvo satisfecho puso sus pulgares hacia arriba y luego le mostró las palmas de las manos, indicándole que esperara. Entonces, uno a uno, los dedos de las manos de Hugh se fueron cerrando en lo que parecía ser un conteo regresivo y cuando llegó a cero el terminal de Geni se iluminó.

—*Veamos tus cultivos.*

Obedeció y tomó el ascensor hasta el nivel 0.5g. No había nadie cerca.

—Aquí estoy, Hugh, ¿ahora qué?

Su terminal proyectó la imagen de Jonás.

Mamá, Hugh ha recibido la esencia de un Korí, pero no de cualquiera. Es el Kor de Silvia, y no hay tiempo que perder. Si mi teoría es cierta, Hugh te permitirá hacer uso de su Kor para ayudar a las plantas. ¿Qué se requiere para que produzcan de forma acelerada y no pase hambre nadie en la Huygens? Yo no lo sé, pero tú sí. Con tu conocimiento y el Kor de Silvia, tal vez logres lo que ella habría logrado. Es más, Silvia debía ser discreta para que no se notara demasiado su capacidad extraordinaria, pero tú no tienes que contenerte. A partir de aquí, tú dices lo que

hay que hacer. Si funciona, el Ímpetu se agotará, pero Hugh sabe cómo recargarlo. Solo tienes que regresar donde Yara. Estoy ansioso por saber los resultados.

La proyección se cortó y Geni se quedó mirando a Hugh.

¿El Kor de Silvia? ¿Y se lo había enviado dentro de un flujo de datos a través de una señal de radio?

Una vez más, las ideas de Jonás parecían demasiado radicales, pero como el mismo dijo, no había tiempo que perder. Ya podría Geni dedicarse a rumiar sobre el asunto después.

Se repitió la pregunta que le hizo Jonás. ¿Que se requiere para que las plantas produzcan de forma acelerada y no pase hambre nadie en la Huygens?

Mucho, mucho alimento, empezando por proteína. Tenían píldoras para casi todos los otros nutrientes necesarios, pero carecían de proteína.

Caminó hacia el barril giratorio de las lentejas. Las plantas apenas habían germinado y con riego, fertilización y radiación perfectos, pasarían al menos cuarenta y cinco días hasta poderse cosechar y consumir.

Eso sería un mes tarde y Geni sospechaba que antes de eso la tripulación estaría dispuesta a prolongar su vida un poco más consumiendo hasta las raíces.

Sí, era un buen punto de inicio. Con suficientes lentejas la tripulación podría aguantar.

Hugh la miró expectante y un mensaje apareció en su terminal.

Necesito unirme a tu neurocom.

Geni respiró y no lo dudó. Tampoco le preguntó a Hugh cómo accedería a su neurocom, simplemente y desde lo más profundo de su ser, accedió de buena gana a enlazarse con Hugh.

Sintió algo, no supo definir qué. Una presencia en su cabeza, escuchando sus pensamientos.

Miró a las plantas y les habló sin palabras, solo en su mente, y Hugh estaba allí, escuchándola, pero sin dar respuesta. Geni persistió repitiendo en su mente su pedido de ayuda a las plantas como un mantra. No supo cuánto tiempo pasó haciéndolo, pero no sintió que estuviera sirviendo de nada.

Entonces silenció su mente. Tal vez debía escuchar, antes de hablar.

Y escuchó. No era una voz humana, no eran palabras. Sintió las

células de las plantas absorbiendo el agua, molécula a molécula. Y Geni quiso decirles que debían crecer más rápido, pero no fue ella quien lo hizo. Su deseo desesperado por que crecieran fue recogido por otra voz silenciosa que, aunque no emitía sonido alguno, Geni reconoció. Era Silvia y ella les decía a las plantas lo que debían hacer, cómo tenían que dividir sus células con mayor celeridad y aumentar su elongación. Y las plantas escucharon. Sus células se dividieron y crecieron absorbiendo más agua y nutrientes a un ritmo creciente y la voz de Silvia les siguió hablando, animándolas a continuar mientras Geni solo podía observar, porque esa Silvia era solo un eco que les diría a las plantas, con su propia y persuasiva voz, lo que Geni quería que hicieran, pero a su vez era sorda a cualquier intento de comunicarse con ella. A Geni se le erizó la piel, su amiga querida, su amiga del alma estaba allí, pero era como verla a través de un cristal unidireccional.

La voz bajó en intensidad y desapareció, pero la maquinaria celular de las plantas estaba en marcha y continuó operando a ese ritmo acelerado, aunque Geni percibió que, a pasos infinitesimalmente pequeños, empezaba a ralentizarse, luego dejó de escuchar y un instante después una sensación táctil la sacó de su trance.

Hugh la estaba observando y proyectó un mensaje en el terminal de pulsera de Geni.

Ímpetu agotado, volver a Yara para recargar.

Geni se dirigió al ascensor para regresar a la enfermería y al pasar junto a uno de los monitores una gráfica llamó su atención y la hizo detenerse.

El consumo de agua y nutrientes del tambor de las lentejas se había disparado en los últimos cinco minutos.

En su fortaleza, Jonás contempló el holo capturado por la cámara de Geni que mostraba todos los tambores de cultivo llenos, con las plantas en diferentes etapas de crecimiento.

La imagen se detuvo en uno de los tambores, donde las plantas se veían muertas, de color avellana tostado. Por un momento supuso que era un cultivo perdido, pero la voz de su madre lo tranquilizó.

Este es el cultivo de lentejas, el primero al que le aplicamos el... tratamiento especial. Ayer cosechamos las primeras vainas y hoy está listo para que cosechemos el resto. Con lo obtenido ayer creamos un nuevo semillero y llenamos dos tambores de crecimiento. Con lo de hoy, tendremos reservas de alimentos para varias semanas más y en pocos días tendremos la primera cosecha de quinoa, remolachas y de otras verduras y frutas, lo que significa dar un paso gigantesco en nuestras posibilidades de supervivencia.

Izaskum no sabe exactamente lo que estoy haciendo, pero me apoya y dio orden de dejarme entrar y salir de la enfermería cuantas veces lo desee sin hacer preguntas, pero ayer el doctor pidió hablar conmigo, y me mostró unos datos. Parece ser que mis visitas afectan a Yara. No demasiado, ella sigue mejorando, aunque lentamente, fue claro en eso, pero algo en mi presencia la perturba y afecta en cierta medida, según detectan las unidades médicas que la atienden. Él quería que yo lo supiera e indagó sobre la posible causa, pero por supuesto le dije que no lo sabía. Te envió los datos que me facilitó el doctor. Por favor estúdialos y dime si debo dejar de verla o espaciar más esas visitas. También envió los datos de los cultivos, como lo pediste.

Gracias por lo que has hecho, nos has salvado de la inanición, pero no puedo dejar de notar que no has compartido tanta información sobre tu investigación últimamente, ni conmigo ni con tu padre. ¿Qué crees que debemos hacer sobre todo este tema de los Koríes? Te amo, no olvides decirme si debo cambiar la táctica con Yara.

Geni cortó y Jonás de inmediato envió la respuesta.

Qué alegría, mamá, has hecho algo maravilloso. Usas el Kor de Silvia con tu propio conocimiento. Imagina a dónde nos podría llevar esto en el futuro.

Por ahora, sigue con el plan tal cual lo convinimos. Yo me esperaba algo así, estamos robándole, de alguna manera, su energía a Yara, pero mis hallazgos me dicen que esta se regenerará. En todo caso verificaré los datos que me enviaste y te diré si es necesario hacer cambios, pero la necesidad primordial ahora es asegurar la comida en la Huygens. Sigue enviando los datos médicos y los de la evolución de los cultivos, por favor. Te quiero y seguiré trabajando para traerte de regreso sana y salva.

Envío el mensaje e introdujo los datos médicos que le había enviado Geni en su computadora.

—Computadora. Elabora un análisis holístico de los datos médicos del sujeto Yara Tsunemis. Incluye la información recopilada por la unidad Hugh, la esfera infiltrada en su esmeralda y los del cultivo de botánica de la Huygens.

Tu solicitud está en cola. ¿Deseas interrumpir el análisis previo que me habías asignado y dar prioridad a este?

Jonás lo pensó un segundo. El análisis previo se refería a la esfera que había recuperado de Denisse y contenía su esencia, y probablemente también la de Sumiko, Nuzhat, Devries, Itorio, los hermanos marroquíes y no sabía de cuántos Koríes más a los que Denisse se había acercado, además de información que hubiera recopilado cerca a cierto lago luminoso.

Le habría encantado poder discutir los nuevos hallazgos con su padre, pero estaba seguro de que, si lo hacía, en algún momento cruzaría sin darse cuenta la barrera del secreto y el karma se lo haría pagar, pero era duro no tener otra persona con quien hablar y contrastar sus ideas.

Pero a falta de un humano lo segundo mejor era un buen sistema de IA, y Jonás tenía el mejor.

—Computadora. Responderás al nuevo nombre de Amelia. Confirma.

Ahora soy Amelia, entendido, Jonás. ¿Quieres que use la misma voz que empleaba con el sujeto Muff Pôtcher?

—Sí, e incorpora rasgos de personalidad de Marius Casel, Hermes Russo, Sofí Rodina.

—*Qué tipo de rasgos?*

—Los que favorezcan la investigación y el debate científicos.

—*Hecho.*

—*¿Cómo va ese análisis?*

—*La unidad de almacenamiento estaba abarrotada de información a tal punto que se produjo cierta mezcla. Las horas que he dedicado hasta ahora han sido utilizadas para separar las esencias unas de otras, pero es más complicado que tratar de sacarte a ti de un show de circo donde actúen las gemelas Bondarenko.*

—*¡Ah! Ahora haces chistes. Modera la personalidad de humor de sofí.*

—*Entendido, aunque no te costaba nada decir, por favor, pero ya está.*

Mis cálculos estiman que hay doscientas cuarenta y dos esencias diferentes, con un margen de error de once hacia arriba o hacia abajo.

¡Doscientas cuarenta y dos! ¿Qué nuevos tipos y variantes encontraría?

Esperaba que esos hallazgos le sirvieran de algo cuando Sumiko decidiera que ya no lo necesitaba. A partir de ahora siempre llevaría consigo la nanodermis, el inductor y todas las esferas que pudiera necesitar.

—Jonás, han respondido sobre la cita que solicitaste en Wave Inductor Innovations. Tienen disponibilidad mañana o la semana entrante. También quieren saber si estás seguro de preferir ir personalmente y te ofrecen la opción de reunirse por el holo.

—Amelia, confirma mi asistencia personal mañana mismo y tan pronto como termine la reunión en San Francisco quiero ir a este lugar —dijo Jonás, marcando la dirección que le había compartido Genaro—. Es una juguetería, o al menos lo era. Puede que se haya mudado en todos estos años. Planea el transporte.

—La dirección no corresponde a una tienda antigua sino un centro comercial moderno y tiene tres almacenes de juguetes. Ya planeé por ti las posibles rutas: Si sales de aquí a más tardar en diez minutos aún llegarás a tiempo de ver el nuevo show holográfico del Golden Gate. ¿Sabías que ese fue el primer puente fuera de Pacífica en ser tratado con pintura de nanoglass hace sesenta y tres años y desde entonces nunca fue necesario que lo volvieran a pintar?

—¡Vaya! Ahora hablas de pintura de puentes. ¿Quién te dijo que ese era un tema interesante, la personalidad del padre Hermes?

—No, la de tu padre y podría decirte un par de datos sobre la pintura de ese puente en particular, pero si no te vas ya igual te vas a perder el show. Seguiremos hablando durante el viaje.

Jonás, sonriendo, se puso la chaqueta y la mochila y tomó el elevador a la superficie de la fortaleza, donde abordó su auto rumbo a la estación del Ferrovac.

Después de resolver lo más apremiante del problema de la alimentación de la tripulación de la Huygens, esta era su primera salida para retomar su investigación. La Wave Inductor Innovations era una de las grandes corporaciones dedicadas a investigar y desarrollar los inductores de campo: no la principal, pero estar a solo trescientos kilómetros de la

posible ubicación del fabricante de juguetes, la hacía la opción ideal si quería lograr dos objetivos con un solo viaje, y con tanto por investigar necesitaba trabajar rápido.

Aún debía averiguar quiénes eran los apóstatas y cuál era su historia con el Súmmum: eran aliados en potencia, pero dudaba que Nuzhat le diera información sobre ellos. Y, Dima: sus esferas a veces la habían detectado como Korí y otras no, lo que no había ocurrido con nadie más. Ese era otro misterio sin resolver.

Y la esfera que le había arrebatado a Denisse, ¿había detectado algo en la caverna? Pronto lo sabría.

Bajó del auto y pasó bajo el arco de ingreso al terminal del Ferrovac, que leyó sin problema el neurocom de Jonás, aunque este ya no estuviera en su cabeza, sino en la piedra negra que le colgaba del cuello.

Con Koríes perversos como Sumiko y Denisse que lo odiaban, juramentos que debía cumplir bajo amenaza de tortura y la necesidad de encontrar soluciones a problemas que parecían irresolubles, su vida se había complicado a niveles que nunca habría imaginado. Sin embargo, cuando subió al vagón y pensó en los retos que le esperaban, Jonás lo hizo con decisión y una amplia sonrisa.

EPÍLOGO

El herrero recibió la espada de manos del artesano, la examinó desde cada ángulo y deslizó los dedos por el plano de la hoja. Acto seguido la empuñó y, tras sopesar su equilibrio, lanzó golpes certeros sobre los probadores de madera y cuerda dispuestos en la sala, cercenándolos con tajos limpios. Volvió a estudiar el metal una vez más y lo acarició hasta quedar satisfecho. Solo entonces introdujo el arma en el escáner, el cual proyectó gráficos con docenas de datos.

—Filo nítido y consistente en todo el borde; ausencia total de grietas, poros o imperfecciones. Estética impecable. ¡Lo lograste de nuevo, Muff!

—Gracias. ¿Qué opinas del mango?

—La empuñadura ofrece un agarre firme, mejoras día a día. Eres un artista de la forja, pero aún debes pulir esa técnica. Ven mañana y te enseñaré el trenzado.

—Imposible, mañana soldaré todo el día.

—¡Soldar! Muff, eres un artista, deberías trabajar conmigo a tiempo completo. ¡Los coleccionistas te adoran!

—Sí, pero escasean y yo necesito comer a diario. Además, la soldadura también es un arte, aunque distinto. Pasado mañana estaré aquí.

De camino al autobús, la pulsera vibró con una alerta táctil en su

muñeca; la ignoró. El herrero le conseguía encargos especiales para coleccionistas, como aquella espada, y remuneraba la entrega al instante.

La jornada siguiente le exigiría un esfuerzo máximo, incluso con su poder. Este le permitía una ejecución perfecta, pero no exenta de esfuerzo.

Tras un trayecto breve, llegó temprano al local y encontró libre su mesa favorita. Tomó asiento, dispuesto a disfrutar el momento.

—¿Lo de siempre, señor Pócher? —inquirió el autocamarero.

—Sí, por favor.

Se quitó la chaqueta y dio una rápida mirada al entorno. El ambiente resultaba agradable y...

«Esa morena, ¿me observa?», pensó.

El autocamarero trajo su orden y Muff atacó la comida de inmediato. Forjar y soldar le despertaban un hambre feroz que solo una libra de carne con papas, ensalada y jugo de naranja lograban aplacar.

Saboreó con lentitud el plato. Al terminar, justo cuando se disponía a marchar, la morena que había visto ocupó la silla contigua.

—Hola, Muff. ¿Le molesta si le acompaño?

Muff la miró sorprendido. Contaba con pocos amigos y su naturaleza era desconfiada, pero últimamente el optimismo teñía su visión de la vida.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—No, pero espero cambiar eso —dijo ella, y bajó la voz—. Soy korí, como usted. Me llamo Quinn.

AGRADECIMIENTOS

Quiero hacer un especial reconocimiento a quienes generosamente ofrecieron su tiempo para leer este libro como lectores beta, compartiendo sus hallazgos y aportando valiosos puntos de vista para mejorar la obra final.

Muchos de esos aportes están reflejados en el libro final y muchos otros lo estarán en próximas publicaciones.

Peluca, Tini, Santiago, Morris, Juan Camilo Díaz del Castillo, Esteban, Juan Carlos, Jaime Alberto Argoti Chamorro, Isabella Llano y Jorge H. Carrero P., un millón de gracias por su valiosa ayuda.

NOTAS DEL AUTOR

¡Gracias por llegar hasta el final de mi libro! Espero que hayas disfrutado tanto leyéndolo como yo al planearlo y escribirlo.

Tu opinión es de gran importancia para mí. Tus comentarios me ayudarán a mejorar mis próximos libros y facilitarán que Amazon recomiende esta historia a más lectores.

Puedes dejar tu calificación siguiendo los enlaces o escaneando los códigos QR a continuación.

Para escribir comentarios adicionales y conocer más de mí, visita mi sitio web: www.albertodiazdelcastillo.com

Para enterarte de novedades sobre nuevos lanzamientos y material especial, suscríbete a mi lista de correo: <https://albertodiazdelcastillo.com/suscribete/>



Suscríbete a mi lista de correo



Califica este libro en Amazon